HISTORIA DE LAS HISTORIAS

DE HERÓDOTO AL SIGLO XX

JOHN BURROW

CRÍTICA

JOHN BURROW

HISTORIA DE LAS HISTORIAS

DE HERÓDOTO AL SIGLO XX

Traducción castellana de
FERRAN MELER ORTÍ

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *A History of Histories. Epics, Chronicles, Romances and Inquiries from Herodotus and Thucydides to the Twentieth Century.*
Penguin Books, Londres

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustracion de la cubierta: © Getty Images
Realización: Ātona, SL.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
ISBN: 978-84-7423-699-6
Depósito legal: B. 47.366-2008
Impreso en España
2009. - Impreso y encuadernado en España por EGEDSA (Barcelona)

Preciso sería alabar, honrar y agradecer a los clérigos y actuarios, poetas e historiógrafos que han escrito muchos nobles libros de la sabiduría de las vidas, las pasiones y los milagros de los santos del cielo, de las historias de gestas nobles y memorables, y de las crónicas desde que empezó la creación del mundo hasta este tiempo presente, a través de los que mantenemos día a día nuestro entender de muchas cosas de las que no tendríamos conocimiento ni parecer si ellos no nos hubieran legado sus monumentos escritos.

William Caxton, 1484

AGRADECIMIENTOS

Ante todo debo reconocer mi deuda con Stuart Proffitt por haberme sugerido que escribiera este libro y por haber seguido confiando en que lo haría durante el largo período de su gestación, así como por haber vencido mis dudas sobre si podía asumir o no un proyecto tan detallado. Los consejos que me dio al leer los borradores de los primeros capítulos y la minuciosa y cuidada edición del texto una vez acabado, un proceso que dio pie a muchas críticas acertadas y provechosas sugerencias que contribuyeron a mejorarlo en gran medida, no han hecho sino acrecentar mi gratitud y mi deuda hacia él.

Quisiera expresar mi más afectuoso agradecimiento a una serie de amigos que leyeron algunos o todos los capítulos cuando eran sólo borradores. Las correcciones que sugirieron evitaron que incurriera en errores embarazosos, y su aliento, sumado a sus consejos, me ayudó a mantener el valor cuando me adentré en ámbitos en los que era principiante. Mi agradecimiento más sincero a Sfetan Collini, John Drury, Patrick Mullin, Mark Phillips, Larry Siedentop, Quentin Skinner, John Thompson, Frank Walbank, Patricia Williams, Donald Winch y David Wootton. De los errores de hechos o juicios que pudieran quedar soy el único responsable.

A Jane Wyatt, que mecanografió un manuscrito largo y, a veces, indescifrable, y soportó con heroica paciencia y buen humor mis muchos cambios de parecer, una vez más le expreso mi más profundo agradecimiento.

Mi gratitud más sincera a todos ellos.

Prólogo

¿UNA HISTORIA DE HISTORIAS?

¿Por qué *Historia de las historias*? O, por decirlo de un modo más explícito, ¿por qué no «la historia de la historia»? Si bien podemos convenir que la historia, en su sentido más amplio, es un tipo concreto de actividad, resulta obligado admitir que, no obstante, se trata de una actividad de lo más diversa. Pestes, invasiones y emigraciones; la fundamentación, funcionamiento y despliegue de las disposiciones constitucionales y sistemas políticos; guerras —externas y civiles—; revoluciones, cambios —graduales o súbitos— en la religión y la cultura; la formación de distintos tipos de identidad colectiva —confesional, nacional e ideológica—; la historia providencial, entendida en el sentido de las relaciones de Dios con el ser humano... Todas estas cosas y otras muchas se consideran, con razón, como historia. Algunas historias son casi puras narraciones; otras son análisis prácticamente puros, casi atemporales, por ser estudios en lo esencial estructurales o culturales. La historia comparte fronteras con otros muchos géneros y líneas de investigación, desde la poesía épica y los mitos originarios hasta las diversas ciencias sociales, pasando por géneros como la biografía, las obras dramáticas, las invectivas políticas y las polémicas morales, la etnografía, las novelas, las pesquisas e investigaciones judiciales. Hasta donde alcanzamos a saber, Heródoto fue el primero en emplear el término *historía* («investigación») para referirse a lo que hoy conocemos como historia. Ya en Homero, no obstante, el *hístÿr* era aquel que juzgaba algo basándose en hechos que resultaban de una pesquisa, de modo que el vínculo entre historia e investigación es en realidad muy antiguo.

¿Cómo convertir esta diversidad en una narración histórica única, cómo convertirla en esta *Historia de las historias*? Una respuesta obvia,

dado que, en mayor o menor grado, es necesaria para toda narración, consiste en establecer un término final, un fin hacia el que los episodios del relato se hallan en cierto sentido subordinados y en el que participan, de modo que se convierten en momentos de una progresión. En el caso de la historia de las formas de escribir la historia —un género que no existía hasta el siglo xx—, era inevitable que, habida cuenta del período y su cultura historiográfica, se hiciera casi de manera habitual y con suma facilidad tomando como final el estado presente del tema (o lo que se suponía que lo era). Hacia principios del siglo xx, ese estado presente se caracterizaba de manera muy diversa aunque con cierto grado de consenso como historia pura o «científica» o —tácitamente— profesional, identificada con la «idea de historia» o el estudio del pasado «por el pasado». La historia profesional, en concreto, estaba de manera explícita o por simple presuposición asociada a la investigación sistemática de los archivos y el examen crítico de las fuentes, algo que había llegado a considerarse como elemento constitutivo de toda historia seria. En este marco de consenso general puede que hubiera diferencias de opinión —entre J. B. Bury y G. M. Treveyan, por ejemplo— acerca de si la historia era una «ciencia» o más bien un «arte», así como en lo relativo a la medida en que el historiador, al dedicarse a su «ciencia», debía preocuparse por las leyes establecidas (algo que, en 1946, R. G. Collingwood consideró anatema en su obra clásica *Idea de la historia*). Pero pese a estas diferencias, el consenso bastaba como base para una gran narración selectiva de la historia de la historiografía, en la que los autores pasados eran destacados y evaluados según el papel que desempeñaron en la progresión general hacia los enfoques y la práctica autorizadas del historiador del siglo xx, un papel por fuerza parcial, aunque práctico (o quizá condenado a repetir errores o vicios pasados). En este sentido era posible escribir «la historia de la historia».

No quisiera que estas palabras se interpretaran como una simple muestra de desdén hacia los supuestos que subyacen a esta posibilidad, como si se tratara de un episodio cultural ya pasado. Las inquietudes fundamentales —sobre todo en cuanto a la historia como relato fidedigno y verídico, y, al menos en su ideal, libre de sesgos y parcialidades— eran ya muy antiguas y, aunque poco firmes, en cierto sentido nos acompañan aún hoy a todos los que consideramos que la distinción entre, pongamos por caso, la historia y una imaginativa obra de narración todavía es importante. En este sentido, Heródoto dio un paso significativo al distinguir su *Historia* del quehacer de los poetas, y Tucídides, si bien puede que fuera

parcial en su juicio, recurrió a criterios relevantes cuando veladamente se burló de Heródoto al decir que era de los autores más interesados en entretener al público que en contar la verdad. De las intenciones y la imagen que la profesión histórica tiene de sí misma forma aún parte cierto distanciamiento entre la búsqueda de una comprensión histórica y una forma de escribir que sea emocional o polémicamente efectiva. Sin lugar a dudas, en la historia de la historiografía, el celo por la verdad ha sido más una cuestión de escala que un absoluto —la verdad le importaba, por ejemplo, bastante más a Polibio que a Tito Livio—; pero cuando alguien, como, por ejemplo, Godofredo de Monmouth —aunque no sea aquí el lugar apropiado para tratar casos concretos—, se desvía por completo y quizá de manera intencionada hacia el extremo negativo de la escala, se le considera un parodista o un imitador que falsea la historia.

Todo esto puede ser cierto, pero no deja tampoco de serlo el que establecer una gran narración de la historia de la historiografía, adoptando para ello el consenso profesional propio del siglo XX como final, equivale a elegir una estrategia limitada y empobrecedora que elimina o deja de lado muchas cuestiones interesantes y potencialmente esclarecedoras acerca de los modos de enfocar la historia y, de hecho, el pasado como tal, vigentes en épocas anteriores. Por ejemplo, está la cuestión amplia y fascinante de los motivos que, a todas luces diversos, llevan a escribir historia. ¿Qué les interesaba de *su* pasado a quienes vivieron en el pasado y por qué? ¿En qué «pasados» aquel interés les hizo centrar su atención y modelar la manera en que elegían presentarlos? ¿Cómo y por qué cambiaron con el tiempo? ¿De qué manera respuestas distintas a estas preguntas en un mismo período reflejan y expresan diferencias en el seno de la cultura? ¿Por qué surgieron nuevos géneros en la manera de escribir la historia? Por supuesto, no fue sólo o invariablemente el resultado de la prolongación de una curiosidad científica «preexistente», aunque a veces fuese un factor digno de tenerse en cuenta.

Este libro se propone ofrecer respuestas a estas preguntas. Si bien no han sido por completo olvidadas y los historiadores de la historiografía se han preocupado de dividir su tema en función de géneros y métodos, queda, no obstante, un equilibrio por restablecer, así como una lealtad que manifestar. En estas páginas he procurado centrarme en la cuestión de los pasados que eligieron diferentes autores, en la razón por la que los investigaron y los presentaron, y en la manera en que lo hicieron. Puede que no haya nada de revolucionario en hacerlo, pero toda elección de estrategia exige sacrificar ciertas cosas. En concreto, al agrupar a los historiadores

según el tema, he prestado a veces escasa atención a la cronología en sentido estricto (una lección, por otra parte, que los historiadores aprendieron cuando se alejaron de los anales como forma dominante de la historia). Así, por ejemplo, quienes investigaron la vida de Alejandro Magno aparecen tratados en estas páginas como parte de la historia de las relaciones de Grecia con el imperio persa, aunque los historiadores cuya obra se conserva escribieron mucho tiempo después, en época ya del imperio romano. Quizá más polémico sea haber postergado la consideración de la Biblia y su influencia en la historiografía hasta el momento en que dejó huella en el mundo de los gentiles, allá por los primeros siglos del cristianismo, en lugar de haberla situado, tal como dicta la cronología, entre los historiadores babilónicos y egipcios, por un lado, y la figura de Heródoto, por el otro.

Historia de las historias tiene como propósito reconocer la pluralidad de «historias» y de los intereses que ellas expresan, al tiempo que renuncia a la ambición que supondría elaborar una única y gran narración que tuviera su final en el presente, algo que a mi juicio no sólo es una perspectiva poco convincente, sino que, además, reduce las posibilidades de exploración. Sin embargo, hay también ciertas omisiones, sugeridas ya en el título y su implícita dejación de toda pretensión de exhaustividad. En este sentido, por ejemplo, no se ha abordado la historiografía elaborada fuera de la tradición cultural europea (a la que Egipto y Babilonia, en cambio, sí contribuyeron), entre la que cabe destacar, sobre todo, la de origen árabe y chino. Este tipo de silencios no son más que concesiones obligadas a las limitaciones de espacio, de tiempo y de conocimiento del propio autor. Otra omisión quizá requiera mayores justificaciones, porque, al menos en cierta medida, es arbitraria y adolece de una línea de demarcación imprecisa. He adoptado el término «historias», de por sí rico en sentidos, con exclusión de biografías y memorias. En un libro cuyo principal peligro era querer abarcar demasiado, he considerado necesario hacerlo, aunque los criterios, lo reconozco, no siempre resultan fáciles de aplicar: las memorias se hallan sin duda estrechamente vinculadas a la historia presencial, y toda exposición de «vida y milagros» se revela ya como un género mixto.

Es preciso dedicar unas palabras al tratamiento dado a las historias individuales, unas historias que sin duda varían muchísimo en densidad y complejidad, así como en la capacidad del lector actual para recibirlas y entenderlas. Parece razonable suponer que la mayoría de quienes vayan a leer este libro no han leído muchas de las obras históricas de las que trata, cuando no las más de ellas; de hecho, ésta es en parte la razón

que justifica esta obra. De ahí que una tarea básica consista en dar una visión de la experiencia que supone leer estas historias y todo aquello ameno que contienen. Para muchos historiadores, el común de ellos tal vez, la historia ha sido un arte lento y pausado, que a menudo ha exigido muchos volúmenes. Un arte que, si bien no está consagrado de manera exclusiva a la narración, ha concedido a ésta un lugar central desde época antigua. De ahí que no baste con limitarse a expresar las intenciones y las opiniones del historiador, sino que sea preciso también hacer un esfuerzo para transmitir la estructura de la narración así como su textura y cualidades. En este sentido, las historias —que a menudo incorporan también visiones generales, disquisiciones, razonamientos y análisis— guardan cierta semejanza con las novelas. Por este motivo, en las páginas de este libro he procurado dar, allí donde fuera apropiado hacerlo, una idea de cuán ecléctica, estratificada y modulada puede llegar a ser como proyecto una narración histórica densa. Para presentar las cualidades especiales de las historias no sólo he recurrido a un amplio despliegue de citas, sino que también he procurado expresar, con sensibilidad y clara conciencia de los períodos en que fueron escritas, las cualidades literarias que forman buena parte de la experiencia que el lector tiene al leerlas. Pero estas estimaciones y valoraciones deben contemplarse también a la luz de un contexto más general a cuya comprensión de conjunto tal vez contribuyen el contexto de los propósitos que tenían los historiadores en un período particular, las convenciones que han modelado su forma de escribir y los modos en los que unos y otras han cambiado con el tiempo. También he prestado atención a las relaciones que los historiadores han mantenido con las fuentes que hicieron posible su obra, y que, en parte, la condicionaron, y asimismo me he ocupado brevemente de la cuestión de la fiabilidad del escritor concreto. La conciencia de ello forma parte de la visión que tenemos de los historiadores y, por tanto, también de la experiencia que supone leerlos; la historia nunca puede ser, por definición, un afán puramente literario. Sin embargo, no he procurado centrarme de forma sistemática en errores concretos, una empresa para la que, de todas formas, estimo que echaría en falta el saber y los conocimientos que son de recibo. Además, pienso que esa tarea corresponde a los historiadores modernos de cada período, que, en esto, no precisan para nada mi ayuda. Por otra parte, una lista con nombres y temas sería, en cualquier caso, intolerablemente tediosa de leer.

La historiografía no es sólo un género (extenso y diverso) en sí mismo, que pone de manifiesto continuidades y renovaciones así como cen-

tros de atención cambiantes; forma también parte de la cultura occidental en su conjunto —una parte a veces muy influyente, e incluso esencial—, además de ser receptáculo obvio de las preocupaciones de aquella cultura en el que repercuten sus fluctuaciones. Las sociedades europeas han conferido una importancia inmensa, en diferentes épocas y con acentos cambiantes, a las versiones de sus pasados y a las nociones de evolución histórica, al tiempo que expoliaban los textos históricos en busca de motivos míticos o legendarios, heroicos, trágicos y patéticos, así como *topoi*, «lugares comunes» para la poesía, el teatro y la pintura —en el siglo XVIII, la pintura «histórica» era el género pictórico más importante— o para la retórica ejemplarizante, a la vez edificante y conminatoria. Las ideas relativas a la historia y a determinados aspectos del pasado se han cruzado con las concebidas en torno a la religión, la moral y la política; las cuales, a su vez, han bebido en parte de aquéllas. Han dado forma a la autoridad y, a la vez, han proporcionado medios con que ponerla en tela de juicio. Pero, ante todo, quizá, han proporcionado centros de lealtad, de identidad y de «memoria» a los colectivos étnicos, nacionales, religiosos, políticos, culturales y sociales, y de este modo han contribuido a constituirlos. Y, a veces de soslayo, pero más a menudo con visible avidez, se han presentado versiones del pasado a modo de diagnósticos de los trances y malestares del presente contemporáneo.

Estamos acostumbrados a concebir la historia intelectual de Europa como una historia de la filosofía, de las ciencias y de la religión, del arte, de la literatura y de las ideas sobre el orden social y la autoridad política. Pero la historia de las ideas acerca del pasado tal y como se expresaron cuando se escribía la historia y la manera en que el presente se posiciona en relación con ellas forman también parte de esta historia, a cuya comprensión aspiran a contribuir las páginas de este libro. Algunos de los principales componentes de esta obra son las concepciones acerca del carácter distintivo de la civilización europea comparada sobre todo con los imperios de Asia; las ideas de virtud republicana que, expresadas en los primeros tiempos de Roma, fueron supuestamente corrompidas por el lujo y el afán de conquistas; y el mito de la Roma eterna dominadora del mundo, que acabó transmutada en la idea de un imperio cristiano. La Biblia aportó ideas de trasgresión colectiva, de castigo y de redención. A partir del siglo XVI encontramos la idea —en amplia medida derivada del historiador romano Tácito— de una libertad precoz en los pueblos «germánicos» y de la existencia de «antiguas constituciones» con una autoridad que se prolonga hasta el presente y que los países europeos su-

puestamente derivan de la época de su invasión por los bárbaros «godos». Los textos históricos del siglo XVIII incorporaron los conceptos de progreso de la «sociedad civil», sobre todo en relación con el comercio, así como acerca del final de la «anarquía feudal» (o en terminología marxista, la supresión de la nobleza feudal por la hegemonía de la burguesía). El siglo XIX fue la gran época de pensar en la identidad nacional asociada con las ideas de liberación nacional y la creación del estado-nación como forma política normal. Este pensamiento ha seguido presente en la aspiración contemporánea de dar voz a las minorías reprimidas. La historia, dicho de otro modo y por citar sólo las influencias más destacadas, ha sido republicana, cristiana, constitucionalista, sociológica, romántica, liberal, marxista y nacionalista. Todas y cada una de estas variantes han dejado su poso en las formas posteriores de hacer historia y, en este momento, ninguna la domina.

A la vista de todo ello, he hecho un deliberado esfuerzo por no tratar la historia de la historiografía de forma aislada y tener en cuenta el lugar que ocupa en el marco general de la cultura, así como las influencias políticas y culturales que se ejercen sobre ella y los modos en que esta historiografía las fomentaba, transformaba y transmitía. *Historia de las historias* puede ser y tiene que ser algo más que dejar constancia de los logros, puntos fuertes y debilidades tanto de los historiadores y de las escuelas como de las tradiciones a las que pertenecieron. En sí misma es una empresa histórica, una de las maneras en que tratamos de comprender el pasado.

Introducción
DEJAR CONSTANCIA Y DAR CUENTA: EGIPTO Y BABILONIA

Podemos afirmar sin reservas que la historia —la narración en prosa, secular y detallada (todas estas precisiones son necesarias) de hechos y acontecimientos públicos basada en la investigación— nació en Grecia más o menos entre los años 450 y 430 antes de la era cristiana. Si, además, queremos sumar a la obra de Heródoto, de quien a veces se ha dicho que fue «el padre de la historia», la que escribió Tucídides siguiendo unas pautas muy distintas, entonces es preciso hablar más bien de la segunda mitad del siglo v a. C. Aun con esta prolongación, y con las salvedades intrínsecas a la descripción del género, resulta extraordinario, aunque parece justificado, hablar de un período de tiempo tan breve para una génesis tan repentina. Asimismo es igual de asombroso que podamos afirmar con visos de verosimilitud que ni un historiador ni otro iban a ser superados a lo largo de los más de dos mil años siguientes, hasta que, de hecho, los cambios en los métodos y en los tipos de historia empezaron a hacer inconcebible toda comparación.

Para ver qué se quiere decir al afirmar que Heródoto y Tucídides fueron, hasta donde alcanzamos a saber, los primeros historiadores, es preciso admitir previamente ciertas distinciones básicas que separan sus obras de los ejemplos de aquello que cabría denominar la «protohistoria» en las antiguas civilizaciones de Egipto y Babilonia. Heródoto rindió homenaje a los egipcios por la manera en que sabían preservar el conocimiento del pasado: «Los que habitan el Egipto cultivado, al ser los que más ejercitan la memoria de todos los hombres, son también con diferencia los más versados de cuantos llegué a tratar»

(Hdt. II 77).* De hecho, parece haber dado con demasiada facilidad crédito a cuanto se le contaba en los templos de Egipto mientras realizaba las indagaciones históricas que luego incorporó a su visión panorámica del mundo conocido que sirvió como preámbulo a la exposición de la gran invasión de Grecia por los persas a principios del siglo v a. C. Las referencias de Heródoto a la historia egipcia resultan particularmente confusas, a diferencia de sus afirmaciones acerca de la civilización de Babilonia, sobre lo que es mucho más fidedigno. Sin embargo, el encomio que hace de los egipcios no está fuera de lugar, al margen de lo que tuvieran a bien contarle los servidores del templo, pues tampoco queda claro si tenía conocidos en los escalafones superiores de la jerarquía sacerdotal. Los egiptólogos contemporáneos saben muchas más cosas que Heródoto acerca del antiguo Egipto precisamente porque buena parte de esa información quedó preservada gracias a la temprana instauración de un estado burocrático centralizado y al uso de materiales duraderos para realizar las inscripciones. A eso habría, tal vez, que añadir los efectos de un clima seco y un hábito mental tradicional: los registros que se han preservado se remontan a más de dos milenios antes de mediados del siglo v a. C., esto es, antes de la época en que vivió Heródoto. Los egipcios, de hecho, eran por entonces los principales elaboradores de registros del mundo. De ahí que no debamos dejar que nos pase inadvertida la distinción entre la historiografía y el acto de dejar constancia en textos escritos, o, dicho de otro modo, entre, por un lado, el sentido en el que Heródoto fue, hasta donde alcanzamos a saber, el primer historiador y, por otro, el saber y los conocimientos de sus informadores egipcios. Si bien es bastante válida, cuando se la estudia con mayor detenimiento pierde, como todas las distinciones de este tipo, algo de su rigurosa inflexibilidad inicial.

Dejar constancia escrita en registros era, en su origen, una buena práctica comercial y administrativa; pero no se concebía como un arte. Muchos de los factores que contribuyeron a preservar tantas cosas humanas del pasado de Egipto también se hallaban presentes en la antigua civilización de Mesopotamia, como por ejemplo las anotaciones y las cuentas grabadas en piedras y en tablillas de arcilla y, en lo relativo a casi todos los asuntos de importancia, en los muros de los templos, las tumbas y los palacios. Cualquier historiador contemporáneo sabe que estamos hablando de los archivos, y si estos son para él en cierta manera in-

* Traducción de Manuel Balasch (Heródoto, *Historia*, Cátedra, Madrid, 1999). Las aclaraciones a pie de página incluidas en esta obra proceden del traductor.

dispensables, en cambio, para Heródoto, que trabajaba preguntando a los «hombres versados», no lo eran. Desde un principio, las inscripciones fueron concebidas como un modo de dejar constancia de datos: su perdurabilidad era deliberada; por el contrario, a menudo no sucedía lo mismo en el caso de los documentos compilados de manera informal. Sólo los objetos más humildes creados por la mano del hombre, como las tablillas de arcilla grabadas con inscripciones, han llegado hasta nuestros días sin que estuvieran destinadas a hacerlo. Dado que las inscripciones son en esencia registros, cabe establecer cierto parentesco entre sus autores y Heródoto, quien, en su declaración inicial de intenciones, recogida al comienzo de su *Historia*, afirmaba que escribía para preservar el recuerdo de las grandes hazañas (véase, más abajo, p. 31).

La principal diferencia, sin duda, es la palabra que Heródoto empleaba para describir su trabajo, *historía* o «investigación». El método con que el obtiene la información que precisa para sus historias era sobre todo la pregunta. Y la distancia a la que se hallaba de los documentos Heródoto, que según parece sólo hablaba griego, cuando preguntaba a los servidores y guardianes del templo egipcio, no habría podido considerarse la más idónea, precisamente, en el caso de un historiador actual. Pese a todas las deficiencias y al hermetismo de sus informantes, reconocemos algo que se asemeja a una relación compresible, aquella que se da entre el historiador y el archivero. Era Heródoto quien, en beneficio de una investigación sistemática, la historia, les preguntaba, y no a la inversa. Asimismo, cuando preguntaba a los griegos que vivían fuera de Grecia, y tal vez a «informantes nativos», con vistas a recabar conocimientos acerca de otras partes del mundo, tal como debió de hacerlo, era Heródoto quien hacía de antropólogo o de etnógrafo. No había, huelga decirlo, ningún etnógrafo escita; aquellos a quienes los griegos denominaban *escitas*, y de cuyas costumbres Heródoto dejó una extensa descripción, eran nómadas que vivían al norte del mar Negro y no sabían leer ni escribir. Por tanto, hemos justificado nuestras razones para afirmar que, hasta donde alcanzamos a saber, en Babilonia o en Egipto no hubo historiadores antes de Heródoto. Los egipcios eran, tal como decía éste, gentes versadas; en Grecia, una tierra cuyos dioses, con otros nombres, se creía que provenían de Egipto, existía un respeto profundo, incluso desmedido, hacia el saber y los conocimientos de los egipcios. Pero estos últimos se limitaban a dejar registros con inscripciones, no eran historiadores.

Hasta aquí, parece sencillo. Tal como veremos en el primer capítulo, la noción de investigación sistemática de Heródoto no fue un elemento

totalmente excepcional en la Grecia de aquella época. Las investigaciones más similares a las que Heródoto realizaba eran, según parece, ante todo geográficas (e incluían, sin duda, la «geografía humana»), un campo que también resulta evidente en la obra de Heródoto. Pero la investigación como una búsqueda sistemática no es la única característica de la historiografía. Otra consiste en exponer los resultados de la investigación en una prosa histórica coherente: la narración. De hecho, en el mundo antiguo existe una vía que lleva del registro de inscripciones a una narración histórica más o menos extensa y desdibuja en cierto modo la distinción entre el acto de dejar constancia escrita en un registro y la historia, una distinción que tan firme parecía antes, cuando nos ocupábamos sólo del elemento llamado investigación.

Los primeros textos escritos se preocupaban, como es comprensible, de operaciones prácticas, y eso nos lleva a pensar que formaban parte de transacciones o eran documentos ulteriores. Las primeras inscripciones de carácter público, surgidas en los contextos más solemnes y grabadas en las paredes de los templos, parecen haber adoptado también este carácter transaccional como el acto a través del que el soberano da cuenta de su administración como representante de la divinidad: el soberano enumera los edificios que ha levantado y las ofrendas que ha realizado, así como los esfuerzos y los logros, entre ellos las victorias, con las que fueron obtenidos. Los inventarios eran entonces comunes y corrientes. Entre otros tipos de listas se cuentan los primeros materiales para una cronología sistemática, como son, por ejemplo, las listas de reyes, que tienen una importancia por tanto decisiva para hacer posible una historia fidedigna a gran escala. Asimismo las leyes como, por ejemplo, los primeros códigos jurídicos de la antigua Mesopotamia, eran también básicamente listas, en el sentido en que, aunque mucho más tarde, a fines ya del milenio II a. C., las conocemos a partir de libros como el Levítico y los Números del Antiguo Testamento.

La relación entre la narración y la administración que ejercía el representante terrenal de la divinidad parece reposar en explicaciones. Es decir, el acto de rendir cuentas, al principio en forma de listas, acaba por comportar una explicación que, a su vez, puede adoptar la forma de una narración más o menos detallada. Los historiadores están acostumbrados a insistir —quizá con ánimo más bien combativo, porque, al fin y al cabo, se trata de su especialidad— en que una explicación puede adoptar la forma de una narración. En cambio, puede que muestren más reservas a la hora de reivindicar un antiguo parentesco que los une con los conta-

bles y, a través de ellos, con los primeros usos de la escritura: la elaboración de listas. En este punto la coincidencia conceptual, sin embargo, aún se refleja en formas como «dar cuenta», que permite apreciar aún su origen en el acto de «contar». Si bien adolece de una falta completa de estilo literario, el hecho de decir «Haga el favor de rendir cuentas de los errores en las cuentas que ha presentado ante el consejo, dando cuenta de cómo las ha compilado» no carece de sentido, al tiempo que cada repetición del término le da un nuevo matiz a lo que se dice.

Se puede ver cómo las inscripciones narrativas, que eran también explicaciones y formaban parte del acto de rendir cuentas, se van haciendo cada vez más completas y más detalladas, y muchísimo más «humanas» en sus referencias a los motivos y los actos. Los relatos de campañas —que ponen el acento en las victorias (o presuntas victorias) y, por tanto, en las conquistas, en el sometimiento o la dominación de otros pueblos, así como en la obtención de botín y trofeos— se cuentan entre las primeras narraciones extensas y también son, de un modo característico, relatos de expediciones, al igual que el de Jerjes en la *Historia* de Heródoto y, casi dos siglos después, el de la mayor de todas las expediciones de campaña, la de Alejandro Magno, que se hizo acompañar por historiadores. Ésta es la manera en que se daba cuenta de una victoria y sus trofeos en el Egipto de mediados del milenio II a. C.:

> Su majestad prosiguió en su carro hasta Jashabu, solo y sin compañero, y volvió de allí en poco tiempo trayendo a dieciséis maryannu vivos al lado de su carro, veinte manos en las frentes de sus caballos y sesenta cabezas de ganado conducidas delante de él. Esa ciudad hizo sumisión a su majestad. Cuando su majestad iba hacia el sur por el llano de Sarón, encontró a un mensajero del príncipe de Nahrin que llevaba en el cuello una tableta de arcilla, y le tomó como prisionero vivo al lado de su carro ... Su Majestad llegó a Menfis con el corazón alegre como un toro victorioso. Suma del botín.*

Luego sigue un pormenorizado desglose de las tropas, los esclavos, los caballos, los carros, las armas e instrumentos de música. Los faraones también realizaban expediciones en busca de objetos valiosos como por ejemplo los minerales.

Otra forma de pauta narrativa egipcia consiste en un período inicial de confusión y catástrofes al que pone fin la llegada de un soberano que

* A. Gardiner, *El Egipto de los faraones*, Laertes, Barcelona, 1995, pp. 220-221.

restablece el orden. Estas narraciones de liberación —cuyo protagonista arquetípico se convirtió, más adelante y bajo influencia hebrea, en la figura del Mesías— ha tenido, al igual que el relato de las campañas, una dilatada trayectoria en la historiografía occidental y ha influido en la representación de figuras como, por ejemplo, los emperadores Augusto y Constantino y, en el marco de la historia inglesa, la reina Isabel I y el rey Guillermo III. De este modo, algunas de las pautas arquetípicas de la narración histórica quedaron establecidas ya en la temprana época de las inscripciones que dejaban constancia de las gestas de los soberanos del antiguo Egipto, Mesopotamia y Asia Menor. En la Biblia, los libros del Éxodo y el Deuteronomio son en esencia narraciones de expediciones y campañas, que aparecerán también en la obra de algnnos de los historiadores más importantes de épocas posteriores.

Otra manera en la que se explica el acto de rendir cuentas, bajo forma de reivindicación, y su narración se hace más pormenorizada y compleja fue la que, según parece, cultivaron los hititas. Se escribía un registro para establecer la justicia de lo que se había hecho y encomendar el asunto al arbitraje divino. Una de las autoridades más destacadas en el imperio hitita, O. R. Gurney, describe un documento de este tipo como muestra de un grado muy evolucionado de conciencia política. La forma más legalista de esta clase de documentos en los que se deja constancia de hechos y actos —y la previsión de una narración en la que debía basarse el juicio— incumbía, como es lógico, al establecimiento de tratados y su quebrantamiento. Estos eran los únicos documentos que Tucídides transcribió por extenso en su obra, cuyo primer libro se centra en amplia medida en los tratados que al ser quebrantados dieron lugar al inicio de la guerra del Peloponeso. Un milenio antes, los hititas habían establecido la práctica de aprovechar la oportunidad que brindaban los preámbulos de éstos para ofrecer una breve narración histórica en la que se explicaba el origen de los documentos. Con el tiempo, estas narraciones preliminares se desvincularon de los tratados y decretos, y se convirtieron en anales independientes, en los que la crónica presentaba los actos del soberano como una ofrenda a la divinidad.

Esta forma analística de dar cuenta de los acontecimientos pasados aparece también entre los asirios, así como en los primeros «historiadores» de las *polis* griegas, junto con descripciones en las que se tienen en cuenta los supuestos orígenes mitológicos. Si bien dicho método no fue empleado por Heródoto —una obra de semejante magnitud hubiera resultado inservible—, sí configuró, en cambio, la historia que Tucídi-

des escribió sobre la guerra del Peloponeso, en la que cada año se divide en verano e invierno para dar mayor precisión al relato. Esta forma todavía era la estructura historiográfica predominante a finales de la Edad Media.

El hecho de mencionar los anales hace que aflore una cuestión problemática para la primera historiografía, a saber, la necesidad de encontrar modos fácilmente admisibles para señalar o indicar la cronología. No era un auténtico problema en los estados dinásticos centralizados como, por ejemplo, Egipto y Babilonia, aunque eso no es lo mismo que decir que las primeras listas de reyes fueron siempre elaboradas con el sentido práctico con el que podrían haberse realizado: en Egipto era una práctica habitual procurar que no quedaran vestigio ni traza algunos de los soberanos cuando caían en desgracia, por lo que las duraciones atribuidas a los reinados carecen a todas luces de sentido. En cambio, en Grecia, donde no había una autoridad política central ni un único registro de los hechos, el problema era más grave. Las únicas instituciones panhelénicas eran el oráculo de Delfos y los Juegos Olímpicos, que se celebraban cada cuatro años. Tanto los célebres atletas que se alzaban con la victoria como las Olimpíadas sirvieron finalmente de indicadores o marcadores cronológicos. Tucídides databa los acontecimientos a partir del inicio de la guerra que narró. En el caso de Atenas era posible emplear los períodos de un año en que ejercían sus cargos los arcontes, las principales autoridades del gobierno de la *polis*, aunque puede que sus nombres no fueran muy fáciles de recordar. Los romanos, por su parte, ya en época muy temprana compilaban listas con los nombres de los pontífices —los principales magistrados sacerdotales que presidían los ritos y las ceremonias religiosas—, listas que cumplían los mismos propósitos que los nombres de los reyes en Egipto y Babilonia. Quizá será más fácil hacernos una mejor idea de las dificultades que comporta establecer una cronología común si nos fijamos en este texto de Tucídides, ejemplo del abigarramiento en que incurre a menudo:

> Catorce años estuvo vigente el tratado de paz de treinta años que se concretó después de la toma de Eubea;* en el año decimoquinto, cuando hacía cuarenta y ocho años que Crisde era sacerdotisa en Argos, y Enesias era éforo en Esparta y a Pitodoro todavía le quedaban cuatro meses de ar-

* El tratado que se concluyó a principios de 445 a. C. La guerra del Peloponeso comenzó, por tanto, en el 443.

contado* en Atenas, a los seis meses de la batalla de Potidea, y coincidiendo con el principio de la primavera, unos tebanos, en número algo superior a trescientos... (Th. II 2)**

Otra forma de protohistoriografía que reclama nuestra atención es el equivalente de las listas dinásticas de amplia aplicación: la elaboración de genealogías, a menudo con sus supuestos orígenes míticos, que al parecer también ocuparon a los primeros historiadores de las ciudades-estado griegas. Este interés por los orígenes dejó huellas esporádicas en la *Historia* de Heródoto, aunque, como de costumbre, el autor no siempre creía en aquello que oía decir. Las historias de exaltación de los propios grandes clanes parecen haber proporcionado materiales y, pese a su carácter indefectiblemente interesado, haber sido fuentes muy valiosas para la temprana historia de Roma. Si ser descendiente de una divinidad, y Heracles era en este sentido uno de los favoritos, o descender de un héroe de la guerra de Troya confería una distinción especial, los romanos lograron tener lo uno y lo otro, al ser descendientes de Eneas de Troya, que era, a su vez, hijo de Venus. Una genealogía bien avalada resultaba útil e incluso indispensable, como lo muestra el libro de Nehemías del Antiguo Testamento, en el que la genealogía cifra los títulos necesarios para el desempeño de cargos rituales y un error o defecto bastan para ser inhabilitado (Neh 7, 5-64). Alejandro Magno creía ser descendiente del dios egipcio Amón, o quería que el pueblo lo creyera.

En los imperios de la Antigüedad, los relatos en prosa históricos y desvinculados de funciones religiosas —lo que deja a un lado tanto la poesía épica como la Biblia, libro que hemos reservado para más adelante, cuando haga sentir su impacto en la historiografía cristiana— fueron surgiendo poco a poco a partir de formas más básicas de llevar un registro administrativo, aunque aún iba a ser preciso dar un largo paso —en realidad, un salto— desde estas formas hasta las narraciones extensas de Heródoto, con su carácter humano y su ingeniosa mesura. Hay narraciones de campañas y de expediciones, y también otras que cabría denominar de redención y reivindicación, documentos en los que se relatan desastres y rebeliones, y posteriores restauraciones, y hay narraciones de los

* Los arcontes de Atenas eran nueve, y el arconte epónimo daba nombre al año. Su arcontado finalizaba con la neomenia que precedía o seguía inmediatamente al solsticio de verano.

** La traducción procede de Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid, 2002.

abusos de confianza sufridos y vengados. La elaboración de anales como una forma de dejar constancia de ellos también se remonta a la época de los hititas.

Las primeras narraciones de campaña más elaboradas, detalladas y continuas, si bien no ejercieron influencia directa en las posteriores, pueden reclamar al menos cierto parentesco con ellas. Una de ellas da cuenta de la campaña del faraón Tutmosis III (1490-1436 a. C.) en el año XIII de su reinado, en la batalla de Megido, que fue relatada en las paredes de los edificios que el faraón hizo levantar como anexos al templo de Amón-Ra en Karnak. Consta de la descripción de un consejo reunido para tratar de la guerra, con diálogos, y la que se considera la primera descripción completa de un combate decisivo. Antes de éste surge la discusión acerca del camino que los egipcios debían tomar. Los consejeros se muestran particularmente serviles y aduladores, aunque tienen ideas propias y claras cuando se les invita a expresar su parecer: «¿Cómo avanzar por un camino tan estrecho? Nos han dicho que el enemigo acecha allí y que es ya numeroso. ¿Acaso un caballo no va a tener que ir detrás de otro caballo, así como los soldados y todo lo demás? ¿Acaso va a luchar nuestra vanguardia mientras la zaga aún no se ha movido de aquí...?». Las paredes del templo muestran también, como era habitual, listas de los pueblos derrotados junto a representaciones gráficas. La narración se puede cotejar también con otras versiones de los hechos. Aquí tenemos, como en otras comparables, aunque menos completas o menos intensas, algo que es a todas luces una narración, si bien puede que aún vacilemos a la hora de denominarla histórica o protohistórica. Se trata, pese a ser más completa y menos grandilocuente que otros ejemplos en cuanto al uso de fórmulas de lenguaje, de una explicación de un episodio, aunque muy importante. En él no hay una descripción individualizada de los personajes, no hay una noción de la perspectiva histórica —en este sentido es como la representación convencional, en dos dimensiones y de perfil, propia de la pintura egipcia— o de la arquitectura que suele rodear a una composición histórica a gran escala. Se podría decir, en gran medida, lo mismo de muchas de las crónicas que se iban a escribir a lo largo de los dos milenios siguientes; pero no cabe decirlo, en cambio, de Heródoto.

Primera parte

GRECIA

1

HERÓDOTO: LA GRAN INVASIÓN Y LA TAREA DEL HISTORIADOR

Como iba a ser costumbre, Heródoto nos cuenta al principio de su obra la razón por la que la escribió: «para que el tiempo —afirma— no borre los actos de los hombres y que las grandes y prodigiosas gestas realizadas, tanto por los griegos como por los bárbaros, no caigan en el olvido, y, en especial, para presentar las causas de estas sangrientas luchas y de los diversos acontecimientos que las precedieron» (Hdt. I). Dicho con otras palabras, su historia era un monumento, un indicador fijo contra el olvido con el que el tiempo amenaza todas las hazañas heroicas humanas. Y lo logró con creces, más allá de cuanto era razonable esperar. Aún hoy leemos la versión que legó de ese gran tema suyo: la invasión de Grecia por el gran rey de los persas y el inmenso ejército políglota proveniente de todos los rincones de su imperio, ocurrida hace ya dos milenios y medio, y sólo medio siglo antes de que Heródoto la escribiera. Algo más adelante (I 95), también promete explicarnos cómo los persas, bajo su nuevo soberano Ciro el Grande, conquistaron una posición predominante en Asia, una promesa que cumple antes de proseguir con su exposición de la invasión de Grecia.

Uno de los puntos de esta declaración inicial en que vale la pena detenerse un instante es la referencia que hace al acto de dejar constancia de las gestas, tanto de los griegos como de los bárbaros, los no griegos. En vano buscaríamos en los registros babilonios y egipcios algo que tuviera esta ecuanimidad. Nos hace pensar en Homero, que, como Heródoto pronto nos recuerda, había escrito acerca de un conflicto anterior entre los griegos y los pueblos de Asia. Homero deja que sus lectores o sus oyentes simpaticen tanto con los troyanos como con los helenos, y en igual medida o más con Príamo y Héctor que con Aquiles y Agamenón.

Heródoto, si bien no hace ningún comentario acerca de este rasgo de Homero, parece darlo por sentado. Acepta, por supuesto, la historicidad de la guerra de Troya, aunque piensa que Homero, como poeta, amoldó su relato a sus propósitos épicos, y está dispuesto a corregirle a partir de las investigaciones que ha llevado a cabo entre los persas y los egipcios, y también con la ayuda de su propio sentido común: Helena, por ejemplo, no pudo haber estado en Troya durante el asedio porque los troyanos, de haber podido, la habrían devuelto a los griegos (II 120). Heródoto se hacía una idea bastante acertada de cuándo vivió Homero y lo situaba unos cuatrocientos años antes de su propia época, situada hacia mediados del siglo V a. C.

Pero mucho más importante que la aceptación por parte de Heródoto de la historicidad básica de los poemas de Homero es el hecho de que fueron, para todos los griegos, un modelo de narración. Cuando Heródoto, en su preámbulo, asevera que escribe para preservar las grandes y maravillosas hazañas del olvido y darles la gloria que se merecen, difícilmente puede ignorar que está tendiendo la mano a la épica homérica, que precisamente pretendía hacer aquello mismo. En el relato que Heródoto hace del gran conflicto reverberan a veces ecos homéricos que deberemos examinar; pero en términos más generales, el ritmo de la narración, la inmediatez de la recreación de los acontecimientos y la presentación del personaje, su humanidad y su inclusión en lo terrenal y mundano —más que en Tucídides y la historiografía que le es posterior— sugieren el adjetivo «homérico». No obstante, es homérico a una escala inmensa y, por tanto, más vaga y repleta de digresiones deliberadas, si bien basada en investigaciones meticulosas que a veces exigen la suspensión del juicio, cosas todas ellas ajenas a la tradición épica. Heródoto es un escritor de gran locuacidad, muy personal y coloquial, que no muestra ningún tipo de aversión hacia el uso de la primera persona. Uno se encuentra con él, cara a cara, tal y como era, de modo que no resulta difícil imaginar los recitales que ofrecía en Atenas y a través de los que, según parece, dio a conocer públicamente su obra. Sabemos de sus opiniones y de sus viajes, de las maravillas que vio, de las historias que le contaron y del escepticismo nada infrecuente que le inspiraban. Podemos reconstruir incluso gran parte de sus creencias religiosas, aunque a veces se muestra reservado en este ámbito. Es un escritor casi tan personal como Michel de Montaigne.

Heródoto nació, según parece, hacia mediados de la década de 480 a. C. en la colonia griega de Halicarnaso, en la costa oriental del

Egeo, de modo que pertenecía a aquella parte del mundo heleno que había crecido trasplantado en Asia. En su condición de tierra fronteriza entre Grecia y el imperio persa, esta región había de desempeñar un papel importante en la historia de Heródoto. Dado que el territorio había sido incorporado en fecha reciente al imperio persa, en términos estrictos, Heródoto nació siendo súbdito del gran rey. Si bien es evidente, en última instancia, de qué parte estaban sus simpatías y, según creemos, sólo sabía hablar griego, nunca habló de los persas con desdén o desprecio, y no tenía reparo en hacer que su relato se identificara con ellos si ello era necesario. Aunque viajó por todas partes —aunque, no obstante, hay quien ha puesto en tela de juicio que llegase a tantos lugares— y en fecha posterior emigró a Atenas, ciudad en la que se dice que fue amigo de Sófocles, el trágico, seguramente es apropiado que un hombre con semejante bagaje cosmopolita tuviera que haber nacido no sólo en una región que había sido testigo de la vida intelectual griega que hasta entonces había florecido con mayor vigor, sino también en la región de encuentro entre dos grandes culturas, y más o menos en el centro del mundo por entonces conocido. No se conoce con certeza la fecha de su muerte, pero no hay duda de que vivió en el período de las guerras del Peloponeso, es decir, al menos hasta después del año 430 a. C. Por ello Heródoto, de acuerdo con las estimaciones más acertadas, es anterior en sólo una generación a Tucídides, aunque su contemporáneo si nos atenemos a las fechas respectivas de sus nacimientos y muertes.

Heródoto hace una lista con algunos de los primeros ejemplos de fricciones entre Europa y Asia —míticos o legendarios—, incluidos el viaje de Jasón y los argonautas a la Cólquida, en el mar Negro, y el robo del vellocino de oro. Luego, sin demorarse más, avanza hasta la época histórica y la conquista persa del reino heleno de Lidia, situado en una región occidental de lo que hoy es Turquía, durante el reinado de Creso, su último rey. Creso, cuya figura desempeña un importante papel en el libro I —la división en nueve libros no es la de la obra original—, es el primer personaje histórico en hacer acto de presencia. Derrocado como soberano, Creso hace así de su carrera una confirmación del sensato dicho, atribuido al ateniense Solón, según el que de ningún hombre cabe decir que ha sido feliz hasta que ha muerto. Creso, a quien el revés de su fortuna le hizo más sabio y prudente, se convierte en el consejero de su conquistador, el rey Ciro de los persas. También se nos habla de la legendaria juventud de Ciro, que fue salvado por un pastor de morir de frío cuando aún era un recién nacido (I 108-117), y de cómo desplazó del poder a los

medos y los subtituyó por los persas, de los que era rey. Ciro entonces siguió adelante y sometió Babilonia (539 a. C.), un reino cuyas costumbres describe Heródoto (I 192-220) después de hacer que el lector le acompañe en una suerte de visita guiada por la ciudad (I 178-186).

> La muralla exterior es la coraza de la ciudad, pero el muro interior, apenas menos fuerte, es más estrecho. Además, en medio de los dos barrios de la ciudad, sobre los dos ríos, algunos edificios están fortificados: por un lado, el palacio del rey, vasto y firme; del otro, el templo de Baal, el Zeus de Babilonia. Este templo cuadrado medía dos estadios de lado, tenía puertas de bronce, y, en mi época, aún existía. En el centro del templo se levantaba una torre impresionante, de un estadio por cada lado, y una segunda que se levantaba en lo más alto, y luego una tercera, y así hasta un total de ocho. Una escalera en forma de espiral conduce por el exterior hacia lo alto de cada torre. A media ascensión hay asientos y un lugar cubierto para que reposen allí los que suben. En lo alto de la última torre se alza una capilla espaciosa con un gran lecho ricamente cubierto y, a su lado, una mesa de oro. En el interior de la capilla no hay ninguna imagen y nadie pasa allí la noche salvo, según dicen los caldeos que son sacerdotes de Baal, una mujer asiria sola escogida por el dios entre todas. Los mismos caldeos también cuentan —aunque no me parecen dignos de crédito— que el dios entra en la capilla y descansa en aquel lecho. En Tebas, los egipcios cuentan una historia similar. (I 181)

Cuando Heródoto visitó Babilonia, hacía más o menos un siglo que la ciudad había caído en manos de Ciro.

Los tres libros siguientes de Heródoto tratan de la ulterior expansión del imperio persa en Asia bajo el reinado del hijo de Ciro, Cambises, y de su sucesor, Darío, el primero que hizo una incursión en Europa, aunque su ejército fue obligado a regresar después de la victoria ateniense en Maratón (490 a. C.; Hdt. VI 110-117). Pero, en general, el avance del imperio persa parecía irrefrenable cuando, después de engullir las colonias griegas y los reinos helenizados de Asia Occidental, avanzó hacia los confines del mundo conocido, en los que se incluían no sólo las antiguas civilizaciones de Egipto y Mesopotamia, sino también los territorios apenas explorados de Libia y Etiopía, así como los pueblos nómadas del desierto de Arabia y las estepas septentrionales. El efecto es similar al que conseguiría, más de dos mil años después, Edward Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* cuando presentó de forma sucesiva a los pueblos que iban a arrollar el mundo romano.

En los libros II al IV, Heródoto sigue la oleada de la conquista persa presentando estudios geográficos y etnográficos de las tierras y los pueblos conquistados. Estos estudios constituyen una parte sustancial de su trabajo, y más adelante volveremos sobre ellos. Como preámbulo de la gran invasión de Grecia por el rey persa Jerjes, parece que la dominación persa del mundo se hace visible en la gran revista que pasa a la amalgama de tropas que forman el ejército reunido por Jerjes y que Heródoto describe con detalle, procurando identificar cada pueblo en la reseña, además de detallar su aspecto, su indumentaria y las armas que le son características, empezando por los propios persas. Las descripciones, al igual que la de la flota que acompaña al ejército persa (VII 61-100) son demasiado extensas para mostrar aquí algo más que una parte de un pasaje representativo:

> Los asirios llevaban cascos de bronce elaborados del modo propio a los bárbaros que resulta muy difícil de describir, escudos, jabalinas y puñales semejantes a los egipcios, mazas de madera cubiertas de hierro y coseletes de lino ... Los indios llevaban vestidos de algodón, arcos de caña y flechas también de caña con puntas de hierro y marchaban bajo el mando de Farnazatres, hijo de Artabates ... Los caspios marchaban vestidos con pellizas, armados con arcos de caña de su tierra y las acinaces [las espadas cortas persas], tenían por caudillo a Ariomardo, el hermano de Artifio. Los sarangas se distinguían por el color con que teñían su indumentaria y unas botas que les cubrían hasta las rodillas, e iban armados con arcos y lanzas de los medos. (VII 61-100)

Y luego prosigue con los árabes, los etíopes —con sus pieles de leopardo y de león—, los libios, los frigios, los tracios, que cubrían su cabeza con pieles de zorro... La lista parece no tener fin: es como si se hubieran reunido gentes de todas las regiones del mundo conocido —desde el Nilo y el desierto de Libia, desde los ríos de lo que siglos después sería la Rusia europea y desde Tracia, al oeste del mar Negro, hasta la India y más allá, además de la propia Persia—, cientos de miles —la cuestión del número de aquella fuerza ha sido, como cabría esperar, muy debatida— para aplastar las pequeñas ciudades-estado de Grecia. Un hombre del Helesponto, al ver que las huestes persas habían cruzado ya el estrecho, gritó en su agonía que Zeus había cambiado su nombre por el de Jerjes para asolar la Hélade (VII 56).

Heródoto no tiene la menor duda de que Atenas era el centro de la resistencia griega y sufrió más que ninguna otra *polis*, al estar situada di-

rectamente en el camino de los invasores. La decisión política más importante adoptada en el bando griego fue la que tomaron los atenienses de no defender la ciudad sino retirarse y cruzar el istmo hacia el Peloponeso, confiando en que la flota griega derrotaría a los persas. El factor determinante, en la exposición de los hechos que hace Heródoto, fue la interpretación que Temístocles dio al oráculo de Delfos, cuya pitonisa había afirmado, de la manera enigmática acostumbrada, que «el muro de madera no iba a caer». Algunos creyeron que se refería a los setos de espinos que rodeaban la Acrópolis, pero Temístocles sostuvo que se trataba de los barcos atenienses, y le creyeron. Atenas se impuso en la gran batalla naval de Salamina (480 a. C.), en la que los persas perdieron su flota y se vieron obligados a regresar a Asia.

Pero el episodio más memorable de la invasión, que Heródoto trata a fondo, fue una derrota para Grecia: el sacrificio ofrecido en la batalla que habían librado meses antes trescientos espartanos acaudillados por su rey Leónidas en el paso de las Termópilas, y en la que todos ellos perdieron la vida (VII 210-228). Su ley les prohibía retirarse. La columna que tiempo después se erigió en su memoria lleva lo que, en su lacónica sencillez, todavía es, probablemente —aun traducida—, la más emotiva de todas las inscripciones militares conmemorativas: «Di a los espartanos, extranjero, que aquí yacemos obedientes a sus leyes».

Heródoto afirma que se ha tomado la molestia de conocer los nombres de todos y cada uno de los trescientos, «que merecen ser recordados». Otro rasgo característico es que menciona algunos muertos persas por su nombre y linaje. Y, aunque puede que no fuera él su autor, gracias a Heródoto tenemos, puesto en boca de Creso, uno de los epigramas más célebres sobre la guerra: «En la paz los hijos entierran a sus padres, pero en la guerra los padres entierran a sus hijos».

El retrato que Heródoto hace de Jerjes, que se ensañó cruelmente con el cadáver de Leónidas, contiene contradicciones curiosas que tal vez reflejen tradiciones diferentes. Con ciertos estados de ánimo, Jerjes muestra sensatez y magnanimidad; con otros, una obstinada fiereza. Tal como Heródoto lo da claramente a entender, el pecado del persa es el orgullo desmedido (*hybris*) cuando hace que azoten al mar del Helesponto por haber destruido, durante una tormenta, los puentes que había mandado construir:

> Cuando se enteró Jerjes, considerándolo indignante, ordenó asestar al Helesponto trescientos azotes a latigazos y arrojar en sus aguas un par de grilletes. Y además, junto con esto, he oído decir que envió también a estig-

matizadores para que lo marcaran al hierro. Y ciertamente les ordenó que, mientras lo azotaban, dijeran palabras bárbaras e insensatas: «Agua salada y amarga, el señor te impone este castigo porque lo has ofendido, a él que nunca te ultrajó. Jerjes el rey te atravesará, quieras tú o no...». Y además de ordenar que castigaran al mar, mandó que a los hombres responsables de haber tendido los puentes de unión en el Helesponto les cortaran las cabezas. (VII 35)

Luego Heródoto prosigue hasta dar una descripción técnica de cómo habían reconstruido los pontones.

El acto más cruel lo comete Jerjes cuando uno de sus siervos, el lidio Pitio, con quien estaba en deuda por la hospitalidad dispensada, pidió al rey que dejara que el mayor de sus cinco hijos se quedara en casa. Jerjes, entonces, mandó que cortaran en dos al muchacho y que después colocaran las dos mitades a un lado y otro del camino e hicieran marchar al ejército por entre ellas. Y, sin embargo, a continuación nos encontramos con un episodio en el que el rey de los persas parece más simpático y humano cuando, sentado en un trono de mármol blanco, al contemplar su ejército y su flota en el momento de su mayor gloria, rompe a sollozar. «Y cuando vio todo el Helesponto cubierto por sus naves y todos los promontorios y llanuras de los abidenos repletas de hombres, entonces Jerjes se tuvo por dichoso, pero al cabo de un momento se puso a llorar» (VII 45). Cuando Artabano, su tío, le pregunta por la razón, Jerjes contesta que pensaba en la brevedad de la vida humana y que «de aquellos miles de hombres ninguno sobrevivir[ía] dentro de cien años» (VII 46). Se trata de un momento extraordinario en el que, gracias a Jerjes, o a Heródoto, las distinciones políticas entre personas y aun, para nosotros, el abismo entre antiguos y modernos se desvanecen al contemplar la suerte que los humanos compartimos.

Pero aunque los persas nunca son deshumanizados, las diferencias entre ellos y los griegos —diferencias políticas y morales— constituyen un convincente mensaje que Heródoto había de transmitir a la posteridad y del que muchas generaciones posteriores iban a hacer un uso abundante. A partir del libro V, Heródoto se centra en los asuntos de las ciudades-estado griegas y las relaciones entre ellas. Los libros V y VI, de hecho, son los más confusos y los menos satisfactorios para el lector, ya que ambos carecen tanto del exótico encanto folclórico que presentan los anteriores como de la dramática y singular línea narrativa que proporcionará más adelante la gran invasión de Jerjes. La división de los griegos en faccio-

nes, por otra parte, es más desordenada y multicéntrica que la política más sencilla de la autocracia persa. En estos libros, no obstante, surge el tema que confiere al clímax de la obra su significación política más amplia. Con la ayuda de Esparta, los atenienses se habían liberado de la familia de tiranos que los habían gobernado y, bajo el gobierno de Clístenes, habían constituido una democracia (I 59-64, V 62-69). Atenas se convierte a los ojos de Heródoto en la gran protagonista de la libertad griega en contraposición con el despotismo asiático. Esta contraposición, que Heródoto hace cada vez más evidente, y en la que las otras ciudades-estado griegas, y en particular sin duda Esparta, participan en grados variables, iba a ser una de las más perdurables en la historiografía y el pensamiento político occidental, ya que oponía la libertad a la servidumbre, el derecho a la voluntad de los tiranos, la frugalidad, la intrepidez y el valor al lujo, la medrosía y la timidez. Cuando describe los efectos que la recién alcanzada libertad ejerce en los atenienses, Heródoto propone una idea que iba a reverberar a lo largo de los siglos en la historiografía y que fue también aplicada a los primeros años de la República romana.

> El poder de Atenas se hizo cada vez mayor y demostró, si de ello había menester, lo excelente que es la isagoría, la igualdad ante la ley, no sólo en un aspecto, sino en todos. Porque mientras vivieron oprimidos por los tiranos, no alcanzaron mayor éxito en la guerra que cualquiera de sus vecinos y, sin embargo, en cuanto se sacudieron de encima el yugo de los tiranos, demostraron ser los mejores guerreros del mundo. (V 78)

Otro aspecto del contraste entre Oriente y Occidente, con un prolongado porvenir como lugar común historiográfico, es atribuido a Ciro el Grande, cuyas palabras cita Heródoto casi como las últimas de toda la obra: «de las tierras blandas suelen nacer hombres blandos», que deben, entonces, sufrir el poder de otros. Si bien, alertados por Ciro, los persas escogieron mandar habitando en una tierra mísera antes que ser esclavos de otros, la asociación de ideas que expresaba la frase «molicie oriental» en el pensamiento y la historiografía europeas iba a perdurar hasta el siglo XIX. La antítesis entre Oriente y Occidente iba a ser muy importante para los griegos y los romanos. A través de ellos, alcanzó un especial grado de intensidad en la Ilustración europea, cuyos ecos aún reverberaban en la historiografía decimonónica y en la literatura del imperialismo. Y en esta dilatada tradición Heródoto no fue ni mucho menos el más parcial e incondicional de cuantos la manipularon.

La diferencia en cuanto a carácter entre los últimos y los primeros libros, de contenido más etnográfico, resulta evidente en la mayor coherencia y la fuerza dramática que adquiere la narración de la invasión. Pero esa diferencia influye en que, si bien dedicamos mucho tiempo al rey de los persas, también prestamos mucha más atención ahora que antes a los asuntos de Grecia, de modo que el contraste resulta inevitablemente más acusado. En lugar del ambiente claustrofóbico, servil, adulador y a veces amedrentador, existente en la corte de un déspota, donde una deliberación se funda en consejos que pueden expresarse en privado o en cónclave, tenemos la vigorosa y manifiesta vida pública, en extremo dividida en facciones y proclive a la polémica de las ciudades-estado griegas, que se manifiesta de forma característica en el debate público y se expresa a través de los discursos destinados a persuadir y decantar la opinión. Desde el principio, Heródoto ha empleado el estilo directo, pero el uso que hace del mismo es en gran medida informal, coloquial y destinado a favorecer la acción inmediata; no es oratorio, ni cuesta pensar qué palabras, de carácter más insidioso, debieron de pronunciarse en voz baja. Consideremos, por ejemplo, el modo en que Heródoto describe la conspiración de los nobles persas que, al sospechar que su soberano, Esmerdis el Mago, que hasta entonces se hacía pasar por el hijo de Ciro II —y hermano de Cambises II—, era un impostor, acordaron darle muerte. Heródoto se sirve ampliamente del estilo directo. El futuro rey Darío, que será entronizado en 521 a. C. como consecuencia del éxito de los nobles, manifiesta su aparecer:

> Varones que os halláis presentes, si os atenéis al proceder expresado por Ótanes [acerca de la necesidad de recurrir a más conspiradores], sabed que ... alguien, movido por su propio interés, nos traicionará y se lo hará saber al mago. Lo mejor hubiera sido que, una vez decidido, lo hubierais hecho vosotros mismos; pero, ya que os pareció bien referírselo a más y a mí me lo habéis confiado, actuemos hoy, o si dejamos pasar este día, no os voy a ocultar que no habrá acusador que se me anticipe, sino que yo mismo se lo revelaré todo al mago. (III 71)

Sólo después llegamos al conjunto de parlamentos más livianos que parecen formar buena parte de la vida pública de los griegos. A continuación, veamos uno de los que pronunció uno los estrategos atenienses, Milcíades, quien, en un debate sobre si debían arriesgarse a presentar batalla contra los persas —una batalla que acabó convirtiéndose en la victoria de Maratón—, exhorta a la acción inmediata. Cuando habla, re-

curre tanto a los principios como al sentido práctico. Las alternativas, afirma Milcíades, son:

> o esclavizar Atenas o, por haberla hecho libre, dejar un recuerdo para toda la existencia de los hombres cual ni siquiera Harmodio y Aristogitón han dejado. Los atenienses hoy corren el mayor peligro desde que existen. Si se someten a los medos, a la vista está lo que sufrirán una vez entregados a Hipias, pero si vence esta ciudad, es lo bastante poderosa para convertirse en la primera entre todas las ciudades de Grecia. (VI 109)

Resulta tentador anticiparse a una posible objeción y afirmar que nos aproximamos al tipo de historiografía cuyo arquetipo es la obra de Tucídides y que marcará durante mil años la pauta que deberá seguirse en la forma de hacer y escribir la historia. Pero no es exactamente eso. Las formas de hablar de los griegos presentan en Heródoto un estilo más directo y menos cincelado, menos cerebral y en apariencia menos desapasionado que los admirables discursos que conforman en gran medida la experiencia de leer a Tucídides. Presentan, no obstante, un acusado contraste con los libros anteriores y contribuyen asimismo a reforzar la contraposición que confiere a los tres últimos libros de su *Historia*, su sentido y significado generales: el contraste y oposición entre dos mundos, el de la libertad y el del despotismo.

Este contraste es en parte la razón que da cuenta del cambio cultural visible en la obra de Heródoto, pero es razonable inferir que hay otra, una razón menos aparente. Los acontecimientos que se tratan en los últimos libros son también los más próximos a la época del autor y tienen lugar en el mundo en el que vive y que mejor conoce, en un mundo cuya lengua habla: el mundo griego. Debe de haber habido una acusada diferencia en la calidad, la fiabilidad y la accesibilidad de las tradiciones orales en las que Heródoto confió principalmente, así como en su habilidad a la hora de interpretarlas. Tucídides iba a disfrutar de todas estas ventajas y, además, de la de escribir sobre una historia que le era contemporánea. El resultado es un perceptible acceso de «realismo». El carácter a menudo folclórico de las historias que Heródoto cuenta acerca de Persia, sobre todo en los primeros libros, y las referencias frecuentes a los sueños premonitorios, se han desvanecido. Sin duda no se trata de un contraste absoluto. El mundo griego también da amplia cabida a los sueños, los oráculos y los augurios. El contraste, sin embargo, parece darse a la vez entre Oriente y Occidente, entre despotismo y libertad, y entre lo «an-

tiguo» y lo «moderno», que aquí viene entendido como la vida política libre de la *polis* griega.

Pero, si bien Heródoto tiene los pies firmemente puestos en el mundo de la cultura griega y la investigación racional, su curiosidad sobre las civilizaciones antiguas y los pueblos lejanos y nómadas significa que su historia constituye también un tipo de puente entre aquel mundo y el mundo «bárbaro» que se extiende más allá de las fronteras. Aparte de la narración de la invasión, mucho más comedida en su aspecto dramático, más detallada y equilibrada que cualquier obra en prosa precedente, la otra cualidad distintiva de la obra de Heródoto viene plasmada en los extensos estudios geográficos y etnográficos de los primeros libros, en sus digresiones, tal y como con posterioridad se las acabará por denominar, cuando pasen a ser elementos corrientes, aunque menos extensos, en las obras de historia. En Heródoto son muy amenas y entretenidas, gracias a su omnívora y tolerante curiosidad humana sobre el mundo y la humanidad en todos sus aspectos y diversidad. Heródoto era, además de historiador, antropólogo y geógrafo, aunque no es tan sencillo garantizar el grado de originalidad existente en estas partes de su obra.

Si bien desconocemos en gran medida las identidades de los predecesores y contemporáneos griegos de Heródoto que escribieron o compilaron descripciones de hechos y materiales históricos, lo cierto es que los hubo. La mayor parte de sus obras se ha perdido, pero lo que sabemos de ellas, así como de los fragmentos que se han conservado, hace que sea poco verosímil pensar que haya, más allá del horizonte que nos marcan nuestros conocimientos, alguna figura como la de Heródoto. El precursor más conocido y quizá el más destacado, Hecateo de Mileto (n. 549 a. C.), fue un geógrafo, mitógrafo y etnógrafo del Mediterráneo y las regiones circunvecinas. Escribió estudios acerca de Europa, Asia, el norte de África —las tierras que los griegos denominaban Libia— y Etiopía. El primer mapa parece haber sido obra de otro milesio, Anaximandro. Los conocimientos de Hecateo se extendían sin duda más al oeste que los de Heródoto, que niega poder hablar con exactitud del Mediterráneo occidental ni de las tierras situadas hacia el septentrión, entre ellas las islas Casitérides (las Británicas), de las que llegaba el estaño (III 115). Heródoto se refiere a Hecateo varias veces a lo largo de su obra, a veces como un actor histórico («Hecateo el escritor»), aunque se preocupa de rechazar, no sin rotundidad, la opinión del milesio —por entonces muy difundida— según la cual la tierra estaba rodeada por una gran masa de agua, a la que llama, sin más, Océano (IV 36).

La principal fuente que tenemos para conocer a los predecesores de Heródoto es Dionisio de Halicarnaso, autor del siglo I d. C. cuya ciudad natal era la misma que la atribuida a aquél. En Dionisio, y también en Plutarco, encontramos textos en los que se da cuenta de sucesos, hechos y acontecimientos anteriores, procedentes de fuentes hoy perdidas, que a veces encajan y otras difieren de aquellas que empleó Heródoto. Estos precursores y, quizá, contemporáneos parece que escribieron sobre los pueblos y las ciudades, en general acerca de sus supuestos orígenes. Otro de los autores anteriores que conocemos a través de los pasajes de Dionisio es Helánico de Lesbos, que escribió sobre la historia antigua de Atenas, en su mayor parte mítica, así como sobre los orígenes de los pueblos en general —una suerte de historia universal precoz— y sobre las costumbres de los egipcios, los persas y los babilonios. Al margen de las diferencias que pueda haber en cuanto a la calidad de lo que uno y otro lograron, lo cierto es que el interés de Heródoto por esta clase de asuntos no era aislado. Helánico parece haber sido ante todo un genealogista, y en sus escritos parece haber incluido prometedoras etimologías en las que hacía derivar el origen de los persas del mítico héroe griego Perseo y a los medos de Medea, la esposa de Jasón. Si bien, en general, da la impresión de que fue menos crítico que Heródoto, lo cierto es que los dos pertenecían a mundos mentales que no eran del todo diferentes, aunque nos sea imposible fechar sus obras en relación unas con otras.

Si Homero proporcionó un precedente para el componente narrativo de la obra de Heródoto, no hemos de olvidar la importancia que revistió también, en este sentido, el estudio de la geografía. Aun cuando al estudiar a Tucídides deberemos considerar otras influencias, por el momento parece que la historia está enraizada en la épica y la geografía. La información etnográfica que ofrece Heródoto procede de sus viajes y de su infatigable costumbre de preguntar a informantes locales, a los que a menudo remite. Le ayudó, sin duda, la existencia por entonces de una extensa diáspora griega en Asia occidental —de la que al parecer él mismo provenía— y a orillas del mar Negro. En la *Historia* de Heródoto no hay remisión a documentación escrita, aunque a veces se refieran como pruebas corroborantes cosas que ha visto —muros, edificios, ante todo ofrendas en los templos, en especial el de Delfos, y sus inscripciones dedicatorias—:

Giges fue el primero de los bárbaros, por lo que sabemos, que hizo ofrendas en Delfos después de Midas, el hijo de Gordias, rey de Frigia. En efecto, Midas había dedicado también el trono real, en el que sentándose

en público, administraba justicia. Este trono, digno de ser visto, se halla junto a las cráteras de Giges. (I 14)

Hubo un incendio en Delfos que dañó algunas de las ofrendas hechas por Creso, rey de Lidia. Heródoto nos cuenta con notable sentido práctico el modo de ubicar lo que aún quedaba de ellas:

> También mandó dos cráteras enormes de oro y de plata, de las que la de oro se encontraba a la derecha de la entrada del templo, y la de la plata, a la izquierda. También estas fueron trasladadas en la época en que ardió el templo, y la de oro se encuentra en el tesoro de los clazomenios, cuyo peso es de ocho talentos y medio más doce minas; la de plata, en el vestíbulo del templo, en el rincón, con una capacidad de seiscientas ánforas. (I 51)

Tucídides apenas si hará un mayor uso de la documentación —sobre todo al transcribir tratados, según parece al pie de la letra—, aunque los acontecimientos que describía eran estrictamente contemporáneos y, por tanto, abundaban los testigos y los participantes, entre ellos el propio Tucídides. Pero Heródoto era sobre todo el hombre que hablaba haciendo preguntas y que viajaba para poder hacerlas:

> oí decir otras cosas en Menfis, al haber trabado conversación con los sacerdotes de Hefesto. Y, ciertamente, también me dirigí a Tebas y a Heliópolis por esas mismas cosas, queriendo saber si coincidían con las cosas que en Menfis me había dicho los sacerdotes. En efecto, se dice que en Heliópolis se encuentran los más doctos de los egipcios. Ahora bien, de lo que me contaron de las cosas divinas no estoy dispuesto a repetir nada, salvo sólo los nombres de sus dioses, porque no creo que un pueblo sepa mucho más sobre estas cosas que cualquier otro. (II 3)

Heródoto no pudo haber sido testigo presencial de los acontecimientos históricos que describe —era aún pequeño cuando acontecieron los más recientes—, aunque en sus viajes sin duda hizo un amplio uso del sentido de la vista. Entre otras cosas, es, si bien de manera esporádica, una suerte de anticuario itinerante que habla al mundo de las maravillas que ha visto: monumentos que se contaban entre las proezas más maravillosas de los hombres y de los que valía la pena dejar constancia. Como cabía esperar, Egipto y Babilonia le impresionaron y, tal como vimos, dio una descripción especialmente precisa de esta última ciudad (I 180-183). En cierto momento llegó a hacer de la grandeza de las obras de in-

geniería realizadas por los habitantes de Samos una razón para ocuparse de su historia (III 60).

Pero, por encima del resto de los sentidos, Heródoto hizo uso de sus oídos, aunque sólo fuera porque la mayoría de las inscripciones que pudo haber visto estuvieran escritas en un alfabeto y en una lengua que no podía leer. Se consideraba a sí mismo un oyente, un compilador que deja constancia de las tradiciones orales sobre el pasado tanto reciente como remoto, de las que es, a la vez, filtro y juez. A veces dice de estas tradiciones que no son creíbles, pero por principio asume como propio el deber de ponerlas por escrito: «Mi obligación es dejar constancia de lo que se dice, pero en modo alguno tengo la obligación de creerlo en su totalidad» (VII 152). O, una vez más, «cualquiera puede creer las cosas que dicen los egipcios, si es lo bastante crédulo» (II 123). Los relatos orales de hechos y acontecimientos a menudo diferían, a veces en las versiones dadas por diferentes interlocutores debido a intereses personales manifiestos, y Heródoto hizo también suya la obligación de escoger entre aquellas la que fuera mejor, alegando sus razones, o procuró reconciliarlas o suspendió su juicio cuando era preciso hacerlo. Los criterios en los que basó éste son a veces psicológicos y otras se fundan en la probabilidad física (incluida la imposibilidad física pura). Incluso llega a hacer uso, de manera un tanto presuntuosa, de sus superiores conocimientos etnográficos. Los griegos cuentan muchas historias sin prestar especial atención a su veracidad, dijo Hecateo también. Una de ellas, por ejemplo, es que los egipcios trataron de ofrecer a Heracles en sacrificio a Zeus, pero que aquel los hizo desistir de su intento matándolos a todos. Esta historia, afirma Heródoto, muestra la ignorancia de los helenos en cuanto a las costumbres y al carácter de los egipcios, dado que éstos tenían como obligación sagrada no inmolar seres humanos. Por otra parte, Heracles, al estar solo y, además, ser mortal, no habría podido dar muerte a miles de seres. Sea como fuere, el historiador se apresura a añadir: «Que los dioses y los héroes no se ofendan de lo que acabamos de decir sobre estas cosas» (II 45).

Las descripciones que Heródoto hace de las costumbres y el carácter de los persas y los babilonios en el libro I establecen la pauta que deberán seguir los estudios sucesivos de cada uno de los pueblos con que los persas se iban a ir encontrando. Enumera de manera concienzuda, a veces amena y de vez en cuando increíble, los que acabarán siendo los objetos típicos de la curiosidad etnográfica: la indumentaria, la dieta, las costumbres matrimoniales y funerarias, los diferentes rangos de una sociedad, las prácticas y creencias religiosas, y la salud y el tratamiento de las en-

fermedades. La actitud de Heródoto es tolerante e imperturbable de principio a fin. Tal como afirma —y en este sentido se anticipa a Montaigne—, cada pueblo considera que sus propias costumbres son las mejores, aun las que más estrambóticas resultan a los ojos de otros. Los helenos se hubieran horrorizado ante la idea de comerse a sus padres fallecidos; a algunos indios, en cambio, les escandalizaba la idea de no hacerlo y de tener que incinerar, en cambio, sus cuerpos (III 38).

A veces se aviva la sospecha de que Heródoto amolda con artería las versiones y descripciones que ofrece. Los egipcios, que leen de derecha a izquierda y cuyo gran río se desborda en verano y baja el nivel de sus aguas en invierno, «parecen haber invertido las prácticas habituales de la humanidad»: comen en las calles y se alivian en las casas —lo cual arroja luz sobre los hábitos de los helenos—, los hombres orinan sentados, las mujeres lo hacen de pie, y así sucesivamente (II 35-36). Después de recordar que los persas nunca actuaban basándose en una decisión que hubieran tomado estando ebrios sin reconsiderarla después cuando estaban serenos, se ve que era casi irresistible añadir que una determinación adoptada en este último estado era reconsiderada siempre cuando habían bebido (I, 133). A veces la etnografía de Heródoto presenta visos de certeza o puede ser verificada, como sucede, por ejemplo, cuando hace referencia a lo que parece la pervivencia de costumbres matrilineales, la prostitución sagrada en Babilonia o la costumbre de los magos persas de ofrecer primero a las aves y a los perros los cuerpos de los difuntos (I 140).

Aparte de los egipcios, Heródoto dedica la mayor parte de su atención a los escitas, pueblo que vivía en las tierras situadas al norte del mar Negro. Las características de las que deja constancia sobre la vida que llevaban estos pueblos sin árboles ni ciudades resultan conocidas debido a otras versiones muy posteriores. Heródoto describe a los arqueros nómadas montados a caballo, con sus carromatos, dependientes de su ganado y alimentándose de leche; la costumbre de arrancar las cabelleras de sus enemigos y colgarlas de las bridas de sus monturas mientras hacen de los cráneos copas en las que beber; las de tomar baños de vapor, sellar con sangre los pactos de hermandad e inhumar a los grandes hombres acompañados de su familia, sus caballos y tesoros (IV 16-82). En su narración nos hace presentir ya a los hunos, a los tártaros y a los mongoles. Pero la remota Escitia, como era previsible, ofrece fenómenos aún más exóticos: gentes calvas de nacimiento, hombres con pezuñas de cabra, hombres que pasan la mitad del año dormidos... Heródoto parece aceptar que aquella raza sea calva, aunque no da fe de ello; pero conside-

ra fuera de todo crédito el que los hombres tengan pezuñas de cabra o que hibernen la mitad del año.

Encontramos esta misma veta de fantasía a veces en la zoología de lugares remotos, y en este ámbito Heródoto se muestra menos crítico que con aquella extraña antropología; de modo que entre las descripciones cabales de cocodrilos y camellos, encontramos serpientes aladas (Egipto), hormigas gigantes excavadoras (India) y ganado que anda hacia atrás porque, si lo hiciera hacia delante, sus cuernos se clavarían en el suelo (Libia). Sin duda, Heródoto creía en las serpientes aladas, porque había visto los esqueletos. Creía en el ave fénix, aunque no la hubiera visto. Sin embargo, rechaza como increíble la historia según la cual aquella ave transportaba el cuerpo de su padre muerto envuelto en mirra y lo sepultaba en el santuario de Helios, aunque no acaba de aclarar si es por la desproporción entre su fuerza y el peso de la carga (II 73). Intenta ser todo lo exacto que puede en su geografía, aunque a menudo no parezca creíble. En su disquisición más larga sobre un fenómeno natural, un estudio detallado de la crecida del Nilo que a su manera resulta impresionante, llega a una de sus predicciones menos afortunadas: el Nilo crece en verano y desciende en invierno porque, en invierno, las tormentas sacan al sol de su curso hacia la Alta Libia (II 10); no sólo es errónea, sino que no parece convincente.

Ningún estudio crítico de Heródoto puede eludir la cuestión controvertida, al menos en la Antigüedad, de su fiabilidad y su supuesta credulidad o aun sus mentiras. Cierto es que, a veces, le inducían a error o parecía ignorante, y también es cierto que compartía creencias del mundo antiguo que hoy ya no existen, aunque sus críticos en la Antigüedad, con diferencia los más acérrimos, no se referían a este aspecto. Heródoto da la impresión de haber tenido, en particular, muy mala suerte con sus informantes en Egipto; de ahí que los especialistas en el antiguo Egipto tengan hoy en día peor concepto de él que los estudiosos de Babilonia y Persia, para los que es una autoridad valiosa. Las acusaciones vertidas contra Heródoto en el mundo antiguo, que, sumadas al modelo rival facilitado por Tucídides, contribuyeron sin duda a minar su prestigio, parecen hoy, en la medida en que no eran meramente dolosas, descansar en un malentendido consistente en creer que Heródoto aprobaba y daba por cierto necesariamente todo cuanto repetía por escrito. Con todo, puede que el lector contemporáneo se sienta más impresionado por el sentido crítico y el frecuente escepticismo de que da muestras Heródoto, o por las veces que se abstiene de opinar, una vez que se tiene en cuenta la creen-

cia de los antiguos en los augurios, los oráculos y los sueños premonitorios, a los que Heródoto da mucha importancia al tiempo que reconoce que podrían ser manipulados. La cuestión fundamental parece ser aquella que nos hará ver probablemente a la vez refinada y valiosa su obra. Tal como hemos visto, Heródoto consideraba que era parte de su obligación poner por escrito incluso aquellas historias a las que no daba el menor crédito. Era un deber dejar constancia escrita de aquello que la gente le decía y le contaba, mientras que no dejaba al lector duda alguna sobre cuál era su propia opinión.

El mundo de Heródoto, el de la élite que hablaba griego, era un mundo muy culto, aunque aún seguía confiando en la tradición oral en lo relativo al conocimiento del pasado. Gran parte del resto de la tierra, fuera de los centros de civilización, era aún ajeno a la escritura y a la lectura, como lo atestigua el hecho de que se dijera qne el propio rey de los persas no sabía ni leer ni escribir. Pero no hay duda de que era un mundo que hervía en tradiciones orales rivales y relatos populares que se ajustaban a fórmulas fijas de lenguaje, transmitidos oralmente mediante leyendas y descripciones de fieras, de pueblos y tierras míticos, con narraciones de niños abandonados, pruebas, ardides y trampas, subterfugios, enigmas y sueños premonitorios. A Ciro el Grande lo crió el pastor a quien le habían mandado matarlo siguiendo las órdenes que su abuelo el rey había dado después de creer que cierto sueño, en el que una vid brotaba de los genitales de su hija y se extendía por toda Asia, suponía una amenaza para él (en la mitología griega hay ciertas analogías con la leyenda de Perseo). Ciro, que más tarde fue reconocido como un príncipe por su linaje real, tuvo también un sueño similar con Darío, quien sucedió en el trono a Cambises, el hijo de Ciro (I 107-116, 209).

El propio Darío, al que vimos cuando era uno de los conspiradores contra el mago que había usurpado el trono persa, se convierte en rey gracias a un ardid. Después de una discusión entre los conspiradores acerca de cuáles eran los méritos de cada una de las tres formas de gobierno, la monarquía, la oligarquía y la democracia —algo que, dicho sea de paso, es inusitado en la exposición que Heródoto hace de la historia persa y parece muy griego—, los conspiradores, montados en sus caballos en las afueras de la ciudad, acuerdan dejarlo todo en manos de la suerte y que «aquel cuyo caballo, al salir el sol, relinche primero, ése se quedará con el trono». Darío, aconsejado por su astuto palafrenero, se sirve de una yegua para crear un reflejo condicionado en el semental que monta y así se convierte en el rey de Persia. Su primer acto fue levantar un monumento de piedra

con la escultura de un hombre a caballo en el que podía leerse esta inscripción: «Darío, hijo de Histaspes, en virtud de la pericia de su caballo y de su palafrenero Ébares, consiguió el trono de Persia» (III 84-88).

Los tributos que Ciro recaudó como rey dan pie para que Heródoto haga una digresión acerca del método que empleaban los pueblos del Indo («cuyo esperma no es blanco como el de otros hombres») para recoger el oro, y que tanto debía a las hormigas («más pequeñas que un perro y más grandes que un zorro») que excavaban en la tierra rica en dicho metal. Al final las hormigas acaban persiguiendo a los indios, que escapaban montados en camellas cargadas con las sacas llenas de polvo áureo (III 102-105).

Sólo a través de historias expresadas en un lenguaje con fórmulas fijas como, por ejemplo, el relato de la juventud de Ciro, es posible reconstruir algo de los mundos mentales y de los gustos populares de las sociedades que precedieron al uso de la escritura. Tenemos una deuda con Heródoto por haber dejado constancia de ellas de una manera concienzuda y nada afectada, aunque parece que los mojigatos que después de él se dedicaron a escribir historia de forma más limitada y rebuscadamente circunspecta no llegaron a entender lo que hizo, pese a lo que puedan declarar. Sin estar aún en disposición del concepto, Heródoto ha sido considerado, entre otras cosas, uno de los primeros folcloristas que eran conscientes de serlo, si no el primero. Sin duda no entendía el folclore como un género, sino como parte de sus «investigaciones»; pero su capacidad para dejar constancia con una suspensión parcial o total de sus creencias es un aspecto tanto de su omnívora curiosidad como de su tolerancia general. Cuando aquella le defrauda y él se muestra en exceso escéptico, nos damos cuenta, como ocurre, por ejemplo, cuando descarta por increíble la historia de aquellos viajeros fenicios que, navegando hacia poniente por la costa meridional del África occidental, se encontraron con que el Sol quedaba al norte de ellos, a su derecha (IV 42).

En cuanto a las creencias religiosas, no hay duda de que fue un hombre piadoso sin ser servilmente crédulo. A menudo anuncia que sabe más de lo que considera adecuado mencionar. «Antes ya he dicho cómo se celebra en la ciudad de Busiris la fiesta en honor de Isis. Allí todos, decenas de miles de hombres y mujeres, se golpean el pecho después de que el sacrificio haya terminado, aunque no sería lícito por mi parte decir por quién se infligen esos golpes» (II 61). De forma análoga, se nos dice que «en el templo de Atenea en Sais, detrás del santuario, se halla también la tumba de quien no considero piadoso aquí revelar el nombre» (II 170). No queda

claro si es fruto del sobrecogimiento ante los dioses y una sensación de desasosiego al convertirlos en objetos de su investigación, o de un sentido del decoro y un deseo de no ofender, o bien del hecho de que ese conocimiento le ha sido transmitido bajo promesa de guardar el secreto. Puede que si reuniéramos muchas de sus manifestaciones acerca del tema, veríamos que se trata de una mezcla de las tres cosas. Tal como parece haber sido habitual, Heródoto considera los dioses de todos los pueblos como si fueran los mismos, con la salvedad de que difieren en sus nombres, y sostiene que los conocimientos griegos acerca de los dioses provienen de los egipcios. Pero, si bien es respetuoso y discreto, sigue siendo un hombre con mucha experiencia de la vida; cree categóricamente en los presagios como advertencias divinas; cree en los augurios, en los oráculos, en el carácter sagrado de los templos y en el precio que el sacrilegio comportaba, así como en los castigos que correspondían al orgullo desmedido; pero sabía también en qué grado podían tergiversar e incluso manipular estas cosas los intereses creados o los derechos adquiridos. La Pitia, la sacerdotisa del oráculo de Delfos, podía ser sobornada, como según parece lo fue, para que dijera a los espartanos que debían ayudar a Atenas a liberarse de sus tiranos (VI 123). Asimismo, tenía sus propias ideas acerca de la providencia y de la justicia divina, y también de un destino que ni los propios dioses son capaces de eludir (II 120, III 108, I 91...).

Además de constituir un ejemplo para los historiadores posteriores y proporcionar mucha información etnográfica, Heródoto narró en una prosa épica la liberación de Grecia —la emancipación de la libertad respecto de la amenaza de un despotismo imperial—, que se convirtió en la base principal de la memoria colectiva europea. El final de su obra contempla a Grecia segura y victoriosa, con Atenas como la potencia dominante. En su sucesor, Tucídides, cuya obra se inicia medio siglo después, vemos cómo el orgullo desmedido de los atenienses, las encarnizadas rivalidades y los recelos mutuos entre las ciudades-estado griegas, combinadas con la división en facciones de su política interna, toman un rumbo autodestructivo que, con el tiempo, iba a poner fin a su autonomía.

2

TUCÍDIDES: LA «POLIS»; USO Y ABUSO DEL PODER

Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia. En lo relativo a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no anteponemos las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, no sentimos irritación contra nuestro vecino si algo le gusta y no le imponemos humillaciones, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas de ver. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno, y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas para ayudar a los que sufren injusticias, y a las que aun sin estar escritas, acarrean a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida. (Th. II 37)

Este fragmento es el célebre pasaje de la obsequias que Pericles, estratego de la democracia ateniense, pronuncia en memoria de los soldados de Atenas muertos durante el primer año de la guerra del Peloponeso (431 a. C.). Se trata de un largo discurso que Tucídides presenta de manera literal, conforme a su práctica habitual, y sobre el que volveremos más adelante. En él, Atenas es presentada como la cumbre de los logros cul-

turales y políticos y, gracias al historiador que lo transmitió, esa imagen ha arraigado de manera permanente en la conciencia colectiva de la Europa culta. Tucídides fue un realista, y hay muchas cosas en esta oración fúnebre que la historia que él escribe luego nos predispondrá a matizar; pero el hecho de exponerla de este modo le permite presentar un panegírico a Atenas y a lo que ésta podía significar sin tener precisamente que refrendarlo. Es un discurso.

El discurso de Pericles —realzado en lo que a los lectores contemporáneos se refiere por los ecos, nada fortuitos, del discurso que Abraham Lincoln pronunció en Gettysburg— es un dechado de oratoria que termina apropiadamente con una exhortación a los atenienses para que no sólo se unan en defensa de la libertad y de su ciudad-estado, sino que se enamoren de ella. Poco antes, de hecho, presenta Atenas como digna de ser amada. El discurso empieza, como lo hará siglos después el que pronunció el presidente Lincoln, negando la necesidad de que los vivos rindan honores a los muertos, a quienes basta el sacrificio que han protagonizado para ser consagrados. Pericles, como después Lincoln, invoca entonces a los antepasados de la ciudad y su legado, una *polis* «libre». Ya hemos visto cómo elabora lo que eso significa, incluido aquello que deberíamos considerar como la afirmación liberal de que los atenienses son en su vida privada «libres y tolerantes». Cada ciudadano es libre de hacer lo que mejor le plazca. Si bien dnrante los últimos dos siglos fue corriente que se negara que las democracias antiguas tuvieran un concepto de libertad privada tan definido como el de libertad pública, en presencia de esta oración panegírica de Pericles resulta difícil, en cambio, seguir sosteniendo semejante afirmación.

Pericles presenta la vida de Atenas como un equilibrio ideal entre lo público y lo privado, así como entre lo cultural y lo político. El ciudadano ateniense, dice, está enterado de los asuntos públicos y es valiente en la guerra, pero también ama lo bello y las cosas del intelecto. Disfruta de una vida pública pujante, de certámenes, banquetes y festivales, pero también de la gracia y la belleza de la existencia doméstica. La vida ateniense se caracteriza por la facilidad, la franqueza y la versatilidad, sin molicie, pero también sin la necesidad que sienten los espartanos —los principales antagonistas de Atenas en la guerra— de un forzado y perpetuo adiestramiento para la adversidad, aunque los atenienses sean igual de patriotas y valientes que ellos. Las virtudes de los atenienses les han procurado el imperio y el poder que Atenas ejerce, algo sobre lo que Pericles no se muestra en absoluto arrepentido: «Nuestra ciudad es una lec-

ción para Grecia», asegura, a lo que añade: «seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras» (II 40-41). Si esta última afirmación es verdad, lo es en parte gracias a que Pericles y Tucídides hicieron que así fuera.

Toda la cualidad dramática de esta alabanza del poder y la grandeza de Atenas, pronunciada al inicio de la guerra que iba a significar la caída de la ciudad, no debió de ser plenamente evidente en la época en que la escribió Tucídides. Resulta difícil atribuir con seguridad a una ironía dramática consciente un gran papel en la historia, dada la incertidumbre acerca del momento en que se escribió en relación con el desarrollo de los acontecimientos. No hay duda, sin embargo, de que el orgullo desmedido es un tema reiterado, como lo son, desde el principio, los riesgos, peligros y vicisitudes de la guerra, de los que los espartanos son más conscientes que los temerarios atenienses. Lo que sí parece del todo manifiesto es el arte que lleva a que Tucídides trate de forma tan extensa la oración panegírica de Pericles, situada como está muy cerca del inicio de la guerra. No era a todas luces una gran ocasión: un ritual público de tipo corriente para hombres que habían caído en lo que, a la vista de los criterios establecidos más adelante por la propia guerra, sólo era una escaramuza. Apenas si exigía un tratamiento tan completo y resonante. Los discursos recogidos por Tucícides a menudo no son cortos, pero el de Pericles —que abarca casi ocho páginas de una edición moderna— es excepcionalmente largo. Aun así, decir esto no significa afirmar que Pericles no pronunciara unas palabras probablemente similares: el acontecimiento era demasiado público, demasiado concreto y demasiado reciente para que pudiera permitirse tamaña licencia. La cuestión de los discursos en Tucídides es tan polémica como fascinante. Al margen de cuáles sean sus pretensiones de autenticidad, un asunto que trataremos más adelante (pp. 60-61), constituyen una parte a la vez sustancial y distintiva del genio historiográfico de Tucídides, aunque en desacuerdo con las ideas contemporáneas sobre cuáles son las responsabilidades del historiador.

Atenas, tanto desde un punto de vista moral como en términos materiales, acabó las guerras médicas convertida en la potencia dominante de Grecia, en el centro de una confederación que pronto pasó a ser considerada como el ejercicio de su imperio sobre ciudades-estado dependientes y tributarias. En los cincuenta años que distan entre la invasión de los persas —y la conclusión de la *Historia* de Heródoto— y el comienzo de la guerra del Peloponeso entre las ciudades-estado griegas —principio de la *Historia* de Tucídides—, el domino de Atenas se había afianzado. Tu-

cídides da breve cuenta de este período —la llamada Pentecontecia, pues cubrió cincuenta años— como un preámbulo a su historia de la guerra. Atenas es un estado imperialista rico y poderoso, el más grande de Grecia. Como democracia, también representaba la esperanza para las facciones democráticas que existían en otros ciudades-estado y que estaban oprimidas por las oligarquías locales, al igual que los oligarcas tendían a mirar hacia Esparta en busca de apoyo; de modo que en sus albores, en 431 a. C., la guerra tuvo a veces, según el lugar, un carácter ideológico.

Tucídides escribió, al justificar su elección del tema, que aquella fne la mayor crisis de la historia de Grecia, una conclusión que presenta como una previsión, dado que no puede saber al principio —o cuando empezó a escribir, momento que no se sitúa mucho después del inicio de la propia guerra— que iba a durar tanto o que iba a infligir tanto sufrimiento, razones que justifican el hecho de considerarla como la mayor de las crisis. Por otro lado, es evidente que Tucídides escribía historia contemporánea, pero en cambio no lo es tanto saber con exactitud lo ajustada que era a los acontecimientos la descripción que hizo. La historia de Tucídides termina antes de que pueda concluirla, en 411 a. C., es de suponer que debido a la muerte del autor, cuando todavía quedaban algunos años de guerra, mientras que la obra de Heródoto, que termina poco antes del nacimiento de Tucídides, hacia mediados de la década de 480 a. C., parece tener su conclusión justo donde quiso su autor.

Tucídides, un rico ateniense, no fue sólo testigo presencial, sino que participó en la guerra que describe en calidad de general sin éxito que, desterrado de Atenas debido a sus fracasos, deja constancia de su propia contribución a la guerra con sequedad y sin prodigarse en comentarios. En cambio, de lo que sí nos habla es de la ventaja que supone para él como historiador el hecbo de pasar su destierro y exilio junto al otro bando, en la región del Peloponeso. Aquello le brinda la calma necesaria y, al haber estado en los dos bandos, le permite tener un punto de vista diferente (V 26). Pero eso no significa que Tucídides cambiara de bando. El destierro era una práctica frecuente: Jenofonte sufrió también semejante condena, tanto en Persia como en Esparta. Tucídides siguió escribiendo sobre los dos bandos con la misma imparcialidad, reconociendo las virtudes de los atenienses y de los espartanos, así como la debilidades que los caracterizaban: los primeros son orgullosos, emprendedores, demasiado suficientes e impetuosos; los segundos son conservadores, moderados —atributo que, dicho sea de paso, tenía en gran estima— y prudentes hasta el punto de caer en el letargo y la atonía. Ambos cometieron lo

que denominaríamos atrocidades, aunque son las realizadas por Atenas las que suelen impresionar más al lector. El hecho de que la guerra comenzara con Atenas situada en el apogeo de su poder y riqueza forma parte de aquello que Tucídides reconoce como la grandeza del tema que trata. El hecho de que la guerra culminara, aunque no llegara a su final, con el rotundo descalabro de la expedición que enviaron los atenienses a Sicilia, en la que fueron humillados su orgullo y su poder, favorece de forma más casual al carácter dramático de su historia, aunque Tucídides lo aprovechó a fondo. La grandeza es una de las preocupaciones recurrentes en Tucídides, como lo es de hecho en otros historiadores antiguos después de él. La expedición a Sicilia fue la más grade de las expediciones; el asedio de Siracusa, el mayor de los asedios, en el mismo sentido que antes la batalla de Mantinea había sido la más grande de las batallas (VI-VII, V 63-74). Resulta tentador para el lector, tal vez a contrapelo del modo en que fue escrita la historia de Tucídides, ver a Atenas como la protagonista trágica, derrocada por su ambición desmesurada y confianza excesiva —sin duda Tucídides hace hincapié en una y otra— y por la incapacidad de que da muestras, de cuando en cuando, para aprovechar las oportunidades de alcanzar una paz duradera.

La historia de Tucídides se presenta en forma de anales. Se trata de una convención arraigada, a la que él aportó cierto refinamiento al dividir su narración en períodos de seis meses, señalados por las estaciones: «cuando la mies estaba en sazón» o «cuando el trigo estaba madurando» son clánsulas introductorias habituales. Con anterioridad (p. 17) hemos considerado las dificultades que tenían los griegos, en concreto, para indicar los años de un modo que fuera admisible en general, dado que las Olimpíadas, celebradas cada cuatro años, eran el único acontecimiento panhelénico regular y la admiración por los atletas ganadores contribuía a preservar su memoria. A medida que avanza su obra, Tucídides fecha los acontecimientos a partir del inicio de la guerra «descrita por Tucídides el Ateniense».

La forma analística de escribir la historia, anterior a Tucídides y vigente aún dos mil años después de su muerte, se ganó entre los lectores cierta fama de compilación poco creativa y finalmente fue desbancada, en el siglo XVIII, por una organización de carácter más temático. En el caso de Tucídides hay un marco, que a veces le lleva a tratar de manera exhaustiva acontecimientos relativamente menores (que un historiador moderno tal vez hubiera abreviado y resumido), pero que también utiliza con cierta libertad, tal como ya hemos tenido oportunidad de apreciar en

la atención, a simple vista desproporcionada, que presta a la oración panegírica de Pericles.

Para Tucídides, la principal cualidad que debe buscarse a la hora de escribir historia es la certeza. Distiugue su propia obra de aquellas de los poetas y también —o así se ha supuesto en general— de la *Historia* de Heródoto, a quien incluye, aunque no lo nombre, en la categoría de los cronistas en prosa, los «logógrafos, más atentos a cautivar a su auditorio que a la verdad, pues [lo que han compuesto] son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito» (I 21). La historia fiable es la historia contemporánea o la que se acerca mucho a ella, porque las autoridades en las que se basa pueden ser comprobadas por el historiador; no hay de momento ninguna insinuación de que deban ser expuestas para uso del lector. Lo indispensable es el fidedigno testimonio presencial, ya sea el del propio historiador o el de sus informantes.

La narración es el modo primordial en el que se nos muestran las verdades históricas que ofrece Tucídides. Así, por ejemplo, su exposición de los orígenes de la guerra del Peloponeso se presenta al principio como una narración de acontecimientos, y sólo más adelante se centra en las consideraciones que cuentan para los protagonistas y que Tucídides presenta en forma de discursos. Al principio, en su exposición, las dos grandes potencias, Atenas y Esparta, se vieron abocadas a la guerra por el comportamiento de sus satélites y por aquella inestabilidad interior endémica a muchas de las ciudades-estado griegas, escindidas en facciones, cuyas inclinaciones hacia la democracia o hacia la oligarquía las llevan a buscar, respectivamente, la ayuda de Atenas o la de Esparta contra sus rivales políticos interiores o las ciudades-estado vecinas. Un golpe victorioso o un conflicto local podían transformar el equilibrio de poder de forma alarmante para Atenas o para Esparta, y comportar el riesgo de una intervención. Las mismas situaciones tendían a invalidar y anular los intentos hechos durante la guerra para convenir una paz duradera. Tucídides trata de estas cosas en detalle, sobre todo durante la tregua que describe en el libro V (28-32). Deshacer los resultados de las hostilidades recientes para alcanzar un acuerdo era, tal como deja claro, algo inmensamente complejo y difícil. Podemos generalizar el problema diciendo que no era un asunto de rectificación de una frontera común o de un intercambio de posesiones más lejanas, como en el caso de la guerra entre dos estados unificados. Los aliados tenían sus propios intereses, temores y ambiciones, y sus políticas eran susceptibles de sufrir cambios o manipulaciones. El

resultado era un inestable juego de alianzas, obligaciones y resentimientos en que era preciso negociar. Cada etapa de la lucha tendía a añadir una nueva capa de complejidad, de injusticias cometidas y de promesas incumplidas.

De ahí que, tal como sucedió en los Balcanes antes de la primera guerra mundial, las inestabilidades locales o los cambios de alianza, o la amenaza de que los hubiera, se extendieran, a través de la cadena de alianzas, como ondas expansivas a las dos grandes potencias, que en ningún caso podían permitirse deserciones ni dar muestras de debilidad, al tiempo que estaban sujetas a la tentación de sacar el mayor partido de aquellos tiempos revueltos. Esto es un modo de resumir lo que Tucídides cuenta en el Libro I (24-65) acerca de los sucesos acaecidos en Epidamnio, Corcira, Corinto y Potidea, hasta que la denuncia general del tratado existente entre Atenas y Esparta llega a parecer una respuesta razonable, dado que ya se había quebrantado en el momento de ocurrir aquellos hechos. Tucídides repite los argumentos con detalle, si bien los considera superficiales: «La causa más verdadera, aunque la que menos se manifiesta en las declaraciones, creo que estriba en el hecho de que los atenienses, al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios, los obligaron a luchar» (I 23). En la última parte del libro I, salvo un breve resumen de lo que había acaecido entre el rechazo de la invasión persa en 479 a. C. y el inicio de la nueva guerra en 435 a. C., el centro de la narración se desplaza a Esparta. La crónica ostensiblemente literal del debate que allí se produce presenta las deliberaciones sobre la guerra o la paz que tratan de decantar el parecer de los lacedemonios, a favor o en contra, mediante la discusión a fondo de valoraciones de la situación.

Los corintios piden ayuda a los espartanos porque Atenas les ha arrebatado el control de Corcira y los reprenden por su inactividad. Los sigue una delegación ateniense, que por casualidad se halla en Esparta, y que recibe permiso para hablar. Sus miembros empiezan por recordar a quienes los escuchan la deuda que Grecia tiene con Atenas por el papel que desempeñó en la derrota de los persas y defienden el hecho de que los atenienses hayan adquirido un imperio. No sienten reparos en defender su causa en unos términos que, más tarde, el siglo XIX denominaría *realpolitik*. El imperialismo ateniense se rige por los dictados del honor, la seguridad y el propio interés. «Así pues, nosotros no hemos hecho nada extraordinario ni ajeno a la naturaleza humana, cuando hemos aceptado un imperio que se nos ofrecía y no hemos renunciado a él, sometiéndonos a los tres motivos más poderosos: el honor, el temor y el interés ... De

siempre ha prevalecido la ley [de] que el más débil es oprimido por el más fuerte; y creemos además, que somos dignos de ese imperio.» Y a los espartanos también les parecía así hasta que «ahora, calculando vuestros intereses, empezáis a invocar razones de justicia» (I 68-78). Siguen luego negociaciones y nuevos discursos, en los que la prudencia se hace más evidente en el bando de los lacedemonios, mientras que los atenienses, entre ellos Pericles, adoptan un tono más confiado y belicoso. La antítesis entre interés y principio, y la subordinación del último cuando están en juego intereses políticos considerados vitales, es un asunto recurrente de los discursos de Tucídides, como lo es la creencia de que la posesión del poder otorga el derecho a ejercerlo sobre los débiles y de que esta es la forma normal de actuar. Así es el mundo. La mejor combinación posible, según permite inferir el discurso del ateniense antes citado, es el poder ejercido con moderación y realismo. También es característica de Tucídides la advertencia sobre el carácter impredecible de la guerra con que concluyen los atenienses, calculada para apelar a la prudencia de los espartanos. Los seres humanos enfocan al revés el hecho bélico: «Cuando ... entran en guerra, empiezan por la acción, lo que debería ser su último recurso, y sólo recurren a la palabra cuando se encuentran con la desgracia» (I 78). Más adelante, el propio Tucídides señala que «había mucha juventud en el Peloponeso, y mucha en Atenas, que, por su inexperiencia, abordaba la guerra no precisamente contra su voluntad» (II 8).

Una vez que se inicia el conflicto, tenemos, sin duda, narraciones de campaña que pueden sorprender en particular al lector por la forma de jugada preparada que parecen adoptar las batallas, así como por los rasgos propios de un ritual que caracterizan a los enfrentamientos entre ejércitos que han sido adiestrados y equipados de forma similar, que comparten la misma cultura y emplean las mismas tácticas de infantería pesada, y que, en general, observan las mismas normas y convenciones. Entre estos rasgos se cuentan las arengas preliminares que los mandos pronuncian a sus soldados; los peanes o himnos de encomio para la batalla entonados mientras los ejércitos avanzan —unos cantos tan similares que, como Tucídides observa, podían llevar a confundir el ejército propio con el enemigo—; la tregua que conciertan los enviados a fin de que pueda hacerse el intercambio de los cuerpos de los caídos, y el hecho de que los vencedores levanten un trofeo. En las exposiciones de batallas que se dan en la historia de Roma, semejantes en algunos aspectos, se hallan ausentes estos detalles, además de las arengas y los discursos, aunque la consulta de los augurios y, en algunos casos, la ofrenda de sacrificios

propiciatorios seguían teniendo un papel importante. Una razón por la que se alcanzaban con relativa facilidad las treguas para recuperar los cuerpos de los muertos de cada bando era el hecho de que no había nada que guardara la más remota semejanza con una persecución del enemigo, circunstancia que a su vez era atribuible a la deficiencia de la caballería entre los griegos. El desastre sufrido por el ejército ateniense en Sicilia, hostigado por la caballería siciliana de una manera que Tucídides describe con viveza, fue excepcional (VII 78-81, 85). La suerte que hubieron de correr sus soldados —cortada toda posibilidad de retirada al haber perdido el dominio del mar, atormentados por el hambre y la sed, y al final apiñados como prisioneros en las canteras de Siracusa, abrasadoras como hornos— fue excepcionalmente terrible.

A veces nos damos cuenta, con claridad meridiana, de que estamos leyendo a un autor que ha sido testigo de la guerra en primera persona (Tucídides, sea dicho de paso, se refiere a la acción fallida que condujo a su destitución y destierro sin especiales muestras de emoción ni argucias [IV 104]). En el comentario de las exhortaciones con las que los generales arengan a la tropa antes de entrar en batalla, resuena la compresión de un viejo general displicente, así como cierta exigencia intelectual casi maniática. Los hombres, en este tipo de circunstancias, afirma Tucídides, «no dirían, si se cuidaran de no causar la impresión de decir lo que siempre se ha dicho, los tópicos repetidos de manera semejante, en todas las ocasiones respecto a mujeres, niños y dioses patrios, pero que, a pesar de todo, pronuncian a voces por estimarlas útiles ante el terror del momento» (VII 69). Los griegos, en este período, luchaban organizados en falanges, colosales cuerpos de soldados de a pie armados con lanzas (hoplitas) formados por varias filas. Al narrar el choque de las falanges añade un detalle revelador:

> Los ejércitos maniobran todos de este modo: cuando llega el momento del encuentro tienden a desplazarse hacia su ala derecha, y ambas formaciones desbordan con el ala derecha, la izquierda del enemigo; esto ocurre de esta manera porque cada soldado, por miedo, trata de cubrir lo más que puede el lado que le queda descubierto con el escudo del hombre que está alineado a su derecha y piensa que la apretada unión de una formación bien cerrada constituye la máxima protección; y el primer responsable de este desplazamiento es el jefe de la fila del ala derecha, ansioso de mantener siempre alejada del enemigo la parte de su cuerpo que queda al descubierto, y los demás le siguen movidos por el mismo temor. (V 71)

En este comentario, a través de la exposición de un detalle técnico se evoca con vivacidad el terror de la falange.

Como quiera que el elemento estilizado no se halla presente y los que intervienen no son militares, las descripciones que Tucídides hace de los asedios y del saqueo de las ciudades puede que sean más memorables a juicio del lector contemporáneo que las escenas de batallas; pero, en todo caso, disipan por completo cualquier idea de que el parentesco existente entre los griegos podía hacer que la guerra entre ellos fuese menos despiadada.

Tucídides prestaba atención a la ingeniería y la tecnología; de ahí que sus descripciones de los asedios y las batallas navales sean muy meticulosas en estos temas. En la descripción que hace del asedio de Platea por los peloponesios, detalla los trabajos de preparación del terreno, las máquinas de guerra y las contramedidas que toman los sitiados. Ambos bandos trataban de conquistar ciudades con extremada dureza: los hombres solían ser pasados por las armas, y las mujeres y los niños, reducidos a la esclavitud.

Tucídides, si bien era ateniense, reconoce que Atenas era impopular y que corría el sentir de que había sido tiránica con las ciudades-estado que dependían de ella. Además, sus compatriotas habían sido los más agresivos en el modo en que habían enfocado la guerra. En la respuesta inicial que los lacedemonios dan a los atenienses figura una crítica de la volatilidad y aun de la ligereza de estos últimos, que parece concordar con la apreciación general de Tucídides y que sería preciso contraponer al testimonio que ofrecía al principio la oración fúnebre de Pericles:

> [Los espartanos] hemos sido educados con demasiada sencillez como para sentir desprecio por las leyes y con una moderación tan unida al rigor que no podemos dejar de escucharlas y no censuramos con hermosas palabras, en una manifestación de exceso de inteligencia carente de toda utilidad, los preparativos de los enemigos para después no responder del mismo modo con los hechos. (I 84)

Acabamos de encontrar uno entre los diversos problemas que plantean los discursos de Tucídides: la cuestión de si alguno de ellos, o de los comentarios que en ellos se vierten, es representativo del parecer y la opinión del propio Tucídides. Sin duda es posible identificar una serie de preocupaciones reiteradas. Una de ellas, por ejemplo, es la moderación en el uso del poder, y otra, la enérgica reivindicación del derecho a ejer-

cerlo. Los discursos o parlamentos, que Tucídides incluye en abundancia, han sido objeto de numerosos estudios críticos. Son muy característicos. Asimismo parecen haber sido muy influyentes, dado que la introducción —la invención, podríamos decir— de discursos se convirtió en un rasgo de la historiografía antigua bien entrado el período romano, aunque ninguno es comparable a los de Tucídides. En Heródoto los hay, pero son menos extensos y menos importantes, y a menudo se parecen más a partes de conversaciones que a discursos bien trabados. La justificación que Tucídides aduce para interpolarlos resulta en particular ambigua y hasta contradictoria, aunque los textos mismos están escritos con una autoridad segura de sí misma y una habilidad extraordinaria de un tipo especial que, en general, poco o nada dicen de la personalidad de quien los pronuncia. Son un recordatorio, sin duda, de que la antigua Grecia, y en especial Atenas, fueron testigos de una edad de oro del debate público y la persuasión. Es una idea convincente que los discursos de Tucídides son en mayor o menor medida deudores de las enseñanzas de los sofistas, aquellos profesionales expertos en las artes del debate, el razonamiento y la argumentación, cuyo virtuosismo dialéctico parecía un fin en sí mismo, y no, tal como lo había ejercido Sócrates, un instrumento para la búsqueda de la verdad.

> En cuanto a los discursos que pronunciaron los de cada bando —afirma Tucídides— ... fue difícil recordar la literalidad misma de las palabras que pronunciaron, tanto para mí en aquellos casos en los que los había escuchado, como para mis informantes ... Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, y ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, así han sido redactados los discursos de mi obra. (I 22)

Es posible que las dos exigencias tengan poco que ver la una con la otra, y la segunda da una amplia licencia a la interpretación del autor, de la que a todas luces saca partido, ya que desde la Antigüedad se ha reclamado que la voz que se hace oír en los discursos es la del propio Tucídides. En ellos no suele reflejarse la personalidad de quien los pronuncia, si bien existen excepciones: una es la oración fúnebre de Pericles, y otra, según parece, el áspero y descarado materialismo y el vulgar antiintelectualismo del demagogo ateniense Cleón, a quien Tucídides despreciaba profundamente —ya que demostró ser un general incompetente y

cobarde—; un discurso que, pasados dos milenios y medio, aún nos permite reconocer el carácter del personaje (III 36-40).

Por paradójico que pueda resultar, a menudo da la impresión de que Tucídides deja ver su parecer de manera más convincente en los discursos que en la narración, aunque nunca podemos estar del todo seguros. No es un narrador indiscreto. A veces habla en primera persona, o pronuncia algún juicio que, sin embargo, es poca cosa comparado con el enfoque coloquial de Heródoto. De vez en cuando enuncia principios, pero comparados con la mayoría de historiadores que han sido hasta fines del siglo XIX, época en que empezaron a ser más que conscientes del problema de su objetividad, los juicios morales que Tucídides hace manifiestos son escasos y lacónicos. Parece que no faltan pruebas de que no toleraba la moralización de la retórica: sus discursos a veces renuncian a usarla, aunque no siempre de una manera coherente. De vez en cuando intenta resumir el significado de la narración de unos acontecimientos complejos, pero puede que menos a menudo de lo que lo haría un historiador contemporáneo. De ahí que no sea del todo descabellado afirmar que cuando Tucídides pretende repetir las palabras de otros refiriendo «lo que se dijo» es cuando habla de una forma más directa al lector. El hecho de que los que hablan sean diferentes no resta importancia a este tema, dado que, como historiador, no se preocupa de arbitrar entre ellos en términos de lo que está bien o mal, de qué es acertado o no, sino de registrar y dejar constancia de los sentimientos y consideraciones que animaron los acontecimientos. Los discursos, por tanto, son versiones que el historiador da de ellos. Dejan ver aquello que los acontecimientos desnudos, sin un comentario intrincado, no pueden revelar: los motivos, los temores, las valoraciones y aun los principios rectores, como los parlamentos que los personajes pronuncian en una obra dramática. Los discursos son las ocasiones en las que los que tienen la virtud de obrar se explican ante el lector.

La calidad de reflexión —la de Tucídides— en estas valoraciones rigurosamente contenidas y mesuradas es digna de admiración. Los oradores a veces se distancian explícitamente de la mera denuncia y del patetismo retórico, que es como si Tucídides dijera que aquello de lo que estamos a punto de oír hablar eran las consideraciones, los intereses reales. Los discursos más exhaustivamente analíticos se leen como las «valoraciones» que un hábil diplomático o un miembro del gabinete estratégico hiciera de la situación o de las opciones políticas, y no como las palabras pronunciadas por un orador popular. Esto puede que a veces los haga parecer poco convincentes como *pièces d'occasion* de oratoria, pero, en

cambio, las convierte en extraordinariamente reveladoras como comentarios que el propio Tucídides hace sobre el relato de los acontecimientos. No son sólo ejercicios de retórica, como a menudo lo eran los discursos en otros historiadores antiguos posteriores, sino una argumentación rigurosamente fría, y si se hubiera abstenido de hacerlo, la historia de Tucídides se hubiera visto muy empobrecida y resultaría mucho más opaca. Consideremos, por poner un ejemplo particular —pese a no ser ni deslumbrante ni vistoso, es propio del estilo frío y analítico presente en muchos de los discursos de Tucídides— cómo Nicias, un general ateniense, argumenta contra la necesidad de organizar una expedición para atacar Sicilia, isla en la que se había pedido a los atenienses que intervinieran en una guerra local. Nicias reflexiona sobre una serie de puntos convincentes en su extenso e infructuoso discurso. Aquí, por ejemplo, recuerda a los atenienses que, pese a lo que pudiera parecerles en aquel momento, si la expedición acababa teniendo lugar, la retaguardia, en Grecia, quedaría al descubierto:

> Afirmo que, al navegar hacia Sicilia, dejáis muchos enemigos aquí y que todavía queréis hacer venir a otros más. Y es posible que penséis que el tratado de paz que habéis concertado os ofrece alguna seguridad; ahora bien, aun cuando os estéis quietos, ese tratado sólo supondrá una paz nominal (pues éste es el estado de cosas al que nos han llevado ciertas personas, tanto de aquí como de nuestros adversarios) y, si una fuerza nuestra de importancia sufre un revés en alguna parte, nuestros enemigos se lanzarán de inmediato al ataque, primero porque llegaron a un acuerdo por necesidad, a consecuencia de una serie de desgracias y en una situación menos honorable que la nuestra, y en segundo lugar ese mismo acuerdo tiene muchos puntos en litigio. (VI 10)

Hay dos conjuntos de discursos, presentados en forma de debate y de diálogo, que plantean cuestiones tanto morales como políticas, y que se han hecho célebres, como, por ejemplo, el «debate de los mitileneos» y el «diálogo de los melios». Ambos contraponen consideraciones de clemencia e indulgencia política a la necesidad política y al castigo severo —el genocidio, de hecho— que era infligido a la ciudad conquistada. El «debate de los mitileneos» tiene una urgencia dramática, porque una trirreme ateniense ha sido ya enviada con órdenes de dar muerte a los hombres de Mitilene y esclavizar a las mujeres y a los niños. El debate trata sobre si se deben anular o no las órdenes (algo que se acaba haciendo justo a tiempo). Cleón, el demagogo ateniense, se distingue por su severidad.

En el debate, de hecho, la discusión ha dejado de lado la cuestión inmediata que los ocupa y se ha centrado en la consideración de las virtudes y los vicios del gobierno. Cleón, en especial, no sólo defiende que el imperio ateniense descansa en el poder de la fuerza y no en la buena voluntad, sino que llega a criticar la forma en que los atenienses toman sus decisiones políticas. Los atenienses, afirma el demagogo, son demasiado proclives a tratar las decisiones políticas como una suerte de premio a la excelencia oratoria: la asamblea aplaude la novedad y se comporta como un entendido en las artes del debate y la discusión. Las razones que expone convincentemente en defensa de su parecer, y en las que se hace eco de las referencias espartanas a la volubilidad de los atenienses, puede que tuvieran, tal como creía Hobbes, el apoyo de Tucídides. En los certámenes de elocuencia oratoria, «la ciudad-estado concede los premios a los otros, mientras que para sí misma se reserva los peligros. Pero los responsables sois vosotros por celebrar inoportunamente tales certámenes» (III 38). El saber político es algo bastante distinto y menos articulado.

> Lo más grave de todo ocurrirá ... si no nos damos cuenta de que una ciudad con las leyes peores, pero inmutables, es más fuerte que otra con leyes buenas pero carentes de autoridad, de que la ignorancia unida a la mesura es más ventajosa que el talento sin regla, y de que los hombres más mediocres, por lo general, gobiernan las ciudades mejor que los más inteligentes. Estos últimos, en efecto, quieren parecer más sabios que las leyes ... y como consecuencia de tal actitud acarrean de ordinario la ruina a sus ciudades; quienes, por el contrario, desconfían de su propia inteligencia reconocen que son más ignorantes que las leyes y que están menos dotados para criticar los argumentos de un buen orador y, al ser jueces imparciales más que litigantes, aciertan la mayor parte de las veces. De este modo, pues, debemos actuar también nosotros (los oradores o los políticos), sin dejarnos llevar por la elocuencia y la porfía dialéctica, y no daros así a vosotros, el pueblo, consejos contrarios a nuestro sentir. (III 37)

Aquí Cleón plantea algo que guarda relación con el caso particular de una crueldad extrema sólo por un *non sequitur*, un tipo de falacia en el que la conclusión no se deduce de las premisas y que resultará familiar a los lectores actuales: un populismo que halaga los oídos y que conduce al rechazo de un humanitarismo defensor de causas perdidas. «La naturaleza lleva al hombre a despreciar a quien lo trata con respeto y a reverenciar a quien lo hace sin concesiones» (III 39), y así, los tres sentimientos más perniciosos para el imperio *(arché)* son la piedad, el placer

por la elocuencia y esa mezcla de magnanimidad y equidad que denominamos clemencia (III 40).

A Cleón le responde otro orador, Diódoto. Las decisiones deben ser valoradas a través de las palabras (parece que en el centro de este debate están las virtudes de los sofistas como maestros del arte de la persuasión, o la falta de ellas). La mesurada defensa que hace Diódoto no quedaría fuera de lugar en un diálogo platónico. Se trata de un alegato en favor no sólo de la deliberación y de la lenidad como cuestiones políticas —Diódoto niega cualquier recurso general a la compasión—, sino también de la responsabilidad política en contraposición a una receptividad superficial a la veleidad de la muchedumbre. La argumentación en defensa de la disuasión por medio de la dureza, aunque aborda la cuestión correcta —los intereses de Atenas—, falla porque obvia la naturaleza humana. Los hombres corren riesgos sin esperar que vayan a ser derrotados, y el orgullo y la esperanza o «ciertas pasiones dominadas por un impulso superior e irresistible» hacen que siempre lo hagan. Un hombre, en especial cuando actúa como parte de una comunidad, «se valora a sí mismo, sin razón alguna, en más de lo que vale». La asamblea ateniense no es un tribunal que trata de impartir justicia, sino que se preocupa por la seguridad, y en este punto Diódoto introduce la «moderación», que en Tucídides a menudo da la impresión de ser la palabra clave. La situación es compleja. Los partidos democráticos de otras ciudades-estado son favorables a Atenas, pero el castigo indiscriminado de los mitileneos los unirá a los partidos oligárquicos en un miedo común (III 42-48). Los comentarios de Tucídides sobre este debate son escasos aunque significativos. Cleón era el «más violento de los ciudadanos [de Atenas] y con mucho el que ejercía mayor influencia sobre el pueblo» (III 36), y de la primera nave portadora de las órdenes relativas a la masacre de Mitilene dirá que «no navegaba apresurada hacia una misión desagradable» (III 49).

El diálogo melio (V 84-116) se presenta, de manera excepcional, no como un discurso de gran efecto dramático, sino con afirmaciones y refutaciones mucho más breves por parte de los atenienses y los melios respectivamente, como si de los parlamentos de una obra dramática se tratara. Los de Melos, que deben tomar una decisión sobre si se rinden o si resisten al ejército ateniense que ha puesto cerco a su ciudad, defienden su neutralidad. Los atenienses se remiten sólo al oportunismo de su propio interés:

> No recurriremos ... a una extensa y poco convincente retahíla de argumentos, afirmando con hermosas palabras que ejercemos el imperio justa-

mente porque derrotamos a los medos o que ahora hemos emprendido esta expedición contra vosotros como víctimas de vuestros agravios, pero tampoco esperamos de vosotros que creáis que vais a convencernos diciendo que, a pesar de ser colonos de los lacedemonios, no os habéis alineado al lado de Esparta o que no nos habéis hecho ningún agravio. Se trata más bien de alcanzar lo posible de acuerdo con lo que unos y otros verdaderamente sentimos, porque vosotros habéis aprendido, igual que lo sabemos nosotros, que en las cuestiones humanas las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan. (V 89)

Los melios replican que todos los hombres tienen interés en ser asistidos por unos derechos razonables, y que un día puede que los propios atenienses se encuentren bajo el poder de otros. A la afirmación de los melios de que aún tienen esperanza de mantenerse en pie si resisten, la respuesta de Atenas es cruda: la esperanza realista depende de los recursos.

[N]o queráis —les advierten— asemejaros al gran número de aquellos que, teniendo todavía la posibilidad de salvarse dentro de los límites de su naturaleza humana cuando, en una situación crítica, les abandonan las esperanzas claras, buscan apoyo en ilusiones ciegas y vagas, como los vaticinios, los oráculos y todas aquellas prácticas que, junto con las esperanzas, acarrean la desgracia. (V 103)

Los melios afirman que, en lo referente a la fortuna, confían tanto en no ser peor tratados por los dioses, quienes no son indiferentes a lo bueno y a lo malo, como en la alianza de los lacedemonios. La respuesta de los atenienses presenta un punto de vista diferente acerca de las divinidades:

Pensamos, en efecto, como mera opinión en lo tocante al mundo de los dioses y con certeza en el de los hombres, que siempre, por una imperiosa ley de la naturaleza, cuando se es más fuerte se tiene el mando. Y no somos nosotros quienes hemos instituido esta ley ni fuimos los primeros en aplicarla una vez establecida, sino que la recibimos cuando ya existía y la dejaremos en vigor para siempre, habiéndonos limitado a aplicarla, convencidos de que tanto vosotros como cualquier otro pueblo haríais lo mismo de encontraros en la misma situación de poder que nosotros. (V 105)

El diálogo prosigue de este modo, con los melios anhelando claramente volver al ámbito de la justificación moral y los atenienses negándoselo. Les previenen, en particular, contra las falsas ilusiones fundadas

en el «honor», una forma de orgullo que conduce a la ruina. La regla cierta y correcta consiste en ceder «ante los iguales, que se comportan razonablemente como los más fuertes y que se muestran moderados con los más débiles». Los melios se decantan por el desafío confiando en la fortuna que les concedan los dioses y en la ayuda de Esparta, y con el orgullo de no privar de su libertad «a una ciudad que está habitada desde hace setecientos años». En la victoria, los atenienses no practican la moderación: los hombres de Melos son pasados por las armas; las mujeres y los niños, reducidos a esclavitud, y la ciudad es repoblada por atenienses como una colonia.

La manera racional y refinada en que se discute del genocidio planeado en estos dos debates lleva a que sea natural averiguar cuál es la postura del propio Tucídides. Ya hemos indicado un par de pistas, así como la posible aprobación de la recriminación que Cleón hace de la frívola veleidad intelectual de los atenienses. El tema «maquiavélico», o propio de los sofistas, si se prefiere evitar los anacronismos, de que el poder es justo ocupa una posición tan prominente que se presenta, a todas luces, como una de las preocupaciones de Tucídides. De hecho, no se le hace ninguna réplica efectiva: tan sólo se nos recuerda el natural veleidoso de la fortuna. No queda del todo claro si es así porque la política se distingue por no regir en ella las inhibiciones morales de la vida privada —tal como, por ejemplo, parece haber defendido Maquiavelo y otro espíritu moderno afín, Max Weber—; pero puede que así fuera. Como afirmaba Weber, en política uno cena necesariamente con una cuchara larga. El hincapié hecho en la moderación también parece reclamar atención. En esencia es racional, porque lo imprevisible constituye una parte decisiva de la política, y ningún curso garantiza la seguridad absoluta al igual que tampoco promete la virtud absoluta. Sin duda es relevante que, en la explicación que ofrece de los experimentos constitucionales que siguieron al derrocamiento provisional de la democracia ateniense, Tucídides opte explícitamente por el término medio, representado por la noción de una constitución mixta. (VIII 97)

El opuesto de la moderación era el fanatismo, y el caso clásico de fanatismo político en Tucídides lo encontramos en la descripción de los conflictos civiles que empezaron en Corcira (427 a. C.) y que luego se extendieron por toda Grecia. Éstos representan una división en facciones políticas fuera de todo control que se convierte, para quienes actúan, en un fin en sí mismo. La explicación de la división en facciones en el seno de las ciudades-estado, fomentada por la guerra, permite describir la pa-

tología de las sociedades sometidas a tensiones extremas en las que todas las convenciones y moderaciones normales han cesado de ser operativas. Las representaciones que Tucídides hace de la psicología del fanatismo entre los corcireos —y más tarde en otras partes de su Historia— aún resuenan evocando la afirmación de una naturaleza humana perenne (una idea que a menudo se discute con viveza). Los demócratas de Corcira, al sentirse amenazados, empiezan a masacrar a sus conciudadanos. Según cuenta Tucídides, aquel hecho fue el precursor de muchas revoluciones y calamidades venideras en las ciudades-estado griegas: «Las ciudades que llegan más tarde a aquel estadio [guerra civil], debido a la información sobre lo que había ocurrido en otros lugares, fueron mucho más lejos en la concepción de novedades tanto por el ingenio de las iniciativas como por lo inaudito de las represalias. Cambiaron incluso el significado normal que las palabras tienen en relación [con] los hechos» (III 82). La agresión pasó a ser valor, y la moderación, falta de hombría. «El irascible era siempre digno de confianza, pero quien se le opusiera era considerado sospechoso.» Quien intentaba eliminar las intrigas y tomar medidas para evitarlas era tenido por «destructor de la unidad del partido». Los vínculos que compartían los de un mismo bando habían llegado a ser más fuertes que los de la sangre, y las garantías de recíproca fidelidad entre los fervientes miembros se basaban en el crimen perpetrado en común. La voluntad del partido en cualquier momento concreto se convirtió en el único criterio. «Corresponder con la venganza era más deseable que evitar de antemano la ofensa» (III 82.7). La sociedad se escindió, y por todo el mundo griego se extendió la depravación del carácter. No se podía alcanzar la paz porque los juramentos carecían de valor. Una vez derrocadas las convenciones corrientes de la vida civilizada,

> y la naturaleza humana, habituada ya a cometer injusticias a despecho de la legalidad, se impuso entonces sobre las leyes y encontró placer en demostrar que no era señora de su propia cólera, pero que era más fuerte que la justicia y enemiga de toda superioridad ... Los hombres, en efecto, cuando se trata de vengarse de otros, no vacilan en abolir previamente las leyes comunes que se aplican en tales casos —leyes de las que depende la esperanza de salvarse que toda persona mantiene cuando le van mal las cosas—, sin permitir ningún tipo de vigencia por si un día, en una situación de peligro, se pudiera tener necesidad de alguna de ellas. (III 82-84)

No extrañará a nadie que la traducción que se hizo al inglés de la obra de Tucídides en el siglo XVII fuera obra de Thomas Hobbes.

La marca del fanatismo es la busca del provecho sin límites, la afición al terror por el terror. Aquellos que, en la obra de Tucídides, emplean con sensatez el poder en beneficio propio a veces hacen hincapié en que su comportamiento es normal, que se ajusta a los criterios de la naturaleza humana. En cambio, los seres humanos que se han liberado de los vínculos de la convención son seres de extremos irracionales. La línea que separa la falta de piedad y el fanatismo es la que permite diferenciar lo normal de lo patológico. Pero la arrogancia del poder y el excesivo valor que se le concede llevan a que los estados se lancen a empresas impetuosas que exceden de lejos sus posibilidades. Un ejemplo primordial de ello es la expedición ateniense contra Sicilia, y su individuo más representativo, Alcibíades, el joven y gallardo ateniense, político astuto y ganador de las carreras de aurigas en las Olimpíadas. La impetuosidad es la exageración de las cualidades atenienses de la confianza, la audacia y el empuje o capacidad de iniciativa. En la exposición que hace Tucídides, encuentra su justo castigo en el fracaso de la invasión de Sicilia, que se saldó con un desastre (415 a. C.). Aquella debacle llevó al catastrófico declive de Atenas desde el cenit de su poder, que Tucídides describe con un grado de detalles sin precedentes en los libros VI y VII. La atención que da a la incursión siciliana es un ejemplo sorprendente de iniciativa del autor. La invasión fue un intento de golpear a Esparta a través de sus aliados y el dominio del Mediterráneo occidental. Era, según afirma Tucídides, la mayor de las expediciones emprendidas en el mundo heleno, y su fracaso da a estos dos libros de su Historia, al igual que sucedía con la última parte de la obra de Heródoto, la forma conocida de *hybris*, u orgullo desmedido, y su *némïsis*, o castigo.

En el centro de la decisión de invadir y de la manera de conducir la invasión se encuentra Alcibíades, el político y general ateniense. Representa el caso extremo de un tipo muy fácilmente reconocible en muchas épocas, un aristócrata brillante y altanero con ambiciones políticas y una habilidad y elocuencia considerables. Sus aspiraciones, supuestamente poco democráticas, inspiraban recelo, y cuando se perpetró en Atenas un acto sacrílego —la mutilación de las hermas fálicas que se alzaban en diversos lugares de la ciudad—, las sospechas se dirigen hacia él y sus amigos. Si bien no resulta difícil ver en esta profanación una calaverada de jóvenes aristócratas, el incidente fue magnificado hasta alcanzar las dimensiones de una conspiración contra la constitución de la ciudad-estado. Alcibíades fue retirado de Sicilia y llamado a Atenas, pero, temiendo por su vida, huyó primero a Esparta, y más adelante a Persia. Aquel tipo

de exilios no era insólito: el propio Tucídides lo había experimentado en carne propia; pero Alcibíades supo seguir ejerciendo su influencia, oponiendo a persas y lacedemonios, y manejando a veces la situación en provecho propio hasta conseguir, con el tiempo, el regreso a Atenas. Tenía un hechizo innegable, como resulta manifiesto también en su presencia en el *Banquete* de Platón. Tucídides afirmaba que «la mayoría llegó a asustarse por la magnitud de los excesos a los que se entregaba en la vida diaria y por el alcance que daba a sus proyectos en cada una de las empresas en que llegaba a intervenir» (VI 15).

Tucídides realiza una majestuosa descripción del escenario en el que tiene lugar la expedición. La población de Atenas, escindida entre el miedo y la esperanza, baja hasta el Pireo para ver las naves zarpar, mientras Tucídides aborda con espíritu práctico la estimación de su coste.

> Una vez que las tripulaciones hubieron subido a las naves y ya estuvo a bordo todo aquello con lo que debían zarpar, la trompeta tocó silencio. Entonces se hicieron las plegarias habituales antes de zarpar, no cada nave por separado, sino todas juntas, siguiendo la voz de un heraldo. Por todo el ejército se habían mezclado el vino en las cráteras, y oficiales y hombres hicieron libaciones con copas de oro y de plata. Toda la multitud que se encontraba en tierra, tanto los ciudadanos como los demás allí reunidos, se unieron a la plegaria para desear el éxito de la empresa. (VI 32)

La flota que ha descrito tan magníficamente en páginas anteriores se dirige hacia su destrucción en la batalla naval de Siracusa. En las descripciones que hace de las batallas navales y los avances tecnológicos en ella empleados se muestra minucioso: los espolones reforzados de las naves siracusanas (VII 36); las naves a la defensiva formando un círculo, una suerte de empalizada flotante, y las naves embistiendo proa contra proa en espacios reducidos. El caos, la confusión y «el enorme fragor producido por las muchas naves que se encontraban eran causa, al mismo tiempo, del espanto de las tripulaciones y de la imposibilidad de oír las órdenes que a voces daban los cómitres», quienes se afanaban en arremeter contra el enemigo mientras trataban de evitar los embates que efectuaba este desde todas partes (VII 70).

La decisiva batalla naval empeñada en el puerto de Siracusa, que supuso la destrucción de la flot aateniense, fue presenciada desde tierra por los dos ejércitos, que gritaban y aclamaban como si estuvieran en un teatro. Entre los atenienses, en particular, al saber que su propio destino depen-

día de la suerte de aquella batalla, se percibía una preocupación terrible mientras seguían las peripecias de la lucha. Pero estaban demasiado cerca como para tener una visión algo más que parcial de lo que sucedía:

> Al contemplar la escena de cerca y no fijarse en el mismo punto todos a la vez, algunos veían así que los suyos vencían en alguna parte, cobraban ánimos y dirigían su invocación a los dioses para que no los privaran de la salvación; en cambio, aquellos que miraban a un lugar en el que eran vencidos prorrumpían en lamentos acompañados de gritos y a la vista de lo que ocurría incluso tenían el ánimo más abatido que los que intervenían en la acción. Otros, en fin, que dirigían su mirada hacia algún punto de la batalla naval donde las fuerzas estaban equilibradas, ante lo prolongado de aquella indecisa lucha, manifestaban con los movimientos de sus cuerpos, atenazados por el miedo, las mismas fluctuaciones de su espíritu y pasaban por un trance terrible, pues continuamente se veían a punto de escapar o a punto de estar perdidos. (VII 71)

El destino del ejército ateniense, aislado y perdido en la isla sin su flota, fue de hecho terrible, y Tucídides describe con viveza sus sufrimientos durante la partida final, sobre todo «cuando consideraban la situación de esplendor y arrogancia en la que habían partido y a qué final y a qué abatimiento habían llegado. Nunca un ejército griego experimentó un mayor revés de la fortuna» (VII 75). Los que sobrevivieron fueron hechos prisioneros y llevados a las canteras de Siracusa.

> Como eran muchos los encerrados en un lugar profundo y angosto, al principio aún les hacían sufrir los días de ardiente sol y el calor sofocante, debido a la falta de techo y las noches que seguían contrariamente otoñales y frías, a causa del súbito cambio les trajeron el nuevo problema de las enfermedades. Además, como por la falta de espacio lo hacían todo en el mismo sitio y, por añadidura, como se hacinaban unos sobre otros los cadáveres de los que morían a consecuencia de las heridas o por los cambios de temperatura o por alguna otra causa parecida, se producían hedores insoportables. Al mismo tiempo padecían hambre y sed. (VII 87)

Conviene hacer hincapié en los logros de Tucídides como narrador, porque, quizá debido a su propias afirmaciones programáticas acerca del valor de la historia, puede que se hayan tenido en menos. Tucídides es el primer autor en proclamar que la historia debe ser útil, y hace que la posibilidad de que así sea dependa de aquella célebre afirmación suya de

que, al ser constante la naturaleza humana, los hechos del pasado se repetirán, en un momento u otro y de una forma más o menos similar, en el futuro. «Mi obra —afirma— ha sido compuesta como una posesión para la eternidad y no como una pieza de concurso para deleite de un momento.» La contraposición puede leerse como una alusión de desdén hacia las lecturas públicas de Heródoto; pero Tucídides es demasiado realista —e incluso pesimista— como para dar a entender, de manera simplista, que, armados con ejemplos históricos, podemos evitar los errores que se han cometido en el pasado. La naturaleza humana, como nos dice la narración de la guerra del Peloponeso, es demasiado poderosa y demasiado perversa para que sea así, y el cálculo racional es sólo uno de los elementos que se dan en cualquier situación. Cuando se lee a Tucídides, no cabe pensar que la historia pueda ser desbancada por un manual de máximas políticas y psicológicas inspirado en ella.

Tucídides sin duda estaba en lo cierto al afirmar que su historia era una enseñanza, aunque podría decirse que no acabó de entender exactamente en qué sentido, y aún hoy es algo que resulta muy difícil de expresar con claridad. Debe de ser común, en quienes leen la obra de Tucídides, la sensación de haber aprendido algo acerca de la naturaleza del ser humano y de los asuntos de los hombres, y no sólo de los ejemplos en ella expuestos y su importancia didáctica. Tal como señaló Robert Connor, el lector de Tucídides amplía su marco de experiencia, se encuentra frente a la naturaleza humana en acción y asimila el efecto emocional e intelectual que su minuciosa narración ejerce en nosotros. Esta narración es extensa y, sin embargo, también lacónica; es sagazmente analítica y, no obstante, a veces también apasionada, y se abre a la imaginación en toda su viveza, no a través de florituras superficiales, sino en la agudeza con la que se ponderan los trances de sus actores. Es algo que nos alecciona de una manera indefinible —como si lo hiciera a través de una experiencia concentrada— hasta el punto de que hablar de «lecciones» resulta alarmantemente superficial. El tema es la naturaleza humana, y, a veces, podemos tener la impresión de que la distancia de casi dos milenios que nos separan de su escritura se contrae de una forma casi vertiginosa. Pero esto no sucede a causa de la fórmula de que cabe inferir las «leyes» de la psicología social y política a través de ejemplos, tal como podría parecer que acepta su autor. Aquello que sin lugar a dudas comprendía Tucídides es que los ejemplos son complejos porque las circunstancias también lo son, y las respuestas o las reacciones a las circunstancias tienen esa misma complejidad. Los historiadores, y es agradable poder afirmarlo, en general lo

han hecho mejor de lo que sugerían sus formulaciones programáticas acerca de su arte, y esto explica por qué las polémicas acerca de la naturaleza de la historiografía basadas en este tipo de formulaciones resultan tan inadecuadas. Tucídides, si consideramos sus dictámenes de una manera demasiado restringida, no es una excepción. Al tiempo que nos damos cuenta de que fue un narrador mordaz, capaz de conmover y horrorizar, resulta bastante conveniente considerar su obra como analítica o, mejor aún, diagnóstica. La diagnosis es un arte y se ha sugerido acertadamente que el modo en que Tucídides enfoca la historia tiene ciertas deudas con los tratados de medicina hipocrática. El arte de Hipócrates era una práctica y no sólo una teoría, y comportaba la observación atenta y pormenorizada de los síntomas, así como la clasificación de las afecciones.

Esto último resulta mucho más evidente en la exposición que el propio Tucídides hace de los fenómenos patológicos en su célebre descripción de la peste que asoló Atenas en 430 a. C. Él mismo la padeció y sobrevivió a ella, en tanto que muchos otros, entre ellos Pericles, murieron. Tucídides ofrece una descripción muy detallada de los síntomas y del curso de la enfermedad, de modo que, tal como él mismo dice, sea fácil de reconocer si alguna vez vuelve a presentarse. Aquella descripción —a la que no acompañaba, claro está, ninguna explicación— es tan minuciosa que podría atribuirse a un médico profesional. Sin embargo, Tucídides tampoco hace ningún esfuerzo por velar el extremo sufrimiento que padecen las víctimas ni los estragos causados en la sociedad de Atenas. Su exposición es tan desgarradora como exacta, y da cuenta de una doble patología: la de la enfermedad y la de la sociedad que se desintegra bajo sus efectos. El arte de los hombres no podía ofrecer ayuda alguna, y «tampoco servía de nada ninguna otra ciencia humana. Elevaron asimismo, súplicas en los templos, consultaron a los oráculos y recurrieron a otras prácticas semejantes; todo resultó inútil, y acabaron por renunciar a estos recursos vencidos por el mal» (II 47). Aquellos que trataban de cuidar a los enfermos se contagiaban, y esto provocó tanto miedo que fueron muchos los que murieron solos y desatendidos. Los cuerpos yacían en las calles y en los templos a los que acudía la gente a buscar refugio.

El resultado, dice Tucídides, fue una anarquía sin precedentes. Al igual que en la anterior exposición del terror político que se vivió en Corcira, y que ya hemos examinado, nos muestra, por razones diferentes, la patología de una sociedad que se desmorona. Perdidas las esperanzas en el futuro, la gente se entregaba a disfrutar el momento sin límite ni mesura algunos. El honor —la reputación, el renombre— no valían para nada.

«Ante la extrema violencia del mal, los hombres, sin saber ya lo que sería de ellos, se dieron al menosprecio tanto de lo divino como de lo humano.» Las ceremonias funerarias que antes se observaban —y que revestían una gran importancia, por ejemplo, durante la guerra— fueron descuidadas. «Ningún temor de los dioses o de la ley humana los detenía. De una parte juzgaban que daba lo mismo honrar que no honrar a los dioses, pues veían que todo el mundo moría por un igual» (II 52-53), y, de otra, nadie esperaba vivir lo bastante como para tener que someterse a la justicia humana.

Como descripción de una sociedad humana in extremis, la exposición de Tucídides es una proeza extraordinaria en lo retórico y lo analítico. Sólo podemos hacer conjeturas acerca de los efectos que a largo plazo tuvo aquella experiencia en su manera de ver la vida y la conducta humanas. Es propio de Tucídides que nos hayamos visto llevados a esta exposición de una catástrofe humana y social por seguir su afirmación de haber escrito una historia que debiera ser de utilidad. Como a menudo sucede en su obra, lo terrible se coloca en el interior de un marco de observación y análisis que, lejos de esterilizarlo, sobrecoge, dadas las circunstancias, como un acto pleno de voluntad intelectual. La opinión de Tucídides acerca de la vida y la conducta humanas puede que sea poco sentimental, pero nunca es, en términos «científicos», seca.

La clara aplicabilidad del modelo de orgullo y castigo a la grandeza de Atenas y el desastre de la expedición a Sicilia inclina a establecer ciertas analogías con la tragedia griega. Si bien puede que sea insensato tratar de concretarla en detalle, la idea, en conjunto, no está del todo fuera de lugar desde el punto de vista moral, aunque sí desde el formal. Es muy difícil que los lectores de Tucídides no conozcan algunas de las formulaciones con las que el crítico contemporáneo Northrop Frye caracteriza la esencia de la actitud trágica: «La tragedia parece eludir la antítesis de la responsabilidad moral y del destino arbitrario, al igual que elude la antítesis de lo bueno y lo malo». Para Tucídides, en la tragedia «se encuentra una voluntad agresiva "dionisiaca", embriagada por sueños de su propia omnipotencia incidiendo en un sentido "apolíneo" del orden externo e inamovible».* Las referencias aluden al ensayo que Nietzsche dedicó al nacimiento de la tragedia, y el homenaje —idiosincrásico, eso sí— que rinde el filósofo a Tucídides capta muchas cosas acerca de él:

* Northrop Frye, *Anatomy of Criticism*, 1957. (Hay trad. esp.: *Anatomía de la crítica*, Monteávila, Caracas, 1957.)

> Tucídides, y, acaso, *El príncipe* de Maquiavelo, son los más afines a mí por su voluntad incondicional de no dejarse embaucar y de ver la razón en la realidad ... Hay que examinar con detalle cada una de sus líneas y descifrar sus pensamientos ocultos con igual claridad que sus palabras: hay pocos pensadores tan ricos en pensamientos ocultos. En él alcanza su máxima expresión la cultura de los sofistas, es decir, la cultura de los realistas, este inestimable movimiento que escapa a la farsa de la moral y del ideal propio de las escuelas socráticas, que por entonces comenzaban a irrumpir por todas partes ... Tucídides era la gran suma, la última revelación de aquel realismo fuerte, severo y duro, que era el instinto de los antiguos helenos.*

Tucídides parece encarnar todas las cualidades que Nietzsche admiraba y no siempre supo encarnar. No es difícil comprender esa admiración. Casi todos los historiadores, salvo los más grises, tienen alguna debilidad característica: cierta complicidad, idealización o identificación; alguna propensión a la indignación, a reparar los males y a transmitir algún mensaje. A menudo esa es la fuente de sus textos más interesantes, pero Tucídides parece inmune. Sin duda, nunca hubo una inteligencia más lúcida ni despojada de falsas ilusiones que se dedicara a escribir historia.

* Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*, 11: «Lo que debo a los Antiguos».

[illegible]

[illegible] Tucídides acerca de la vida y la conducta humanas puede que sea poco [illegible]

La clara [illegible] del modelo de orgullo y castigo a la grandeza de Atenas y el discurso de [illegible] sus analogías con la tragedia griega. Si bien puede que [illegible] de [illegible] en detalle, la idea, en conjunto, no está del todo fuera de lugar desde el punto de vista moral, aunque [illegible] difícil que los lectores de Tucídides no [illegible] algunas de las [illegible] con los que el [illegible] Nietzsche [illegible] la esencia de la [illegible] parece [illegible] la antítesis de la responsabilidad moral y del destino arbitrario, al igual que [illegible] lo bueno y lo malo. Para Tucídides, en la tragedia [illegible] "apolíneo" del orden [illegible] Las referencias [illegible] al ensayo que Nietzsche dedicó [illegible] de la tragedia, y el homenaje [illegible] a Tucídides capta muchas cosas [illegible]

[illegible]

3

LOS GRIEGOS EN ASIA

La «Anábasis» de Jenofonte

> Y llegaron a la montaña en el quinto día, montaña que se llamaba Teques. Cuando los primeros hombres alcanzaron la cima y observaron el mar, se produjo un gran griterío. Al oírlo, Jenofonte y los de la retaguardia creyeron que otros enemigos los atacaban de frente, ya que por detrás los seguía gente procedente del país que estaba siendo quemado y los de la zaga habían matado a algunos de ellos y había hecho prisioneros a otros en una emboscada que les tendieron; además habían tomado alrededor de veinte escudos de mimbre, cubiertos de pieles de buey sin curtir, aún con el pelaje. Como los gritos aumentaban y se acercaban, como los que continuamente llegaban corrían hacia los que gritaban sin parar y como el griterío se incrementaba tanto más cuanta más gente había, le pareció a Jenofonte que era algo bastante importante y montando en su caballo, tomando como escoltas a Licio y a sus jinetes, acudieron en ayuda. De pronto oyeron a los soldados gritar: «¡El mar! ¡El mar!». Y se pasaban la consiga de boca en boca. Entonces empezaron a correr todos hasta los de la retaguardia, y las bestias de carga y los caballos eran espoleados. Cuando todo el mundo llegó a la cima, inmediatamente se abrazaron unos a otros, incluidos los generales y los capitanes, con lágrimas en los ojos. (X. An. IV 7)

El agitado alboroto de los soldados era comprensible. Para señalar el lugar desde el que se veía el mar, levantaron una gran pila con piedras que luego cubrieron de pieles de buey sin curtir y escudos capturados. El pequeño ejército griego, atrapado en el corazón del imperio persa, había aumentado de manera inconmensurable sus posibilidades de sobrevivir por el hecho de haberse abierto paso a través de regiones hostiles hasta

la orilla del sureste del mar Negro. Allí podría tener embarcaciones, y a lo largo de la costa meridional había asentamientos griegos que podrían ser amistosos o al menos sensibles a la coacción. Aún iban a toparse con diversas vicisitudes, pero habían dado un gran paso hacia su patria. Cómo se vieron metidos en aquel desesperado apuro y cómo lograron regresar es la historia que cuenta Jenofonte en lo que después se convirtió en su obra más célebre: *Kurou anábasis* o, en su versión castellana, *Anábasis: la expedición de los Diez Mil*.

Para entenderlo en todo su detalle es preciso comprender la relación que, una vez terminada la guerra del Peloponeso, tenían los griegos con el gran imperio oriental cuya invasión habían repelido tres cuartos de siglo antes. Asimismo nos es preciso saber algo más de Jenofonte, que no sólo fue el autor del libro, sino su personaje central, quien, tal como él mismo relata, se erigió en caudillo del ejército. Hacia el momento en que termina la historia de Tucídides, sacando partido del agotamiento de los combatientes, los persas empezaron a inclinar hacia ellos la balanza del conflicto. No hubo, sin embargo, ninguna otra invasión de envergadura, sino que más bien fue el mundo griego el que, a resultas sobre todo de la continuada superioridad de los métodos de combate helenos (y, luego, macedonios), empezó a penetrar en Persia, y algunos griegos, entre quienes destaca el orador Isócrates, empezaron a apoyar y pronosticar la conquista del imperio persa. Ese fue el contexto en que se sitúa la *Anábasis*. Si bien Jenofonte fue también autor de las *Helénicas*, una decepcionante continuación de la historia de Tucídides, la principal fuente de su renombre en el mundo contemporáneo, *La expedición de los Diez Mil*, lo convierte en realidad en sucesor directo de Heródoto, aunque a una escala mucho menor, porque supo condensar en un microcosmos las relaciones entre los mundos griego y persa.

Hijo de una familia de la aristocracia ateniense, Jenofonte nació poco después de iniciada la guerra del Peloponeso. El apego que sentía por su ciudad-estado era atenuado por la aversión que le inspiraba su democracia. Fue discípulo de Sócrates, sobre cuya figura escribió una obra, y fue soldado y aristócrata rural en tierras de Esparta y Persia. Las obras que escribió son eclécticas: además de la historia de Grecia, que venía a ser una continuación de la de Tucídides, y la dedicada a Sócrates, escribió una obra de elogio pedagógica, *La ciropedia*, que fue muy admirada en la Antigüedad, un libro sobre el arte de la caza y *La expedición de los Diez Mil*. Esta última, al parecer, no alcanzó cierta notoriedad hasta la época de Alejandro, un siglo más tarde.

Su *Anábasis* es la reivindicación que un hombre de armas escribe justificando tanto su propia conducta como la de la fuerza de la que formaba parte. Se trata de una apasionante exposición detallada y de primera mano. El ejército de diez mil mercenarios griegos fue abandonado a su suerte en el corazón profundo del imperio persa tras la muerte de aquel que había sido su patrón, Ciro, un príncipe persa que los había contratado para que lo ayudaran en una tentativa de insurrección (401 a. C.). Este ejército de mercenarios griegos hubo de abrirse paso con la fuerza de las armas en su camino de vuelta a tierras griegas, y para ello cruzó regiones del imperio persa que a menudo eran escabrosas, inhóspitas, primitivas e incluso salvajes. El hecho de que la obra de Jenofonte contenga una cantidad abundante de elementos etnográficos informales es también otro paralelismo con la obra de Heródoto. Jenofonte es su propio héroe, quizá en demasía, como sugieren otras exposiciones. La expedición forma un único drama con un solo protagonista, los diez mil hoplitas mercenarios griegos, cuyo desenlace es el regreso de la mayoría, sana y salva, al mundo de las colonias griegas de la región del Bósforo, bajo control de Esparta en gran medida, donde no se vieron cumplidos los sueños de Jenofonte de fundar una *polis*.

En su obra, el ejército de mercenarios griegos, hostigado por los enemigos, persas y bárbaros en general, sobrevive en esencia gracias a su disciplina y a su técnica militar. Preservar su cohesión es a menudo la principal preocupación de Jenofonte. Esta cohesión se ve fomentada gracias a un sentido de solidaridad que emana del hecho de ser griegos, que hace que los soldados se brinden unos a otros un apoyo que resulta decisivo en momentos de crisis y que, por ejemplo, llega a situaciones de considerable dolor y apuro a la hora de recuperar los cuerpos de los hombres caídos y enterrar a los muertos, tal como siempre hacían los helenos. Esta cualidad los ayuda a sobrellevar los peligros de una tierra y un clima hostiles y la siempre presente necesidad de obtener provisiones para seguir adelante por las tierras que pasan, en la mayor parte de las cuales son considerados ni más ni menos que una plaga de langostas. En estas circunstancias, Jenofonte trata por todos los medios de poner de relieve sus cualidades de liderazgo y persuasión y, si bien no será hasta el final el caudillo reconocido por sus hombres, la manera en que expone los hechos sin lugar a dudas lo convierte en el actor principal.

Al final, en el fragmento antes citado, que los lectores —entre los que se cuentan varias generaciones de escolares europeos— encuentran inolvidable, la retaguardia de la columna, en la que va Jenofonte, oye un albo-

roto que proviene de la vanguardia: «¡El mar! ¡El mar!». Éste es en realidad el clímax del libro y, ahora, las posibilidades se decantan ya hacia la supervivencia. El hecho de alcanzar el mar Negro hace crecer la esperanza —sólo en parte cumplida— de una fácil travesía por mar hacia Bizancio.

Aún quedan, sin embargo, pueblos primitivos y salvajes que encontrar, y también, a medida que las poblaciones de la orilla sean más civilizadas, deberán enfrentarse todavía a la hostilidad de los soberanos persas locales y aun a la de los asentamientos griegos que miran consternados la llegada del ejército, y a la de los gobernadores lacedemonios, ya que Esparta había tomado el relevo de Atenas como potencia colonial griega en la región. A ninguno de ellos le resulta grata, en absoluto, la llegada de un número tan grande de soldados disciplinados, con medios de subsistencia y con hábitos, por fuerza, apenas diferentes de los de una banda de forajidos.

La última parte del libro, en la que Jenofonte asume el papel excepcional de adalid y principal negociador, trata de los intentos que los jefes de aquel ejército hacen para resarcirse, pagar a los soldados y encontrar un nuevo patrón. Al final, en 399 a. C., encuentran uno en Esparta, que por fortuna se halla ante el inicio de una nueva guerra en la que aquel ejército podría serle de utilidad. El propio Jenofonte hubo de renunciar al ambicioso proyecto de fundar una ciudad en el mar Negro para entrar al servicio de Esparta, acto por el que finalmente será recompensado con una propiedad que le permitió instalarse como señor rural.

La *Anábasis* narra, pues, una expedición épica de guerra, y la consumación, por todos los medios y contra todo pronóstico, de su regreso afortunado a la patria. De ahí que tenga algo de la forma dramática de las expediciones legendarias anteriores —el viaje de los argonautas, la guerra de Troya y las azarosas correrías de la *Odisea*—, al tiempo que constituye una prefiguración microcósmica de la campaña que Alejandro Magno realizará al atravesar el imperio persa hasta el Indo. En épocas más cercanas, el sacerdote español Bernal Díaz del Castillo escribiría la crónica de la expedición que culminó con la toma de Tenochtitlán (la futura Ciudad de México) por los conquistadores españoles a principios del siglo XVI, narración que por su testimonio de primera mano y su concisión dramática se parece más a la *Anábasis* que a ningún otro relato épico.* La historia de Jenofonte habla de supervivencia, no de conquista, y quizá por ello sea más fácil identificarse con ella. Se trata de una historia con un úni-

* El historiador de Nueva Inglaterra W. H. Prescott la verteríá al inglés como una crónica épica de la conquista.

co actor colectivo que narra una secuencia continua de acontecimientos acaecidos en el espacio de tiempo de sólo dos años (401-399 a. C.), y por ello contrasta con aquellas historias antiguas —incluidas las *Helénicas* del propio Jenofonte— que, con una variedad de actos dispersos en diversos lugares de los que dejar constancia, se forjan más o menos por inevitable necesidad en el molde de los anales.

Como fondo de la acción, de los sucesivos desafíos y riesgos con los que se enfrentaba aquel ejército en sus intentos por abrirse paso en su camino de regreso, y las disensiones y debates que estos evocan en diversas etapas de la marcha, se halla siempre una intensa conciencia del contraste entre griegos y persas, así como entre ambos y los demás pueblos bárbaros. El ejército de hoplitas lleva su condición griega al corazón de Babilonia y de las desiertas extensiones de Media y el Kurdistán, expresada no sólo en su impedimenta y tácticas militares, que les sitúan en una posición de ventaja en la batalla, sino en su orgullo y su propia conciencia de la identidad y la superioridad helena. Y, como sucede tan a menudo, se apela a la historia para que respalde y refuerce el orgullo y la resolución. En un momento crítico, Jenofonte, en su crónica, invita a las tropas a hacer memoria de los logros pasados de los griegos frente al poderío del imperio persa: «[O]s recordaré también los riesgos que corrieron nuestros antepasados, para que sepáis que no sólo os conviene ser valerosos, sino que también, con la ayuda de los dioses, los valientes se salvan hasta de los más terribles peligros. En efecto, cuando los persas y sus aliados llegaron en una expedición militar enorme para aniquilar Atenas, los atenienses, tras atreverse a resistirlos, los vencieron» (II 2). El precio de aquella victoria fue la libertad. El príncipe persa Ciro, al explicarles por qué los había reclutado, felicitó a sus mercenarios griegos por su libertad y la fuerza que de ella emanaba (I 7). Jenofonte exhorta a los soldados a que eviten una vida de comodidades y lujos, y a que rehúyan unirse a «las mujeres y doncellas hermosas y altas de los medos y los persas», para que no les hicieran desfallecer en su determinación de lograr el regreso a su patria. El contraste de la masculinidad griega —y más tarde, la de los romanos y, luego, de los europeos— con el servilismo, el afeminamiento y el lujo orientales iba a convertirse en un tema habitual en la literatura que se extendía desde el relato de los lotófagos, los comedores de flores de loto de la *Odisea*, pasando por las denuncias romanas de que Antonio había sido esclavizado por una reina egipcia y los «mimados jades de Asia» de Marlowe, hasta la reelaboración del tema por Tennyson y Kingsley en el contexto del imperialismo europeo tardío.

En la historia de Jenofonte, la referencia a la libertad es más que retórica. Cuando los mercenarios pierden, con la muerte de Ciro, al patrón que los había contratado y, luego, a su caudillo inicial debido a una traición de los persas, y se enfrentan a las alternativas de rendirse o emprender la larga marcha de regreso a su patria —a lo largo de miles de kilómetros, sin disponer de campamentos, provisiones ni caballería—, se comportan como griegos, es decir, deliberan y debaten, alcanzan una decisión colectiva y eligen nuevos jefes. Aquel ejército de diez mil hoplitas fue llamado una «*polis* en movimiento». Es también piadoso, y esto le importa a Jenofonte, quien también parece serlo de manera convencional, a diferencia de Tucídides y, quizá, de Heródoto, en cuya piedad parece haber un algo de buenas maneras. Como los augurios son poco propicios, Jenofonte, según cuenta él mismo, mantiene al ejército en suspense durante días difíciles y angustiosos, antes de emprender una acción deseada con premura (VI 4). Es escrupuloso con los sacrificios; otorga a los dioses su papel tradicional de guardianes de los juramentos y tratados, y en este sentido contrapone la piedad griega a la traición persa. Además de sacrificios a Zeus, a Apolo y a Heracles como actos de agradecimiento por la liberación, el ejército de hoplitas celebra juegos atléticos —un toque sumamente griego y, en realidad, homérico— con carreras y combates entre púgiles. (En Heródoto, el rey de los persas mostraba su admiración por el hecho de que los griegos compitieran sólo por coronas de laurel.) Esa es la forma principal de celebrar que siguen vivos. Cuando se objeta que el suelo es demasiado duro para la lucha libre, el organizador de los juegos muestra una total falta de compasión: «Tanto peor para el que dé con sus huesos en el suelo» (IV 8). La obra de Jenofonte tenía todas las cualidades necesarias para ser un texto pedagógico preciado en las escuelas públicas.

El carácter, las posesiones y la alimentación de los pueblos bárbaros a los que lograron sucesivamente resistir, amedrentar y saquear los diez mil constituían sin duda un asunto urgente de orden práctico; pero en la descripción que hace, Jenofonte se nos revela, en cierto modo, como entendido en la índole curiosa y rara de lo exótico a la manera de Heródoto. Algunos de aquellos pueblos bárbaros eran trogloditas, pues vivían en cuevas. Entre los alimentos que se mencionan —un asunto de vital importancia— destacan una bebida tóxica hecha de miel, de la que se dice que hace desvariar y lleva a la demencia —tal vez se tratara de alguna variedad de hidromiel— y el delfín en escabeche, así como el uso de la grasa de este animal en lugar de aceite de oliva. Una de las observacio-

nes más herodotianas, —quizá tanto que lleva a dudar de que sea una observación— es la presunta inversión de las costumbres más corrientes. «[H]acían entre la multitud —señala— lo que precisamente los hombres deberían hacer en soledad y, cuando estaban solos, actuaban de modo parecido a como lo harían estando con otros, dialogando y riéndose consigo mismos, y bailando tras pararse en donde casualmente estuvieran, como si se exhibieran ante otros.» (IV 4) En cierta ocasión, los griegos parecen convertirse ellos mismos en un pueblo exótico, cuando para los embajadores de Paflagonia llevan a cabo un despliegue de lo que cabría denominar bailes étnicos. El que participen en él tracios, magnesios, misios y arcadios subraya el carácter mixto del ejército. Jenofonte lo describe con cierto detalle, aunque cuando una doncella esclava, que pertenecía a un arcadio, comienza bailar una danza de guerra espartana, la danza pírrica, da la impresión de que lo considera algo ya muy conocido para que sea preciso dar allí una descripción (VI 1).

Como aristócrata, Jenofonte admiraba Esparta, y fue con los espartanos con quienes al final llegó a un acuerdo en nombre de su hueste y en el suyo propio; pero el tono de la obra en su conjunto, sin embargo, es panhelénico. Si bien el contraste fundamental se da con los que no son griegos, el ejército, pese a la preponderancia de atenienses, era en realidad una amalgama. Cierta interpretación de la obra de Jenofonte la considera una suerte de propaganda panhelénica, al estilo de Isócrates, concebida para demostrar la facilidad con la que los griegos podían superar a los persas y lo sencillo que sería, como Jenofonte a todas luces esperaba, fundar nuevas colonias griegas en territorio persa. El libro que escribió contribuyó sin lugar a dudas, a partir de la época de la Ilustración, a realzar el sentido occidental de superioridad con respecto a Oriente.

Si bien la *Anábasis: la expedición de los Diez Mil*, puede reflejar la visión que tenían los panhelenistas griegos, no fue la obra más conocida de Jenofonte en la Antigüedad griega, que preferiría sus escritos socráticos y la pesada y dadivosa *Ciropedia*. Sin embargo, con posterioridad se hizo más popular a medida que crecía el interés imperialista que culminó en la época de la «segunda generación» de historiadores que narraron las conquistas de Alejandro Magno. Estos escritores constituyeron una «segunda generación» en el sentido de que las obras de los diversos historiadores que acompañaron a Alejandro en su expedición han desaparecido en su totalidad, salvo algunas citas y fragmentos, dejando en manos de dos notables historiadores de época romana, siglos después, la tarea de reescribir la historia del conquistador. Uno de ellos, Arriano, hizo que Ale-

jandro rememorase ante sus hombres, antes de la batalla de Isos, la gesta de los Diez Mil de Jenofonte, algo que tal vez sucedió. Y en Arriano y Curcio Rufo, su compañero en la laboriosa tarea de escribir la historia de Alejandro Magno, vamos a fijar ahora nuestra atención.

LOS HISTORIADORES DE ALEJANDRO: ARRIANO Y CURCIO RUFO

El más grande todos los temas para la narración de una campaña de expedición, la invasión de Asia acometida por Alejandro Magno en 334 a. C., marcó asimismo la culminación de los encuentros entre el mundo griego, Macedonia incluida, y el imperio persa. Si bien hubo numerosos intentos, todo apunta a que ninguna crónica histórica fue capaz de reflejar la magnitud de los acontecimientos tal como Heródoto había hecho con la invasión de Grecia por los persas. Sin embargo, se trata en parte de una mera suposición, ya que ninguna de las primeras crónicas escritas por testigos directos ha llegado a conservarse hasta nuestros días, a no ser que fuera incorporada en la obra de historiadores posteriores pertenecientes a la época romana. De Alejandro se decía que envidiaba a su supuesto antepasado Aquiles por haber tenido un Homero que cantara su gesta, mientras que él no tenía a nadie comparable capaz de cantar su memoria. Por otra parte, sólo se conservan más o menos intactos los testimonios de historiadores posteriores, que basaron sus crónicas en las de sus predecesores, uno de los cuales, Ptolomeo, no sólo fue uno de los generales de Alejandro, sino también, en Egipto, uno de los herederos del imperio que había formado. El historiador griego Arriano, que, por el hecho de haber escrito en el siglo II d. C., es el más conocido de los historiadores posteriores, decía que la falta de un gran cronista capaz de cantar sus proezas fue la única desgracia de Alejandro, y que era una verdadera lástima que sus hazañas fueran mucho menos conocidas que las de los Diez Mil de Jenofonte, pese a ser éstas mucho menores. El comentario no era del todo desinteresado, dado que, como cronista de Alejandro y a causa de la magnitud de los logros del conquistador, Arriano aspiraba a figurar entre los escritores de primera categoría de la literatura griega. Sin embargo, al escribir cuatro siglos después, dependía de forma necesaria de aquellos que le habían precedido y cuyas obras se han perdido.

Alejandro se hizo acompañar en su expedición por su propio historiador, Calístenes, sobrino de Aristóteles, cuya obra narrativa quedó inte-

rrumpida cuando Alejandro mandó que lo ejecutaran por conspiración. Aparte de un general, Ptolomeo, entre quienes dieron cuenta de la campaña se contaba un ingeniero, Aristóbulo, así como figuras más modestas que con sus crónicas contribuyeron a acrecentar la bibliografía sobre Alejandro. La más popular entre todas las obras elaboradas en los siglos posteriores a Alejandro fue la historia de Clitarco, quien, si bien no fue un testigo presencial, era un contemporáneo y en consecuencia tenía acceso a las pruebas y testimonios que aportaban quienes sí habían participado en la expedición. Conocemos algo de las obras de todos ellos a partir del uso que de ellas hicieron escritores posteriores como Plutarco (45-*c*. 120 d. C.) y Diodoro Sículo, cuya *Biblioteca histórica*, escrita a mediados del siglo I a. C., dedicaba todo un libro a la expedición de Alejandro. Asimismo están las obras de Arriano y la del principal rival que tiene hoy (porque su historia, aunque con lagunas, ha sobrevivido), Quinto Curcio Rufo, el único historiador latino entre todos ellos. Estos dos últimos siguieron trayectorias distinguidas en el imperio romano: Lucio Flavio Arriano fue gobernador de Capadocia y arconte —magistrado— de Atenas, en tanto que de Curcio Rufo se cree que fue senador y cónsul durante el siglo I d. C. Las metas que uno y otro se proponen como historiadores son algo diferentes, y a veces siguen tradiciones a todas luces distintas. En su condición de historiadores de acontecimientos que en esencia son los mismos, sus respectivas obras ofrecen ejemplos de las posibilidades que tenía la narrativa histórica a principios del imperio romano. Arriano es muy explícito al afirmar que las fuentes en las que confía son Ptolomeo y Aristóbulo, y que está convencido de que, cuando estas coinciden, la versión que tiene es la más autorizada. Curcio —así como, por lo visto, Plutarco y Diodoro— siguió lo que podría considerarse una tradición rival que arranca de Clitarco. Las diferencias que presentan sus respectivas historias no sólo preservan algo de las versiones contemporáneas de la de Alejandro (a costa de dejar buena parte pendiente), sino que expresan formas notablemente diferentes de escribir la historia.

La figura de Alejandro se halla en el centro de las dos crónicas, que coinciden sustancialmente en muchos de los acontecimientos e incluso, en gran medida, en la interpretación que ofrecen del personaje. Sin embargo, las personalidades historiográficas de Arriano y Curcio son del todo diferentes. La crónica de Arriano es más «oficial», es sobria y comedida. Parece confiar implícitamente en Ptolomeo cuando afirma que, después de la muerte de Alejandro, no tenía ningún motivo que favorecer u ocultar, aunque sin duda como participante Ptolomeo puede que tuviera al-

gunas cosas que disimular, mientras que Aristóbulo, la otra fuente principal de Arriano, tenía fama de adulador. Curcio, reflejando quizá el gusto de Clitarco no menos que el suyo propio, es más detallado, sensual y dramático, y para los muy exigentes, también algo vulgar. El retrato que ofrece de Alejandro, si bien es, a fin de cuentas, más adulador que crítico, hace menos hincapié que Arriano en el deterioro moral de Alejandro debido a la influencia de la buena suerte, el lujo y las nociones orientales de poder despótico y semidivinidad. El contraste que encontramos al principio en Heródoto, y de una manera aún más marcada en Jenofonte, entre el «afeminamiento» oriental y la audacia y la austeridad griegas —y, luego, romanas— quedó muy acentuado en el período romano. En realidad, como tendremos oportunidad de ver, la idea de contagio con Oriente llegó a convertirse en una explicación general de la decadencia.

Arriano, al parecer, hizo de la *Anábasis* de Jenofonte el modelo para su *Anábasis de Alejandro*; en cambio, la obra de Curcio (*Historia de Alejandro Magno*) es la más literaria, con evidentes trasposiciones de ciertos lugares comunes de Heródoto: el sabio aunque despreciado consejero del rey persa, por ejemplo, es análogo al Creso de Heródoto. La observación atribuida a Alejandro en el sentido de haber afirmado que los persas tenían más hombres pero los macedonios más luchadores (Curt. IV 14.5) es casi una cita literal de Heródoto. Asimismo se han identificado numerosos ecos de Tito Livio, en quien centraremos más adelante nuestra atención. A Curcio le gustaban las digresiones etnográficas, aunque el hecho de que Arriano se abstuviera de hacerlas resulta engañoso en comparación, dado que reservó el material relativo a la India para otra obra que también ha logrado conservarse hasta nuestros días. En general, sin embargo, llevado por el gusto de describir la suntuosidad y el preciosismo de los persas, así como por las ocasiones que estas actitudes brindaban para expresar la desaprobación moral, Curcio da cuenta del punto de vista persa en mayor medida que Arriano. De hecho, la obra de este último, si bien es menos censuradora, resulta demasiado personalizada y unilateral como exposición de un conflicto entre civilizaciones. Curcio, sin embargo, se regocija al tener la oportunidad de contrastar el ejército persa de Darío, de púrpura y oro relumbrante, y la fuerza macedonia, «reluciente sí, aunque no de oro, ni de ropajes multicolores, sino de hierro y bronce» (III 3.26). El afeminamiento es un aspecto en el que se hace hincapié en la descripción del ejército persa . Los quince mil llamados «parientes del rey» iban «vestidos casi como mujeres», y el propio Darío llevaba puesto un cinturón dorado «al estilo de las mujeres» (III 3.14, 18).

Las esposas, las nodrizas de los hijos de la realeza, las concubinas, los eunucos y las meretrices cerraban la marcha.

Nada de todo aquello aparece en Arriano, que se contenta con hablar de las tropas y de la discusión de las tácticas, punto en el que flojea decididamente el relato de Curcio. En cambio, a Curcio le gusta el drama y el patetismo, al estilo de los historiadores retóricos y pintorescos de su época. Compone el destino de la familia de Darío como si de un cuadro se tratara:

> [Pero eran la madre y la esposa de Darío, ambas prisioneras, las que atraían sobre ellas las miradas y la atención de todos. La madre] venerable por la majestad de su persona así como por su edad, [la esposa] de una bellaza tal que su infortunio no había en nada alterado. Rodeaba entre los brazos a su hijo que aún no había cumplido su sexto año y que había nacido para estar a la altura de aquella alta fortuna que su padre acababa de perder. Sobre el regazo de la anciana reina se inclinaban las dos hijas de Darío, doncellas ya, pero aún no desposadas, postradas por el dolor que sentía su abuela como por el suyo propio. Alrededor de ellas se había congregado una multitud de mujeres de alcurnia, que se tiraban de los cabellos y se rasgaban las vestiduras, perdida ya la gracilidad de su antigua condición. (XI 3.24-25)

Curcio y Arriano cuentan la célebre anécdota en la que la madre de Darío toma a Hefestión, el amigo de Alejandro, por el propio Alejandro, la misma anécdota que el Veronés convirtió en un suntuoso cuadro; pero Arriano, en cambio, afirma con la franqueza que le caracteriza que no responde de su veracidad.

Los dos coinciden, aunque con distintos grados de desaprobación —y en este sentido Arriano se muestra más proclive en todo caso a buscar justificaciones y excusas—, en que Alejandro era un hombre de un valor, energía y encanto extraordinarios, y con una ambición más allá de toda razón. De su carácter forman parte los arranques de furia como aquel que, en el curso de un banquete, le llevó a matar a su amigo Clito por no haberle mostrado suficiente respeto, para luego mostrar su arrepentimiento como un loco. Curcio hace hincapié en la creciente debilidad de Alejandro, debida a la disipación alcohólica y sexual. La perniciosa influencia de la suntuosidad y del servilismo asiáticos, y el contagio de las maneras extranjeras habían hecho mella en él. Curcio atribuye asimismo el incendio del palacio del rey persa en Persépolis a la humorada de un borracho, un acto al que Alejandro es incitado por una prostituta; en cam-

bio, Arriano lo tratará como un acto de venganza por la devastación que los persas habían causado antes en Grecia.

Curcio relata con avidez la tradicional historia de la relación sexual de Alejandro con la reina de las amazonas (VI 24-32). Arriano no tendrá nada de todo eso: Ptolomeo y Aristóbulo no lo mencionan, y, de todas maneras, en aquella época no quedaban ya amazonas, aunque sí las había habido antaño (Arr. An. VII 13). En general, la descripción que Arriano hace es más política, pero menciona la debilidad de Alejandro y deplora el hecho de que adoptara la forma de vestir y las costumbres persas, aunque admite que se trata de un elemento político. Asimismo, menciona la desmedida ambición de Alejandro, mientras que Curcio hace más hincapié en su flaqueza humana. Uno y otro, para variar, enfocan de manera diferente las pretensiones de Alejandro de tener una ascendencia divina. Arriano las trata como probables manipulaciones, pero no pone en tela de juicio que Alejandro descienda de los héroes legendarios Heracles y Perseo. Curcio habla asimismo de manera equívoca sobre la pretensión de Alejandro de que descendía del dios egipcio Amón, al que los griegos identificaban con Zeus y al que él denomina, naturalmente, Júpiter. Alejandro creía «o quería que los demás creyeran» en su ascendencia divina (Curt. VI 7.8). Los relatos coinciden en afirmar que el hecho de que Alejandro se asignara el papel de su antepasado Aquiles formaba parte de su carácter. Según cuenta Arriano, Alejandro había sentido un especie de rivalidad con Aquiles desde la infancia (Arr. An. VII 14), aunque sólo Curcio relata —con evidente desaprobación— la leyenda de que Alejandro arrastró por los talones el cadáver de su enemigo Betis alrededor de la ciudad de Gaza imitando de manera deliberada el trato que Aquiles deparó a Héctor en Troya (Curt. IV 6.29). Arriano cuenta la historia —cuya versión de Curcio se ha perdido— de la visita de Alejandro a Troya y la ofrenda al templo de su armadura, al tiempo que se llevaba las armas de la guerra de Troya que se conservaban en su interior. Asimismo se afirma que depositó una corona sobre la tumba de Aquiles, mientras su amigo Hefestión dejaba otra sobre la de Patroclo (Arr. An. I 12).

Donde los dos historiadores difieren ligeramente es en la versión que dan del viaje de Alejandro por el desierto de Egipto hasta el santuario de Amón (Zeus, Júpiter) en el oasis de Siwa. En tanto que Arriano muestra un interés científico en el hecho natural de la existencia de un oasis en el que se alzaba el templo (Arr. An. III 4) y deja constancia del deleite con el que Alejandro recibió —«o así lo dijo», añade el historiador— la respuesta esperada del oráculo a la pregunta que había formulado, y que al

parecer era si estaba destinado a gobernar el mundo, Curcio tiene en cuenta la posibilidad de que Alejandro manipulara la credulidad de los demás, pero da a entender que el conquistador quedó atrapado por ella, con malos resultados para sus relaciones con sus seguidores macedonios de talante independiente, aunque también suscribe el tópico —que se halla presente con anterioridad en Polibio y Tito Livio— de que «nada ejerce mayor control sobre las multitudes que la superstición» (Curt. VI 10.7).

La descripción que Curcio hace de la visita de Alejandro al templo de Amón (IV 7) es menos científica, pero más detallada y pintoresca que la de Arriano. También señala las propiedades peculiares del agua del oasis de Siwa, de la que se dice que estaba fría al mediodía y hervía de noche, pero además aporta algunos detalles interesantes sobre el culto que allí se realizaba:

> La imagen que se veneraba como divina no tenía las propiedades que habitualmente los artistas conceden a las divinidades; se asemeja más a un ombligo y está formada por una esmeralda y otras joyas. Cuando se llega allí en busca de una respuesta del oráculo, los sacerdotes llevan aquella imagen en una barca dorada de la que cuelga a ambos lados un amplio número de copas de plata, y mujeres desposadas y sin desposar la siguen entonando un tosco canto a través del que creen obtener una respuesta infalible de Júpiter. (IV 7.23-24)

A Heródoto le hubiera fascinado el detalle del ombligo, pero probablemente se hubiera mostrado más circunspecto en lo tocante a la posible autenticidad del oráculo. Arriano se muestra renuente a admitir la complicidad de Alejandro en la superstición, pero en buena medida, la opinión general de que era un ser ardiente, irreflexivo, impulsivo, obsesionado por su propia ascendencia y destino, lo hace probable. Arriano parece el más fiable de los dos historiadores; es más exigente en todo lo que se abstiene de describir con detalles imaginativos, y en aquello de lo que da cuenta se muestra más frío y más racional. Si esa era o no la mejor manera de comprender la mentalidad de Alejandro es una cuestión abierta a la duda, de modo que no cabe dar un veredicto definitivo.

Las tradiciones sobre Alejandro, si bien en conjunto no son compatibles, dejaron un legado de imágenes y un arquetipo al que soberanos posteriores aspiraron y en los que se basaron no pocos escultores y pintores. (Plutarco fue probablemente su principal transmisor, ya que la obra de Curcio fue ignorada hasta la Edad Media.) Tanto Julio César como Augus-

to, cuando aún era sólo Octavio, visitaron la tumba de Alejandro, al igual que este había visitado la de Aquiles. La imagen de Alejandro, el joven divino, de un atractivo sorprendente, conquistador del mundo, influyó en la iconografía del joven Augusto y del joven Napoleón. El retrato que Jacques-Louis David hizo de Napoleón visitando a sus soldados enfermos y heridos —a los que estaba a punto de abandonar— en el hospital de Acre unía tres imágenes distintas: la de Alejandro visitando a sus soldados heridos después de la batalla de Gránico (Arr. An. I 16), la de Cristo sanando a los enfermos y la del propio Napoleón. No deja de ser paradójico que, tiempo después, el antagonista ruso de Napoleón se llamara Alejandro. El hijo de Antonio y Cleopatra también se llamó Alejandro. Alejandro Magno, aquel que dejó una perdurable y legendaria herencia tanto en Oriente como en Occidente, no tenía en realidad necesidad de envidiar a Aquiles, porque

> ¿No es asaz valeroso ser un rey y cabalgar triunfalmente por Persépolis?*

Los historiadores de Alejandro que conocemos, al escribir sus obras más de cuatrocientos años después de los hechos, dan la impresión de formar un mero epílogo, aunque ha sido sólo gracias a ellos, en ausencia de las fuentes en las que bebieron, como nos ha sido posible completar el tema que tanta importancia revistió para los primeros historiógrafos: los encuentros entre dos mundos, el griego y el persa. La consideración del siguiente gran tema, aunque fue tratado aún por los escritores griegos, nos exige volver sobre nuestros pasos hasta el siglo II a. C., y fijar nuestra atención en los primeros historiadores del ascenso de Roma.

* Marlowe, *Tamburlaine the Great*, II, 5.

Segunda parte

ROMA

se [illegible] sólo Octavio [illegible] la imagen de Alejandro, al igual que [illegible] había imitado la de Augusto [illegible] de Alejandro), el joven [illegible] conquistador del mundo, influyó en la [illegible] del joven Augusto y del joven Napoleón. El retrato que hace [illegible] Thiers hizo de Napoleón visitando a los [illegible] enfermos y heridos [illegible] los que estaba a punto de abandonar en el hospital de Acre [illegible] tres imágenes distintas, la de Alejandro [illegible] sus soldados heridos después de la batalla de [illegible] la de Cristo curando a los enfermos y la [illegible] paradójico que, tiempo después, el [illegible] nuevo Alejandro, el hijo de Antonio y Cleopatra [illegible] Alejandro Magno, papel que [illegible] tanto en Oriente como en Occidente, no [illegible] capacidad de envidiar a [illegible] personas:

> ¿No es más valeroso [illegible] por Roxana?[8]

Los historiadores de Alejandro que conocemos, al [illegible] que de [illegible] los hechos, que la impresión de forzar un [illegible] aunque ha sido [illegible] gracias a ellos, en ausencia de las fuentes en las que bebieron, como nos ha sido posible completar el tema que tenía importancia [illegible] para los primeros historiógrafos: los encuentros entre dos mundos, el griego y el persa. La consideración del siguiente gran tema, aunque fue tratado sólo por los escritores griegos, nos exige volver sobre nuestros pasos hacia el siglo II a. C., y fijar nuestra atención en los primeros historiadores del mundo de Roma.

[8] [illegible]

4

POLIBIO: HISTORIA UNIVERSAL, HISTORIA PRAGMÁTICA Y EL ASCENSO DE ROMA

Polibio, un griego romanizado del más alto rango, empezó a escribir a mediados del siglo II a. C., sobre todo para sus coetáneos griegos, la historia de cómo había llegado a ejercer Roma su dominio sobre el conjunto del Mediterráneo. El centro de su atención fue indefectiblemente la larga lucha entre Roma y Cartago por la hegemonía en el Mediterráneo occidental, pero su relato abarcaba también la afirmación del poder de Roma sobre Macedonia y el conjunto de las ciudades griegas. El relato de Polibio cubría el período comprendido entre los años 264 y 146 a. C. El que va de los años 264 a 241 a. C., la época de la primera guerra púnica, es para Polibio tan sólo un preámbulo. La médula de su narración es la segunda guerra púnica, la guerra de Aníbal, el general que mandaba las tropas cartaginesas, desde 218 hasta 202 a. C. Polibio fue amigo y consejero de Escipión, el general romano que finalmente destruyó la ciudad de Cartago en 146 a. C., aunque cuando eso sucedió el historiador ya había regresado a su Grecia natal. El ascenso de Roma comportó en el mundo un cambio irreversible en el centro de gravedad político, que pasó de Grecia, Macedonia y Asia Menor a Roma, y uno de los objetos de Polibio era el de educar a sus coetáneos griegos acerca de las realidades del poder mundial de los romanos.

Había nacido en Megalópolis, en la región del Peloponeso, a fines del siglo III a. C., aunque la fecha exacta se desconoce. En 167 a. C. fue llevado junto a otros aristócratas griegos aqueos como rehén a Roma, donde alcanzó una posición elevada y gozó de influencia. Al igual que otros

célebres historiadores exiliados, como Tucídides, Jenofonte y, con posterioridad, el historiador judío Flavio Josefo, Polibio se benefició de los puntos de vista y formas de observar las cosas que le procuró el exilio. Cuando, hacia el final de su vida, regresó a Grecia, se hizo merecedor de la gratitud de sus conciudadanos por el modo en que había actuado como mediador ante los señores romanos: cuando murió, el año 118 a. C. o en una fecha cercana se erigieron numerosas estatuas en su honor. Por tanto, no fue sólo un hombre de dos mundos, sino que, como otros muchos historiadores antiguos destacados, fue un hombre público (de las ventajas que supuso este hecho para el historiador no sólo estuvo orgulloso, sino también arrogantemente convencido, aunque fueron muy pocas las ocasiones en las que su carrera pública se vio coronada por el éxito).

Como historiador parece a primera vista un híbrido. Polibio sigue de una manera muy evidente el ejemplo de Tucídides en lo tocante a la labor y los métodos del historiador, basadas, tal como proclama con frecuencia, más en las nociones de verdad y utilidad que en la de entretenimiento; y así, al tiempo que reprende a un historiador anterior, Filarco, por los aderezos imaginativos que emplea en su narración para suscitar la simpatía o la piedad del lector, declara que «no es preciso que un historiador sorprenda a los lectores con descripciones que causen sensación, ni tratar, tal como lo hacen, por ejemplo, los poetas trágicos, de representar los parlamentos o discursos que podrían haberse pronunciado [Polibio es notablemente moderado en el uso que hace del estilo directo] ... su tarea es primero y ante todo recoger con fidelidad lo que de verdad sucedió» (Plb. II 56). Sólo si es veraz, la historia puede cumplir su misión de ser útil. La historia es el aprendizaje a través de la experiencia indirecta, y sus lecciones se infieren de lo que sucedió a fin de proporcionar guías para la conducta futura. Polibio se asemeja a Heródoto más que a Tucídides por la frecuencia en que se dirige al lector directamente, pero el efecto es del todo diferente: no es el coloquialismo confiado de Heródoto, sino un didactismo insistente, una preocupación pedagógica puntillosa e imperativa de que la lección transmitida en su relato no se pase por alto.

Pero al hablar de la insistencia «tucididesiana» de Polibio sobre la utilidad de la historia estamos haciendo caso omiso de aquello sobre lo que escogió escribir. Si bien en el centro de su obra se halla la narración de una gran guerra, la guerra de Aníbal, la historia que escribe tiene en conjunto un aliento y una ambición de envergadura casi herodotianas. Si bien Polibio no tuvo la calidad épica ni el valor como entretenimiento de un

Heródoto, ni tampoco la brillantez de un Tucídides —en realidad, ¿quién las tuvo?—, no es inadecuado, sin embargo, hablar de él como un heredero de ambos. Él mismo se muestra cáustico al hablar de la historia monográfica —es decir, dedicada a un único tema, a diferencia de la historia universal—, aunque la que sitúa en lo más alto de la escala es la historia política y militar, basada en los viajes y en el testimonio directo o indirecto de testigos presenciales. Su insistencia en la magnitud y la escala refleja, para él, las condiciones de un mundo que cambia. La historia mundial tenía por entonces un tema central, el ascenso de Roma, y cualquier historia que no guardara relación con este hecho era mezquina y provinciana. A juicio de Polibio, quienes escribían esas monografías se veían conducidos necesariamente a recurrir a adornos pintorescos con los que disimular la pobreza esencial de sus temas (VII 7). Polibio habla de la unidad de su tema, y por lo tanto de su historia, en unos términos que a todas luces toma prestados de la concepción aristotélica de las unidades del drama: «Cómo, cuándo y por qué todas las regiones conocidas del mundo quedaron bajo el dominio de Roma ha de considerarse como una única acción y un único espectáculo, que tiene un inicio identificable, una duración fija y un final reconocible» (III 1).

Al igual que otros historiadores antiguos, por tanto, Polibio ha buscado y hallado en el «mayor» acontecimiento de su época el tema al que dedicar su historia. Sin embargo, ésta no puede ser monográfica, porque su escenario es, a juicio de Polibio, nada menos que el mundo conocido. Es una historia universal, la primera mención de una categoría que iba a ser mucho más corriente siglos después, sobre todo en la Edad Media, cuando el cristianismo proporcionó lo que iba a considerarse el tema universal.

> Mi historia cuenta con cierta cualidad distintiva que está relacionada con el espíritu extraordinario de la época en que vivimos, y es como sigue: al igual que la Fortuna dirige casi todos los asuntos de este mundo en una dirección y los obliga a que converjan en una misma meta, así la tarea del historiador es la de presentar a sus lectores una visión sinóptica del proceso por medio del que ha cumplido ese designio general [la historia]. Este fenómeno fue lo que atrajo desde un principio mi atención por encima de cualquier otro. (I 4)

Polibio supo escribir un tipo de historia universal que, no obstante, se basaba en testigos directos, porque el tema, el ascenso aún bastante reciente de Roma al dominio del mundo, requería una escala temporal rela-

tivamente breve. Por ejemplo, a diferencia de uno de sus sucesores, Tito Livio, que también detalló el mismo hecho, Polibio no trata de hacer que su exposición se retrotraiga hasta la fundación de la ciudad, y daba bastante poca importancia a semejante investigación de lo antiguo (XII 25*e*, *i*). Polibio da por sabida la conquista por los romanos de los pueblos italos vecinos, que ocupa la primera parte de la obra de Livio, aunque los choques de Roma con los galos celtas cisalpinos reciben mayor atención del historiador griego, que ve en ellos una suerte de preparación del posterior papel de Roma en el mundo. Pero el ascenso de Roma a la condición de potencia mundial fue, tal como afirma Polibio, excepcionalmente rápida, al ocupar menos de un siglo. La historia de Polibio, por tanto, sabe ser a la vez completa en su escala, aunque al precio de extenderse un poco más allá de los límites de la memoria viva.

Al hablar de Polibio, por comodidad, como un heredero de Heródoto y Tucídides, estamos incurriendo en una drástica simplificación e inducimos a ver las cosas acortándolas un poco, como en escorzo. Heródoto y Tucídides tuvieron numerosos herederos, en todo caso más de los que conocemos. Hubo varios intentos de continuar la historia de Tucídides, y uno de ellos fue el de Jenofonte, como hemos visto. Polibio, sin embargo, menciona sólo en una ocasión a Tucídides y no dedica alusión alguna a Heródoto. Pero Polibio es de hecho, en lo que a un historiador antiguo se refiere, excepcionalmente profuso en las referencias que hace a sus predecesores, aunque las obras de todos ellos se hayan perdido. Conforme a la convención de la época, las referencias que hace a ellos son todas críticas —*abusivas* sería a veces la palabra indicada—, pero tienen un valor inestimable al permitirnos entrever un mundo historiográfico ahora perdido aunque por entonces muy abundante. Por quejosa que sea la actitud de Polibio hacia este mundo, a todas luces tiene conciencia del significado de la escritura de la historia como una actividad continua, y en cierto sentido como una actividad de colaboración (por ejemplo, señala que de morir antes de completarla, confía en que sea retomada allí donde hubiera quedado y terminada por otros). Se trata, sin duda, de una manera de decir que el tema de su obra es demasiado grande para ser soslayado, pero asimismo es una manera de rendir homenaje a la existencia de una comunidad de historiadores.

Polibio menciona a Timeo (lo hace por extenso en el libro XII, y de manera abusiva), Éforo, Filarco, Teopompo, Arato, Filino y Fabio Pictor (historiador romano que, no obstante, escribió en griego) como sus precursores en distintos sentidos. Aun cuando sus obras se hallan hoy perdi-

das, todos ellos son claramente para Polibio los autores que dominan el campo de la historiografía que él intenta cultivar, y en ciertos casos los sigue, aunque de manera crítica. Parece no ver la hora de afirmar que ninguno de ellos ha aprovechado las oportunidades historiográficas, y que su propia obra es de veras la pionera: «Mientras que distintos historiadores tratan de guerras aisladas y algunos de los temas con ellas relacionadas, nadie, hasta donde alcanzo a saber, ha hecho ningún intento de examinar el plan de los acontecimientos, cuándo empezó, dónde se originó y cómo produjo el resultado final» (I 4). Nuestra tarea se ve dificultada por el hecho de que sabemos, en realidad, muy poco de lo relativo a estos escritores, y aunque Polibio no es la única fuente de la que disponemos, en general su pretensión parece justificada. Sin embargo, es en extremo sencillo hacerse una falsa impresión acerca de la historiografía antigua si olvidamos lo mucho de ella que no ha llegado a conservarse hasta nuestros días, razón por la que incluso las diatribas de Polibio resultan de utilidad. La autoridad y la popularidad que adquirieron desde fecha temprana Heródoto, Tucídides y Jenofonte han contribuido a preservar sus obras a través de múltiples copias, y, gracias a ellas, la pervivencia, aunque a veces de manera precaria, de su memoria a través de los siglos siguientes hasta nuestros días. Podemos estar razonablemente seguros de que nada que tuviera una calidad comparable se ha perdido: los antiguos bibliotecarios de Alejandría y, luego, de Bizancio demostraron tener buen gusto; sin embargo, entre los historiadores menores, el que haya llegado a nosotros una parte sustancial de su obra constituye la excepción, y la norma, en cambio, es la extinción completa o la supervivencia, en el mejor de los casos, a través de epítomes o colecciones de fragmentos extraídos de sus obras. Los copistas estaban más pendientes de los intereses de los lectores que de los gustos de la posteridad. Aun Tito Livio, que iba a convertirse en el principal rival de Polibio como historiador de Roma, sobrevivió sólo en una forma muy mermada.

Los accidentes —no sólo fortuitos— de la extinción y la conservación pueden con facilidad darnos una imagen a la vez en demasía simplificada y distorsionada no sólo de la cantidad, sino también de los tipos de historia que solían escribirse en el mundo de la Antigüedad. El ejemplo de Tucídides, una monografía de historia política y militar contemporánea, era convincente, y puede que contribuyera a dañar el prestigio de Heródoto, al igual que lo hizo una simpatía cada vez menor hacia los elementos folclóricos que éste consignó y describió con meticuloso cuidado. Pero la historia de Tucídides, que tampoco estuvo exenta de cr-

ticas en la Antigüedad, distaba mucho de ser el único tipo de historia digno de emulación. Aun la aseveración, basada sobre todo en el ejemplo de Tucídides, de que la historiografía antigua hizo escaso uso de los registros documentales, no deja de ser una exageración significativa en el caso de Roma. El patriotismo, la devoción a las antiguas leyes de Roma y el orgullo propio de la *gens* (o «familia»; Fabio Pictor, uno de los primeros historiadores de la Roma antigua, era miembro nada menos que de la Fabia) alimentaron las investigaciones de todo lo antiguo de un modo que apenas llega a anunciarse en el interés que mostraron los griegos por las genealogías, la fundación de las ciudades-estado y sus anales locales. Si bien deberemos volver sobre este punto más adelante al tratar de Livio y sus predecesores, el hecho es que el título de la historia de Livio, *Ab urbe condita* (*Desde la fundación de la ciudad*), deja clara una audaz y consciente afirmación de no seguir a Tucídides.

Para evaluar la originalidad de Polibio y dilucidar sus posibles deudas nos es preciso tener cierto conocimiento de quiénes fueron sus predecesores. En concreto, es preciso prestar atención al género de la «historia universal» y a la medida en que anticiparon su manera de escribirla quienes le antecedieron. Uno de los orígenes, al igual que en el caso que hemos considerado con anterioridad de los precursores jónicos de Heródoto, parece haber sido el género mixto, según nuestros criterios actuales, formado por la geografía, la etnografía, la leyenda (orígenes) y la historia (podríamos sentirnos tentados a utilizar hoy una denominación como *area studies*, o estudio cultural de las diversas regiones del mundo). Básicamente nos preocupamos por la región del Mediterráneo, y sobre todo la del Mediterráneo occidental. Polibio sabía sin lugar a dudas que el imperio persa se había extendido hasta las confines de Oriente y que también había reclamado la condición de ser el imperio mundial de su época, al igual que el de Alejandro había sido su sucesor; pero a juicio de Polibio, el de Asia ya se había, tal como diríamos hoy, «consumado». La historia universal se estaba creando en Roma y en la expansión romana hacia el sur y Oriente.

Polibio menospreció los esfuerzos de sus predecesores que habían tratado del mundo mediterráneo occidental y de Grecia —Filino, Fabio, Éforo y Timeo—, por no haber sabido elaborar una historia unificada y haber ofrecido en cambio exposiciones independientes de países y acontecimientos que eran contiguos, sin proponer ningún tema central que las organizara (I 4). Otros historiadores son objeto de otro tipo de rechazo: Filarco, por ejemplo, lo es por su invención pintoresca, y Teopompo,

historiador de Grecia, por utilizar un lenguaje indecoroso cuando describe la disoluta corte de Macedonia. Polibio fue, sin lugar a dudas, un firme defensor de lo que acabó denominándose «la dignidad de la historia», por utilizar el término que se acuñó en la Inglaterra del siglo XVIII (VIII 10). Los historiadores de épocas anteriores no habían captado la especial importancia del ascenso de Roma y la nueva oportunidad historiográfica que ofrecía. A la sazón, era por primera vez posible una historia universal, y Polibio trató de escribirla: «A partir de este punto y en lo sucesivo la historia se convierte en un conjunto orgánico: los asuntos de Italia y de África están relacionados con los de Asia y Grecia, y todos los acontecimientos guardan relación y participan en un solo fin» (I 3). Polibio habla como un historiador con una visión, como alguien que ha encontrado en ella la obra de su vida: «Al igual que la Fortuna dirige casi todos los asuntos de este mundo en una dirección y los obliga a que converjan en una meta, así la tarea del historiador es la de presentar a sus lectores una visión sinóptica del proceso por medio del que [la historia] ha cumplido ese designio general» (I 4). Para los griegos es esencial comprender lo que ha sucedido, de modo que puedan aprender a vivir en un mundo que es romano.

Polibio afirma que toma como punto de partida para este libro preliminar con que abre su obra el momento en que los romanos cruzaron por primera vez el mar, en dirección a Sicilia. Asimismo insinúa una segunda razón, dado que este momento coincidió con el punto en el que se interrumpe la historia de Timeo, «es decir, en la CXXIX Olimpíada» (264-260 a. C.) (I 5), mientras que la historia propiamente dicha empieza en el momento de la CXL Olimpíada (220-216 a. C.). Polibio marca también el inicio del establecimiento del poder de Roma en Italia haciendo referencia a la cronología griega, sobre todo la conclusión de la guerra del Peloponeso y la decadencia de Esparta (I 6). Los romanos, endurecidos por las guerras locales contra los samnitas y los celtas itálicos, supieron defenderse de la invasión del rey Pirro de Epiro en 280 a. C. y someter Italia. Con posterioridad, en el libro II emprende, de una forma más bien atípica, una digresión de carácter geográfico y etnográfico sobre el norte de la península de Italia y los galos cisalpinos.

En Sicilia fue donde los romanos entraron por primera vez en conflicto con los cartagineses, y de este modo, la parte pormenorizada del relato de Polibio comienza con los sucesos de la primera de las guerras púnicas. Hace las habituales aseveraciones acerca de la grandeza del tema que le ocupa, de la duración y las vicisitudes de las guerras púnicas y de la pertinacia de combatientes cuyas fuerzas eran muy parejas. Los dos,

afirma el historiador «eran aún —más adelante deberemos volver a la reserva implícita que expresan estas dos palabras— incorruptos en sus costumbres e instituciones en aquella época», y «ambos apenas recibieron una ayuda moderada de parte de la Fortuna» (I 13), otro de los temas polibianos que deberemos tener en cuenta más adelante. Además, añade que los dos historiadores que se tienen por máximas autoridades en este tema, Fabio y Filino, erraron al poner de manifiesto su parcialidad, hacia Roma y hacia Cartago respectivamente. Polibio se plantea el objetivo de enmendar aquella parcialidad: «Si se priva de la verdad a la historia, nos quedamos con nada más que un cuento vano, infructuoso». De hecho, parece claro que en esto se ciñe a Fabio y Filino (I 13-14).

Si bien las guerras de Roma contra Cartago forman el núcleo narrativo de su obra, Polibio es consciente de las responsabilidades que impone la historia universal: «Me he propuesto describir lo que sucedió a la vez en todas las partes conocidas del mundo» (II 37). De este modo, trata también de lo que sucede en Grecia, dominada en aquella época por dos anfictionías o ligas de ciudades-estado rivales: la Liga Aquea y la Liga Etolia (Polibio era aqueo). Roma se vio arrastrada a intervenir en los asuntos de Grecia al invadir Iliria, que en aquella época se hallaba en conflicto con los etolios. Cuando el libro II se encamina a su conclusión, Polibio ya ha terminado su preámbulo y se dispone a abordar su gran tema: «cómo, cuándo y por qué todas las partes del mundo conocido quedaron bajo el dominio de Roma».

Uno no puede menos de admirar la ambición de la empresa histórica de Polibio, y, a decir verdad, es de reconocer que estaba fundamentalmente en lo cierto: el aumento del poder romano era un hecho destacado de la historia contemporánea. También es preciso admitir, no obstante, que los cambios deliberados de atención durante breves períodos de tiempo, en los que Polibio pasa de Grecia a Macedonia, y, luego, a Egipto y a Hispania, a fin de cumplir con su proyecto de escribir la historia mundial de una forma analística, resultan cuando menos perturbadores y, para el lector no experto, poco claros. Aparte de la narración central de las guerras púnicas, lo que mantiene la unidad de la obra es la personalidad de Polibio como autor, caracterizada por su recurrente preocupación por la causalidad, la comparación y los factores constitutivos, así como por las lecciones de la experiencia y la influencia de la fortuna, preocupaciones que reúne bajo la rúbrica de «historia pragmática». Como narración histórica, una de sus virtudes —algo que no es de extrañar en el autor de un libro hoy perdido sobre táctica militar— es la manera que tiene de abor-

dar y tratar los asuntos castrenses, que constituyen una gran parte del conjunto de la obra. Aquí, a diferencia de algunos otros historiadores antiguos, Polibio es preciso y analítico, e inspira confianza. En el centro de la narración de las guerras púnicas está la prolongada invasión de Italia por el general cartaginés Aníbal, a cuya carrera extraordinaria y excepcional don de mando rinde un completo homenaje.

Como ya hemos visto, Polibio sigue a Tucídides al repudiar toda historia que se escribe con el único afán de entretener. Y así, por ejemplo, se muestra severo con Filarco por haber cargado su narración de pintorescos detalles imaginativos:

> En su entusiasmo por despertar la piedad de sus lectores y procurarse su simpatía a través de su historia introduce escenas gráficas en que las mujeres, aferradas unas a otras, se arrancaban el pelo y desnudaban sus pechos, y describe, además, las lágrimas y los lamentos de los hombres y mujeres mientras, acompañados de sus hijos y padres ancianos, eran llevados al cautiverio. (II 56)

Polibio —prototipo de la crudeza que caracterizará al futuro historiador profesional— seguirá sólo el austero camino de la verdad histórica, tema sobre el que, presumiblemente, siempre habrá partidarios de Filarco y partidarios suyos. Un ejemplo de esta austeridad en un momento en que resulta ser particularmente represiva es el relato del paso de los Alpes por el ejército de Aníbal, el episodio más célebre de la historia (III 47-55). Los historiadores pintorescos, afirma Polibio, se contradicen al aclamar a Aníbal como el general más grande y con una visión de futuro más clara, mientras que, por las necesidades de la narración dramática, se ven obligados a presentarlo pasando los Alpes acosado por terribles dificultades, y a fin de resolver las contradicciones introducen la tutela de los dioses en lo que «se suponía que era una historia que se atenía a los hechos». Polibio parece proclive a confirmar la capacidad de cálculo de Aníbal y en desmitificar literalmente aquella hazaña. El cartaginés, como el historiador afirma, ha cruzado el territorio con la intención de formarse sus propias impresiones. Pero al cabo de unos pocos párrafos, vemos cómo los caminos se hacen impracticables debido a una avalancha; cómo los animales de carga caen por los precipicios, los jumentos y los caballos procuran aferrarse y avanzar por la nieve que la ventisca ha acumulado...; es decir, topamos con todos los elementos que forman parte de una historia pintoresca. Este fragmento significa, quizá, menos una recaída de

Polibio como historiador que un testimonio de la imposibilidad de presentar el paso de un ejército a través de los Alpes con elefantes —o aun sin ellos— como una obra común y corriente de logística militar; y es que, a veces, la historia *es* pintoresca.

Quizá se pueda decir lo mismo de otro momento de elevado dramatismo como es la conquista cartaginesa de la ciudad de Tarento, a la que Polibio hace toda la justicia que se merece: la presencia, en el interior de las murallas, de conspiradores que mandan señales de fuego desde la parte vacía de la ciudad, reservada a servir de cementerio (algo insólito en la Antigüedad por el hecho de estar intramuros) y desierta salvo por las tumbas; los oficiales romanos de francachela; la entrada, en otro punto de la ciudad, de un joven, al que los guardias conocen, con un jabalí muerto como si viniera de una cacería, aunque le siguen los soldados cartagineses; el terror de los tarentinos, y la matanza de los romanos (VIII 24-30). (Cuando Livio expone la misma acción [Liv. XXXV 8-10] y la describe como un ardid de caza, resulta por una vez menos dramático.) Polibio podría sin duda justificarlo por un interés en la estratagema empleada, pero en este caso, estratagema y entusiasmo coinciden por fortuna.

Polibio, que sobresale en la descripción de las tácticas y el armamento, así como en la influencia que lo uno y lo otro ejercen en los resultados militares, dedica toda una sección de su historia (Plb. VI 19-42) a exponer de forma sistemática y pormenorizada la organización, las tácticas y la impedimenta del ejército romano (una digresión que en la época del Renacimiento fue muy admirada). La atención del historiador por los aspectos técnicos relevantes se hace patente en todas partes, como, por ejemplo, en la exposición de la batalla naval habida en Sicilia, donde describe con detalle la invención por los romanos de un artilugio ofensivo conocido como «el cuervo», que iba atado a los remos de las naves, así como sus decisivos efectos (I 22-23). Asimismo elogia el extraordinario ingenio que demostró el matemático Arquímedes en los inventos destinados a frustrar las intenciones de los romanos que habían puesto cerco a la ciudad-estado de Siracusa (VIII 3-6). (Sin embargo, la muerte de Arquímedes a manos de un soldado romano mientras, absorto, dibujaba figuras geométricas en el suelo tras la toma de la ciudad es un tema propio de la historia que cuenta Tito Livio.) La descripción que Polibio hace de los choques de los romanos con los guerreros celtas en el norte de la península Itálica ofrece un lúcido estudio de la diversidad de armas y tácticas. La jabalina romana era efectiva contra los galos en parte debido a las deficiencias que presentaban los escudos galos:

> El escudo que utilizan los galos no cubre todo el cuerpo, y esto, sumado a la elevada talla de estos guerreros desnudos, hace que a los proyectiles les sea más fácil dar en el blanco ... Los escudos romanos, preciso es explicarlo, estaban mucho mejor ideados para la defensa, igual que las espadas para el ataque, dado que la espada de los galos sólo podía utilizarse para tajar, pero no para clavar. (II 30)

Las de los galos tenían la desventaja añadida de doblarse y, «a menos que los hombres tuvieran tiempo de enderezarlas con el pie contra el suelo, el segundo golpe no tenía prácticamente efecto» (II 33). Para el entendido en impedimenta militar y sus cualidades, Polibio es excepcional por el grado de detalle y la claridad de sus descripciones. Las exposiciones que hace de las batallas decisivas de Trasimeno (217 a. C.) y, sobre todo, Cannas (216 a. C.), por medio de las que Aníbal asentó a su ejército en la península Itálica, son convincentes, sin incurrir en la exageración o el embellecimiento retórico. Merece la pena señalar que, mientras Polibio ofrece, como cabría esperar, lo esencial de las arengas que los mandos militares proferían a las tropas, las presenta siempre en estilo indirecto. Sin embargo, hacia el final de la historia, cuando se sentía más cercano a los acontecimientos e inclso era uno más de cuantos habían participado en ellos, aumenta también el número de discursos presentados de manera literal.

La debilidad de Polibio, al menos a nuestros ojos, no es la elaboración excesivamente retórica, sino su carácter sentencioso. Siendo como era su credo que la historia debía ante todo ser escrita para que fuera útil, está dispuesto a adornar los relatos que hace de las batallas y las campañas con consejos, del mismo modo que los ofrece sobre asuntos políticos. A veces, preciso es reconocerlo, el resultado es trivial o incluso tautológico. Polibio nos asegura que la naturaleza humana es falible, (II 7) y que no debemos confiar en que la Fortuna siga prodigando sus favores (I 35), en tanto que para un general el hecho de ser cobarde o insensato acarrea consecuencias funestas. La tendencia a la tautología se ejemplifica en una afirmación como la de que la «precipitación, la audacia excesiva, la impetuosidad ciega, la vanidad o la ambición insensata» son debilidades de las que se puede sacar partido, en la que a Polibio parece no importarle que la elección de nombres y adjetivos, sobre todo estos últimos, haya predeterminado ya el resultado final (III 81). Más interesantes y menos trilladas son las máximas que uno siente la tentación de calificar anacrónicamente de «maquiavélicas». Una de ellas, por

ejemplo, es la distinción que establece entre los hombres que aceptan algo como una cuestión de ceder ante las circunstancias y los que lo hacen porque su espíritu ha sido quebrado. En los últimos se puede confiar, en los primeros no (III 12). Otra es la sentencia según la que mostrar humanidad después de la victoria, tal como hizo Escipión, constituye un buen planteamiento político (X 36). Más «maquiavélica», en el sentido vulgar del término, es la aprobación que hace del uso por Escipión de la superstición para alentar a sus tropas (X 11). La aprobación que Polibio expresa hacia el uso político de la religión era algo más que un hecho aislado; de hecho, era una de las razones que le hacían admirar el estado romano.

Ya hemos visto que para Polibio la historia debe ser, por encima de cualquier otra consideración, veraz, porque sólo sobre la base que aporta la verdad podemos extraer de ella las lecciones de la experiencia —lecciones indoloras, a diferencias de aquellas que se desprenden de la experiencia directa— que constituyen la utilidad y la justificación de la historia. Diseminadas a lo largo de la obra de Polibio, aparecen muchas referencias a la manera en que concibe la tarea del historiador; pero la exposición más completa es la que hallamos en el libro XII, que se dedica en su conjunto y de una manera casi obsesiva a censurar los errores de otros historiadores, y sobre todo los de Timeo. En este ataque hay muchas cosas que parecen mezquinas y pedantes, pero el libro en su conjunto da una visión general de las actitudes hacia la historia que son las de sus contemporáneos, aunque consideradas desde el punto de vista característico de Polibio. Timeo, a juicio de éste, es un hombre que aprende lo que cuenta de los libros y documentos: «Casi ha olvidado realizar investigaciones de primera mano, que es, de todos, el deber más importante del historiador». Dado que el historiador no puede ser un testigo presencial de todo, sólo le queda preguntar a tantas personas como le sea posible, y ejercer luego un juicio sobre lo que ha oído. Timeo, sin embargo, es víctima de relatos en los que se exponen sueños, prodigios y otras supercherías. Al referir los parlamentos y discursos de generales y hombres de estado, ha decidido de antemano lo que debe decir y luego ha compuesto los discursos imaginarios como si de un ejercicio de retórica se tratara: «Ni deja por escrito lo que se dijo, ni el sentido real de lo que fue dicho».

Dado que, en Atenas, tuvo acceso a las obras de otros historiadores, Timeo supuso que tenía el material necesario para escribir historia. Pertenece a aquella clase de historiadores que frecuentan las bibliotecas y vi-

ven entre memorias y registros. Timeo, según Polibio, es —por decirlo con un término que acuñó Carlyle— tan muermo como Dryasdust.* Las fuentes documentales tienen cierto valor, pero son del todo inadecuadas para escribir una historia de los hechos recientes (XII 25 *e*). Para hacerlo es preciso —anota Polibio— recurrir a «aquellos que han desempeñado algún papel en los asuntos mismos». Quienes no tienen tal experiencia, civil y militar, no están capacitados para entender de los asuntos y por ende son incapaces de instruir a los demás sobre las lecciones que de aquellos cabe sacar. «De hecho, es igual de imposible para un hombre que no tuviera experiencia alguna de la acción en el campo [de batalla] escribir bien sobre las operaciones militares, que para un hombre que nunca hubiera intervenido en asuntos políticos y las circunstancias que comportan escribir bien sobre esos temas» (XII 25 *h, g*). El estudio de los documentos ocupa por tanto sólo el tercer lugar en lo que es importante para el historiador, por detrás del conocimiento de la topografía relevante y de la experiencia práctica. Timeo, al no ser testigo presencial de los acontecimientos, «ha preferido servirse de los oídos», que es el modo inferior de conocimiento, y aun en esto el método de Timeo es inferior, ya que los oídos «pueden aprender bien leyendo, bien por medio del examen de los testimonios», y Timeo ha preferido lo primero (XII 27 *a*). (Resulta curioso que Polibio considere la lectura como una recepción de la información a través de los oídos.) Polibio no menospreciaba de plano los documentos, como la tableta de bronce que había descubierto y que Aníbal había mandado grabar con los detalles escritos de las fuerzas cartaginesas: era otra forma de testimonio presencial, y él la considera «una prueba absolutamente fidedigna» (III 33).

Para Polibio, la relación entre la historia y el hombre con experiencia en los asuntos públicos es recíproca. Este último es el mejor historiador, pero a su vez el hombre de acción mejor instruido es el más versado en las lección de la historia. Polibio es de los primeros que conocemos en haber considerado explícitamente la historia como un adiestramiento para la carrera política, aunque presente tal hecho como una mera afirmación común y corriente. Todos los historiadores, nos dice Polibio, han aseverado que «el estudio de la historia es a la vez una educación en el sentido más verdadero y un adiestramiento para la carrera política, y que el método más infalible, en realidad, el único, de aprender a sobrellevar con dig-

* Árido personaje de sir Walter Scott, encargado de ofrecer al lector el marco histórico en que se desenvuelve la ficción del autor escocés.

nidad las vicisitudes de Tique [la Fortuna] consiste en que nos recuerden los desastres que otros padecieron» (I 1).

Al preocuparse ante todo del estudio de las causas y sus consecuencias, y al ser el ascenso de Roma el acontecimiento central que se propone explicar, los dos aspectos de la manera que Polibio tiene de escribir la historia, la «historia universal» y la «historia pragmática», no se hallan en conflicto sino que son complementarios. La historia comparada a gran escala es la única que permite establecer paralelismos en los que basar el estudio de las causas (aquello que John Stuart Mill denominaría «el método de la diferencia»): según Polibio, «la parte más importante, con mucho, a la hora de escribir la historia se halla en la consideración de las consecuencias de los acontecimientos, las circunstancias que los acompañan y sobre todo sus causas ... Todas estas tendencias pueden reconocerse y comprenderse en una historia general», pero no mediante tratamientos monográficos (III 32).

Polibio, estableciendo una analogía con el método de observación que se utiliza en la práctica de la medicina, esboza, al acercarse al momento en que se inicia la segunda de las guerras púnicas, las distinciones entre el comienzo, el pretexto y la causa. La causa es lo que da forma al propósito y las decisiones; el inicio es lo que les da efecto (III 6). Al detallar las causas, Polibio dará preponderancia, como cabía esperar, a la influencia de las leyes y las instituciones, y por encima de todo, en el caso de Roma, a su constitución política, a la que dedica el conjunto del libro VI. En la larga y dura lucha con los cartagineses, se pusieron a prueba en grado máximo el carácter de los romanos, su patriotismo, su resolución y su tenaz firmeza. Fueron las cualidades morales más que los recursos materiales lo que, en momentos críticos, les dio ventaja. Éstas estaban fomentadas por las leyes y las instituciones de Roma. Las costumbres romanas fueron cuna del espíritu público, al igual que lo fueron, por ejemplo, los ritos funerarios y las oraciones en honor de los hombres distinguidos: «Sería difícil imaginar una escena más impresionante para un joven que aspira a ganar fama y practica la virtud» (VI 53-54). *Virtud*, como siempre en esta manera de pensar, significa virtud pública, atributo propio de un hombre *(vir)*. En este punto, el autor llega a la ahora célebre historia del heroico sacrificio protagonizado por Horacio en el puente mientras contenía a los enemigos de Roma. Este episodio, que también narra Tito Livio —quien hará sobrevivir a Horacio—, fue empleado por Macaulay en su *Lays of Ancient Rome*. (El guerrero en cuestión, Horacio Cocles, no debe confundirse con Publio Horacio, cuya historia inspiró el

cuadro de Jacques-Louis David *El juramento de los Horacios*.) Tal como ya hemos tenido oportunidad de ver, Polibio admiraba la manipulación de la superstición a través de los ritos religiosos: era lo que «mantiene unido al estado romano», porque las masas sólo se pueden controlar por medio de terrores misteriosos. Los asuntos religiosos son tratados en Roma «con una solemnidad tal y se hallan con tanta frecuencia en la vida pública y privada, que nada podría sobrepasarlos en importancia». Para Polibio la introducción de tales ritos y creencias era una medida política, sensata obra de los «antiguos», y al rechazarlas, los contemporáneos se exponen a graves peligros (VI 56).

La gran derrota infligida por Aníbal en Cannas puso a prueba al estado romano hasta casi destruirlo. Según Polibio, sólo las «peculiares virtudes» de la constitución romana le permitieron superar esta crisis (III 118). La constitución se halla por entonces en la flor de su vida y, según Polibio, era un «noble espectáculo», mientras que la de los cartagineses había entrado ya en decadencia (es decir, se había vuelto más democrática). Después de Aristóteles, y sobre todo a partir de una intensa reanimación que se producirá desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII, Polibio se iba a convertir en la autoridad más destacada de la idea de los tres tipos de constitución, y el ciclo a través del que pasan a medida que cada forma pura se muda en su homóloga corrupta (realeza en tiranía, aristocracia en oligarquía, democracia en gobierno de la plebe) y luego en su opuesto correctivo. Suscribía la opinión, que gozaría de particular difusión en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, según la que el ciclo se podía suspender, al menos por un momento, mediante un equilibrio entre los tres elementos; para los ingleses existían ciertos ecos en la concepción, también proclamada por Polibio, de que los romanos habían llegado a su equilibrio no por medio del razonamiento abstracto, sino por un método de prueba y error (VI 10), algo que la tradición whig inglesa nunca se cansaría de atribuir a los ingleses en contraposición a los franceses.

Si bien, según Polibio, la constitución romana en la época de la segunda guerra púnica se halla aún en un punto óptimo, la inquietud era un rasgo inseparable del concepto de equilibro y su concomitante, la corrupción. No ve límite de duración al imperio de Roma, pero la constitución romana «pasará por una evolución natural camino de su decadencia», pues «cada constitución posee su propio vicio, inherente e inseparable» (VI 9, 10). Antes de perder las batallas de Trasimeno y Cannas, afirma Polibio en un pasaje particularmente pesimista, los signos indicaban ya una tendencia demagógica que condujo a la designación de los generales

menos indicados, un bandazo hacia un excesivo peso del elemento democrático y, de ahí «al primer paso en la desmoralización de la población romana» (II 21).

La demagogia como síntoma de corrupción y declive estaba vinculada directamente a la teoría de los ciclos. El otro principal indicador de ambas enfermedades era una plaga más tradicional: el lujo, a menudo asociado con influencias extranjeras. Al igual que los griegos habían culpado a los persas, así los romanos, y en especial aquel severo y adusto moralista e historiador de la primera Roma, Catón el Censor, llegaron a culpar a los griegos. Y Polibio suscribe esta opinión. El lujo y la ostentación son los precios que deben pagarse por las conquistas y el imperio, al igual que cuando las riquezas de los macedonios fueron llevadas a Roma (XXXI 25). Un exceso de prosperidad es peligroso. Parece como si la antigua concepción de la *hybris*, que en Heródoto fue lo que marcó la caída del rey Creso, sinónimo de riqueza, se hubiese apoderado de los afanes de una comunidad rural que era cada vez más rica y se iba transformando por medio del comercio y las conquistas. Este afán fue rechazado por los historiadores renacentistas, sobre todo por Maquiavelo, a partir de los historiadores romanos Salustio y Livio, y fue transmitido al siglo XVIII, donde iba a dar forma a la exposición que daría Gibbon de la caída del imperio romano en la inmensa obra homóloga a aquella otra que Polibio había escrito dos mil años antes. Las corruptoras consecuencias políticas del lujo y la venalidad se convirtieron en un ingrediente básico de la retórica de la oposición en la Inglaterra dieciochesca. De nuevo no es una casualidad que el período comprendido entre el Renacimiento y el siglo XVIII coincidiera con el apogeo de la influencia de Polibio en el pensamiento histórico y político de Europa.

De haber podido reflexionar sobre ello, Polibio no hubiera atribuido la caída de Roma al lujo, la corrupción o la pérdida de una constitución equilibrada, como hicieron sus sucesores lejanos, sino a la Fortuna, tal como hizo en relación con el ascenso de Roma. Es algo que podemos dar por seguro, porque no había avance o desarrollo histórico a gran escala que Polibio, pese a todo el interés demostrado por las causas que mediaban, no estuviera dispuesto a atribuirle. Ella fue la que decidió y produjo el dominio mundial de Roma. La Fortuna «dirige casi todos los asuntos de este mundo en una dirección y los obliga a que converjan en una misma meta». La Roma triunfal fue una proeza de la Fortuna, que nunca hasta entonces «se ha mostrado con tal orgullo como el que ha desplegado en nuestra época», un logro que es «el más excelente y provechoso de con-

templar» (I 4). El lenguaje aquí se asemeja al de la religión, y Polibio sin duda parece personificar la Fortuna como una diosa. Y sería en esta condición como fue aclamada en la Edad Media y el Renacimiento. Resulta lógico hablar de «la Fortuna» en Polibio como una suerte de providencia divina; pero en otras partes, habla de ella como si fuera un ciego azar que se limita a disponer los acontecimientos de manera arbitraria. La fortuna, al igual que la contingencia, es lo que queda como explicación cuando la razón humana ha agotado sus recursos. Resulta razonable, afirma Polibio en este sentido, atribuir tales eventualidades imprevisibles a «la obra de un dios de la suerte» (XXXVI 17). Pero esta concepción de la fortuna como contingencia no parece que fuera capaz de planear y producir un fenómeno tan inmenso y tan a largo plazo como el ascenso de Roma, que no se diría que escapa a la razón humana, pues Polibio enuncia sus causas, y lo hace al tiempo que admite que la suerte de las guerras púnicas estuvo siempre muy reñida. Debemos concluir, por tanto, que la concepción que Polibio se hace de la fortuna, aunque ciertamente reviste una inmensa importancia para él, era en esencia incoherente.

Polibio quiso instruir a sus lectores, no encantarlos. Se cuenta entre los historiadores que han tratado de usar la historia como base de lo que, más tarde, se daría en llamar ciencias históricas o, con más frecuencia, ciencias políticas. En lo que a esa ciencia se refiere, el siglo XVIII en concreto volvió su atención hacia Polibio. En su deseo de encontrar un tema central en la historia, en su relativa imparcialidad y preocupación por la precisa exactitud, así como en el interés por sacar lecciones útiles de ella, Polibio está más cerca de ser nuestro contemporáneo intelectual que los grandes historiadores romanos que vinieron después, como, por ejemplo, Salustio y Tito Livio, cuyo centro de atención fue moral y no lo que Polibio denominaba «pragmático». Esto quizá le beneficia menos de lo que cabría esperar entre los lectores actuales, si se le compara con la apasionada participación, casi agónica, en su propia época de otros historiadores antiguos con los que simpatizamos. Nosotros, por nuestro lado, tenemos instructores más recientes en las lecciones de la historia: Maquiavelo, Montesquieu, Hume, Henry Adams... Pero Polibio fue su precursor. Al dar cuerpo a sus preocupaciones en una impresionante exposición del tema central de su época, el ascenso de Roma, contribuyó a que tuviera de forma perdurable un papel prominente a la vez que distintivo en la historia de la historiografía.

[illegible] en la Edad Media y el Renacimiento [illegible]

5

SALUSTIO: UNA CIUDAD VENAL

Cayo Salustio Crispo escribió las obras a las que debe su renombre a principios de la década de 40 a. C. Los períodos sobre los que escribió eran recientes. El prestigio de este historiador descansa en dos breves monografías de historia casi contemporánea. Escribió asimismo una historia general que cubría la década que mediaba entre los años 70 y 60 a. C.; pero de ella sólo se conservan algunos fragmentos. En el mundo antiguo y en la Edad Media, Salustio fue tenido en muy alta consideración tanto por el contenido de sus historias como por su célebre economía de estilo, y desde entonces ha seguido siendo así. Tácito le admiraba, al igual que el propio Salustio admiraba a Tucídides, y Agustín de Hipona le citó. El extraordinario prestigio de aquel historiador romano se basaba, como ya hemos señalado, en dos breves monografías sobre acontecimientos que posiblemente no eran de primera importancia.

Uno de ellos fue una guerra colonial librada en el norte de África contra el rey númida Yugurta a fines del siglo II a. C. Salustio hace la habitual defensa de la importancia del tema que ha escogido —marcaba, según argumenta, el inicio de la guerra civil que iba a sacudir el mundo romano—, pero ésta constituye más que una argucia, ya que la guerra de Yugurta debe su celebridad más a Salustio que a ella misma. Parece probable que se sintiera atraído por el tema por haber sido gobernador de Numidia medio siglo después de acaecida aquella guerra. El tema que ocupa su segunda monografía, la conjura de Catilina para derrocar a la autoridad consular en Roma por la fuerza de las armas (65-62 a. C.), era sin lugar a dudas de interés y ha sido inmortalizado no sólo por Salustio, sino también por los cuatro célebres discursos de Cicerón, que era cónsul durante aquel período crítico. Salustio afirma que la conspiración

representaba una amenaza sin parangón para la República romana y fue una empresa de una perversidad y criminalidad inauditas. Sin duda, de haber triunfado, las consecuencias hubieran sido de un alcance trascendental; era un síntoma de la inestabilidad y la anarquía que en varias ocasiones sumió a Roma en la guerra civil durante el siglo I antes de la era cristiana.

Salustio mismo era político en aquel mundo inseguro. La guerra de Yugurta aún permanecía viva en la memoria cuando era joven, y la conspiración de Catilina era un acontecimiento contemporáneo que describió al cabo de veinte años. Salustio formaba parte de la clientela de Julio César, que fue considerado, aunque quizá injustamente, sospechoso de complicidad en la conspiración; y de *La conjuración de Catilina** se ha afirmado, aunque sin mucho crédito, que era una exposición propagandística escrita para exonerar a César. Si bien Salustio elaboró dos estudios en lugar de una crónica continua, sus obras presentan a las principales figuras de la escena política romana de la primera mitad del siglo I a. C.: los dos aventureros políticos, Mario y Sila, que dominaron sucesivamente Roma en las primeras décadas de aquel siglo, período en el que llevaron a cabo matanzas implacables e inflexibles proscripciones (en las que declararon fuera de la ley a sus oponentes políticos). De uno y otro, que adquirieron celebridad en la guerra de Yugurta, Salustio esboza sendos retratos en los que admira sus cualidades y deplora sus posteriores carreras. No hay una descripción íntima de Cicerón ni de Cneo Pompeyo el Grande, que es una figura periférica en su *Conjuración*; pero de César se cita un notable discurso y se hace un elogio.

En el centro del problema del estado romano en el siglo I a. C., tal como reconocen sus historiadores contemporáneos, se halla el crecimiento de una plutocracia, cebada por lo obtenido de las conquistas, que absorbía gran parte de la tierra de Italia y la cultivaba con mano de obra esclava. Este hecho, sumado a la duración del servicio lejos de Roma que necesitaba el imperio, habían sido la causa de una descomposición del antiguo sistema militar basado en la milicia de ciudadanos cuyos miembros, en teoría, regresaban a sus campos una vez licenciados. Cayo Mario se había dado cuenta de aquella nueva realidad y había rebajado en mucho los requisitos de propiedad para el servicio, creando, de hecho, un vasto ejército profesionalizado, que dependía de sus mandos para obte-

* *Obras de Cayo Salustio Crispo*, trad. del infante Gabriel de Borbón, Diario de Barcelona, 1865.

ner su paga y sus pensiones. Su plan era realista, pero tuvo consecuencias funestas cuando los gobernadores provinciales que dirigían grandes ejércitos se convirtieron en caudillos casi independientes, cuyas tropas les guardaban lealtad a ellos y no a la República. Mario, Sila y con posterioridad César dirigieron lo que a todos los efectos fueron levantamientos militares con vistas a la toma del poder, y Cneo Pompeyo amenazaba con hacer lo propio. Al mismo tiempo, se hizo evidente una fisura política significativa, y que ocupa un lugar en gran medida destacado en la crónica que Salustio hace de su época, entre la antigua élite senatorial, decidida a aferrarse a sus privilegios y monopolizar las altas jefaturas del estado, y los «nuevos hombres» —de los cuales Cayo Mario era el arquetipo— que habían logrado abrirse paso gracias a su habilidad y, en algunos casos, habían amasado una gran fortuna, y a los que les molestaba la arrogancia de la antigua nobleza.

Salustio, que en 52 a. C. se convirtió en tribuno de la plebe, su representante oficial y en una alta autoridad, manifestó con toda claridad sus simpatías hacia aquellos nuevos hombres y fue elocuente —tanto en discursos, sobre todo el de Mario (Sall. *Iug.* 85 10-48), como en su propia persona— en su repulsa del codicioso egoísmo de la elite tradicional. De su carrera oficial cabe decir que fue decididamente turbia, un comentario que no deja de ser paradójico dadas sus frecuentes y vehementes denuncias de la codicia y la bajeza de la vida pública: en 50 a. C. fue expulsado del Senado por supuesta inmoralidad, pero César apoyó su carrera. Después de servir a sus órdenes como oficial durante la guerra civil, este hizo que en 45 a. C. Salustio fuera nombrado gobernador de Numidia, donde fue ampliamente conocido por sus extorsiones. Después del asesinato de César, Salustio se retiró de la vida pública, convertido en un hombre muy rico. En sus prefacios ensalza la vida retirada y se regocija de haber escapado a la envidia, las murmuraciones y el servilismo de la vida pública. La verdadera vida del hombre —y aquí se hace evidente una altura de miras estoica o quizá platónica— es el cultivo de las propias facultades intelectuales y la persecución de una celebridad digna y respetable. La descripción de las grandes gestas cuando se escribe historia forma parte de la mejor de las vidas, no en menor medida que la realización misma de esos grandes actos. Ese felicitarse por su actual presencia de ánimo, y por el distanciamiento imparcial y la felicidad obtenidos por haber escapado a las sórdidas condiciones de la promoción política en un estado corrupto, puede que exprese un auténtico alivio —puesto que, además, por entonces era ya un hombre rico—; pero a veces surge la sospe-

cha de que en todas sus denuncias flota cierta amargura o al menos la ambivalencia del político que ha sido reemplazado.

Salustio comparte con otros contemporáneos un profundo pesimismo: la moralidad pública de Roma estaba en considerable decadencia. A todas luces expresa su admiración hacia ciertas actitudes tradicionalistas vinculadas con Catón el Censor y compone un discurso efectivo siguiendo en gran medida ese mismo talante para con el biznieto homónimo de Catón (Sall. *Cat.* 52.8-53.4).* Salustio se convirtió en un crítico muy influyente del lujo y la codicia como los vicios que habían minado las antiguas virtudes romanas de la austeridad y la probidad. Así, habla con desaprobación, por ejemplo, de las lenidades asiáticas y del gusto, corruptor de la tropa romana, por las estatuas, las imágenes y los vasos repujados (10.6; la referencia a estos, de hecho, transmite mucha convicción). A menudo se centra en algo que tiene que haber conocido muy bien: los caracteres y las debilidades de los hombres públicos, y sobre todo su vulnerabilidad al soborno y al cohecho. Comparte la idealización típica de la ancestral virtud pública romana, cuya decadencia constituye un contraste reciente a la vez que humillante. Las caracterizaciones que hace de las nuevas costumbres y maneras son en general mordaces y precisas, aunque sin duda exageradas. Las dos monografías que escribió se centran en dos tipos de vicio político diferentes, aunque relacionados, que representa como prácticamente omnipresentes: la venalidad en *La guerra de Yugurta*, y la ambición sin escrúpulos como forma de codicia en *La conjuración de Catilina*.

La guerra de Yugurta tiene dos aspectos: el declarado, de orden militar, y el encubierto del funcionamiento de la intriga política, que es por regla general el decisivo, y que culmina con la captura de Yugurta gracias a una traición, acción que pone fin a la guerra. Por debajo de las operaciones militares manifiestas, en las que los romanos triunfan en general, forzando a los númidas a adoptar una táctica de ataques relámpago en nna forma que es característica de las guerras coloniales, hay una segunda contienda, menos visible, sutilmente dispuesta por la venalidad tanto de los senadores romanos como de los cortesanos númidas. En la relación que hace Salustio, el curso de los acontecimientos lo dicta a menudo aquel que ha logrado sobornar al otro: es un mundo en el que la corrupción de los individuos llega incluso a controlar los asuntos públicos. Yugurta, un rey vasallo cuyos métodos para acceder al trono lo habían de-

* Del Censor hablaremos más adelante, en las pp. 120-121.

sacreditado ante los ojos de Roma, se dedica con notable éxito a sobornar al Senado y consigue tener a una serie de senadores al servicio de sus intereses. El comentario de Salustio es que el bien público, como a menudo sucede en los negocios privados, fue sacrificado en aras de los intereses particulares (*Iug.* 25.5). Entre tanto, los mandos romanos que habían sido enviados para hacer que el rey númida entrara en vereda, sobornan a los consejeros y aliados de éste para que lo traicionen. Pero tampoco los romanos son del todo inmunes a esta práctica corrupta, y del cónsul enviado para mandar el ejército, Salustio dirá, de la manera que le es característica, que su avaricia hizo inútiles sus buena cualidades. El cónsul, sobornado, se aviene a pactar una tregua (28.2).

Salustio, llegado a este punto, parece escoger como su portavoz a un tribuno electo, Cayo Memio, un oponente bien conocido de la nobleza, al que atribuye un discurso que, según su fórmula habitual, «fue más o menos así». Denunciando los abusos cometidos por la camarilla de nobles para asegurar sus propias posiciones, Memio hace de la corrupción de esos hombres el punto más importante de su crítica:

> ¿Y quiénes creéis que son estos hombres que se han hecho amos del Estado? Son hombres malévolos, con las manos rojas de sangre, hombres de una codicia insaciable, monstruos de perversidad y orgullo; hombres para los que la lealtad, el honor, la piedad, el bien y el mal, todo es venal. (31.16)

El discurso de Memio refleja la duradera amargura que dejaron los sucesos de las décadas de 130 y 120 a. C., cuando los tribunos de la plebe Tiberio y Cayo Graco, después de haber introducido medidas radicales en favor de los pobres, fueron asesinados de forma sucesiva; unos hechos a los que Memio se refiere claramente. Puede que el lector considere excesiva la pasión que dedica a la aparente cuestión de cómo había de ser tratado Yugurta; pero viene explicada por el clima de intensa hostilidad hacia los nobles. Salustio atribuye la animosidad de la plebe hacia Yugurta más al odio de clase que al patriotismo. Este odio político mutuo es, como si dijéramos, el argumento secnndario de *La guerra de Yugurta*, cuyo origen sitúa Salustio en la derrota de Cartago (146 a. C.). En ausencia de una amenaza externa, aquella saludable moderación se disipó. Los desórdenes civiles fueron el resultado último de la paz y la prosperidad:

> El conflicto, convertido en habitual, de los partidos y las facciones, y el lastimoso estado a que dio lugar, nació en Roma algunos años antes, en ple-

na paz, de la abundancia de bienes que los hombres más estiman. Porque mientras estuvo en pie Cartago, el Senado y el pueblo romanos administraban de consuno la República con gran moderación y templanza; ni entre ciudadanos se disputaba sobre quién había de descollar en gloria o en poder: el miedo al enemigo contenía la ciudad en su deber. Pero luego que sacudió de sí este cuidado, se apoderaron de ella la soberbia y la lascivia, vicios que trae regularmente consigo la prosperidad. De esta suerte, el descanso de la paz que tanto se anheló en la adversidad, una vez alcanzado, fue para ellos más duro y amargo que la guerra. (41.5)

Los nobles abusaron de su poder, y la plebe de su libertad, «a sus antojos, robando unos y otros y apropiándose de cuanto podían. De esta suerte, todo se dividió en dos bandos, y la República, atrapada en medio de ellos, fue despedazada». Pero la nobleza tenía ventaja: «el pueblo vivía oprimido por la pobreza y el peso de la guerra, mientras los generales se adueñaban de los despojos de la guerra, y a pocos daban parte». Sin embargo, cuaudo «luego entre los de la nobleza hubo quien antepuso al poder injusto la verdadera gloria», la discordia social comenzó entonces a sacudir los cimientos del estado como cuando se produce un seísmo (41.5). Salustio luego se refiere a los Graco, asesinados por los oligarcas. Por sus asesinatos políticos y sus proscripciones, la nobleza intransigente se condenó a vivir en el miedo. El lector se siente aquí abocado a pensar que el recurso a los extremos era irreversible, y eso evoca, quizá con toda razón, el recuerdo de la exposición que Tucídides hizo de la descomposición del orden civil en Corcira.

Como continuación del discurso de Memio, Yugurta, que entre tanto había sobornado a los oficiales romauos que estaban al mando en Numidia, es llamado a Roma. Allí uno de los tribunos, al que ha comprado, le protege de la furia de la plebe. Después de que el Senado le mande abandonar la ciudad, y una vez fuera ya de ella, vuelve el rostro hacia atrás muchas veces sin pronunciar palabra, hasta que, al final, prorrumpe en una exclamación apocalíptica: «¡Oh ciudad venal, qué poco durarías si encontrases comprador!» (37.5).

La campaña contra Yugurta en Numidia se hallaba, según Salustio, dominada por el mismo motivo: la codicia. El jefe de las tropas romanas, Aulo Albino, opta por poner cerco a la ciudad en la que se guardaba el tesoro de Yugurta; una medida militar, cabría pensar, no exenta de justificación. Yugurta, sin embargo, consigue corromper a los oficiales romanos hasta la escala de los centuriones, y este hecho, al fomentar la

traición en el ejército, le procura la victoria. El nuevo cónsul enviado para mandar las operaciones en Numidia, Metelo, es un hombre incorruptible, como constata con preocupado asombro Yugurta, y el lector no puede menos que compartir aquella sorpresa. Yugurta manda legados con la misión de cohecharlo, pero el sobornador es sobornado cuando Metelo les habla y sondea hasta hacer que se plieguen a los incentivos que les propone. En 107 a. C., Metelo fue sustituido por Cayo Mario, el cónsul electo. Se trata de un mando hábil, de humilde cuna y profunda ambición. Salustio, que había elogiado con anterioridad sus buenas cualidades (63.6), deplora poco después el engreimiento que arraiga en el ánimo del cónsul, lo que no impide que le haga pronunciar uno de los discursos más efectivos de *La guerra de Yugurta* (85.10-48), en el que contrapone sus propios méritos y logros con los privilegios que han heredado los hombres de las familias patricias (*gentis*), y se presenta como un sencillo hombre del pueblo que no tiene pelos en la lengua, ni elegancias superficiales:

> Porque a la verdad no puedo presentar en abono mío estatuas, ni triunfos, ni consulados de mis mayores; pero, si fuere necesario, presentaré lanzas, banderas, jaeces y otros honores militares; y además de esto, heridas recibidas pecho a pecho. Éstas son mis estatuas, ésta mi nobleza, no como ellos la tienen heredada, sino adquirida a costa de grandes fatigas y peligros.
>
> No son mis palabras aliñadas, ni hago de esto caso; harto se descubre la virtud por sí misma. Ellos sí que necesitan de artificio para encubrir sus maldades con arengas estudiadas. Ni tampoco he aprendido la lengua griega, ni querido perder en ello el tiempo; porque veía que los que la sabían, no por eso eran mejores ... Dicen de mí que soy hombre rústico y vulgar, porque no pongo una mesa con primor, ni traigo a ella histrión, ni doy más salario al cocinero que al que cuida de mis labranzas. (85.10-48)

Durante las décadas que siguieron a la conclusión de la guerra de Yugurta en 105 a. C., la situación política en Roma se había deteriorado de forma notoria cuando Mario y Sila libraban su sangrienta batalla política y militar por hacerse con la supremacía. Esta situación daba cuenta del clima de intenso nerviosismo político en el que Catilina, aristócrata arruinado y aspirante a demagogo, conspiró para derrocar a los cónsules y hacerse, él y quienes le seguían, con todo el poder. El golpe proyectado lo había ido tramando a lo largo de varios años (66-62 a. C.; Salustio, dicho sea de paso, ha sido acusado de cierta inexactitud cronológica en este punto) antes de que las cosas llegaran a un punto crítico cuando se

produjo un alzamiento en el centro de Italia liderado por uno de sus partidarios en 63 a. C.

La conjuración de Catilina fue para Salustio otro estudio centrado en la corrupción de la vida pública romana. Aquí la tónica no es la venalidad, aunque Catilina y sus amigos eran sin duda codiciosos y se vieron incitados a la revuelta por la ruina financiera que sus extravagancias les habían ocasionado (se trata aquí del aspecto práctico del «lujo»). El principal impulso —ya que, al estar fuera de todo cargo y magistratura, no tienen nada que vender— es la ambición sin escrúpulos, desmedida y desmandada. La ambición, a diferencia de la codicia y la venalidad, no se considera innoble por sí misma, sino como algo que ha sido pervertido hasta convertirse en puro egoísmo, y que, desbridado de toda moderación, representa el mayor de los peligros posibles para el estado.

La denuncia que hace Salustio, como ocurre tan a menudo en el debate y el diagnóstico sobre Roma, la pone de relieve la idealización del pasado. Si la República, en sus primeros días, según el historiador romano, había avanzado con tan notable rapidez, había sido gracias a que, liberada de la limitación que representaba un monarca envidioso, los hombres ardían por distinguirse de los demás y obtener la gloria en el servicio al Estado (*Cat.* 7.4; el argumento estaba destinado a gozar de amplia difusión en el Renacimiento). La avaricia era casi desconocida, y la virtud era tenida en muy alta estima. La frugalidad y la piedad eran la norma. Semejante virtud tuvo sus recompensas en forma de conquistas que culminaron con la destrucción de Cartago, la gran rival de Roma. Pero entonces la fortuna se volvió cruel y convirtió el éxito de Roma en una catástrofe. La ociosidad y las riquezas fueron funestas:

> Los mismos que habían sufrido de buen grado trabajos, peligros, sucesos adversos y de dudoso éxito, se dejaron vencer y oprimir por el peso de la ociosidad y las riquezas que no debieran desear. Primero, la avaricia; luego fue creciendo la ambición; y estos dos fueron como tierra en la que germinaron los demás vicios. Porque la avaricia arruinó la buena fe, la probidad y las demás virtudes; en lugar de ellas introdujo la soberbia, la crueldad, el desprecio de los dioses, el hacerlo todo venal. La ambición obligó a muchos a ser falsos; a tener una cosa reservada en el pecho y otra pronta en los labios; a ponderar las amistades y enemistades, no por el mérito, sino por el provecho; y finalmente, a aparentar que era buenos más que a serlo ... Pero después de que el mal cundiera como un contagio, la ciudad se trocó del todo; y su gobierno, hasta entonces el mejor y el más justo, se hizo cruel e intolerable. (10.6)

La dictadura de Sila dio licencia para que los romanos se entregaran al robo y al pillaje. La riqueza pasó a serlo todo:

> Desde que empezó a honrarse la riqueza, y que tras ella se iba la gloria, la autoridad y el mando, el lustre de la virtud decayó, la pobreza se tuvo por afrenta, y la inocencia de costumbres, por odio y mala voluntad. Así con las riquezas la juventud cayó presa del lujo, la avaricia y la soberbia. Robaba con una mano lo que disipaba con la otra, despreciaba su hacienda mientras codiciaba con los ojos la ajena y, abandonados el pudor y la honestidad, confundía las cosas divinas y humanas sin miramiento ni moderación algunas. (13.5)

La avaricia y la ambición se mezclaron, y la codicia de Catilina y quienes le seguían, avivada por el lujo, adoptó una forma política inmediata. La figura de aquél es presentada como un estudio de la ambición frustrada pervertida hasta llegar al crimen político.

Entre los cómplices de Catilina, según Salustio, se contaba la chusma: asesinos a sueldo, perjuros, jugadores arruinados y calaveras. El historiador llega a dar una lista de los que lo apoyaban en el Senado, cuyos nombres no escapan tampoco de verse reflejados en estas categorías. La influencia de Catilina es funesta incluso para un inocente. De él se decía que había mandado matar a su propio hijo para congraciarse con su amante y que estaba marcado por los signos de un terrible remordimiento; a la vista de lo cual uno se siente tentado, por anacrónico que pueda parecer, a hablar del retrato que presenta como propio de las plumas de Milton o de lord Byron:

> Su ánimo impuro, aborrecible a los dioses y a los hombres, ni despierto ni durmiendo hallaba reposo, de tanto que le desvelaba y traía inquieto su conciencia. Así que andaba sin color, los ojos espantosos, el paso tardo unas veces, otras acelerado; de suerte que a primera vista descubría en la cara y gesto su furor. (16.4)

El hecho de que las legiones no estuvieran en Italia, por estar sirviendo con Pompeyo en Oriente, y la presencia de muchos veteranos descontentos parece que brindaron a Catilina la oportunidad que había estado aguardando. La juventud de la aristocracia romana se sintió atraída hacia él y su conspiración. Catilina lanza un arenga en la que, haciendo hincapié en lo cerrado de la camarilla oligárquica que monopolizaba el poder (20.12), presenta a quienes le siguen como los pobres y los despo-

seídos —«ya sea nuestra cuna noble o humilde»— y les promete todo, desde las magistraturas y la potestad sacerdotal hasta la cancelación de las deudas. Salustio deja meridianamente claro el carácter ecléctico del grupo que sigue a Catilina: hombres pobres y aristócratas arruinados, veteranos contrariados de la época de Sila y las víctimas del tirano. En el centro de Italia, el lugarteniente de Catilina, Manlio, recluta a los forajidos locales, mientras que a los hijos de las familias nobles se les indica cómo habían de asesinar a sus padres (42.2). El populacho de la ciudad de Roma, así lo sugiere Salustio, se hallaba favorablemente dispuesto a cualquier cosa que prometiera desencadenar un motín (39.5).

La última parte de *La conjuración de Catilina* se ocupa de debatir el castigo de los conspiradores cuando han quedado rodeados. Adopta principalmente la forma de dos discursos, en los que, respectivamente, se insta a decretar el destierro y ordenar la muerte. El primero lo pronuncia Julio César, y el segundo, Marco Catón, el bisnieto del Censor. Esto da a Salustio la oportunidad de hacer un conjunto final de referencias a la pérdida de las virtudes ancestrales. Resulta curioso que entre los factores responsables de haber obrado la grandeza de Roma, Salustio señale en especial el mérito preeminente de unos pocos ciudadanos (54.3). Roma vivía entonces del capital que los actos de aquellos ciudadanos habían acumulado para ella, y sólo esto era lo que hasta entonces la había salvado de las consecuencias de la escasa calidad de sus generales y magistrados presentes. Dadas sus cualidades, muy diferentes aunque admirables por igual, los dos oradores, César y Catón, eran destacadas excepciones a esa realidad. Salustio era amigo y partidario del primero, y le debía mucho, de modo que el encomio no nos sorprende. En el que escribe sobre Catón, sin embargo, Salustio parece presentar sus respetos a la antigua austeridad romana, de la que la suntuosa extravagancia y manifiesta ambición de César difícilmente pueden ser ejemplo (53.5). De esta manera, puede que Salustio en realidad esté insinuando que Roma precisa nuevos hombres que, como César, posean espléndidas aptitudes, pero asimismo del contrapeso de las antiguas virtudes romanas.

Pese a la indignación con el presente y la múltiple seducción que ejercían las leyendas de la virtud republicana, que en última instancia pudieron haberlo llevado a elaborar un contraste demasiado recargado, Salustio, al centrarse en la cualidad de los hombres públicos, desplegó un pragmatismo característico, que era muy de agradecer en comparación con los tópicos —como, por ejemplo, los que encontraremos en la obra de Livio— sobre el miasma cultural que socava la moralidad, un efluvio ma-

ligno que era difundido por las curiosidades griegas y los gustos afeminados de Oriente. No siempre es preciso confiar en su juicio, qué duda cabe, aunque no es del todo inverosímil que las intrigas cortesanas del norte de África y, para el caso, las del Senado romano debieron de ser un ejemplo notable de corrupción. En *La guerra de Yugurta*, en la atribución por Salustio de casi todo acto a la codicia hay un dejo de obsesión. Pero hay muchas cosas más. Un hecho interesante es que bajo el influjo de una misma pasión, la codicia, se hallen dos conjuntos muy distintos de individuos: los cortesanos de un monarca semibárbaro del norte de África y (muchos) senadores romanos. Esto podría parecer un ejemplo de la idea de una naturaleza humana más o menos uniforme de la que hablaron Tucídides y Polibio; pero no lo es, porque en Salustio, al igual que más tarde en Tito Livio, los romanos de los primeros tiempos no eran como todos los demás. ¿De dónde proviene, entonces, esa similitud moderna? Salustio no trata de dar una solución a la paradoja, pero resulta fácil imaginarse una respuesta que, aceptando las versiones que da Salustio de los romanos, tanto de los antiguos como de los contemporáneos, invoque una suerte de relación inversa entre un sentido del deber público y el individualismo egoísta. Si se acepta eso, entonces el individualismo —la venalidad— del bárbaro y del senador, aunque coetáneo, pertenece a dos épocas históricas distintas. El primero, según supone el argumento, nunca ha tenido concepto alguno de *res publica* y lo que ella le exige (aunque cabría pensar que la lealtad personal podría cumplir esa misma función). Sin embargo, tal como Salustio afirma, el individualismo del romano corrupto pertenece a una sociedad en la que el interés por el deber público y la idea de *res publica* han quedado erosionados por la afluencia de nuevas riquezas y la codicia sin escrúpulos que esa afluencia ha fomentado.

Salustio no hace extensible su análisis a la corruptibilidad de los bárbaros: esos pueblos son así —no son de fiar—, tal como lo demuestran cuando luchan o huyen en el momento que les parece oportuno. (La digresión geográfica y etnográfica de Salustio sobre África es sucinta y huera [*Iug.* 17.4-19.1].) Los bárbaros, se podría decir, aunque Salustio no lo haga, son como la chusma que Livio describirá tiempo después al hablar de la población que formaba la primera Roma antes de que Rómulo y Numa forjaran en ella una unidad política y les dieran leyes y una idea colectiva de lo sagrado.* La corrupción, por tanto, no sólo es una tendencia perpetua de la naturaleza humana, sino un fenómeno cultural que,

* Véanse las pp. 136-137 del siguiente capítulo.

cuando Roma lo ejemplifica, se convierte en histórico. Salustio se halla sólo a un paso de algo así como una concepción de la historia cultural, una concepción que, según sostenía en *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental* (1953) el gran especialista Eric Auerbach, el moralismo de la historiografía antigua descartaba e impedía.* Sin duda un paso puede equivaler a un gran trecho, y no queda del todo claro si el ejemplo que ofrece el argumento de Salustio, o cabría incluso decir su semiargumento, habla a favor o en contra de la denegación que Auerbach hace de que los romanos tuvieran sentido alguno del cambio cultural. Salustio satisface la mitad de los requisitos, pero sólo la mitad. Sin embargo, no parece que sea el *moralismo* lo que cierra la posibilidad; de hecho, éste parece, más bien, abrirla.

Salustio es un maestro del ejercicio económico, lúcido y dramático de la narración, así como del comentario ácido, aunque exagerado. Tiene quizá parte de las debilidades propias de un político desilusionado que vive retirado de la vida pública, aunque la prolijidad no es una de ellas; la amargura, puede que sí, pese a lo que declara, al final de su carrera. Pero cuenta de manera innegable con las virtudes del linaje, sobre todo con una sólida comprensión de los motivos que mueven a los políticos y la falaz manipulación que hacen de la retórica política. Las denuncias que hace de la corrupción de la Roma de su tiempo son muy impresionantes, y debieron de influir sin duda en Tito Livio. Sus diatribas forman parte de los antecedentes de la copiosa bibliografía política que, a partir del Renacimiento y hasta el siglo XVIII, se dedicada al lujo y a la pérdida de espíritu público, y a veces aparecen explícitamente en ella.

* Traducción española en Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1983.

6
LIVIO: «AB URBE CONDITA»

Los griegos y romanos antiguos tenían la costumbre de atribuir el origen de las instituciones que les distinguían a la sabiduría de un fundador, guiado tal vez por los dioses; así ocurrió con Licurgo en Esparta, Solón en Atenas, y Rómulo y Numa, su supuesto sucesor, en Roma. En la Inglaterra de otros tiempos, a Alfredo el Grande de Wessex le fue atribuido este papel por inventar, entre otras meritorias instituciones, el jurado y la Universidad de Oxford. Pero los romanos añadieron algo más: la concepción de una constitución acumulativa, antigua y continua, pero modificada poco a poco durante un largo período de tiempo. En cierto sentido sucedería lo mismo con los ingleses en el siglo XIX, cuando al igual que sus predecores, se enorgullecían de la antigüedad y la continuidad de su constitución, uno de cuyos grandes méritos fue que evolucionó de manera gradual, de precedente en precedente.

En Roma, el reconocimiento de cierto grado deseable de pragmatismo y flexibilidad acabó acompañado un profundo conservadurismo institucional y mediando entre el apreciado legado heredado del pasado y las necesidades y exigencias del presente. Los romanos nunca desarrollaron esto como una idea directriz en el grado de conciencia y sofisticación que adquirió en Inglaterra. En época romana, de hecho, no existía una palabra para nombrala, aunque se insinúa como implícita en la conjunción de dos ideas que sin lugar a dudas sí la tenían: el respeto hacia la costumbre ancestral, la antigua tradición romana, y la moderación o conciliación, que comportaba flexibilidad, es decir, el hacer las concesiones necesarias y oportunas para preservar la unidad, la concordia entre los diferentes órdenes de la sociedad. Un ejemplo particular que a todas luces tenía importancia para Livio era la erosión, a lo largo del tiempo y

acompañada de no poco resentimiento y resistencias, de aquel gobierno cuyos cargos ejecutivos de más alto rango, los dos consulados anuales y el resto de magistraturas, sólo podían ejercerlos los miembros del orden senatorial hereditario: los patricios. Los romanos acabaron dándose cuenta de que su constitución tenía que entenderse no sólo como un acto fundacional único, como el que llevó a cabo Licurgo en Esparta, sino en términos históricos, y Livio lo ilustrará. Tal como lo había expresado Polibio, los romanos no debían su constitución a la teoría, sino a la experiencia. Si bien llegaron al resultado alcanzado gracias al poder de la razón por el gran legislador Licurgo, los romanos «no lo hicieron por medio del razonamiento abstracto, sino más bien a través de las lecciones aprendidas de un gran número de luchas y dificultades; y, por último, por el hecho de escoger siempre el mejor curso a la luz de la experiencia adquirida de los desastres» (Plb. VI 10).

Si bien resulta peligroso generalizar sobre la historiografía antigua, debido a las muchas obras que se han perdido o que sólo conocemos de oídas o a través de fragmentos, no parece, sin embargo, que los romanos desarrollaran una actitud hacia su historia —sobre todo la de sus primeros tiempos, los más oscuros— que le confiriera un significado más profundo que el atribuido por otros pueblos y ciudades a sus anales y mitos de fundación. Con el crecimiento del poder de Roma, llegaron a hacer hincapié en el contraste entre los humildes comienzos de la ciudad de los que les hablaba la tradición —las chozas de pastores que se apiñaban en las colinas romanas en el siglo VIII a. C. y la chusma de vagabundos y maleantes con que Rómulo acrecentó su fundación— y el imperio mundial que Roma había conquistado a mediados del siglo II a. C. Ni siquiera Atenas, la principal potencia imperialista de la Grecia del siglo V a. C., había alcanzado una eminencia tan vertiginosa. Sólo la había logrado el imperio de Alejandro Magno, hecho que da pie a una digresión inusitada por parte de Tito Livio, quien se pregunta si los romanos habrían podido derrotarlo (Liv. IX 17-10). El imperio de Alejandro, sin embargo, fue un logro sumamente personal, cuya creación fue tan fulminante como su disolución. Sin duda no fue el resultado de cualidades alimentadas por una larga tradición, ni de una expansión gradual ganada con esfuerzo como la que, a lo largo de varios siglos, había convertido a Roma en dueña, primero, de su entorno inmediato, luego de Italia central y del conjunto de la península Itálica y, más adelante, a través de la victoria obtenida en las largas e interminables guerras contra Cartago, del Mediterráneo occidental y, por último, de la parte occidental del antiguo imperio de Ale-

jandro: Macedonia, Grecia y Oriente Medio. Ésta es la historia que, con un paréntesis, cuentan los libros que se conservan de la historia escrita por Tito Livio, y que llegan hasta mediados del siglo II a. C. En ese momento el imperio de Roma era un tema de atemorizada contemplación, tal como lo era aún más en la segunda mitad del siglo I a. C., bajo la era de Augusto, la época en que vivió Livio.

Polibio había reconocido, más de un siglo antes, que el poder de Roma era el hecho central del mundo contemporáneo, y si bien hubo otros autores griegos escribieron sobre la historia romana, es lógico que un romano viera en ella una invitación al orgullo patrio, que, a menudo, iba acompañada de una nerviosa inquietud. Aquella hazaña de Roma fomentó una devoción retrospectiva por las antiguas virtudes romanas a las que era atribuida; pero hacia el siglo I a. C., cuando, a partir de 30 a. C. en adelante, Tito Livio empezó a escribir su historia, había llegado a vislumbrarse que en aquel éxito de Roma anidaba una espantosa paradoja: las cualidades a las que debía tamaño triunfo habían sido subvertidas por las riquezas y la vida fácil que había traído consigo.

Esta combinación de orgullo y pesimismo que es evidente en Livio se hace también patente en la obra de sus contemporáneos Virgilio y Horacio, los poetas de la época de Augusto. Los romanos era un gran pueblo, que se había hecho merecedor de aquella extraordinaria fortuna y quizá del favor de los dioses que la habían permitido; pero los de su tiempo no eran los hombres que habían sido sus antepasados (el tema en que Salustio hacía tanto hincapié). Hemos tenido oportunidad de ver, en Polibio, en qué quedaron una serie de lugares comunes sobre el efecto corruptor del lujo; pero a los ojos de un romano posterior en más de un siglo, aquello era algo más que una verdad sociológica o una advertencia: se había convertido en la fuente tanto de un profundo recelo como de una denuncia puramente retórica.

Una serie de corrientes culturales alimentaron al principio la antigua tendencia a exaltar el pasado sobre el presente y a vincular el cambio a la degeneración. Polibio, como vimos, elaboró a partir de la tipología aristotélica de las constituciones, en la que cada forma tenía su contratipo corrupto, una teoría del cambio constitucional en la que cada forma lograda era en esencia inestable, aunque la constitución romana era la mejor capacitada para prevenir aquella inevitable degeneración final. Pero había también una tendencia general a exaltar el pasado: los héroes de Homero eran más fuertes que cuatro hombres actuales. Uno de los principales impulsos que llevaba a escribir la historia era, tal como afirmaba

Heródoto,* la voluntad de preservar las grandes gestas de las generaciones anteriores, que a partir de entonces podían ser invocadas a fin de infundir ánimos y avivar el deseo de imitarlas o superarlas, al igual que al pasar por momentos difíciles se recordaba al ejército de los Diez Mil de Jenofonte las victorias de los griegos sobre los persas. Invocaciones similares de las proezas romanas son, en Livio, las materias primas de las que se nutren las arengas que el general pronuncia ante los soldados para infundirles ánimo y valor antes de entrar en la batalla. Pero el elemento de pesimismo presente en el orgullo romano había sido menos específico entre los griegos, quienes, tal como lo encontramos en Heródoto y Tucídides, adoptando el sentido de la fragilidad de la buena fortuna y la grandeza, lo expresaban en la fórmula del orgullo desmedido seguido de su perdición. Asimismo hemos visto con anterioridad el contraste de la libertad, la frugalidad y la intrépida audacia griegas, respecto al lujo, el afeminamiento y el servilismo persas. Sin embargo, a medida que el imperio romano se extendía hacia Oriente Medio, se pone a menudo a Alejandro Magno como ejemplo de la naturaleza contagiosa de la suntuosidad asiática, algo que Livio hace de manera particular. En el lujo, en la pompa se hallan las simientes de la corrupción, y en la corrupción, las semillas de la ruina. En Livio, como antes en Salustio, la cuestión de la moral alimentada por la guerra y debilitada por la paz y la ociosidad pasa a ocupar el centro de la historia romana.

La preocupación por la virtud y la piedad romanas hacia las antiguas instituciones y tradiciones de Roma, cuya pérdida Livio deplora, expresaba cierto sentido de malestar presente, pero asimismo constituía un poderoso impulso que hacía dirigir la atención a los primeros siglos de la historia romana, cuando se sentaron los fundamentos institucionales de Roma y las cualidades del carácter romano se hallaban en su pureza original. Esta atención se centraba en las tradiciones, en la leyendas que hablaban de gestas patrióticas, en los mitos de fundación y en cuanto había sobrevivido de los anales y registros; en pocas palabras, condujo a la investigación y la escritura de la historia como ciencia de anticuario. Las ciudades-estado griegas habían tenido sus mitos relativos a su fundación por alguna divinidad o por cierto héroe, así como genealogías legendarias, y no faltaban en ellas ciudadanos que hubiesen compilado sus anales. El logógrafo Helánico de Lesbos, por ejemplo, había escrito, en el siglo V a. C., una crónica general de la fundación de las mayores ciuda-

* Véase la p. 31 de este libro.

des-estado, y, según parece, proporcionó la primera historia de las épocas iniciales de Atenas. Polibio, quien tenía el expuesto por uno de los tipos de historia, distinguía asimismo este provincianismo de sus propios estudios de historia universal. Sólo en el caso de Roma, y de ello se dio cuenta Polibio, coincidían la historia de la ciudad-estado y la historia universal de larga duración. Hacia el siglo II a. C., nada de lo que pudiera saberse acerca de Roma era meramente provinciano, y los estudiosos de las antigüedades, que empezaron a indagar en los primeros tiempos de la ciudad, puede que la consideraran una tarea nada nimia.

Livio nos cuenta que la mayor parte de los primeros registros fueron destruidos a causa de un incendio que tuvo unas consecuencias catastróficas y se produjo en la época de la ocupación de la ciudad por los galos en 386 a. C. Si bien se ha discutido la importancia de este hecho, no hay duda de que los primeros registros debieron de haber sido escasos. Livio es consciente en particular de la fragilidad de la base de pruebas que utiliza en sus crónicas de los primero siglos, pero no cree necesario entrar en mayores disculpas. Tal como afirma Livio, aquellos registros tenían un encanto más propio de la poesía que del sonido de la historia (I.1), pero vuelve a contar las leyendas con entusiasmo, aunque con expresiones periódicas de escepticismo y renuencia a escoger entre versiones rivales. En el propósito de escribir la historia inicial de la ciudad tuvo una serie de precursores, en los que se basó, aunque casi todos escribieron sobre la época en que vivió Livio. Los talentos literarios de éste y el hecho de que se conserve más o menos sólo un cuarto de su vasta historia de Roma desde la fecha convencional de la fundación de la ciudad, en 753 antes de la era cristiana, hasta la época en la que vivió, incluidos los diez primeros libros, han convertido aquella obra, a los ojos de las generaciones posteriores, en *la historia* de los primeros tiempos de Roma. (La obra de Livio se ha dividido por convención en unidades de diez libros, de ahí que se conozca también como *Las décadas*.)

Además de Polibio, hubo otros historiadores griegos que escribieron sobre la historia de Roma e incluso sobre su primer período, aunque la mayoría no lo hizo de manera única y exclusiva. Uno de ellos, Timeo, cuya obra debió de haber sido asequible a los historiadores romanos, fue el blanco de las críticas de Polibio. Un contemporáneo griego de Livio, Diodoro de Sicilia, incluyó Roma en su historia universal, de la que dijo que debería abarcar las primeras tradiciones de los pueblos. Otro contemporáneo griego, Dionisio de Halicarnaso, escribió en concreto acerca de Roma. En su obra *Antigüedades romanas*, de la que se conserva

sólo la mitad de los libros, trazó el ascenso de la ciudad desde sus orígenes mitológicos, haciendo especial hincapié en el supuesto carácter griego de los romanos.

Entre los autores latinos, el primer historiador en prosa de Roma fue Fabio Pictor, a menudo citado, aunque no siempre de manera acrítica, por Livio. Escribió en griego, pese al hecho de proceder de la distinguida familia romana de los Fabios. Para Livio, Pictor era un ejemplo del efecto deformador que el orgullo de familia causa ente los historiadores. Pictor floreció hacia el final del siglo III a. C., fue senador y tal vez pontífice. En la religión romana, los pontífices no formaban una casta separada del resto de la población, sino que eran representantes de las familias de la aristocracia, con derecho a realizar sacrificios rituales. En su historia, hoy perdida, Fabio Pictor trazó el desarrollo de Roma desde sus supuestos orígenes hasta su época contemporánea, y es probable que, en lo esencial, una parte considerable de esa obra se haya preservado en la obra de Livio y de otros historiadores. En su posible condición de pontífice, así como en ese orgullo familiar al parecer molesto y desmedido, Livio tuvo dos tipos de fuentes en las que se preservaban los hechos y las tradiciones de los primeros tiempos de la historia de Roma.

Era costumbre que cada año los pontífices mandaran inscribir en un encerado blanco el registro de los acontecimientos y hechos más destacados, que, luego, quedaba expuesto públicamente. Cuando se borraba el encerado para dar cabida a los acontecimientos de otro año, se procedía antes a transcribir su contenido. Al final del siglo II a. C. los anales pontificios se hicieron públicos en forma de una crónica que al parecer se remontaba hasta el año 400 a. C., y a la que se añadieron los libros que supuestamente relataban la fundación de la ciudad y sus primeros tiempos históricos, aunque nada sabemos de su contenido a ciencia cierta. A partir del siglo I a. C. se publicaron también las actas del Senado, al igual que los documentos escritos con los discursos distinguidos.

Otra fuente de documentación era el orgullo familiar de las *gentes* romanas más prominentes. Roma era una sociedad muy dada a la conmemoración. Más arriba (p. 106) hemos visto, por ejemplo, la aprobación que concedía Polibio a las oraciones funerarias en honor de los hombres notables, como cuna de la virtud cívica. La religión de los romanos era tanto doméstica como cívica, y estaba íntimamente vinculada al culto a los antepasados. Se conservaban bustos de los ancestros, y sus rasgos debían de resultar familiares a sus descendientes. Algunas familias, como la Fabia y la Claudia, ocupaban desde hacía tiempo un lugar destacado en

la República. De otras fuentes posibles de este tipo, los llamados «cantos de banquete», se pensó que conmemoraban la vida y la gesta de hombres notables, y que debieron de ser utilizados con toda probabilidad por el primer historiador romano en lengua latina, Marco Catón —Catón el Censor—, de quien Livio esboza un retrato lleno de vitalidad, tal como haría algún tiempo después Plutarco. Catón, aunque plebeyo de nacimiento, fue cónsul en 195 a. C. Su frugalidad y su austeridad, su profundo conservadurismo y su hostilidad hacia las maneras extranjeras hicieron de él una figura arquetípica en la memoria pública de Roma. En su obra *Orígenes*, que ha llegado hasta nuestros días de una forma muy fragmentaria, abordaba la historia de Roma desde las leyendas de su fundación hasta la segunda guerra púnica.

Otros dos de los autores de historias que tratan de los primeros tiempos de Roma escribieron en verso: Ennio, que en el siglo II a. C. escribió dieciocho libros de anales desde la fundación de la ciudad, y Varrón, que escribió en el siglo I a. C., cuya historia se ha perdido por completo. Ambos son citados a veces como autoridades. Livio, para ser un historiador antiguo, es bastante profuso al nombrar sus fuentes, porque ante todo quiere exponer las dificultades que le plantea el hecho de tener que decidir entre ellas, algo que, además, elude a menudo. Aparte de Fabio y Catón, Livio cita a un autor del siglo II a. C. perteneciente a otra distinguida familia romana, Cayo Calpurnio Pisón, y a Cornelio Nepote y Cayo Licinio Mácer, más cercanos ya a la época en la que vivió él. Este último es mencionado en especial debido a que descubrió una lista con los nombres de los antiguos magistrados inscritos en rollos de lino que se guardaban en el templo de Júpiter Maneta y que se remontaban al año 445 a. C. aproximadamente.

Livio fue en lo esencial un artista versado en literatura que se dedicó a la historia, y no un erudito especialista en antigüedades. Las exposiciones de los tres primeros siglos después de la fundación de Roma, incluida la expulsión de los reyes y la fundación de la República —fechada de manera convencional en el año 509 a. C.—, con las que Livio abre el segundo de sus libros, son en lo esencial leyendas, aunque puede que tengan un sustrato real que ha sido preservado en la tradición. En lo que a la historia se refiere, podemos empezar a tener más confianza en la obra de Livio a partir más o menos de mediados del siglo V a. C., gracias a las obras de sus predecesores.

La historia de Livio, *Ab urbe condita* (*Desde la fundación de la ciudad*), ocupaba un total de 142 libros, de los que sólo se conservan 35.

Como es compresible, los primeros cubren períodos mucho más largos que los siguientes. Así, los diez primeros cubren casi cuatrocientos años, hasta el comienzo del siglo III a. C., y tratan, una vez expuesto el período fundacional y mítico, del establecimiento del poder de Roma en el centro de Italia. Los libros siguientes de los que disponemos (XXI-XXX) abordan la segunda de las guerras púnicas, y cubren sólo treinta y tres años, y en el resto de los que se conservan se narra el establecimiento del imperio de Roma en el Mediterráneo oriental (XXXI-XLV), de modo que la narración de los hechos y acontecimientos de tan sólo treinta y tres años ocupa un total de quince libros. La obra tal como hoy la podemos consultar termina en 167 a. C., es decir, más de un siglo antes de la época de Livio, y consta de dos millares de páginas. La envergadura del conjunto, incluida la parte que se ha perdido, es extraordinaria.

Los libros que más impresionaron a las generaciones posteriores fueron los primeros. En cuanto a los que giran en torno a la guerra de Aníbal, Livio parece haber seguido de forma bastante extensa a Polibio, sin mencionarlo mucho, aunque la versión de Livio llegó a ser la más conocida. Fue sin ninguna duda un historiador pintoresco del tipo que Polibio solía denigrar, aunque quizá fue también el de mayor talento y el más consumado de todos ellos. De hecho, es un prosista de talla considerable. A diferencia de Polibio, una característica de las narraciones que Livio compone de las guerras púnicas es que transmiten cierto «interés humano», como ocurre, por ejemplo, cuando el joven Aníbal jura ante su padre que será el enemigo implacable de Roma (Liv. XXI 1), o también cuando se refiere la muerte de Arquímedes durante el asalto de la ciudad de Siracusa a manos de un soldado romano mientras el sabio, absorto, contemplaba un problema geométrico dibujado en el suelo (XXXV 31). Livio gozó asimismo de la ventaja póstuma de escribir en latín, dado que, en Occidente, fueron más los niños que estudiaron latín que griego a partir del Renacimiento, y, muchos de ellos, como le sucedió al autor de estas líneas, debieron tener a Livio entre sus primeros deberes.

A diferencia de casi todos los historiadores antiguos, Tito Livio no tuvo una carrera política. Había nacido en Padua hacia el año 60 a. C., y pasó la mayor parte de su vida, que dedicó a escribir su historia, en Roma. Según cuenta Suetonio —el historiador de los doce primeros emperadores—, ayudó al joven Claudio, el futuro emperador, en sus primeras obras literarias. Era conocido de Augusto, aunque en absoluto uno de sus amigos íntimos, y hoy ocupa un lugar entre Virgilio y Horacio, los otros grandes celebradores y críticos de la Roma imperial de la era de Augusto.

La historia de Livio parece haber cosechado un éxito casi inmediato. Junto a las biografías de Plutarco, los primeros diez libros de Livio, en concreto, proporcionaron a Europa un repertorio de leyenda y folclore sólo ligeramente menos conocido y fundamental que el de la Biblia y la mitología griega. Livio deja constancia de las leyendas como algo que merece ser preservado y conocido. Al igual que hizo Polibio antes de él, y como también hará Virgilio, considera la grandeza de Roma como si en cierto sentido le hubiera estado predestinada. Estaba «escrito en el libro del destino que esta gran ciudad nuestra debía alzarse y que debían darse los primeros pasos hacia la fundación del imperio más poderoso que el mundo ha conocido, después del de Dios» (I 3). Sabedor de la endeblez de lo que representan como historia, Livio no refrenda ni rechaza las leyendas antiguas. No hay razón para «poner objeciones cuando la antigüedad no trazó una línea tajante entre lo humano y lo sobrenatural: da mayor dignidad al pasado, y si alguna nación merece el privilegio de reclamar una ascendencia divina, esa nación es la nuestra» (I 1). Sería injusto describir la actitud de Livio tachándola de crédula, pero sin lugar a dudas es piadosa.

De este modo, los primeros libros de *Ab urbe condita* nos presentan estas historias, algunas de las que aún hoy nos resultan conocidas: la loba que amamanta a los dos gemelos abandonados, Rómulo y Remo; los vuelos de las aves como un augurio de la realeza de los hermanos —aves que siempre fueron importantes en la adivinación romana—; el asesinato de Remo por su hermano Rómulo a consecuencia de una disputa... Livio, tal como parece haber sido costumbre, combina la historia de Eneas, el refugiado de la guerra de Troya, con la de Rómulo. Eneas se asentó en el Lacio y unió a las tribus latinas indígenas con sus troyanos. Y uno de sus descendientes fue Rómulo. La tradición hacía remontar la fundación de la ciudad al año 753 a. C. Uno de los temas que mayor continuidad tienen en la historia de Livio es una inclusión que se va haciendo cada vez más exhaustiva y amplia. Rómulo hace de Roma un asilo de fugitivos; las sabinas son víctimas de rapto, y de ahí que, en lo sucesivo, aunque haya animadversión y un deseo de venganza, los romanos y los sabinos serán parientes. Los pueblos vecinos son arrastrados de manera ininterrumpida a la órbita de Roma, y la inclusión final es la extensión del derecho de ciudadanía a las provincias (véase VIII 14). En la extensión del imperio se repite el mismo patrón de asimilación a través de la conquista y la adopción.

Uno de los relatos más célebres es el rapto de Lucrecia por el hijo del rey Tarquino el Soberbio, que llevará a la expulsión de su dinastía y

al final (*c.* 509 a. C.) de la monarquía (I 59). Este tema fue memorablemente utilizado tanto en la pintura, sobre todo por Lucas Cranach el Viejo (*El suicidio de Lucrecia*) y por Tiziano (que retrata a un violador de implacable vigor), como por Shakespeare en un sensual poema narrativo.* La expulsión de los Tarquinos provocó la guerra con los etruscos, y de hecho gran parte de la época inicial de la historia de Livio, después de que se unieran las gentes que vivían en las siete colinas de Roma, se ocupa de las guerras con las ciudades y pueblos vecinos, dentro de un radio que se expande de manera constante e ininterrumpida. *Veii* (Veyes), a unos quince kilómetros de Roma tierra adentro; *Fidenae* (Fidena), aún más cerca; los albanos, los volscos, los latinos, los etruscos, los aqueos, los sabinos..., y en libros posteriores se tratará de los samnitas y los campanos, situados más al sur. Los galos, asentados en el norte de Italia, son el único pueblo que llegó a entrar en la ciudad de Roma. Estos conflictos, que pueden resultar tediosamente repetitivos, se diversifican gracias a lo que de veras importaba a las generaciones siguientes: los relatos legendarios del heroísmo patriótico y la capacidad de sacrificio de los romanos.

Varios de estos relatos se refieren a la defensa de la nueva república contra el intento del rey etrusco Larso Porsena de restaurar la dinastía de los Tarquinos. En estos relatos, sin embargo, Porsena se halla predispuesto a honrar magnánimamente el valor de los romanos, aun en el caso del joven patricio Cayo Mucio, que intenta asesinarlo. Cuando su intento es frustrado, Mucio reconoce con atrevida audacia su intención y, como es lógico, es condenado a morir en la hoguera. Entonces, mientras declamaba: «Ved en qué poca estima tienen los hombres sus cuerpos cuando sólo el honor los inquieta», acercó su mano diestra al fuego y la mantuvo firme mientras las llamas la consumían, demostrando así su fortaleza. Porsena le indulta, y a partir de entonces Mucio es conocido como *Escévola*, o «el zurdo». El rey perdona asimismo a una muchacha, Clelia, que consigue convertirse en heroína al escapar tras ser capturada como rehén. Los romanos, actuando con honor, la devuelven al etrusco, y él, conmovido por el valor de la muchacha, en un gesto aún más honorable, la devolvió a Roma, ciudad en la que a partir de entonces fue honrada mediante una estatua ecuestre pública (II 13).

* El autor se refiere a *La violación de Lucrecia*, poema en estrofas de siete versos sobre la casta esposa violada por Sexto Tarquino dedicado por Shakespeare en 1594 a Henry Wriothesley, conde de Southampton.

Otros relatos son más siniestros, y en un uno de ellos se perciben incluso ecos de sacrificios humanos. Como se había abierto una gran sima en el Foro y se consideró que era de mal augurio, los adivinos reclamaron un inmolación para que la república romana pudiera perdurar siempre. Un joven soldado, Marco Curcio, vestido con toda la impedimenta militar y montado en su caballo, se precipitó en el abismo sin temor (VII 6). Este relato fue ilustrado en todo su dramatismo en uno de sus cuadros por Benjamin Haydon, el pintor romántico inglés amigo de Keats y Fuseli (aunque en él, el caballo, como es comprensible, parece más bien renuente). Algo más compleja, desde el punto de vista emocional, es la historia de Coriolano, el orgulloso oligarca que, tras ser desterrado de Roma, fue nombrado general de un ejército volsco, una historia que también narrará Plutarco, de quien beberá más tarde Shakespeare. Conmovido por los ruegos y las súplicas de su madre, esposa e hijos, Coriolano ordena al ejército volver atrás y salva a Roma (II 40). Se trata en realidad de un relato en el que se exalta el triunfo del afecto sobre el deber (al menos del deber hacia los volscos), cuyo contenido parece haber sido aprobado sólo porque el desenlace benefició a Roma. Mucho más corriente es, en cambio, la situación inversa: el celo patriótico de los romanos da lugar a lo que casi merece denominarse un subgénero heroico en el que se exaltan las victorias del deber público sobre los sentimientos y afectos privados, o, por decirlo de otro modo, el triunfo del estado sobre la familia. Se trata de la «firmeza» o la «severidad» romanas. Aquí la figura arquetípica es Lucio Junio Bruto, el caudillo que se levantó contra los Tarquinos y, por ello, fue el padre de la república. Siendo cónsul, Bruto tuvo que presidir la ejecución de sus dos hijos, acusados de participar en una conspiración para restaurar la monarquía (II 5). Una escena similar es representada en el libro VII (cap. 10), en el que Tito Manlio, hijo del cónsul homónimo, vence a los latinos en una batalla ritualizada resuelta en un combate singular, y contraviene con ello las órdenes del cónsul. Aquella proeza lo convierte en un héroe popular, aunque, no obstante, a instancias de su padre se ordena que sea ejecutado por su desobediencia. La historia de Publio Horacio, uno de los tres Horacios, los hermanos que se enfrentaron a los campeones albanos, los Curiacios, en lo que de nuevo se representa como un combate muy ritualizado aunque mortal, es el menos cordial de todo este género de actos (y su resultado). Horacio, el único superviviente, se encuentra con su hermana, que había sido prometida en matrimonio a uno de los Curiacios, y al verla llorar por su prometido muerto, en un acto de furia la mata. En el posterior juicio, la palabra de su

padre, que también lo era de la muchacha, lo exonera: una hija de Roma que llora la muerte de un enemigo merecía morir. Horacio es entonces puesto en libertad (I 26).

Una virtud republicana diferente y más amable, que también se convierte en ejemplar, es la plasmada en la historia de Cincinato, un antiguo cónsul (460 a. C.) que cayó en la pobreza y se vio rebajado a tener que trabajar con sus manos la hectárea escasa de tierra que tenía por hacienda. Cuando la crisis irrumpe, se decide que Cincinato es el hombre indicado para aquel momento y tiene que ser nombrado dictador, un cargo temporal que confería el poder supremo durante situaciones de excepción. Cuando una delegación del Senado lo manda llamar, «le dijo a su esposa, Rocilia, que fuera corriendo a la casita del huerto y le trajera la toga. Cuando le trajo la toga, se secó el sudor mugriento de la frente y las manos, y la vistió». Cincinato renunció al cargo quince días más tarde, superadas las circunstancias adversas que lo habían llevado a él. A fines del siglo XVIII, en América del Norte, esta historia tuvo gran difusión en otra república recién instituida, donde se interpretó como un precedente de la reversión del presidente a la condición de ciudadano particular una vez concluida la duración establecida para su mandato. Existían amplios temores de que Washington convirtiera su presidencia en vitalicia o que acabara nombrándose rey. Aquel nuevo Cincinato, en cambio, volvió a arar sus tierras, o mejor sería decir que regresó al estado de Virginia. Conviene señalar que los pseudónimos romanos como, por ejemplo, Catón o Junio, gozaron de gran popularidad entre los autores de panfletos republicanos o, cuando menos, de oposición tanto en la Inglaterra del siglo XVIII como en Estados Unidos. Recordemos en este sentido que el pseudónimo colectivo que adoptaron los partidarios del estado federal para la república creada en América del Norte fue el de *Publio*, aunque su estilo resulta fríamente sociológico comparado con la utilización que de la virtud republicana harán algún tiempo después los revolucionarios franceses en su voluntad de emular a Roma. Entre ellos el más radical partidario del igualitarismo, Babeouf, adoptó como nombre *Graco*, en honor de los hermanos Tiberio y Cayo Graco, los heroicos tribunos de la plebe del siglo II a. C.

De hecho, no es de extrañar que en Francia, a fines del siglo XVIII, se hallara inspiración en las leyendas sobre la virtud pública y el patriotismo de los romanos. Del lienzo *El juramento de los Horacios*, que Jacques-Louis David pintó en 1785 y en el que representó a los tres hermanos con las espadas en alto, dispuestos a entregarse al sacrificio patriótico mientras las mujeres lloran, se supuso que enardecía el espíritu patriótico, y

el juramento colectivo iba a tener un papel importante en la puesta en escena pública de la Revolución, de la que David sería exaltador y, en cierto sentido, director escénico. El culto a la virtud pública, evidente ya en la década de 1780, fue en parte una reacción contra las representaciones eróticas de la mitología griega que hizo el arte rococó, de modo que en cierto sentido, aquéllas y las escenas de la historia de Roma rivalizaron. Otras obras de David, como, por ejemplo, *Los lictores llevando a Bruto los cuerpos de sus hijos* (1789) y *El rapto de las sabinas* (1799) —Livio cuenta la historia de su mediación entre sus nuevos esposos y sus enfurecidas familias en el capítulo 13 del libro I—, podrían haber aparecido antes, pero otros lienzos sobre la historia de Roma tuvieron una referencia temática inmediata en los hechos que acaecieron en aquellos años. Otro de sus lienzos, *La generosidad de las mujeres romanas*, pintado en 1791, en el que las protagonistas hacen un sacrificio patriótico entregando sus adornos para cubrir las necesidades del estado, inspiró en realidad a un grupo de mujeres parisinas a hacer lo mismo cuando sobre la República francesa se cernía la amenaza de un ejército invasor que, de forma similar a los etruscos que intervinieron en nombre de los Tarquinos, quería restaurar a los Borbones. Pero David no fue el único pintor que se sintió inspirado por las escenas romanas. Igual de interesante por su actualidad fue, por ejemplo, el esbozo que Jean-Beaptiste Wicar hizo en 1789 para un lienzo posterior, *Bruto jurando expulsar a los Tarquinos*.

Quizá más que cualquier otro historiador antiguo —a menos que se consideren como historias las *Vidas* de Plutarco—, Livio legó a la Europa del Renacimiento en adelante una concepción de la historia como enseñanza moral a través de ejemplos. En el corazón de la obra de Livio se halla el carácter romano y no, como sucedía en Polibio, la previsión y las virtudes únicas de la constitución romana (las cuales, en la época en que Livio escribía, era evidente y palmario que no funcionaban como era debido). Las amenazas para la austeridad romana se cifraban en la importación de cultos extranjeros, que abocaban al descuido de los dioses nativos; el lujo y la suntuosidad; el gusto por la novedad y la manía de buscar entretenimientos y espectáculos extravagantes, amenazas todas ellas que incitan a Livio a denunciarlas con elocuencia. La exaltación que hace de las antiguas maneras romanas no era en absoluto singular. Augusto, por ejemplo, se preocupó por la probidad de la vida familiar en Roma y la fertilidad de las matronas romanas. Uno de los rasgos característicos de la vida en Roma eran los censores, cargos públicos establecidos desde antiguo que se encargaban de velar por que las maneras y la moralidad roma-

na se mantuvieran dentro de un orden. La valoración del carácter también dio un nuevo enfoque a la oratoria del Senado, de los tribunales y a la forma de señalar las ocasiones públicas: el elogio (*laudatio*), vinculado a menudo a los funerales, y, en la acusación, la invectiva, formidable ejercicio de difamación que tuvo a Cicerón entre sus mayores virtuosos.

Livio parece haber entendido que entre las instituciones —incluidos los ritos religiosos— y el carácter nacionales existía una relación de mutuo apoyo y sostén. Cuando abandonaron las antiguas instituciones que les había legado Licurgo, los espartanos, en opinión de Livio (XXXVIII 34, XXXIX 33-39), se perjudicaron mucho. Los romanos, mientras fueran fieles a las suyas, serían fieles a sí mismos. Después de detallar los pormenores de una antigua costumbre, añade: «Nuestra preferencia por todo aquello que es nuevo y viene de fuera en lugar de lo que es de aquí y tradicional ha borrado la memoria de toda práctica, religiosa o secular» (VIII 11). Livio es un tipo de comentarista nada inusual que, en el apogeo del imperio, mantiene al mismo tiempo que el dominio se ha obtenido gracias a la fuerza del carácter y que el país se está viniendo abajo: «Aun la autoridad de los padres —dirá— sobre los hijos es tenida en poca estima y consideración» (XVI 22). Los síntomas de decadencia abundan en aquel momento, empezando por la importación de artículos suntuarios de Asia. Livio menciona colchas y cubrecamas, tapices, aparadores y mujeres que tañen el laúd en los banquetes, mientras «el cocinero, que había sido para los antiguos romanos el menos valioso de los esclavos, al que habían puesto un precio y dado un trato en consonancia, empezaba a ser tenido en alta estima, y lo que había sido un mero servicio llegó a ser tenido por un arte» (XXXIX 6).

En los primeros libros de su historia, aparte de su prefacio de sorprendente pesimismo, sobre el que más adelante volveremos, Livio se siente, como es lógico, preocupado por los orígenes y no por la decadencia. Detalla el establecimiento de cada una de las costumbres y las instituciones de la familia romana; muchas, aunque no todas, son atribuidas a Rómulo o a su sucesor, Numa, el legislador que supuestamente fue guiado por los dioses, el equivalente romano del ateniense Solón. Entre las creaciones del período fundacional se cuentan los ritos religiosos y los fastos (que Ovidio describe en su *Fasti*); la dedicación de los templos, entre ellos el de Vesta y la institución de las vírgenes vestales; el cuerpo de los pontífices y los augures (encargados de interpretar los presagios); el Senado, el censo y la organización del ejército, y las principales obras públicas: el drenaje del foro, la construcción del circo y la instalación de la Cloaca

Máxima, el gran colector de las aguas negras de la ciudad. Con la República se sumaron a éstas los dos consulados de carácter anual (y a partir de entonces disponibles como método de datación), los tribunos y otros cargos públicos.

Si de la veracidad de los detalles no nos queda más remedio que fiarnos, como hizo Livio, lo cierto es que existe una base objetiva. El historiador no resta importancia a la pobreza de los primeros habitantes de Roma ni disimula su carácter primitivo; de hecho, hace mención explícita del robo de ganado como razón de guerra. Cuanto más humildes y bajos son los orígenes de Roma, más asombroso resulta su ascenso. Eneas, en el poema de Virgilio, tiene una visión de la futura grandeza, que contrasta con la rusticidad y el carácter salvaje que tenía delante. Livio reconoce los préstamos culturales que los romanos han tomado de la civilización etrusca, más sofisticada que la suya, y entre los que figuran motivos considerados propiamente romanos, como la silla curul, el sitial en el que sólo el magistrado tenía derecho a sentarse, la toga ribeteada de púrpura, y los doce lictores, que con posterioridad se convertirán en la guardia de los cónsules. No faltan tampoco las pruebas arqueológicas que indican la existencia de este tipo de préstamos. Si bien los detalles de las primeras guerras parecen ficticios —los combates singulares, por ejemplo, y el ultrapatriotismo de los sentimientos manifestados—, Roma asentó su preeminencia entre los pueblos vecinos, y las comunidades de pastores de las colinas romanas se unieron formando una unidad política, con un sistema de gobierno, en el que el foro era el centro de la vida cívica en lugar de un pantanal.

Roma estuvo posteriormente en condiciones de afirmar un dominio más amplio sobre los pueblos del centro de la península Itálica, y este hecho sin duda suponía cierta combinación de cohesión y resistencia, de previsión, organización y destreza militares, a las que debió de haber contribuido la autoestima plasmada en las primeras leyendas. Los romanos podían considerarse —siempre que siguieran siendo verdaderamente romanos— severos, inquebrantables, poseedores de espíritu cívico y fieles a sus leyes y tradiciones, porque las leyendas les contaban que eran así. El contraste lo señala Livio con rápidas caracterizaciones de los rasgos nacionales de otros pueblos: los cartagineses son traicioneros (XXI 4, XXII 7); los íberos de Hispania son poco fiables, como todos los extranjeros (XXXI 44); los númidas, unos obsesos sexuales (XXIX 23); los atenienses, fácilmente sugestionables (XXXI 44); los tesalios, impacientes y dados a los desórdenes (XXXIV 51); los sirios son

serviles (XXXVI 13); los galos son al principio temibles, pero se desaniman con facilidad (XXII 2, XXVII 48)... Todo es muy poco romano, aunque Livio siempre recela de las turbas y aprueba las instituciones religiosas fundadas por Numa, porque dan a la población algo en que pensar en un intervalo de paz, «cuando había un peligro evidente de relajamiento general del carácter moral de la nación». De Numa se dice que fue el que inculcó a los romanos el temor de los dioses, y el que instituyó los ritos, como la disciplina social, que sirven para aplacarlos (I 19-20). El firme patriotismo romano fue un resultado del tiempo y las instituciones, e incluso el período de la monarquía fue valioso porque protegió a la plebe —aquel «populacho de vagabundos, en su mayoría pillos y refugiados»— del abuso de una libertad prematura y por haber garantizado que iba a ser difícil de ganar. El patriotismo, al igual que la constitución, es un producto de lento crecimiento (II 1).

Las dos principales amenazas a su continuidad tenían origen extranjero: los objetos suntuarios y los cultos. El lujo actuaba como una suerte de enfermedad sociológica que afectaba a otros pueblos —a los cartagineses y a los galos, así como a los romanos—, y tenía, por tradición, sus propios focos desde los que se había propagado como la propia peste: el puerto de Capua, en el sur de Italia, y Beocia, en Grecia, además de Asia en su conjunto. La estancia del ejército cartaginés en Capua fue descrita como el «Cannas de Aníbal» (a saber, el equivalente de la derrota que el cartaginés había infligido a los romanos); después de aquellos meses suntuosos, su hueste nunca volvió a ser la misma (VII 32, 38). Beocia resultó, de manera similar, funesta para el ejército del rey Antíoco de Siria (XXVI 2). Al igual que la plaga de un bacilo, la infección fue llevada a Roma por los ejércitos vencedores de la ciudad, sobre todo después de la conquista de Macedonia, cuando se enriqueció con los restos del imperio de Alejandro, y por tanto fue traída en última instancia desde Asia.

Los cultos extranjeros, la segunda de tan insidiosas amenazas, eran prohibidos de forma periódica por las autoridades de Roma, algo que merecía la aprobación de Livio. Si bien los ritos foráneos, no autorizados, eran, según parece, perniciosos en sí mismos (VI 30, XXIX 16), se dio un episodio particularmente escabroso con el descubrimiento y castigo de un culto de bacanales encubiertas en 186 a. C. El culto, iniciado por un adivino y hierofante griego que presidía las ceremonias secretas, orgiásticas y nocturnas, que comportaban la mezcla promiscua de los sexos e incluso el asesinato, ya se había extendido muy ampliamente. Cuando fue descubierto provocó el pánico. Se cuenta que se hallaban implicados en

él más de siete mil hombres y mujeres. Algunos fueron castigados; otros huyeron o se suicidaron. Visto a posteriori, aquel fue un interesante anticipo de las futuras actitudes de persecución del cristianismo (XXIX 8-18); pero el culto a las bacanales, aunque quizá imposible de erradicar en algunas de sus formas, tuvo menos capacidad de aguante y resistencia.

Al considerar la mención que Livio hace de acontecimientos de este tipo, es preciso recordar que la forma fundamental de su historia era analística, aunque el dominio que demuestra tener de la narración continua, fluida y rítmica nos lo puede hacer olvidar con facilidad. De algunos acontecimientos dejó constancia sólo porque habían ocurrido, al igual que cada año era marcado por los consulados, así como por cualesquiera augurios y prodigios dignos de ser mencionados. Puede que debamos agradecer a Livio esa inclusión analística residual, porque nos brinda episodios que aportan anécdotas y detalles, algunos incluso graciosos y divertidos, acerca de la «historia social», unos detalles que Polibio hubiera considerado impropios de la dignidad de la historia consignar. Otros historiadores antiguos dejaron constancia de acontecimientos naturales excepcionales, como terremotos, en parte como marcadores cronológicos, y señalaron acontecimientos sobrenaturales cuando su interpretación como presagios y señales de aviso influían de un modo u otro en la vida política. Livio también lo hace, pero parece dejar constancia de fenómenos ominosos con especial fruición y a veces por el gusto de hacerlo: estatuas que lloran o sudan, caídas o desfiguradas; aguaceros de sangre, piedras o, en una interesante ocasión, de carne (III 10); el comportamiento adverso de las aves y otras criaturas; aves monstruosas; una vaca que hablaba, y una estatua de Juno que asentía con la cabeza. Si bien Livio no aprueba las explicaciones de estos acontecimientos, admite, no obstante, la debilidad que siente por ellos y lamenta que sean olvidados por los historiadores contemporáneos: «Mi propia actitud, cuando escribo sobre acontecimientos de épocas pretéritas, es en cierto modo antigua» (XLII 13). Podemos interpretar esta afirmación como aprobación de la empatía histórica.

Entre los destellos de historia social, resulta imposible omitir la gran huelga de los músicos que tocaban la tibia* en el año 311 a. C. Enojados por el hecho de que los censores hubieran decretado la prohibición de la fiesta que tenían costumbre de celebrar en el templo de Júpiter, dejaron

* Instrumento de viento formado por un tubo con lengüeta, antepasado de la flauta y similar al *aulós* griego. De gran importancia cultual, los músicos la tocaban como acompañamiento de los sacrificios, en los teatros, las bodas, banquetes y funerales.

de soplar sus instrumentos, de modo que obligaron a ejecutar los sacrificios sin acompañamiento musical. Y los músicos ganaron: se les restituyó el derecho de celebrar su fiesta, y se les permitió «deambular, tres días al año, por la ciudad disfrazados, tocando música y disfrutando de la licencia que hoy es tradicional» (IX 30). El caso de la graciosa virgen vestal de 420 a. C. es, en potencia, más grave. Si bien fue exonerada de una acusación de haber roto el voto de castidad, se le ordenó que se pusiera un vestido menos elegante y no hiciera más bromas. Otra vestal que se arregló excesivamente en el vestir fue declarada culpable, en 337 a. C., de incumplir su promesa de continencia y fue condenada a ser enterrada viva.

En 195 a. C., la cuestión del vestido que debían llevar las mujeres las hizo salir a la calle en una manifestación sin precedentes. Cuando se propuso revocar la Lex Oppia, disposición restrictiva en materia de prendas suntuarias que se impuso al sexo femenino durante las guerras púnicas, los tribunos impidieron la abrogación. Las mujeres entonces salieron en tropel a las calles, no sólo de Roma sino también de las áreas periféricas. Aquel hecho motivó que Marco Catón el Viejo, el más destacado representante de la austeridad y la disciplina, pronunciara un impresionante discurso, aunque el que Livio pone en sus labios difiere del real, que también se ha conservado. Constituye un buen ejemplo de estilo oratorio: los discursos de Livio, a diferencia de los de Tucídides, que son más como informes de la situación, no sólo expresaban una retórica estudiada, sino que se suponía que reflejaban las características y la educación del orador. La vehemente intervención de Catón, en la que la misoginia le lleva a argumentar que aquello era sólo el principio de algo peor («y luego, ¿que pedirán?», parece preguntarse), constituye una muestra característica de exaltación de los tiempos antiguos, más severos que los suyos:

> Ciudadanos de Roma, si cada uno de nosotros hubiera empezado por conservar los derechos y la dignidad de un esposo sobre su propia esposa, hubiéramos tenido menos problemas con las mujeres como sexo. Tal como están las cosas, nuestra libertad, derrocada en casa por la indisciplina femenina, es ahora aplastada, pisoteada y arrastrada por los suelos también aquí, en el foro. Y como no las hemos mantenido bajo control individualmente, ahora nos atemorizan colectivamente ...
>
> Nuestros antepasados se negaron a permitir que ninguna mujer llevara ni siquiera negocios privados sin un cuestor que la representara; las mujeres tenían que permanecer bajo la potestad de los padres, hermanos o esposos. Pero nosotros (el cielo nos guarde) ahora les permitimos incluso tomar parte en la política y en realidad presentarse en el foro y ¡estar presentes en

nuestras reuniones y asambleas! ¿Qué hacen ahora en las calles y en las esquinas de las calles? ... Dad rienda suelta a su naturaleza indisciplinada, a este animal indómito, ¡y luego esperad que ponga límite a su propio libertinaje! A menos que les impongáis ese límite, ésta es la última de las limitaciones impuestas a las mujeres por la costumbre o por la ley que las molesta. Lo que anhelan es la libertad completa, o mejor dicho (si queremos llamar las cosas por su nombre), el completo libertinaje.

Esto lleva a que Catón denuncie de una manera aún más meticulosa la degeneración contemporánea resultante del lujo y las influencias extranjeras. Las paradojas de la conquista son expuestas con todo detalle:

A medida que la fortuna de nuestra república se hace mejor y más feliz día tras día, y nuestro imperio se acrecienta (y ya hemos pasado a Grecia y Asia, regiones llenas de toda suerte de encantos sensuales, y estamos poniendo nuestras manos en los tesoros de los reyes), más alarmado me siento de que estas cosas nos hagan cautivos en lugar de capturarlas nosotros. Estas estatuas traídas de Siracusa, creedme, eran estandartes hostiles levantados contra esta ciudad nuestra. Y ahora oigo ya demasiadas voces que elogian los ornamentos de Corinto y de Atenas, y se mofan de las antefijas de terracota [figuras que remataban los ángulos de los hastiales de los templos] de los dioses romanos. Por mi parte, prefiero que estos dioses nos sean propicios, como confío en que lo sean si les dejamos que permanezcan en sus propias moradas. (XXXIV 1-4)

El discurso de Catón el Viejo fue seguido por otro, de refutación, y la ley fue revocada. Las mujeres habían ganado.

Un episodio de 295 a. C. arroja una luz poco corriente sobre las desavenencias existentes desde antiguo entre patricios y plebeyos. Después de haberse desposado con uno de estos últimos y verse de este modo desprestigiada, la hija de cierto notable vio cómo las matronas de su clase le impedían ofrendar sacrificios en el templo de la Castidad Patricia, «en el mercado del ganado a la vuelta del templo de Hércules», señala Livio. La mujer, demostrando temple y talante, levantó un altar en su propia casa a la Castidad Plebeya, e invitó a las matronas que reunían los requisitos necesarios para realizar los sacrificios. Por desgracia, nos dice Livio, el nuevo culto acabó desacreditado por la presencia de mujeres que, si bien eran plebeyas, no eran al parecer matronas o castas (X 23).

La discordia social entre patricios y plebeyos aflora de manera intermitente, aun en los primeros libros de la obra de Livio. Los conflictos a

los que dio lugar fueron especialmente amenazadores en momentos dominados por crisis externas. Dado que aún no había un ejército profesional, en aquellos momentos los soldados que eran ciudadanos plebeyos sintieron su poder y a veces lo ejercieron, aunque —y éste es el principal mensaje de Livio— en la última hora los romanos siempre aprendieron a comprometerse y a presentar un frente unido. Tal como lo muestra el historiador, y en un momento particular lo reconoce (VII 19), el enfrentamiento que venía designado por la oposición entre las dos clases eran en realidad dos o más conflictos, que implicaban a partes muy diferentes de la población plebeya. Los problemas de los plebeyos más pobres era ante todo los derivados de la deuda y la dificultad de conservar sus minifundios, mientras los ricos se hacían más ricos a raíz de las conquistas (esto era en realidad la base sólida del argumento contra el lujo) y, dado que los patricios no estaban habilitados para ejercer el comercio, trataban de adquirir tierras, que podían ser cultivadas mediante otro producto obtenido de las conquistas: los esclavos. La tenencia de tierras y los asuntos militares estaban también entrelazados. Los soldados que volvían a casa después de prestar servicio en el ejército encontraban sus propiedades sumidas en el abandono y, tras hacer esfuerzos denodados para pagar los impuestos que la guerra había hecho necesarios, acababan endeudados. Mas adelante este desplazamiento del pequeño agricultor, sumado a la enorme extensión del imperio, hizo impracticable la idea del ciudadano soldado e inevitable un ejército profesional; pero estos problemas iban a alcanzar un punto crítico en el siglo I a. C., y los libros que escribió Livio sobre esta época se han perdido.

El problema de la deuda, sin embargo, constituye un tema sobre el que vuelve con frecuencia. El hecho de que el deudor estuviera bajo custodia de sus acreedores, quedando a todos los efectos esclavizado, a menudo después de haber servido a su ciudad, y aun podría decirse que por este mismo hecho. A la abolición, en 326 a. C., de la esclavitud de los deudores —exigida desde hacía mucho tiempo—, Livio la denomina explícitamente el «segundo nacimiento» de la libertad del pueblo romano (VIII 28). La demanda de una ley agraria —la redistribución de la tierra pública (acrecentada un vez más por las conquistas) y la imposición de restricciones al tamaño de las propiedades— causó un gran estruendo, aunque las crisis mayores, relacionadas con los nombres de los dos tribunos de la plebe, Tiberio y Cayo Graco, exceden, al ocurrir a fines del siglo II a. C., la época tratada por los libros que se conservan de la historia de Livio. La instauración de los tribunos de la plebe, sin embargo, de

la que Livio deja constancia, fue un paso significativo para esta clase (II 23,32,53,58; III 55; VI 31; VII 29).

La cuestión de los privilegios hereditarios de los patricios no era, como Livio reconoce (VII 19), de gran interés para los pequeños agricultores, sino sólo para los plebeyos ricos que ocupaban posiciones prominentes. Sólo los patricios —miembros de las familias de rango senatorial más antiguas, y por tanto pertenecientes a un tipo de casta hereditaria, los padres o *patres* de donde procede el término *patricio*— podían ejercer los más altos cargos del estado, o tenían derecho a realizar los rituales religiosos a ellos vinculados. Oradores patricios se encargaban de gran parte de las obligaciones religiosas como un intento de contener la presión que ejercían los plebeyos más notables con el fin de acceder a los cargos, dado que era considerado un acto impío si lo realizaba alguien que no perteneciera a las familias que tenían tal potestad. Con el tiempo, y no sin resentimientos y conflictos, se fue erosionando aquella exclusividad hereditaria de los patricios: el primer cónsul que no pertenecía a una familia patricia fue elegido, según Livio, en 366 a. C. (VII 1). Las obligaciones religiosas son presentadas de forma muy viva en un discurso que Livio atribuye a un orador de la plebe, pero en esta ocasión vemos un argumento inverso a aquel según el que aquello era el principio de algo peor. Hacia 300 a. C. la plebe tenía derecho a ejercer una serie de funciones que con anterioridad le estaba excluida, como el consulado, la censura y la presidencia de los triunfos en los que el general victorioso hacía su entrada solemne en la ciudad. Si ya se ha concedido tanto, afirma el orador, entonces ¿por qué negar el resto?

> ¿Qué puede un dios o un hombre considerar indecoroso si hombres a los que habéis honrado con las sillas curules, las togas pretextas de ribetes púrpuras, la túnica bordada con hojas de palma y la toga picta o la corona triunfal de laureles, y cuyas casas distinguís del resto por los trofeos del enemigo que cuelgan de sus muros, añaden a tales honores las insignias de los pontífices y los augures? ¿Acaso el hombre que luce resplandeciente las vestiduras de Júpiter, el Victorioso y Altísimo, al que se ha llevado por la ciudad en un carromato dorado hasta ascender al Capitolio, no deberá ser visto con la copa de los sacrificios y el báculo del augur cuando con la cabeza cubierta mate a la víctima o reciba un vaticinio de la ciudadela? (X 7)

La actitud de Livio ante estos conflictos consiste en encomiar la moderación y la conciliación, y desaprobar el comportamiento de la turba y la arrogancia y la intransigencia de los aristócratas. Sin embargo, el ejer-

cicio de «una auténtica moderación en defensa de las libertades políticas» resulta difícil, porque estas últimas se pueden escapar fácilmente de las manos. Livio siente orgullo por el hecho de que los cambios difíciles se hubieran consumado con la mínima violencia. La cohesión y la armonía son lo más necesario. La prueba suprema de la solidaridad del pueblo romano se dio con las secuelas del desastre de Cannas en 216 a. C., cuando, con el ejército destruido y Aníbal ante las puertas de Roma *(Hannibal ad portas)*, los romanos, pese a toda su consternación e incluso su pánico, mantuvieron en lo esencial el valor y superaron la crisis unidos, sin pensar siquiera en pedir la paz: «Ninguna otra nación del mundo podría haber sufrido una serie tan terrible de desastres sin ser aplastada» (XXII 54).

Livio, repitámoslo una vez más, no fue un historiador «investigador», y su pensamiento social da la impresión de ser tópico, que no es sino otro modo de decir *representativo*. Sobre todo, es un magnífico narrador. Los discursos que pone en boca de sus personajes son convincentes y están arteramente trabados, siguiendo las reglas de la retórica antigua. No es descabellado pensar que en ellos se expresa algo de aquella atronadora elocuencia senatorial propia de la edad de oro de la oratoria romana. Las cualidades de Livio no son fáciles de ilustrar, sobre todo en un lenguaje que no sea el latín. Dependen de la capacidad de expansión, y por ello no se avienen demasiado bien con la brevedad y el criterio selectivo. En los muchos relatos de campaña, aunque se hace evidente su flaqueza en materia de táctica y topografía, es magnífico —preciso es señalarlo— en lo que a la meteorología se refiere, como, por ejemplo, al detallar la prueba, casi tan severa como la de los Alpes, que los Apeninos impusieron a los hombres de Aníbal:

> La lluvia que arreciaba y el fuerte viento que les venía justo de frente hacían imposible avanzar. No podían sostener las armas que llevaban, y si con esfuerzo seguían adelante, el viento les hacía dar media vuelta y caer de rodillas. La violencia con que soplaba hacía imposible respirar, y sólo podían ponerse de espaldas, en cuclillas. Entonces el cielo pareció reventar en un estrépito, y entre los espantosos truenos se vio el resplandor del rayo. Estaban ciegos y sordos, el terror los había entumecido. (XII 58)

Puede que esto no sea exactamente historia, pero es una escritura creativa deslumbrante.

De todos los relatos de la «firmeza» romana, el que más grabado queda en la memoria, por estar desprovisto del estilo declamatorio afectado

de los habituales protagonistas de este tipo de narraciones o de su desagradable fanatismo, es el que da cuenta de la ocupación de Roma por los galos en 386 a. C. La historia de las ocas sagradas, cuyo tableteo alertó de un ataque nocturno a los guardias que dormían en la colina del Capitolio, ha pasado a formar parte del folclore europeo, aunque Livio reserva el principal efecto retórico para los ancianos, antiguos magistrados, quienes, negándose a ser una carga para la guarnición de la ciudadela capitolina que aún resistía, decidieron morir en sus casas. Vestidos con sus togas ceremoniales, ocuparon su sitio en sus patios, sentados en las sillas curules de la magistratura, y aguardaron. Cuando entraron los galos, Livio nos dice:

> Algo parecido al sobrecogimiento ante lo que se cruzó con su mirada frenó su avance; aquellas figuras sentadas en los patios al aire libre, las togas e insignias, más augustas de lo que se podría considerar; la majestad que expresaban aquellas miradas, graves y tranquilas como la majestad de los dioses. Podían haber sido estatuas colocadas un lugar sagrado, y por un momento los guerreros galos quedaron embelesados; luego, uno de ellos, llevado por un impulso, tocó la barba de un tal Marco Papiro (era larga, tal como solían llevarse en aquellos días), y el romano le golpeó en la cabeza con su báculo de marfil.

El hechizo se rompió entonces: el bárbaro lo mató, y los demás fueron masacrados allí mismo donde estaban sentados (V 41).

Las secuelas de la invasión de los galos también brindaron a Livio la oportunidad de escribir uno de sus discursos, sin lugar a dudas el más hondamente sentido, que pronuncia el dictador —provisional— Camilo. Roma ha quedado devastada, pero la vecina ciudad de Veyes, conquistada tiempo atrás, quedó a disposición de Roma. En aquellas circunstancias se hizo la propuesta de trasladar la ciudad allí en lugar de emprender una reconstrucción que se estimaba laboriosa. Camilo se opuso a aquella moción, y recordó los lugares sagrados y las costumbres de Roma a los que le escuchaban:

> Nuestra ciudad ha sido fundada con todos los ritos debidos de auspicio y augurio: no hay ni una sola piedra en sus calles que no esté impregnada de nuestro sentido de lo divino; para nuestros sacrificios anuales no sólo se han fijado los días, sino también los lugares donde se pueden llevar a cabo. Hombres de Roma, ¿vais a abandonar vuestros dioses? ... Pensad, por ejemplo, en la fiesta de Júpiter. ¿Cómo podría su lecho ser engalanado en otro lu-

gar que no fuera el Capitolio? ¿Y qué decir de los fuegos eternos de Vesta o de la imagen que se preserva en su santuario como promesa del dominio de Roma? … Las vírgenes vestales tienen su lugar propio, del que nada salvo la toma de la ciudad las ha movido nunca; el *flamen* [sacerdote] de Júpiter tiene prohibido por nuestra religión pasar siquiera una sola noche fuera de los muros de la ciudad, y aun así haríais que todos y cada uno de ellos se fueran a vivir para siempre en Veyes. ¡Ah, Vesta! ¿Deben abandonarte tus vírgenes? Deben los *flamines* de Júpiter vivir fuera de la ciudad noche tras noche y mancillarse a sí mismos y a nuestro país con un pecado tan grave?

El discurso se convierte en un elogio de la ciudad, de su crecimiento y situación, así como del futuro que le ha sido vaticinado (V 51-52). Al leerlo, acuden a la memoria Virgilio y la carta de amor a Atenas que constituye la oración fúnebre de Pericles; comparaciones que, lejos de disminuir en algo el valor de Livio, en realidad rinden homenaje a su persona.

No sabemos cómo era la historia que escribió Livio sobre su propio siglo, pero en el preámbulo al conjunto de la obra se muestra profundamente pesimista. Si bien manifiesta que espera que quienes le lean quieran apresurarse a llegar a las épocas más recientes y aprender cómo «el poder de un pueblo imperial está empezando a labrar su propia ruina», lo cierto es que siente justo lo contrario. Absorto en la antigüedad, asegura poder «apartar la vista de los problemas que durante tanto tiempo han atormentado al mundo contemporáneo». Invita al lector a contemplar «aquellas vidas que llevaron nuestros antepasados» y el ascenso de Roma, y entonces,

trazar el avance de nuestro deterioro moral, para contemplar, primero, el hundimiento de los fundamentos de la moralidad a medida que se ha dejado perder la antigua enseñanza; luego, la desintegración en rápido aumento; entonces, el desmoronamiento final de todo el edificio, y el lóbrego amanecer de nuestra época contemporánea cuando ni podemos soportar nuestros vicios ni aceptar los remedios necesarios para curarlos. El estudio de la historia es la mejor medicina para una mente enferma.

En el pasado, entre los romanos, la pobreza iba estrechamente unida a la satisfacción.

Aparte de los méritos que pueda o no tener su uso aquí, la idea de una decadencia de larga duración, producto de la combinación que Livio hace de patriotismo y pesimismo, resulta de sumo interés como concepción de la historia, porque en sí misma es una idea intrínsecamente histórica, y en ella se supera la noción de una naturaleza humana perenne.

El pasado era diferente del presente no sólo en términos materiales, desde un punto de vista superficial, sino también desde una perspectiva moral e intelectual. Los hombres hacían entonces cosas distintas, y pensaban y sentían de manera diferente. Livio tenía una noción, aunque negativa, de una cultura característica de la modernidad, compuesta de indiferencia religiosa, cosmopolitismo y un gusto febril por la novedad. Estaba prendado del pasado hasta extremos desconocidos, en apariencia, en ninguno de los historiadores anteriores, pese a la entrega de estos a preservar la memoria de las grades gestas, porque estaba convencido de que sus virtudes se habían perdido. Contemplaba el pasado con añoranza —con todos mis respetos hacia Macaulay, que afirmaba justo lo contrario— y no con un sentido de confiada posesión.

La obra de Livio alcanzó celebridad casi de golpe, aunque su voluminosa amplitud sentenció las posibilidades que tenía de conservarse *in toto*: copiarla, como es lógico, significaba copiar decenas de libros y no una sola obra, razón por la que algunas *Décadas* se han conservado completas y otras, en cambio, no. Hacia el año 396 d. C. se hizo una nueva edición de los primeros diez libros, y a ella debemos el que se hayan conservado. Livio, como es fácil de entender, iba a tener menos cosas que decir a quienes vivieron en los primeros siglos del cristianismo que a sus contemporáneos; pero el interés por su obra nunca llegó a morir por completo. En el siglo IX se elaboró una nueva copia de los diez primeros, y a principios del XIV, otra más. En el Renacimiento, Tito Livio se convirtió en una figura de importancia central, como refleja el comentario que Maquiavelo hizo en sus *Discursos sobre la primera «década» de Tito Livio*, y a partir de entonces continuó siendo un elemento básico en la educación de los cinco siglos siguientes. A fines del XIX, el decano de la vida intelectual francesa, Hippolyte Taine, dedicó a Livio la tesis que presentó al concurso de acceso al cuerpo de profesores del estado, y el publicista imperialista victoriano sir John Seeley empezó su carrera con una edición de los primeros dos libros de *Ab urbe condita*. Macauley encontró en Seeley la inspiración para escribir sus *Lays of Ancient Rome*, y en la Alemania de mediados del siglo XIX, siguiendo la obra de Friedrich Wolf sobre Homero, Barthold Niebuhr tomó de los primeros libros de Livio una concepción romántica de la conciencia creativa de la identidad colectiva del *Volk* («el pueblo»). Esto mismo, aplicado por David Friedrich Strauss a los hebreos y la Biblia, se convirtió en uno de los pensamientos decimonónicos más perturbadores y fundamentales. Si el conjunto de la obra de Livio se hubiera perdido, aunque Polibio, Dionisio y

Plutarco nos hubieran permitido cubrir algunas lagunas, el valor de su sustracción de la futura cultura de Europa hubiera sido incalculable.

Sir Richard Southern, en *La formación de la Edad Media* (1953), relata que en el monasterio de Cluny se elaboró hacia 1040 una lista con los libros que los monjes habían escogido de la biblioteca para su estudio privado. Como era previsible, la mayoría escogió obras de los padres de la Iglesia cristiana o comentarios de la Biblia, vidas de los santos o libros sobre historia eclesiástica o sobre la disciplina monástica. La excepción fue un monje, de entre 64, que escogió la obra de Livio. ¡Ojalá nos fuera posible saber más acerca de él!

7

LA GUERRA CIVIL Y LA VÍA A LA AUTOCRACIA: PLUTARCO, APIANO Y DIÓN CASIO

Tito Livio prosiguió trabajando en su obra hasta su muerte, ocurrida en 17 d. C.; pero los últimos libros de su obra, en los que llegaba hasta su propia época, se han perdido. Entre las historias que dan cuenta del período de las guerras civiles se hallan los relatos escritos por Julio César acerca de la que mantuvo contra Pompeyo, mientras que para la segunda guerra civil, entablada entre Bruto y Casio, los asesinos de César, de un lado, y del otro, sus vengadores, Marco Antonio y Octavio, y que terminó con el triunfo de los últimos en la batalla de Filipos (41 a. C.), disponemos de los textos de tres griegos que vivieron en los siglos I y II d. C.: Plutarco, Apiano y Dión Casio.

Mientras que los textos de César se presentan de la manera seca que le es propia, los de Plutarco, recogidos en sus biografías de Bruto y Antonio, constituyen, en cambio, un asunto muy diferente, ya que su punto fuerte era la viveza y la ejemplaridad. Plutarco dejó una profunda huella en la literatura europea posterior, sobre todo a través de la traducción inglesa realizada por sir Thomas North en el siglo XVII, no a partir del original, sino de la versión francesa; versión que luego utilizaría Shakespeare para sus *Coriolano*, *Julio César* y *Antonio y Cleopatra*. Plutarco dejó también, junto con Livio, una profunda influencia en las posteriores ideas acerca de la virtud de la republica romana, y de manera más notoria en la Francia de fines del siglo XVIII. Escribió en esencia para entretener y ofrecer lecciones morales, comparando los héroes de la tradición política griega —figuras como Solón, Temístocles, Pericles y Alcibíades— con romanos como Coriolano, Catón el Censor, los Gracos, Bruto y Marco Antonio. Este propósito y la disposición de la obra de Plutarco hacen que

resulte imposible tratarla a fondo en este contexto. No se pretende tratar aquí con detalle la biografía como género, y las *Vidas paralelas* de Plutarco, en su conjunto, es una obra que resulta difícil de manejar, dado que abarca, con fines en esencia didácticos, la totalidad de la Antigüedad, griega y romana, remontándose hasta las épocas legendarias y descendiendo hasta el final del período republicano en Roma. Sin embargo, siempre hay oportunidades para hacer excepciones, y las vidas de Bruto y Antonio resultan en particular útiles en este punto, dado que tratan la crisis de la república de un modo desconocido en ninguna otra obra de un historiador antiguo importante que se haya conservado hasta nuestros días. Por fortuna, las cualidades de Plutarco como escritor se ilustran con una muestra de las *Vidas*.

Al utilizar estas dos breves biografías —la de Bruto ocupa medio centenar de páginas y la de Antonio es algo más larga—, Shakespeare se ciñó tanto a Plutarco, citando a veces la traducción casi al pie de la letra, que esas dos vidas tienen aún para quienes las leen por primera vez cierto aire de familiaridad. Nuestro Bruto es el Bruto de Shakespeare, que es el de Plutarco, y lo mismo cabe decir de Antonio, aunque lo cierto es que las obras en prosa son más detalladas. El Bruto de Plutarco empieza con el contraste entre el gran antepasado de Bruto —aunque su ascendencia ha sido discutida—, el padre de la República, Lucio Junio Bruto, hombre duro y apenas cultivado. Marco Bruto poseía un talante ideal para la práctica de la virtud, al sentirse atraído por la vida retirada dedicada al cultivo de uno mismo; pero también era capaz de responder a la llamada a la acción («... los elementos / tan mezclados en él que la Naturaleza podría ponerse en pie / y decir a todo el mundo: "Esto sí que era un hombre"» [Shakespeare, *Julio César*, V 5.72-74]). Sabemos más cosas sobre su carácter, la escuela filosófica cuya opinión compartía, los rasgos que caracterizaban su oratoria en latín y en griego, sus principios políticos y la razón desinteresada por la que se vinculó al partido de Pompeyo. Aunque perteneció a la facción de éste, una vez muerto el general, recibió el perdón de César e incluso su favor, y fue nombrado gobernador de la Galia Cisalpina, cargo en el que desplegó una probidad y benevolencia poco corrientes. Sin embargo, Bruto se mantuvo a distancia de César y quedó sujeto a la influencia de Casio, su cuñado y rival. Plutarco hará que los recelos de César respecto a los hombres pálidos y delgados se apliquen tanto a Bruto como a Casio.

Shakespeare pudo seguir a Plutarco casi paso a paso, porque *Vidas paralelas* es una obra tersa y expresiva, dramática y llena de incidentes;

casi tanto, de hecho, como una obra de teatro cuyo clímax es, qué duda cabe, el asesinato de César. Bruto está preocupado por las peticiones de Casio y las cartas anónimas que le recuerdan su ascendencia, y verle tan turbado acaba por trastornar a su esposa. César, aquel funesto día, cambia en el último momento su decisión de no acudir al Senado, y muere al pie de la estatua de Pompeyo. (El «Tú también, Bruto» será una invención posclásica.) Cinna el poeta sufrirá una muerte patética al ser su identidad confundida con la de los asesinos de César. El espectro que se le aparece a Bruto y le promete, sin errar, que volverá a encontrarse con él en Filipos, no fue inventado para los *groundlings*, el público que permanecía de pie en la parte más barata de un teatro en la época isabelina, sino que proporciona a Plutarco un toque macabro, sin duda de agradecer. Aun así, en su obra no se identifica explícitamente con el espíritu de César, como sí sucede con Bruto y la dirección escénica en la de Shakespeare. Casio se suicida a raíz de un malentendido, y Bruto en su panegírico le loa como el último de los romanos («El sol de Roma se ha puesto. Nuestro día ha terminado», conforme a la frase que Shakespeare pone en labios de Titinio en *Julio César* [V 3.64]). Antonio declara que Bruto es el único conspirador desinteresado, aunque no necesariamente sobre su cadáver. Los adláteres son la consabida cuadrilla.

El «Antonio» de Plutarco, una larga biografía, es más difuso y, hasta la escena de la muerte en el mausoleo de Cleopatra, menos dramático; de modo que Shakespeare debe hacer un notable esfuerzo de descripción, como en el célebre discurso que pronuncia Enobarbo —una invención— acerca de Cleopatra en su barcaza real, que constituye una versión poética fiel de una pieza en prosa de Plutarco. La quinta parte de la obra de este se dedica de una manera más bien sorprendente a la campaña de Antonio contra los partos, que Shakespeare descarta de manera sumaria. La descripción que Plutarco hace del carácter de Antonio resulta interesante aunque consabida: bullicioso, juvenil, divertido y extravagante; buen general, aunque privado de su vigor por la pasión que siente por Cleopatra, quien en Plutarco, pero no así en todos los autores antiguos, siente un profundo afecto por él (en Shakespeare, sus casi últimas palabras son: «¡Oh, Antonio!»). Aparte de la escena en la barcaza real, la trascripción directa más sorprendente es la de la última intervención de una de las mujeres del séquito de la reina, Carmiana, cuando le pregunta si se ha llevado a cabo el suicidio de Cleopatra: «Consumado está ... y como corresponde a una princesa que descendía del linaje de tantos nobles reyes» (según la traducción de North; véase *Antonio y Cleopatra*, V 2.325-326). La úl-

tima frase de Carmiana, la maravillosa y enigmática «¡Ah, soldado!», es, sin embargo, puro Shakespeare.

Además de vívido y dramático, Plutarco puede ser psicológicamente complejo; pero si algo no se debe buscar en su obra es una explicación o una visión histórica. Cuando se enfrenta a la cuestión general de la transición de la república al poder imperial, se contenta, como por lo demás era bastante habitual, en dejar las cosas en manos de los poderes superiores: «Pero estando los asuntos del imperio romano, por lo que me parece, reducidos a tal estado que no podían ya ser regidos por varios señores, y requerían un monarca soberano, los dioses quisieron eliminar el único estorbo que podía impedir que el predestinado llegara a hacerse con aquella autoridad; procuraron que aquella victoria no llegara a oídos de Bruto, aunque a punto estuvo de advertirlo a tiempo» (Plu. *Brut.* 47). Motivos y actos personales, y las circunstancias que acosan a los individuos y que controlan los dioses (o el Destino) según sus inescrutables propósitos, lo hacen todo.

Cuando nos alejamos de Plutarco y pasamos a Apiano, joven contemporáneo suyo y, como él, de origen griego, nos encontramos con un auténtico historiador —si bien con un punto de anodino—, con las preocupaciones que son propias de tal ocupación. En la parte de su historia general de Roma en la que trata del siglo I a. C., que ha sido publicada bajo el título de *Las guerras civiles* (I y II),* Apiano tiene un gran tema entre manos y lo sabe: la progresiva decadencia de la república en la violencia, el bandidaje, la guerra civil y el caos. El punto de inicio de estos cinco libros viene marcado por los asesinatos de los tribunos de la plebe Tiberio y Cayo Graco, ocurridos en 133 y 121 a. C. respectivamente, cuando trataban de aplicar una redistribución de la tierra que favoreciera a los pobres. Aquellas muertes, según Apiano, marcaron el final de la política de moderación romana tradicional: «nunca se había llevado una espada a la asamblea y nunca ningún romano había sido muerto por un romano, hasta que Tiberio Graco, mientras ejercía el cargo de tribuno y en el acto de proponer una legislación, se convirtió en el primer hombre que moría por el malestar social» (App. *BC* I 2). Una vez rota aquella barrera moral, la violencia desembocó en una lucha infernal y asesina entre las facciones de Mario y Sila a principios del siglo I a. C., que fue seguida por la guerra civil entre César y Pompeyo a mediados

* Vol. I: *Historia romana*; vol. II: *Guerras civiles: libros I-II*, y vol. III: *Guerras civiles: libros III-V*, Gredos, Madrid, 1994, 1985 y 1985.

de aquel siglo. Apiano examina los motivos del malestar popular que subyace a los brotes del conflicto de clases, motivos que son manipulados por soldados victoriosos convertidos en aventureros políticos y caudillos de bandas: la monopolización de la tierra de Italia por los ricos, que crean grandes haciendas cultivadas por mano de obra esclava, en lugar de los agricultores propietarios de pequeñas fincas sobre los que al principio había recaído el peso del servicio militar (I 7). De ahí la cuestión crítica de la redistribución de la tierra, que trajo a la propia Roma aquel conflicto civil violento. Bajo Cayo Graco, además, empezó lo que iba a convertirse en una práctica arraigada: la distribución gratuita de grano a cada ciudadano a cargo del erario público (I 21). Más adelante afirma Apiano que esto atrajo a la chusma de las provincias hacia Roma (II 20). Asimismo, trata de la cuestión controvertida de la extensión del derecho de ciudadanía romana a las provincias (I 23, 24). Mario se convierte en la esperanza de la causa popular, tal como antes habían sido los Gracos, y la facción de Sila representa los intereses de la clase senatorial. El enfrentamiento entre ambos degenera en guerra abierta incluso en la propia capital: «de este modo los episodios del conflicto civil pasaron de la rivalidad y la pendencia al asesinato, y del asesinato, a la guerra abierta; y este ejército [el de Sila] fue el primero formado por ciudadanos romanos que atacó a su propio país como si fuera una potencia hostil» (I 60).

La versión del asesinato de César, que Apiano desaprobó en amplia medida, si bien no tiene ninguna de las características del *Bruto* de Plutarco, aborda mucho más el contexto político. Aun así, Apiano también confía en el Destino como el orden de causalidad superior. César fue al Senado aquel funesto día pese a las exhortaciones del adivino, «ya que César había de sufrir el destino de César» (II 116). En otras partes se nos dice de manera explícita que «parecería que la voluntad de los dioses disponía de los asuntos públicos a fin de producir el cambio» (III 61).

Ha habido desacuerdo cuando se ha tratado de valorar en qué grado fue Apiano un mero compilador de la obra de otros hombres. Se puede afirmar con certeza, por ejemplo, que su versión de la conspiración de Catilina provenía en gran medida de la de Salustio, aunque en general la costumbre antigua de mencionar las fuentes sólo en caso de desacuerdo hace imposible estar del todo seguros. Como escritor es irregular (a veces muy lúcido, otras confuso), lo que fomenta la idea de que gran parte de la responsabilidad de que así sea se debe a las fuentes que empleó. De su personalidad como autor cabe decir que es muy poco convincente, una

impresión que acentúa tal vez el hecho de que sabemos muy poco acerca de él, salvo que fue letrado en Roma y que ejerció en las épocas de Adriano y Antonino Pío, durante el siglo II d. C.

La principal idiosincrasia de los libros finales de Apiano es el tratamiento enormemente extenso que da a las proscripciones de los supuestos partidarios de Casio y Bruto, a los que se persiguió y dio muerte. «Algunos se ocultaron en pozos, otros descendieron a las inmundas cloacas y otros se encaramaron a las vigas cargadas de humo de los techos o se sentaron en completo silencio bajo montones de tejas bien prietas» (IV 13). La secuencia de intensas anécdotas de sacrificio, traición, suicidio, huida, captura y muerte miserable ha sido pensada por Apiano —o su fuente— para que suscite piedad y terror, y las historias narradas son de hecho apasionantes (IV 5-51). Apiano afirma haber investigado la muerte de la víctima más célebre, Cicerón, de primera mano y sobre el terreno; pero la extensión desmedida de esta sección (más de un tercio del libro IV), la denominada «Relatos de las proscripciones», puede llevarnos a pensar que, después de hallar una buena fuente, la empleó en demasía. Puede también que copiara a Tácito, quien también dedicó tiempo a las persecuciones similares de la aristocracia romana en tiempos de Tiberio y Nerón.*

Roma se había vuelto ingobernable, y el Destino, implícitamente, sancionaba la transición hacia la autocracia de Augusto. Para una descripción sutil de cómo esto se llevó a cabo, hemos de dirigir nuestra atención hacia otro autor griego: Dión Casio.

Dión, nacido hacia 163 d. C., emigró a Roma siendo aún joven desde la provincia griega de Bitinia, en el suroeste del mar Negro. Entró en el Senado en tiempos del emperador Cómodo, y luego ejerció de cónsul, cargo que por entonces no era ya el puesto ejecutivo supremo que había sido en tiempos de la república. Ocupó dos cargos de gobernador, fue procónsul de África y ejerció un segundo consulado en 229 d. C. La *Historia romana* que escribió, como era lógico, abarcaba todo el período que iba desde Eneas y Rómulo hasta su propio proconsulado. De los ochenta libros que la componen, los que corresponden al período comprendido entre 68 a. C. y 46 d. C. se han conservado intactos. Los libros que tratan del principado de Augusto no sólo están casi completos, sino que constituyen la única narración antigua importante del período que abarca de 32 a. C. a 14 d. C.

* Véase más adelante p. 167.

Al principio del período, muertos Casio y Bruto, Marco Antonio se hallaba en Egipto, y había renunciado a su esposa romana, Octavia, la hermana de Octavio, para vivir en el país del Nilo con Cleopatra y los hijos de ella. En una intrincada ceremonia celebrada en Alejandría lanzó un sopesado desafío, proclamó a Cesarión, el supuesto hijo que Cleopatra había concebido de César, legítimo heredero de este —título reclamado por Octavio, sobrino de César y su hijo adoptivo— y se dividió con el muchacho los territorios de Oriente. Este reparto, conocido como las Donaciones de Alejandría, se convirtió en el mayor de los agravios para Octavio (D. C. 50.1). Por entonces se sospechaba que Antonio pretendía entregar Roma a Cleopatra y transferir el gobierno a Egipto. En la guerra de propaganda que de inmediato se lanzó desde Roma contra la persona de Antonio, y en el discurso que Octavio pronunció ante sus tropas antes de la decisiva batalla de Actio, había cierta preferencia por el uso de «la mujer de Egipto», las costumbres egipcias y su adopción por Antonio como invectivas étnicas y misóginas. Por ejemplo, se decía que seguía a pie, junto con los eunucos, a la reina y que llevaba una daga oriental. Los egipcios eran esclavos de una mujer (ninguna mujer había gobernado nunca en Roma ni podría hacerlo), y para los soldados romanos era una desgracia servir a la reina incluso como su guardia. Antonio adoptó nombres mitológicos para sí, y los egipcios adoraban a los reptiles y las bestias como dioses (50.5, 24-25).

Después de la batalla de Actio (31 a. C.) y de la retirada de Cleopatra y Antonio hacia Egipto, la historia que Dión cuenta de su final es la que nos resulta conocida, centrada en el mausoleo de Cleopatra, en parte porque sus tesoros habían sido guardados allí. Dión se imagina a Cleopatra deseando la muerte de Antonio para negociar con Octavio (51.8, 10). Antonio, tras clavarse la espada mortal, es llevado al mausoleo para morir en brazos de la reina. Cleopatra, como no puede hacer que Octavio se avenga a razones, prefiere morir antes que ser llevada a Roma como trofeo. Lo hace con majestuosidad, aunque el áspid es mencionado sólo como una posible causa de su muerte; la otra es una aguja envenenada (51.12-14). La reina y Antonio son colocados en la misma tumba. (La versión —anterior— que Plutarco da en la vida de Antonio, y que utilizará Shakespeare, intercalando de nuevo citas traducidas al pie de la letra, es en esencia la misma, aunque más favorable a Cleopatra y más llena de detalles patéticos.) Octavio muestra clemencia política hacia los egipcios y contempla el cuerpo de Alejandro Magno, le toca la nariz y accidentalmente la daña. Cuando se le ofreció ver los cuerpos embalsamados de los sobe-

ranos de la dinastía egipcia de los Ptolomeos, respondió que hubiera preferido ver un rey y no cadáveres, y, del mismo modo, se negaría a entrar en el santuario del buey Apis, diciendo que rendía culto a los dioses, pero no a las reses (51.16).

En Roma se dieron los pasos necesarios para ofrecer a Octavio el cargo de tribuno con carácter vitalicio: quienes ocupaban tal puesto gozaban de inmunidad personal e importantes poderes de veto. En provincias empieza a recibir los honores de un dios, en tanto que los que se le rinden en Roma, aunque distan de serlo, son no obstante excepcionales. En su entrada triunfal lleva la efigie de Cleopatra con la exhibición de sus tesoros. Los adornos y las joyas de la reina, como dice Dión, adornan los templos romanos, mientras que ella es representada en oro en el templo de Venus. En la hostilidad de los romanos había una buena dosis de fascinación. Se celebraron juegos, se mataron animales salvajes y se vieron por primera vez en Roma hipopótamos y rinocerontes (51.20-22).

Octavio se había comportado con modestia y, según los criterios romanos, con moderación. El libro LII trata de la consolidación de su poder, después de un extenso preámbulo en el que se dice que pide consejo a Agripa y Mecenas sobre la forma de su gobierno, y aquellos le responden con largos discursos de apoyo a la república, el primero, y al gobierno autocrático, el segundo. Esto trae a la memoria el —inusitado— debate persa recogido en la obra de Heródoto, cuando, al quedar vacante el trono, se presenta la misma cuestión, aunque de una forma muy abstracta, a la consideración de los conspiradores, una vez que han consumado su objetivo (Hdt. II 80-82), y en este punto uno se pregunta si Dión no estaba también recordando eso mismo. El parlamento de Agripa es muy abstracto y está lleno de lugares comunes. El consejo de Mecenas, en cambio, se relaciona de forma más directa con la situación propiamente dicha de Octavio y le dice que debe conservar el poder o morir. Mecenas hace un extenso alegato en favor tanto del gobierno, en asociación con «los mejores hombres de Roma», como de la supresión de las libertades dadas a la turba (D. C. 52.14-15). Su consejo, que se ciñe muy de cerca al rumbo que iba a seguir Octavio, consiste en retener los cargos republicanos como posiciones de honor, aunque reduciendo sus poderes, en tanto que Octavio se asegura de controlar a quienes los ejerzan (52.20).

Mecenas abogará por un ejército permanente profesional en lugar de una milicia de ciudadanos, y expresará el dilema esencial de forma sucinta: «No podemos sobrevivir sin soldados, y los soldados no servirán sin una paga». Y como la necesidad de tropas surgiría cualquiera que

fuera la forma de gobierno (52.28), propone que deben ser pagados y recibir una pensión del interés que produzca la venta de las tierras públicas y los impuestos ordinarios (lo que de hecho era una innovación). Roma ha de ser embellecida y entretenida con espectáculos (52.30). Las irreverencias hacia la persona de Octavio deben ser obviadas, y nítidamente diferenciadas de la conspiración, de la que debe ocuparse el Senado. Es preciso evitar las excesivas indicciones de su condición. «Ningún hombre nunca se convierte en dios por votación» (52.35). Las religiones extranjeras —un tema antiguo— deben ser suprimidas, porque están relacionadas con sociedades secretas y conspiraciones. Los brujos y hechiceros deben ser proscritos, e incluso los filósofos -esto iba a ser más adelante motivo de preocupación— son sospechosos (52.36). Octavio es alertado contra los impostores —otra preocupación posterior, de notable interés en Tácito, a quien Mecenas parece anticipar en la historia de Dión. El poder es mejor reservarlo y ejercerlo con comedimiento, y la paz exterior es preferible a la guerra, aunque es preciso seguir estando preparados para afrontarla (52.37-38). Y Mecenas concluye proféticamente:

> Si, de hecho, preferís la realidad del gobierno monárquico y, no obstante, teméis el nombre de rey por execrable, no es preciso que aceptéis ese título, sino que podéis aún gobernar al estilo de César. Si además precisáis otros títulos, el pueblo os dará el de *imperator*, tal como hicieron con vuestro padre, Julio, y rendirán honores a vuestra augusta condición mediante aún otras formas de llamaros. De este modo podéis disfrutar de toda la realidad de la monarquía sin el estigma que comporta ese nombre. (52.40)

Dión, al escribir este largo parlamento, contaba sin duda con las ventajas de la mirada retrospectiva, y además de basarse en el conocimiento de las medidas políticas posteriores de Octavio, obtenido ya el título de Augusto, seguramente no perdía de vista tampoco su propia época. Comparado con los monstruos imperiales a los que había servido y a los que había sobrevivido —Cómodo, Caracalla y Heliogábalo—, Augusto debió de haberle parecido un monarca modélico, además de contar con la ventaja de ser un hombre de inmenso poder y autoridad. El discurso de Mecenas entra dentro de la dilatada tradición de los «consejos al príncipe» —a veces con la consecuencia de una crítica de aquellos que no los siguen—, además de poner como ejemplo a un antepasado venerado. En este caso, el discurso es representado como si tuviera un efecto inmediato. Una vez más, en la historiografía antigua, vemos cómo se utiliza un

discurso tanto para dar una visión general de una situación, con sus oportunidades y peligros, como para poner supuestamente de manifiesto —en este caso con perfecta verosimilitud— el pensamiento que había detrás de las políticas que se urdían y seguían. En la versión de la historia que nos da Dión, Octavio se decanta por el consejo de Mecenas, pero, en un último giro de finura, introduce los cambios recomendados durante un largo período de tiempo para evitar de este modo los peligros derivados de intentar «cambiar de golpe las propensiones naturales del género humano», e incluso llega a dejar algunos para que sean introducidos por sus sucesores (52.41). Dión no es reacio a dejar furtivamente constancia de ejemplos de artería en la política autocrática de Octavio. Al tener en cuenta el nerviosismo de los antiguos partidarios de Antonio, Octavio anuncia que los papeles de éste se han quemado, pero en realidad se asegura de conservar algunos para su posible uso en un futuro (52.42).

En lo que se refiere al año siguiente, 28 a. C., en el que Octavio fue cónsul por sexta vez y utilizó también por primera vez el título de *princeps* («el primero entre iguales»), el libro LIII de Dión deja constancia, a la manera propia de los anales, de los espectáculos y los templos inaugurados, entre ellos el Panteón costeado por Agripa, que aún perdura. El eje maestro del libro es, sin embargo, el discurso que Octavio pronuncia ante el Senado, en el que renuncia a todos sus cargos y anuncia su intención de retirarse a la vida privada: todos sus actos, afirma, tenían por único fin el de salvar a Roma de los peligros de la acechaban (53.3-11). Tal como pretendía, el Senado trata de persuadirle para que cambie de parecer, y los senadores le hacen entrega de poderes autocráticos que él recibe como si lo hiciera contra su voluntad. Después de aquello, su primer acto fue doblar la paga de su guardia en comparación con la de las tropas del ejército. «Tan sincero —afirma Dión con sarcasmo— era su deseo de liberarse del poder absoluto» (53.11). Luego, prolonga en diez años los poderes proconsulares para sí en todas las provincias en que hubiera más de una legión estacionada, lo que le daba el control efectivo del ejército (53.12-13). Dión señala que, si bien aquella limitación temporal acabó siendo letra muerta, más tarde fue costumbre que los emperadores celebraran cada década de sus reinados como si de este modo renovaran su soberanía. En esta época, 27 a. C., Octavio asumió el nombre de Augusto, tras renunciar, por demasiado «regio», a su deseo de adoptar el de Rómulo.

Dión, que en este punto parece citar a Tácito, no tiene dudas de ningún género de que acababa de producirse la institución de una monarquía:

> Toda la conducción y dirección de los asuntos depende de los deseos de un solo hombre que al mismo tiempo detenta el poder. Y sin embargo, a fin de mantener la impresión de que su autoridad derivaba de las leyes y no de su propia supremacía, los emperadores se arrogaron todas las funciones, junto con sus títulos reales, vinculadas a aquellos cargos en los que radicaba el poder.

Como emperadores, han heredado los poderes de los cónsules; como censores, examinan la moralidad; como *pontifices maximi*, son autoridades supremas en materia de religión; el otorgamiento de las potestades tradicionales de los tribunos (que, no obstante, siguen existiendo) les da el derecho de veto y de inmunidad personal, y sus personas son tratadas como sagradas (53.17). Además se les ha colocado más allá de la ley (*legibus soluti*) (53.18).

Si bien Dión se concede cierta sorna y sarcasmo a costa de la fachada que se había creado de aquel modo, su veredicto general es que hubiera sido imposible que el pueblo viviera con la necesaria seguridad bajo una república (53.19). La única queja real que sale de su pluma, lo que no deja de ser interesante, es la de un historiador. En el pasado, cuando los asuntos eran llevados ante el Senado del pueblo, el gobierno era transparente; muchos dejaron constancia de lo que se hizo, de modo que la verdadera versión de los hechos y acontecimientos era públicamente conocida. Ahora, los acontecimientos y hechos decisivos se ocultan a la opinión pública: los informes son confusos y no pueden ser investigados de manera apropiada. En el futuro, él, Dión, si bien se verá obligado a seguir las versiones oficiales, querrá añadir su propia opinión «cuando haya sido capaz, basándome en los muchos detalles que he reunido a partir de mis lecturas o a partir de testimonios de oídas, o de lo que he visto, de formarme un juicio que nos diga algo más de lo que la crónica corriente dice» (53.19). Esta queja es una observación importante, realizada por un historiador cuyo acceso, en su propia época, a los más altos círculos del poder, le habrían dado sobradas ocasiones de investigar las diferencias entre la realidad de la acción política y las versiones que se presentaban en público; pero en esto le había precedido, como veremos, Tácito al formular una queja similar.

Entre el resto de principales acontecimientos registrados durante el reinado de Augusto cabe mencionar, en 9 d. C. la pérdida de tres legiones mandadas por Varo en Alemania, que fue para Augusto quizá su peor sobresalto (56.18-24), y las muertes sucesivas de los miembros más jóvenes

de la familia de Augusto, unas muertes que allanaron el camino para el ascenso de su hijo adoptivo, Tiberio. Dión menciona, con la fórmula de «algunos afirman», los rumores que había repetido Suetonio y que vinculaban a Livia, la esposa de Augusto, a aquellas muertes y, de hecho, a la del propio Augusto; pero ni los comparte ni los rechaza. El veredicto que expresa sobre Augusto se basa en una nítida distinción entre su conducta como Octavio, sometida a las necesidades del período de la guerra civil, y su ascenso al poder y su posterior ejercicio del mismo. El juicio de Dión de este último aspecto en completamente favorable. Bajo el gobierno de Augusto, los romanos disfrutaron del mejor de todos los mundos: «Eran súbditos de una monarquía sin ser esclavos, y ciudadanos de una democracia sin ser víctimas de la discordia» (56.43).

Sabemos muy poco acerca de las fuentes de Dión, aunque resulta evidente que conocía las obras de Tácito y Suetonio, y debió de haber conocido la autobiografía de Augusto. Si nos basamos en las impresiones, Dión sorprende al lector como un historiador sobrio y fidedigno en general; evita el exceso de sentimiento o tomar partido, y no es convencionalmente retórico en demasía, salvo quizá cuando describe la batalla naval de Actio. A diferencia de un romano perteneciente a la clase senatorial como Tácito, no siente nostalgia perceptible de la república, pero aborrece hasta detestarlos, como los detestó el propio Livio, los excesos tanto de la tiranía como de la anarquía. La versión que ofrece de la manera en que Augusto mantiene la fachada de la república mientras la convierte en una autocracia aportará una imagen —que será particularmente relevante para las sospechas de la oposición en la Inglaterra el siglo XVIII— de que se estaba subvirtiendo de modo furtivo una constitución que era libre. Una imagen doble, por tanto, que representa, por un lado, a un gobernante taimado y siniestro, que socava la constitución desde el interior y al que podría emular un monarca de perversas intenciones, y, por otro, el retrato igual de plausible de un estadista prudente y moderado, que trajo una era de paz y abundancia a una ciudad trastornada durante mucho tiempo por los conflictos civiles.

8

TÁCITO: «HOMINES AD SERVITUTEM PARATOS»

Edward Gibbon, en su primera obra, *Essay on the Study of Literature* (1761), hizo de Tácito su modelo de «historiador filósofo». Tácito, escribió, «emplea la fuerza de la retórica sólo ... para instruir al lector a través de reflexiones sensatas y convincentes». El ensayo de Gibbon era en algunos aspectos conscientemente retrógrado. El renombre de Tácito empezaba a menguar un poco en comparación con el inmenso favor del que había disfrutado entre finales del siglo XVI y finales del XVII, en la era del absolutismo europeo, cuando más en boga estuvo. El elogio que de él hace Gibbon formaba parte de una defensa del saber humanista frente al nuevo espíritu «filosófico» —deberíamos decir «científico»—, que condenaba el conocimiento de pasado como inútil. La expresión «historiador filosófico» reivindicaba un espacio en ambos bandos: el humanista por el nombre y el moderno por el adjetivo. Tácito era un buen candidato para aquel título, porque había sido en fecha reciente muy admirado como pensador político al haber sabido comprimir el saber cosechado de la historia en forma de epigramas. Montaigne, otro de sus admiradores, había expresado el sentido de un vínculo entre su propia época y la del historiador romano, que en gran medida ayuda a comprender la atención que merecía el segundo: «A menudo parece que nos describe y acusa».*

Sin duda era un tópico volver la vista al mundo de la Antigüedad en busca de paralelismos: Apiano, por ejemplo, parece que fue ampliamente leído durante el período de las guerras de religión en la Francia del siglo XVI. Era lógico, casi natural, que quienes vivían en la era del absolu-

* Michel de Montaigne, «Del arte de platicar», *Ensayos completos*, Omega, Barcelona, 2002, p. 778.

tismo encontraran en Tácito muchas cosas que parecían relevantes para sus propias situaciones, si bien a veces el extraer lecciones de Tácito da la impresión de haber sido también un modo encubierto de referirse al saber político de dudosa reputación que proporcionaba Maquiavelo. La historia y el drama contemporáneos ofrecían paralelismos que, a los más leídos, debieron de parecerles a menudo reminiscencias. El *Ricardo III* de Shakespeare, por ejemplo, al igual que Tiberio y Nerón, lleva la máscara de la humildad y la virtud hasta que consigue un poder que nadie le disputa ya, momento en que aparece como un tirano sanguinario. El Yago de Shakespeare es el lugarteniente ambicioso, intrigante, malsín y cizañero cuyo arquetipo podría parecer el retrato que Tácito hace de Sejano, el esbirro de Tiberio. Ben Jonson, contemporáneo de Shakespeare, escribió una obra de teatro sobre Sejano (1603), mientras que su *Catilina* (1611), se basaba en Salustio y Cicerón. Los monarcas y príncipes modernos, así como sus íntimas amistades, tenían sus escarceos con la magia y la astrología, al igual que hacían sus homólogos en época de Tácito. La reina madre francesa, Catalina de Médici, a quien se debió en gran medida la matanza de la Noche de san Bartolomé, tuvo que recordar fácilmente a algunos a las temibles y siniestras Livia y Agripina, esposa y madre de emperadores; a las tres se las relacionada con rumores de haber obrado envenenamientos en serie. Tácito no sólo describió un mundo así, sino que lo hizo en su condición de hombre público como senador durante el sangriento reinado de Domiciano, tal como explica de manera particular en la biografía de su suegro, Agrícola (Tac. *Agr.* 3, 45).

Cornelio Tácito era aún un muchacho en tiempos de Nerón, y también en 69 d. C., el año en que se declaró la guerra civil en el mundo romano y el año de «los cuatro emperadores» del que trata la parte que ha llegado a conservarse de sus *Historias*, que según parece escribió a principios del siglo II. A ésta siguió su otra gran obra, los *Anales*, que cubre, aunque con lagunas, el período anterior, que va de Tiberio a Nerón. La carrera de Tácito progresó en tiempos de los emperadores Vespasiano y Tito; después de la muerte de Domiciano (96 d. C.) fue nombrado cónsul (97 d. C.), y más tarde, gobernador de la provincia de Asia. En el prefacio a las *Historias* celebra haber vivido la jovial era que siguió a la muerte de Domiciano, la era de Nerva y Trajano (*Hist.* I 1).

Si el reinado de Calígula y partes de los de Claudio y Nerón no hubieran desaparecido de los *Anales* ni de sus *Historias*, el período comprendido entre los años 71 y 96, sus obras hubieran formado una serie continua que habría cubierto casi la integridad del primer siglo. Los rei-

nados de Claudio y Nerón, así como los del resto de los doce primeros emperadores, se conservan sin duda en las *Vidas de los Césares* que escribió Suetonio, contemporáneo de Tácito. La obra de Suetonio es más biográfica que histórica, y organiza su exposición alrededor de los rasgos del carácter y no en función de la secuencia de hechos, sucesos y acontecimientos, según los precedentes sentados por géneros bien conocidos como eran el panegírico y la invectiva, y también incluye muchas cosas que habrían sido consideradas demasiado triviales para una historia. Las obras de Tácito también coinciden en parte con la de Dión Casio, y de manera más notable en lo que concierne al principado de Tiberio. La historia de Dión continúa hasta la época en que vivió su autor, a principios del siglo III, pero la última parte sólo se conserva en la actualidad en forma de epítomes y resúmenes bizantinos. Si hacemos caso omiso de ellos, sin embargo, el linaje de los principales historiadores romanos de Tito Livio a Tácito cubre los últimos tres siglos a. C. y el primer siglo d. C., es decir, desde la consolidación del poder de Roma en Italia hasta el final del primer siglo de existencia del imperio. Las lagunas, en particular presentes en las obras de Tito Livio y Tácito, perjudican la comprensión del conjunto, aunque podemos sentirnos afortunados de que se haya conservado gran parte de sus obras. Los *Anales*, por ejemplo, se conservaron sólo en forma de dos manuscritos medievales, el primero correspondiente a una de las partes, y el segundo, a la otra.

Tácito, en consecuencia, escribió una historia contemporánea o casi contemporánea. Cita los testimonios de testigos presenciales, ancianos cuando era joven, cuyos recuerdos se remontaban hasta bien entrada la época de Tiberio (*Ann.* III 16). Por supuesto, utilizó las memorias dejadas por Tiberio y Claudio y los anales publicados del Senado, a los que, en su condición de senador, debió de tener fácil acceso. Al principio de las *Historias*, y también en su *Diálogo de los oradores*, demuestra ser muy consciente de las influencias cambiantes, culturales y políticas, en materia de formación, que trata de valorar. Al principio de las *Historias*, cuando habla de los historiadores, Tácito señala que, de los ochocientos años transcurridos desde la fundación de Roma hasta esta época, no habían faltado historiadores, y que, en tanto la historia era la del pueblo romano, fue escrita con igual elocuencia de estilo que libertad de parecer (*Hist.* I 1), pero cuando «el poder de uno solo se convirtió en una condición para la paz, aquellos grandes genios desaparecieron. Varias causas por otro lado alteraron la verdad: en primer lugar, la ignorancia de los intereses políticos en los que ya no se tenía parte; luego, el espíritu de adulación; a veces

también el odio hacia los príncipes». Dión (D. C. 53.19) iba a formular esta misma queja en relación con la imposibilidad de acceder a las causas reales de los hechos y acontecimientos. Tácito muestra una conciencia sagaz, quizá incluso excesiva, de la diferencia entre la profesión pública —lo que se cree en público— y la razón privada, y especula con libertad acerca de los motivos. En cuanto a su propia pretensión de imparcialidad —una imparcialidad oficial, y no siempre verosímil—, encontró al principio de los *Anales* una formula que se convirtió en clásica: había escrito, según decía, sin pasión ni parcialidad, «sine ira et studio».

Montaigne, al señalar los sesgos de Tácito, convierte la impresión que tiene de ellos en algo parecido a un elogio: a veces se puede ver, afirma, que los juicios de Tácito no se ajustan a los hechos, porque los presentaba sin distorsión. En gran medida es así, sobre todo en la presentación de Tiberio, el más asombroso de los retratos que hace Tácito. No descarta los rumores morbosos acerca de los vicios sexuales que rodean el retiro del emperador en Capri, pero se muestra menos interesado y es menos detallado que Suetonio. Los actos que Tiberio hace y las palabras que pronuncia en público, tal como los refiere Tácito, parecen casi siempre sensatos, humanos e incluso generosos, y encomiables aunque cínicamente cuerdos y con los pies en el suelo, lo que da a entender una positiva aversión hacia las pretensiones imperiales y la adulación. Estos rasgos, sin duda, no eran incompatibles con conductas sexuales fuera de lo corriente o, lo que era más importante para el Senado, con arrebatos letales de desconfianza, sospecha y recelo. El Senado se halla siempre en el centro de atención de Tácito, aun cuando éste lo desprecie y ridiculice; pues, al fin y al cabo, el historiador pertenecía a aquel orden. En su descripción, Tiberio se muestra siempre como una presencia lóbrega, amenazadora e inquietante, y el enigma de su carácter, velado por su taciturnidad y la preferencia por el aislamiento, recibe siempre la interpretación menos favorable, es decir, como hipocresía o duplicidad, aun cuando sus palabras y sus actos manifiestos no permitan sostenerlo. Ante la acusación de doblez, ni las palabras ni los actos proporcionan ninguna defensa. El gusto por una vida recluida, incluso su modestia, son pruebas para Tácito de su torpeza moral y de la necesidad que tiene de ocultarla. A sus silencios, su invisibilidad y a veces sus enigmáticas declaraciones, se les confiere el valor de la malevolencia y la amenaza. Si bien hoy nos resulta imposible decidir en qué medida estaba justificada esta interpretación, lo cierto es que, pese a que sin duda resulta fascinante y memorable, la implacabilidad de los juicios adversos de Tácito termina por despertar sospechas.

Aquello que se conserva con aparente certeza son los actos y las palabras de Tiberio, tal como Tácito dejó constancia de ellos. Aquel vivió de manera sobria y sin pretensiones, algo que este no pone en tela de juicio. No era un hombre mezquino, y se nos dan numerosos ejemplos de la generosidad con la que palió los infortunios públicos y particulares (Tac. *Ann.* I 75, II 37-48, 87, IV 64, VI 17). Hay ocasiones en las que demuestra tener clemencia y compasión, o en las que repudia tomar medidas contra individuos que le han faltado al respeto (I 74), como, por ejemplo, cuando veta una acusación por haber fundido una estatua de plata suya. Se dice que cada vez que dejaba el Senado exclamaba en griego: «¡Hombres dispuestos a la esclavitud!». Pero la opinión de Tácito es que era hostil por un igual a la esclavitud y a la libertad. Pocas veces se le reconoce por sus palabras y actos, considerados siempre instrumentos de una política profunda y nefaria. La tolerancia que Tiberio muestra hacia la libertad de expresión, por ejemplo, era en realidad una manera de discernir «la verdad que oculta el servilismo» (VI 38). El rechazo de la propuesta de que le erigiesen un templo en Hispania parece un modelo de sensatez: «Sí, padres conscriptos —senadores—, soy mortal, los deberes que cumplo son los de un mortal y para mi ya es bastante hallarme ocupando el rango supremo entre los hombres. Vosotros sois ya testigos de ello y quiero que la posteridad también lo recuerde ... Mis templos, mis estatuas, quiero tenerlos en vuestros corazones; esos son los más hermosos, los monumentos más duraderos, los que se han levantando en mármol son despreciados como viles sepulcros, si el odio de la posteridad revoca la apoteosis» (IV 38). Pero aun estas palabras fueron interpretadas, tal como declara Tácito sin discrepar, como atribuibles a un sentido de culpa o a la pobreza de espíritu.

En la interpretación que hace de Tiberio, Tácito parece vacilar entre percibir un deterioro real del carácter y atribuir el cambio a la creciente autoridad de Tiberio y a una necesidad cada vez menor de ocultar su verdadera naturaleza. Se ha sugerido que los escritores antiguos —se puede ver cómo esa misma pauta se repite en Suetonio— eran proclives a ver los personajes y sus caracteres como algo fijo y a atribuir la pérdida de virtudes y la aparición de vicios sólo a la desaparición del disimulo. Tácito reconoce la evidencia de las virtudes anteriores de Tiberio, pero hace hincapié en su deterioro. No obstante, el resumen que hace de la primera parte, la «buena» del reinado de Tiberio, equivale a un impresionante homenaje, en realidad una descripción del modelo del buen gobierno: libertad de deliberación, elección de los hombres más dignos para ejercer

los cargos, el obligado cumplimiento de las leyes y medidas de ayuda social auspiciadas por el emperador en casos de malas cosechas y carestía. Los cargos públicos eran controlados y no se permitía que hubiera abusos. «Las propiedades [de Tiberio] en Italia eran pocas, modesto el número de sus esclavos, y en su casa sólo había unos pocos libertos. Ante cualquier discrepancia con otros particulares se iba al foro y que la justicia se pronunciara» (IV 6). El gran cambio —funesto, dirá Tácito— coincidió con el ascenso de Sejano. Resulta tentador, aunque quizá carezca de justificación, pensar que Tácito puede que tratara de reconciliar las versiones discordantes de este cambio bajo la rúbrica general de *Hipocresía*.

La mayoría de los *Anales* —de hecho, casi todos los que no tratan de las campañas de las legiones romanas en las fronteras, en Partia, Macedonia, Armenia, Germania y Britania— se centran en las relaciones entre el emperador y el Senado, hacia el que la actitud de Tácito es a la vez mordaz y solícita. Se muestra ansioso de preservar cualquier ejemplo de mérito, digno de las generaciones pasadas, que pueda encontrar. Suscribe la opinión clásica que pone la historia al servicio de la moralidad, «me ciño —dirá— a las que señalan un carácter particular de nobleza o envilecimiento, convencido de que el principal objeto de la historia es preservar las virtudes del olvido y vincular a las palabras y los actos perversos el temor de la infamia y de la posterioridad» (III 65). Sin embargo, a veces está dispuesto a permitir que la piedad y la inquietud por el buen nombre de una familia corran un velo sobre el comportamiento abyecto: «Muertos como están, no los nombraré por respeto hacia sus antepasados» (XIV 14). Pero, en general, los cambios a los que se ve impulsado el servilismo en su búsqueda del modo de sacar provecho, o por lo menos del modo de sobrevivir, son observados con el irónico comedimiento de un hombre que los comprende quizá demasiado bien. La conocida hostilidad de Tiberio a las lisonjas añade un nuevo giro: la muestra de independencia era el único medio de adular que quedaba (I 8). La conducta pública estaba condicionada por la mirada inquieta siempre puesta en quien mandaba para juzgar su efecto, motivo por el que, con la ascensión de Tiberio, los senadores no debían «parecer ni satisfechos por la muerte de un emperador, ni apesadumbrados por la ascensión de otro, de modo que cada uno se dispuso a mezclar las lágrimas y las sonrisas, los lamentos y los halagos» (I 7). La igualdad política, tal como Tácito señala de una manera casi redundante, «era una cosa del pasado» (I 2). Pese a dejar constancia de vez en cuando de ejemplos de virtud y de independencia, que a veces acarrean la muerte, el mundo de la alta política que

describe es de manera predominante un mundo de acusaciones difamatorias, de juicios maliciosos, de espionaje y perversidad, de hipocresía y sumisión ciega.

Informar se convirtió en la plaga letal de la época:

> Se acusaba en público y aún más en secreto. No se hacían distingos, ya fueran parientes o extranjeros, amigos, conocidos o desconocidos. El hecho más olvidado, al igual que el más reciente, una conversación intrascendente en el foro o en una cena, todo se convertía en crimen. Todos competían para ser los primeros en señalar un culpable, a veces por propia seguridad, la mayoría en cambio por una especie de contagio como si hubiera contraído unas fiebres contagiosas. (VI 7)

El ambiente de sospecha y temor en la narración de Tácito se ve muy acrecentado por la deshonesta ambición, el arbitrario poder y la crueldad del esbirro de Tiberio, Sejano, comandante de la guardia pretoriana.

> En Roma nunca antes habían reinado como entonces la inquietud y el terror. La gente temblaba aun ante sus parientes más cercanos; todos evitaban los encuentros y conversar, pues conocido o desconocido, todo oído era sospechoso. Aun las cosas mudas e inanimadas inspiraban desconfianza y recelo. (IV 69)

Desde entonces los adelantos tecnológicos han mejorado los métodos de vigilancia, pero en su naturaleza esencial sigue siendo la misma. En otras partes, en *Agrícola*, al hablar de su propia experiencia de la tiranía y del sentido de vergüenza que produce, Tácito afirma: «nuestra peor desgracia con Domiciano fue verlo con la mirada clavada en nosotros» (*Agr.* 45). Cosa que trae a la memoria del lector contemporáneo la corte de Stalin, al igual que Sejano recuerda a Beria, el jefe de la policía estaliniana.

Con el tiempo, Sejano acabó excediéndose en su ambición y fue asesinado. La espantosa falta de misericordia de la crueldad política romana se expresa lamentablemente en la súplica de su joven hermana:

> Los llevaron a prisión. El muchacho comprendió cuál era su destino; pero la muchacha lo sospechaba tan poco que a menudo preguntaba cuál había sido su falta, adónde la llevaban y añadía que no lo volvería a hacer más, que la castigaran con una tunda, como se castiga a los niños. Los autores de estos tiempos refieren que al prohibir la costumbre que una virgen sufriera la pena de los criminales, el verdugo la violó con la soga fatal a su

lado. Después estranguló al uno y a la otra, y los cuerpos de los dos muchachos fueron arrojados a las escaleras Gemonias. (*Ann.* V 6)

Pero las acusaciones y los juicios no se detuvieron ahí. Para Tácito, la causa que subyacía al ascenso de Sejano al poder fue «la cólera de los dioses contra Roma» (IV 1). No sólo lamenta el destino de Roma, sino el suyo propio como historiador de la ciudad:

> Quizá la mayoría de los hechos que he referido y los que aún referiré parecerán insignificantes e indignos de la historia, lo sé; pero no se deben comparar estos *Anales* con los monumentos que han elevado los historiadores de la antigua república. Grandes guerras, tomas de ciudades, reyes vencidos y hechos cautivos y, en el interior, las disputas que oponían a los tribunos y los cónsules, las leyes agrarias y frumentarias, las rivalidades que enfrentaban a la plebe y a los patricios le ofrecían una inmensa cantera en la que dar rienda suelta a sus relatos. Mi crónica es más estrecha y mi trabajo apenas tiene gloria: una paz profunda o apenas hostigada, Roma plena de escenas de aflicción, un príncipe poco deseoso de hacer retroceder los límites del imperio. (IV 32)

Pero, prosigue, vale la pena examinar incluso lo que en apariencia parece insignificante, porque a menudo causa los mayores avances, ya sea el país una democracia, ya una oligarquía o una autocracia (la mezcla de las tres, añade Tácito, nunca dura mucho tiempo). Cuando hubo democracia, fue necesario comprender el parecer del pueblo a fin de controlarlo; cuando el Senado fue poderoso, los peritos más sensatos y prudentes fueron quienes mejor conocían su parecer. De manera análoga,

> hoy que todo ha cambiado y que Roma ya no difiere de un estado autocrático, la investigación y el conocimiento de los hechos que refiero pueden ser de utilidad. Pocos hombres, en realidad, distinguen por sus propias luces lo que envilece de lo que honora, aquello que sirve de lo que hace daño: los ejemplos de otros son la escuela de la inmensa mayoría. Por lo demás, si bien estos detalles son útiles, confieso que en pocas cosas resultarán agradables. La descripción de los países, las escenas variadas de los combates, las muertes gloriosas de los caudillos..., eso es lo que atrae, lo que aviva la atención. Pero en cuanto a mí, en este encadenamiento de órdenes crueles, acusaciones continuadas, amistades engañosas, de inocentes condenados y de procesos judiciales que tienen una misma sentencia, sólo encuentro una monótona y cansina uniformidad. (IV 32-33)

Aun así, añade que acaso se exacerbe la animosidad haciendo mención de los antepasados de los vivos que sufrieron suplicio o infamia, o puede que los vivos vean su estampa reflejada en la de otros y sientan que a ellos se les reprochan las bajezas de otros, o que se sientan avergonzados por ejemplos de gloria demasiado recientes.

El retrato que ofrecía Tácito de Calígula se ha perdido, y lo que se conserva del de Claudio, muy mutilado, se centra sobre todo en la traición de sus esposas, Mesalina y Agripina. Tácito evoca la autoridad de testigos sin nombre al dejar constancia de ello: «Los hechos que cuento, los he oído contar de su boca a nuestros ancianos o los he leído en los escritos de aquel tiempo» (XI 27). La primera parte del reinado de Nerón está dominada de manera análoga por su madre, Agripina, aunque los asuntos exteriores y las campañas, y entre ellas la de Britania, reclaman aquella parte de atención que se les suele conceder en los anales. El incendio de Roma, sin duda, constituye otro episodio. La conducta escandalosa de Nerón encuentra nuevas formas de exceso, y tanto la plebe como los senadores, junto con sus esposas y sus hijas, son considerados corruptos por la adulación y la disipación libertina, con el emperador como gran anfitrión de las fiestas. Aun la difusión del cristianismo —la superstición capital— «en la propia Roma, donde afluye y encuentra seguidores todo cuanto de infamias y horrores el mundo encierra», es una prueba adicional de decadencia (XV 44). El punto culminante —la crónica que se conserva de Tácito se detiene poco antes de la caída de Nerón— lo constituyen las persecuciones que siguen a una conspiración fallida. Tácito describe una serie de casos en detalle, deteniéndose en particular en decorosos suicidios. Siempre consciente del efecto que busca causar en sus lectores, lamenta que puedan encontrar tediosa aquella absoluta ignominia: «Esta sumisión pasiva y estos torrentes de sangre perdida en plena paz fatigan el alma y encogen de pena el corazón. Una palabra será mi única apología: que quienes lean estas páginas me permitan que no odie a unas víctimas tan vilmente resignadas» (XVI 14). Pero el fin de los hombres nobles no merece ser ignorado, y en cualquier caso su ignominia no fue su culpa, sino, de nuevo, la cólera de los dioses contra los romanos. Tal como él lo expresa, parece algo muy distinto de aquel impulso que, remontándose hasta Heródoto, confiaba a la historia escrita la tarea de preservar la memoria de las gestas memorables.

De la exposición de Tácito parece desprenderse que, de hecho, el último recurso que un miembro de la clase senatorial tenía para mostrar su dignidad era quitarse la vida. La antítesis moral aquí es estoica, entre el

esforzarse por alcanzar un poder que a fin de cuentas carece de valor y la dignidad del abandono cabal de la vida, por resultar esta ya intolerable o para evitar una ejecución inminente. La liberad sólo se halla en la liberación de la muerte y, a veces, en la tardía sinceridad o en el desafío que la muerte desata. Pero Tácito, aun reconociéndolo, también admite la pasividad contrastada con la muerte en servicio activo. La virtud romana, según parece, ya no es algo activo, patriótico y político, sino que se halla centrada en el yo y se muestra, en términos estoicos, como «filosófica». Como recompensa no tiene ya la celebridad, el renombre, sino el mero salvarse; en el mejor de los casos, la muerte sucede de forma tranquila, como la prototípica de Sócrates, en compañía de amigos, de un grupo selecto de amigos íntimos.

Uno de los motivos a favor del suicidio, como señala Tácito, es que ahorra a los parientes el embargo que conlleva la condena por traición: la preocupación por los demás incumbe a la propia familia, no al país. Se da aquí un contraste irónico, aunque Tácito no lo haga explícito. Los primeros ejemplos de firmeza romana, de los que había dejado constancia sobre todo Tito Livio, desde Lucio Junio Bruto en adelante, comportaban de manera característica el sacrificio del sentimiento de familia al servicio del estado, proclamando una victoria moral del derecho público sobre los vínculos de parentesco, que cabe considerar como un paso esencial en el desarrollo de una idea de estado y lo que ella comporta. En el mundo de malsines y de terror despótico que describe Tácito, el estado romano parecía un nostálgico recuerdo; los rasgos personales del emperador, o las acusaciones que encubiertamente alimenta, o las acciones judiciales emprendidas por malicia o adulación en el Senado, imperan en todas partes; en cuanto a la víctima, el ciudadano in extremis, los intereses personales y de familia son una vez más los predominantes. Tácito, sin lugar a dudas, es consciente de ello como un elemento que realza el contraste entre la república y el imperio; de ahí que se lamente de la tarea que recae sobre las espaldas del historiador contemporáneo.

Sus *Anales*, tal como han llegado hasta nosotros, se interrumpen en medio de una frase cuando discurre el año 66 d. C. Las *Historias*, cuyos libros fueron escritos de hecho con anterioridad, retoman la exposición de lo acaecido después de la muerte de Nerón, en 68 d. C., y dejan constancia, de una manera mucho más detallada de lo que es habitual encontrar en los *Anales*, de los hechos y acontecimientos del período comprendido entre los años 69 y 70 d. C. Si bien continuaban hasta casi el final de aquel siglo, el resto se ha perdido. El año 69 estuvo excepcional-

mente lleno de sucesos, desde guerras civiles y usurpaciones hasta cuatro cambios de emperador y el establecimiento final por Vespasiano de una nueva dinastía. El dominio de los Julio-Claudios, fundado por Augusto y vigente durante casi un siglo, estaba tocando a su fin. De ahí que el año 69 se llegara a conocer como «el año de los cuatro emperadores»: Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano. El poder supremo quedó por un momento manifiestamente en manos de los soldados, y las condiciones de la república en su época tardía fueron recreadas de forma muy condensada. Tres de los citados tenían la base de su poder en una de las provincias militares, donde cada uno fue proclamado emperador por sus tropas: Galba, en Hispania; Vitelio, en Germania, y Vespasiano —que tardó más tiempo en llegar hasta Roma—, en Oriente; mientras que Otón, asociado al poder por Nerón, fue proclamado emperador en Roma por la guardia pretoriana en una suerte de contragolpe neroniano contra Galba. De ahí que la ciudad se viera envuelta en guerras intestinas por primera vez desde hacía un siglo.

Deplorando aquellos sucesos, Tácito da a entender que debería haberse aceptado el ascenso de Galba, el primero en ser proclamado emperador, aunque reconoce también que el ganador final, Vespasiano, era en muchos aspectos el mejor y más digno de los aspirantes. A Otón, del que afirma que fue cómplice de los vicios de Nerón, y a Vitelio, del que siempre se dice que era un perezoso y un glotón compulsivo, los aborrece. Estableciendo el paralelismo con la república tardía, añade que César y Pompeyo, Augusto y Bruto habían sido honrosos antagonistas, en tanto que, cuando Otón y Vitelio se cruzaban acusaciones de perversa maldad y libertina disipación, al menos «los dos estaban en lo cierto» (*Hist.* I 74). Los sucesivos usurpadores, la reacción de los romanos ante ellos y la conducta de los soldados hacen que Tácito dé rienda suelta al arte de la ironía y los epigramas despectivos. Sobre Galba, por ejemplo, dirá: «Encumbrado por la opinión por encima de su condición particular, siempre y cuando no la dejara, y por todos considerado digno del impero, con tal que no hubiera ejercido nunca el poder» (I 49). En cuanto a Vitelio, a quien los hombres serios tenían por rastrero y servil, la prevención hacía que lo encontraran afable y llamaran «generosa bondad a la profusión sin medida ni criterio con que derrochaba cuanto que era suyo y lo que era ajeno ... haciendo pasar sus vicios por virtudes» (I 52). Resulta fácil comprender la impresión que debió de causar en el joven Edward Gibbon y apreciar las huellas que la influencia de Tácito ha dejado en algunos de sus rasgos estilísticos, así como en las posturas que adopta en la *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*.

Tácito deja constancia de las afrentas a la dignidad de Roma causadas por los tumultos del año 69 d. C. y la conducta de la guardia pretoriana con un evidente sentido de atropello que, aun si se compara con los acontecimientos terribles que iba a describir en los *Anales*, ofrece una prueba irrefutable del carácter permanente que, sin embargo, había adoptado el imperio:

> Los soldados romanos, dispuestos a matar al hombre anciano e indefenso que era su emperador con el mismo celo con que se habrían resuelto a deponer a Vologases o Pacoro del trono de los arsácidas [de Partia] ... se abrieron paso dispersando a la multitud, pisotearon al Senado y, con las armas en la mano y espoleando los caballos al galope, irrumpieron en el foro. Ni la vista del Capitolio, ni la santidad de los templos que se erguían sobre ellos, ni el pensamiento de los príncipes pasados y los aún por venir disuadieron a aquellos hombres furiosos de un crimen que iba a tener su vengador natural en todo sucesor en el ejercicio del imperio. (I 40)

Pese a las felonías que lo habían desfigurado, el título imperial se había convertido en aquello que la palabra de Octavio había reclamado para el emperador: augusto. Tácito recibe con indignación las heridas causadas a la ciudad, así como a su pueblo —de entre las que destaca el incendio del templo de Júpiter que se erigía en la colina del Capitolio—, porque fueron obra de las legiones romanas, que trataron a la propia Roma, al igual que habían tratado a las provincias pacíficas a través de las que habían avanzado, con toda la dureza y severidad propias de invasores victoriosos.

Tal como lo describe Tácito, el mundo del año 69 d. C. se había trastocado: los soldados, insubordinados de sus mandos así como de los emperadores, se habían convertido en turbas, mientras que la turba romana se volvía homicida, y de los padres conscriptos se decía que habían cometido el colosal ultraje de empuñar las espadas en la casa del Senado. Las legiones romanas saquearon ciudades pacíficas del propio imperio, como, por ejemplo, Cremona —fundada, como recuerda con sarcasmo el historiador, en calidad de baluarte contra los galos— y la mismísima Roma. Las provincias galas trataban de aplacar la ira de los soldados que cruzaban sus tierras desplegando imágenes capaces de desarmar su cólera, haciendo que mujeres y niños se prosternaran a su paso en los caminos «a fin de obtener la paz, aunque no estuvieran en guerra» (I 63). Cuando Vitelio entró en Roma, pronunció, como si se dirigiera al Senado y al pueblo de otra ciudad, un discurso en el que hacía «un magnífico

elogio de su persona, exaltando su actividad y su templanza mientras ponía por testigos de su oprobio a cuantos le escuchaban y a Italia entera, a través de la que acababa de pasear la vergüenza de su desidia, de su dejadez y de sus depravaciones» (II 90). En la capital, afirma Tácito, la plebe estaba tan corrompida que aplaudió la lucha como si estuviera viendo un combate entre gladiadores:

> Espectador de estos combates, el pueblo los presenciaba como si asistiera a los juegos del circo, alentando con gritos y aplausos a un bando y otro por turnos. [El pueblo] veía a uno y otro bando ceder y a los vencidos ocultarse en obradores y tiendas o buscar refugio en alguna gran casa, haciendo con sus clamores que los sacaran fuera y mataran ... Roma entera se hallaba sumida en aquel espectáculo cruel y horroroso: luchas, refriegas y muertos o heridos en un punto, baños y tabernas en otro; más lejos cortesanas y hombres que se prostituían como ellas, entre ríos de sangre y montones de cadáveres hacinados; de un lado todos los desenfrenos de la paz más disoluta, y del otro, todos los crímenes propios del más despiadado de los saqueos. (III 83)

Pero Roma estaba alimentando una plaga moral (aquí la influencia de Salustio se hace evidente) que infectaba a las legiones con la mácula del lujo, la molicie y la indisciplina, al igual que antes, cabría añadir, se había culpado a Capua y Beocia de hacerlo, aunque ahora el foco de la corrupción es la propia capital (II 69). Tácito describe los excesos de las tropas casi con patetismo como «no romanos» (II 73). Los soldados, en los que residía el poder —Tácito lo deja claro—, eran volubles, desordenados y confusos, no menos que codiciosos. En cierto momento, lo que había empezado siendo sólo un malentendido entre beodos fue interpretado por el emperador (Otón) y los senadores como una sublevación a gran escala, en lo que termina por convertirse un episodio de terror ignominioso no exento comicidad. Como los invitados a la cena del emperador, sumidos en un estado de alarma y preocupación agudas, no sabían si aparentar despreocupación o si los traicionaba el espanto que sentían, lo miraban de hito en hito, trata de leer en el rostro de Otón alguna señal acerca de lo que estaba ocurriendo; «pero como sucede a menudo cuando las almas recelan y desconfían, Otón inspiraba los mismos miedos y temores que él mismo sentía». Entonces el emperador les dice que se vayan, y tal señal desencadena una desbandada generalizada. Los magistrados tiran las insignias de sus cargos. A las tropas les entra también el pánico, e irrumpen corriendo en la sala de banquetes pidiendo que el em-

perador se deje ver. «En todas partes relucían las armas, las amenazas resonaban, ora contra los centuriones y los tribunos, ora contra el Senado en pleno. Un miedo ciego desorientaba y confundía los espíritus, y, como no atinaban a decir qué víctima exigía su cólera, clamaban por proceder con plena licencia contra todos» (I .82). Al final Otón se deja ver y los convence, «con lágrimas y ruegos», para que vuelvan al campamento, cosa que hicieron «de mala gana y con mala conciencia. Al día siguiente, Roma ofrecía el aspecto de una ciudad tomada: las casas estaban cerradas; las calles, desiertas; el pueblo, de luto. Y las miradas de los soldados, clavadas en el suelo, mostraban más descontento que pesar» (I 81-82). En esta confusión, los sucesivos emperadores y pretendientes, lejos de ser quienes dirigían los acontecimientos, no eran más que seres postergados, perplejos, vacilantes y pasivos. La vileza del Senado, atemorizado por las topas y preocupado sólo por protegerse contra cualquier resultado posible, es presentada por Tácito como algo lamentable. Mientras Otón reinaba y Vitelio ganaba posiciones, algunos, al denunciar a Vitelio, hacían que sus invectivas coincidieran con el clamor de numerosas voces confusas, de modo que «las verdades injuriosas» no pudieran ser oídas con claridad (I 85). El propio parlamento de Otón era insólitamente comedido en su referencia a los que apoyaban a Vitelio, algo que Tácito se siente inclinado a atribuir a la preocupación por proteger su propia piel que tenía quien le escribía los discursos (I 90). (En los *Anales*, Tácito afirma que Nerón fue el primer emperador que se sirvió del talento de otro para que le escribiera los discursos [*Ann.* XIII 3].)

En un mundo vuelto del revés, el vicio se convierte en virtud, la pobreza en una bendición y la riqueza en una lacra, y la ironía de Tácito se halla plenamente a la altura de las oportunidades que se le brindan. El Senado, al indultar a tres de sus padres conscriptos que habían sido declarados culpables de concusión en tiempos de Claudio y Nerón, cambió el cargo por el menos grave de lesa majestad, dado que esta última, por abuso, había perdido (para el Senado) su gravedad (I 77). Los soldados que iban con el ejército de Otón, al ser apresados, pidieron cuartel a Vitelio, alegando ser la causa del desastre que, en realidad, había sido el resultado fortuito de la ineficiencia. Él confió en su palabra y «los absolvió del delito de fidelidad» (II 60). Las grandes riquezas de cierta víctima senatorial hicieron que su testamento no fuera respetado, en tanto que «la pobreza protegió las últimas voluntades de Pisón» (I 48). El mismo Pisón, adoptado como heredero (César) por Galba, consiguió gracias a su título sólo una ventaja: la de morir antes que el hermano

mayor por delante del que había pasado cuando fue preferido por el emperador.

Una vez que Vespasiano tomó posesión en calidad de vencedor, los asuntos volvieron a una normalidad tambaleante, simbolizada por la descripción de las ceremonias de la nueva consagración del templo restaurado de Júpiter, aunque ya hay observaciones ominosas acerca de Domiciano, el hijo del nuevo emperador que iba a suceder a su hermano mayor, Tito, en 81 d. C. Buena parte del resto de la obra de Tácito que se conserva trata de los debates que tienen lugar en el Senado, salvo el libro V, que se dedica a una descripción confusa y claramente hostil de la historia y la religión hebreas, que habían puesto de actualidad las campañas de Vespasiano y Tito contra la rebelión de los judíos, expuestas con detalle por Flavio Josefo, historiador judío contemporáneo de Tácito. El lector de hoy puede disfrutar, por una vez, de la sensación de creer que conoce algo en mayor grado que Tácito, aunque resulta interesante ver lo difamatorias que podían ser por entonces las leyendas comunes.

Es evidente que Tácito no conoce la Biblia, cuya traducción al griego era ya por entonces asequible. Así, en la versión que da de la huida de Egipto, en la que, según afirma, coincide la mayoría de autoridades, los israelitas son *expulsados* por recomendación del dios Amón —a quien Tácito denomina *Hammon*— como un acto de purificación a través del que sanar a Egipto de una plaga de la que ellos son portadores (identificada en general como lepra). Moisés, al anunciar con audacia a los hebreos que su dios los ha abandonado, los exhorta a confiar sólo en sus propios recursos, y él mismo hace tal cosa al descubrir, después de observar el comportamiento de algunos asnos salvajes, una fuente de agua en el desierto. Al séptimo día de su éxodo, los judíos expulsan a los cananitas de su tierra, y en ella levantan una ciudad y un templo, cuyo santuario, en muestra de gratitud por su liberación, contiene una imagen de un asno salvaje, aunque en otras partes se dice que no levantaban imágenes y practicaban un monoteísmo puramente espiritual. Por eso los judíos dedicaban no sólo cada séptimo día, que señalaba el final del éxodo, sino también cada séptimo año a la más completa inactividad. Moisés les prescribió la nueva religión, cuyas prácticas resultan, al decir de Tácito, siniestras y repugnantes: prohíben la exogamia, practican la circuncisión y enseñan el desprecio hacia los otros dioses y a todo patriotismo. Tácito ofrece descripciones bastante rigurosas del Jordán y del mar Muerto, y también una referencia a la desolada llanura donde antaño se levantaban grandes y populosas ciudades. Para él, los judíos son un pue-

blo degradado, y su religión, pese a ser un monoteísmo espiritual, es «supersticiosa». La descripción que ha llegado a nuestra época termina con una breve relación del asedio y conquista de Jerusalén por Tito.

El libro V era una digresión clásica de tipo convencional, y sólo la existencia de otra fuente, más completa y mejor conocida, permite a los profanos mostrarse más críticos con esta ruptura del hilo del discurso que con otras divagaciones etnográficas similares de la historiografía antigua. Tácito observó este tipo de convenciones, aunque su manera de hacerlo (entre sus predecesores parece haber admirado sobre todo a Salustio), con su célebre laconismo, sus epigramas e ironías, resulta muy característica. En los *Anales* acepta sin lugar a dudas las responsabilidades de quien los compila, aunque las *Historias*, al dedicar tanto espacio a un período de tiempo tan breve, tienen más el aspecto de una monografía. En los *Anales*, se deja, en especial, constancia de los consulados, los augurios y presagios, así como de las muertes destacadas cuando ocurren, y la mayor parte de la atención se centra en las campañas de las fronteras del imperio; de hecho, Tácito parece lamentar que las actitudes imperiales conservadoras respecto al hecho de extender más aún los límites del imperio no le permitan tener más ocasiones para realizar este tipo de descripciones (*Ann.* IV 32). Alguna que otra vez se ve a Tácito poniendo a prueba tímidamente los límites de la forma de los anales y aspirar a un tratamiento más temático: «Si mi plan no me obligara a seguir el orden de los años, cedería a la impaciencia para narrar con anticipación los acontecimientos» (IV 71). En otro lugar, confiesa haber combinado los sucesos de dos veranos e incluso haber condensado en sólo una las campañas llevadas a cabo por dos gobernadores imperiales durante un período que abarcaba varios años: «Las he reunido por temor a que separadas dejaran un recuerdo demasiado fugaz» (XII 40; no otra cosa habría ocurrido, en realidad, de leer el texto en un pergamino).

Los asuntos de las fronteras también aportan los temas para dos obras célebres, publicadas no como digresiones, sino como monografías independientes. Una es la biografía —en lo esencial un elogio— de su suegro, Agrícola, gobernador de Britania, región de cuyas tierras incluye un estudio. La otra, *Germania*, que probablemente debe mucho a la obra de Plinio el Viejo, se considera, por lo común, la monografía de carácter etnográfico más sobresaliente que ha llegado hasta nuestros días desde el mundo antiguo. Esta obra es, sin lugar a dudas, la que ha ejercido una influencia posterior más profunda. A partir del Renacimiento, como tendremos oportunidad de ver más adelante, iba a constituir un texto decisi-

vo en la reescritura erudita, a partir de fuentes antiguas, de los primeros compases de la historia de las naciones europeas, y sustituiría a las genealogías legendarias que habían hecho remontar de manera característica sus orígenes hasta los heroicos refugiados de Troya. En el siglo XVII, *Germania* se convirtió en un texto esencial para la oposición constitucionalista al absolutismo. Por ejemplo, se concedió gran importancia a la afirmación de Tácito según la que los germanos no tenían realezas hereditarias, de modo que cabía suponer que los bárbaros de procedencia germana, como, por ejemplo, los francos y los anglosajones, que fundaron reinos nacionales en Europa sobre las ruinas del imperio romano, tampoco las habían tenido: la libertad era más antigua que el absolutismo. A partir del siglo XIX, a medida que el estudio de la prehistoria europea se hizo más proclive a descubrir los orígenes raciales y las características de las diversas naciones, se hizo mucho hincapié, con implicaciones y consecuencias que finalmente no dejaban ya presagiar nada bueno, en la afirmación informal de que las tribus germanas habían vivido siempre en Germania y no se habían mezclado con otras razas. El texto de Tácito, claramente divorciado de estas últimas preocupaciones, es una obra consumada y llena de vitalidad, cuya representación de las maneras y costumbres germanas no es, en sus efectos, hostil: la descripción que hace de la simplicidad de la vida germana, y sobre todo de sus costumbres sexuales no depravadas, se ha interpretado como una crítica implícita a las costumbres tan diferentes que imperaban en Roma. Tácito contrasta la embriaguez, la holgazanería y el natural pendenciero de los germanos con su templanza y castidad sexuales, su independencia, su valor y su lealtad.

Germania ocupa también un lugar destacado en los *Anales*, como el principal foco de peligro externo para Roma: la destrucción de las tres legiones romanas que mandaba Varo en el bosque de Teutoburgo, a manos del héroe germano Arminio (al que rinde el historiador un generoso homenaje), justo antes de que se inicie cronológicamente la obra de Tácito, causó una inmensa conmoción. Tácito evoca con vívido grafismo el horror del campo de batalla, en el que yacían los huesos de los caídos, tal como lo encontró una legión romana posterior (mandada por Germánico):

> Luego se penetra en aquellos parajes llenos de imágenes siniestras y lúgubres recuerdos. El primer campamento de Varo, con una vasta empalizada, de las dimensiones de su plaza de armas, daba testimonio de los trabajos de tres legiones. Algo más lejos, un parapeto medio en ruinas y un foso

poco profundo indicaban el lugar donde se habían replegado sus débiles restos. En medio de la llanura, osamentas blanqueadas, esparcidas o amontonadas, según huyeran o combatieran, cubrían la tierra mezcladas con miembros de caballos y lanzas rotas, y de los troncos de los árboles pendían cabezas humanas. Y en los bosques vecinos se veían las aras de los bárbaros, en las que habían sido inmolados los tribunos y los principales centuriones. (I 61)

Los germanos eran adversarios temibles, y las campañas que Tácito describe en la región del bajo Rin y el Danubio fueron asuntos de vital inquietud, acrecentada por el horror que a todas luces evocaba el temible terreno en el que eran combatidos. En *Germania*, Tácito habla con profunda emoción de lo poco atractivas que resultan las tierras de los germanos, erizadas de bosques o inundadas de hediondos pantanales, a cualquiera que no haya nacido en ellas (*Germ.* 5). Cerca del momento cronológico en el que comienzan sus *Anales*, la preocupación de Roma por estas fronteras sensibles se vio muy acrecentada debido a una serie de peligrosas rebeliones en las legiones allí estacionadas. Al leer en este punto la exposición de Tácito, es preciso recordar que la escribió inmediatamente después de tratar, en sus *Historias*, de las guerras civiles de la época, que en gran medida habían sido propiciadas por los brotes de indisciplina y rapacidad en las legiones.

La situación existente medio siglo antes se restableció gracias al mando de Germánico, el nieto de Augusto y sobrino de Tiberio, cuya prematura muerte poco después sumió al imperio en el luto entre fuertes rumores de que había sido envenenado. El peligro que representaban las rebeliones y la dificultad que suponía enfrentarse a ellas, los supo expresar Tácito en dos notables discursos, uno que puso en labios de un solado que expone las quejas de las tropas, y otro que hace pronunciar a Germánico, lleno de reproches, amonestador y conciliatorio. Tácito respeta la convención de escribir discursos, aunque los suyos son a menudo bastante breves, y a veces utiliza el estilo indirecto. Los dos discursos, el de Germánico y el del soldado, dan cierta impresión de literalidad. Bajo el despotismo, un ejército sublevado se convierte por un momento en una democracia, con toda la volatilidad e instabilidad de una democracia fundada en las quejas y sin costumbres ni tradiciones establecidas. La capacidad de persuasión a través de la oratoria pasa de nuevo a ser un instrumento político fundamental.

Tácito no pasa por alto las privaciones e injusticias que sufren los soldados, pero tal como Eric Auerbach nos aconseja, conviene no inter-

pretar la viveza con la que son enumeradas como una muestra de simpatía hacia las exigencias de los sublevados: se trata sólo de un producto del arte de Tácito, y el cabecilla de los rebeldes, Percenio, que expone los argumentos a favor de su causa, es descrito como un agitador, antiguo tramoyista en el teatro, algo que de forma clara expresa el desprecio que merece al autor de los *Anales*. Para Auerbach (*Mimesis*, capítulo 2) los discursos que escribe Tácito son «pura efusión». Apenas cabe sospechar, es cierto, que apoye la causa de Percenio: los alzados suponían un grave peligro, y era preciso reprimirlos. Y aun así, la cuestión de una simpatía imaginaria sigue siendo tentadora. Auerbach reconoce que el género retórico de escribir discursos «permitía en cierto modo introducirse en los pensamientos del supuesto orador». La cuestión sigue siendo cómo podría darse una comprensión receptiva y fiel, aunque fuera sólo por motivos puramente estéticos, y a la vez no haber ninguna. A los ojos del lector actual, el discurso de Percenio resulta convincente al tiempo que rebosa en elocuencia. Aunque sea en el terreno de la imaginación, Tácito comprende su caso:

> Ya era una bajeza bastante prolongada y vergonzosa ir curvándose, durante treinta o cuarenta años, bajo el peso del servicio, desgastados los cuerpos por la edad y mutilados por las heridas. Pero ni siquiera cuando se licenciaban terminaban sus miserias: después, debían seguir vinculados a su bandera como reservas sólo para sufrir las mismas fatigas bajo otro nombre. Y si alguien lograba salir con vida de unas pruebas tan duras, se lo llevaban a regiones lejanas, donde recibía como tierras el fango de los pantanales y rocas sin cultivar. El oficio de las armas en sí mismo era duro, ingrato e infructuoso: dos sestercios y medio por día era el precio que valían el alma y el cuerpo del soldado, y con esa suma debía procurarse armas, ropas, toldos, librarse de la crueldad de los centuriones y pagarse la más perentoria inmunidad. Pero los azotes, las heridas, los crudos inviernos, los veranos laboriosos, las guerras sangrientas, las paces estériles siempre nos acompañarán. El único remedio consiste en someter la profesión militar a unas condiciones fijadas: cuatro sestercios al día, la licencia al final del décimo sexto año, y, pasado esté plazo, ninguna obligación de permanecer vinculado a la bandera como reserva. (*Ann.* I 17)

En respuesta, Germánico pone en escena un espectacular intento de suicidio que actúa como revulsivo en el sentir de sus hombres, y una vez restablecido el orden, los cabecillas de la sedición son pasados por las armas. Los soldados, afirma Tácito, no sólo lo toleraron, sino que «se de-

leitaron viendo aquella carnicería, como si de aquel modo purgaran sus faltas» (I 44).

Al menos, la defensa de los soldados ha podido ser expuesta de manera convincente. Lo mismo cabe decir de la manera en que Tácito trata a los bárbaros. De hecho, el homenaje que rinde a Arminio equivale a una memorable nota necrológica: «Este hombre fue indiscutiblemente el liberador de la Germania [el título de *liberator Germaniae* que se le asignó con posterioridad proviene de Tácito] ... Cantado aún en estos días por los bárbaros, es obviado por los [historiadores] griegos, que no admiran otros héroes que no sean los suyos, y muy poco celebrado entre los romanos, quienes, entusiastas del pasado, menosprecian todo lo que es de nuestros días» (I 88). En la manera en que Tácito rinde homenaje a Arminio, haciéndolo ascender a un heroico Valhala internacional, se percibe un elemento del sentimiento que luego reaparecerá en *The Ballad of East and West*, de Kipling. Tácito está al corriente del valor y la dignidad de los bárbaros, e incluso llega a presentar en epigramas inolvidables los reproches que aquellos hacen a los romanos. El caudillo britano Carataco, que fue llevado cautivo a Roma, dice a los que han conquistado sus tierras, en una escena que pasaría a ser canónica en toda aula de historia de la Inglaterra victoriana: «que queráis gobernarnos a todos no es razón para que todos acepten la esclavitud» (XII 37). Tácito emplea a menudo este último término para aludir a la conquista romana. Hace que un germano, que denuncia la codicia de Roma, exprese de manera inolvidable su rechazo de las condiciones que se le ofrecen: «Puede que no tengamos tierra, añadió, para vivir; pero no nos faltará para morir» (XIII 56). Una vez más, en una frase que se ha convertido en canónica, en la biografía de Agrícola, al portavoz de los britanos se le hace expresar antes de su decisiva derrota lo que, al leerlo, puede parecer un juicio definitivo sobre el imperialismo de Roma. Después de hablar del suyo como el último de los pueblos libres, identifica a los romanos como «los únicos en el mundo que codician con la misma pasión las tierras de abundancia y las de indigencia. Robar, masacrar, saquear es a lo que ellos dan el nombre falaz de "asentar su gobierno". Si de una tierra fértil hacen un desierto, dirán que la pacifican» (*Agr.* 30).

Los juicios del propio Tácito son a menudo categóricos, aunque, considerados en general, no son simples. Ve, y lamenta, que la nobleza de carácter propia del período republicano ya se haya perdido en amplia medida; pero insiste en dejar constancia de las excepciones que le son contemporáneas y reprueba, como en el caso de Arminio, la exclusiva

adulación de la Antigüedad. Reconoce que la paz y la seguridad exigieron que la república fuera desbancada y reemplazada por el imperio, de cuyas aberraciones, y del servilismo que ellas suscitaron, él, Tácito, es despiadado cronista. Describe satíricamente el servilismo adulador del Senado, pero reconoce que por experiencia sabe el terror que se siente cuando se está bajo la mirada de un tirano y la casi imposibilidad de reconciliar la snpervivencia con la preservación de la integridad personal. El precio de conservar la vida en este tipo de circunstancias es elevado, y sus efectos, duraderos, aun cuando la tiranía, por decirlo así, se relaje. Al hablar de la época terrible de Domiciano, lamenta los años perdidos, así como la erosión del vigor y la integridad que él y su generación han sufrido en sus propias carnes:

> Pensadlo: así han pasado quince años, una parte nada despreciable en la vida de un hombre. Muchos han muerto debido al azar de las circunstancias, y los más combativos han caído víctimas de la crueldad del emperador. Y unos pocos somos los que sobrevivimos, no ya a los otros, sino, ¿cómo decirlo?, a nosotros mismos, después de que nos hubieran despojado de tantos de los mejores años de nuestra vida. (*Agr.* 3)

La concepción que Tácito se hace de la decadencia moral en lo que a Roma concierne, aunque real, parece menos determinista que algunas otras; asimismo especula que los cambios en las costumbres y las maneras pueden ser cíclicos (*Ann.* III 54). No hay duda de que lamenta ciertos aspectos del pasado, pero no es un idealizador nato, al igual que tampoco su aprobación del imperialismo romano puede pasar con facilidad por anodina. Los dioses deben de haberse enojado con Roma y han empleado a los tiranos como flagelos: una idea que más tarde reaparecerá en san Agustín de Hipona. Los sufrimientos de Roma demuestran que, «si los dioses no velan por nuestro solaz y sosiego, se ocupan con ahínco en castigarnos» (*Hist.* I 3). Sin embargo, el presente es por lo menos mucho mejor que el pasado reciente, y Tácito agradece haber vivido para verlo: los tiempos que corren, dirá, son «poco frecuentes y afortunados, pues en ellos está permitido pensar lo que uno quiere y decir lo que uno piensa»; homenaje sentido a la época de Nerva y Trajano, en la que produce sus escritos (I 1).

En cierto sentido Tácito es un severo moralista que denuncia los extremos del vicio que atribuye sin reparos a los individuos, al Senado romano y a la plebe, así como a los emperadores: servilismo, adulación,

recelo malévolo, acechanza y falsas acusaciones, disturbios, tumultos, sediciones y crueldad. Tácito suscribe de forma categórica la opinión según la que la función de la historia consiste en fomentar la virtud y censurar severamente el vicio, preservando para ello ejemplos de una y otro (*Ann.* III 65, e *Hist.* III 51), aunque comparado con Tito Livio, que comparte esta misma actitud, los ejemplos que reúne son con frecuencia más conminatorios que cabales. (Tampoco sabemos cuáles hubieran sido los de Tito Livio de haber vivido en torno a la misma época.) Tácito considera la hipocresía inherente al sistema de Augusto —la preservación de las formas externas de un igualitarismo republicano—, con lo que, en realidad, se amplían, en lugar de mitigarse, los horrores derivados de la servidumbre (*Ann.* I 81); pero no hay alternativa, y cuando en 97 d. C. aceptó el consulado, él mismo desempeñó también un notable papel en aquella farsa.

Estas complejidades y quizá una esmerada instrucción en el arte de aparentar conformidad son expresadas, con tino, como ironía, un arte en el que Tácito era todo un maestro. Hemos señalado al empezar la afinidad que hacia el autor latino sintió Edward Gibbon, quien, en la *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, exploró aquellas mismas ambivalencias y contradicciones, incluidas las virtudes, en apariencia incompatibles, de la civilización y la barbarie, además de los vicios que, inseparables, las acompañan. El mundo moral y político no es ni puro ni simple. Cuando Gibbon escribe que los griegos, en el apogeo de su imperio, llevaban ya tiempo siendo «civilizados y corruptos» (*HDCIR*, II), o qne los caledonios —se trata casi de un resumen de Tácito— conservaron en la parte septentrional de la isla «una independencia que debían no menos a su pobreza que a su valentía y coraje» (*HDCIR*, I), resulta fácil imaginarse a Tácito asintiendo en muestra de reconocimiento, tal como Gibbon sin duda debió de hacer a menudo mientras leía al romano.

9

LA HISTORIA DE ROMA DESDE LAS PROVINCIAS: FLAVIO JOSEFO Y LA REVUELTA JUDÍA

Cuando a Vespasiano, el último de los cuatro emperadores que serían proclamados en 69 d. C., lo convencieron para que hiciera valer sus derechos, se hallaba al mando de las legiones romanas apostadas en Palestina, tratando de sofocar la sublevación de los judíos que había empezado tres años antes. Dejó a Tito, su hijo, al mando, y en su partida le acompañó un antiguo cabecilla de los rebeldes hebreos de Galilea, Josefo, el futuro historiador de aquel motín. Tras ser capturado por los romanos, se había ganado el favor de Vespasiano al vaticinarle que se convertiría en emperador. En este tipo de cosas, al parecer, el judío se había forjado cierto prestigio de exactitud. De este modo, se le permitió estar presente, junto a las tropas romanas, en el sitio de Jerusalén, que inició Vespasiano y completó Tito, y del que con posterioridad dejaría detallada constancia. Después de terminada la guerra, con su vaticinio avalado por los hechos, continuó gozando del favor del emperador Vespasiano y, dotado de una pensión, así como de la ciudadanía romana, volvió a una propiedad que había adquirido en Roma, donde escribió cuatro obras que aún hoy se conservan.

La primera, titulada *La guerra judía*, era, en gran medida, un texto de historia contemporánea, centrado en la contienda en la que había tomado parte en ambos bandos. La escribió, afirma, para enmendar errores comunes y proporcionar un testimonio auténtico. Primero la redactó en arameo, su lengua natal, y luego la tradujo al griego. Contó con la ventaja de tener acceso a las memorias de Vespasiano y Tito, que al aparecer exa-

minaron y censuraron el texto del judío. Las obras posteriores, entre ellas una autobiografía enjuta e interesada en la que reivindicaba el papel que había tenido en la guerra, fueron escritas en griego. Las otras dos, en cambio, trataban no de su persona, sino de su pueblo. *Antigüedades judías* es un resumen y paráfrasis de la Biblia hebrea, con omisiones y añadidos menores, al que se sumó la historia posterior de Palestina hasta su época. En ella se repite y amplía a fondo el primar tercio de *La guerra judía*, de la que constituye una suerte de introducción histórica, que abarca aproximadamente dos siglos.

En *La guerra judía*, las variaciones respecto al texto bíblico a veces son fruto del propio conocimiento que Josefo tiene de la ley y las tradiciones hebreas, pero también evidencian cierta preocupación por no dar nuevas oportunidades a su denigración por extranjeros. Omite, por ejemplo, el pasaje de adoración del becerro de oro, supuestamente a fin de no reafirmar la calumnia por entonces muy difundida según la que los judíos rendían culto a los animales (*BI* III 99).*

Josefo era un erudito judío, sacerdote y fariseo. A la vista del papel que desempeñó a lo largo de toda la guerra —que terminó, desde el punto de vista de los nacionalistas, como colaborador de los romanos—, es importante hacer hincapié en que, si bien no puede tenerse por un político radical, y deploró la rebelión y el comportamiento de los dirigentes nacionalistas, a los que consideraba fanáticos y terroristas que no hacían más que hundir a su pueblo en la miseria, era, no obstante, un judío patriota y orgulloso de serlo, preocupado por que el mundo de habla griega entendiera y respetara la ley y las costumbres judías. Esto aflora claramente en su última obra, un texto polémico que acabó tomando el título de *Contra Apión* —por el nombre de uno de los críticos griegos a los que atacó—, y en la que se propuso refutar las difamaciones de los griegos contra las creencias y las prácticas hebreas, así como el pregonado rechazo de la antigüedad de los textos sagrados hebreos.

Pese a aquel breve período en que ejerció de general de los rebeldes, Josefo fue en el imperio romano un habitante de provincias amante de la paz, que hizo suya la tarea de explicar los asuntos de su turbulenta provincia y su insólita población, a menudo difamada, a la parte de habla griega del imperio, en la que se incluía, sin duda, la clase educada de Roma. En el relato que hizo de la guerra, aunque no justifica al gobernador romano, la crítica más dura se dirige hacia los intransigentes judíos, y no a los

* Véase asimismo lo que respecto de Tácito se expone en la p. 175 de esta obra.

mandos romanos, Vespasiano y Tito, que fueron sus protectores. No tenemos ningún motivo para suponer que estas críticas no representen los puntos de vista y las opiniones del propio Josefo. Sin embargo, su exposición de los hechos se hace sobre todo desde un punto de vista judío: es el sufrimiento de la población común, y en especial de los habitantes de Jerusalén, y el comportamiento faccioso y criminal de los insurgentes lo que atraía su atención, mientras que su lamento sobre la ciudad y el Templo destruidos es, a todas luces, hondamente sentido.

Cuando, en las primeras páginas de este libro, examinábamos la originalidad del proyecto de «investigación» de Heródoto, hicimos la observación, por lo demás evidente, de que era el historiador quien preguntaba y quien describía los pueblos exóticos: aquellos pueblos ni preguntaban a los griegos con el mismo propósito, ni, salvo en las respuestas que daban a Heródoto, se describían pensando en un auditorio que no los conocía. Esta observación ahora precisa de cierta explicación ampliada, pues Josefo se nos presenta, siglos después, precisamente como historiador y etnógrafo de su propio pueblo, tal como lo muestra en la digresión de *La guerra judía* en la que explica las creencias de los saduceos, fariseos y esenios. De hecho, no mucho tiempo después de Heródoto, hicieron su aparición escritores que pese a no ser griegos habían adoptado la manera helena de descripción etnográfica y de escribir la historia, y la practicaron de manera reflexiva; lo hicieron, según parece, imitando a Heródoto, de modo que practicaron un género griego, al igual que hizo en realidad Josefo. En el siglo III a. C., el historiador romano Fabio Pictor, había escrito una historia de Roma desde los tiempos de Rómulo en lengua griega, presentándola así al mundo heleno.* El sacerdote egipcio del siglo III a. C. Manetón, cuya historia de Egipto en griego fue muy conocida en el mundo antiguo, es uno de los blancos a los que apuntan las críticas de Josefo. Al atacarle, este contradice la vieja leyenda, alimentada por Hecateo de Mileto y recogida, como hemos visto, por Tácito, según la que los hebreos emprenden su emigración al ser expulsados de Egipto por leprosos y no tras arrancar su liberación a un faraón renuente, como lo expone el libro del *Éxodo* (*BI* II 265).

En el mundo griego, la idea de la presencia entre los judíos de sabios filósofos, análogos a los magos persas, también parece haber sido moneda corriente. Y en ella tal vez se encuentre el origen de una imagen que, mucho tiempo después, hizo de la Cábala hebrea uno de los textos mági-

* Véase más arriba p. 127.

cos decisivos de la tradición ocultista europea y otorgó al rey Salomón su papel en la francmasonería. Pero durante la media docena de siglos siguientes, aquella imagen ocupó el lugar, cuando lo ocupó, de un conocimiento más directo. Si bien la Biblia estuvo disponible en la traducción griega, para provecho de la diáspora judía que hablaba dicha lengua, antes de que terminara el siglo II a. C., y era, tal como hemos visto, parafraseada en griego por Josefo en el siglo I d. C., parece que causó escasa impresión en el mundo de los gentiles hasta el advenimiento del cristianismo,* en el que la relación con la tradición judaica era una cuestión de importancia. Por otro lado, gracias sobre todo a *La guerra de los judíos* de Josefo conocemos más de la Palestina del primer siglo de la era cristiana que de cualquier otra región del imperio: con él, una provincia romana encontró una voz y habló de sí misma y de la experiencia del gobierno romano. Un escritor que no era griego ni romano, presenta a su pueblo al amplio mundo siguiendo las convenciones de la historiografía grecorromana. De haber habido un historiador britano de similar capacidad, conoceríamos muchísimas más cosas de la Britania romana de las que hoy sabemos.

Josefo comienza su extenso preámbulo a *La guerra de los judíos* con el siglo II a. C., cuando Palestina era un territorio disputado por Siria y Egipto, dos reinos sucesores del imperio de Alejandro. Se nos dice que los hebreos habían conseguido afirmar su independencia, liderados por la familia de los macabeos, después de que la profanación del Templo por el rey de Siria actuara como desencadenante de la rebelión. La narración de Josefo avanza rápidamente hasta el inicio de la carrera política de Herodes el Grande, que en la segunda mitad del siglo I a. C. se asentó en el poder gracias a haber cultivado el favor de los romanos, quienes por entonces eran la potencia dominante en la región, y fue reconocido por ellos como rey de los judíos en 40 a. C., aunque Judea fue puesta más adelante bajo el gobierno directo de Roma (6 d. C.) y de un gobernador romano. Los sucesores de Herodes seguían siendo, medio siglo después, soberanos locales vasallos de Roma, y el más próspero de todos ellos, Agripa II, desempeñó un papel periférico (que Josefo describe) al lado de Roma y de los judíos moderados en la guerra de 67-70 d. C. Herodes el Grande fue un político consumado, que logró negociar con brillantez las transiciones rápidas y violentas que jalonaron la política de Roma en su época; supo tratar sucesivamente con Pompeyo, César, Casio, Anto-

* Véase, por ejemplo, más abajo, p. 224.

nio y Octavio (a quien Josefo llama «César», tal como hará con los emperadores posteriores), y mantener con todos ellos una estrecha amistad; y si aquello era oportunismo, parece que Herodes hizo de ello todo un arte.

Josefo nos presenta los copiosos proyectos edilicios de Herodes, la restauración y mejora del Templo, otras edificaciones destacadas dentro y fuera de Palestina y la fundación, en un lugar de Cesarea muy poco relevante con anterioridad, de una gran ciudad helenística en la costa septentrional de Palestina. La escabrosa y atormentada vida familiar de Herodes es examinada e investigada a fondo por Josefo, que tuvo acceso a las memorias del rey. Las secciones que le dedica, así como las luchas sucesorias, ponen a prueba la capacidad de concentración de lector, quizá en gran medida porque la dinastía real, prolífica en difamaciones y traiciones, era cicatera con los nombres, contentándose sobre todo con permutaciones de Antipas, Antípatro, Aristóbulo, Agripa y, desde luego, Herodes. Cierto es que las familias reales a menudo se comportaban de aquel modo, pero parece un acto de pura y gratuita indecencia por parte de Herodes haber asesinado a su primera mujer, Mariamna, sólo para desposarse con otra también llamada así. Salomé, la célebre hija de Herodías (una variación a la que obligaba el sexo), no aparece en Josefo, pero fue astilla del mismo palo. Su bisabuela Salomé (de qué otro modo, si no, iba a llamarse) no sólo incitó a Herodes para que diera muerte a su esposa, sino que, con el acuerdo de su sobrino, entró en los aposentos del rey y mantuvo relaciones sexuales con el soberano contra la voluntad de éste. Así se las gastaba aquella familia (*BJ* I 443, 499).

En el marco de las crecientes fricciones entre los romanos, que habían hecho de los soberanos locales sus vasallos, y la población, la inviolabilidad sagrada del Templo constituye, en la exposición que hace Josefo, una fuente recurrente de tensión. Pompeyo había violado el santuario al entrar en él con sus oficiales, pero se había abstenido de saquearlo. Craso, sin embargo, en 55 a. C., había robado el tesoro. Herodes, edomita helenizado y no judío, provocó un motín en 5 a. C. al adornar la puerta del Templo con un águila real. Algunos jóvenes celotas, fanáticos defensores de la Ley, la tiraron, al parecer, al suelo —si bien la observación resulta discutible—, y tanto aquellos jóvenes como los rabinos que los incitaron a hacerlo fueron condenados por Herodes a ser quemados vivos. El emperador Calígula, casi medio siglo después, con su determinación a hacer que se colocara una estatua suya con los atributos de Zeus en el Templo, también puso en riesgo la paz de la región, y si se consiguió evi-

tar la violencia fue sólo con el oportuno asesinato del emperador. La descripción que Josefo hace del estado en que se halla Palestina en el período que desembocó en el estallido de la rebelión de 66-67 d. C. ofrece una imagen gráfica y verosímil de un país que se desliza sin esperanza hacia la anarquía bajo la influencia de falsos profetas, cabecillas de bandoleros, odios intestinos y un gobernador incapaz de hacer frente a la situación: «Los impostores y los bandidos unieron fuerzas para conducir a la defección y llamar a la libertad a un gran número de judíos, amenazando de muerte a quienes se sometieran al dominio de Roma» (II 264). Algunos de los extremistas religiosos consideraban toda forma de autoridad secular ilegítima y maligna, y se comportaban en consonancia. Resultaba inevitable que, además de los letales conflictos intestinos entre las diversas facciones, hubiera muchas provocaciones mutuas entre los agitadores más nacionalistas, los fanáticos religiosos y el poder imperial, agravados más aún por las fricciones y roces entre las comunidades. En Cesarea surgió un conflicto entre judíos y griegos tras quedar obstruido en parte uno de los accesos a cierta sinagoga. Cuando jóvenes judíos tomaron la iniciativa y despejaron el camino, algunos griegos respondieron colocando un orinal delante del edificio para hacer ver que estaban efectuando un sacrificio con aves de corral. Aquello acabó exasperando los ánimos y desembocó en un baño de sangre (II 289).

Floro, el procurador romano cuya codicia Josefo criticará implacable, hizo también su aportación al agravamiento de la situación cuando asaltó el tesoro del Templo en busca de oro, del que debía de andar falto. Enfrentado a disturbios civiles en Jerusalén, contraatacó fomentando lo que equivalía a un motín militar de los romanos, con pillaje y pérdida de muchas vidas, después de lo cual se retiró a Cesarea. Los exaltados inclinados a la rebelión se adueñaron del Templo y lo convirtieron en su cuartel general; en un momento dado, antes de que se iniciara el asedio que acabaría con los conflictos internos, una facción hizo suya la parte superior del complejo del Templo, y otra, la inferior, y ambas lucharon mutuamente con extrema violencia. Un contingente de soldados romanos, después de habérsele aceptado las condiciones que pedía para rendirse, fue masacrado en cuando depuso las armas, mientras los judíos respetables que podían permitírselo huían de la ciudad.

El asedio de Jerusalén por los romanos constituye, como es natural, el centro de la historia de Josefo; pero antes —y quizá con idéntica naturalidad, aunque egocéntrica— dedica un espacio considerable a la campaña preliminar entablada en Galilea, donde se le había designado jefe de

los judíos insurrectos. Aun así, dicho episodio duró muy poco, porque los romanos enseguida se alzaron con la victoria, y apenas si fue decisivo. La versión que Josefo hace de sus logros en Galilea no es demasiado modesta: según cuenta, era un organizador militar excelente, hábil y audaz, sin miedo a nada. Admiraba la disciplina militar de los romanos, y la describe en una interesante digresión. Josefo era por lo visto la esperanza de su pueblo, una figura de vital importancia para su moral, y su captura por los romanos fue sentida como un desastre nacional.

La versión que nos ofrece de su prendimiento, aunque ingeniosa, no resulta del todo convincente, y si se comportó algo peor de lo que dice haber hecho, entonces debió de obrar muy mal. Tras lograr escapar a la suerte de su ejército derrotado, «ayudado por la divina providencia», se encontró buscando un lugar donde ocultarse con cuarenta de sus compañeros. Descubiertos por los romanos, quienes les ofrecen protección, Josefo piensa en entregarse; pero sus compañeros protestan ante lo que consideran un abandono y aconsejan el suicidio. Josefo pronuncia un discurso, algo académico, aunque decididamente bien elaborado, en el que condena el suicidio en general, aunque, como era de esperar, no llega a calar en quienes le escuchan (los discursos que Josefo pronuncia ante otros resultan también inverosímiles muy a menudo en cuanto razonamientos improvisados bajo tensión). Luego, Josefo les sugiere que echen a suertes quién matará a quién, y que el último que quede con vida se maté con sus propias manos. Ésta fue la fórmula que después adoptarían los defensores de Masada, y que Josefo conocía antes de comenzar su obra, ya que la describe. Los demás acatan la propuesta, matando y ofreciéndose para que los maten según las reglas, hasta que sólo quedan con vida («¿debemos atribuirlo a la divina providencia, o sólo a la suerte?») Josefo y otro de sus compañeros. Rodeados por los cadáveres de los que habían obedecido, Josefo, según parece, consigue convencer a su compañero de que, si bien la idea era suya, fallaba en lo fundamental. Y los dos se entregan (III 341-391).

Después de un período de cautiverio, Josefo es dueño de empezar su carrera de colaboración y disfrutar del favor de Vespasiano después de haber vaticinado la futura grandeza del general. Al parecer, aquel creyó firmemente en su capacidad para predecir el futuro e interpretar las profecías, así como sus propios sueños premonitorios. Presenció el asedio de Jerusalén en primera fila, o si no, desde una posición no muy abrigada —en cierta ocasión recibió el impacto de un proyectil que había sido lanzado desde las murallas—, desde la que gritaba a los sitiados en su pro-

pia lengua que la resistencia era inútil —algo que de hecho creía— y que debían rendirse. También menciona la información que le hacían llegar los que desertaban acerca de las condiciones que se estaban dando en el interior de la ciudad. El papel que desempeñó se hubiera descrito utilizado términos del lenguaje militar moderno como «propaganda e inteligencia». Al juzgar su conducta en estos hechos hemos de recordar —y no hay motivo para no creer en su palabra— que se había opuesto a la guerra, creía que la rebelión estaba sentenciada, condenó a los que la dirigían y tomó parte en ella sabiendo que era un error. Con anterioridad, pone en boca del rey Agripa un largo discurso en el que arenga a los judíos sobre el poderío de Roma y la inutilidad de su resistencia, que según parece expresa también el sentir de Josefo (II 242-404). Había visitado y vivido un tiempo en Roma. No le faltaban motivos para presentar a quienes encabezaban a los insurgentes en la ciudad como asesinos, bandidos y fanáticos, algo que hace repetidamente, denunciando sus luchas intestinas, la profanación del Templo, la falta de piedad y misericordia hacia los ciudadanos corrientes y la inutilidad de todo aquello, el inmenso sufrimiento y la absoluta devastación infligidas al Templo y a la ciudad.

Josefo trata de explicar por todos los medios que los propios judíos se habían buscado aquella devastación y que en gran medida la habían provocado. Habla de los dirigentes de la rebelión como celotas, y la única cualidad positiva que les reconoce —aunque, como judío, se enorgullece de ello— es su extraordinario e indómito valor. El cataclismo final aparece descrito en términos apocalípticos:

> Mientras el Templo ardía, los soldados saqueaban todo lo que encontraban a diestro y siniestro, y masacraban en masa a los que cogían por sorpresa, sin piedad ... [N]iños y ancianos, laicos y sacerdotes eran pasados por la espada por un igual; la guerra envolvía a todos, suplicantes y combatientes. El crepitar de las llamas desenfrenadas se mezclaba con los gemidos de los que caían; la altura de la colina y la inmensidad del edifico que el fuego consumía daban la impresión de que toda la ciudad quemaba, a lo que se sumaba un ruido terrible como no se puede imaginar en el que se confundía el clamor victorioso de las legiones romanas que se alzaban en masa, los aullidos de los facciosos atrapados en aquel círculo de fuego y hierro, la huida enloquecida del pueblo ... Con los gritos de los judíos de la colina se mezclaban los de la multitud desparramada por la ciudad ... Pero los sufrimientos eran aún más terribles que el tumulto; parecía que la colina del Templo, sumida en las llamas que la envolvían por todas partes, ardía consumiéndose hasta sus mismas raíces. (VI 270-277)

Al recapitular las causas de la catástrofe, Josefo señala en particular la paradoja de que, mientras se hacía caso omiso de las claras advertencias divinas, se abrazaran crédulamente las falsas profecías y los Mesías espurios: los judíos habían malinterpretado literalmente los signos. Algunos de los que aún resistían pidieron entonces entablar negociación. Tito les responderá con un discurso, tan largo que resulta inverosímil, en el que justifica la política romana y condena la perversidad de los judíos al seguir adelante con una causa que tenían perdida. Según Josefo, Tito había deseado perdonar a la ciudad y el Templo, pero al final «había dado permiso a sus hombres para que quemaran y saquearan la ciudad» (IV 253), algo que hicieron a conciencia, mientras saqueaban sistemáticamente el tesoro del Templo. Las figuras de los soldados romanos llevándose las vasijas sagradas que fueron labradas en relieve en el arco de Tito en Roma constituyen una de las impresiones más duraderas que nos ha legado el mundo antiguo.

La destrucción de Jerusalén constituye un clímax insuperable para la historia que cuenta Josefo, pero aún había espacio para un par de escenas de gran efecto dramático. Una es el triunfo romano de Vespasiano y Tito, que es descrito en toda su pompa y esplendor. Más interesante, y al parecer fuera de lo corriente, es la secuencia de escenas labradas en relieve que ocupa tres o cuatro pisos de alto en el arco de Tito y en la que se representaron diferentes fases de la guerra: hombres que huyen y que son hechos cautivos; máquinas de asedio que baten las murallas; un ejército que entra en tropel por las brechas abiertas en ellas; templos ardiendo, y un campo en llamas. La caída de Jerusalén cautivó a todas luces la imaginación de los romanos. Luego, uno de los cabecillas de la rebelión, Simón ben Giora, un bestia negra particularmente detestada por Josefo, fue ejecutado en el foro, y Vespasiano depositó los tesoros del Templo —la mesa de oro, el candelabro de siete brazos y el resto— en el templo de la Paz, cuya construcción acababa de culminar. La otra pieza obligada es la caída de la fortaleza tallada en la roca de Masada en 73 d. C., y el suicidio en masa de sus defensores. Ninguno de ellos hizo como Josefo y sobrevivió.

Para los historiadores antiguos era habitual reclamar para el tema de sus escritos algún adjetivo superlativo como el «mayor» o el «mejor» en alguna de las categorías importantes. Sin tomar en consideración la aritmética —siempre dudosa en la obra de Josefo—, pocos de los que consiguen llegar al final del relato que hace de la guerra de los judíos se sienten proclives, en términos emocionales me refiero, a poner en tela de juicio

su superlativa tristeza: «Ninguna destrucción causada por Dios o por el hombre se acerca a la carnicería absoluta de esta guerra» (VI 9.4). Los historiadores de la antigüedad hicieron especial hincapié en los horrores de la guerra, y la obra de Josefo es insuperable en la manera en que los maneja, dadas sus descripciones de las matanzas, de la intransigencia suicida a la que inducen los nacionalistas y el fanatismo religioso, de los terroristas despiadados cuyos actos se dirigen hacia poblaciones pacíficas, del fratricidio entre facciones rivales y sus caudillos, con la utilización de los edificios sagrados como fortalezas y la intervención final y aplastante del poder imperial, que se entrega, rebasada toda paciencia y capacidad de discernimiento, a sus propias atrocidades y a la destrucción sistemática. Se trata de una reflexión aleccionadora considerar que si, entre las versiones que los historiadores antiguos nos han legado del salvajismo humano, la de Josefo es en especial desgarradora, también resulta particularmente conocida.

10

AMIANO MARCELINO: EL ÚLTIMO HISTORIADOR PAGANO

De Amiano Marcelino se ha dicho que es «el historiador solitario». Era un griego pagano que escribió en latín hacia fines del siglo IV d. C. en un mundo por entonces oficialmente cristiano. Entre él y Tácito, cuyas obras se escribieron tres siglos antes, se extiende algo asimilar a un desierto historiográfico, en el que no hay historias de primera categoría que se hayan conservado hasta nuestros días. En cierta medida la aparición de un paréntesis es resultado de los accidentes responsables de la conservación, o mejor dicho de la desaparición, de las fuentes manuscritas. Como hemos tenido oportunidad de ver, Dión Casio continuó su historia de Roma abarcando hasta la época en la que vivió, los últimos años del siglo III, pero de la última parte se conserva sólo un epítome escrito en época bizantina. En el caso de Amiano, se ha conservado más de la mitad de su obra en forma de un único manuscrito escrito en el siglo IX. La primera parte, que empezaba a fines del siglo I d. C., más o menos donde Tácito había dejado la suya, se ha perdido; de modo que este texto es sólo por accidente exclusivamente contemporáneo. El conjunto debió de haber sido una obra desprovista de equilibrio, dado que los dos siglos y medio anteriores se cubrían en sólo trece libros, mientras que los diecisiete libros restantes cubren veinticuatro años (354-378 d. C.); un hecho nada insólito, pues las obras de historia tendían a hacerse más densas conforme llegaban a la época en la que vivía su autor.

El citado desierto historiográfico lo cruzaría mil cuatrocientos años después Edward Gibbon, cuya *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* comienza a mediados del siglo II de la era cristiana, y nos podemos hacer una idea de las dificultades que ello supuso a partir de los

notas que recogió en el capítulo XXIII. Gibbon utilizó los epítomes que se conservaban de Dión Casio y también de otros historiadores griegos: Herodiano, Aurelio Víctor (abreviado), a los que Amiano puede que conociera, y Zósimo (en gran medida perdido). También utilizó, quejándose no poco de su calidad, aunque sin darse cuenta de que se trataba también de una obra de historia contemporánea, por más que pretendiera ser otra cosa, la *Historia augusta*, una compilación extraordinaria de biografías imperiales escrita en latín. Son frecuentes los disgustados resoplidos de Gibbon ante aquella obra, a cuyo autor tilda de «biógrafo desdichado» o «un escritor de lo más impreciso». Con evidente alivio, Gibbon llega a la tierra firme de la historia de Amiano, aunque se muestra crítico con aquel «lápiz tosco y mediocre» (*HDCIR*, XVIII, n. 5).

Amiano era natural de Antioquía y había servido en el ejército romano hasta que, finalmente, se retiró a Roma, en donde elaboró su historia a principios de la década de 390. El período que cubre en la última parte, la única que se conserva de su obra, que abarca los reinados de Constancio, Juliano y Valentiniano, fue una época que pudo observar de primera mano y en la que pudo preguntar a testigos presenciales, y de hecho lo hizo. Como los primeros libros se han perdido, la obra empieza de forma algo abrupta en el año 354, sin más preámbulos. Constantino el Grande hacía diecisiete años que había muerto, y su hijo, Constancio, el superviviente de la lucha por la sucesión, era emperador, aunque había ofrecido a su joven primo Galo (hermano mayor de Juliano, futuro héroe de la obra de Amiano), que fuera su César, título que en aquella época se utilizaba para designar al asociado al trono imperial. «La Fortuna», nos cuenta Amiano —y para él no era una mera floritura retórica— había dado rienda suelta a las fechorías de los príncipes en el imperio. Galo, la figura que ahora pasa a ocupar el centro de la escena, era un hombre violento y sanguinario que se servía de «gentes tan viles que no despertaban sospecha» como informantes a fin de enterarse de cuanto acontecía o se decía. Estas difundían mentiras y rumores, a tal punto que «se llegó a temer —nos dice Amiano— que las paredes fueran confidentes». Como sucede a menudo en Amiano, se sospecha cierto eco, consciente o quizá inconsciente alguna que otra vez, de un autor admirado, en este caso posiblemente Tácito. Una de las proezas que hizo Galo para mantenerse informado consistía en deambular de noche disfrazado bajo otra identidad por las calles y tabernas de Roma (tal vez imitando a Nerón), aun cuando vivía, como afirma curiosamente Amiano, «en una ciudad en la que el brillo de la luz que ilumina sus calles hacía que la noche rivalizara en

claridad con el día». Galo era incorregible; hombre «de una naturaleza arisca e irritable» que, en su obstinada exasperación, se precipitaba contumaz sin reparar en nada ni en nadie, como «un torrente, que en su ímpetu irrevocable se lleva por delante cuantos obstáculos se le interponen»* (Amm. Marc. XIV 1). Las pasiones violentas son un rasgo común en Amiano, al igual que un conjunto enmarañado de metáforas tan previsibles como, a veces, inapropiadas.

Después de una breve incursión hacia los confines de la frontera persa y una digresión sobre los hábitos de los sarracenos (las divagaciones son otro rasgo frecuente), el libro XIV traslada el centro de atención al emperador Constancio, que pasaba por entonces el invierno en Arlés haciendo gala de la consabida propensión imperial a la sospecha, la crueldad arbitraria y la suspicacia ante la adulación y la calumnia. Este tema tradicional aparece, de hecho, en tres ocasiones —con Galo, con Constancio y, más tarde, con Valentiniano—, y en cada caso se trata en gran medida de lo mismo y constituye, junto con las crónicas militares, gran parte de lo que cabría denominar la «política» de la historia de Amiano. Los tumultos que en Roma causa la escasez del vino, sin embargo, dan pie a un paréntesis sobre la capital imperial, «una ciudad destinada a durar tanto como haya hombres», y sobre sus habitantes. El excepcional pasado y la vasta idea de Roma contrastan, tal como afirma Amiano como si quisiera excusarse, con lo que se dice acerca de los disturbios y las tabernas. Primero nos brinda un breve resumen del ascenso de Roma —logrado gracias al valor—, la edad viril y la senectud de la ciudad, catalogada, siguiendo en esto a Séneca, como si de las edades de la vida de un hombre se tratara. Entrado ya en la edad provecta, el pueblo romano prefiere la paz y, como un pariente prudente y sensato, ha entregado el gobierno del imperio a sus actuales soberanos; de este modo, Amiano consigue ingeniosamente hacer que Roma sea venerable y viril, e incorporar una defensa metafórica de la transición de la república al imperio. En cualquier caso, Roma es venerable pero no senil, y «no hay lugar en el mundo en el que Roma no sea saludada como la reina y la señora, donde no se inclinen ante la antigua majestad del Senado, ni donde el nombre del pueblo romano no sea temido y respetado» (XIV 6).

En Roma, sin embargo, existe una minoría que desacredita a la mayoría con una frívola competición en riquezas y ostentación, con su aspi-

* Uelut contumaciae quoddam uexillum altius erigens, sine respectu salutis alienae uel suae ad uertenda opposita instar rapidi fluminis irreuocabili impetu ferebatur (1 1 10).

ración a ser inmortalizada en estatuas de oro y a exhibir ricas prendas bordadas y carruajes de alto rango. (Se apela a la figura de Catón el Censor como el mejor ejemplo de voz firme y recia de desaprobación.) Como de costumbre, se nos afirma que los antepasados fueron ponderados, modestos en el vestir y en sus fortunas. Hasta aquí todo resulta muy tradicional, pero entonces, de repente y de una manera fascinante, descendemos hacia una autobiografía apenas disimulada en la forma de una estampa de comedia costumbrista sobre el trato que la moderna sociedad romana reserva a un extranjero y en la que anticipa las descripciones satíricas —quizá deberíamos añadir «neoclásicas»— de la cortesía veleidosa y cruel de «toda la ciudad», como las que se ofrecen en el *Tom Jones* de Fielding y el *Cándido* de Voltaire. Primero el ingenuo es recibido como si fuera un amigo del que hace mucho tiempo que se ha perdido el rastro; al día siguiente, sin embargo, ni siquiera lo reconocen, y debe volver a empezar. Si, después de años de relación, se marcha por un breve espacio de tiempo y luego regresa, tendrá que comenzar de nuevo desde el principio. Como convidado, figurará siempre por detrás de los aurigas, de los jugadores y de los falsos conocedores de las cosas esotéricas. Pero basta con un soborno para conseguir las invitaciones de los guardias o del séquito. Los opulentos romanos corren a toda velocidad por las calles de la capital, y sus mujeres son llevadas en literas, mientras las atienden enjambres de esclavos y eunucos, por quienes Amiano sentía una especial aversión. Se trata otra vez del viejo tema del lujo contrapuesto a la honorabilidad y la antigua virtud romana, aunque aquí Amiano lo presenta con una animación y un grado de detalle excepcionales, y un fuerte resabio a desaires personales no olvidados. A todas luces le duele de manera especial que con motivo de una hambruna que se cernía sobre Roma, los extranjeros fueran expulsados de la ciudad, y mientras con los maestros de las artes liberales no se hizo excepción alguna, en cambio, se eximiese de abandonarla a los bailarines y a los maestros de danza. Como siempre sucede en Amiano, también aquí se presume la presencia de modelos literarios. Sin citar el nombre, se refiere a un «poeta cómico» (según parece Terencio [XIV 6]).

En un libro posterior (XXVIII 4) escuchamos las extravagancias que se dan en las cenas e incluso en las comidas al aire libre. Las casas de los grandes

están siempre llenas de ociosos charlatanes, dispuestos a aplaudir, bajo todas las formas, todo cuanto sale de la boca de un rico. Parásitos de la come-

dia, capaces de torcerse el cuello admirando la bella audacia de una columnata o de entrar en éxtasis ante las incrustaciones de un artesonado, ponen por las nubes a quienes poseen estas maravillas; más o menos con el mismo tono que sus cofrades, los aduladores en la escena, ensalzan el mérito del anfitrión atribuyéndole proezas militares, ciudades tomadas, batallas ganadas con el esfuerzo de su brazo y los prisioneros a centenares de su valor. A veces en sus cenas piden que traigan balanzas con las que se pesan los pescados, las aves y los lirones que se sirven. Los invitados se aburren hasta la saciedad con las reiteradas expresiones de asombro cuando se escucha cantar el insólito tamaño de las criaturas, y sobre todo, cuando una treintena de secretarios aguarda con el recado de escribir y los cuadernos para anotar a punto las estadísticas, parece como si todo cuanto fuera preciso para dar una completa apariencia de escuela fuera la presencia del maestro ...

Algunos de estos personajes, cuando tienen que realizar un viaje que se sale un poco de lo que es habitual, y han de visitar, por ejemplo, sus tierras, o aunque sólo sea para darse el placer de la caza (aunque desde luego sin tomar parte activa), se imaginan que han igualado los viajes de César y Alejandro. Si ponen vela en sus elegantes góndolas desde el lago Averno hacia Puzol, pueden decir que han ido en busca del vellocino de oro, sobre todo si la aventura la emprenden un día caluroso. Si una mosca se posa en el fleco de seda de sus prendas mientras están sentados entre sus abanicos dorados o si un exiguo rayo de sol se las arregla para filtrarse por alguna hendidura del toldo, enseguida se lamentan de no haber nacido en el país de los cimerios.

Cuando los aristócratas llegan a los baños públicos con un séquito formado por medio centenar de siervos, gritan con voz apremiante: «Y de los nuestros, ¿qué ha sido?». Entonces Amiano emprende un nuevo y vertiginoso descenso a los bajos fondos, con una lista escrita con letra menuda en la que figuran apodos y motes proletarios (*el Tonel*, *el Longaniza*, *Panza de Cerdo* y muchos otros), cuyos titulares pasan el tiempo apostando, discutiendo los méritos de aurigas rivales y holgazaneando bajo los toldos de los teatros. Algunos rasgos de la vida de una gran ciudad son, según parece, eternos; de modo que Harry *the Horse*, Ikey *the Pig*, *Feet* Samuels y *Last-Card* Louie se hubieran sentido enseguida como en casa.* Las necesidades de la sátira y la censura puede que a veces hagan caso omiso de la dignidad de la historia, algo por lo que Amiano parece medio disculparse. Muy consciente de cuál es el decoro propio de aquella, concluía su obra con una exhortación a los historiadores para que empleen el estilo sublime, aunque él mismo demuestre poca firmeza en su manejo.

* Personajes de los cuentos de Damon Runyon (1884-1946).

Debemos ahora volver a la figura de Galo en Oriente y su conducta errática y salvaje, que se describe en el libro XIV. Amiano menciona su afición por los espectáculos de gladiadores como una manera de ilustrar el gusto del príncipe por la crueldad. Como cabía esperar, el emperador empieza a dejar expedito el camino para la eliminación de Galo, y éste, «como una serpiente herida por una lanza o una piedra» (XIV 7; la adicción de Amiano a los símiles animales es otro de los rasgos llamativos de su prosa), inicia una cruenta purga, tras la cual Amiano procurará enfriar la temperatura mediante una digresión sobre las provincias de Oriente. A continuación, retoma el hilo de lo concerniente a Galo, que ahora es «un león que ha probado la carne humana» (XIV 9) y persigue, tortura y ejecuta a los funcionarios. Era preciso ocuparse de él: lleno de aprensión y con su sueño atormentado por los espectros de sus víctimas, es engañado para que viaje a Italia, donde será ajusticiado. Amiano concluye este libro con un conjunto de reflexiones sobre la justicia divina, invocando la figura de Adrastea —la hija de Júpiter—, que era tamhién llamada Némesis, «la que castiga el mal y recompensa los buenos actos ... La soberana potencia, árbitro de las causas, dispensadora de los efectos; la que sostiene la urna con los destinos, la que crea las vicisitudes, invierte las combinaciones de la mortal prudencia y del conflicto de las circunstancias hace brotar resultados inesperados». Los mitos de la Antigüedad, añade, le conferían alas para simbolizar la velocidad y un timón en la mano y una rueda bajo sus pies «para significar que atraviesa todos los elementos y gobierna el universo» (XIV 11). El libro concluye con ejemplos célebres de la historia griega y romana acerca de giros repentinos y extremos de la fortuna.

Dado que la obra de Amiano que ha llegado hasta nosotros empieza de manera también abrupta, y el libro XIV es un punto de partida arbitrario, ha quedado algo por decir que, a nuestro entender, permite ilustrar las características centrales de la obra mediante un examen detallado de esta parte. Hay muchas cosas aquí a las que el lector de los libros posteriores tendrá oportunidad de acostumbrarse: la suspicacia y crueldad imperiales; las digresiones etnográficas y geográficas; la veneración hacia el pasado de Roma y hacia la propia ciudad, pese a las descripciones satíricas que hace de su población; la devoción a los antiguos dioses; la conciencia literaria de la propia identidad, la referencia y el desfile de acontecimientos históricos; el exceso metafórico en la escritura, y la adicción a una imaginería de bestias salvajes.

Un tema de interés, que no aflora en este libro, es la creencia de Amiano en los presagios y la adivinación, que considera una rama del árbol del

conocimiento, aunque inexacta y que se presta al abuso. Más adelante (XXI 1) nos brinda una justificación piadosa de los vaticinios: «que los augurios y los auspicios dependan de la imaginación de las aves, seres que desconocen el provenir, es una idea que no cabe ni en el espíritu más inepto. Pero la divinidad, que dio a las aves el vuelo y el canto, quiso también que a un batir lento o rápido de sus alas se vinculara un significado acerca de las cosas por venir. La Providencia se complace en avisarnos, sea a modo de recompensa, sea puramente por el efecto de su solicitud hacia los intereses humanos». Como sucedía con los consulados, a menudo los compiladores de anales registraban los augurios y presagios como puntos de referencia. Amiano sigue las convenciones de la analística, aunque sin entrometerse en ellas, lo que da cuenta de algunos cambios rápidos de la narración desde Oriente hacia Occidente y viceversa, aunque después trata con más libertad la cronología y ofrece algo semejante a una disculpa por hacerlo (XXVI 5, XXVIII 1). Pero su interés por los augurios y los sueños premonitorios es mucho más que un tema de conversación: se podría decir que constituye uno de los temas de su obra, y en algunos pasajes señala la adivinación y los augurios como prácticas que eran seguidas por los adoradores de los antiguos dioses (XXI 2).[11] Juliano era un adicto a ellos, y se enorgullecía de su habilidad. El ascenso del futuro emperador Juliano es otra nota casi muda en el primer libro, aunque acabará por ser el centro de la obra.

En el libro XV, Amiano entra al servicio del general Ursicino, el enviado del emperador para hacer caer en una trampa a cierto pretendiente del trono imperial. El aspirante en cuestión, Silvano, es víctima de la suspicacia de Constancio y de una falsa acusación, que no le dejan más alternativa que la huida o la rebelión. Es un rasgo característico de Amiano que, al confesar los temores que albergaban él mismo y sus colegas hacia aquella misión peligrosa y no del todo honorable que consistía en engañar a Silvano, afirme que se sintieron consolados por un dicho banal de Cicerón. Haciéndose pasar por partidarios del pseudoemperador, sobornan a algunos de sus soldados y hacen que lo asesinen. En este punto, Constancio promueve al hermano menor de Galo, Juliano, a la condición de César, para pacificar la Galia y para que maneje allí una situación peligrosa, algo que Juliano hará con brillantez, gracias a su talento y sus en-

[11] Utque omnes nullo impediente ad sui favorem inliceret, adhaerere cultui Christiano fingebat, a quo iam pridem occulte desciverat, arcanorum participibus paucis, haruspicinae auguriisque intentus et ceteris quae deorum semper fecere cultores.

cantos, y al magnífico ejemplo de su talante. Amiano a veces se muestra crítico hacia Juliano, pero alaba sus capacidades militares, aun cuando la última campaña contra los persas termine en catástrofe. El nombramiento de Juliano para hacerse cargo de la Galia da pie a que Amiano haga una digresión etnográfica, memorable por la explicación que ofrece de la belicosidad de las mujeres galas: en una riña, «las venas del cuello henchidas de rabia, los dientes apretados [gesto siempre presente en los bárbaros de Amiano], menean sus macizos brazos de piel blanca como la nieve y lanzan, con manos y piernas, una lluvia de golpes» (XV 12).

En el libro XVI, Amiano celebra la pacificación de la Galia por Juliano, cuyo carácter sobrio, disciplinado y siempre atento a lo que se puede mejorar es ensalzado al tiempo que se menciona su devoción, que aún trata de ocultar, a los antiguos dioses. Amiano vuelve a centrar la narración en el ambiente neurótico de la corte de Constancio, y las intrigas de sus siniestros esbirros, algunos de los cuales tienen nombres pintorescos. La principal variación es la visita de estado que hace el emperador a Roma en 357 d. C., y que brinda a Amiano (XVI 10) la oportunidad para hacer una descripción obligada de la antigua ciudad y brindarle su homenaje. Constancio, en la procesión, guarda su hierática rigidez y no escupe ni se frota la nariz, algo que Amiano considera destacable y lo atribuye a la afectación. En aquella primera vista a la ciudad, Constancio queda maravillado por sus lugares y edificios: el foro, «ese sublime monumento de prístino poder»; el templo de Júpiter Tarpeyo, que parece «estar por encima de todo lo demás como las cosas divinas lo están sobre las cosas humanas», o las termas «comparables en tamaño a provincias»; o, un poco más lejos, la sólida masa pétrea del anfiteatro construido con las piedras de las canteras de Tibur, cuya altura fatiga la vista, y el Panteón, con su inmenso perímetro contenido bajo aquella alta, atrevida y encantadora cúpula. Y así sucesivamente. Describe el Foro de Trajano como una «construcción única en el universo ... cuyas medidas colosales desafían toda descripción y que ningún esfuerzo humano podría reproducir». Se trata de una descripción notable de la Roma del siglo IV, casi en vísperas de su caída, tal como fue vista por los ojos de un griego nacido en Antioquía y de un emperador romano que era extranjero en aquella ciudad. La Roma de Amiano, si bien aún estaba intacta, nos resulta sin duda más reconocible que descripciones de la ciudad hechas en épocas anteriores.

Amiano se hallaba en Oriente durante las campañas protagonizadas por Juliano en la Galia y Germania. Las numerosas escenas de batallas que describe son una curiosa mezcla de lugares comunes propios de la épica

—con ríos teñidos de sangre y flechas que oscurecen el cielo— y de observaciones muy sagaces, sin duda de primera mano, como las miserias que imponen los persas a la ciudad sitiada de Amida, el terror que siente y el modo en que se oculta durante el saqueo, así como su fuga, afortunada aunque algo ignominiosa (XIX 8). Asimismo le daban mucho miedo los elefantes. Sin duda, el resultado de la observación personal también es la referencia a aquel ingeniero, «cuyo nombre no atino a recordar», cuyo cuerpo quedó destrozado por una piedra mal cargada en la cuchara de una catapulta (XXIV 4). Amiano sigue con escrupulosidad la carrera militar de Juliano, hasta el momento en que, bajo la presión de sus soldados, usurpa el título de emperador y emprende una larga marcha desde la Galia hasta los Balcanes para asegurar sus derechos, aunque verá cómo se le anticipa Constancio con su oportuna muerte a causa de unas fiebres (XX).

Para la posteridad, el gran interés del breve reinado de Juliano (361-363) es su intento frustrado de reinstaurar el culto a los antiguos dioses. Dado que, en esencia, Amiano estaba de acuerdo con éste, resultan sorprendentes sus críticas al excesivo celo pagano de Juliano. Uno de los edictos por él promulgados que Amiano censura con mayor fuerza prohibía a los retores y gramáticos cristianos ejercer la enseñanza (XXII 10). El culto de Juliano era excesivamente ostentoso: «Los altares estaban anegados en sangre de las víctimas. [Juliano] algunas veces sacrificaba hasta cien bueyes juntos, y del ganado mayor, una variedad sin fin, así como miríadas de aves blancas que mandaba buscar en tierra y en el mar» (XXII 12), de modo que los soldados, embrutecidos por los atracones de carne y vino, estaban desmoralizados, lo cual suponía un gran coste. El número de inmolaciones que Juliano llevaba a cabo le hicieron merecer el apodo, según cuenta Amiano, quien siempre tiene buen oído para estas cosas, de *el Victimario* (XXII 14). El entusiasmo de Juliano abarcaba todos los cultos no cristianos, de modo que trató infructuosamente de reconstruir el Templo de Jerusalén, y en las tierras de Mesopotamia hizo sacrificios a la Luna siguiendo el rito local (XXIII 1, 3). La adivinación, arte del que se enorgullecía, se convirtió en una especie de manía pública (XX 12); Amiano no tenía un buen concepto de los adivinos que iban por libre tal como era tradicional (Tácito ya lo menciona). Aquel era un mundo, en todo caso, profundamente agitado por la brujería, las sospechas y los recelos. Movido por su intolerancia, Juliano cerró también la gran iglesia de Antioquía, encolerizado por el incendio, según parece accidental, del templo de Apolo (XXII 13). Su devoción, al igual que la de

Amiano, contenía como es lógico una marcada propensión al gusto y estudio de las antigüedades. Actuó, como el historiador, deliberadamente bajo la sombra de las autoridades precedentes y pretéritas: Amiano cita a Tucídides y a Polibio, además de recoger fragmentos de Virgilio y Cicerón o ejemplos sacados de la historia griega y romana. De manera característica, Juliano, en su empeño por desatascar la célebre fuente Castalia, fuente del oráculo que Adriano había mandado tapiar, ordena que los cuerpos allí sepultados sean exhumados y el recinto purificado «con el mismo rito que usaron los atenienses en idénticas circunstancias en la isla de Delos» (XXII 12). El referente aquí es Tucídides, con lo que se remonta casi un milenio y ofrece un testimonio, fomentado por una actitud de anticuario intencionada y reflexiva, de la unidad cultural del mundo antiguo.

La muerte de Juliano a causa de una herida recibida en la desastrosa campaña de Persia de 363 d. C. es otro de estos tributos conscientes, lleno de reminiscencias de la muerte de Sócrates, el acontecimiento canónico relevante. Juliano expira hablando con filósofos acerca de la sublimidad del alma y prohibiendo a sus seguidores que lloren a un príncipe «que iba a volver al cielo, a ocupar su lugar entre los astros», conforme a la creencia neoplatónica. El paganismo, en su lecho de muerte, estaba haciendo uso de todos los recursos posibles. La propia gentilidad de Amiano, aunque sin duda ferviente, era de un tipo más comedido y cordial. En una tácita contraposición a Juliano, hace un elogio de la tolerancia que practicó el emperador Valentiniano, por lo demás deplorable (es decir, adepto al cristianismo), y habla de «la simple y sencilla religión de los cristianos» que «predica sólo justicia y misericordia». No encontramos en Amiano ninguno de los prejuicios que había mostrado antes Tácito mientras señalaba las atrocidades que los cristianos se hacían unos a otros: «Ninguna de las bestias salvajes son enemigos tan peligrosos para el hombre como los cristianos lo son unos para otros» (XXI 16; XXII 11, 5). Amiano da a entender que los hombres podrían discrepar en cuanto a religión sin hacerse daño u obstaculizarse unos a otros, aunque al calibrar la extensión de su tolerancia es preciso no olvidar que escribía en tiempos de un emperador cristiano.

Juliano llega a dominar tanto la obra de Amiano que existe una tendencia natural a considerar los acontecimientos documentados en época de sus sucesores como un anticlímax, aunque de hecho entre ellos se cuentan los dos sucesos más significativos y más ominosos de la historia posterior del imperio: la migración autorizada de los godos a través del Danubio hacia el interior del territorio de Roma en 376 d. C., y la derro-

ta y la muerte del emperador Valente en la batalla de Adrianópolis contra los persas en 378 d. C. Amiano los describe y es plenamente consciente de las catástrofes que representan: los godos de inmediato se entregaron al saqueo, y Adrianópolis, según afirma, fue una debacle en los anales militares de Roma sólo superada en importancia por Cannas (XXXI 8, 12-13). Desde luego, Amiano no los interpreta, como hacen probablemente los historiadores actuales, como etapas del rápido descenso cuesta abajo que iba a culminar en el saqueo de la propia Roma en 410 d. C., y en la pérdida del imperio de Occidente. Para él, el imperio, aunque pasaba por una época de grandes tribulaciones, era aún el hecho central del mundo, al igual que Roma seguía siendo la Ciudad Eterna. Aún puede hablar sin ironía, refiriéndose a las comunicaciones de aquella época, de «los últimos tiempos, grandes y gloriosos» (XXI 10). El imperio se encontraba tan ampliamente acosado «como si las furias mismas hubieran cuidado de atizar aquella conflagración que iba a llegar hasta las regiones más remotas» (XXXI 10), aunque no debemos leer más de lo que el autor pretendía decir. El alcance, de haberlo, del pesimismo histórico de Amiano ha sido un asunto debatido, pero sería un error conferirle capacidad de previsión, por vaga que fuera. Amiano no sabía que estaba escribiendo materiales para un capítulo de *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*.

[illegible]

[illegible] Juliano, aunque sin duda [illegible] [illegible] de la iglesia que practicó el emperador Valentiniano, por lo demás [illegible] no sólo afecto al cristianismo, [illegible] sencilla [illegible] [illegible] que produjo tanto [illegible] y [illegible] en Amiano ninguno de los [illegible] que [illegible] [illegible] los cristianos se [illegible] de las bestias salvajes [illegible] para el hombre como los cristianos lo son unos para otros (XXI 16, XXII 11, 8). Amiano da a entender que los hombres podrían [illegible] en cuanto a religión sin hacerse daño [illegible] unos a otros, aunque [illegible] de su [illegible] del que escribió en tiempos de un emperador cristiano.

Juliano llega a dominar tanto la obra de Amiano que existe una tendencia natural a considerar los acontecimientos documentados en época de sus sucesores como un anticlímax, aunque de hecho entre ellos se cuentan los dos sucesos más significativos [illegible] de la historia [illegible] del imperio: la [illegible] de los godos [illegible] del Danubio [illegible] el [illegible] de Roma en [illegible] d. C., y la derrota

11

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Comparada con la de los siglos que siguieron, la historiografía antigua, la que iba desde los griegos hasta Amiano, constituyó un solo género que el Renacimiento trató de revivir. Antes de seguir adelante, merece la pena tratar de resumir cuáles fueron las características que hicieron de ella una entidad, con criterios, preocupaciones y supuestos comunes, en particular en la medida en que han estado sujetas a distorsión.

A lo largo de todo el período clásico, los historiadores tuvieron muy en cuenta a sus predecesores, griegos y, luego, romanos, cuyo número era mucho mayor que el de los que hoy conocemos o podemos consultar, debido sobre todo a los avatares de la conservación de los manuscritos. Amiano, el último de los historiadores clásicos, fue de todos ellos uno de los más conscientes en este sentido, y en su obra citó con profusión a predecesores que hoy consideramos, como él mismo consideró, parte del canon clásico no sólo literario, sino también historiográfico. Si bien, para nuestro hastío, la práctica común y corriente no era citar las fuentes, los historiadores antiguos trataron claramente a sus predecesores y coetáneos como fuentes y también como modelos, rivales y —resulta demasiado tentador añadirlo— colegas, en las dos lenguas y durante muchos siglos. Los usan, los citan alguna que otra vez, y los mencionan en aquellos casos en que discrepan o dudan. Se hacen eco de ellos, los plagian —aunque entonces hacerlo no era censurable—, los emulan, critican, menosprecian o denigran —todo ello, sin duda, con una frecuencia mucho mayor de lo que percibimos de manera cabal—, y lo hacen de un modo que es característico a una comunidad intelectual y literaria, en este caso con una duración excepcionalmente larga, de colaboradores que tienen plena

conciencia de ello y de su legado. Con anterioridad señalamos la confianza que manifestaba Polibio en que, si la muerte le sobrevenía antes de haber concluido su obra, otros se encargarían de retomarla y completarla. Sin embargo, este tipo de continuaciones es un rasgo más bien aislado y esporádico de la historiografía antigua.

En este sentido los historiadores antiguos forman un grupo aún más coherente que los poetas o los filósofos, si bien los poetas estaban unidos por su admiración a Homero y los filósofos tenían en común el rasgo de pertenecer a «escuelas». Aunque no todos los historiadores admiraran a los dos, Heródoto y Tucídides alcanzaron desde muy pronto una preeminencia comparable a la que poseían Platón y Aristóteles entre los filósofos. La transmisión de sus obras a lo largo de siglos de trascripción manual nunca pendió de un hilo, a diferencia de lo que, en cambio, sucedió con las obras de Polibio y Tácito entre otros. Tampoco su obra se perdió, como en cambio sucedió con la mayor parte de la historia que escribió Tito Livio. Habida cuenta de que muchos autores desaparecieron sin dejar rastro o sólo se les conoce a través de fragmentos, es obligado pensar que muchos de los hilos intelectuales que antes trababan aquella comunidad de historiadores deben de resultarnos hoy invisibles o apenas conjeturables. Con todo, hay motivos más que razonables para confiar en que la sólida correlación entre el mérito de una obra, estimado tanto por los copistas que la transcribieron, como por nosotros, y su conservación, lo que no deja de ser un consuelo, aunque el sentido de la vida, por decirlo así, colectiva de los historiadores antiguos se halla dañado irreparablemente.

Algunas de las continuaciones, qué duda cabe, fueron facilitadas por el carácter continuo de la cultura grecorromana y, más en general, por el de la vida pública en la Antigüedad: la cultura literaria basada en Homero y el panteón de los dioses del Olimpo, la filosofía griega y la ética del estoicismo. Más directamente relevantes para la forma de escribir historia fueron las reglas de composición en prosa y de la oratoria que formularon los maestros de retórica, a los que se debió su amplia aceptación, si bien a veces se creyó que habían ejercido una funesta influencia en la historia como acto de dejar precisa constancia y que, por supuesto, habían impuesto cierta limitación a los temas que eran adecuados para que un historiador escribiera sobre ellos. Escribir historia era ante todo un arte literario, como lo explican algunas de las fórmulas que para ella propuso Cicerón, aunque era un arte que tenía una serie adicional de reglas relativas a la veracidad. Entre otras cosas, el respeto por la oratoria, tal como

lo indican los muchos parlamentos, arengas y discursos que los historiadores compusieron para sus personajes, siguiendo, al hacerlo, una tradición fundada por Tucídides, procuró aquellas continuidades en el marco de la vida pública, ámbito del que se ocuparon y sobre el que reflexionaron ante todo los historiadores. Otra continuidad era el culto a los dioses y el respeto tanto hacia sus templos —prestando atención a su fundación y destrucción fortuita—, como hacia los objetos de veneración que allí se guardaban y exhibían, y que a veces actuaban como recuerdos de acontecimientos significativos que eran mencionados como correspondía por los historiadores. Relacionado con todo esto estaba el dejar constancia de los augurios y presagios, de los sueños premonitorios y de los oráculos, así como, en general, de los acontecimientos sobrenaturales o monstruosos. Con todo, la idea de ver en las actitudes de los historiadores respecto a los cultos y los objetos culturales una «secularización» constante resulta muy difícil, aunque Tito Livio, por ejemplo, deploraba el escepticismo moderno. Las actitudes de los historiadores van desde un descreimiento bastante claro —Tucídides— hasta una completa aceptación de las creencias —Jenofonte, Amiano—, si bien estos ejemplos no sugieren una trayectoria regular y constante.

Dejar constancia de los augurios y las cosas o sucesos cuya singular extrañeza o novedad causaban admiración o terror formaba parte de la forma analística que, a partir de la obra de Tucídides, proporcionó el marco para casi todas obras de historia, aunque algunos autores la trataron más libremente que otros: los presagios eran consignados como parte de las efemérides destacables de un año, al igual que se siguieron empleando los consulados como puntos de referencia cronológicos aun después de que en Roma dejaran de ser cargos de gran importancia política. Las digresiones etnográficas y geográficas, que Heródoto fue el primero en utilizar, y los discursos y parlamentos, piezas de gran efectismo dramático que, tal como señalamos, fueron una innovación introducida por Tucídides (quien, no obstante, fue criticado por hacer que todos sonaran igual), no dejaron de ser rasgos destacados de las obras de historia. Así, por ejemplo, el último de los historiadores clásicos, Amiano utilizó libremente ambos, aunque de manera especial las divagaciones. La atención centrada en los sucesos, hechos y acontecimientos de la vida pública, presentados en un estilo cultivado y noble, así como las exposiciones largas, aunque a veces convencionales, de las campañas militares, constituye un rasgo imperecedero, aunque buena parte de lo que nos resultaría de interés ha sido excluido como impropio de aquella «dignidad de

la historia» que lord Bolingbroke* aplicó en el siglo XVIII a Tucídides y Jenofonte en señal de aprobación. Esta inhibición no era aplicable al arte afín de la biografía, ni a las digresiones etnográficas. De los motivos para escribir la historia, el de preservar la memoria de las grandes gestas tal como lo anunció Heródoto es uno de los más pertinaces. En hincapié hecho en la «grandeza» del tema escogido por el historiador —la mayor guerra, el mayor asedio, el mayor conflicto, logro, ciudad o imperio— permanece constante a partir de Heródoto en adelante, seguido en segundo plano, en ciertos casos, por las afirmaciones de haber tenido acceso directo a los acontecimientos. Tácito casi se disculpa por no poder afirmarlo: un signo más de la degeneración en la que se había sumido la vida pública romana. Entre los escritores romanos —cuya opinión comparten, pese a ser griegos, Polibio y Amiano—, sin duda el tema de la degeneración de las costumbres es también una constante desde Salustio hasta Tácito.

El punto de vista que, hallando expresión primero entre los romanos, sostenía que la historia tenía por función inculcar la virtud y criticar severamente el vicio, para lo cual se presentaban ejemplos de conductas ejemplares e ignominiosas, se convirtió en norma. El punto de vista rival, formulado por los griegos en un tono de mayor intelectualidad, tal y como lo encontramos en Tucídides y Polibio, quienes sostienen que la utilidad de la historia reside en ofrecer ejemplos de triunfo y fracaso, de saber práctico y locura, pasó a ocupar un segundo plano. En todas partes, sin embargo, lo común era que la historia fuera escrita después de haber ejercido una distinguida carrera pública —política y militar—, una característica que Polibio eleva a condición *sine qua non*. En esto, sin embargo, Tito Livio es la gran excepción. La causalidad y la diferenciación entre los distintos tipos de causas que tanto interesaron a Tucídides y Polibio, a la luz de los criterios modernos, tienen un interés escaso. Lo que, en cambio, reviste una mayora importancia, desde Heródoto hasta Tácito, como explicación del éxito o el fracaso y la decadencia, es el carácter moral de un pueblo, que se convierte en uno de los temas centrales en Tito Livio y que Polibio también reconoció en el caso de los romanos. Como es costumbre, este interés y esta explicación se expresan en antítesis cuyos componentes varían, aunque muestran también cierta coherencia: audacia e intrepidez primitivas opuestas al lujo y la suntuosidad; Occidente y Oriente (en un primer momento griegos y persas, con

* *Letters on the Study and Use of History*, 1752, carta 5.2.

posterioridad romanos y orientales o, sobre todo, griegos), libertad y servidumbre, pasado y presente. A la misma oposición básica, siempre que sea preciso, cabe conferirle una dimensión étnica, militar, política e histórica, a menudo interrelacionadas entre sí. El contraste se hace ver con adjetivos que sugieren virilidad o afeminamiento (el lujo y servidumbre son poco masculinos). Y a los romanos les tocó convertirlos en algo parecido a una concepción general de la decadencia histórica.

En el amplio consenso existente en torno a la manera de escribir la historia también había lugar para las controversias y, con el paso del tiempo, para cambios notables de perspectiva. Entre las primeras, uno de cuyos mejores ejemplos es la polémica de Polibio, se contaban las pretensiones rivales de veracidad, cuya importancia para la historia era en teoría reconocida universalmente, así como las que rodearon a la narración pintoresca y atractiva. Con el tiempo, el efecto más evidente del paso del centro de atención de Grecia a Roma fue que el tema se concentró más: una sola ciudad dominó la narración, de modo que el historiador no tenía ya que cambiar como antes, algo a veces desconcertante, de una ciudad a otra. Los problemas a la hora de establecer una cronología común también se vieron paliados en gran medida. Entre los aspectos negativos cabe mencionar la pérdida perceptible del cosmopolitismo griego, aquella ecuanimidad emocional homérica al tratar los dos bandos de un conflicto, que enfrentaba a las ciudades-estado griegas o incluso a griegos y persas. De Tito Livio y Tácito resulta difícil afirmar que fueran escritores provincianos: el tema de la expansión imperial y la necesidad de una constante vuelta a los asuntos de las fronteras, y la tradición etnográfica a la que Tácito contribuye (aunque los bárbaros para Tito Livio en general sólo son estereotipos) así lo garantizan. Pero, para Livio, el patriotismo romano es primordial, y esto se presenta en la atención que presta a los orígenes de la ciudad, propia de un estudioso de las antigüedades. Pese a la existencia de un género de historias locales —en su mayor parte perdido—, ninguna ciudad-estado griega parece haber prestado a su pasado una atención tan detallada y piadosa, ya que en general este quedaba relegado a genealogías muy especulativas y a los mitos de fundación. De ahí que el contraste entre pasado y presente no revista la misma función, y en Roma, a partir de Salustio en adelante, se establezca una concepción de la decadencia moral de larga duración. La obra que Tácito escribe bajo el imperio —y lo mismo cabe decir tal vez de los libros perdidos de la obra de Tito Livio que estaban dedicados a los últimos años de la república— es sin duda ambivalente, ya que, si

por un lado añora un pasado perdido, por el otro no se comprometía con la posibilidad de recuperarlo. Esta añoranza, en cambio, es algo por completo ajeno al mundo griego. La cualidad de la nostalgia de Amiano, si esa es la palabra correcta, resulta mucho más difícil de aquilatar. Su no siempre atinado echar mano del bombo de las alusiones, las citas, las menciones literarias y los paralelismos históricos puede parecernos un gesto hacia un gran pasado, aunque puede que sólo sean actos de lucimiento.

Algunas deformaciones muy frecuentes han perdurado (por supuesto entendiendo aquí el término en el sentido de una representación demasiado general y literal), deformaciones que parecen repetirse en las referencias que hacen los profanos a los rasgos generales de la historiografía clásica y que, a veces, parecen derivar del hecho de considerar a Tucídides su representante más pleno o de interpretar muy *grosso modo* lo que el historiador griego aseguraba que hacía. De este modo y en otras partes, por medio de citas en exceso selectivas y descontextualizadas, se puede llegar a propagar con excesiva falta de sentido crítico una serie de mitos, exageraciones o medias verdades acerca de la historiografía clásica. Si bien es cierto que algunas de ellas no carecen de fundamento, todas son falsas cuando son enunciadas como verdades generales sin matices ni reservas. Y podemos tratarlas de manera sistemática:

1. *Toda historia era historia contemporánea.* Esto es en parte cierto de la primera historiografía griega, aunque como explicación de la historia romana, incluida la escrita por griegos, no lo es en absoluto. Es aplicable a Tucídides, Jenofonte y los primeros alejandrinos, aunque no a los posteriores. La historia de Heródoto, que hace caso omiso de las primeras referencias a las leyendas y a Homero, se remontaba a unos tres cuartos de siglo antes de la época en la que vivó su autor. Tampoco debemos negar el título de historiadores a los griegos que escribieron acerca de la fundación de las ciudades y de la historia del área mediterránea, sobre todo a estos últimos. Sin lugar a dudas no es cierto en el caso de Tito Livio, de los anteriores estudiosos de las antigüedades romanas que le precedieron de su coetáneo griego Dionisio de Halicarnaso, cuya obra también empezaba con la fundación de Roma, ni de Dión, cuya obra cubría toda la historia de Roma hasta la época en la que vivió durante el siglo II d. C., aunque una gran parte de ella no se ha conservado. Ni tampoco es cierto de Flavio Josefo, si se juntan sus

dos obras principales, las *Antigüedades judías*, que empieza con la historia bíblica, y *La guerra judía*, que cuenta con una primera sección que comienza dos siglos antes de la guerra propiamente dicha. La historia de Amiano, como acabamos de ver, es contemporánea por accidente, porque los primeros libros de su obra, que cubrían el siglo y medio que precedió a la época en la que vivió, se han perdido. La obra de Tácito se puede considerar historia contemporánea sólo si nos permitimos la licencia de considerar como contemporáneos los recuerdos que evocan los testigos vivos más ancianos.

2. *La historiografía antigua es exclusivamente política y militar.* Esto en líneas generales es cierto como fórmula y declaración de intenciones, aunque excluye la biografía, que se mueve entre los ámbitos de lo oficial y la vida privada. Las primeras biografías (griegas) parecen haber tratado de las vidas de filósofos y hombres de letras. En la historia propiamente dicha, la excepción más evidente es la constituida por las extensas digresiones etnográficas que, de Heródoto en adelante, tratan de la apariencia física, las creencias, la indumentaria, la dieta, la higiene, los hábitos y las costumbres funerarias y de unión entre hombres y mujeres. Aun en las exposiciones que los historiadores presentan de sus propias sociedades, para hacer válida esta generalización, que además puede resultar engañosa al lector actual, sería preciso definir como políticos —algo que quizá no fuera del todo descabellado— los asuntos religiosos. Hay también, como vimos en la obra de Tito Livio, pasajes incidentales de historia social a los que ha dado lugar la forma analística o la censura, tanto en Tito Livio como en Amiano, de las costumbres y usos modernos: los terribles relatos de proscripciones, en Apiano y Tácito, con aristócratas romanos obligados a ocultarse o a huir, nos permiten entrever los interiores de las casas, los hábitos domésticos y las relaciones de los esclavos, fieles o vengativos, con sus amos. Una historia social y económica, aunque ingenua —obligado es reconocerlo—, forma indudiblemente parte de la manera en que Livio y Apiano dejan constancia de los conflictos sociales de Roma, con sus referencias a la depresión y el endeudamiento de los pequeños propietarios. Las descripciones de los malos comportamientos de la aristocracia y de la plebe, de escándalos y tumultos en las calles de Roma y del lujo doméstico de los plutócratas y la irresponsabilidad de las clases inferiores son

corrientes y a menudo vívidas en Salustio, Tito Livio, Tácito y Amiano.

3. *No había una concepción del cambio histórico a largo plazo.* A esto ya hemos respondido en parte más arriba al tratar de la historia «contemporánea», pero vale la pena ahondar un poco más, ya que, si por ello entendemos literalmente una concepción, sin duda no se puede predicar de Tucídides, el defensor más ardiente de la historia contemporánea. A diferencia de otros que no lo estimaban así, Tucídides consideraba imposible escribir historia de un período de larga duración ajustándose a los criterios necesarios de exactitud y precisión, pero ese es otro asunto. Poco después del inicio de su historia, Tucídides nos ofrece un esbozo del desarrollo de una temprana sociedad griega que pasa de «la tosquedad al refinamiento» (por utilizar la frase del siglo XVIII, cuando entre los ilustrados estuvieron en boga esbozos de este tipo), sobre todo gracias al comercio (otra anticipación del siglo XVIII). Pero nadie afirmaría en serio que este fuera uno de los principales logros de Tucídides como historiador, ni tampoco parece que haya ejercido alguna influencia apreciable, si bien es irrefutable como prueba fidedigna de que fue del todo consciente de que la vida en Grecia había sido antaño muy distinta. Polibio ofrece también una breve explicación basada en conjeturas acerca de los orígenes de la sociedad política desde tiempos primitivos en los que los seres humanos apenas se diferenciaban de los animales gregarios (VI 5-7). Livio, de manera análoga, sabe perfectamente que el foro había sido antaño un pantanal, rodeado por primitivas chozas de una población de pastores. En otra parte ofrece un pequeño esbozo de la sociedad humana en sus primeros tiempos, concebida en términos de lo que más tarde acabaría por denominarse «estado de naturaleza». De una manera más sutil, tal como he sostenido, la concepción del deterioro de las costumbres y del carácter romanos a lo largo del tiempo es de por sí una concepción del cambio histórico que implica la aparición de diferencias fundamentales que rebasaban el ámbito de lo meramente material. Pese al consenso, dilatado en el tiempo, existente acerca de las convenciones de la historiografía, y el que se da de forma casi completa en lo tocante a sus fines y métodos, algunos autores llegaron incluso a mostrar su conciencia de que la propia historiografía se hallaba afectada por el cambio histórico. Polibio, por ejemplo, creía que con el ascenso de

Roma se hacía posible una nueva modalidad de historia: la historia universal. Tácito, que escribió un diálogo en el que trataba, desde un punto de vista histórico, los estilos de la oratoria, era consciente de que las tareas del historiador y la manera en que era posible escribir historia se habían ido reformulando a través del cambio que había marcado el paso de la república a la autocracia. En este tipo de enfoques existía, al menos en términos lógicos, la posibilidad de una «historia de las historias», si bien no llegó a hacerse consciente.

4. *Existía el convencimiento de que todo cambio era cíclico*. Aunque de ello, en cierto sentido, ya hemos tratado antes, aún vale la pena abordarlo de una manera más directa. Es cierto que entre los griegos, sobre todo en Polibio, hay una concepción de la dinámica del cambio constitucional que, derivada de la categorización que Aristóteles hizo de las constituciones y sus formas corruptas, parece comportar un conjunto cíclico de transformaciones. Pero no sólo esta visión del cambio constitucional no fue suscrita ni desarrollada de manera universal, sino que la concepción cíclica no fue aplicada en particular a otras dimensiones de la vida, por más que Tácito, en cierto momento, se pregunte de pasada si podría serlo (en todo caso, habla de ello como si fuera un nuevo pensamiento y no un lugar común). Sin lugar a dudas existió una opinión muy ampliamente difundida, a partir de Heródoto en adelante, de que toda prosperidad y gloria se conservaban de una manera muy variable y equívoca, pero de ahí a la concepción más técnica y precisa de la omnipresencia de ciclos hay un gran trecho. Claro está que Tucídides no esperaba que la sociedad griega volviera a su anterior estado y condición, como tampoco Tito Livio contemplaba que en un futuro el foro se fuera a convertir en un pastizal para el ganado (aunque, si lo hubiera hecho, habría acertado). Pero, para su mayor tristeza, tampoco había indicios de esperanza de que el carácter romano fuera a regenerarse, ni de que Tácito esperas un retorno de la república. Por otro lado, aun la peor de las tiranías terminaba con la muerte del tirano, y en todo caso no hay indicios de que fuera a ser una tiranía institucionaliza, capaz de perpetuarse por sí misma, como la que Orwell planteaba en su *1984*.

A veces se ha dado a entender que la visión cíclica y la falta de una concepción del cambio a largo plazo eran consecuencias de la creencia

en una naturaleza humana inmutable que vemos proclamada por Tucídides y aceptada por Polibio como fundamento en el que afirmar la utilidad de la historia. Ya hemos examinado la ineficacia de ello como clave maestra para interpretar la obra de Tucídides. En Polibio sus efectos se contrarrestan mediante la afirmación de la necesidad de discernir en la historia la aparición de un hecho grandioso y nuevo: el ascenso de Roma y la intención de la Fortuna de promoverla a partir de entonces como la fuerza central de la historia universal. La relación entre la idea de una naturaleza humana universal y la conciencia de la variabilidad historia a través del espacio y el tiempo es, desde un punto de vista conceptual, muy compleja, y, por desgracia, no podemos adentrarnos aquí en ella. A modo de botón de muestra de esa complejidad, baste mencionar el caso de Heródoto, que es a la vez un cosmopolita de mentalidad abierta y un hombre fascinado por la variedad cultural —y es lógico añadir *psicológica*— que presentan los diferentes pueblos en los que se divide el género humano. Por otro lado, el hecho de que Tucídides se abstuviera de hacer digresiones etnográficas, o el de que Polibio se mostrara circunspecto sobre ellas, parece deberse más a la austeridad frente a la historia escrita como entretenimiento que a un dogma acerca de la naturaleza humana. Heródoto, sin embargo, es capaz, con un toque de patetismo o de humor, de trascender en un instante el abismo que han creado el prejuicio cultural y el tiempo, como sucede, por ejemplo, en la descripción que nos hace de las lágrimas de Jerjes; y, no obstante, también puede hacer hincapié con fascinada atención en las formas raras y extravagantes —para nosotros, aunque también para los griegos— que puede adoptar la naturaleza humana. El otro etnógrafo distinguido entre los historiadores antiguos, Tácito, de manera análoga aunque en menor grado, considera que los germanos son seres humanos comprensibles y aun simpáticos, y muy diferentes de los romanos de su tiempo; del mismo modo que, como Tito Livio, opina que estos últimos ya no eran iguales a los romanos antiguos. La variedad de la naturaleza humana era, de hecho, del máximo interés en general para los historiadores antiguos, y en ello Tucídides es más la excepción que la regla.

En esta primera sección del libro se ha prestado especial atención a un puñado de historiadores antiguos, en comparación con el número inmensamente mayor de historiadores que habrá que considerar —o, muy a nuestro pesar, omitir— en las secciones que siguen a continuación. Pero estos historiadores antiguos siguieron siendo modelos y autoridades incontestados de la historia, además de fuentes muy respetadas de saber mo-

ral y político durante más o menos unos dos mil años, en un grado que aún no ha logrado superar ningún otro grupo de historiadores desde entonces. Sólo esto basta para justificar la amplia atención aquí dispensada, al igual que lo justifica el hecho de que su lectura se cuenta entre las más gratificantes, algo que no puede predicarse universalmente de todos los historiadores, ni siquiera de los más influyentes.

[illegible] de los [illegible] de [illegible] grupo de historiadores [illegible] su propia [illegible] se cuenta entre los [illegible] de todos los [illegible] y [illegible] la intención de [illegible] a partir de [illegible]

[illegible] que la regla.

En esta primera sección del libro se ha prestado especial atención a un puñado de historiadores antiguos, en comparación con el número inmensamente mayor de historiadores que habrá que considerar —en, muy a nuestro pesar, [illegible]— en las secciones que siguen a continuación. Pero estos historiadores antiguos [illegible] de la historia, además de [illegible]

Tercera parte

LA CRISTIANDAD

12

LA BIBLIA Y LA HISTORIA: EL PUEBLO DE DIOS

Las diferencias entre historia bíblica, historia de inspiración bíblica e historia clásica son múltiples. Los libros históricos de la primera no fueron escritos como ejercicios literarios abordados por el autor durante su retiro después de una carrera pública y no se hallan vinculados a las reglas de la retórica clásica. Si bien la Biblia incorpora la grandeza y la sublimidad del mito y la épica, además del canto extático y la lamentación, es también a menudo acogedora y terrenal: nada humano (ni divino) parece serle ajeno. Pese a la incidencia de sumos sacerdotes y patriarcas prominentes, reyes y profetas, las Escrituras tratan en esencia de un pueblo, el de los hijos de Israel, en su relación con su Dios y las vicisitudes que conoció a lo largo del tiempo. Religión e historia se hallan inextricablemente entretejidas, porque Dios no es ante todo el Dios de una naturaleza eterna, sino el que mueve la historia. Es omnipresente de un modo que difiere por entero de las referencias piadosas al destino, la justicia y la voluntad de los cielos que hallamos en la historiografía clásica.

La historia hebrea se halla guiada con instancia por la providencia, y el escribirla, aun antes del cristianismo, era considerado un acto directo de inspiración divina; de modo que no hay comparaciones de autoridades o intentos por reconciliar aquellas que pudieran entrar en conflicto, ni expresiones de duda o alardes de investigación: la autoridad aquí es Dios mismo. Pese a la presencia en su interior de una pauta recurrente de pecado y castigo que, con la redención, forma también su modelo general, es en esencia lineal y direccional, y lo es en mucho mayor medida que el tema del ascenso (y decadencia) de Roma. Tuvo un inicio (Adán, Noé y la promesa hecha a Abraham) y tendrá un final en el Apocalipsis, prefigurado en la parte que los cristianos designan como Antiguo Testamen-

to. De este modo hay un principio y un fin: el pecado y luego el Juicio Universal, con la salvación para algunos. Éstos se hallan vinculados de manera lógica e histórica a través de la encarnación de Cristo como término medio entre ellos, un tema que a partir del siglo VIII se convierte en el momento central para el establecimiento de las fechas: sin pecado, no hay historia que valga.

Los cinco primeros libros de las Escrituras hebreas que forman el Pentateuco hacen referencia a acontecimientos que probablemente tuvieran lugar a fines del milenio II a. C. Fueron escritos durante la primera mitad del milenio I a. C. y compilados en la segunda, conformando el canon de los libros bíblicos más o menos como los conocemos hoy, aunque no dejaron influencia en la cultura de los «gentiles» hasta la llegada del cristianismo. Estos libros fueron traducidos al griego en la Alejandría del siglo II a. C. por setenta traductores —de ahí que esta versión de las Escrituras hebreas se conozca como la Biblia de los Setenta o Septuaginta— para uso de la diáspora judía; pero siguió despertando sólo el interés de su comunidad. Tanto Filón de Alejandría como Flavio Josefo la expusieron al mundo pagano en el siglo I d. C., a principios de la era cristiana, aunque sólo dejó huella entre las comunidades cristianas, y no entre las paganas. Una vez firmemente asentado el cristianismo, la traducción al latín realizada por san Jerónimo (*c.* 340-420 d. C.), la Vulgata, fue el texto de autoridad durante toda la Edad Media.

Consideradas en su conjunto, sin lugar a dudas, las escrituras hebreas, que el cristianismo adoptó y designó bajo el nombre de Antiguo Testamento, presentan una inmensa heterogeneidad y abarcan varios géneros de la literatura antigua: mito de la creación, épica nacional, literatura sapiencial, genealogías y listas de reyes, cantares y plegarias, leyes y prescripciones detalladas de los rituales, libros proféticos con prolongadas admoniciones sobre la cólera de Dios, a menudo revestidas de simbolismo, aunque desprovistas de los oráculos, lugares tan destacados del mundo helenístico. También contienen algo parecido a una «historia política», sobre todo en el caso de los libros de Samuel, Reyes (I y II) y Crónicas (I y II). Sin embargo, contemplados desde un punto de vista más amplio, tienen también una extraordinaria coherencia narrativa, al presentar una visión del destino de la humanidad, primero, y del pueblo elegido de Dios, después, que abarca desde la creación y la expulsión del Paraíso como consecuencia del pecado original de Adán hasta el segundo comienzo de la humanidad con Noé, después del diluvio, y, luego, hasta la promesa que Dios hace a Abraham de concederle una tierra y su favor,

una promesa que será confirmada cuando libere a sus descendientes del cautiverio y la esclavitud en Egipto; a continuación, el éxodo del pueblo por el desierto, encabezado por su gran guía Moisés, a través de cuya persona la Ley de Dios es transmitida al pueblo. Conquistan y pueblan su Tierra Prometida, en la tierra de Canaán. Todo esto se puede describir como un mito de fundación que se fusiona con la épica. Los libros siguientes tratan de una evidente transición desde el gobierno de los sacerdotes hasta el de un rey, en medio de conflictos con los pueblos vecinos similares a la lucha de los romanos por su supervivencia y la conquista de la Italia central, aunque con la notable diferencia de que la exogamia y la asimilación cultural son aquí amenazas y no logros, porque su práctica hacía peligrar la religión monoteísta. El pueblo vuelve a pecar, en cierto modo como hicieron los habitantes del mundo antes del castigo divino que cobró la forma de diluvio universal, e Israel sufre un segundo exilio y cautiverio, al ser llevado, en esta ocasión, a Babilonia por Nabucodonosor. El Templo de Jerusalén, el centro del culto nacional a Yahvé, es destruido. Tanto el regreso del exilio como la reconstrucción del Templo se deben a Ciro, el gran rey de los persas, cuyo imperio ha sucedido al de Babilonia tal como describía el —espurio— libro profético de Daniel.

La unidad de tema cuyos protagonistas son los hijos de Israel y cuya orquestación divina corre a cargo de Yahvé es sin lugar a dudas el resultado de una edición y selección sensatas, donde la parte a veces da sentido al todo y los acontecimientos significativos son magnificados y simplificados de manera simbólica. El faraón egipcio del primer cautiverio y del Éxodo, por desgracia, no se puede identificar a partir de los registros y documentos egipcios; en cambio, con los monarcas asirios y persas Nabucodonosor, Ciro y Darío, que aparecen al final del libro segundo de las Crónicas, así como en Esdras, Nehemías y Daniel, la historia hebrea se integra en la historia conocida del mundo mesopotámico de los siglos VII y VI a. C., e incluso se convierte en susceptible de datación. En los libros de Samuel, Reyes (I y II) y Crónicas (I y II) se nos presenta una historia de la realeza y la clase sacerdotal de Oriente Medio a pequeña escala, que adquiere importancia histórica universal por las intervenciones de Yahvé y su voluntad omnipresente. En las narraciones, elaboradas con una excepcional madurez teniendo en cuenta el período en el que fueron escritas, se describen con notable vivacidad los protagonistas políticos, las intrigas cortesanas y las luchas dinásticas, así como un sinfín de guerras (descritas con menos sofisticación, dado que las preferencias de Yahvé son siempre el factor que las decide), a veces en términos

profusamente dramáticos que las hacen susceptibles de parangonarse con Homero. En conjunto, representan una historiografía que puede resistir la comparación con las secciones que Heródoto dedica a los persas, aunque con la decisiva falta del elemento de la «investigación»; en su lugar, en el libro de Esdras, por ejemplo, se presta a la documentación un interés digno de la aprobación de los historiadores contemporáneos. Esdras y Nehemías fueron historiadores y escribas del Templo que escribieron, en el siglo VI a. C., una suerte de historia contemporánea en la que citan sus fuentes. Con la que después se describe en los libros de los Macabeos (I y II), que no forman parte del canon, nos introducimos en el mundo que más tarde describirá Flavio Josefo, después de escribir un epítome de la Biblia en *Antigüedades judías*, y nos embarcamos en el tema de la resistencia de los israelitas contra sus soberanos helenizantes en defensa de su religión y de la pureza del Templo, asunto que seguiría en pie hasta el final del estado judío en el siglo I d. C.

Con la difusión del cristianismo, el judaísmo se convirtió en un asunto de vital interés en el mudo de los gentiles. La herencia clásica era demasiado poderosa para que la Biblia llegara a dominar por entero la conciencia histórica de los cristianos no judíos; pero por un espacio de tiempo de unos mil años, y en muchos contextos mucho más, iba a convertirse en fundamental para ellos. A partir del siglo V d. C., casi todos los escritores se contentaban con asimilar la historia de Roma en forma de epítomes, obras de las que estaban debidamente provistos, mientras que los historiadores clásicos, con la señalada excepción de Salustio (que además de ser breve era moralista), fueron en amplia medida obviados, cuando se tenía siquiera noticia de su existencia.

El impacto que tuvo la Biblia en las concepciones cristianas de la historia, desde los primeros siglos del cristianismo hasta el siglo XIX, fue radical y penetrante. No sólo el pecado de Adán, la encarnación y el juicio final enmarcaban toda historia, sino que el hecho de que la historia bíblica presentara las relaciones de Dios con el pueblo que había elegido en una suerte de patrón recurrente de pecado, castigo y liberación-salvación significaba que cabía esperar que esa misma pauta siguiera repitiéndose mientras hubiera historia: esta última presentaba una serie reiterada de tipos y situaciones en el interior del macrocosmos histórico del pecado original y del juicio final. La cristiandad hizo suyo el papel de pueblo elegido, y, con posterioridad, este papel demostró tener una aplicación casi infinita, por ser adaptable a cualquier nación o secta que, instigada por sus cronistas, decidiera asumirlo: la fe, la grandeza o los sufrimientos

del pueblo, el favor divino o el castigo que se le infligía venían a demostrar aquella identificación. Dada la idea de repetición, la Biblia facilitó como caracteres de historia contemporánea una galería de personajes y gestas: las figuras del guerrero, el rebelde, el juez, el profeta, el gran rey (o el tirano), la mujer seductora o capaz de matar por patriotismo..., todos ellos dispuestos para ser reconocidos por los historiadores o adoptados por los propios actores y sus panegiristas o detractores. Tal como señaló Gibbon mientras daba cuenta de un grupo de este tipo de aplicaciones: «Los personajes de Eva, de la mujer de Job, de Jezabel o de Herodías fueron indecentemente aplicados a la madre del emperador [Valentiniano II]» (*HDCIR*, XXVII).

Pero, por encima de todo, la Biblia ofrecía un modelo arquetípico, repetido múltiples veces, de alianza con Dios y entrada en la Tierra Prometida, de trasgresión colectiva y de castigo a través de la devastación, el destierro, el exilio y el cautiverio, seguidos de la liberación y el regreso, que se simbolizaban con la reconstrucción del Templo y de la propia Jerusalén. Cabe señalar que es un modelo que hace de los seres humanos el primer motor de la historia sólo a través de sus infracciones y de sus pecados: la trasgresión es el papel que los seres humanos tienen en la dinámica histórica, aunque hay otro subsidiario para los instrumentos a través de los que se ejerce y aplica el castigo —ya se trate de tiranos o de pueblos bárbaros—, así como para los individuos que traen la liberación al pueblo: las figuras de Moisés y el Mesías. Huelga casi decir que en la historia secular el mal comportamiento —sobre todo la infidelidad y la fornicación—, la destrucción, la opresión y los esporádicos tiempos mejores, o al menos la promesa de que los habrá, así como las migraciones, han sido lo bastante comunes para hacer que a menudo el modelo sea identificable. También fue reconocido hasta cierto punto en la historia pagana: el faraón que restablecía el orden en tiempos difíciles era una figura típica en las inscripciones egipcias, al igual que lo era el primer legislador en los mitos griego y romano. Augusto fue el arquetipo romano de un príncipe de la paz, cuyo advenimiento podía representarse en términos míticos como el regreso a la tierra de la diosa de la justicia, Astrea, muy a menudo una *dea abscondita*. En el pensamiento judeocristiano, en cambio, Moisés y la propia figura de Cristo se convirtieron en salvadores arquetípicos, al igual que David era el rey guerrero victorioso, profeta y hacedor de cantares. En la retórica devota y cortés, a monarcas como los emperadores Constantino y Carlomagno, la reina Isabel y Guillermo de Orange, y a otros muchos más, se les permitió a través de

sus aduladores y comentaristas que avivaran los ecos de la historia providencial de la salvación.

La adopción de las Escrituras hebreas bajo el nombre de Antiguo Testamento por los primeros cristianos no judíos puede que no fuera tan inexorable; al fin y al cabo, afirmaban haber reemplazado al pueblo elegido original, como los hijos de una nueva alianza. En algunos aspectos, el Antiguo Testamento resultaba, al menos en potencia, embarazoso, al igual que lo era la conducta de los dioses del Olimpo en Homero, y en ambos casos se optó, entre otras cosas, por convertir en alegorías los episodios que resultaban más vergonzosos, proceso tras el cual el Antiguo Testamento iba a poder aportar materiales adecuados para la meditación devota. Una notable excepción fue Marción, erudito cristiano del siglo II, para quien el Dios de los judíos era el creador del mundo perverso y malvado, y no se identificaba con el Dios padre de Jesús. La teoría marcionista rechazaba la opción de tratar el Antiguo Testamento como una alegoría, y consideraba a Yahvé inaceptable desde un punto de vista ético. En 144 d. C. fue excomulgado. Sin embargo, los cristianos que formaban parte de comunidades gentiles necesitaban la Biblia hebrea y profecías para confirmar su fe en que Cristo era el Mesías; tenían necesidad también de refutar la acusación de que el cristianismo era una invención reciente, una religión advenediza, tal como puede verse en la *Historia de la Iglesia* de Eusebio (Eus. Hist. I 3-4), y el Antiguo Testamento proporcionaba aquellas credenciales de solera precisas. Una vez adoptado, ofrecía una interpretación satisfactoria y exhaustiva de la historia humana y un rico repertorio de identificaciones simbólicas aplicables a la historia posterior, una historia que por entonces ya se consideraba como un drama que la providencia seguía grabando y cuyas maneras características de proceder habían sido reveladas en toda su crudeza y atrocidad a través de las anteriores relaciones de Dios con su pueblo elegido.

Puesto que se recurrió a las Escrituras hebreas para que facilitaran una serie profética de figuras o tipos de Cristo como el Mesías —Moisés, Josué y David, entre otros—, además de aparentes profecías reales, la costumbre de buscar estos tipos, junto con otras nuevas identificaciones del elegido de Dios, se transmitió con facilidad a la historia moderna. Es preciso, no obstante, que seamos un poco prudentes. No todas las analogías con los personajes bíblicos equivalen a lo que es un pensamiento específicamente tipológico o figurativo, y tampoco esta clase de identificaciones carece por completo de precedentes. Algunas son sólo analogías, que a menudo se aplican con halago o desdén, y se pueden invocar

también personajes de la historia pagana como prototipos. Josefo comparó de manera acertada a Moisés con Solón y con Rómulo. De un modo más controvertido, en el siglo VI, Gregorio de Tours combinó la alusión a la historia romana y a las Escrituras cuando llamó a Chilperico, rey de Neustria, «el Nerón y el Herodes de nuestro tiempo». En la época clásica, la identificación individual con figuras sacadas de los mitos o de la historia parece haber sido cosa habitual. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de Alejando Magno, quien se identificó con Aquiles, rivalizó con su figura y puede que llegara a imitarlo. El emperador Caracalla estaba tan obsesionado con Alejandro que mandó pintar un retrato en el que la mitad del rostro era la del macedonio y la otra la suya. A veces, cuando el hábito mental de buscar figuras había arraigado, los nombres daban pie a establecer identificaciones más o menos cumplidas. A Arturo, el hijo de Enrique VII, por ejemplo, se le aclamó como un resucitado.

Pero la concepción figurativa propiamente dicha, tal como llegó a ser vigente en el pensamiento patrístico del siglo II d. C., precisaba la atribución de un papel providencial específico, cuyo arquetipo era procurado por la Biblia o el propio Cristo. En este sentido, los hechos y acontecimientos más destacados de la historia bíblica y de la historia judía podían ser reciclados como interpretaciones de hechos y acontecimientos posteriores, en el contexto de las controversias, las loas y los panegíricos o el comentario histórico. La caída de Jerusalén en 70 d. C. se convirtió en un acontecimiento arquetípico de este tipo, y la versión que de aquel hecho dio Josefo fue muy leída por los cristianos. Afectó, además, de manera muy poderosa a la imaginación cristiana casi como el propio Nuevo Testamento, donde Jesús, al salir del Templo, profetiza la destrucción: «¿Veis estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida» (Mc 13, 2; cf. Lc 21, 6. 24). La catástrofe planteaba de manera decisiva la cuestión de por qué Dios la había permitido, y lo hacía de un modo que evocaba una respuesta vinculada a las ideas de pecado, juicio, profecía y liberación.

El castigo comportaba la necesidad de salvación y suponía la figura de un salvador. Los homólogos, en la era cristiana de la anticipación de la figura de Cristo en el Antiguo Testamento, fueron los monarcas salvadores y los líderes de épocas más recientes, al igual que los nuevos hijos de Israel, los elegidos, pecadores y castigados, se identificaban a través de sus profetas.

Veamos de manera sucinta de qué modo confirió Eusebio un aura bíblica y mesiánica al emperador Constantino como instrumento divino y

salvador del pueblo de Dios. La primera historia británica, *Ruin of Britain*, escrita por Gildas, un monje del siglo VI, con ser más una jeremiada que una historia, da cuenta en un lenguaje bíblico de los pecados y los consiguientes sufrimientos de los britanos a manos de los bárbaros después de la retirada de las legiones romanas en 410 d. C. Gildas presenta los desastres de los britanos en a la manera bíblica, como un castigo divino por los pecados cometidos, mientras saluda al mártir san Albano como el Josué —de nuevo aquí el nombre, que significa «Jesús» en griego, resulta de cierta ayuda—, considerado como uno de los tipos de Cristo. Otros paralelismos de este estilo podrían resultar más alentadores. Beda, siguiendo el ejemplo de Gildas, consideraba a su propio pueblo, el de los anglios, instrumento de la justificada ira de Dios contra los britanos y, por tanto, el pueblo elegido. Los francos, el pueblo católico más grande —es decir, no herético, ya que la mayoría de pueblos bárbaros seguía la doctrina arriana—, parece que fueron animados por el papado para que se considerasen el nuevo Israel, aunque este extremo ha sido discutido. En los siglos XVI y XVII, la lectura de la Biblia protestante en lengua vernácula confirió un nuevo impulso a estas maneras de pensar. En la Inglaterra del siglo XVI, el prefacio a la obra *Acts and Monuments* de John Foxe, texto protestante fundamental más conocido como *Libro de los Mártires*, hablaba de la recién coronada reina Isabel como el nuevo Constantino, que se había convertido ya en un tipo habitual del Mesías como salvador. En el moderno martirologio de Foxe, los ingleses eran el pueblo elegido de Dios, una idea que iba a seguir presente con fuerza en el siglo siguiente entre los protestantes que se opusieron a Carlos I, alentando su indocilidad. Muchas sectas luteranas se imaginaron tratando de construir la Nueva Jerusalén, una aspiración que pasó a los utopistas laicos del siglo XIX. Como es natural, los colonos puritanos de Nueva Inglaterra se inspiraron en aquella misma concepción y la aplicaron en aquella tierra recién conquistada. John Winthrop, el primer gobernador de Massachusetts, hablaba de ellos como si hubieran sellado una nueva alianza con Dios. Por su parte, los conquistadores españoles de México, un siglo antes, al ver por primera vez la capital del imperio azteca de Moctezuma la llamaron Tierra de Promisión, al igual que, en su sueño, Martin Luther King la prometería a su pueblo cinco siglos y medio después. Bernal Díaz del Castillo,* soldado y cronista de la conquista española de América, no dudó, al ver el asedio y la destrucción de la capital azteca, en evocar la caída de Jerusalén.

* Véase más adelante p. 505.

Este tipo de retórica, sin lugar a dudas, tendía a ser la moneda de uso corriente de los agentes históricos, de las sectas y de los colonizadores, y no de los historiadores reflexivos y los cronistas, aunque en este último caso no fueron muchos los inmunes. Pero, en general, se mantuvieron a distancia de las especulaciones adivinatorias y milenaristas inducidas por las escatologías hebrea y cristiana, y de las claves de la historia del mundo, de manera muy especial, los sueños falsamente proféticos del libro de Daniel y el Apocalipsis de san Juan el Divino. Estos libros, en cambio, influyeron en ideas sobre la historia como, en el siglo XII, las pronosticaciones del italiano Joaquín de Fiore (*c.* 1135-1202). Su visión de la historia en tres épocas, en las que se hallaba presente un fuerte elemento profético, se basaba en el dogma de la Trinidad: las épocas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que sería la última. Eusebio, el primer historiador de la Iglesia, cuya obra examinaremos en breve, desaprobaba las conjeturas milenaristas. No obstante, las imágenes y los arquetipos bíblicos podían dar colorido a las descripciones seculares, aun en el caso de que no hubiera un compromiso pleno con el plan providencial fundamentado en la Biblia. La historiografía antigua, por ejemplo, dejó constancia de muchos asedios catastróficos y destrucciones de ciudades, pero la exposición que Josefo hizo de la caída de Jerusalén alcanzó un nuevo grado de intensidad y lamentación que parece deber algo a la tradición profética hebrea. Los profetas eran sin parangón los expertos e inspirados entendidos en la ira de Dios, en las iniquidades, la falta de fe del pueblo y su atroz castigo:

> Pues he aquí que Yahvé va a salir de su lugar, va a descender para caminar sobre las cumbres de la tierra y bajo él se fundirán las montañas, como al fuego se derrite la cera, como aguas que se precipitan por un despeñadero.
>
> Todo por la prevaricación de Jacob, todo por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es la prevaricación de Jacob? ¿Acaso no es Samaria? ¿Y cuáles los excelsos de Judá? ¿Acaso no es Jerusalén? Pues Yo convertiré Samaria en un montón de cantos sueltos en un campo de labor, en plantaciones de viñas y arrojaré sus piedras al valle, y pondré al desnudo sus cimientos. Y todas sus esculturas serán abatidas, y todos sus salarios abrasados por el fuego, todos sus ídolos serán arruinados, porque son mercaderes de prostitución y en salario de prostitución se convertirán. (Mich 1, 3-7)[4]

[4] *Sagrada Biblia*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1955.

Este tipo de admoniciones dejó una huella indeleble en las imaginaciones que se alimentaban de la Biblia. *La guerra judía* de Flavio Josefo también fue una lectura popular entre los protestantes.

Escuchemos la perorata que recoge Thomas Carlyle al final de *La Revolución Francesa* (1837), y en la que fusiona de manera inconfundible sátira y fervor profético e iconoclasta:

> La impostura está en llamas, la impostura se ha consumido. Un mar rojo de fuego, bramando horriblemente, envuelve al mundo, y con su lengua de fuego lame todas las estrellas. Los tronos han sido arrojados dentro, y las mitras de los Dubois, las butacas de los prebendados que chorrean grasa ... Cada vez más alto se alzan las llamas del mar de fuego, que crepita con nuevas vigas desmembradas mientras el cuero y la seda lo tornan sibilante. Las imágenes de metal se funden, la imágenes de mármol se convierten en mortero y cal...

La energía con la que Carlyle podía explotar la modalidad apocalíptica era excepcional, pero en la historia secular, la revolución más que cualquier otro tema, era el que mejor se prestaba a ello. En cuanto a los primeros cristianos, sin embargo, la concomitancia vital de juicio y condena era la promesa de salvación que Cristo trajo al mundo. Para el historiador Eusebio, la conversión del emperador Constantino al cristianismo y la salvación de la Iglesia de toda persecución tipificaba esta promesa en la historia contemporánea.

13

EUSEBIO: LA FORMACIÓN DE LA ORTODOXIA Y LA IGLESIA TRIUNFANTE

A principios del siglo IV la Iglesia cristiana sufrió períodos intermitentes de persecución por parte del poder imperial, con sus tandas de mártires. El último de estos períodos había finalizado en 312 d. C. con la conversión del emperador Constantino y la transformación de la posición de la Iglesia, que pasó de ser una secta perseguida a tener al final una posición privilegiada. Pocas transiciones históricas han sido más repentinas. Pero la Iglesia se había ido formando y elaborando desde la época de los apóstoles, más de tres siglos antes, y, cuando las expectativas de un final inminente del mundo se desvanecieron, empezó a ser consciente no sólo de su presente y futuro, sino también de su pasado.

La noción que identificaba la Iglesia como la nueva comunidad de elegidos, y su compromiso con la enseñanza y la evangelización concedieron una importancia decisiva a la cuestión de su identidad y pureza; a medida que la generación de los apóstoles fue integrándose en el pasado, pasó a ser esencial diferenciar y defender a la auténtica tradición. Las cuestiones acerca de la continuidad histórica eran vitales, en particular antes de que, en el siglo IV, los concilios de la Iglesia, que procuraban puntos de referencia, llevaran a cabo las primeras formulaciones doctrinales. Cumplía demostrar la continuidad con las profecías del Antiguo Testamento, con el testimonio de los apóstoles y las líneas de descendencia que los unían a los obispos cristianos, y con las enseñanzas de aquellos que habían llegado a ser las autoridades o Padres de la Iglesia. Estas continuidades eran necesarias a fin de eliminar las herejías, los libros espurios, los falsos profetas y sus extáticos entusiastas, así como las interpretaciones desviadas de las sagradas Escrituras. La ortodoxia tuvo que

forjarse en medio de una fuerte rivalidad entre fanatismos y fervores, tan ciegos como antagónicos, y de los problemas que planteaba la asimilación de las tradiciones intelectuales del mundo griego —y en especial la platónica— a las de las Escrituras hebreas y los Evangelios. Hubo extraordinarias dificultades a la hora de interpretar unos textos complejos cuya condición simbólica se admitía al menos en parte. La cuestión de la unidad de la Iglesia fue en esencia la misma que la de su continuidad. Conviene recordar, por ejemplo, que hacia la época de la conversión de Constantino, el ministerio de Cristo era tan distante como lo es la muerte de Luis XIV para nosotros. Los Hechos de los Apóstoles habían sentado, en cierto modo, los fundamentos para lo que en aquel entonces se trataba explícitamente de elaborar: una primera historia de la Iglesia, y esta historia la iba a presentar, a principios del siglo IV, Eusebio, el obispo de Cesarea.

Eusebio era un griego natural tal vez de la propia Cesarea, ciudad palestina de la que fue elegido obispo a principios de la década de 260, y tuvo una vida lo bastante dilatada para ver a la Iglesia duramente perseguida (305-312; uno de los mártires fue su propio maestro) y luego liberada y salvada gracias a la conversión del emperador Constantino. Eusebio participó en el concilio de Nicea (325 d. C.), donde conoció y apoyó a Constantino. Los allí reunidos definieron la naturaleza de Cristo de modo que los seguidores de Arriano, para los que Jesús no era de la misma naturaleza que el Padre, sino que estaba subordinado a él, fueron declarados herejes. Eusebio, de quien se maliciaban tendencias arrianas, al parecer valoró más la unidad de la Iglesia que cualquier otro aspecto doctrinal y trató la fórmula adoptada en Nicea como la definitiva. En Cesarea, Eusebio era el heredero de Orígenes (*c.* 185-*c.* 254), el gran comentarista de la Biblia. La interpretación que Eusebio hacía incluso de la historia secular era muy providencialista, algo comprensible en alguien que había sido testigo directo de lo que debió de parecer el milagro de la conversión del emperador inmediatamente después de la más severa y grave persecución de la historia de la Iglesia. Dicha transformación se convirtió para Eusebio en casi una segunda encarnación: para él Constantino era, sin ningún género de dudas, el representante de Dios en la tierra.

Además de su *Historia eclesiástica*, que cubre todo el período comprendido desde el nacimiento de Jesús hasta la época en que el obispo de Cesarea escribe en plena década de 320, y que fue muy pronto traducida al latín, Eusebio fue muy conocido en la Edad Media por ser el autor de una *Crónica* en la que compendió la historia de los grandes pueblos de la Anti-

güedad hasta los romanos y en la que hizo un intento de interpretación, en columnas paralelas, de las cronologías pagana y hebrea. Aquella obra iba a convertirse en un puntal de especial importancia al que recurrieron en sus preámbulos las crónicas medievales; el género en cuestión que había iniciado fue continuado por san Jerónimo, y por eso se le conoce a veces como «Eusebio-Jerónimo». Parte del propósito de esta obra era para Eusebio demostrar que la antigüedad de la religión de los hebreos era superior a la del resto, algo que preocupaba también a Flavio Josefo.

Eusebio cultivó asimismo otro género que iba a alcanzar gran difusión: el martirologio cristiano, en el que dejó constancia de las grandes persecuciones habidas en Cesarea. El martirio, prefigurado en la crucifixión de Cristo y con remotos precedentes en los libros de los Macabeos y en la muerte de Sócrates, pasó a ser centrar la atención de los cristianos. Los mártires triunfaban en su muerte, e iban de inmediato al Cielo. La conmemoración de los mártires se convirtió en un rasgo importante de la liturgia cristiana, y los relatos de sus sufrimientos —a menudo muy detallistas, como lo son por ejemplo en Eusebio— pasaron a ser, al igual que las vidas de los santos, narraciones algo posteriores, con las que en parte coincidían, una forma de literatura popular latina que bien podría denominarse, paradójicamente, folclore documentado. Los mártires, en algunos sentidos, representaban un papel análogo al de los héroes de los mitos y la historia paganos. Sin embargo, ellos habían escogido morir, entre sus filas había un abundante número de mujeres, y sus finalidades no eran, en última instancia, trágicas sino triunfales. Los detalles de la agonía física de los mártires, que complementaban la de Cristo en la cruz, iban a ser una generosa fuente de inspiración para la iconografía cristiana. Los mártires y los santos eran ciudadanos influyentes del reino de los cielos, y las donaciones y peregrinaciones a sus santuarios iban a ser una fuente de notable riqueza para aquellas catedrales y abadías que fueron lo bastante afortunadas para custodiar sus cuerpos o cualquier fragmento de sus restos.

La historia de Eusebio era muy original en su concepción, y se convirtió en *la* historia de los primeros tiempos de la Iglesia, en el sentido de que sus sucesores trataron sólo de continuarla y no de reemplazarla. Tenía un contenido del todo nuevo, y se leía de un modo bastante diferente de cualquier historia clásica. La historia eclesiástica intervenía inevitablemente en las controversias, en la formulación de la línea recta de tradición ortodoxa y en distinguirla de las trampas que tendían las herejías, los libros espurios y las interpretaciones que se apartaban de la tra-

dición. Asimismo dejaba constancia de los episcopados más notables y de los martirios. Judíos, paganos y, sobre todo, herejes eran blanco de las controversias de Eusebio, que escribió su historia para contrariarlos y sin dar a entender, como había sido norma en las historias clásicas, que lo hacía de manera desapasionada o sin tomar partido: Eusebio escribió, tal y como él mismo reconocía, para establecer y confirmar la ortodoxia cristiana. Este hecho, si se compara a Eusebio con los escritores de historia clásicos, puede dar la impresión de crear una distancia aún mayor entre él y las nociones modernas de decoro histórico, aunque también tuvo el paradójico resultado de acercar su práctica a la de los historiadores modernos, tal como las controversias religiosas de la Reforma hicieron siglos más tarde. Dado que escribe no para entretener sino para probar y confirmar, necesita utilizar fuentes que tengan autoridad, y por ello pasa a ser una cuestión decisiva para él saber quién merecía tal consideración, aunque desde luego no se trata sólo, ni sobre todo, de una cuestión de testigos fiables. De ahí que cite esas fuentes de manera profusa, y a veces reproduzca otras con el fin de descartar las interpretaciones desviadas que proponen. De hecho, sin la biblioteca de la que tan orgulloso se sentía, difícilmente hubiera podido escribir aquel libro. De ahí que puede que tuviera mucho menos de historiador que sus predecesores clásicos, pero mucho más de erudito, aunque ciertamente no de desinteresado.

Uno de los rasgos que caracterizan su *Historia eclesiástica*, antes de que pasara a dejar constancia de los acontecimientos que le eran contemporáneos, es una relación de los obispos que se habían sucedido en las principales sedes cristianas desde la época de los Apóstoles. Tal como hemos visto, las listas de sucesión de faraones en Egipto, y de reyes, pontífices y cónsules en la antigua Roma son algunas de las primeras formas de registrar la historia. En Eusebio son esenciales para establecer la sucesión apostólica, la columna vertebral de la ortodoxia. Otro interés de vital importancia, análogo a aquel en el ámbito de la doctrina, es el establecimiento y la justificación del canon de libros aceptados que forman las sagradas escrituras (por entonces había una serie de candidatos adicionales a serlo) y, además de estos, la aceptación de los comentaristas bíblicos acreditados y el rechazo de sus rivales heréticos. Sin embargo, el libro de Eusebio difícilmente parece una historia, en el sentido de que entre el momento de la encarnación y hasta la conversión de Constantino, aparte de los martirios y las inevitables apostasías ocurridos durante los tiempos de persecución, apenas hallamos suceso alguno. Tal como lo expresó uno de los comentaristas modernos de Eusebio: «Esta historia

está poblada no por hombres o por acontecimientos, sino por los que escribieron libros». El precedente no eran tanto las narraciones clásicas de los asuntos políticos y militares como las historias de los filósofos griegos y sus escuelas. A menudo, en la obra de Eusebio se tiene la impresión de estar leyendo una suerte de bibliografía selecta, con un comentario polémico y extensas citas. Leamos, por ejemplo, este párrafo en el que trata de Clemente de Alejandría:

> De Clemente, en cambio, se han conservado entre nosotros los *Stromateis* [Misceláneas], los ocho libros íntegros [siguen los títulos] ... Ahora bien, en los *Stromateis* se ha elaborado un tapiz de citas no sólo de las sagradas Escrituras, sino también de las obras de los griegos, siempre que le parecía que también ellos habían dicho algo aprovechable. Menciona las opiniones de la mayoría explicando justamente las de los griegos y las de los bárbaros. Y, además, enmienda las falsas opiniones de los heresiarcas, despliega una gran información y nos proporciona la base de una sabia y variada instrucción. Con todo esto mezcla también las opiniones de los filósofos, de modo que el título de la obra se halla cabalmente justificado. (Eus. Hist. VI 13)

Esto da una idea bastante aproximada de la creación a partir de materiales diversos —cristianos y paganos— de un corpus relevante de erudición cristiana. Eusebio habla de las condenas de los heréticos y de sus opiniones, mientras da «los nombres y las fechas de aquellos que se han alejado tanto como es posible de la verdad movidos por su pasión por la novedad» (I 1). La individualidad de la obra de Eusebio no radica, por tanto, en la forma que adopta la narración, sino en lo que escoge para dejar constancia, aprobándolo o condenándolo. Ante todo, en su historia establece un registro del buen y del mal camino, pero en amplia medida se contenta con dejar que hablen quienes siguen uno y otro, dando testimonio, o existan sólo como nombres y fechas. Aun así, esto no equivale a decir que su tono es desapasionado. El mal actúa en la formación de las herejías, que son imposturas detestables, y las sectas heréticas «se arrastran como reptiles ponzoñosos por Asia y Frigia» (V 14).

El error debido a la mera falta de erudición es a veces tratado de manera más amable, pero la anatomía de la falsa profecía en Eusebio y sus fuentes —casi todo el texto son citas— es a menudo vívida y precisa, como la descripción que ofrece de un falso profeta en estado de éxtasis antinatural (V 17) o la exposición de las prácticas de un heresiarca de Antioquía que dispuso «que las mujeres le cantaran himnos en medio del

templo el gran día de la fiesta de Pascua; sólo de escucharlas era para ponerse a temblar» (VII 30). Al correr en ayuda de la devoción ortodoxa, las fuentes pueden ser líricas: los huesos de un mártir son «más preciosos que las piedras más preciadas, más esplendidos que el oro» (IV 15).

La obra de Eusebio deja precisamente de polemizar sobre palabras cuando hace constar los martirios, y esto confiere un carácter diferente a los tres últimos libros, dedicados a quienes los sufrieron, cuyo tema se sitúa en el tiempo en que vive Eusebio. Allí se deja a un lado el gusto por los libros, y Eusebio, quien en materia de instauración de la ortodoxia puede dar la impresión de ser un escritor que se ha dormido en los laureles, se despierta para mostrar una elocuencia casi bíblica a través de la contemplación del castigo de Dios y la victoria final de la Iglesia:

> Oscureció el Señor en su cólera a la hija de Sión y precipitó del cielo abajo la gloria de Israel ... Todo se ha cumplido, efectivamente, en nuestros días, cuando con nuestros propios ojos hemos visto las casas de oración, desde la cumbre a los cimientos, enteramente arrasadas y las divinas y sagradas Escrituras puestas al fuego en medio de las plazas públicas, y a los pastores de las iglesias ocultarse o ser prendidos indecorosamente y escarnecidos por los enemigos cuando, según otro oráculo profético, vertióse el desprecio sobre los príncipes y les hizo errar por lo intransitable, sin camino. (VIII 2)*

Algunos se comportaban de manera vergonzosa; otros, como héroes. Mientras los primeros quedan en el anonimato, de los segundos se nos mencionan sus nombres, al tiempo que se les glorifica de un modo que recuerda uno de los primeros impulsos de la historiografía; a saber: que las grandes proezas no pueden quedar en el olvido, sin conmemorar.

El estilo de Eusebio alcanza el tono más alto de exaltación cuando describe en detalle los síntomas físicos de decadencia que padecía el emperador Galerio, quien había ordenado las persecuciones:

> Le alcanzó pues un castigo divino que, comenzando por su misma carne, avanzó incluso hasta su alma. Efectivamente, de repente le salió un absceso en medio de las partes secretas de su cuerpo, y luego una llaga fistulosa en profundidad. Sin curación posible, le fueron corroyendo hasta lo más hondo de las entrañas. De allí brotaba un hervidero de gusanos y exhalaba

* La traducción procede de Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, Biblioteca de Autores Cristianos.

un hedor mortal, ya que la masa de sus carnes, producida por la abundancia de alimento y transformada ya antes de la enfermedad en una cantidad excesiva de grasa, al pudrirse entonces, ofrecía el aspecto más insoportable y espantoso a cuantos se acercaban. (VIII 16)

Ni los médicos podían soportar aquel fétido hedor. No es de extrañar que Gibbon dijera que Eusebio había descrito «los síntomas y el progreso de su enfermedad [la de Galerio] con exactitud singular y un placer manifiesto».* Los síntomas, de hecho, guardaban considerable semejanza con los que Josefo atribuyó a Herodes el Grande. En cambio, aquellos con los que Dios afligió al último de los emperadores que ordenó la persecución de los cristianos, Máximo, son algo diferentes, aunque Eusebio los detalla con igual intensidad y expresividad gráfica:

> Devorado por el hambre y enteramente consumidas sus carnes por un fuego invisible y de origen divino, toda apariencia de su antigua forma desapareció como anquilosada y quedó únicamente en los puros huesos como un espectro desde largo tiempo reducido a esqueleto; así, quienes le rodeaban no podían por menos de pensar que el cuerpo se había convertido en sepulcro del alma, enterrada ya en un cadáver en completa descomposición. Pero al abrasarle mucho más terriblemente la calentura desde lo hondo de los tuétanos, los ojos se saltaron y, cayendo de sus propias cuencas, lo dejaron ciego. (IX 10)

No resultará sorprendente que Máximo confesara sus pecados contra Cristo para que le fuese permitido morir.

Dios, después de azotar a su pueblo, transige con él. Constantino vence a su coemperador en la batalla de una manera que Eusebio compara con la destrucción de los ejércitos del faraón en el mar Rojo. En la exposición de la entrada triunfante de Constantino en Roma, el emperador —el amigo de Dios— es recibido por el pueblo como su libertador y salvador, hecho que Eusebio acompaña de abundantes citas de júbilo bíblico, procedentes sobre todo del libro de los Salmos. Compara de manera estrecha a Dios y su Hijo con Constantino y su hijo Crispo, por tender «una mano salvadora a todo lo que perecía», en tanto que «su adversario finalmente derrocado» (quien no es otro que Máximo) parece una representación del Diablo (X 9). Como sanador milagroso, Constantino es comparado con Cristo: «Tomando al Único que puede revivir a los muertos como aliado

* *Historia de la decadencia y caída...*, XIV, n. 37.

y compañero, levantó la Iglesia caída, después de haberle quitado y curado su enfermedad, la cubrió con un manto» (X 4). Eusebio se refiere a la reconstrucción de las casas de oración, cuya nueva consagración celebra, y de manera especial a la de Tiro, para la que pronunció la oración que reproduce para nosotros. Presenta la liberación de la Iglesia casi como un tipo de la redención final. Todas las disensiones entre cristianos se desvanecen: «Había un único poder del Espíritu divino que corría entre todos los miembros, una sola alma en todos ellos» (X 3).

La liberación de la Iglesia se combina en Eusebio con la reunificación del imperio, y la se paz es, según parece, idéntica a la *pax romana*. Constantino y su hijo «reunificaron el imperio romano en un único todo, poniéndolo bajo su dominio pacífico, en un amplio círculo que abarcaba tanto el norte como el sur, de Oriente hasta el lugar más alejado de Occidente». Liberados de su miedo, los hombres «celebraron una deslumbrante fiesta, en todas partes había luz, y los hombres que antes no se atrevían a alzar la vista se saludaban unos a otros, la sonrisa en el rostro, los ojos brillantes. Bailaban y cantaban tanto en la ciudad como en el campo» (X 9). El imperio y la Iglesia se habían curado, y no parecía haber ninguna diferencia importante entre ellos. Eusebio no sólo hace uso de la noción cristiana de redención, sino que se sitúa al final de la larga tradición del mito de Roma como Ciudad Eterna y del imperio sin fin que había proclamado Virgilio. Si bien esta idea nunca llegaría a integrarse del todo en la doctrina cristiana, dado que para sus fieles la historia había de tener un final con la segunda venida de Jesús, en Eusebio, que se muestra muy frío con respecto a las conjeturas relativas al fin que se acerca (III 39, por ejemplo), el imperio se halla lo más cerca posible de no tener fin.

El mito de Roma y su duradera autoridad, completado con el supuesto martirio de san Pedro, iba a ser explotado por los papas durante la Alta Edad Media, a través de las concepciones de los juristas canónigos, y disputado por los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico. Un siglo después de Eusebio, lo impugnó san Agustín de Hipona. Enfrentado al clamor de los paganos que consideraban el saqueo de Roma por los godos (410 d. C.) una consecuencia de haber repudiado a los antiguos dioses y, por tanto, achacaban la culpa a los cristianos, Agustín, en *La ciudad de Dios* (escrito después de 412 d. C.), se negó a identificar al pueblo de Dios con una comunidad terrenal; la distinción entre la ciudad celestial y la ciudad terrenal no era una diferencia externa, sino que hacía referencia a los dos estados del alma, que adquirirían su respectiva encarnación visible sólo el día del juicio final. Pero el de Hipona se preo-

cupó lo bastante del argumento presentado por los paganos para hacer que su discípulo Orosio escribiera los siete libros de las *Historias contra los paganos* (417 d. C.) a fin de demostrar que desastres como el saqueo de Roma habían sucedido en todos los períodos del pasado. Orosio dio mucha importancia a la ocupación de la ciudad por los galos, tal como la describió Livio, de modo que aquel otro desastre reciente no era atribuible al abandono del paganismo. Orosio cumplió con su tarea y elaboró un compendio de historia universal —en el que se presta especial atención a la historia de Roma—, que, sumado a otro epítome similar, aunque posterior, obra de san Isidoro de Sevilla, se convirtió en una de las obras esenciales de la Edad Media, a la que se recurría en la redacción de preámbulos generales para las crónicas e historias locales de todo género. Pero Orosio hizo más de lo que había pretendido san Agustín, y lo hizo en un sentido que le aproxima más a la concepción que Eusebio tenía de la historia que a la de su maestro. Orosio, de hecho, sucumbió de una manera más explícita que Eusebio al mito de Roma y, al igual que él, atribuyó a la Iglesia la prosperidad del imperio.

En aquella época había dos ideas esquemáticas para la historia universal: la secuencia de los cuatro imperios, derivada del sueño profético que narra en la Biblia el libro de Daniel (Dn 2, 31-44), una idea que acabó teniendo mucha influencia, y las clásicas seis edades del hombre, seguidas, desde el punto de vista cristiano, por un *šabbāt* eterno. Agustín adoptó esta última y no hizo uso alguno de la primera. Orosio, en cambio, suscribió las dos. En ambos, el imperio romano aparecía como el último de la serie, el acto final de la historia humana, que iba a ser seguido sólo por los últimos días. El imperio, por tanto, quedaría sin sucesor humano y duraría hasta que el tiempo secular llegara a su final. El imperio ocupaba un lugar prominente y no negativo en Orosio porque formaba parte del plan de la providencia. En particular, la *pax romana* de Augusto se hallaba vinculada al momento fundamental de la Encarnación, no sólo en el orden temporal, sino también como condición necesaria para la difusión del Evangelio. En consecuencia, el ascenso del imperio romano formaba parte del plan de Dios. La conversión de los pueblos bárbaros en el siglo v a. C. era concomitante con la extensión del imperio que Orosio aprobaba; y la «caída», pese a las incursiones de los godos, no formaba parte de su concepción del papel para el que había sido predestinado el imperio.

El hecho de que el cristianismo llegara a florecer bajo la protección imperial garantizó que prevaleciera la concepción, centrada en Roma,

que Eusebio se hacía de la historia de la Iglesia cristiana. El desmoronamiento del imperio en Occidente ante los invasores bárbaros no desplazó, como cabía esperar, la concepción eusebiana-orosiana de la historia universal. El Papa en la ciudad de Roma —donde se halla situada la tumba de san Pedro, el apóstol al que presuntamente Cristo había confiado su Iglesia— y luego los reyes merovingios y los emperadores carolingios, todos ellos tenían intereses creados en esta versión de la relación de Roma con el cristianismo. La adopción final en Occidente del título de Sacro Imperio Romano Germánico no hacía más que explicitar aquella concepción que desde hacía tanto tiempo había sido la dominante en la historiografía cristiana.

14

GREGORIO DE TOURS: REYES, OBISPOS Y DEMÁS

En comparación con la historiografía clásica, una de las características de la historia que se escribía en la Edad Media era la de ser a la vez omnímodamente universal e inexcusablemente particularista y local. Una exposición cronológica, tanto si era más o menos completa como episódica de la institución matriz o de la localidad de donde era el cronista, acostumbra llevar, a modo de prefacio o introducción, un compendio de historia universal, que a menudo mezcla con episodios bíblicos y hechos de la historia secular antigua, procedentes de los epítomes de Orosio o de san Isidoro de Sevilla (*c.* 560-636 d. C.), así como de las cronologías bíblico-seculares, género que inició Eusebio y continuó san Jerónimo.* Después de aquel preámbulo, y de un modo más o menos repentino, podía empezar la crónica de los hechos contemporáneos, sobre todo locales en cuanto a su enfoque pero con interpolaciones ocasionales, a menudo bastante confusas, procedentes del mundo más amplio de los grandes acontecimientos. En Occidente, después de que, en 476 d. C., fuera destronado el último emperador, desapareció aquel protagonista único y secular que desde tiempos de Polibio había tenido la historia: el imperio romano. El imperio medieval de Occidente —ya que nunca hubo nada que igualara a la antigua universalidad, salvo durante el breve reinado de Carlomagno— y la consolidación de los reinos nacionales aún estaban por llegar. El *Liber pontificalis*, la crónica interna de los papas, trataba al principio de las preocupaciones locales del obispo de Roma. En un mundo fragmentado en lo político, cuyos principales agentes vincu-

* Véase más arriba la p. 231.

lantes eran los concilios de obispos y las alianzas dinásticas de las casas reinantes, casi toda historia era, en mayor o menor medida, sobre todo local y era escrita en consonancia. La sucesión de los papas, obispos y abades, así como las principales efemérides del calendario litúrgico, en cuyo seno se podían interpolar, a menudo de forma muy breve y sucinta, los relatos de diversos acontecimientos contemporáneos, se convirtió en la principal forma de dejar constancia escrita, al igual que había sucedido en la Roma pagana con los fastos y los anales de los cónsules y pontífices.

Los diez amplios libros que forman las *Historias* de Gregorio, arzobispo de Tours entre 573 y 594 d. C., presentan aquella mezcla característica de historia universal en el primer volumen, para rápidamente limitarse a los asuntos generales de las Galias después de que en el siglo V se produjeran las invasiones de los francos y, a continuación, a la crónica contemporánea de carácter local que ocupa los seis últimos libros. La historia del siglo anterior, sin embargo, es insólitamente completa, y la crónica contemporánea, excepcionalmente prolija y rica, muy marcada por la personalidad de su autor, quien manifiesta, en parte, la conciencia propia de un historiador clásico, aunque no sus aires literarios. La vida de Gregorio y los acontecimientos contemporáneos de los que deja constancia se centran en el valle del Loira, aunque no están limitados a esa región. El imperio romano aún pervivía en Oriente, y tenía en la ciudad italiana de Rávena su encarnación más próxima; pero su existencia era en esencia periférica. El Papa de Roma era más importante, aunque no resultaba especialmente entrometido. El gran movimiento monástico, sobre todo el irlandés, que entrecruzaba Europa, superando las fronteras de las tribus y las diócesis, pertenecía más al siglo VII que al siglo VI, en el que vivía Gregorio. En general, los metropolitanos de las Galias administraban los asuntos de sus localidades y de vez en cuando se reunían en cónclave. Gregorio, si bien viajó ampliamente por las Galias, nunca se desplazó más al sur de los Alpes ni al este del Rin. Como obispo metropolitano, se hallaba en el centro del mundo que le incumbía.

Comienza su obra con un resumen de la historia del mundo basada en la Biblia, y pasa a la encarnación de Cristo y a la historia general de la Iglesia antes de continuar enseguida con las Galias y descender, ya en el primer libro, a Clermont-Ferrand, su localidad natal. Para el lector contemporáneo, este paso de lo universal a lo particular puede parecer precipitado, pero para Gregorio debió de ser algo natural, y lo cierto es que no es atípico. Así, por ejemplo, el continuador de su obra —a quien conoce-

mos por el pseudónimo de Fredegario— menciona en el prólogo las lecturas preliminares que ha hecho de las crónicas —en las que identifica a san Jerónimo, san Isidoro de Sevilla y al propio Gregorio de Tours— «desde el principio del mundo hasta el declive del reinado de Gontrán». ¿Qué otro marcador podría haber utilizado para el presente? La referencia que hace a la creación —o dicho de otro modo, la mezcla de historia sagrada e historia secular— es lo que hace curioso aquel aserto. Beda el Venerable, que escribió durante la misma época del siglo VIII en el reino de Anglia, y se centró en la historia eclesiástica, de la que, sea dicho de paso, Fredegario hace caso omiso en gran medida, solucionó el problema de la notación cronológica estableciendo las fechas hacia delante y hacia atrás a partir de la Encarnación, algo que los historiadores han venido haciendo desde entonces, pese al leve inconveniente de tener que contar las fechas antes del nacimiento de Cristo hacia atrás. Gregorio mezcla la historia secular y la eclesiástica, «las guerras de los reyes y las virtudes de los mártires», y defiende esta manera de hacerlo amparándose en la autoridad de Eusebio y de Jerónimo (Greg. Tur. *Hist. Franc.* II, prefacio). Quiere dejar constancia de los hechos y acontecimientos «en el orden confuso y desordenado en que sucedieron», y así lo hace.

El título posterior que se dio a su obra, *Historia de los francos*, falsea las inquietudes que habían motivado al arzobispo de Tours. Gregorio no pertenecía al pueblo franco, y el interés que tenía por éste, y sobre todo por sus reyes, parece en amplia medida secundario: si trata de ellos es porque, en calidad de monarcas de las Galias del siglo VI, se hallaban incuestionablemente allí; pero no tiene, en absoluto, el interés por su destino que, por ejemplo, demostró Polibio con respecto a los romanos que habían conquistado su Grecia natal. En Gregorio, la conciencia y el interés étnicos suelen ser mínimos; de hecho, ni siquiera menciona que las Galias eran un país con dos lenguas completamente distintas: la latina y la franca.

San Gregorio, al igual que otros muchos obispos de las Galias en poder de los francos, era un aristócrata galorromano, hijo de una familia prolífica en senadores, obispos y santos. Se había criado en Clermont-Ferrand, en casa de su tío san Galo, obispo de la ciudad desde 525 d. C., y finalmente en 573 d. C. sucedió a su primo san Eufronio en la archidiócesis de Tours. La santidad parece haber sido un galardón informal del episcopado gálico del siglo VI, que se caracterizaba por un marcado elemento dinástico, pese a los procesos de elección que mediaban en la designación de los obispos, si bien conviene no olvidar que la canonización papal no se formalizaría hasta el siglo XII. Los obispos eran los defenso-

res de la ortodoxia católica y la moral pública, los dirigentes del clero y del pueblo, así como administradores y fideicomisarios de la riqueza de la Iglesia para el mantenimiento de los edificios (en Tours, sobre todo, la catedral y la capilla de San Martín) y para la ayuda a los pobres. Esto hacía que fueran forzosamente allegados de los reyes francos, para quienes actuaban de censores, mediadores y conciliadores. Todas estas preocupaciones señalan los temas que Gregorio trata en su historia.

Las ciudades de las Galias, con sus obispos vástagos de la aristocracia autóctona, seguían siendo, en amplia medida, herederas de las tradiciones de la administración romana, cuyo legado persistía asimismo en el latín vernáculo que hablaban Gregorio y sus feligreses. (No sabemos a ciencia cierta si conocía la lengua de los francos, pero nunca hace referencia a ella.) No estaba muy instruido en la tradición literaria clásica y desconocía por completo la de Grecia. Si bien sus disculpas por el latín poco refinado que usa apenas son algo más que una muestra de tradicional humildad, lo cierto es que afirma escribir para que le entiendan. Dicho con otras palabras, el afectado arcaísmo de algunos autores de la Antigüedad tardía no iba con él. Se ha afirmado con cierta verosimilitud que su historia es una suerte de continuación de su labor pastoral, una antología de relatos escritos con el propósito de ser usados en las homilías. Entre sus otras obras, a las que a menudo remite al lector, se cuentan los martirologios, las vidas de los padres de la Iglesia y la hagiografía de san Martín de Tours, así como una recopilación de milagros.

Hemos visto cómo Eusebio dejó constancia de los martirios. Los primeros ejemplos modélicos de vidas de los santos, que iniciaron uno de los temas principales de lectura clerical popular en la Edad Media, fueron la *Vida de san Antonio*, escrita por Atanasio sobre la vida del eremita del siglo IV que se vio acosado en el desierto de Egipto por pintorescos demonios —obra que fue muy pronto traducida al latín—, y, más cercana desde el punto de vista geográfico, aunque posterior en el tiempo, la *Vida de san Martín* (*c.* 403), que, escrita por Sulpicio Severo en amplia medida sobre una base de ficción, marcó el inicio efectivo del culto a aquel santo en Tours, en cuya catedral se guardaba el inestimable tesoro de sus despojos mortales. Los centros de culto que guardaban este tipo de reliquias eran una fuente fabulosa de curaciones milagrosas, que eran atribuidas a la acción póstuma del santo, al tiempo que avalaban tanto su santidad como su influencia mediadora ante Dios y atraían a un flujo lucrativo de peregrinos y donaciones. Las vidas de los santos se basaban en una serie de fórmulas establecidas: repetían lo que se sabía del nacimiento y de los

orígenes del personaje biografiado, y hacían hincapié en su santidad y en su triunfo sobre la muerte, pero en amplia medida reducían la vida en el ínterin a una sucesión de milagros que, a menudo, repetían los que relataban los Evangelios. Al parecer, eran también parásitos de modelos anteriores del género, aunque, a veces, incluían relatos transmutados de la antigüedad clásica y cuentos populares tradicionales que habían sido cristianizados. Al igual que san Antonio, el protagonista era acosado de la forma acostumbrada por adversarios diabólicos —aunque no se trataba forzosamente de tentaciones—, y los milagros eran el arsenal al que recurría para desbaratarlos. En su condición de relatos moralizantes de entretenimiento, se podrían parangonar con lo que significaron las *Vidas* de Plutarco en el mundo pagano, aunque en comparación son presentados de manera ingenua y, en general, muy poco individualizada.

Después de la muerte, una de las características de los cuerpos de los santos era que no se pudrían, sino que desprendían un aroma agradable —Gregorio lo explica con entusiasmo— y obraban milagros cuando se entraba en contacto con sus reliquias, de las que formaban parte los objetos que el santo había tocado. La competición por tener semejantes objetos de culto era, como es comprensible, muy reñida. El relato que Gregorio hace de la llegada del cuerpo inerte de san Martín a Tours es ejemplar. Los hombres de la ciudad y los de Poitiers se reunieron al pie del lecho donde había muerto el santo para disputarse la posesión del cuerpo.

> Los de Poitiers decían:
>
> —Como monje nuestro que ha sido, como nuestro abad, reclamamos que nos lo devolváis. Debéis contentaros con que, mientras fue obispo en este mundo, gozasteis de su palabra, os sentasteis a su mesa y os fortalecisteis con sus bendiciones, y, sobre todo, con que os llenara de gozo con sus milagros. Contentaos, pues, con todas estas cosas, y a nosotros, que se nos permita llevarnos sus despojos mortales.
>
> Los de Tours respondieron:
>
> —Si, como decís, debemos sentirnos satisfechos con sus milagros, tened presente que, mientras estuvo entre vosotros, hizo aún muchos más que en nuestra ciudad. Pues, aun sin nombrarlos todos, a vosotros os resucitó a dos muertos y a nosotros, sólo a uno, y, tal como él mismo decía, tuvo mayor poder antes de ser obispo que después...
>
> Mientras discutían, el día dio paso a la noche. El cuerpo del santo, colocado en medio de la casa, era custodiado por las gentes de los dos pueblos. Al haber sido cerradas las puertas, los de Poitiers pensaron llevárselo por la fuerza al día siguiente cuando amaneciera; pero Dios todopoderoso no per-

mitió que la ciudad de Tours fuera privada de su patrón. En medio de la noche, todas las gentes de Poitiers fueron vencidas por el sueño, y no quedó de en aquella multitud ni un solo hombre en vela. Los de Tours, al verlos a todos dormidos, se llevaron el cuerpo del santo: mientras unos lo bajaban por la ventana, otros lo recogieron desde fuera y, una vez lo hubieron colocado en una embarcación, se alejaron remando acompañados de los presentes por las aguas del Vienne. (I 48)

Y llevaron triunfalmente de vuelta el cuerpo del santo a Tours siguiendo el curso del Loira «alabando a Dios y entonando salmos». Las pinceladas detallistas al hablar de la ventana, la embarcación y los cantos son características del modo en que Gregorio empleaba las anécdotas.

La adquisición de san Martín fue un gran momento, pero para Gregorio ninguna circunstancia era demasiado humilde o físicamente particular, ningún acto era tampoco tan puramente interno que no mereciera ser narrado si había algo moral o espiritual que destacar. No había posibilidad alguna de confinar su historia a los hechos políticos (ni tan sólo a los políticos y eclesiásticos), porque tampoco resulta evidente que tuviera un concepto concreto de lo político como categoría. Aparte de combatir la herejía arriana, el mundo de Gregorio de Tours, y aun el mundo de la dinastía merovingia en el poder y sus reyes antagonistas (aunque quizá aquí fuera mejor llamarlos *caudillos* que *reyes*), es muy personal, en el mismo sentido en que la importancia y la riqueza de la ciudad de Tours derivaban, en amplia medida, del cuerpo de san Martín. Los motivos y las conductas son particulares del individuo y difícilmente son generalizadas salvo cuando placen o desagradan a Dios, y, a diferencia de lo que sucede en algunas historias cristianas, como, por ejemplo, las que escribieron Gildas y Beda en Britania, en Gregorio son de manera característica los individuos y no los pueblos los que gozan del favor de Dios o son castigados. En la segunda oración de su prefacio, Gregorio se refiere, cuando hace mención de aquellos que animan los acontecimientos contemporáneos cuya crónica se dispone a escribir, a los reyes «que se entregaban a su furor». No hay lugar aquí para abstracciones como «política real» o «resistencia aristocrática». Los grandes bombres se comportan como los más humildes, movidos por la ira, la codicia, la obstinación, la venganza... En ningún momento se alude a un concepto tan abstracto como la enemistad a muerte entre los francos: Gregorio y quizá sus lectores la dan por descontada. Aun los santos, en el mundo de Gregorio, saben cómo vengar póstumamente las afrentas.

Gregorio inicia su obra con la reflexión, memorable y del todo exacta, de que la emprende en un momento en que «la cultura de las letras y las ciencias liberales se marchita como se marchitan también las ciudades de las Galias, en medio de los buenos y los malos actos que se han cometido». Puede que no sea erróneo interpretarlo en el sentido de que no debemos buscar en la historia de Gregorio una trama general, aunque se han hecho no pocos intentos de atribuirle una como un esquema copiado de la historia veterotestamentaria, la noción de que los francos eran un pueblo investido con una misión o la idea de una decadencia continua de las costumbres en las Galias a partir de la época del rey Clodoveo (m. 511 d. C.; véase, por ejemplo, IV 45). Si bien prosigue luego hablando de las luchas entre los «habitantes de países diferentes», y de vez en cuando describe el comportamiento de las turbas, los protagonistas de la historia de Gregorio de Tours son los individuos. Aunque también es cierto que de forma breve conjetura sobre los orígenes de los francos (II 9), que habían invadido las Galias el siglo anterior, y para ello cita a un historiador latino precedente, cuyas obras ya no se conservan, y —en un caso excepcional de generalización— discurre sobre los orígenes de los «reyes de pelo largo» y el tipo de realeza de la que son poseedores. (En la época de Gregorio se creía que si se hacía cortar el pelo a un merovingio, éste perdía su derecho a que lo eligieran rey.)

El único acontecimiento categóricamente histórico de la historia de los francos, sobre todo porque también fue un acontecimiento dentro de la historia de la Iglesia, fue la conversión del rey Clodoveo a la fe católica —según afirma Gregorio, acompañado por todo su ejército— en 496 d. C.; los demás pueblos bárbaros que invadieron Occidente se habían convertido a la visión arriana del cristianismo. De una forma más bien inusitada, Gregorio establece la analogía —evidente y habitual en tales circunstancias— con Constantino. El emperador que ocupaba el trono romano había otorgado a Clodoveo el título de cónsul. El agua bautismal forjó el vínculo entre los francos y el papado que, trescientos años más tarde, sería decisivo para la aparición de un imperio franco, el carolingio, en Occidente. Después de Clodoveo, sin embargo, los reyes francos —en la época de Gregorio hubo cuatro que reinaron de forma simultánea gracias a la división de la herencia— y sus nobles aparecen en la historia del obispo de Tours no como figuras que tienen un destino histórico, sino sencillamente porque eran los poderes seculares, los grandes hombres de aquel momento. Hombres que eran capaces de hacer el bien, sobre todo en forma de donaciones al templo donde reposaban los restos de san Mar-

tín, y, más a menudo, daño, con sus guerras intestinas, las más de las veces apenas distinguibles de razias de saqueo, en las que se extorsionaba a las ciudades pacíficas y se masacraba a las poblaciones de campesinos. Para Gregorio, las guerras civiles eran un mal particular de la época, motivo por el que rogaba a Dios para que cesaran.

De las luchas homicidas en el seno de la dinastía reinante, sin embargo, Gregorio deja constancia de manera casi inexpresiva, algo que puede sorprender al lector ya que las trata en apariencia como cosa corriente, pues no eran otra cosa. Y uno llega a tener la impresión de que los merovingios sólo eran eso. El lector, como presumiblemente sabe Gregorio, a veces acusa la existencia de las enemistades a muerte; pero eso no le lleva a catalogarla como una institución de los francos, de modo que parece mera venganza o aun ferocidad sin motivo. Por otro lado, la manera en que da cuenta del reinado de Clodoveo y la forma en que expone el epitafio del rey —de quien se ha dicho que fue el héroe de su historia (algo que difícilmente es) y que fue el rey guerrero más grande de la estirpe merovingia, que estableció su dominio sobre gran parte de las Galias además de abrazar el cristianismo católico— son muy destacables. Gregorio describe de forma seca el comportamiento de Clodoveo, incluso el hábito, más propio de un ogro, consistente en partir a la gente en dos con el hacha, y, no obstante, parece apreciar su humor negro. Y así, después de relatar cómo había pasado por dicha arma a dos de sus parientes, y dar órdenes para que se acabara con un tercero, añade:

> Después de su muerte, Clodoveo consiguió sus reinos y sus tesoros [el reino tenía por centro Cambray]. Había dado muerte del mismo modo a muchos otros reyes y a muchos de sus propios parientes, por temor a que le quitaran el imperio, y, haciéndolo, extendió su poder a toda la Galia. Dicen, no obstante, que cierto día en el que había reunido a sus súbditos, habló de esta manera sobre los familiares que él mismo había hecho perecer: «¡Ay de mí, que me he quedado como un peregrino entre extraños, sin parientes que me puedan socorrer si sobreviniese la adversidad!». Pero si lo decía no era porque se afligieran sus muertes; hablaba así sólo como un ardid para descubrir si aún le quedaba alguno a fin de hacerlo matar. (II 42)

Sin embargo, el resumen que Gregorio expresa en términos bíblicos es que «día tras días, Dios hacía que sus enemigos se sometieran a su mano y acrecentaba su reino, porque andaba delante de Él con el corazón recto y hacía las cosas que agradan a sus ojos» (II 40). Si bien de los grandes reyes, como el que fue su prototipo, el bíblico rey David,

que disfrutaba del favor de Dios, no se esperaba, obligado es reconocerlo, que fueran perfectos, aquello era ya excesivo. Sin duda, pesaba mucho el hecho de que la aversión a la herejía arriana fuera el único elemento «ideológico» de la historia de Gregorio. Por ejemplo, resulta que, en cierto pasaje, el obispo de Tours cuenta al pie de la letra el enconado debate que sostuvo con un hereje arriano (V. 40), y asimismo detalla los mártires católicos habidos en la Hispania que se hallaba bajo el poder de los visigodos arrianos, si bien, en realidad, fueron más bien raros y muy contados. Repite con todo pormenor los sufrimientos de una muchacha católica que, al ser forzada a soportar que la rebautizaran como arriana, gritó desafiante —y en ello hay una clara reminiscencia de una distinción grata nacida de la filosofía griega—: «Creo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una misma sustancia y tienen una misma esencia», antes de que, segándole la cabeza de un tajo, fuera consagrada a Cristo (II 2).

Los reyes francos son un elemento importante de la historia de Gregorio, quien a veces se centra en ellos y en sus gestas, a menudo sanguinarias. Sin embargo, no dominan su relato. Es algo que podremos apreciar mejor a través de un resumen de los primeros cuatro libros de su obra, mientras que los últimos, cuando la historia se hace contemporánea y aparece el propio obispo de Tours, es mejor tratarlos de forma temática. En el libro I, después de tratar de forma más bien breve el Antiguo Testamento y la historia de la Iglesia cristiana, llegamos a la conversión de las Galias, seguida por los poco edificantes asuntos conyugales del primer obispo de Clermont-Ferrand, y un tiempo después por la muerte de san Martín, tercer obispo de Tours, en 397 d. C., con la que se cierra el libro. El marco en el que se inserta la obra de Gregorio es, sobre todo, el de la historia episcopal del área del valle del Loira. Los francos aparecen por primera vez en el libro II, pero casi todo cuanto los precede en ese volumen es también de temática episcopal. Sin embargo, los capítulos siguientes están dominados por la figura de Clodoveo y se cierran con la muerte, en 511 d. C., del rey de los francos. Los dos libros siguientes (III-IV) intercalan temas relativos a los francos y a la historia episcopal tal como Gregorio ha prometido hacer. De una manera que resulta atractiva y simpática, saluda el comienzo del libro V, con el que se abre la época de la que tiene un conocimiento personal, escribiendo las palabras: «Aquí, me alegra decir, empieza el libro. Amén». La primera aparición de Gregorio de Tours es un caso dramático de confrontación en el que la Iglesia, personificada por el santuario de san Martín y con Grego-

rio como su custodio, desbarata los planes del representante del poder real merovingio. El episodio ilustra la manera en que Gregorio cuenta una historia; de ahí que valga la pena citarlo por extenso:

> En aquellos días, Roccoleno, enviado por Chilperico, llegó a Tours con ánimo jactancioso y, montando su campamento en la otra orilla del Loira, nos mandó decir a través de unos emisarios que hiciéramos salir de la santa basílica a Gontrán, que había sido acusado de matar a Teodeberto, amenazando con prender fuego a la ciudad y a todos sus arrabales si no lo hacíamos.

Chilperico era uno de los cuatro reyes francos, nietos de Clodoveo. Y es cierto que su hermanastro Gontrán había dado muerte a Teodeberto, hijo de Chilperico, en una batalla. Una introducción nos presenta a Roccoleno. El tono de Gregorio es desafiante:

> En cuando escuchamos el mensaje, le enviamos una delegación a fin de que le respondiera que, desde tiempos antiguos, aquello que nos pedía no se había hecho y que de ninguna manera se podía permitir la profanación de la santa basílica; que si ejecutaba lo que había dicho, no obtendrían ningún bien ni él ni el rey que le había dado aquella orden, y que más le valía temer el poder del santo obispo [san Martín] que había obrado el día anterior la curación de un paralítico [de la que Gregorio dio cuenta en su *Vida de san Martín*]. Pero, sin el menor temor, estableciendo su campamento en la casa episcopal que se alzaba en la otra orilla del Loira, arrancó las tablas trabadas con clavos, y las gentes de Cenomania que habían venido con él se llevaron los clavos en sacas de cuero, se lanzaron sobre las cosechas y todo lo devastaron. Pero, mientras Roccoleno se comportaba de esta guisa, Dios lo castigó y cayó enfermo, y el rostro se le puso de un color amarillento claro. (V 4)

En busca de restablecimiento, Roccoleno fue llevado a la iglesia que había amenazado con profanar, pero siguió enfermo y, en lo personal, sin recibir el perdón. A todas luces seguía sin arrepentirse de lo que hacía, porque:

> Corrían los días santos de la Cuaresma y continuaba comiendo gazapos. Había ya dispuesto para el primer día de marzo acciones para atormentar y arruinar a los habitantes de Poitiers, cuando la vigilia de aquel día rindió su alma, y con su muerte se calmaron su orgullo y soberbia. (V 4)

La siguiente sección empieza: «En aquel tiempo, Félix, obispo de Nantes, me escribió cartas llenas de injurias». Al parecer, el motivo era un complejo asunto en virtud del cual había sido ejecutado Pedro, diácono y hermano de Gregorio, por codiciar el cargo del obispo anterior. La razón real, según dice Gregorio, era que Félix, un hombre ávido de poder y arrogante, ambicionaba algunas tierras en la diócesis de Gregorio. El obispo de Tours responde pagándole con la misma moneda, y nos ofrece el mejor fragmento de su carta, añadiendo: «Pero, para no parecerme a él, pasaré a hahlar de otras cosas y explicaré de qué manera mi hermano dejó la luz del día».

La obra de Gregorio no es especialmente egocéntrica, ni en ella pretende justificar de manera particular sus propios actos; pero después del inicio del libro V, la historia se centra aún más en Tours y en la diócesis de la que es obispo. Allí su atención se fija en una amplia gama de aspectos y refleja los variopintos intereses e inquietudes que un obispo galo tiene como pastor de su pueblo y clero; a veces leerle hace pensar en las memorias de un magistrado o de un juez (pues lo fue en cierto sentido), con amplias simpatías humanas y un cierto gusto por los «ecos de sociedad». Gregorio era sin duda un narrador de anécdotas nato, y ningún nivel de la vida humana —salvo, quizá, el mundo de los campesinos, hacia los que, como individuos, muestra un interés sólo general— le resultaba inaccesible: los siervos de las casas, los artesanos, las monjas rebeldes, los impostores —una causa particular de inquietud—, los beodos —entre ellos varios obispos, uno de los cuales es también un desequilibrado mental, y un asceta que se convirtió en alcohólico— y los sacerdotes y abates fornicarios, así como los despiadados nobles francos como Roccoleno y los monarcas fratricidas, todas estas figuras pueblan sus relatos.

El de Roccoleno ejemplifica la tensión entre los obispos como Gregorio, decididos a mantener los derechos de la Iglesia, y los reyes francos y sus representantes, con sus continuas razias y peleas, en las que quedaba atrapado el pueblo llano, cuyos pastores eran los obispos. Roccoleno actuaba siguiendo las órdenes que le había dado el rey en razón de una enemistad a muerte en el seno de la familia real, y también actuaba como recaudador de impuestos, si cabe dar un nombre burocrático equívoco a algo tan aleatorio y esporádico. Este tipo de confrontaciones del poder real con los privilegios de la Iglesia eran, por lo demás, habituales, y no sólo en las tierras de las Galias. Quizá el más célebre fue la negativa de san Ambrosio, el obispo de Milán, a que el impenitente emperador Teodosio entrara en la basílica hasta que hubiera pedido perdón por sus

pecados, un enfrentamiento que Van Dyck inmortalizaría en uno de sus impresionantes cuadros. En la historia que Gregorio escribe, lo más importante es que Roccoleno, además de extorsionista, era un hombre malvado y arrogante, que no guardaba ningún respeto hacia el santuario de san Martín y comía carne durante la cuaresma. (Su enfermedad quizá hubiera podido procurarle una dispensa, aunque Gregorio hace que parezca que devoraba los gazapos enteros.) San Martín, sin embargo, puede vengar las afrentas a sus reliquias y a su iglesia, y así lo hace, tanto aquí como en otros casos. Una enfermedad que no es rara es atribuida a la intervención de la providencia y el castigo de Dios.

Si bien una de las preocupaciones frecuentes de la obra de Gregorio son los milagros, se ha sostenido con cierta verosimilitud que, pese a que sabía reconocerlos, no disponía de algo parecido a una definición moderna y precisa del milagro como suspensión del orden regular de la naturaleza. Más bien, el mundo en su conjunto es todo el tiempo un testimonio del poder de Dios, aunque algunos aspectos y acontecimientos o sucesos son más impresionantes e instructivos que otros, debido ante todo a su evidente trascendencia moral o espiritual. Allí donde falta un contexto moral, Gregorio admite que está perdido. Cuando observa un comportamiento excepcional en los astros, supone, como lo hubieran hecho los historiadores durante el milenio anterior, que es un signo, aunque añade que, no obstante, desconocía qué podía significar todo aquello (V 22). Sin embargo, en una situación relevante en términos morales, los oportunos casos de cirrosis hepática, como el de Roccoleno, son a todas luces obra de milagros y adecuados para la contemplación devota. Dios cuida de los suyos, al menos cuando son tan influyentes o tienen un patrono tan poderoso como san Martín. Algunos milagros son aún más gratuitos, en especial quizá el aroma relacionado con las reliquias de los santos; pero éstos velan por la fe y el júbilo piadoso. Los milagros desbaratan los planes del diablo, al igual que confunden a los hombres perversos que actúan como sus agentes. La constante lucha metafísica que en parte se libra a través de medios físicos no es, sin embargo, baladí. El diablo tiene también poderes excepcionales, razón por la que los impostores resultan tan persuasivos y peligrosos. El diablo, según parece, afligió a un hombre de la localidad de Bourges con una nube de moscas hasta el punto de hacerlo enloquecer. Aquel hombre se hizo asceta y se vistió con pieles de animales, y «a fin de alentarle en su engaño el diablo le confirió el poder de vaticinar el futuro». Aquel hombre se hizo pasar por profeta y finalmente por Cristo, y reunió en torno a su persona un gran número de

seguidores, en parte fanáticos, en parte bandoleros. Estos grupos fueron finalmente atacados por algunos fornidos siervos del obispo de Le Puy, al que había amenazado, dieron muerte al falso Cristo y dispersaron a sus seguidores, algunos de los cuales nunca recobraron plenamente la cordura. Este tipo de impostores, que adquirían gran influencia sobre el pueblo llano eran un incordio enorme. Gregorio afirma: «Hemos visto con nuestros propios ojos a muchos y nos hemos esforzado por mostrarles su error» (X 25).

Como narrador de anécdotas, Gregorio a menudo nos hace pensar en escritores posteriores de relatos breves de ficción, como, por ejemplo, Boccaccio. Los relatos llegan incluso a empezar de modos parecidos, aunque muy a menudo como preámbulos de un asesinato o a veces de un milagro —y otras de lo uno y lo otro—, y no de intrigas amorosas, aunque tampoco faltan: «En aquella época, el mercader Cristóbal viajó a la ciudad de Orléans...»; «En aquel tiempo, vivía en la ciudad de Niza el eremita Hospicio, un hombre de gran abstinencia...»; «Un conde de los bretones dio muerte a tres de sus hermanos...», etc. En estos relatos intervienen tanto gentes oscuras como de rango. Toda alma y, en consecuencia, todo acto bueno o malvado cuentan. Cuando en el prefacio Gregorio ofrece una razón plenamente tradicional para escribir una historia («conservar, aunque sea en un lenguaje inculto, la memoria de las cosas y los hombres del pasado a fin de que lleguen al conocimiento de los hombres venideros»), puede que ante todo estuviera pensando en los «grandes», en especial, los mártires y los santos. En cambio, el contenido la parte posterior, contemporánea, de su historia, en la que se ocupa de muchos otros que no destacan por su grandeza, queda quizá mejor reflejado cuando dice: «no he podido silenciar ni las pendencias de los malvados ni la vida de las gentes de bien». Los martirios eran cada vez menos frecuentes, pero aquel tipo de reyertas no tenían fin, y todas eran, por definición, importantes.

Uno de los rasgos sorprendentes de la forma de escribir de Gregorio es su convencimiento de tener una buena comunicación con sus lectores, lo que lo hace expresarse en tono acogedor, aunque puede que la traducción del latín lo haya exagerado. En cierto punto —uno se lo imagina rascándose la cabeza y chasqueando la lengua—, llega a disculparse por su olvido de los usos y costumbres del cronista: «Hubiera podido referir antes la conversación que mantuve con el obispo Salvio, pero como quiera que olvidé hacerlo, no será, pienso, un sacrilegio si os doy cuenta de ella después de otras cosas» (V 50). Sus propios sentimientos y juicios

no son indiscretos, pero a veces son explícitos; sobre todo, en un célebre pasaje en el que lamenta la muerte de los niños debido a la peste: «Perdimos entonces a muchos dulces y bondadosos pequeños que nos eran queridos y que habíamos tenido en el regazo o llevado en brazos, o a los que habíamos dado de comer ofreciéndoles con nuestra propia mano los alimentos que se preparaban con el cuidado más cariñoso» (V 34). Pero, una vez secadas las lágrimas, pasa a buscar consuelo en las palabras del libro de Job. Gregorio tiene, al igual que Heródoto, la capacidad de aniquilar el tiempo histórico cuando se sume en la contemplación de la humanidad común y corriente. En sus anécdotas, que se extienden cubriendo varias paginas, tiende a ser muy detallista, con conversaciones que a veces son inventadas y otras compiladas de manera tosca, descripciones de lo que la gente estaba haciendo justamente en un momento crítico, el tiempo que hacía y la manera concreta en la que se perpetuaba un asesinato o un ataque, del que no olvida exponer sus consecuencias físicas o materiales. Sólo omite hablar de la apariencia exterior de las personas. Aparte del obligado pelo largo, en general no tenemos ni idea del aspecto que tenían los reyes merovingios de Gregorio, a diferencia, por ejemplo, de lo que sucedió más tarde con la descripción que hizo Eginardo de Carlomagno, en la que se nota su conocimiento de la obra de Suetonio. Volviendo a la *Historia de los francos*, el contexto más general, si que se puede hablar de tal cosa, también se halla ausente en amplia medida • por completo, y compete al lector elaborarlo, mientras que de los actores de los hechos no se hace ninguna presentación o sólo una a modo de sucinto preámbulo, como hemos visto en el caso de Roccoleno. Todo esto es sin duda coherente con el propósito de servir para las homilías. No resulta difícil imaginar algunos de estos relatos intercalados en un sermón a fin de hacer hincapié en temas morales, aunque Gregorio no es en general un moralizador explícito; de hecho, a veces es notablemente adusto en este sentido.

Se trata de historia episcopal en sentido amplio, y a veces, en uno más restringido, como las novelas de Anthony Trollope, pero con sangre. Entre las preocupaciones de índole más institucional se cuentan las disputadas elecciones para ser obispo y la extensa crónica de una rebelión en un convento de monjas, liderada por una hermana del rey Cariberto, que parece ejemplificar las tradiciones de familia salvo por el hecho de que la monja, en realidad, no mata a nadie personalmente, aunque organiza una partida de matones que se encargan de agredir a la priora y de enfrentarse a quienes apoyan a la abadesa en tumultos callejeros que se saldan

con diversas muertes. La rebelión termina en un baño de violencia, en el que a las religiosas rebeldes se les rapa la cabeza y, según dice Gregorio, en algunos casos también se les cortan las manos, las orejas y la nariz. Aquel fue un suceso enojoso del que da larga y tendida cuenta en dos libros (IX 38-43, y X 15-17). Si bien fue un suceso excepcional, lo cierto es que alborotos y tumultos de todo tipo fueron moneda de uso corriente durante la vida de Gregorio como obispo. El décimo y último libro de su *Historia* concluye con una lista de los obispos que se sucedieron al frente de la diócesis de Tours, y hace una sucinta descripción de cada uno de ellos con sus principales hechos, antes de abordar el cálculo final de los años (5.972) transcurridos desde el día de la Creación y su propia consagración como obispo, el «quinto día de Gregorio, papa de Roma, el trigésimo tercero del reinado del rey Gontrán y el decimonoveno del rey Childeberto II». Los nombres de los reyes cumplen las funciones de marcadores cronológicos, pero son los obispos quienes conforman la lista y aportan los actos y gestas que son resumidos.

Las crónicas medievales eran con frecuencia una amalgama: un autor, a menudo anónimo, retomaba el trabajo donde otro lo había dejado a fin de seguir adelante con la tarea de dar testimonio de lo que acontecía. Aun en los casos en que se conoce la identidad de los autores, los más antiguos son a menudo reducidos a una breve y sumaria exposición de lo más sustancial de sus obras como parte de la recopilación. (Orosio, en este sentido, fue uno de los preferidos, seguido de Isidoro de Sevilla.) Gregorio, sin embargo, parece tener conciencia de su condición de autor y de la integridad de su obra, de una agudeza poco frecuente, y concluye con la petición de que, si bien sus sucesores podían reescribirla en verso si así lo preferían (un desafío al que, hasta donde alcanzamos a saber, nadie respondió), debían conservar sobre todo la obra en su integridad. Y tuvo suerte: su obra fue tan sumamente popular que fue copiada y se conservó intacta.

Sin embargo, también se vio resumida y compendiada junto a la crónica de las siete décadas posteriores al punto en que concluía la de Gregorio de Tours, y que el Renacimiento atribuyó a «Fredegario», un nombre que ha perdurado. En general, aunque de una forma dispareja, las continuaciones llevaron la crónica hasta el período carolingio en los *Anales del reino de los francos* (741-827). Estas continuaciones, entre ellas la de Fredegario, se pueden describir de forma adecuada como crónicas de los francos: hay, por decirlo así, un centro de atención, ante todo, en los francos como pueblo, que luego se engalanará con florituras acerca de sus

orígenes mitológicos. La obra de Fredegario será, en este sentido, la primera en la que encontramos la longeva afirmación de una ascendencia troyana que hacía de los francos parientes directos de los romanos. Vale la pena que nos detengamos brevemente en ella, porque es característica en un sentido en que la obra de Gregorio no lo es, y hace resaltar los rasgos distintivos de Gregorio.

Después del habitual preámbulo de historia universal y cronología —en el que menciona a Jerónimo e Isidoro—, y de un resumen de los libros de Gregorio, Fredegario se desplaza de una a otra entre las diferentes cortes merovingias, con vislumbres de información acerca de los acontecimientos del mundo, a veces como si fueran vistos a través de la bruma de los rumores. Desde una perspectiva temática, Fredegario es mucho más consistente que Gregorio, aunque en general es también más secular y lacónico en cuanto a sus intereses, con pocos relatos que traten de los obispos o lo sobrenatural. No obstante, hay un episodio al que concede un tratamiento especialmente extenso y que reviste un interés excepcional. En él se trata de la expulsión de las tierras de Borgoña, ordenada en 610 d. C. por el rey merovingio Teoderico, del santo irlandés Columbano, quien, allí y en Italia, ejercía a través de sus fundaciones una influencia inmensa en el progreso del movimiento monástico. Fredegario expone las circunstancias que motivaron dentro del círculo de la corte merovingia aquella expulsión, instigada por Brunequilda (Brunilda), la abuela del rey, quien, al no querer que una joven reina le hiciese sombra, se ofendió al enterarse de la admonición que Columbano hizo al rey para que dejara su vida de promiscuidad y tomara esposa. La descripción que hace de Columbano insinúa con cautela sus extraordinarios poderes sobrenaturales.

Brunequilda domina parte de la narración de Fredegario, al igual que su cuñada y rival, la perversa reina Fredegunda, se halla omnipresente en los seis últimos libros de la obra de Gregorio. Entre los crímenes macabros de esta última, se contaba el intento de asesinato de Brunequilda, aunque parece que aquel acto fue uno de los más veniales, ya que una de las infames proezas de Fredegunda, según cuenta Gregorio, había consistido en aplastar, bajo la tapa del cofre en el que se guardaba el tesoro, el cuello de su hija, que la había hecho rabiar al referirse a su baja cuna:

> Mientras que, con el brazo metido en el arcón, la hija iba sacando los efectos allí guardados, su madre cogió la tapa y, dejándola caer de golpe sobre la cabeza de la muchacha, la apretó con fuerza poniendo todo su peso

encima. Como la tabla inferior apretaba el cuello de su hija al punto que los ojos le estaban a punto de saltar de sus cuencas, una de las criadas de la casa lanzó a voz en cuello un grito: «Venid, deprisa; venid, que su madre está a punto de ahogar a mi dueña». (IX 34)

Después de este hecho, según refiere Gregorio, las relaciones entre las dos mujeres se deterioraron. El hijo de Fredegunda, el rey Clotario, según comenta Fredegario, consiguió atrapar a Brunequilda y, después de acusarla de asesinar a no menos de una decena de reyes francos y de torturarla, la hizo pasar entre las filas de los soldados montada en un camello para atarla después a un caballo salvaje que tiró de su cuerpo hasta descuartizarlo.

Fredegario no siempre sube tanto el tono y el colorido en su obra como en este episodio. El ejemplo, tomado al azar, que ofrecemos a continuación nos lo muestra en su estilo más sobrio y analístico:

> En noviembre de este año [Fredegario fechaba los hechos por los años del reinado], Gundebaldo, con el apoyo de Mummolo y Desiderio, se atrevió a invadir parte del reino de Gontrán y destruir sus ciudades. Gontrán envió para hacerles frente un ejército al mando de Leudegisilo, el contestable, y Agila, el patricio. Gundebaldo tuvo que huir y buscar refugio en Cominges, donde el duque Boso lo arrojó por los riscos y así murió. (Fred. 4 6)

Fredegario a menudo descompone las narraciones —por ejemplo, los relatos de las venganzas por enemistades a muerte— atendiendo a los requisitos de una cronología rigurosa. Tal y como nos dice en el prefacio, «*crónica* es una palabra de origen griego que significa en latín "registro de los años"» (una definición sacada de las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla), y lo cierto es que se toma muy en serio las obligaciones que impone esta tarea: «De qué manera ocurrió esto lo relataré en el año que corresponde siguiendo su propia secuencia». Las interpolaciones ocasionales y breves o los vislumbres con información relativa a la historia mundial que le es contemporánea —algo habitual en las crónicas medievales— resultan a veces sorprendentes, y, en especial, la relación que hace del bautismo del «emperador de Persia» y sesenta mil de sus súbditos, seguido por la conversión de toda Persia al cristianismo, en la que aún parece reverberar el eco de la conversión de Clodoveo.

El llamado *Fredegario*, fuera quien fuera, no tiene nada de aquel arte en el manejo de la anécdota ni de la curiosidad humana característicos de Gregorio. Del obispo de Tours apenas podemos decir que fue un gran

historiador: es demasiado episódico, demasiado indiferente a la generalización y al contexto, y da demasiadas cosas por sentadas. Pero, si se nos permite utilizar una metáfora que, comprensiblemente, han preferido sus comentaristas, Gregorio abrió una ventana a las escenas vívidas, variadas y animadas de los distintos niveles de la sociedad de las Galias del siglo VI, todo ello muy domesticado y personalizado. No hay nada que se le asemeje.

15

BEDA: LA IGLESIA Y EL PUEBLO DE LOS ANGLOS

Agustín, el que iba a convertirse en el primer arzobispo de Canterbury, fue enviado por el papa Gregorio Magno en misión apostólica con los anglos y, en 597 d. C., llegó a Kent. En su camino hacia las tierras del norte desde Italia se detuvo, junto con la comitiva de monjes que le acompañaba, en Tours en 596. San Gregorio, obispo de aquella ciudad, había muerto en 594, de modo que por sólo dos años no pudo desearles lo mejor para aquel viaje. Pero en cuanto a eso, cabría decir literalmente que Agustín se introdujo, a través del presente de Gregorio, en el pasado que tanto llamaría, un siglo más tarde, la atención del primer historiador inglés, Beda el Venerable, conocedor de la obra de Gregorio. La historia de Beda empieza con las relaciones de los romanos con la mayor de las islas Británicas, los primeros avances del cristianismo en aquellas tierras y el establecimiento en ellas de los pueblos invasores —sajones, jutos y anglios— a fines del siglo v. Para Beda, sin embargo, la historia de los anglos como pueblo se inicia en realidad con la misión apostólica de Agustín y la fundación de la Iglesia de los anglos, el verdadero punto en el que da comienzo su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* (*Historia eclesiástica de los anglos*, *c.* 735).

La historia de Beda, al igual que la de Gregorio, aunque en pocas más cosas se asemejan ambas, trata del episcopado; pero mientras que en las Galias ya se había establecido un obispado cristiano cuando llegaron los francos, y heredó gran parte de la tradición de la administración romana en las ciudades, en Inglaterra los reyes diversos y cambiantes de las entidades políticas en las que los invasores habían dividido el país eran decisivos para asegurar el éxito de la labor misionera cristiana; sus aus-

picios permitían casi garantizar el éxito, en tanto que su hostilidad representaba un grave contratiempo. El interés de Beda por la historia secular en sí misma es, si cabe, aún menor que el de Gregorio; pero los reyes desempeñan un papel diferente y, en general, mucho más positivo en su historia. Beda asimismo tiene un interés mucho más agudo por las cosas étnicas: no sólo diferencia cuidadosamente entre los diversos pueblos que componen Britania, sino que tiene además una clara concepción del pueblo anglosajón como un conjunto, como el pueblo de Anglia, lo que a la vista de las divisiones políticas por entonces existentes resulta quizá sorprendente.

La obra de Beda ocupaba un lugar excepcionalmente distinguido entre las historias de los diversos pueblos bárbaros que sucedieron al poder de Roma en Occidente, capítulo que, en realidad, no ilustra la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours, de título equívoco. Aparte de las obras de Gregorio y Beda contamos también con el *Origen y gestas de los godos* de Jordanes (m. *c.* 554), una historia de los godos y los vándalos escrita por Isidoro de Sevilla (m. 636), que consiste sobre todo en fragmentos, y la *Historia de los lombardos*, de Pablo el Diácono (m. 799). La mejor exposición acerca de los hunos proviene de una historia romana escrita por Prisco, un griego del siglo v, que en gran medida se ha perdido pero de la que se conserva una fascinante descripción de una embajada enviada por Roma a Atila y a la que Prisco acompañó. Pero la categoría de historia de los «bárbaros» resulta ser, cuando se la examina en profundidad, más compleja y heterogénea de lo que en principio podría parecer. Aparte de la cuestión de la calidad, en la que Beda constituye una clase excepcional, los autores y sus propósitos eran dispares. Mientras que los godos y los lombardos eran herejes arrianos, sus historiadores fueron católicos, creían en la santísima trinidad, algo que marcaba una distancia entre ellos y los pueblos que estudiaban, y también les confería unos intereses y unas preocupaciones que trascendían el ámbito de lo étnico. Jordanes, por ejemplo, si bien parece que tenía antepasados entre los godos, es un hombre vinculado sin duda al mundo romano de Oriente —aunque escribió en latín— y admirador de Justiniano, emperador contemporáneo suyo, mientras que Pablo el Diácono pertenecía de una manera igual de rotunda al mundo de Carlomagno, el conquistador de los lombardos.

Beda, sin embargo, escribió sobre su propio pueblo, aunque lo hizo en latín, y no tenía ningún sentimiento en favor del imperio romano: sólo de la Iglesia de Roma. En su repetición —no siempre precisa o exacta— de los principales episodios de la historia de la Britania romana se

muestra concienzudo, pero luego pasa a distinguir los orígenes de las tribus invasoras y su asentamiento como un mosaico de reinos (Beda habla de *provincias*). Distingue entre las tribus de los sajones meridionales, orientales y occidentales; las de Kent —donde se habían asentado los jutos—, de Anglia Oriental, Northumbria y Mercia (el reino de la Tierra Media), así como las de los reyezuelos menores o subordinados. Pero, en cambio, se halla exento de toda nostalgia por la Britania romana, no sólo por su propia estirpe, sino debido a su manifiesto desprecio por los britanos, y aun por la calidad de su cristianismo. De los cuatro pueblos y las cinco lenguas —la quinta es el latín— de Britania, Beda habla de manera afectuosa, aunque no desprovista de crítica, de los monjes irlandeses que se habían establecido en el norte de la Britania de su época y a los que suele denominar *escoceses*. De los pictos dice que son enigmáticos y misteriosos; de los britanos, que son gente de dudosa reputación, y presenta a los anglos como el pueblo elegido. El trabajo realizado por los especialistas durante las últimas dos décadas ha llevado a responder de manera admirable a la pregunta de por qué Beda está tan convencido de que los anglos forman un único pueblo, a pesar de que su multiplicidad política es aún mayor que la de las Galias de Gregorio de Tours, que, en cambio, tenían una sola dinastía reinante, aunque la soberanía estaba a menudo dividida. Una fuente particular de esta idea, antes de la época de Beda, parece que fue el papa Gregorio Magno, que hablaba en sus cartas de la *gens anglorum* (y no *saxonum*) como una entidad que debía ser convertida a la fe cristiana. Por qué Gregorio Magno prefirió el epónimo de los anglos al de los sajones no está claro. La relación del juego de palabras pontificio («no anglos, sino ángeles») suscitado por la visión de unos muchachos, posiblemente esclavos, en el mercado, que Beda repite como un «relato que ha llegado hasta nosotros a través de la tradición de nuestros antepasados» (Beda *Hist. Eccl.* II 1), expresa aquella preferencia, aunque sin explicarla. En cambio, queda absolutamente claro que Gregorio Magno estaba convencido, desde un principio, de que la Iglesia que había que fundar entre los anglos tenía que ser una sola entidad cuyo primado debía estar situado en Canterbury, y que Beda le siguió de buen grado en esto y no en menor medida en las referencias constantes que hace al «pueblo de los anglos».

En cierto sentido, por tanto, los anglos deben su existencia como pueblo, o al menos el reconocimiento de serlo, al papado, y Beda confirmó en su historia esta realidad, en tanto que en todos los asuntos relacionados con la Iglesia y la vida eclesiástica —que constituye el centro del li-

bro— adoptaría plenamente el punto de vista «gregoriano». La condición previa de esa existencia como pueblo es la ortodoxia católica y la unidad en su subordinación a la sede episcopal de Canterbury. La obra de Beda narra la historia de la consumación de aquella unidad, a través de la manera en que se produce la conversión al cristianismo de Anglia y la creación de su Iglesia, durante el siglo siguiente a la llegada de la misión evangelizadora de Agustín y antes de la época de Beda. Si bien fue tan hostil a la herejía como lo habían sido Eusebio o Gregorio de Tours —Beda menciona de manera particular el pelagianismo, la herejía nacida en Britania que predicaba que la salvación era posible sin la gracia, y el arrianismo—, para Beda aquellas ya no eran las cuestiones de su presente, como tampoco lo era el paganismo, al menos no entre las clases educadas y poderosas. En cambio, lo que le preocupa es la disidencia sobre la fecha de la celebración de la Pascua en la corriente irlandesa (celta) del cristianismo, que los empeños evangelizadores de los monjes irlandeses habían hecho arraigar en gran parte de Northumbria. Se trata de un tema sobre el que vuelve con frecuencia: él era un calculador experto, de modo que aquel era un ámbito en el que se sentía en su propio medio; pero, además, constituía una dolorosa amenaza para la unidad.

La historia de Beda, por tanto, es una historia del pueblo inglés, aunque es ante todo una historia eclesiástica. Una vez abrazada la fe católica, los reyes a veces figuran como soberanos modelo con un trasfondo bíblico, en parte, cabe suponer, por aquello de *encourager les autres* en la propia época de Beda. La situación de los anglos, tal como, siguiendo a Beda, podemos ahora llamarlos, era al fin y al cabo análoga a la del pueblo de Israel cuando se estableció en la Tierra Prometida después de derrotar a los que fueron sus primeros propietarios. Beda había escrito un comentario los libros de Samuel y de los Reyes, y estaba acostumbrado a proporcionar una glosa providencial así como alegórica sobre los acontecimientos de la historia en apariencia tribal y secular. El latín que Beda escribía de manera admirable refleja, a veces, el lenguaje de la Vulgata. La conquista de los anglos, como castigo de los indignos britanos —un tema que toma prestado de Gildas, el Jeremías britano, que escribió hacia el segundo cuarto del siglo VI—, formaba parte del plan providencial de Dios. Los anglos son, por tanto, los instrumentos que Dios escogió para castigar el pecado.

Beda (*c*. 673-735) ingresó en el por entonces recién fundado monasterio de Monkwearmouth, en Northumbria, a la edad de siete años, y pasó su vida allí y en la cercana casa hermana de Jarrow. Se hizo uno de los

hombres más instruidos de Europa, con una lista, impresionante por variada, de escritos serios en su haber, en especial comentarios a la Biblia, pero también sobre el cálculo del tiempo, así como de hagiografía, martirologios, himnología y poesía. Además de la *Historia eclesiástica de los anglos*, escribió una historia de los abades de su monasterio. Una de las condiciones que le permitieron alcanzar aquel grado de saber fue el acceso a la biblioteca, notable para su tiempo, que había reunido sobre todo su abad y mentor Benito Biscop durante sus viajes a Italia y por las Galias. Beda vivió y trabajó en un lujar remoto de la remota Northumbria, pero sofisticado, desde un punto de vista eclesiástico, y en efervescencia. En 710, el monasterio de Monkwearmounth contaba con seiscientos monjes, y, en aquella época, Anglia enviaba ya sus propios misioneros a las tierras de Germania.

Es muy probable que el lector que por primera vez tiene en sus manos el libro I de la *Historia* de Beda se dé cuenta de la presencia de un autor de gran fuerza y autoridad. Da la impresión de que Beda es tan fidedigno como puede serlo; si bien puede que esto sea una ligera exageración, dado el didáctico propósito moral que ha anunciado en el prefacio, a saber, alentar la buena conducta contando los ejemplos señalados de hondad y maldad. Salvo en el caso de las herejías, su estilo es sosegado y comedido, y el autor parece dominar tanto el tema que trata como las fuentes que maneja. Por regla general es lúcido en lo que al orden cronológico se refiere, y fue el primer autor que indicó las fechas respecto al nacimiento de Cristo, una inmensa comodidad que acabó siendo lo normal. Pero tampoco quedó atado ciegamente a una secuencia cronológica estricta del modo en que lo podía estar un autor de anales, y no ve ningún inconveniente en retroceder si resulta de utilidad. Tiene mucho cuidado a la hora de revelar sus fuentes. Entre ellas, la hagiografía ocupa un lugar destacado, y cuando deja constancia de los milagros lo mueve, es de suponer, una mezcla de fe y el propósito de explicar como en la homilía las materias de religión. Al igual que sucedía en Gregorio de Tours, mientras que algunos milagros son de verdad «imposibles», otros pueden ser atribuidos a un oportuno golpe de buena suerte: los mares se calman, los vientos cambian de manera conveniente, las enfermedades se sanan... Los milagros en Beda siempre tienen un sentido moral o espiritual, relacionado casi siempre con el triunfo del cristianismo sobre el paganismo, y entonces se convierten en armas en la guerra que libran los dioses contra los demonios, representados, claro está, por los dioses paganos. Pero en ningún caso recurre Beda en la narración a lo fantástico

por el hecho de serlo. Su *Historia* no sólo es admirablemente mesurada y contenida —al menos hasta que el autor llega a la época en que vive, cuando se deja dirigir más por las fuentes y resulta menos estructurada—, sino que también es muy dramática. En ella cobran vida con gran vistosidad los relatos de milagros y las confrontaciones entre cristianos y paganos, al igual que las principales personalidades y, de manera especial, el rey Osvaldo, el obispo Aidan y san Wifredo. No es de extrañar que la obra de Beda, hoy considerada obra maestra de la primera historiografía medieval, no tardara en obtener una difusión muy amplia tanto en el continente como en el reino de los anglos.

El prefacio de la obra adopta la forma de carta al rey Ceolwulfo de Northumbria, a quien le envía la obra dando respuesta así a la petición hecha por el rey. De este se afirma que deseaba con avidez «saber algo de los actos y las palabras de los hombres del pasado, y en particular de los hombres célebres de nuestra propia estirpe». La historia, nos dice Beda en una fórmula hoy ya clásica, como lo había sido desde época romana, nos ofrece buenos y malos ejemplos que emular o evitar. Entonces, de manera excepcional, Beda procede a enumerar las fuentes a las que ha recurrido, tal como haría un historiador actual. Destaca sobre el resto el abad Albino, que le llega a través de Nothelm, «un sacerdote de la iglesia de Londres», y los documentos eclesiásticos que se conservan en Canterbury. Nothelm, un hombre viajado, también había podido consultar y transcribir documentos de los archivos papales en Roma, entre ellos las cartas del papa Gregorio Magno, materiales todos ellos que ha hecho accesibles a Beda, quien asimismo reconoce la ayuda prestada por obispos y monasterios de las diversas partes del país. En lo que a Northumbria respecta, no depende de ninguna otra fuente particular, sino de «un sinfín de testimonios de fieles», aunque en especial reconoce cierta deuda con la vida de san Cuthbert de Lindisfarne que Beda ha utilizado ya en su propia hagiografía del santo y que, en parte, reutiliza en su *Historia*.

La obra propiamente comienza, tal como lo había hecho Gildas, con un breve aunque riguroso estudio geográfico de las islas Británicas. Se trata de un estudio entusiasta, del que se ha considerado que presenta deliberadas resonancias con la idea del Paraíso antes de la Caída. La narración comienza, como tantas otras historias de Britania lo han hecho desde entonces, con la invasión de la isla por Julio César, que Beda sitúa sesenta años antes del nacimiento de Cristo y 693 años después de la fundación de Roma, estableciendo de este modo una correlación entre las cronologías romana y cristiana. Beda afirma, por ejemplo, que las estacas

que los britanos habían colocado —siete siglos antes— como defensas en el lecho del Támesis aún eran visibles y las describe. Si bien estaba al corriente de la posterior invasión realizada en época del emperador Claudio, en cambio, cuando da cuenta de ella no acierta con las fechas ni en la explicación del muro romano —punto sobre el que el texto de Gildas también resulta equívoco—, que debió de conocer bien, y lo relaciona con los movimientos de tierras y la nivelación de terraplenes que llevaron a cabo los romanos con vistas a unir los estuarios del Forth y el Clyde. En su *Historia* no aparece la reina Boadicea y, en cambio, se habla de un legendario Lucio, rey de los britanos, al parecer sacado del *Liber pontificalis*, que en carta dirigida al papa Eleuterio reclamaba instrucción cristiana para los suyos (I 4). Hace mención de las persecuciones de los cristianos en la Britania de la época imperial y sobre todo de aquellas que fueron ordenadas por Diocleciano, y narra con detalle la muerte del mártir britano san Albano (301 d. C.) junto con los milagros que rodearon su ejecución (I 7). Aunque lo que escribe resulte poco fiable cuando se trata del muro, Beda, sin embargo, hace una referencia interesante a otras pruebas físicas que aún se conservaban de la ocupación romana: ciudades, faros, puentes y caminos empedrados (I 11). La llegada final de la misión de san Agustín a Kent es el principal acontecimiento del Libro I, pero —citando a Gildas por su nombre como fuente— Beda también dedica una notable atención a la cobardía, la desobediencia moral y la inercia espiritual de los britanos. Con toda razón, Dios los castiga y escoge como instrumentos de su cólera a los sajones y a otros pueblos invasores (I 12-16). Beda es el primer historiador inglés, aunque no el último, que era antibritano.

En la exposición que Beda hace de las invasiones, encontramos ante todo figuras sacadas de la obra de Gildas y quizá no por completo míticas, aunque es algo que resulta imposible de asegurar. La primera de estas figuras es Vortigern, el rey de los britanos, que invita a los pueblos invasores para que sean sus aliados, algo que debía de ser una práctica romana habitual; los «anglos o sajones» llegaron a sus costas a bordo de tres drákares. (Los godos, según cuenta Jordanes, también emigraron a bordo de tres barcos.) Luego aparecen los jefes de los sajones, Hengist y Horsa, que afirman descender del dios Woden, algo de lo que Beda se limita a dejar constancia sin más comentarios. (Nada tenía de extraño aquella pretensión, que se hallaba también presente en las genealogías reales de los francos, aunque no queda claro si Beda sabía en realidad quién era Woden. Puede que no sea descabellado pensar que no lo sabía,

aunque muestra tener poco interés por los detalles del paganismo; pero, habida cuenta de que considera las divinidades paganas como demonios, parece igualmente inverosímil que, al hacerlo, no dejara ningún comentario.) Luego, una vez más a través de Gildas, deja constancia del líder guerrero britano Ambrosio Aureliano, y de su victoria sobre los invasores en Bandon Hill, una colina que aún no ha sido identificada. (Comentaristas posteriores trataron de vincularlo a otra figura muy posterior, la del rey de los britanos, Arturo). La distinción que Beda establece entre las tribus de los anglos, los sajones y los jutos ha resistido bien el peso de las pruebas aportadas por la investigación arqueológica, y algunas de sus divisiones se han perpetuado, como resulta evidente en los nombres de condados ingleses como Sussex y Essex, aunque en el caso de Wessex, gracias a las oficinas de turismo, lo que era una división administrativa se ha convertido en presunción literaria.*

Para Beda, el principal héroe del período de la conquista, después de san Albano, es el santo de origen galo Germano de Auxerre (que, como aquél, es conmemorado en topónimos como el de Saint Germans, en Cornualles). Germano llegó a aquellas tierras con la misión de refutar la herejía pelagiana que había arraigado entre los britanos y lo hizo —ayudado por algunos destacados milagros—, a pesar de que el diablo se las ingeniaría para hacerle caer y romperse una pierna. Germano, a quien Beda compara con Job (I 19), no deja que aquel percance lo desanime, y se ofrece para conducir a los britanos a la victoria frente a una fuerza pagana muy variada formada por pictos y sajones (I 20). Pero pese a esta demostración, los britanos eran incorregibles y faltaron vergonzosamente en toda misión evangelizadora dirigida a los recién llegados. Sin embargo, Dios «no abandonó totalmente al pueblo que había elegido», y de este modo incitó al papa Gregorio para que enviara a Agustín y a sus monjes con objeto de que procuraran la salvación de aquellas gentes (I 23). El rey de Kent, Etelberto, cuya esposa, Berta, era de sangre franca y había abrazado el cristianismo, permitió a la Iglesia afianzarse en Canterbury. Pero

* El autor de la traducción de Beda que se publicó en 1955 y que citamos aquí hablaba de su obra como «un tesoro de relatos queridos por todo niño inglés». Eso ahora parecería una exagerada muestra de optimismo, y quizá ya lo era entonces; pero el autor de este libro hace sesenta años iba a una escuela en la que las «casas», en las que nos dividían para fines competitivos, se designaban con los nombres de anglos, sajones, jutos y vikingos. Hoy está de moda ver en esto un ejemplo de memoria «colectiva». Siempre he sospechado, sin embargo, que eran un comentario irónico del director del colegio sobre nuestro nivel de conocimientos generales.

la fragilidad de la empresa cristianizadora dependiente de la política dinástica se puso de manifiesto cuando, en Kent, el rey Etelberto, que había abrazado la nueva fe, fue sucedido en el trono por sus hijos apóstatas.

El cristianismo también quedó establecido de forma precaria en Northumbria. Su conversión inicial proporcionó a Beda varias historias señaladas. Una de ellas trata del sumo sacerdote pagano Coifi, que, después de hacer una pragmática valoración de la cuestión cristiana («Si los dioses tuvieran algún poder, seguramente me hubieran favorecido a mí, que ... me he afanado en su servicio»), se declara convencido y celebra su nueva condición laica procurándose armas, algo que estaba prohibido a un sacerdote:

> Así pertrechado empezó a destruir los ídolos. Con una espada ceñida y una lanza en la mano, montó a lomos del semental del rey y cabalgó hacia los ídolos. Cuando la muchedumbre lo vio pensó que había perdido el juicio, pero sin dudar, en cuanto llegó al templo, arrojó la lanza que llevaba y de esta guisa lo profanó. Entonces, lleno de júbilo por su conocimiento del culto al verdadero Dios, les dijo a sus compañeros que prendieran fuego al templo y a los cercados y que los destruyeran. El lugar donde antaño se levantaban los ídolos aún se puede ver, no lejos de York, pasado el río Derwent, en un lugar que hoy se conoce como Goodmanham. (II 14)

Algunos han señalado que la lanza formaba parte del ritual de Woden, un rito que Beda difícilmente podía haber conocido, lo que parece reafirmar la autenticidad del relato.

Un estilo de argumentación diferente, en forma de parábola, fue el proporcionado por otro de los hombres principales de Northumbria:

> Vuesa majestad, cuando comparamos la vida presente de un hombre en la tierra con aquel tiempo del que no tenemos conocimiento, a mí me parece como el vuelo de un gorrión solitario por la sala de banquetes en la que os sentáis a cenar un día de invierno con vuestros nobles y consejeros. En medio hay un fuego reconfortante que caldea la sala, mientras fuera rugen las tormentas de lluvia o nieve del invierno. El gorrión vuela raudo al entrar por una de las puertas de la sala, y sale por otra. Mientras se halla dentro, está a salvo de las tormentas invernales; pero pasados unos momentos de comodidad, desaparece de nuestra vista y se adentra en el mundo invernal del que había venido. Aun así, el hombre permanece en la tierra sólo un breve instante, pero de lo que hubo antes de esta vida o de lo que habrá después, no sabemos nada. Por tanto, si esta nueva enseñanza nos ha aportado algún conocimiento certero, parece que lo más correcto es que debamos seguirla. (II 13)

La viveza de las imágenes de aquella sala acogedora y alumbrada, centro de la comodidad y de los festejos, contrastaba con la oscuridad que se extendía a su alrededor y el inmenso mundo desconocido que había más allá, y la brevedad del vuelo del gorrión que la cruza ha conferido a estas palabras una celebridad póstuma merecida. Posee la calidad y el género de imaginería y de sensibilidad que aflora en la poesía anglosajona en lengua vernácula:

Relucían los edificios, manaban en las salas las fuentes,
altos tejados de asta, y el barullo del gentío;
todas aquellas casas de banquetes que los hombres llenaban,
de sonora alegría hasta que las Parcas cambiaron todo aquello.

La ruina

¿Dónde está la casa de banquetes? ¿Dónde el alboroto de aquella casa?
¡Ay, copa reluciente! ¡Ay, bruñido guerrero!
¡Ay, altivo príncipe! Cómo han pasado aquellos tiempos,
oscuros bajo el yelmo de la noche, como si nunca hubieran sido.

El andariego

La poesía era uno de los muchos intereses de Beda, quien, más adelante (IV 24), nos ofrece una digresión sobre Caedmon, religioso de Whitby, en la que desvela el talento poético del monje, que Beda sin duda valora y estima como un don divino.

Quizá una intuición más representativa de las mentalidades paganas, que en general Beda no trata de descifrar, es la que nos depara la historia de los tres hijos paganos del rey cristiano de los sajones del Este, que exigen, pese a no haber sido bautizados, que se les dé el pan de la sagrada eucaristía tal como le ha sido ofrecido a su padre converso. El obispo les explica entonces el carácter indispensable del bautizo, aunque en vano:

El obispo respondió: «Sí, pero primero debéis lavaros en las aguas de la salvación como lo hizo vuestro padre; entonces puede que compartáis el pan consagrado como él lo hizo. Sin embargo, mientras rechacéis el agua de vida, seréis indignos de recibir el pan de la vida». Ellos replicaron: «Nos negamos a entrar en esta fuente bautismal, y no vemos necesidad alguna de hacerlo; pero queremos que este pan nos fortalezca». El obispo se mantuvo firme y fue expulsado del reino. (II 5)

El cristianismo florece en Northumbria, no obstante, con el rey Osvaldo (604-642). Este manda erigir una cruz que se convierte en lugar de culto y en el que se realizan muchos milagros. Mientras se hallaba en el exilio, había sido adoctrinado por los escotos (irlandeses), quienes, en respuesta a su petición, le enviaron al obispo Aidan de Iona. Aidan establece su sede, con el patrocinio y la protección de Osvaldo, en la isla de Lindisfarne, a poca distancia de la costa de Northumbria. Esto lleva a que Beda hable de los esfuerzos misioneros que los irlandeses hicieron en el norte de Britania, que habían empezado antes que los realizados desde Canterbury, y que trata en un capítulo destacado y retrospectivo sobre la conversión, en 565 d. C., de los pictos por san Columba (II 54). Beda habla con entusiasmo de la pureza de la vida y del amor de Dios que encuentra en la irlandesa Iona, a la altura de la costa occidental de Escocia; pero deplora el enfoque equivocado que han adoptado allí en relación con la fecha de la Pascua, que Beda atribuye al aislamiento en que viven los monjes. Aidan, que había sido trasladado a Northumbria sin hablar la lengua de los anglos, hizo que el rey Osvaldo se la tradujera. Cuando aborda la humildad y la vida de santidad que lleva Aidan, Beda se muestra cálido y afectuoso, algo que hace contrastar con la «apatía de nuestra época» (III 5). La exposición que hace de él nos permite saber que los monjes que seguían la tradición irlandesa preferían andar en lugar de montar a caballo, conservar sus hábitos pedestres cuando se convertían en obispos de los anglos, que en general tenían una posición mayor. El rey Osvaldo regaló a Aidan un hermoso caballo, que Aidan regaló a un mendigo (III 14, IV 3). Cuando aquel le reprochó que lo hubiera hecho, el santo le leyó un pasaje sobre el mayor valor de un ser humano comparado con un caballo. El monarca, conmovido por aquella humildad, imploró su perdón:

> Ante la petición urgente del obispo, el rey se sentó y empezó a alegrarse; Aidan, en cambio, se entristeció tanto que empezó a derramar lágrimas. Su capellán le preguntó, en la lengua que ellos hablaban, y que ni el rey ni sus siervos comprendían, la razón por la que lloraba. Aidan le contestó: «Sé que el rey no vivirá mucho tiempo, pues no he visto nunca antes un rey humilde». (III 14)

En otra parte hay un relato de un rey cristiano que fue muerto por sus parientes por haber perdonado a sus enemigos, es decir, por renunciar a la ética de la venganza (II 22). Osvaldo, de hecho, cae muerto en una ba-

talla contra el rey pagano Penda de Mercia (642), que previamente había puesto fin a la vida de Eduino, el primer rey cristiano de Northumbria. De la santidad de Osvaldo dan fe sus milagros póstumos.

Aidan también realizó milagros en vida. El obituario que Beda compone para el santo muestra de nuevo, con un tacto conmovedor, sus sensaciones encontradas acerca del monasticismo celta. Aidan cultivaba la paz y el amor, la pobreza y la humildad, y utilizaba su autoridad sacerdotal para contener al poderoso y orgulloso, para consolar al enfermo y ayudar al pobre. «Estimo y admiro mucho todas estas cosas acerca de Aidan, porque no tengo duda alguna de que placen a Dios; pero no puedo aprobar ni elogiar que no observara la Pascua cuando es el momento debido, tanto si lo hizo por ignorancia de los tiempos canónicos como por deferencia a las costumbres de su propia nación» (III 17). La columna de madera en la que Aidan se inclinó cuando estaba a punto de morir se salvó milagrosamente de un incendio, capítulo que se ha considerado análogo a cierto motivo popular relacionado con el culto pagano a Thor.

En la exposición que hace Beda se van intercalando los ulteriores éxitos de la misión evangelizadora cristiana con descripciones de las vidas de santidad. Es interesante señalar que Beda tiende a preferir ejemplos del bien para propósitos edificantes, en tanto que la preferencia —o quizá sólo su experiencia— de Gregorio de Tours proporciona más ejemplos del tipo contrario: se ha sostenido de una manera más verosímil en el caso de Beda que en el de Gregorio, que es un idealizador de generaciones anteriores, en contraposición con un presente menos heroico y exaltado. La esencia de su historia es su exposición del sínodo de Whitby (664 d. C.), en el que se dirimió la enojosa cuestión de la fecha de la celebración de la Pascua y se aseguró la unidad de la Iglesia en Britania, con la excepción de los britanos. El sínodo fue convocado y presidido por el rey de Northumbria Oswio, otro de los soberanos cristianos modélicos según Beda, que seguía el método de cálculo irlandés, mientras que la reina, conocedora de las costumbres (romanas) de Kent, observaba la cronología de Roma; de modo que uno observaba la Cuaresma mientras el otro daba un banquete, algo que a todas luces era un inconveniente, si no algo peor, en una casa real. En Whitby aparece por primera vez la formidable figura de Wifredo, un hombre de Northumbria que había viajado a Roma y por las Galias (uno se inclinaría a decir Bruselas), y, a su regreso, había traído unas nociones muy romanas (eurocráticas) sobre la Pascua y la forma de la tonsura monástica. En Whitby, Wifredo será el portavoz del partido romano.

Pese a lo que dijera Beda, el asunto de la fecha de Pascua no era en realidad una cuestión de barbarie y rusticidad irlandesas: la base para ambos modos de cálculo se prestaba a ser razonada en un sentido u otro; pero Wifredo expone un argumento más fuerte, que sabe explotar con mucha eficacia, en el aislamiento en que se hallan los irlandeses a la vista de la amplitud del consenso y la tradición de la Iglesia expuestos contra ellos.

> Nuestras costumbres pascuales son las que hemos visto observar universalmente en Roma, donde enseñaron, padecieron martirio y fueron sepultados los santos apóstoles Pedro y Pablo. Hemos visto también las mismas costumbres observadas en general en toda Italia y en las Galias, cuando viajamos por esas tierras para estudiar y orar. Además, hemos sabido que la Pascua la observan hombres de diferentes naciones y lenguas en un mismo momento, en África, Asia, Egipto, Grecia y en todo el mundo en el que la Iglesia de Cristo se ha difundido. El único pueblo que neciamente sostiene lo contrario a todo el mundo son estos escotos [es decir, irlandeses] y aquellos iguales suyos en obstinación que son los pictos y los britanos, que habitan sólo una parte de estas dos islas, las mayores del océano. (III 25)

Beda es muy detallista a la hora de resumir los argumentos, pero más adelante, en una carta que dirige al abad Ceolfrido (V 21), dará más cumplida cuenta de la cuestión del cálculo del tiempo en su aspecto técnico. El rey Oswio, en su recapitulación, dio mucha importancia a la autoridad de la cátedra de san Pedro y al poder para atar y desatar que los papas heredaban del apóstol, y se decantó por la posición romana. Algunos de los irlandeses, incapaces de aceptar la nueva práctica, dejaron Northumbria y regresaron a Iona con algunos de los huesos de san Aidan. Entonces Beda vuelve a rendir homenaje a la austeridad de la vida de los monasterios irlandeses y la gran devoción que reciben de su pueblo, algo que contrasta con la inferioridad de su propia época: «porque en aquellos días la única preocupación de estos maestros era servir a Dios, no al mundo; satisfacer el alma, no las tripas» (III 26).

La actitud de Beda hacia Wifredo, cuya posición comparte, ha sido muy controvertida: si bien parece que respetaba aquel consenso, lo cierto es que no le gustaba mucho, y sin duda no sentía, en absoluto, aquel afecto que, en cambio, no podía evitar profesar a Aidan. Beda aludirá a la posterior carrera tempestuosa de Wifredo: gracias a su carácter dictatorial e inflexible, conoció el destierro e incluso la cárcel antes de ser rehabilitado como obispo, además de su obra misionera en Sussex. Beda pare-

ce haber quitado importancia a determinadas circunstancias, como, por ejemplo, la de que Wifredo se hizo sumamente rico (IV 12-13, V 19).

Después del sínodo de Whitby, los irlandeses tuvieron que aceptar poco a poco en todas partes la postura de la Iglesia (en el sur de Irlanda, por ejemplo, nunca habían sido disidentes; de modo que la cuestión no era sencillamente el cristianismo celta contra el resto). Beda se preocupaba a fondo de la unidad de la Iglesia, y para él sin duda fue un gran momento cuando, en 716, incluso los intransigente de Iona aceptaron el cálculo y la tonsura romanos:

> Esto parecía suceder por una maravillosa dispensación de gracia divina, a fin de que la nación que había trabajado, de buen grado y con generosidad, para hacer llevar el conocimiento que tenía de Dios a la nación de los anglos pudiera más tarde, a través de esta misma, llegar a una vía perfecta de vida que hasta entonces no poseían. (V 22)

El punto culminante de la historia parece haberse alcanzado con anterioridad, al principio del libro IV, cuando el nuevo arzobispo de Canterbury, Teodoro, enviado desde Italia por el papa en 669, se convirtió en «el primer arzobispo al que obedecía toda la Iglesia de los anglos»; con lo que quedó ratificado el período de conversión y la fundación de un episcopado unido en Anglia en estrecha comunión con Roma. Tal vez este sentido de la misión cumplida, así como el gran volumen de los testimonios recientes y contemporáneos que le llegan de toda Anglia del período correspondiente a la memoria viva, hacen que los últimos libros de Beda tengan un carácter hagiográfico más marcado. Por ejemplo, no hay referencia alguna a los asuntos seculares después del año 690; ni había aquí necesidad de que la hubiera.

En esta sección del libro IV (27-32), Beda incorpora materiales que ya ha elaborado para su biografía de san Cutberto, quien se convirtió, muy a su pesar, en obispo de Lindisfarne. Las descripciones que Beda hace son ingeniosas, y la hagiografía y sus imprevistos cuentan a los historiadores del período mucho acerca de la mentalidad que los produjo; pero el lector moderno común y corriente de los dos últimos de Beda puede que se sienta pronto con bastante facilidad ahíto de muertes santas, visiones del cielo y del infierno, reliquias con poderes, cadáveres incorruptos que desprenden un aroma fragante, e incluso del restablecimiento de la salud de un viejo caballo (un milagro póstumo de san Osvaldo [III 9]). La edad heroica de la conversión había concluido, pero el

heroísmo individual de los santos aún cumplía su cometido: la Iglesia de Anglia lo estaba haciendo bien en su guerra incesante contra los demonios.

Beda concluye su historia en 731 con una visión general del presente en Britania: un estado de paz, secular y eclesiástica (V 23). Los pictos y los escotos son ahora cristianos, dóciles y contentos. Sólo los britanos alimentan con impotencia su resentimiento y perseveran en sus propias y malas costumbres en relación con la Pascua. Pero han sido puestos —sin lugar a dudas por su propio bien— bajo la sujeción de los anglos.

Tal como ya se dijo antes, a lo largo de toda su historia Beda ha preferido volver a contar los ejemplos buenos y no los malos, y en su obra no encontramos rastro de aquella franqueza que hallábamos en Gregorio de Tours cuando hablaba de los escándalos eclesiásticos. (De los asuntos disciplinares se ocupaba el obispo, pero rara vez competían a un monje, si no era en el interior de su propio monasterio.) Si contempláramos sólo la conclusión de la historia, podríamos pensar que se sintió satisfecho. De hecho, una carta que escribió hacia el final de su vida, lo muestra muy inquieto por el aletargamiento, el gusto por las cosas mundanas y la riqueza de la Iglesia contemporánea de los anglos. Sin embargo, vistas las cosas, tanto las que habían ocurrido en el pasado como previendo las que iban a ocurrir en el futuro, hubiera tenido que conceder, como hizo hasta cierto punto, que había vivido en tiempos afortunados: en el siglo anterior se habían ganado las batallas libradas contra los ídolos paganos y la obstinación celta, y el final de la época en que vivió iba a ser testigo de las primeras incursiones de los hombres del norte.

[illegible]

Después del sínodo de Whitby, [illegible]

[illegible]

[illegible] correspondiente a la muerte [illegible] tengan un carácter hagiográfico más marcado. Por ejemplo [illegible] reacia siempre a los asuntos seculares después del año 666?, [illegible] aquí necesidad de que la mencione.

En esta sección del libro IV (27-32), Beda incorpora materiales que ya ha elaborado para su biografía de san Cuthberto, quien se convirtió, muy a su pesar, en obispo de Lindisfarne. Las descripciones que Beda hace son ingeniosas, y la hagiografía y sus impresiones cuentan a los historiadores del período mucho acerca de la mentalidad que los produjo; pero el lector moderno común y corriente de los dos últimos de Beda puede que se sienta pronto con bastante facilidad ahíto de milagros sencillos, visiones del cielo y del infierno, reliquias con poderes, cadáveres incorruptos que desprenden un aroma fragante, e incluso del restablecimiento de la salud de un viejo caballo (un milagro póstumo de san Oswaldo [III 9]). La edad heroica de la conversión había concluido, pero el

Cuarta parte

EL RENACER
DE LA HISTORIA SECULAR

16

ANALES, CRÓNICAS E HISTORIA

Anales y crónicas

En 789, la versión vernácula de la *Crónica anglosajona* presentaba una anotación ominosa:

> En este año el rey Brorhtric desposó a Eadburh, la hermana de Offa. Y durante su reinado llegaron por primera vez tres naves de hombres del norte y el baile cabalgó hacia ellos y quiso llevarlos por la fuerza a la residencia del rey, porque no sabía quienes eran, y ellos le dieron muerte. Aquellas fueron las primeras embarcaciones de daneses que llegaron a las tierras de los anglos.

¡Aquellas tres naves de nuevo! Eran un mal presagio de los daños y destrozos que iba a sufrir, entre otras muchas cosas, la ordenada vida monástica que Beda había conocido, dedicada al estudio, con sus bibliotecas y riquezas. Las anotaciones correspondientes a los años previos dejan constancia de un gran número de luchas intestinas, y, con el tiempo, las invasiones danesas desempeñarían un papel importante en la consolidación de un reino unitario, gobernado a principios del siglo IX por un rey danés, Canuto o Cnut. Cuatro años después de las primeras anotaciones sobre los daneses, la *Crónica* deja constancia de «los estragos de los hombres paganos que destruyeron de manera lamentable la iglesia de Dios en Lindisfarne [la de Aidan], haciendo una carnicería y saqueándola». El año siguiente le llegó el turno al monasterio de Jarrow, donde Beda había vivido.

Las escuetas anotaciones de la *Crónica* en lengua vernácula dejan

constancia de aquellos años de catástrofes. El gran logro de Beda, por popular y venerado que llegara a ser —tanto en el continente como en las tierras de los anglos—, no tuvo un sucesor ni remotamente comparable durante los siguientes cuatrocientos años. Se abrió un paréntesis que la *Crónica anglosajona*, por lacónicas que fueran sus anotaciones, sobre todo las de los primeros años, no llegó a cerrar. Se trataba de una empresa notable, sin duda, y en este sentido única en toda Europa. Al parecer, había empezado a compilarse a mediados del siglo IX, de modo que el cronista que hablaba del año 789 lo hacía de forma retrospectiva. La continuaron, a partir de entonces, con el trabajo de los copistas y la introducción de variaciones en una serie de monasterios, de modo que, en su conjunto, va desde el desembarco de los sajones en 494 hasta el final de la dinastía anglonormanda en 1154. Si bien el porqué, el dónde y el cuándo exactamente surgió la iniciativa de comenzarla continúa siendo pura conjetura, se ha sugerido que el lugar pudo ser Wessex, y el motor, un impulso de la realeza. Se ha situado en Peterborough el lugar donde fue producida durante los últimos años, y se ha citado al rey Alfredo como su precursor; y lo cierto es que con Alfredo, las entradas y las anotaciones se vuelven más completas, menos puramente analísticas, e incluyen narraciones de campañas que se extienden a lo largo de varios párrafos.

Las diferencias que existen entre anales y crónicas, así como entre crónicas e historias son un ejemplo ilustrativo de un cambio cuantitativo que se convierte en cualitativo. En casos individuales y marginales, puede que la clasificación sea discutible; pero las categorías son bastante claras. La *Crónica anglosajona* ofrece, con el tiempo, un ejemplo de anales que se transforman en crónicas, al igual que ciertos dietarios son meras listas de compromisos, en tanto que otros se pueden considerar contribuciones a la literatura y a la historia. Si los anales a veces se convertían en crónicas, parece que su origen fueron los almanaques, conservados en los monasterios porque sobre todo servían para el cálculo anual de la fecha de celebración de la Pascua. Toda una diversidad de cuestiones —presagios, meteorología, acontecimientos locales, regionales e internacionales— podían entonces ser integradas o inscritas en el margen. Las muertes y sucesiones de los papas, obispos, abades y reyes revestían especial importancia, al igual que las batallas, los incendios y otros desastres. Como un ejemplo característico, escogido al azar, podemos mostrar una anotación del siglo XIII de la crónica de la abadía de Bury Saint Edmunds, obra que venía siendo continuada desde antiguo y que estaba escrita en latín:

1239: William Raleigh fue elegido obispo de Norwich el 10 de abril. Aquella raza de hombres horribles que conocemos como *tártaros*, y que antaño irrumpieron como una plaga desde sus remotos refugios y asolaron la faz de la Tierra, arrasaron Hungría y los territorios vecinos. El 18 de junio, Eleonor, reina de Inglaterra, dio a luz a su hijo primogénito, Eduardo. Su padre era Enrique...

El resto de lo que sigue es una genealogía de Enrique que se remonta hasta Alfredo y que, luego, nos remite a una genealogía de Alfredo anterior aún, que se remonta hasta el propio Adán. Se trata de una entrada ingente: las invasiones de los mongoles (los tártaros), el nacimiento de Eduardo I y la elección de un obispo de Anglia Oriental. Pero, sin duda, estaríamos muy equivocados si esperásemos una narración; no hay relaciones temáticas entre las entradas, salvo el nacimiento y la genealogía. Sería mejor pensar en un periódico cuya escala temporal fuera el año y no el día. Nos quedamos impasibles ante las noticias más diversas que aparecen de manera yuxtapuesta, con la división convencional en secciones.

La historia considerada como género, aunque presta a menudo atención al paso de los años tal y como habían hecho casi todos los historiadores clásicos, se caracteriza por poner en juego narraciones extensas, detalles circunstanciales pertinentes y una coherencia temática. El acto de dejar constancia escrita de los hechos viene dictado por consideraciones de índole temática, dramática y explicativa y no sólo por la convención y la yuxtaposición cronológica. En el siglo XII, Gervasio de Canterbury reconoció estas distinciones. Y en este sentido cabe decir que, considerados como tipos, los anales son inconexos o carecen de ilación; las crónicas son episódicas y la historia es idealmente continua. No obstante, las clasificaciones particulares pueden resultar a veces discutibles.

Si bien se siguieron escribiendo anales, serán las crónicas y las historias las que nos llevarán hasta el siglo XII. Antes, sin embargo, de considerarlas, no podemos hacer caso omiso de la leyenda que, una vez dada la oportunidad, corrió a suplir durante los tres siglos siguientes el lugar que ocupaba la historia. Aunque tenían una rica literatura cuyas raíces se hallaban en sus bardos los britanos o los galeses sólo habían escrito, hasta donde sabemos, dos historias breves y fragmentarias entre los siglos V y XII, y, sin duda, ninguna obra que fuera tan coherente, seria y autorizada, sustancial y respetada como la de Beda el Venerable. En el siglo XII hubo un intento de darles una con *Historia regum Britanniae*

(*Historia de los reyes de Britania*) de Godofredo de Monmouth, un clérigo que aún no había recibido las órdenes mayores y que vivía en Oxford. Pese a adolecer de una relación problemática con posibles escritos anteriores y con la tradición oral, Godofredo es muy completo y detallado, sobre todo en lo que se refiere a los años oscuros del siglo V, la era de las invasiones sajonas, años sobre los que incluso Beda se mostró breve y callado. Llegados a este punto, de hecho, ya no podemos postergar el momento de hablar de Arturo, el gran héroe y rey de los britanos, al igual que tres siglos después Alfredo pasó a ser el de los anglos. Pero mientras que las fuentes narrativas contemporáneas para el caso de Alfredo —sobre todo, la crónica vernácula y la *Vita Aelfredi regis Anglo Saxonum* (*Vida de Alfredo, rey de los anglosajones*), de Juan Asser, cuya autoría y fecha de compilación han sido muy debatidas— resultan precarias (el relato de los pasteles, por ejemplo, es un añadido del siglo XII), el conocimiento de Arturo siguió haciéndose cada vez más completo. Alfredo iba a seguir siendo una figura de interés, pero a partir del siglo XII y hasta el siglo XVII, pese a las voces disidentes que pudieran hacerse oír, no hay duda de que Arturo era el rey-héroe consagrado en la memoria colectiva nacional.

La pseudohistoria: Godofredo de Monmouth

Hasta donde alcanzamos a saber, Arturo aparece por primera vez en la historia escrita durante el siglo IX, cien años antes que Alfredo, pero transcurridos ya cuatro siglos desde el momento en que se supone que transcurrió su vida, lo que de hecho es un problema. Gildas, monje britano del siglo V que escribió sobre las invasiones sajonas y que vivió con cierta proximidad a la época en que, al parecer, había florecido Arturo, no lo menciona, aunque como hemos visto sí habla de la figura de un caudillo britano-romano o *dux* llamado Ambrosio Aureliano, que derrotó a los sajones en una gran batalla, y a quien Beda el Venerable copió. Sin embargo, la figura de Arturo no apareció con ese nombre hasta la *Historia Brittorum* (*Historia de los britanos*, *c.* 830), que Nennio escribió en latín, aunque a todas luces sabía galés y conocía las genealogías y las tradiciones galesas. En ella, sin embargo, Arturo, si bien es un caudillo guerrero que gana batallas contra los sajones, apenas si es algo más que un nombre. Tres siglos después, Godofredo de Monmouth fue quien, a partir de retazos de leyendas o del mero nombre, inició la carrera de

Arturo como gran rey y héroe nacional, poseedor de una corte de gran celebridad a la que acudían en gran número los caballeros.

Las referencias históricas de Arturo, de hecho, son tan endebles que casi parecen desvanecerse; en cambio, su leyenda, al igual que los relatos de los héroes griegos y la *Ilíada*, o Eneas y Rómulo en Roma, es, si se le puede llamar así, un hecho histórico, y un hecho importante, en el sentido de que influyó poderosamente o dominó incluso la imagen que muchos en Gran Bretaña, entre ellos los ingleses, tenían de su pasado, sobre todo entre los siglos XII y XVII. Luego, tal vez con una mayor susceptibilidad hacia la diferencia entre historia y leyenda, pero con una suspensión obsecuente de la incredulidad, Arturo pasó a ocupar un lugar prominente en el siglo XIX.

Muerto ya Godofredo de Monmouth, en 1191, los restos mortales de Arturo y de su reina, Ginebra, fueron «descubiertos» por los monjes de Glastonbury, y a partir de entonces Arturo y sus caballeros pasaron a ser figuras centrales en el surgimiento del espíritu de la caballería y a través de una serie de leyendas menores del círculo artúrico, elaboradas en Francia y en las tierras germanas, inspiraron la creación de las órdenes medievales de caballería que imitaron la Mesa Redonda, como, por ejemplo, la orden de la Jarretera que fundó Eduardo III en el siglo XIV. Precedido por una serie de romances medievales, *Le morte d'Arthur*; (*La muerte de Arturo*), de sir Thomas Malory, dio forma clásica en el siglo XV a las leyendas artúricas para los lectores ingleses. El suyo fue uno de los primeros libros en ser escogido para su publicación en la imprenta de William Caxton, la primera de Inglaterra. En el siglo XVI, los prototipos artúricos fueron objeto de culto en la corte de los Tudor. Por otro lado, éstos fueron a veces conscientes de su identidad galesa, y el primogénito de Enrique VII fue bautizado con el nombre de Arturo. John Milton, en el siglo XVII, meditó un poema épico sobre Arturo antes de conformarse con el diablo. La erudición renacentista causó cierto perjuicio a la historicidad de Arturo, pero, tal como hemos dicho, entre los siglos XVII y XIX, el rey Alfredo y los sajones volvieron a estar en boga, en amplia medida por razones de índole política. La imaginación victoriana repartió sus lealtades entre un caballeroso y romántico Arturo, y la imagen más populista del rey Alfredo; en este sentido es apropiado señalar que el más grande poeta de la época victoriana que sacó partido de las leyendas de Arturo llevaba el nombre de Alfred.*

* El autor se refiere a lord Alfred Tennyson (1809-1892), autor de varios poemas relacionados con las leyendas artúricas, como, por ejemplo, *Idylls of the King* (1859) y *The Holy Grail and Other Poems* (1869).

De no haber sido por Godofredo de Monmouth, las leyendas de Arturo —si es que son imaginadas— habrían merecido, a lo sumo, una simple mención de pasada en estas páginas. Sin embargo, la obra que Godofredo escribió en la década de 1130 no sólo lanzó la leyenda artúrica, sino que lo hizo de una manera que reclamaba, y en una serie de aspectos de una manera verosímil y convincente, el derecho de ser una historia. El interés que despierta la obra de Godofredo no se agota con la consideración de si tiene base real o carece de ella. A todas luces Godofredo sabía qué aspecto debía tener según sus contemporáneos una historia y, sin correr, al parecer, ningún peligro de que la narración que ofrecía quedara dominada por sus fuentes, tuvo el suficiente talento para dársela. La obra de Nennio por sí sola nunca hubiera podido fundar aquella leyenda: resultaba demasiado genealógica, fragmentada, incoherente y, en muchos aspectos, escueta. En una palabra, era más una compilación que una historia. Nennio hablaba más de Merlín que de Arturo, y ofrece más detalles que Beda del rey britano Vortigern y de sus incontrolables aliados sajones, Hengist y Horsa. Godofredo tomó todo aquello prestado y lo explicó con mayor detalle, y, si bien como es lógico repitió genealogías, remedió todos los defectos de Nennio.

Godofredo no pretendió ser el autor, sino sólo haber traducido al latín «un libro muy antiguo», escrito en galés, que le mostró Walter, el archidiácono de Oxford. La existencia o no de tal libro, del que prácticamente no hay ninguna prueba independiente y sustantiva, es, al igual que la de cuál era su contendido, una cuestión interesante aunque de ningún modo fundamental. Entonces, si Godofredo fue sólo el traductor, el problema de las fuentes de sus afirmaciones se traslada simplemente a aquel antiquísimo libro; pero si aquel libro existió, la cuestión de su antigüedad, es decir, de su proximidad a la época en la que se supone que vivó Arturo, pasaría a ser importante. La opinión más generalizada parece ser la de que, si bien hay vestigios de una leyenda y una genealogía galesas en la obra de Godofredo de Monmouth, en parte procedentes de una tradición oral, la leyenda es en lo esencial de su propia creación. Si esto fuera cierto, tendría sin duda un lugar muy destacado en lo que se ha dado en llamar el renacimiento historiográfico del siglo XII; destacado no sólo por la importante laguna que afirmaba llenar en el conocimiento historiográfico de Gran Bretaña, sino también por el consumado talento y aplomo de la narración que Godofredo escribió y que, en cierto sentido, le hizo merecedor de la popularidad que alcanzó. Sin embargo, la obra carece de fuentes conocidas, si se exceptúan ciertos frag-

mentos célebres —y algunos de ellos confusos— de la historia romana y algunas noticias y puntos que proceden de Gildas, Beda y Nennio. Mucho más perjudicial resultó ser el hecho de que parte de lo que describe con mayor detenimiento y, de una manera especial, la gran batalla victoriosa que Arturo libra con el procurador romano Lucio Hiburno en la Galia, no dejó traza alguna en la historiografía ni en los documentos de época romana. Un acontecimiento de semejante importancia no habría pasado por alto en una sociedad tan culta y con conciencia histórica de su identidad.

En torno a una quinta parte de la *Historia* de Godofredo trata de Arturo, aunque esta proporción se amplía a un tercio si se incluye la figura de Merlín, quien, aparte de amañar los elementos que condujeron a la concepción de Arturo, no desempeña ningún otro papel en las partes posteriores del relato. La obra comienza con un mito de fundación, a la manera de la *Eneida*. Bruto, el nieto de Eneas (con una genealogía que se remonta hasta Noé), y figura que Godofredo toma de Nennio, llega, después de ciertas correrías de estilo virgiliano, con algunos de sus seguidores troyanos y se convierte en el fundador epónimo de Britania, que en aquella época, como afirma Beda, se llamaba Albión y estaba habitada por gigantes. La más formidable de aquellas criaturas, un gigante llamado Gogmagog, es arrojado al mar, según parece a la altura de la costa de Plymounth, por Corineo, el fundador epónimo de Cornualles. Godofredo disfruta con este tipo de etimologías, y su gran golpe de efecto, en este ámbito, es el rey britano Lud (quien, a su decir, dio nombre a Londres y a una de las puertas *[gates]* de la ciudad, llamada Ludgate). La obra de Godofredo, aunque bien construida, carece, sin embargo, de un ritmo uniforme. En extensas narraciones intercala fragmentos que no pasan de ser listas de reyes. Algunos de los nombres de monarcas de menor importancia han tenido luego sus propios huecos por razones que en general son secundarias respecto al propósito que anima la narración de Godofredo, y sobre todo en razón del carácter memorable de sus nombres: Gobaduc (tema de una de las primeras tragedias escritas en inglés) y Hudibras (de un poema satírico del siglo XVII), que ocupan un papel de comparsas en la *Faerie Queene* de Edmund Spenser. Además, están el rey Coel, ni viejo ni alegre, y Cimbelino. Aunque este último carece del acompañamiento de los shakespearianos Iachimo e Imogena, pero el rey Leir (o Lear) aparece con toda su familia, con sus nombres habituales, y la historia es como Shakespeare la cuenta, aunque con un final feliz: Cordelia se convierte en reina de Britania.

En el libro VIII —de un total de trece—, llegamos con Merlín a un territorio de leyendas que nos resulta conocido. El sabio, además de amañar la concepción de Arturo efectuando cierta trasformación en el semblante de su padre, Úter Pendragón, lleva a término la proeza de transportar el Anillo del Gigante (Stonehenge) de Irlanda a Wiltshire, lugar en el que serían inhumados los reyes de Britania. Reacio a adentrarse en lo sobrenatural, Godofredo hace que el proceso parezca más una hazaña de ingeniería que una obra de magia: los hombres del rey, como era de esperar, lo tenían todo manga por hombro cuando llega Merlín, convertido en un maestro de obras que conoce a fondo su oficio. Su punto fuerte, sin embargo, son de hecho las profecías, y Godofredo las proporciona en el libro VII, que fue escrito por separado del resto de la obra y presentado primero como *Las profecías de Merlín*. Estuvo durante mucho tiempo en boga, lo que se debió, en no poca medida, a que insinuaba un resurgir futuro de los britanos o galeses. Si bien apenas cabe duda de que responde a un propósito serio, es tan fácil de parodiar que a los ojos del lector actual resulta sin lugar a dudas divertido, al menos en el repentino paso de lo sublime a lo prosaico que comporta la combinación del prometedor simbolismo animal con los nombres familiares y sencillos de los condados ingleses: «Un lobo hará de portaestandartes y conducirá las tropas, y recogerá su cola alrededor de Cornualles. Un solado en un carro opondrá resistencia al lobo y transformará a las gentes de Cornualles en un verraco». Abundan las bestias llenas de significado: el asno de la maldad, un erizo cargado de manzanas, un bronco macho cabrío de las montañas, el dragón de Worcester, el verraco de Totnes, la víbora de Londres, y otros muchos más. Uno acaba teniendo la impresión de que Godofredo debió de imaginar este tipo de cosas en sueños. Merlín le dice a Vortigern, de una manera tal vez redundante, que el dragón rojo que representa y defiende a Britania será superado por el dragón blanco de los sajones a los que el rey ha cometido la insensatez de dar la bienvenida; pero «la raza que es oprimida, al final prevalecerá». Se trata, no obstante, de una visión un tanto singular de la historia desde el lado britano, que es justo la opuesta de la que tenía Beda.

Godofredo se muestra más bien cauto con la leyenda posterior y complementaria según la que Arturo no había muerto, sino que iba a regresar, tal como se dice en el mito alemán del káiser dormido. Godofredo da cuenta del final de Arturo de un modo algo ambiguo. Después de librar su última gran batalla contra Mordred, dice que el rey se halla «mortalmente herido», y sin afirmar que haya muerto, señala que fue llevado a la

isla de Avalón, un lugar mítico de curación, aunque después se identifique con Glastonbury, «a fin de que se le pudieran atender las heridas».

En la época en que escribía Godofredo, las ideas de la caballería, que tanto iban a hacer para amplificar y dar forma a la leyenda artúrica, y que tanto debían a dicho mito, aún no habían alcanzado la preponderancia que iban a tener tiempo después. Aparte de algunos elementos exóticos que examinaremos en breve, el libro de Godofredo es, ante todo, una exposición en apariencia fidedigna de la política del poder en la Edad Oscura. Arturo es un gran rey y caudillo, al estilo de César y de Carlomagno, y no la figura del caballero errante bastante posterior. Su esposa es Ginebra, a la que seduce Mordred, el sobrino de Arturo; pero no hay ningún Lanzarote, y, por tanto, tampoco ningún ideal del amor cortés que, sin embargo, muy pronto se le adjudicaría con firmeza. Y tampoco hay Santo Grial. Gawain, Kay y Bedevere se hallan presentes, y la espada de Arturo es reconocible bajo el nombre de *Caliburn*, aunque la lanza, que, para mayor sorpresa del lector actual se llama *Ron*, no lo es. Tampoco encontramos una espada clavada en la roca. La corte de Arturo, sita en Caerleon-on-Usk (libro IX), es de un esplendor incomparable y establece lo que deben ser las cortes de caballeros en otras partes. Después de haber conquistado la Galia, Arturo también tuvo corte en París. Además conquistó a los pictos, noruegos y daneses (parece haber cierto recuerdo de Canuto y su dominio sobre un gran imperio del norte). Cuando lo llaman para que se ocupe de la traición de Mordred, Arturo estaba a punto de marchar sobre Roma.

Arturo a veces exterioriza su destreza y habilidad individuales, sobre todo cuando da muerte a los gigantes (Geoff. *Hist.* X 3, 4) y, como si fuera un entendido, aquilata la fuerza relativa de cuantos ha muerto. Un gigante antropófago había hecho de la cima del monte Saint-Michel su residencia; otro tenía una capa hecha con las barbas de los hombres a los que había matado. Este tipo de hazañas se interpretan como intrusiones del mundo de *Beowulf** en medio de la historia romana que Godofredo parece haber adoptado para las campañas de Arturo. Puede que provengan de leyendas independientes y persistentes adaptadas por Godofredo. Pero cuando responde a un reto que le ha lanzado Lucio Hiburno, el procurador romano de la Galia, Arturo adopta con suma facilidad las costumbres romanas. Reúne un ejército formado por 180.000 hombres, sin

* El héroe legendario de un epónimo poema épico inglés del siglo VIII que llegó a ser rey por sus proezas, aunque murió luchando contra un dragón.

sumar los soldados de a pie, de los que Godofredo dice que no eran fáciles de contar. Roma logra formar un ejército de 400.160* que representa a las naciones de todo el mundo. En la batalla que sigue, precedida por los discursos y arengas de los generales según el estilo clásico, los ejércitos se hallan «frente a frente»,

> con los venablos prestos a ser usados. Suenan al punto las trompetas que llaman al combate, y la legión mandada por el rey de Hispania y Lucio Cátelo carga briosamente contra la división acaudillada por el rey de Escocia y el duque de Cornubia [Cornualles], pero ésta se mantiene firme y los romanos no consiguen romperla. Mientras persiste la legión romana en su furiosa acometida, entran en acción los soldados que guiaban Gerín y Bosón, y, a todo galope, se precipitan sobre los asaltantes, rompen sus filas y tropiezan con el batallón que el rey de los partos mandaba contra la división de Asquilo, rey de los daneses.**

Y así sucesivamente (X 9-12).

Resulta muy convincente, dejando a un lado quizá las cantidades. Pero ojalá convenciera. Siendo indulgentes con el hecho de que leemos a Godofredo en una traducción moderna, resulta aleccionador comparar su versión con la que de la misma batalla (Sassy) dio Malory tres siglos después en *La muerte de Arturo* (1469):

> Entonces se aproximaron las batallas, y arremetieron gritando por ambas partes, y dieron grandes golpes por ambas partes; y cayeron derribados muchos hombres, heridos y muertos; y ese día se hizo muestra de grandes valentías, proezas y hazañas de guerra, de manera que sería harto largo contar las nobles hazañas de cada hombre, pues podrían llenar un volumen entero. Pero en especial, el rey Arturo entró en la batalla exhortando a sus caballeros a hacerlo bien.***

Arturo mata a Lucio con sus propias manos. Godofredo, al modo neoclásico, tiene aún espacio para las disposiciones de las tropas y las tácticas, pese a su renuencia a contar los soldados de a pie. La versión

* En la traducción castellana de Luis Alberto de Cuenca, se indican sólo 40.160.

** Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*, trad. de Luis Alberto de Cuenca, Editora Nacional, 1984, § 171.

*** Thomas Malory, *La muerte de Arturo*, trad. de Francisco Torres Oliver, Siruela, Madrid, 1985, vol. 8.

que da Malory es una batalla turbulenta de caballería cuyo desenlace final es un combate singular.

Godofredo contaba con una serie de recursos y estratagemas para expresar autenticidad, algunos de los cuales eran sutiles. Por ejemplo, cuando el nieto de Leir es hecho rey por Regan, «en su época llovió sangre durante tres días y los hombres murieron a causa de las plagas de moscas», un bonito toque de pretendida ingenuidad del cronista. Nennio había descrito una lluvia de sangre, al igual que otros muchos historiadores con anterioridad, entre ellos Tito Livio; pero no había escrito nada sobre moscas. Godofredo elaboró también personajes supuestamente espurios, aunque se trataba de una habilidad común. También estableció remisiones cronológicas cruzadas entre los textos bíblicos, la historia romana y su propia historia británica a la manera de Eusebio. Isaías profetizaba mientras las moscas britanas revoloteaban por todas partes; Cordelia era coetánea de Rómulo y Remo, y Bruto, el troyano, lo era de Elí, el juez de Israel.

¿Qué cabe pensar de todo ello, tanto de las intenciones de Godofredo como del espíritu con que escribe? Tal vez no sean completamente lo mismo. El patriotismo britano y el afán por ascender en la carrera eclesiástica —Godofredo ensayó dos dedicatorias para su obra— parecen motivos suficientes, pero ¿cómo consideraba el propio Godofredo su creación, en la medida en que damos por supuesto que lo fue? Quizá no sea erróneo y, sin duda, resulta tentador servirse de la palabra *patraña*, aunque es más problemático saber si Godofredo fue un embaucador conciente de serlo. Parodiador casi genial y escritor creativo de una fertilidad más que notable, resulta, no obstante, imposible determinar en qué medida tuvo el convencimiento de que aquello que escribía era lo que los registros hubieran dicho de haber sido más completos o de haber, sencillamente, existido. Se ha sugerido que habría gozado de un renombre aún mayor si hubiera presentado su obra abiertamente a modo de una épica literaria como lo es la *Eneida*. Tal vez. La idea de un Godofredo que se deleitaba con su propia picaresca tiende a resultar tan atractiva para una sensibilidad como la contemporánea —con su gusto por los embustes literarios, las bromas ocultas, las parodias y los géneros que confunden la realidad y la ficción—, que, sin duda, deberíamos recelar de ella. El posible que el éxito y la habilidad de Godofredo parezcan reforzar un escepticismo posmoderno acerca de las pretensiones de veracidad de la historia: si se asemeja a la historia y parece historia, ¿por qué no es historia? De hecho —bendita expresión— sugiere justo lo opuesto del escepticismo.

En el Renacimiento, el descubrimiento de la falsedad de la Donación de Constantino, documento por el que supuestamente se confería al papa la condición de sucesor de los emperadores de Roma en Occidente, provocó, o mejor dicho reafirmó, no poca incredulidad respecto a los fundamentos documentales de cualquier historia. Pero esta era la conclusión equivocada, puesto que el tema era, en realidad, que había sido posible demostrar que la Donación era una falsificación. Con la obra de Godofredo sucede algo similar y, en cambio, no sucede lo mismo con las obras de los cronistas que fueron sus contemporáneos, por torpes, crédulos, descuidados o tendenciosos que pudieran haber sido a veces, y sabemos cuál es la razón: porque el concepto de fraudulencia presupone desde un punto de vista lógico el de autenticidad. Guillermo de Newburgh, medio siglo después de Godofredo, dijo que la *Historia Regum Britanniae* era pura invención, «ya fuera por un amor desmesurado por la mentira, ya por complacer a los britanos». Dejando a un lado la evidente búsqueda de ascenso en su carrera eclesiástica por parte de Godofredo, estas son más o menos las alternativas. Pero ya es hora de volver a la tierra firme de la crónica y la historia del siglo XII, aunque encierre muchos escollos.

LA HISTORIA Y LA CRÓNICA SECULARES: LA «HISTORIA NOVELLA» DE GUILLERMO DE MALMESBURY Y LA PROCACIDAD DE MATEO DE PARÍS

La crónica de los anglosajones fue una obra única en su tiempo y también lo fue, a su manera, la de Godofredo de Monmouth. Pero durante la Edad Media se escribieron obras de este género en toda Europa. En Francia, al igual que en Inglaterra, una monarquía centralizada se convirtió en foco de atención para las crónicas seculares y posibilitó una suerte de historia nacional. Esto estuvo representado sobre todo en Francia por las *Grandes Chroniques de France*, escritas en lengua vernácula y, a partir del siglo XIII, bajo el patrocinio de la casa real. A fin de no ofrecer un estudio general anodino y superficial, sin embargo, es preciso ceñir nuestra perspectiva a un único país y, en este sentido, confiando en la receptividad del lector, optaré por Inglaterra sobre todo, porque, en aquella época, contaba por fortuna con un rico acervo de crónicas que en la actualidad ya han sido traducidas del latín.

Hacia el siglo XII, la islas Británicas habían sufrido cinco grandes transformaciones, todas ellas como resultado de las incursiones lanza-

das desde la Europa continental: la invasión y la conquista de los romanos, los sajones, los daneses y los normandos, y la conversión al cristianismo católico de Irlanda y de Roma. Cada uno había dejado un poso en los registros: en César y Tácito, en Gildas y Beda, en *La crónica de los anglosajones* y, en una fecha más cercana, las crónicas de fines del siglo XI y principios del siglo XII sobre la campaña de Hastings y de la conquista normanda. A principios del siglo XII, cuando comenzaron a proliferar los cronistas de primera magnitud, la conquista sólo empezaba a desvanecerse de la memoria y el recuerdo vivos, y los cronistas anglonormandos la incluían por norma. Parece que algunos se sintieron estimulados incluso a escribir debido a una herencia dividida y una visión de la enormidad de la transformación llevada a cabo en la generación anterior. Sin embargo, en lo que concierne a las versiones realmente contemporáneas de los hechos acaecidos andamos algo peor. Si bien la mejor exposición en prosa es la del cronista Guillermo de Poitiers, panegirista del duque Guillermo de Normandía, en muchos sentidos el mejor registro es un documento único en su género: el tapiz de Bayeux.

En términos históricos, el tapiz cubre más o menos el mismo ámbito que el cronista Guillermo de Poitiers. Visible aún en la integridad de su esplendor magníficamente expuesto, con sus sesenta metros de largo por cincuenta centímetros de ancho, en la ciudad de Bayeux, donde probablemente fue tejido por encargo del obispo y hermanastro de Guillermo el Conquistador, Odón de Bayeux. Se trata también de un texto, no ya en el sentido metafórico tan en boga, sino porque contiene una narración escrita en latín que cruza de un extremo a otro el tapiz. Las estrechas franjas horizontales, arriba y abajo, son como anotaciones marginales, con sus aves y bestias de aspecto heráldico y las escenas corrientes de vida y muerte, descritas en todo su realismo, que realzan su valor como objeto bello.

La narración propiamente dicha empieza con el despacho del conde Haroldo de Wessex a Normandía, al frente de una embajada que el rey Eduardo el Confesor envía al duque Guillermo. Haroldo naufraga y es capturado por un magnate local, aunque Guillermo lo libera. Los dos luchan codo a codo, y entonces Haroldo jura sobre una santa reliquia lealtad al duque. De vuelta a Inglaterra, se produce la muerte de Eduardo, y Haroldo, pasando por alto el compromiso que había contraído con Guillermo, ciñe la corona. Guillermo prepara entonces un ejército, desembarca en Sussex y derrota a los sajones en el campo de batalla. Haroldo muere, según parece —aunque éste ha sido un tema muy controvertido—, con una flecha clavada en el ojo. En todas partes se muestran

intensas escenas de la vida de entonces: viajes por mar; los trabajos de las atarazanas; escenas de caza; acarreadores que llevan los fardos a cuestas; soldados en busca de alimento, y escenas de preparación de comida, de edificación de una fortaleza de madera y de cómo se prende fuego a una casa de la que salen huyendo una mujer y su hijo. En los márgenes, las aves y las bestias han dado paso a pequeños arqueros que disparan sactas y a soldados mutilados, muertos, despojados sin más ceremonias de su armadura. Es un documento deslumbrante y humano, comparable en cuanto a su importancia histórica a la columna de Trajano, aunque más fácil de examinar.

La crónica anglosajona, como era de esperar, deplora la conquista y la trata, tal como había hecho antes Gildas con la de los sajones, como un castigo por los pecados cometidos. Entonces y más tarde, la crónica es más sensible de lo habitual a los sufrimientos del pueblo llano. Los cronistas anglonormandos algo posteriores, como, por ejemplo, Orderico Vital, Roberto de Jumièges, Enrique de Huntingdon y Guillermo de Malmesbury, toman prestadas muchas cosas de la *Crónica* —al igual que Godofredo de Monmouth—, y también unos de otros, sin que ello se pueda considerar incorrecto o indebido. Si bien Orderico y Guillermo tenían un origen mixto, todos los cronistas tratan a Haroldo con respeto. Resulta imposible hacerles la justicia que se merecen saltando continuamente de uno a otro. Si hubiera que hacer una elección y, en efecto, hay que hacerla, la obra de Guillermo de Malmesbury es la que más firme candidata me parece.

Guillermo, como su nombre sugiere, era un monje de la abadía de Malmesbury, sita en Wiltshire, de la que era bibliotecario. Al igual que una serie de escritores monacales, fue el autor de una historia de su abadía, y también de Glastonbury. Su obra, aunque variada en la manera a la que nos hemos acabado acostumbrando, muestra una preocupación excepcional por el orden y la elección temática. De ahí que en sus dos obras más grandes trate de la historia secular y eclesiástica por separado, en las *Gesta regum Anglorum* (*Hechos de los reyes de los anglos*) y en las *Gesta pontificum Anglorum* (*Hechos de los obispos de los anglos*). Esta última es una suerte de continuación de la obra de Beda el Venerable. En las *Gesta regum* se lamenta del largo paréntesis abierto en el registro del pasado de los anglos, que, exceptuando *La crónica anglosajona*, considera vergonzoso. Asimismo denuncia lo que denomina las mentiras de los britanos. De sus obras individuales, la que más fácilmente se puede resumir y que aquí será, aunque de manera imperfecta, el bo-

tón de muestra del conjunto, es la *Historia novella* (*Historia moderna*), que cubre el período comprendido entre 1126 y 1142, año en que termina de manera abrupta debido a la muerte de su autor.

En su prefacio a las *Gesta regum*, Guillermo, sin embargo, explica su manera de entender la tarea y las fuentes del historiador. Según afirma, no hay otra garantía de la verdad de «los anales de tiempos remotos más que el consenso de la época ... Aquello de cuanto he dejado constancia de tiempos posteriores lo he visto en persona o lo he oído decir de una autoridad digna de crédito». De un modo algo más insólito, se muestra acomplejado acerca de la narración histórica y la necesidad de coherencia temática. Del rey Alfredo, por ejemplo, afirma que «nunca ha sido mi propósito examinar con detalle el laberinto de sus denuedos», porque recitar sus proezas «en su exacto orden de tiempo confundiría al lector»: Guillermo resume y lo hace con consideración. Cuando da cuenta de la conquista —de un modo no muy distinto a como lo hacen los otros cronistas—, se enfrenta a la responsabilidad de evaluar sus consecuencias, de realizar el retrato que describa los caracteres sajón y normando (el primero, carente de objetivos y disipado; el segundo, calculador y sobrio), y se centra de manera especial en el estado —malo— en que se hallaba la Iglesia en la época de la conquista. La cuestión no es la suficiencia o la adecuación de la valoración que Guillermo hace, sino el que la hiciera. Asimismo, en *Historia novella* está dispuesto a desafiar la cronología estricta y «disponer, como si dijéramos, por fardos, los principales puntos esparcidos por mi texto que versan sobre la conducta de Roberto, duque de Gloucester, hijo del rey Enrique, y presentarlos en una recapitulación para que el lector los valore». El duque de Gloucester era el patrocinador y destinatario de la dedicatoria de la obra de Guillermo, así como una de las dos prestigiosas figuras a las que dedicó su *Historia* Godofredo de Monmouth.

La narración de esta comienza con el final del reinado de Enrique I y la disputa sucesoria que siguió a su muerte. Enrique, el único hijo legítimo, había perecido en el aciago naufragio en 1120 de la embarcación real *Blanche-Nef* («Blanca nao») en las aguas del canal de la Mancha. Guillermo lo lamenta en las *Gesta regum Anglorum*: «Nunca ningún barco produjo tanto dolor y sufrimiento a Anglia, y ninguno fue nunca tan célebre en todo el mundo». Los acontecimientos de la *Historia novella* son los del turbulento reinado de Esteban de Blois (1135-1154) y la guerra civil que desencadenó cuando Matilde, la hija del difunto rey Enrique, revindicó su derecho a la corona. Enrique había hecho jurar a los

nobles fidelidad a Matilde, pero a la muerte del rey muchos dieron abiertamente su apoyo a Esteban. Preciso es reconocer que la recapitulación prometida por Guillermo respecto a la última parte del reinado de Enrique resulta prescindible, al preocuparse sólo de la vergonzosa boga entre los hombres de llevar los pelos largos, una disputa territorial entre los obispos de Llandaff y Saint-David, una polémica elección papal y una plaga que se ceba en el ganado. Todo apunta a que Guillermo aquí se adentra en el territorio de la crónica. El resto de la *Historia novella*, sin embargo, es una monografía construida de un modo bastante expresivo y terso sobre la guerra civil que siguió a la toma del trono por Esteban, conde de Blois, con la ayuda de su hermano el obispo de Winchester, al que Guillermo de Malmesbury conocía. En el prefacio a la tercera parte, este último encomienda su monografía a la posteridad, al tiempo que insiste de nuevo en que toda falta de constancia en el registro del pasado es una desgracia: «En el año 1142 desde la encarnación de Nuestro Señor, me propongo aclarar el laberinto inexplorado de hechos y acontecimientos que acaecieron en Inglaterra, con objeto de que la posterioridad no pase por alto estas cuestiones por nuestra falta de cuidado». La principal lección que ofrece es la variabilidad de la fortuna, la mutabilidad de la suerte humana.

Para encontrar una monografía comparable sobre historia contemporánea hay que remontarse, en efecto, a la época romana. Guillermo, al igual que casi todos los autores medievales, sabía de las obras de Salustio y Tito Livio, además de conocer las de Virgilio, Juvenal, Cicerón y otros escritores clásicos. El relato que se propone contar es nada menos que la gran crisis del estado anglonormando, hasta entonces fuerte, situación que Guillermo compara y contrasta con la paz y la seguridad vividas durante el reinado de Enrique I. *La crónica anglosajona*, en la que Guillermo se basa cuando escribe las *Gesta regum*, era elocuente en lo relativo a los sufrimientos del pueblo cuando domina la anarquía, y los barones rivales se convierten ni más ni menos que en bandidos:

> 1137: Oprimieron a la mísera gente del campo con severidad imponiéndoles la construcción de castillos. Una vez construidos, los llenaron de hombres malos y endiablados. Entonces, tanto de noche como de día, cogían a la gente (hombres y mujeres) que pensaban que podía tener algún bien y los metían en prisión, y allí los torturaban con suplicios indescriptibles a fin de arrebatarles el oro y la plata.

Luego el cronista describe la tortura. La misma entrada presenta la célebre observación de que los hombres «decían abiertamente que Cristo y sus santos se habían quedado dormidos». Luego, al estilo de los cronistas, el tema cambia y la atención pasa a centrarse en las obras de edificación de un abad de Peterborough —la *Crónica* se escribía por entonces en aquella abadía—, y en la supuesta tortura y blasfema crucifixión de un niño perpetrada por los judíos de Norwich, un niño que, desde entonces, es conocido como san Guillermo de Norwich. Guillermo de Malmesbury se hace eco de la crónica en lo relativo a los sufrimientos generados por la guerra civil, pero su fuerte es en realidad la alta política. La construcción de castillos figura también en la *Historia novella*, aunque sobre todo como uno de los principales escollos para la paz. Los obispos, movidos supuestamente por el deseo de acrecentar su seguridad, habían mandado construir castillos, contraviniendo con ello el derecho canónico, y el rey había hecho encarcelar a algunos de ellos violando de este modo la inmunidad del clero. Ambos bandos tenían una causa, y Guillermo tenía una facilidad especial para presentar este tipo de dilemas.

Si bien era monje, Guillermo fue también un hombre de mundo, con relaciones y fuentes de información entre los grandes. Resulta evidente que procura, por todos los medios, informarse desde dentro acerca de cómo se producen los acontecimientos. Estaba muy unido al conde de Gloucester, su protector y hermano bastardo de Matilde, y también al legado pontificio Enrique de Winchester. También conoció bien al canciller de Enrique I, un hombre de gran poder en el anterior reinado, Rogelio, obispo de Salisbury y opresor local de la abadía en la que vivía Guillermo. Rogelio era, según dice Guillermo, «consciente de su poder, y abusó de la indulgencia de Dios más allá de lo que era apropiado para un hombre así», al tiempo que se dedicaba a encumbrar su sede episcopal de Salisbury. Guillermo convierte en un elegante epigrama el intento del obispo de Salisbury de acabar con la independencia de la abadía de Malmesbury. El obispo también trató de que su priorato* de Sherborne fuera elevado a la dignidad de abadía: «Rogelio trató de hacer de las abadías su obispado, y de las propiedades del obispado, su abadía». (En latín se entiende mejor: «*abbatias in episcopatum, res episcopatus in abbatiam*». Digno de ovación). Bajo el nuevo régimen, el obispo de Salisbury perdió

* En la orden benedictina, casa en que habitan algunos monjes pertenecientes a un monasterio principal, cuyo abad nombra el superior inmediato, llamado prior, para que los gobierne.

su rango y fortuna. «Mientras a muchos les pareció lastimoso —afirma Guillermo—, fueron pocos los que se compadecieron»; y más adelante añade: «algo que por mi parte lamento» (*Hist. Nov.* II 33).

La suerte y la fortuna de uno y otro bando oscilan durante la guerra civil. Esteban, hombre jovial y bondadoso, era también débil. Matilde era una mujer obstinada y poco dispuesta a cooperar (I 14-15). Las lealtades son puestas a prueba, negadas y se decantan en uno y otro sentido. Guillermo en amplia medida evita entrar en los hechos militares y se centra en los intentos de reconciliación, sobre todo en los dos concilios que, en 1139 y en 1141, convoca el obispo de Winchester y legado pontificio, así como en las razones por las que uno y otro fracasaron. Guillermo asistió al primero de los dos concilios. No había duda de que personalmente prefería a Esteban, pero le responsabiliza de la violación de aquella carta de libertades de la Iglesia que antes había aceptado y que Guillermo transcribe. Hombres insensatos e irresponsables sacan partido de la debilidad de Esteban; algunos llegan del extranjero como mercenarios con el fin de disfrutar de las ganancias (I 18). Durante el reinado de Enrique I, afirma Guillermo, a Inglaterra habían llegado forasteros en busca de refugio de las luchas intestinas que asolaban las tierras donde vivían; pero ahora acudían con ánimo de saquear (II 36). La amenaza tácita que subyacía a las reuniones del concilio era la posible excomunión de Esteban por haber ordenado la detención de los obispos, pero las cosas no llegaron tan lejos, aunque no sólo, afirma Guillermo, por la falta de una autorización directa por parte del papa, sino por el temor a que aquello diera pie a una violencia aún mayor (es de suponer que contra la Iglesia) en Inglaterra. Guillermo —es algo que se percibe— comprende los motivos de los hombres públicos que aguardaban a que llegara el momento oportuno y hacían no lo que querían, según nos dice, sino lo que podían. Si bien los intereses de la Iglesia significan mucho para él, no se muestra ni en exceso sentencioso ni tampoco cínico en especial, aunque a todas luces no tiene un buen concepto de Matilde —«esa virago», dirá—, que es la hermanastra de su protector y mecenas, Roberto de Gloucester.

Del segundo concilio convocado por el legado pontificio, Guillermo sólo tiene conocimiento a través de terceras personas. Lamenta que no se haya alcanzado nada: «Así, todo este año [de 1141], cuyas tragedias he referido de manera escueta, fue aciago y casi fatídico para Inglaterra, que tras creer que ahora en cierta manera podría respirar en libertad, volvió a caer en el sufrimiento y, así, a menos que Dios en su misericordia mande un remedio, permanecerá por mucho tiempo» (III 59). El aconte-

cimiento central de esta época fue la huida de Matilde de la ciudad Oxford, en la que había permanecido sitiada. Si otros escritores intuyeron la pintoresca oportunidad (Matilde fue bajada por las murallas antes de escapar por la nieve), Guillermo no se cuenta entre ellos. Los rasgos generales de la solución final del conflicto —el disfrute de la corona de por vida para Esteban y la sucesión otorgada a Enrique, el hijo de Matilde y futuro Enrique II— aparecen anunciados en el texto de Guillermo, aunque la muerte le impidió ver cómo era llevada a la práctica, al tiempo que ponía un final abrupto y repentino a su historia.

Dado que Guillermo menciona el año 1141 como aciago, quizá vale la pena mencionar aquí un hecho del que había dejado constancia el año anterior: un eclipse de sol acaecido el 20 de marzo de 1140 y del que, según dice, «muchos consideraron y dijeron que presagiaba una catástrofe para el rey Esteban [quien perdió una batalla]». Guillermo añade que, en Malmesbury, «al principio ... temieron que sobreviniera el caos primordial, y luego, al oír lo que era, salieron y contemplaron las estrellas alrededor del sol» (II 38). La expresión «luego, al oír lo que era» indica que, si bien un eclipse aún era considerado un presagio, era asimismo tranquilizador saber que se trataba de un acontecimiento astronómico conocido.

Guillermo no calla sus críticas a los grandes, pero habla, en general, con decoro. Aun el término «virago» que aplica a Matilde, y, por tanto, sólo tiene connotaciones desfavorables, podía significar a veces, al menos en latín clásico, «heroína» además de «mujer varonil». La gran excepción en ese talante que se esfuerza por mantener el recato es la descripción que hace del mercenario flamenco Roberto Fitz-Hubert, «el más cruel de todos los hombres y también un blasfemo contra Dios». Roberto hacía untar a sus prisioneros con miel y luego mandaba que los pusieran al sol para que los insectos los torturaran (II 39). De ahí que todos nos alegremos cuando lo cuelgan. Si bien puede que tengamos la impresión de que, a veces, Guillermo es discreto, lo cierto es que la historia contemporánea, como él mismo dice, es particularmente delicada y requiere tacto y cautela. En las *Gesta regum* se muestra menos inhibido y ofrece a veces intensas descripciones físicas de los reyes al estilo de Suetonio y de Eginardo. Guillermo Rufus,* por ejemplo, era panzudo y fornido, tenía el pelo rubicundo y los ojos de colores distintos. También era ruin. Guillermo de Malmesbury tiene también algo de afectado. Algunos lo-

* Guillermo Rufus o el Rojo (1060-1100), el tercer hijo de Matilde de Flandes y Guillermo el Conquistador, fue coronado Guillermo II de Inglaterra en 1087.

dinenses —cosa admirable— acudieron al segundo concilio de Winchester para defender la causa del rey Esteban. El obispo de Winchester los describe como «magnates», por haber venido de una ciudad tan grande. Guillermo parece considerarlos intrusos que afirman representar «a lo que ellos llaman el común de Londres» (III 49; la expresión *quam vocant* que usa Guillermo tiene el efecto de un arquear las cejas). La primera crónica de Londres apareció medio siglo después, en 1188.

El de *discreto* no es un adjetivo que pueda aplicarse nunca a nuestro siguiente protagonista, Mateo de París: populista, mordaz, cínico, violentamente parcial, lleno de perjuicios y divertido, sí. Consciente de que su crónica, de la que sólo se conserva una copia manuscrita, estaba plagada de indiscreciones, sin duda trató después de borrar algunas de las más colosales. Pero fue en balde. No sólo las tachaduras fueron insuficientes, sino que eran demasiadas impertinencias (expurgar a Mateo de París era como tratar de quitar las manchitas verdes de un gorgonzola). Mateo no es un historiador, sino un cronista; pero su *Chronica majora* está llena de vitalidad, es amena y tiene la sólida lógica de una visión muy personal del mundo.

Mateo nació poco después de 1200 y profesó las órdenes benedictinas en la abadía de Saint Albans. Compiló, como era corriente, una historia general del mundo desde la Creación, en la que incorporó la obra de su predecesor en aquella abadía, Rogelio de Wendover, y llegó hasta el año 1259. La crónica de Mateo cubre algo más de dos décadas, pero es aún muy amplia, dado que abarca hechos y acontecimientos europeos e ingleses. Sabedor de ello, compendió su obra en dos ocasiones: primero, en una crónica más breve que trataba sólo de la historia inglesa, y más tarde, en un resumen de ésta. También compuso un apéndice de documentos: el *Liber additamentorum*. El material de Mateo seguía siendo heterogéneo, aunque en él se hallaba ya presente el nuevo método de ordenación. Escribió hagiografías, entre ellas una vida de san Albano, compuesta en verso normando y claramente destinada a los laicos y a las mujeres, en tanto que la *Chronica majora* es una obra casi por entero mundana, aunque sus intereses no son ajenos al mundo eclesiástico. El eminente medievalista V. H. Galbraith la denominó «la gran filigrana de la historia escrita en la Inglaterra medieval».*

* Vivian Hunter Galbraith, *Kings and chroniclers*, The Hambledon Press, Londres, 1982.

Dado que la crónica, forma a la que Mateo seguía vinculado, no permitía un extenso despliegue narrativo, cualquier intento de mostrar la textura de la *Chronica majora* está obligado a ser en gran medida un recital de los prejuicios y de los desplantes de indignación y repugnancia de su autor. Por suerte son amenos. Sus simpatías son populares en la medida en que no son puramente benedictinas. Se muestra, de manera sistemática, en contra de la autoridad —papal, real y episcopal—, sobre todo cuando se dedica a exigir dinero y hace caso omiso de los derechos consuetudinarios y los reconocidos en cartas y fueros, y de una manera especial, los de los monasterios. Es sensible a la opinión pública y la trata, quizá por primera vez, como algo que es preciso tener en cuenta. La hostilidad hacia los favoritos extranjeros de Enrique III era uno de los temas de la época, y Mateo interviene con entusiasmo, refiriéndose a «los hambrientos nobles extranjeros ... de barrigas vacías y bocas abiertas a la espera del dinero del rey» (27). Esta última imagen es una de las preferidas de Mateo, quien también la aplica al pontífice.

Con cierta periodicidad, Mateo informa de manera sucinta pero sistemática de las protestas del Parlamento contra los extranjeros y las exacciones reales. Su manera de referir lo que sucede es siempre coloquial, con los pies en la tierra en todo momento: el rey, nos dice, «perdió los estribos y le dijo a sus consejeros: "por vuestra culpa los magnates se han alejado de mí. ¡Voto a tal! A punto estoy de perder Gascuña y me han quitado ya el Poitou. ¡Las arcas del tesoro están vacías! ¿Qué puedo hacer?"» (64). El rey Enrique no sólo es codicioso; también es mezquino y perverso. Toma la cruz (jura emprender una cruzada) como un mero medio para recaudar dinero. Trata de establecer su propia feria temporal en Londres, y, para cobrar peajes y pontazgos, prohíbe, en detrimento de los mercaderes y tenderos, otras ventas al por menor mientras dure el acontecimiento. El lugar donde está emplazada la feria es barrido por el viento, que rasga los toldos, y el agua caída; de modo que los mercaderes, «mojados, pasaban frío, hambre y sed ... Llevaban los pies sucios de lodo, y la lluvia estropeaba los géneros y mercaderías» (70). Mateo, un siglo después de Guillermo de Malmesbury, escribe con simpatía de la oposición al rey que ejercen el alcalde y el común de ciudadanos de Londres, aunque en las crónicas monásticas parece que, en general, se desaprueban las referencias a los ciudadanos y a los vecinos de la ciudad, así como las que aluden a las manifestaciones de su irritación. Mateo no sólo se muestra hostil hacia los grandes señores extranjeros que se adueñan de manera cruel e injusta del dinero ajeno, sino que al-

berga perjuicios benedictinos contra las nuevas órdenes mendicantes y se muestra cínico en cuanto a los motivos de aquellos que se congregan en las nuevas universidades: «El mundo, hoy eufórico de orgullo, desprecia la religión del claustro», y añade conforme a su estilo característico: «aspirando a despojar a los monjes de cuanto les es propio» (110).

Mateo no permite que ninguno de los grandes conserve y retenga su dignidad, excepción hecha de cuando cita cartas escritas por el pontífice o los obispos, que, como es lógico, son formales. Mateo describe, no sin deleitarse, la conducta del arzobispo de Canterbury, Bonifacio de Saboya, el tío del rey. En 1250, al visitar en Londres la iglesia de San Bartolomé y encontrar que los canónigos regulares mostraban tener cierto espíritu de independencia, Bonifacio montó en cólera, se fue corriendo a ver al suprior y «[golpeó] a aquel santo varón, sacerdote y monje, vigorosamente con los puños, y, mientras de pie en medio de la iglesia repetía con saña los golpes, ora en el rostro anciano, ora en su cabeza canosa, gritaba: "Así es cómo habría que tratar a los traidores ingleses"» (148). Bonifacio causó graves heridas en el monje, y los vecinos de Londres, enfurecidos a su vez, se alzaron en un motín. Parece como si regresáramos al mundo de Gregorio de Tours (o tal vez puede que nunca lo hayamos abandonado). Los clérigos que no han tomado las órdenes mayores se emborrachan y vomitan; los frailes se visten como señores y son empleados por el pontífice como extorsionistas de labia persuasiva (8). Mateo desaprueba los extravíos religiosos. De él se ha dicho que fue uno de los primeros constitucionalistas, y si bien no es del todo errónea, la afirmación sobrecarga su dimensión teórica. No hay duda de que defiende todo tipo de derechos establecidos, aunque de una manera muy particular los monásticos, y que muestra claramente sus simpatías por la «oposición» que forman los magnates y los vecinos de Londres, al tiempo que los grandes autócratas no le impresionan. A veces recuerda la figura de un editor actual de prensa sensacionalista: irreverente, populista, xenófobo y contrario al intelectualismo.

Mateo fue también, aunque de manera excepcional, un ilustrador de talento de su propio trabajo. Las ilustraciones de los márgenes no son caricaturas (aunque tienen algo de su talante), sino miniaturas elegantes y atractivas, a veces iluminadas y pintorescas, de objetos y escenas relevantes, en las que no faltan tampoco escudos heráldicos puramente decorativos. Como es lógico, no tienen la delicadeza y la suntuosidad de algunos misales, Evangelios y libros de horas iluminados. Sus ilustraciones son como la manera que Mateo tiene de escribir: vivas y populares, a veces

con rasgos macabros: una picota, una bolsa con monedas (tema relevante), un franciscano, un judío, prisioneros maltratados, ahorcados, mapas (entre ellos uno de Tierra Santa con un camello), una galera, una batalla, un naufragio, un edificio que se desmorona con el que ilustra un seísmo (aquel viejo recurso del cronista) y martirios (los de san Albano y Tomás Becket). Más insólita es la banda de músicos de Cremona, montada, para mayor sorpresa, en un elefante. La ciudad es importante por el papel ignominioso que desempeñó en la resistencia que las ciudades italianas opusieron al emperador Federico I Barbarroja, cuya gesta, objeto de la obra coetánea de Otón de Freising, parece fascinar a Mateo. Una edición ilustrada de su *Chronica majora*, con sus aves, escudos, dibujos satíricos y curiosidades de la vida contemporánea, acrecienta de manera considerable el placer que supone leer a Mateo de París.

Crónicas de dos abadías: la de Saint Albans y la de Bury Saint Edmunds

Mateo de París también escribió, en otro género monástico corriente, una «Gestas de los abades» relativa a su propia casa monacal de Saint Albans. En el preámbulo, presenta para lo que en esencia era una historia local de la comunidad religiosa el mismo tipo de lógica que era habitual en las historias nacionales, con un giro inesperado al final. Fue escrita

> de modo que ni los buenos actos ni, en realidad, los malos sucumban en el futuro al olvido, y de esta guisa no sólo los hombres de estos tiempos y las generaciones futuras se vean incitados a hacer el bien, sino que el temor al escándalo sirva para disuadir a las malas personas. Además, para que, si un laico o un eclesiástico ha conferido piadosamente beneficios a esta iglesia, no sólo su nombre sino el propio beneficio ... queden perpetuados sin brizna de falsedad.

Mantener un registro de buenas obras, no sólo de aquellas cualitativas, sino de las realizadas mediante las donaciones de tierras y privilegios, era un motivo para dejar constancia de la historia de la abadía, al igual que lo fue para falsificar fueros y escrituras de propiedad. Daba mayor seguridad a la posesión de las donaciones, que a menudo se habían realizado en una época menos dada a la redacción de documentos y más basada en la costumbre, y que por ello carecía de algo que en aquel

presente era cada vez más necesario en casos de litigio y disputa: un documento escrito. Asimismo hacía las veces de inventario, y por tanto servía de prevención contra toda apropiación indebida.

La escritura de Mateo, tal como sugiere la franqueza de sus observaciones preliminares, no pierde nada del ingenio mordaz y el recelo hacia la autoridad cuando pasa a dirigirse hacia el interior, es decir, no mostrará mayor respeto hacia los abades por sí mismos que hacia reyes y arzobispos. Si bien es también hagiógrafo y un defensor incondicional de los derechos conventuales, en las páginas de esta crónica de la abadía se reconoce fácilmente al autor de la *Chronica majora*. Sus intereses son eclesiásticos y mundanos. La abadía se resiente, por ejemplo, de la perpetua amenaza del maestro de obras que, además de no ser un hombre de fiar, da «consejos traicioneros para añadir ornamentos superfluos, vanos y demasiado caros», de modo que el abad pierde el valor, la obra se abandona y la pared acaba por desmoronarse. Para costear la terminación de las obras, el abad envía «a un cierto clérigo llamado Anfíbalo, que el Señor alzó de entre los muertos el cuarto día a través de los buenos oficios de san Albano y san Anfíbalo», para que vaya a predicar por pueblos y aldeas acompañado de las reliquias de los santos y consiga reunir el dinero (15). Mateo parece dejar constancia de esto como si sólo se tratara de una técnica para recaudar fondos, sin añadir ningún otro comentario. Pero la obra sigue languideciendo. Al final, sin embargo, se termina la construcción de un refectorio, un dormitorio y unas letrinas. Saint Albans, como siempre, puede cuidar de sí misma. Cuando la amenaza de perder un pleito se cierne sobre la abadía como resultado de una escritura de propiedad falsificada por un monje traidor, al que la otra parte habían comprado, el aleve es descubierto y desterrado a la casa hermana de Tynemouth, que, según parece, tal vez por razones de su clima, hizo las veces de penitenciaría. Allí, beodo y ahíto de comida, recibe su merecido cuando muere en la letrina gritando: «¡Llévatelo, Satanás!». En Gregorio de Tours encontramos una muerte similar, quizá a imitación de la del heresiarca Arrio, de quien se decía que murió mientras evacuaba. Sin duda la gente moría en aquellos trances, y en el caso de san Albano, Mateo nos dice que hubo dudas acerca de si el difunto merecía recibir cristiana sepultura, pero que, para evitar el escándalo, los hermanos «guardaron silencio sobre muchas cosas» (18).

Una abadía era un sistema político de gobierno en miniatura, en el que la división del poder, a menudo incierta, y los derechos consuetudinarios daban lugar a un sinfín de fricciones y disputas entre los reyes, los

obispos —ya hemos visto al de Salisbury oprimir a la abadía de Malmesbury—, los abades, los cargos conventuales y los monjes del claustro ayudantes, así como los gañanes a quienes la abadía les había arrendado tierras. El abad era un autócrata, pero en las épocas en que el cargo quedaba vacante, los monjes se convertían —con ciertas restricciones— en un electorado que tenía el derecho de elevar candidatos para que fueran ratificados por el monarca. El monje que elegían se convertía en un gran hombre, en un potentado, en un magnate del reino. Mateo deja constancia con meticuloso detalle de los procedimientos adecuados que se seguían en las elecciones y también de la conducta apropiada de los abades electos. Los conflictos entre los eclesiásticos y los vecinos seglares sobre la tierra y los derechos de jurisdicción, usos y pontazgos, eran terreno abonado para pleitos e incluso, a veces, para la violencia, en general limitada a los siervos de la abadía, aunque no siempre. El enemigo laico de Saint Albans, aquel que hizo falsificar la escritura de propiedad, disputó al abad el derecho de deponer al prior de una iglesia de la que era protector y mecenas. Esgrimió aquella misma escritura u otra similar, pero también, con mucha menos sutileza, puso cerco a la iglesia como si fuera un castillo y amenazó con castrar al nuevo prior y con él a los monjes, quienes se vieron, según cuenta Mateo, obligados a llegar por sed e inanición casi a las últimas. La abadía apeló al rey Juan, cuya figura sale bien parada en el relato de Mateo, aunque se nos dice que odiaba al conde. El monarca, tras exclamar: «¡Voto a Dios! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Habrase visto cosa igual?», intimidó a los hombres del conde y los hizo abandonar el asedio (20).

Mateo ofrece todo tipo de informaciones sobre los asuntos internos del monasterio, desde el encargo de las pinturas para la iglesia y la adquisición de libros, hasta la retirada de una asignación tradicional que había pasado a utilizarse para empinar. Mateo narra, de una manera no ya piadosa, sino enternecedora, la muerte del abad Juan, a quien el asunto del maestro de obras que quería cobrar más de la cuenta le había amargado los últimos días. Una de las habilidades del abad era la de ser «un juez sin parangón de la orina» (30), pero cuando la vista le empezó a fallar no pudo aprovechar para sí esta destreza de diagnóstico. Las muertes y las solemnes exequias de los abades eran grandes ocasiones. La despedida que sus monjes rinden al abad Juan es sinceramente conmovedora, aunque Mateo, como es propio en él, deja constancia de las faltas y los pecados tal como había prometido, nombra a cuantos le adularon y deplora el uso tiránico que hizo como castigo del destierro a prioratos re-

motos o la reclusión en celdas del monasterio. Los monjes buscan y obtienen del siguiente abad una cédula en la que se prohíbe este tipo de prácticas; una de las víctimas llora y suplica permanecer en la casa conventual junto con sus hermanos. En algunos casos, el destierro podía equivaler a quedar aislado. Otra de las acusaciones que Mateo dirige contra el nuevo abad, Guillermo de Trumpington —un hombre joven—, es que prefiere cenar entre seglares que con la bondadosa comunidad del claustro» (49). Mateo no escatima tampoco sus críticas a los que tienen cargos en la abadía.

Guillermo, en otros aspectos, no parece ser un mal abad, y entre otras buenas obras realiza un acto muy meritorio al obtener del obispo de Worcester —aunque Mateo no nos dice de qué modo— una costilla de san Wulfstano (49). Mateo, fiel de nuevo a su promesa, se muestra muy interesado en dejar constancia de las adquisiciones y los adornos, por encargo o donación (imágenes, pinturas, embellecimiento de los altares, el refuerzo con plomo de la techumbre de la iglesia...). Entre los donantes se cuentan abades y monjes, así como seglares. Mateo rinde un generoso homenaje a los pintores y artesanos que realizan las obras, así como a la calidad de las donaciones, aunque también se ve obligado a dejar testimonio por dos veces del robo reprensible y espantoso de la sagrada forma de la Eucaristía, así como de los recipientes de oro y plata con piedras preciosas engarzadas del sagrario de la Iglesia. En determinado momento, mientras da razón de la buena obra de un seglar, ofrece una visión en cierto modo premonitoria de un sinfín de futuras entradas en un sinfín de almacenes parroquiales, en las que se deja constancia de un sinfín de obsequios de estolas, manteles, sabanillas y corporales para cubrir la mesa mayor del altar, devotamente orlados, tejidos al ganchillo y bordados: «Dueña Alicia —dice Mateo—, la hija de Enrique Cocus, legó a este altar una casulla de seda roja, hermosamente tejida en oro» (50).

Saint Albans era un centro destacado de producción de crónicas. Ya hemos visto cómo Mateo continua la que, remontándose a la Creación, había iniciado Rogelio de Wendover. La siguiente prosigue hasta el año 1440: más de dos siglos de escritura continuada en el escritorio monacal. Galbraith, de hecho, habla de «la escuela de historia de Saint Albans», uno de cuyos monjes, Tomás de Walsingham (m. *c.* 1422), fue un destacado cronista del período Lancaster. Worcester, Canterbury, Dorham y Peterborough fueron algunos otros centros monásticos en los que se cultivó este género. Sin embargo, en uno de aquellos centros, en Bury Saint Edmunds, se escribió, al igual que hizo Mateo en medio de la *Cró-*

nica de Saint Albans, una genuina joya comparada con la respetable mediocridad dominante, aunque a diferencia de la que escribió Mateo de París, esta se centró sólo en los asuntos del monasterio.

A fines del siglo XI, la abadía de Saint Edmunds había escrito una milagrería de su santo patrono, al que los daneses había matado en 876 y cuyo cuerpo reposaba en el monasterio. El documento también detalla la historia de la abadía desde la consagración de la nueva iglesia en 1094, así como la continua disputa que, sobre su autonomía, mantuvo con el obispo de Thetford (sede de una diócesis que fue transferida tiempo después a Norwich). Como no era por entonces del todo insólito, la hagiografía conducía a la historia local, al igual que esta última incorporaba a veces la historia nacional cando trataba de las presiones exteriores, sobre todo de índole económica, ejercidas en especial por el rey sobre las inmunidades de la abadía. En Bury también se escribió una historia arquitectónica de la abadía y se dio continuidad a su crónica hasta la segunda mitad del siglo XIII. Uno de cuyos acontecimientos destacados fue la revuelta, en 1264, de los jóvenes del pueblo contra la abadía. Asimismo la crónica alude a una revuelta mucho más grave que se produjo en Norwich durante 1272, en la que se prendió fuego a la catedral y una treintena más o menos de los siervos de la abadía fueron sacados a la fuerza y asesinados. La crónica de Bury estima en más de treinta mil el número de vecinos, y entre ellos muchas mujeres, que tuvieron parte en aquellos disturbios.

La joya de la secuencia de Bury, sin embargo, es la célebre *Crónica* de Jocelyn de Brakelond, que se hizo merecedora de ocupar un lugar permanente en la literatura inglesa cuando, poco después de su publicación por la Camden Society en 1840, Thomas Carlyle la consideró representativa de los valores del pasado haciendo una admonitoria comparación con la disipación del hombre actual en su tratado *Past and Present*, publicado en 1842. También debemos a Carlyle el haber reconocido enseguida la calidad de Jocelyn, aunque su condescendencia resulta a veces irritante. La crónica de Jocelyn cubre las últimas décadas del siglo XII (reinados de Enrique II y Ricardo I) y se adentra en los primeros compases del siglo XIII y del reinado de Juan. Desde el punto de vista de los asuntos monacales, la crónica comienza en la época del abad Hugo, un hombre ya anciano y débil, bajo cuyo gobierno las cosas escaparon a todo control. De ahí que, si bien se denomina *crónica*, la obra de Jocelyn presente una de las secuencias temáticas arquetípicas de la narración histórica: el anciano gobernante, el caos, un salvador y la renovación. El abad y después su ayudante, el prior, deberían haberse responsabilizado

de conversar todos los derechos y libertades de la abadía de Saint Edmunds frente a sus grandes e importantes vecinos, así como frente al rey y el papa, y en última instancia haber cuidado también de la disciplina interna de la comunidad. Sin embargo, la abadía iba camino de la ruina, acumulando deudas a través de quienes tenían a su cargo dirigirla, sobre todo el sacristán y el cillerero, que estaban desmandados. El primero era responsable de los oficios que se hacían en la iglesia y de su mantenimiento, así como de recoger las cillas de los vecinos, en su conjunto campesinos o gañanes que trabajaban las tierras de la abadía. El cillerero era el responsable de la compra de los abastos para los monjes y los huéspedes, así como de recoger las rentas —dinerarias y en especie— de las tierras abaciales. El sacristán y el cillerero eran, por tanto, los responsables de recaudar y gastar el dinero (la distinción entre ambos cargos no es la misma que entre un administrador y un mayordomo, pese a que haya ciertas similitudes). Ambos tenían sobradas oportunidades para contraer nuevas deudas, y así lo bicieron, según parece más por negligencia e incompetencia que por malversación fraudulenta, al hacer cada uno por su cuenta lo que mejor le parecía y verse cada vez más atrapados en el pago de los intereses y en nuevas deudas.

Cuando el anciano abad muere se produce un interregno. Los monjes rezan con frecuencia para que llegue un nuevo superior, aunque, comenta Jocelyn con ironía, si algunos hubieran sabido quién iba a serlo, «no habrían orado con tanta devoción» (*Chron.* 11). La descripción que hace de la posterior elección del abad es una pieza excelente en la que, con humor y una vitalidad desbordante, repite con un amplio uso del estilo directo los rumores y el cabildeo del momento al tiempo que ventila los viejos resentimientos, las rencillas y los prejuicios, y muestra las nuevas preocupaciones y cálculos a medida que los monjes se aproximan al momento en que van a tomar la gran decisión. La elección abre las divisiones entre ancianos y jóvenes, entre cultos e incultos, y a través de Jocelyn de repente podemos ver expuestas ante nosotros las cualidades que se buscaban en un abad y las envidias, los resentimientos y las aprehensiones que acaban decantando el parecer de los monjes, al tiempo que se nos muestra su modo de ser como individuos: tímidos, orgullosos y aun cínicos. La afectación intelectual queda contrarestada por la reacción al intelectualismo. Uno de los monjes dice: «El abad Ording fue un buen hombre y llevó las riendas de la casa con sabia prudencia»; puede que un hombre inculto sea un buen abad, «aunque no sea un filósofo tan perfecto como algunos otros».

Al oír aquello, otro preguntó: «¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede un hombre que no tiene conocimiento alguno de las letras pronunciar un sermón ante el capítulo o los días de fiesta ante el pueblo? ¿Cómo, si no entiende las Sagradas Escrituras, va a saber el modo de atar y desatar, ya que "el gobierno de las almas es el arte de todas las artes y la ciencia de las ciencias"? Dios nos libre de que una imagen insensata y muda sea puesta al frente de la iglesia de Saint Edmunds, donde sabido es que no faltan los hombres de erudición y entendimiento». Otro dijo, refiriéndose a otro: «Aquel hermano es culto, elocuente y prudente, estricto en su cumplimiento de la regla; ha amado profundamente al convento y ha soportado muchos males a causa de las posesiones de la Iglesia; es digno de ser nombrado abad». Otro se alzó y replicó: «Líbranos, ¡oh Dios!, de todos esos buenos clérigos, plázcate protegernos de todos los enojosos litigantes y polemistas de Norfolk; te suplicamos, Señor, que nos escuches».

Jocelyn brinda su apoyo al partido intelectual, aunque en la siguiente exposición parece reprochar la mojigatería de su juventud:

Y de hecho, siendo joven, entendía como un niño y hablaba como un niño, y dije que no aceptaría que ningún hombre fuera hecho abad a menos que supiera algo de dialéctica y pudiera distinguir entre un argumento falaz y otro verdadero. Y otro, que se consideraba sabio, dijo: «¡Que Dios Todopoderoso nos conceda por pastor a uno que sea necio e ignorante, para que acuda a pedirnosayuda!». (12)

La inexperiencia de Jocelyn en materia de elecciones le hizo incurrir en una indiscreción embarazosa:

En cierta ocasión, no pude contener mi espíritu, y solté lo que pensaba, creyendo que hablaba a oídos fieles, y dije que cierto hermano no era digno de ser abad, aunque me había apreciado y había procurado mucho por mi bien; y luego dije que creía a otro digno de serlo, y mencioné el nombre de uno al que apreciaba menos. Y hablé conforme me dictaba mi conciencia, considerando el bien común y no la mejora de mi posición, y dije la verdad, como así lo demostró todo lo que sucedió luego. ¡Y quién iba a decirlo! Uno de los hijos de Belial reveló lo que había dicho a mi benefactor y amigo, por cuya causa hasta el día de hoy no he conseguido, ni a través de la oración ni con obsequios, recuperar plenamente su favor ... y, si vivo lo suficiente para ver el abadiato vacante de nuevo, tendré mucho cuidado con lo que digo.

El argumento oscila de un lado a otro. Algunos se dejan aconsejar por sus temores: un hombre es humilde «mientras se halla en el claustro; sin embargo, cuando por casualidad ejerce un cargo, tiende a ser despectivo, menosprecia a los monjes y muestra su aprecio a los hombres del mundo mucho más de lo que debiera». (Éste fue también un tema presente en la obra de Mateo de París.) Otro candidato sencillamente tenía un defecto de habla.

El abad Sansón es elegido y, después de una inquietante espera, el rey otorga su asentimiento. Sansón, que antes había sido ayuda del sacristán, se convierte, gracias al sufragio de sus hermanos monjes, en un potentado del reino. La abadía domina no sólo la ciudad, sino su área circundante, y es feudataria de la Corona, al igual que los grandes nobles laicos. Como sucede en la crónica de Mateo, se presta una solmene atención al embalsamamiento y las exequias del predecesor del nuevo abad, así como a la investidura del candidato electo, cuando una vez concluidas las ceremonias, más de mil personas se sientan a cenar. Jocelyn se convierte en el capellán del abad; de este modo consigue conocerle a fondo, y comparte esa intimidad con el lector. Sansón es un hombre fuerte, autocrático en sus maneras y firme en cuanto dirigente, pero también atractivamente humano. El hecho de que no tenga favoritos, ni siquiera entre sus antiguos partidarios, es motivo de rencor y resentimiento. Asimismo causa contrariedad cuando, al no fiarse ya de que el sacristán y el cillerero cumplan como es debido con sus cometidos, pone a sus propios candidatos —clérigos laicos y no monjes— a hincar los codos para asegurarse de que las cuentas son llevadas con propiedad.

Hubo, como siempre, causas sobradas de disputa y controversia, tanto dentro como fuera de la abadía, y en su crónica Jocelyn deja amplia constancia tanto de las grandes como de las nimias: con los potentados y magnates seglares de los alrededores; con el arzobispo de Canterbury sobre la jurisdicción; con el obispo de Ely sobre la madera y con los vecinos de la ciudad por los derechos consuetudinarios y las cillas, sobre el estiércol y los edificios, sobre un molino no autorizado (que Sansón manda demoler) y sobre las capturas de anguilas. El abad se halla en litigio con el rey Ricardo sobre si ha de tener a su disposición en Saint Edmunds una sala en la que desea contraer matrimonio con su propia candidata. Sansón se mantiene firme, y es el rey quien se inmuta, comportándose luego con cierta magnanimidad. Si bien Sansón logra una profunda renovación en la fortuna de la abadía, las relaciones con los monjes se han vuelto tensas en cuestiones como el daño que el estanque de peces del abad ha ocasio-

nado al prado de los monjes, sobre los diezmos de los pastos del ganado y sobre la división de los costes de hospitalidad (sobre qué huéspedes corren a cargo del abad y cuáles a cargo del monasterio). El cillerero estaba, como siempre, en el centro del asunto. En general, Sansón lleva las cosas con firmeza y largueza, pero las preocupaciones del cargo se le hacen pesadas y confía a Jocelyn que hubiera preferido ser un humilde maestro, como ya lo había sido antes de tomar el hábito, o desempeñar un cargo menor en el monasterio en lugar de ser el abad. La escena es muy enternecedora cuando parte de la oposición, temerosa de los poderes del abad, capitula y Sansón, victorioso, se deshace públicamente en lágrimas al tiempo que lamenta la acrimonia que había invadido la vida en el monasterio. Los hermanos, conmovidos a su vez, se echan también a llorar y ambas partes intercambian el beso de la paz.

La gran descripción, que ocupa muchas páginas, es la escena de la apertura de la capilla de san Edmundo, cuando con reverencia se descubre el cuerpo, después de un incendio que hizo necesarias las obras de renovación. Sin lugar a dudas constituye un gran privilegio para algunos de los monjes contemplar e incluso tocar al santo patrono, y por eso da pie a ciertas envidias. Doce monjes, entre ellos los más altos dignatarios del monasterio, fueron los escogidos:

> Así, mientras el convento dormía, los doce, vestidos en albas de lino retiraron el féretro de la hornacina, lo llevaron a cuestas y lo colocaron sobre una mesa cerca del antiguo lugar donde se había puesto la, se dispusieron a quitar la tapa, que estaba pegada y sujeta al féretro por dieciséis clavos muy largos de hierro ... El abad, luego, acercándose, miró el interior y encontró primero una tela de seda que cubría como un velo todo el cuerpo, y debajo de ésta una tela de lino de una maravillosa blancura; y sobre la cabeza había una pequeña tela de lino, y debajo de ella, una pequeña tela de seda, delicadamente tejida, como el velo de una monja. Y después encontraron el cuerpo cubierto por una tela de lino y, luego, quedaron al fin las facciones de aquel cuerpo bendito al descubierto. Llegados a este punto, el abad se detuvo diciendo que no se atrevía a ir más allá, a ver aquella carne sagrada desnuda. Luego, cogiendo la cabeza entre sus dos manos, dijo con un lastimoso quejido: «Glorioso mártir, san Edmundo, bendita sea la hora en que naciste. Glorioso mártir, no hagas de este atrevimiento mío mi perdición, que ahora yo, un miserable pecador, te toque; sabes mejor que nadie mi devoción, conoces mejor que nadie mi propósito». Y procedió entonces a tocarle los ojos y la nariz, larga y prominente, y después le tocó el pecho y los brazos y, levantando la mano izquierda, tocó los dedos y colocó los suyos

intereses, la imaginación y la sensibilidad europeos. Como veremos en breve, también revivieron el género histórico de la monografía de campaña, muy corriente en épocas anteriores. El último ejemplo de este, realizado por el historiador bizantino del siglo VI Procopio de Cesarea en su obra titulada *Polemon* o *Historia de las guerras*, había tratado de una campaña en Europa, organizada desde Bizancio durante la primera mitad del siglo VI por el emperador Justiniano con el fin de reconquistar el reino de los godos en Italia para el imperio romano.* Pero las cruzadas constituyeron, además, el primer esfuerzo continuado de expansión europea hacia Oriente, a lo que hay que sumar el empeño de los misioneros (del que formó parte la conversión forzosa de los sajones por Carlomagno) desde la época de la campaña emprendida en Persia por Juliano el Apóstata en 363 d. C.

Una cruzada era, por definición, una peregrinación, y quien tomaba la cruz, el cruzado, se hacía merecedor de los méritos y los privilegios de un peregrino, entre ellos la remisión de los pecados. Sólo el pontífice podía concederlos; de ahí que sólo él pudiera predicar una cruzada, del mismo modo que un individuo solo podía convertirse en cruzado si hacía un voto. Iban a predicarse muchas cruzadas, y no sólo con destino a Asia Menor, ya que se convirtieron en un arma del papado también en Europa, por ejemplo, contra los musulmanes de la península Ibérica o contra los paganos del litoral báltico. Tampoco se libraron de ellas los herejes albigenses del sur de Francia y el norte de Italia, ni los adversarios políticos de los pontífices. Siglos más tarde, cuando en la conferencia de Teherán un diplomático británico trataba de convencer a Stalin para que no fuera tan duro con la religión, el dirigente soviético le preguntó si sabía cuántas divisiones tenía el Papa. La realidad era que una vez predicada la cruzada, las fuerzas de la cristiandad movilizadas podían llegar a ser inmensas, aunque adolecían de falta de regularidad y de provisionalidad. Las cruzadas eran también, en cierto modo, como los misiles actuales, ya que, una vez lanzadas, al pontífice le resultaba casi imposible gobernarlas, tal como lo demostró sobradamente la cuarta cruzada, que partió con el propósito aparente de llegar a Jerusalén y terminó con la conquista de Constantinopla y gran parte del imperio cristiano griego por los cruzados.

* La otra obra más conocida de Procopio, *Anékdota*, o *Historia arcana*, es ante todo una diatriba contra la corte de Justiniano, con enumeración tan histérica como obsesiva de las prácticas sexuales a las que se entregaba la emperatriz Teodora.

Entre las circunstancias que llevaron a que el papa Urbano II innovara predicando la primera cruzada se hallaba el creciente hostigamiento que sufrían los peregrinos cristianos que viajaban a Tierra Santa por parte de los soberanos musulmanes, así como el desmoronamiento de la resistencia militar bizantina ante el avance de los turcos selyúcidas, que hizo reiterar las peticiones de ayuda por parte del emperador de Oriente. Los motivos que movieron a algunos a empuñar la espada en las cruzadas parece que incluían desde un principio el adueñarse de tierras, y el inicio de una cruzada también tendía a relacionarse con el estallido de pogromos contra las juderías de Europa (los judíos, junto con los sarracenos, eran considerados los enemigos comunes de Cristo). Los bizantinos, asimismo, tendían, no sin razón, a considerar a los cruzados como fuerzas invasoras y no como ayuda. No faltaron enfrentamientos y derramamientos de sangre, en parte porque la primera cruzada, en particular (sería mejor hablar de un flujo de bandas e individuos hacia Oriente y no de una entidad única), estuvo mal organizada y peor pertrechada. La ciudad santa de Jerusalén cayó, no obstante, en 1099 ante aquellos primeros cruzados, y su conquista fue seguida por el saqueo, los pillajes y las matanzas. Luego se eligió a un rey cristiano para Jerusalén, aunque era apenas algo más que el primero entre iguales.

Existen varios documentos en los que testigos contemporáneos a los hechos dejan constancia de la primer cruzada. Uno de los más interesantes, sobre todo debido a su perspectiva más que a sus méritos intrínsecos, es *La Alexiada* que escribió Ana Comnena, hija del emperador bizantino Alejo I. Si bien se trata ante todo de un elogio de su padre, nos permite entrever las actitudes bizantinas hacia los cruzados —tan numerosos como las estrellas del cielo o las arenas a la orilla del mar—, a los que denomina «francos» —el nombre habitual—, bárbaros y también, de manera más frecuente, celtas. Su animadversión hacia aquellos a los que tilda de traicioneros, codiciosos y goliardos es compresible. Uno de los caudillos de aquella primera cruzada, Bohemundo de Tarento, hacía poco que acaba de librar una guerra contra los griegos en Albania desde sus bases en el sur de Italia. Para Ana Comnena, Bohemundo es un absoluto bellaco. Sin embargo, se niega a pronunciar los nombres de los otros caudillos, unos nombres cuyas sílabas resultan demasiado bárbaras (Komn. *Alex.* X 10). El papa Gregorio VII, el predecesor de Urbano II, es el «papa abominable» (I 13). Al igual que el retrato de su padre resulta repetitivamente encomiástico, estos juicios son comprensibles, pero, aunque la obra de Ana está bien organizada, la privan en gran parte

del primer requisito del historiador: la curiosidad. De hecho, es una verdadera lástima que la historia cortesana más lograda y perspicaz del estadista bizantino Miguel Pselo concluyera en 1078, una década antes de que los cruzados empezaran a llegar a Oriente. Sin embargo, Ana Comnena sí que señala la impetuosidad autodestructiva de los cruzados: «Los celtas son indómitos al iniciar una carga de caballería, pero después, debido al peso de su armadura y a su propia naturaleza ardiente y temeraria, de hecho es muy fácil derrotarlos». «La raza celta ... combina un espíritu independiente y la impudencia, por no mencionar su absoluta negativa a cultivar un arte de la guerra disciplinado» (II 6). Estos comentarios iba a seguir siendo válidos hasta la última y fatídica carga de los caballeros francos en la batalla de Nicópolis, en 1396, donde finalmente se apagaron sus esperanzas. Los asentamientos cruzados, en medio de un océano hostil de sarracenos y griegos, nunca llegaron a atraer el contingente de emigración latina y católica, la única salvaguarda posible de que podían haber dispuesto. Las campañas de los cruzados resultaban a veces impresionantes y, a los ojos de bizantinos y musulmanes, también amenazadoras; pero eran siempre demasiado irregulares: el entusiasmo era demasiado fugaz (tan efímero en cierto sentido como se pretendía que fuera, ya que el voto del cruzado no incluía asentarse como colono) como para alcanzar una seguridad duradera a largo plazo.

La obra más asequible de cuantas dan cuenta de la cuarta cruzada que predicó el papa Inocencio III en 1198 es *Histoire de la conquête de Constantinople*, que escribió Godofredo de Villehardouin, uno de sus participantes más destacados. *La vie de saint Louis*, obra testimonial escrita una generación más tarde, durante la sexta cruzada, por Jean de Joinville, tiene una viveza y una humanidad que se echan de menos en Villehardouin, y resulta más fácil de leer; pero es también más una memoria personal y una biografía que una historia general. Además, la campaña del rey Luis IX de Francia en el norte de África no puede rivalizar con el extraordinario ataque que los cruzados lanzan contra Constantinopla. Villehardouin se hallaba en cierto sentido magníficamente situado para escribir la historia de la cruzada en la que desempeñó un papel prominente. La acompañó siempre, y ocupó una alta posición en los consejos, y actuó en ocasiones como enviado y negociador; con los venecianos que transportaron en sus naves a la expedición, con los griegos y entre los señores cruzados enfrentados una vez que se habían adueñado de sus territorios. Sólo los sarracenos quedaron fuera del alcance de su pluma, y en realidad no desempeñan prácticamente ningún papel en su libro

(Alejo I había negociado una alianza con ellos movido por el temor que le infundían los cruzados).

Pero el libro de Villehardouin adolece de las mismas desventajas que *La Alexiada* de Ana Comnena, cuyos prejuicios, sin saberlo, refleja e invierte de manera casi especular, como, por ejemplo, al afirmar de los griegos que son traicioneros y no se puede confiar en ellos. Se identifica tanto con la decisión estratégica tomada por la principal fuerza de los cruzados —en esencia apoyar a los venecianos en su guerra para obtener un territorio cristiano en el Adriático y luego atacar Constantinopla— que priva a quienes se oponen —al igual que a los griegos que están siendo invadidos— de ser objeto de comprensión histórica, o incluso de curiosidad, porque simplemente son saboteadores. En realidad, Villehardouin, por ser uno de los enviados por los futuros cruzados para concertar su transporte con los venecianos, fue uno de los que dirigieron el curso que luego habrían de seguir. Pecando de un exceso de optimismo acerca del contingente que iba a hacer el viaje, los enviados contrajeron una enorme deuda con la República de Venecia que los cruzados, al haber de cubrir sus propios gastos, no podían o no estaban dispuestos a pagar. Por tanto, quedaron supeditados a Venecia, que tenía puestas sus miras en el imperio bizantino, y lo mínimo que se había propuesto arrancar eran privilegios comerciales.

Algunos cruzados, como es comprensible, no quisieron tener nada que ver con Venecia y cruzaron las aguas del Adriático desde la base que en el sur de Italia tenían los normandos para dirigirse directamente hacia la costa de Siria. Si bien era un punto de vista legítimo, Villehardouin no hablará de ello, en absoluto, en su libro, y parece no conceder la menor importancia siquiera a la difícil situación en la que, en 1207, termina de manera abrupta el libro (sin que sepamos qué le sucedió a su autor), cuando los señores cruzados luchan por defender las tierras recién conquistadas al imperio griego contra la presión de Iohanitsa (Kaloyán, Iván o Juan), rey cristiano de Bulgaria y Valaquia. Ni tampoco, en realidad, al saqueo completo y devastador de Constantinopla en 1204, ni al reparto del botín. Parece un ejemplo clásico de general —fue mariscal de Champaña y después de la llamada Romania, conformada por posesiones latinas— cuya convicción de que el rumbo que ha adoptado era el correcto invalida al tiempo que cancela cualquier concesión a sus oponentes, aun la de buena voluntad, en cuestiones de estrategia. De manera continua agrupa la diversidad de puntos de vista y de opiniones disidentes como si pertenecieran a «aquellos que querían dividir y disolver el ejército», y

apenas hace algún distingo entre aquellos que regresaron a Europa, que tal vez estuvieran buscando una vía de salida, y aquellos que siguieron adelante por su cuenta hacia Siria, «donde no servirían para nada». La manera interesada en que deja constancia de los hechos y acontecimientos a veces recuerda la de Flavio Josefo, aunque este último es sin duda mejor narrador y analista. En cuanto al jefe militar Villehardouin, en cuya obra el «Dios lo quiere» sirve de frecuente explicación del éxito o el fracaso en cualquier contexto, no resulta de ayuda en materia de táctica. A veces alude a los caballeros que han ganado honor y distinción, como lo harían los heraldos al informar de las batallas y los torneos, y deja constancia de muertes importantes, aunque una parte de la razón que le lleva a dejar constancia de ellos es exponerlos a vituperio. Las listas con los nombres de los descarriados son mucho más extensas que aquellas otras con los de los que considera dignos de encomio; los primeros son siempre, tal como repite sin cansarse en su letanía, «aquellos que quisieron dividir y disolver el ejército».

La historia de Villehardouin está escrita en prosa y lengua vernácula, aunque esta solía utilizarse más en rimas y poemas. Se trata de una historia, no de una crónica: una monografía mesurada, que empieza en un lugar apropiado, la predicación de la Cruzada, y no con la creación de Adán, y se presenta como una narración continua y coherente. En este sentido recuerda a una serie de historiadores antiguos, aunque Villehardouin se queda bastante lejos de ellos en lo que a la ejecución se refiere, y los recuerdos parecen ser más los nuestros que los suyos. Todo apunta a que no tenía conocimiento alguno de sus predecesores; su libro carece del convencional prefacio y de las promesas que suelen jalonarlo, y no tiene aires literarios, algo que después de la exasperante conciencia de la identidad literaria de Ana Comnena es más bien un alivio. De hecho, es dudoso que Villehardouin supiera leer y escribir, de modo que la obra podría haber sido dictada.

Pese a la ausencia de prefacio, los motivos que llevan a componer el libro, si bien son inconscientes, no son difíciles de distinguir y comprender. Sabe que la caída de Constantinopla en manos de los cruzados, en la que ha desempeñado cierto papel, era un acontecimiento extraordinario. Villehardouin lo denomina «hazaña». Dada la falta de un prefacio, no hallamos las afirmaciones habituales acerca de la grandeza de los acontecimientos que se relatan; pero Villehardouin es plenamente consciente del esplendor de la ciudad y de la enormidad de la empresa de los cruzados, aun cuando en un principio fuera en apariencia la de restituir a un

heredero que había sido derrocado del trono imperial. En varias ocasiones se ve superado por la envergadura y la grandiosidad de la flota que transporta a los cruzados (aunque fue más pequeña de lo que debería haber sido). En general no es un escritor pintoresco, pero el desembarco le lleva a hacer una especie de canto encomiástico: «Visión maravillosa era ver de las naves multitudes de caballeros y sargentos descender, y un gran número de hermosos corceles bajar sacados por escuderos, un sinfín de hermosas tiendas y alfaneques descargados y ya listos para ser montados» (46).* En cuanto a la ciudad de Constantinopla, quienes no la han visto no pueden imaginarse que exista un lugar tan hermoso.

> Cuando [los cruzados] vieron aquellas altas murallas y aquellas majestuosas torres que la ceñían, y aquellos nobles palacios y altas iglesias, de las que había tantas que nadie habría creído que era verdad de no haberlas visto con sus propios ojos, y visto a lo largo y a lo ancho aquella ciudad que de todas las demás era la soberana, sabed que ante aquella vista no hubo hombre tan valiente y audaz que la carne no se le estremeciera ... Nunca antes se habían acometido tan grandes empresas desde que el mundo fue creado. (59)**

La descripción del botín conseguido por los cruzados despierta en él un asombro y una hipérbole similares.

Resulta difícil afirmar lo piadoso que es Villehardouin, pese a la frecuencia del «como Dios quiso»; pero lo cierto es que su interés por los asuntos eclesiásticos es más bien escaso. Menciona la desaprobación del romano pontífice cuando conoció el ataque a una ciudad cristiana del Adriático, pero no la excomunión de los venecianos. Deja constancia de las disensiones sobre el rumbo y la dirección que debía tomar la cruzada entre los cistercienses, aunque su principal disidente, el abad de Vaux, que al final emprende indignado el viaje a Siria por su cuenta, es a los ojos de Villehardouin un desertor y «una ignominia». No se menciona la creación de un patriarcado católico en Constantinopla ni tampoco el capítulo católico en la iglesia de Santa Sofía que tan enconado resentimiento despertó entre los griegos ortodoxos. Pero lo más sorprendente es que en su regodearse con el botín de la ciudad no habla, en absoluto, de la inmensa cantidad de reliquias, que eran tenidas en muy alta estima y en realidad alcanzaban precios muy altos en Occidente. Ville-

* Godofredo de Villehardouin, *Histoire de la conquête de Constantinople*, París, 1838, XLV, p. 24.

** *Ibid.*, pp. 39 y 88.

hardouin refiere la indulgencia concedida por el pontífice como motivo para que los cruzados empuñen la Cruz, pero Jerusalén como propósito desaparece con mucha rapidez de estas páginas y no vuelve a presentarse. Deja constancia de una interesante declaración, supuestamente algo representativa, de un sargento que abandona la embarcación en la que había regresado de Siria para unirse a los cruzados y dice a sus antiguos camaradas mientras se aleja que quiere irse con ellos, «porque le parecían gentes que debían conquistar grandes tierras» (LX 38). Villehardouin no hace ningún comentario sobre este sentir, muy poco afín al de un peregrino.

Jean Froissart: cronista de «grandes maravillas» y «hermosos hechos de armas»

Según cuenta Villehardouin, algunos de los caballeros de Francia que tomaron la Cruz en 1199 y le mandaron luego junto a otros a que negociara con los venecianos el transporte hacia Tierra Santa, asistieron a un torneo en Ecry-sur-Aisne, en la región de la Champaña de la que era natural Villehardouin. Los torneos se parecían a las cruzadas en que reunían, si bien durante períodos de tiempo aún más reducidos, a los miembros de las clases nobles y a los caballeros, y alcanzaban en ocasiones una dimensión internacional. Como imitación de la guerra, los torneos presentaban algunas de las características de los conflictos reales —incluida también, a veces, la muerte—, aunque, y eso tenía una gran importancia, no había arqueros ni se practicaban asedios: había heraldos que dejaban constancia y proclamaban las proezas realizadas; no faltaban los oropeles ni los alardes; se trataba con cortesía a los adversarios, e incluso se hacían votos, aunque eran más idiosincrásicos, rozando a veces lo excéntrico, que el voto de un cruzado, que de un guerrero hacía un peregrino. Los torneos llegaron incluso a influir en la manera en que se dirigía la guerra real y se hablaba de ella, y hacían especial hincapié en el acto de valor individual y, por tanto, en la obtención de distinción y honor. En Villehardouin encontramos varios ejemplos. Entre los informadores que, casi dos siglos después, empleó Jean Froissart para su historia, se contaban los heraldos, y algunas de las descripciones de Froissart tienen algo que cabría denominar perspectiva del «rey de armas» y el registro por escrito de las hazañas de unos y otros. En su condición de combates con reglas, los torneos —aunque a veces daban lugar a la ani-

madversión, así como al derramamiento de sangre de verdad, e incluso a tumultos y altercados— fomentaban la solidaridad de clase entre los caballeros y a la vez servían de ejemplo y aliento de las ideas de comportamiento cortés y caballeroso, la conducta propia de un caballero en la que los golpes bajos eran deshonrosos.

La idea de caballería como código de conducta de la clase formada por los guerreros de la aristocracia, promovida por los autores clericales de romances en lengua vernácula centrados en Arturo y sus caballeros, habían ido evolucionando a partir del siglo XII y alcanzaron su cima en el siglo XIV. Los torneos, como rito central de la caballería, aparte de la propia ceremonia a través de la que era armado el caballero, se transformaron y dejaron de ser aquella caótica batalla campal —refriega— que eran en el siglo XII (Mateo de París describe una serie de lides que, a principios del siglo XIII, fueron canceladas por miedo a los desórdenes a que daban pie, así como a causa del mal tiempo, ese sempiterno enemigo de los acontecimientos deportivos) para convertirse en algo cada vez más fastuoso y solemne. Las antiguas refriegas debieron de haber sido como los primeros encuentros de fútbol que se disputaban entre pueblos con pocas reglas, sin áreas claramente marcadas y algunas muertes. Después se prefirió el área delimitada y formada por la plaza mayor de la localidad, con series ordenadas de combates individuales, tribunas para los espectadores, damas incluidas, y las celebraciones que venían después.

Al igual que la guerra, una vez más, el torneo tenía su vertiente comercial, dado que la armadura y la montura del caballero derrotado pasaba a ser propiedad del vencedor. Entre los caballeros de condición más humilde llegó a existir una suerte de «profesionales» de los torneos. En la guerra, se preservaba la vida del prisionero para cobrar un rescate, y de este modo se convertía en una mercancía sin que dejara de ser un caballero hermano caído en infortunio; se podían comprar prisioneros especulando con el rescate que iban a pagar por ellos, como letras de cambio cuyo valor en efectivo era pagado por adelantado con intereses por la gestión. El trato caballeresco, es decir cortés y fraternal, de los cautivos era otro de los distintivos de la solidaridad de clase, de la que los plebeyos no se beneficiaban.

La caballería, como idea personal articulada para el hombre de cuna noble que no tenía órdenes clericales, se halla en el punto en que convergen varias influencias, de las que hemos examinado sólo una. La eclesiástica era evidente sobre todo en la ceremonia en la que se era armado caballero, que se fue asemejando cada vez más a un rito religioso, y en el

acto de juramento de defender la justicia y proteger al débil. Era una sociedad que hacía votos: el vínculo social central era el que unía al vasallo con su señor, basado en el de fidelidad, de modo que un súbdito desleal era considerado perjuro y tratado como tal. En el caso de los cruzados fue un rasgo común el que se consideraran vasallos de Cristo, a cuya figura juraban fidelidad como a su Señor y cuyo honor veían ultrajado por la posesión sarracena de los Santos Lugares. Los votos también desempeñaron un papel en otra de las fuentes de las ideas de la caballería: el culto al amor cortés que evolucionó durante el siglo XII, sobre todo en Aquitania, siendo a la vez reflejado y fomentado por las elaboraciones tardías de las leyendas artúricas y los romances en prosa y en verso. Este culto representaba un intento, más femenino que eclesiástico, de suavizar las maneras y costumbres de una aristocracia guerrera. La devoción del amante a su dama era una suerte de vasallaje. Ser desleal equivalía a ser deshonrado, en tanto que la devoción del caballero era supuestamente tanto una inspiración como una suerte de purificación, que era puesta a prueba al igual que su coraje y valentía por ordalías. La forma vulgarizada que adoptó este ideal en el norte hizo del caballero un amante que alardeaba de gran valor, de ser capaz de luchar mejor. Y encontramos ejemplos de ello, como veremos, en Jean Froissart.

Sin duda la brecha abierta, tanto en el amor como en la guerra, entre el ideal y la realidad podía ser muy grande: saqueos, pillajes y matanzas eran fenómenos normales que en el siglo XIV aparecían con la guerra, y las *Crónicas* de Froissart nos los muestran. A menudo el caballero, al igual que los cruzados que, en la obra de Villehardouin, se repartían el botín del saqueo de Constantinopla, aún guarda cierto parentesco perceptible con aquel caudillo de los francos que actuaba como un bandolero y al que Gregorio de Tours mencionaba. Además, los motivos para la guerra seguían siendo en gran parte los mismos, junto con el deseo de honores y renombre a través de una tarjeta en la que se registraba el cómputo de sus hazañas.

Froissart fue el historiador supremo de la guerra en el siglo XIV vista en clave caballeresca, además de un montón de otras cosas. En su obra se evidencian algunos de los rasgos característicos del cronista, uno de los cuales es la incorporación que hace de la obra de un predecesor, Jean le Bel, una deuda que reconoce y que en gran medida constituye la parte de su libro correspondiente al período comprendido entre 1327 —año marcado por el ascenso al trono de Inglaterra de Eduardo III— y principios de la década de 1360, cuando la obra ya es propiamente la de Frois-

sart, que concluirá en 1400, después de que Ricardo II fuera destronado. Asimismo, Froissart no es reacio a incluir relatos interpolados por la simple razón de que le hayan sido contados y le gusten. Pero, en general, es un consumado maestro en el arte de la narración fluida, comedida y pertinente, en la que, de manera constante, hay cierta influencia de los romances de ficción en prosa, a menudo del ciclo artúrico, tan populares en su época. Con frecuencia utiliza las conversaciones para hacer que avance la narración. La obra de Froissart es historia, aunque su autor no hace de la tan manida sobriedad del historiador un fetiche: a veces da la impresión de que bastará con la orientación general de la verdad y que se despreocupa de los detalles. Tiene una manera, un estilo de narrar libre y sencillo, que resulta muy ameno y en absoluto pedante. Escribió en lengua vernácula pensando en un público seglar y fue traducido al inglés por primera vez entre 1523 y 1525.

La crónica, centrada en el norte de Francia, en Inglaterra y en Flandes, con incursiones en Escocia, Gascuña y los reinos de la península Ibérica, deja constancia de los hechos y acontecimientos con un enfoque panorámico, y adopta un punto de vista particular sobre su siglo basado, en gran medida aunque no exclusivamente, en los ideales de la caballería. El enfoque y la orientación le vienen dados por el prolongado conflicto entre las monarquías francesa e inglesa, aunque no se circunscribe a ello, sino que incorpora asimismo las revueltas que surgen en París, en Londres y en Gante, y el levantamiento de los campesinos en Francia conocido con el nombre de las *jacqueries*. Da un tratamiento extenso, aunque no muy fiable, de la revuelta de los campesinos en Inglaterra (1381). Menciona sólo la peste negra, aunque se describe la secta de los flagelantes a la que dio lugar. Y se presta cierta atención al cisma de Occidente (1378-1417), resultado de la elección de papas rivales.

Froissart nació en el condado de Hainaut hacia 1337, en el seno de una familia burguesa con una clara participación en el poco caballeresco negocio de dar dinero a préstamo. Pronto pasó a la corte de Eduardo III de Inglaterra siguiendo la estela de una paisana suya, la esposa de Eduardo y reina, Felipa de Hainaut, para la que compuso una versión en verso de las recientes guerras anglo-francesas, por la que según nos dice fue bien recompensado. Con el tiempo regresó al continente, si bien hizo una posterior visita a Inglaterra; recibió las órdenes clericales y, en 1405, murió siendo canónigo de Chimay, cerca de la ciudad de Lieja. En el prefacio a sus *Crónicas* nos cuenta que las escribió a petición de su protector y mecenas, Roberto de Namur: «A fin de que sean notablemente registrados,

vistos y conocidos en los tiempos presentes y venideros las grandes maravillas y los hermosos hechos de armas que han ocurrido por las grandes guerras de Francia e Inglaterra y de los reinos vecinos, y de las que son causa los reyes y sus consejeros, quiero ocuparme ahora de ordenarlos y relatarlos en prosa según la verdadera información que he obtenido de hombres valerosos, caballeros y escuderos que los ayudaron a crecer, así como de algunos reyes de armas y de sus mariscales, que por derecho son y deben ser justos inquisidores y relatores de las necesidades».* Las referencias a la posteridad y los ejemplos que presenta eran una fórmula habitual, pero la manera de hablar y escribir es la de la caballería: «las grandes maravillas», «hermosos hechos de armas» y hechos de gran renombre a través de la valentía y el coraje. Nada tiene de extraño que, entonces, al proseguir, afirme que ha frecuentado la compañía de los grandes señores de Francia, Inglaterra, Escocia y Bretaña y de otras partes, entre quienes se han realizado sus investigaciones.

Situar la obra de Froissart en una categoría de «historia caballeresca», sin embargo, exige cierta aclaración e incluso alguna matización. Se hace libre uso de los conceptos de honor, valor y cortesía, y se nos ofrecen abundantes ejemplos de aquella camaradería de clase entre caballeros, así como de su aspecto más comercial. En la campaña que terminó en Crécy (1346), algunos caballeros franceses, al cernirse la amenaza de una degollina general, llaman a un caballero inglés al que reconocen «porque habían guerreado juntos en Granada y Prusia [lugares ambos donde había cruzadas oficiales] ... del modo en que los caballeros se dan cita». Los caballeros le ruegan que los tome prisioneros, lo que comportaba quedar bajo su protección. «Cuando sir Thomas escuchó aquellas palabras, se puso muy alegre tanto porque podía salvarlos como porque, con aquella captura, podía decir que había tenido un buen día y había conseguido un buen botín» (75). La reluciente pesca de sir Thomas representaba de manera simultánea la solidaridad del vínculo de la vieja escuela de los cruzados, el deber del caballero de mostrar clemencia a los vencidos y aquello que en el siglo XVIII, ensalzando el efecto civilizador (el sucesor civil de la «cortesía») del comercio internacional, llegaría a conocerse como *le doux commerce*. La *cortesía*, un componente esencial de la caballería, dista apenas un semitono de lo *cortés* (*courtois*, en francés; *courtly*, en inglés, y *höflich*, en ale-

* Jean Froissart, *Crónicas*, trad. de J. E. Ruiz-Domènec y Victoria Cirlot, Siruela, Madrid, 1988, p. 3.

mán, «relativo a los usos y costumbres de la corte»), al igual que *caballería*, concepto que se desvanecería poco a poco más tarde, conserva su origen relacionado con lo perteneciente al caballo.

Hay una divertida exposición, que según parece Froissart conoció de primera mano, de un intento de enseñar las reglas de la caballería a los irlandeses, que muestran una actitud contumaz hacia los valores y costumbres que aquella representaba. No luchan de manera caballerosa, no exigen ni pagan rescates y se dan a la fuga cuando lo estiman oportuno (la incapacidad de los caballeros franceses para separar retirada y deshonra fue, de hecho, una considerable desventaja táctica). Además, comerse los corazones de los enemigos, como se contaba también que hacían los irlandeses, era algo decididamente ajeno al espíritu caballeresco. La persona que informa a Froissart de aquello es un caballero inglés apenado de renombre que había tratado de instruir a cuatro reyes irlandeses en el código de los caballeros. En éste se incluían los modales en la mesa, aunque no el menú. Los caballeros debían sentarse en una mesa separada de los juglares y criados, y no compartir los utensilios con ellos. Los reyes se enojaban cuando se había cambiado la colocación del mobiliario en el salón para observar el rango. Asimismo se les tuvo que explicar que habían sido mal investidos caballeros cuando a la edad de siete años recibieron un burdo espaldarazo. La investidura infantil no servía, y sería preciso volver a armarlos caballeros como era debido, al igual que san Wifredo insistió en que los monjes irlandeses se volvieran a tonsurar. También tenían que aprender a llevar calzones de montar. En muchos sentidos era como la labor evangelizadora del misionero, aunque en este caso no media la ayuda de los milagros ni tampoco aparece oportuno un gorrión que indique la moraleja, aunque la caballería cabe suponer que habría exigido algo con un plumaje más llamativo. Los irlandeses, después de ser aleccionados sobre «las virtudes y las obligaciones de la caballería», debidamente instruidos y cabe imaginar que enfundadas las piernas en martingalas bajo los quijotes, son entonces armados caballeros siguiendo el ritual que había instituido Ricardo II. Por cierto, aunque no vayan ya con las piernas al aire, los germanos tampoco entendían, según nos dice Froissart, la caballería del mismo modo que los ingleses, los escoceses o los franceses, y maltrataban a sus prisioneros (414-416).

La caballería era sin duda una cuestión de honor y de valor, así como de cortesía y humanidad. Froissart era un entendido en gestas caballerescas. En este sentido, la batalla de Poitiers (1356) superó a su juicio lo visto en la de Crécy: en Poitiers hubo más clase («a decir verdad, la bata-

lla de Potiers fue mejor librada que la de Crécy» [138]). Cierto es que, en ambas, Froissart reconoce el papel fundamental desempeñado por los arqueros. En la batalla naval de Winchelsea (1340), Eduardo III adopta las tácticas de las justas y trata su nave capitana como si fuera un caballo y una lanza: «Dirigíos contra aquella nave que se acerca derecho hacia aquí, pues justar quiero contra ella» (116; las naves chocaron de frente, y la de Eduardo quedó tan maltrecha que hubo de ser abandonada). Como ejercicio del mando por el soberano, el de esta batalla se alinea con el que verificó el rey de Francia en Crécy, a su manera también caballeresco, cuando los ballesteros genoveses de sus filas se batían en retirada: «Matad a esa chusma: no hace más que estorbarnos» (89).*

A veces en Froissart, tal como ya se ha mencionado, se perciben ecos de la idea, derivada de la ética del amor cortés, de que amar era una ventaja en el combate. Eustaquio, señor de Aubrecicourt, caballero que había acogido a la reina de Inglaterra y su hijo en su castillo de Buignicourt, llevó a cabo magníficos hechos de armas al ser un joven irresistible, «de gran honor, que ardía en deseos de alcanzar la gracia y el triunfo en las armas» (161). El suyo no es el único ejemplo. Froissart añade que Eustaquio ganó grandes riquezas gracias a su gesta, y puede que su amor también tuviera alguna función. En otra ocasión, dos caballeros, uno francés y el otro inglés, se mostraron animadversión personal porque descubrieron que las prendas entregadas por sus respectivas damas tenían el mismo matiz de azul, aunque no se detalla si aquello acabó por suscitar sus sospechas.

En lo concerniente a la ética y las costumbres de la caballería, el eje de la obra de Froissart es el comportamiento que el hijo de Eduardo III, el Príncipe Negro, tiene hacia su cautivo, el rey de Francia, Juan el Bueno, al que ha hecho prisionero en Poitiers. El preámbulo es indecoroso, pues el rey es un trofeo tan valioso que hay una lucha por adueñarse del cautivo, en la que gentes de toda condición le agarran gritando: «¡Es mío!», casi como si fuera —uno se siente inclinado a pensar— una reliquia que hubiera tenido un valor también en el mercado. El rey, como es lógico, se siente aliviado de quedar bajo la custodia del príncipe, que, aquella noche, en una cena celebrada en honor del rey Juan y los nobles que son sus cautivos, pone en escena lo que sólo puede describirse como una suerte de ballet caballeresco:

* Jean Froissart, *Les Chroniques*, vol. I, Desrez, París, 1835, libro I, parte II, cap. 287

El príncipe [de Gales] sirvió la mesa del rey y también otras con toda la humildad que pudo. En ningún momento quiso sentarse a la mesa del rey por mucho que el rey se lo rogara, y decía que no le correspondía sentarse a la mesa de tan gran príncipe y valiente hombre como había demostrado en aquella jornada. Se arrodilló delante del rey y le dijo: «Querido señor, no estés triste, porque Dios no haya querido consentir hoy vuestra voluntad. Ciertamente mi señor padre os concederá todo el honor y la amistad que pueda, y se reconciliará con vos de modo que seáis siempre amigos. Creo que tenéis grandes razones para alegraros, aunque la jornada no haya resultado de nuestro agrado, pues hoy habéis conquistado el nombre de proeza y habéis tenido a los mejores a vuestro lado. Sabed, querido señor, que no lo digo para alabaros, puestos todos los nuestros que han visto a unos y otros, han acordado unánimemente concederos el premio y la corona de flores, si la deseáis llevar».*

Los franceses e ingleses presentes aprueban sin reservas la conducta del príncipe de Gales y convienen que en él «tienen y tendrán a un «gentil caballero y señor».

Para el lector moderno, al menos, lo más valioso de esta escena es la descripción de la carnicería de los habitantes de Limoges que ordena el príncipe Negro después de conquistarla, y que Froissart nos describe olvidando, por una vez, sus simpatías por la aristocracia:

Y allí hubo escenas dignas de mucha lástima, ya que los hombres, las mujeres y los niños se postraron de rodillas delante del príncipe y gritaron: «¡Clemencia, noble señor!». Pero tan enardecido de ira estaba, que no los iba a escuchar. Ningún varón ni ninguna mujer fue escuchado, y todos cuantos fueron hallados o encontrados fueron pasados a espada, tanto aquellas como aquellos que de nada eran culpables. No llego a concebir que ni tan siquiera tuvieran piedad de las pobres gentes que no eran ni por asomo capaces de cometer traición alguna; pero ellos comparecieron y pagaron por ello más que los grandes señores que sí la habían cometido.

No hay nadie con el corazón tan duro que, de haber estado en Limoges aquel día, y haberse acordado de Dios, no hubiera llorado con tierna amargura al ver la aterradora matanza que allí tuvo lugar; pues más de tres mil personas, hombres, mujeres y niños, fueron entregados y degollados aquel día: que Dios acoja sus almas, pues fueron verdaderos mártires. (178)**

* *Ibid.*, libro I, parte II, epígrafe XLIX, p. 360.
** *Ibid.*, libro I, parte II, epígrafe CCCXX, p. 620.

Burgués de nacimiento, Froissart simpatiza, como es coherente, más con los habitantes de la ciudad que con los campesinos. No siente simpatía por los que tomaban parte en las *jacqueries*, las insurrecciones rurales contra las clases más altas, ni por aquéllos que se alzaron en la revuelta campesina que, en 1381, asoló el campo inglés. Sin embargo, recoge al pie de la letra el sermón igualitarista pronunciado por el cabecilla de la revuelta, el clérigo John Ball, que seis siglos después aún conserva su carácter contundente, aunque Ball es para Froissart un «desquiciado», los rebeldes, «bellacos», y sus actos, «pura maldad» (212). Mayor respeto muestra, en cambio, hacia los rebeldes de la ciudad de Gante que se alzaron contra los condes de Flandes. Si bien se trata de su propia gente, la derrota de los rebeldes, seguida por su matanza en la batalla de Coutrai (1302), es, no obstante, saludada con un «para mayor honor y provecho de toda la Cristiandad» (350), así como de toda la nobleza y la burguesía. Cualquier cosa que amenazara el orden y el rango social era malo por sí mismo. Sin embargo, no es sólo en sus comentarios sobre los burgueses donde parecen cambiar de sentido e invertirse invariablemente las simpatías de Froissart. Estima el ademán y el alarde asociados con la caballería: los alfaneques de seda, los elaborados retablos, las entradas reales, las celebraciones, las ceremonias de investidura y de matrimonio... Pero cuando relata los preparativos que los franceses hacen de cara a una (malograda) invasión de Inglaterra, después de describir los excesos de pintura y embellecimiento de las naves, en las que no falta el pan de oro, su pluma se contiene y añade que todo aquello lo habían pagado las gentes pobres de toda Francia (305-306). Froissart acepta, aunque no es cierto que refrende, lo que acarrea consigo una guerra gloriosa, cuyo significado no se le escapa: saqueos, incendios, estragos y devastación. «Así fue la tierra llana y feraz de Normandía asolada y saqueada por los ingleses». En realidad, lo fue tan a fondo que aun los criados que servían en el ejército despreciaron los ricos vestidos de piel (71).

En Froissart encontramos un ejemplo sorprendente de heroísmo burgués, así como de compasión por parte del autor, en el célebre acto final del asedio que pone Eduardo III a la ciudad de Calais, que se ve obligada a capitular por inanición. Cuando se anuncia la proclama en la que Eduardo promete perdonar la vida de los habitantes si seis prohombres de la ciudad se someten a su autoridad y acuden llevando las sogas en el cuello y en las manos las llaves de la ciudad, seis hombres ilustres se presentan enseguida como voluntarios. El patetismo de la escena siguiente, en la que la reina Felipa suplica por la salvación de sus vidas

—finalmente perdonadas— a su esposo, quien al principio se muestra implacable, conmovió profundamente a los eduardianos. Rodin tomaría como modelo este episodio para el cuadro escénico que iba a esculpir en bronce a fin de representar la zozobra de aquellos desdichados (una de las copias puede verse aún en los londinenses Embankment Gardens de Westminster. Eduardo, que tiene la intención de repoblar Calais con ingleses, expulsa a la gente que vive en la ciudad, y de nuevo Froissart muestra su compasión, aunque cabe señalar que los destierros tal vez fueran exagerados en su volumen. Resulta asimismo interesante señalar que los caballeros hechos prisioneros en el castillo de Calais fueron puestos en libertad bajo juramento, porque, según afirma Eduardo, son hidalgos y los dejará «en libertad si dan su palabra» (109-110). La aceptabilidad de la palabra dada por un caballero estaba en función de la inviolabilidad del juramento prestado en su investidura. El rey francés muestra en este sentido un comportamiento en extremo honorable y caballeresco. Puesto en libertad y devuelto a su país después de haberse comprometido con su palabra, descubre que uno de sus vasallos ha quebrantado las condiciones pactadas, y a raíz de ello, insiste en regresar por voluntad propia a su cautiverio en Inglaterra, compensando así, como es de suponer, al príncipe de Gales por aquel golpe. La llegada a la corte inglesa del rey francés fue, como era de esperar, motivo de grandes festejos y celebraciones. La palabra, sin embargo, sólo valía en el círculo de la clase de los caballeros: cuando el joven conde de Flandes fue hecho prisionero por sus súbditos burgueses, pese a que les dio la suya, lo vigilaron «tan de cerca que apenas si podía salir a desaguar» (99).*

Froissart era, pues, un escritor a la vez terrenal y cortés, caballeresco aunque a veces despliega una gran humanidad, cuando el burgués a veces se asoma y desplaza a aquél que acompañaba a caballeros y nobles. Pero Froissart es recordado sobre todo, qué duda cabe, como el historiador del mundo de la caballería, una fama que él hubiera aceptado. La impresión que dejó su obra en las generaciones posteriores la supo expresar muy bien, en época de Jorge III, el pintor historicista de origen norteamericano Benjamin West en un lienzo en el que, tomando un tema directamente de Froissart, muestra al rey Eduardo III cruzando el río Somme durante la campaña de Crécy. Los franceses hicieron frente al intento de los ingleses de pasar el río. Ésta es la descripción de Froissart:

* *Ibid.*, libro I, parte I, cap. CCCXL, p. 258.

> Los dos mariscales de Inglaterra hicieron cabalgar a sus estandartes, en nombre de Dios y de san Jorge, y ellos detrás. A pleno galope se metieron en el agua los más valerosos y los mejor montados delante. En el mismo río hubo muchas justas y muchos hombres derribados de un lado y de otro. Comenzó una gran pelea, pues mi señor Godemar y los suyos defendían con valor el paso. Allá había algunos caballeros y escuderos franceses, de Artois y de Picardía, y bajo el mando de mi señor Godemar, que para aumentar su honor combatían en aquel vado y no querían encontrarse en los campos, sino que preferían justar en el agua. Como os digo, hubo allí muchas justas y hermosos hechos de armas ... [E]ra gente de elite. Mantenía las filas muy apretadas junto al paso del río, de modo que cuando los ingleses salían del agua a tierra, encontraban una dura acogida. Los genoveses causaban grandes daños con sus disparos; pero los arqueros de Inglaterra disparaban con mucha fuerza y precisión, y así, mientras ocupaban a los franceses, iban pasando las gentes de armas.*

Froissart no tiene una palabra de reprobación aquí para los caballeros franceses que desperdician la ventaja táctica que suponía tener dominada la orilla, y entran en el curso del río buscando mayor honor y distinción, aunque más tarde, al dejar constancia de la derrota de Crécy, echa la culpa al orgullo y la vanidad de los franceses, a su nefasta indisciplina, «porque entre ellos había demasiados grandes nobles, todos dispuestos a hacer alarde de su poder» (86).

En su lienzo, Benjamin West colocó a Eduardo III en el centro de la escena, en medio del curso del río. En un altozano pintado al fondo a la derecha, unos arqueros aportan su grano de arena. No se trata de realismo: el fango aquí resulta impensable. Se trata más bien del mundo en parte idealizado de Froissart, aún más idealizado por la distancia y las convenciones de la pintura histórica, desprovista de aquella terrenal llaneza y aquel realismo que de vez en cuando afloran en Froissart. Pero el lienzo rebosa movimiento y brillo. El centro de la composición es el propio rey bajo el estandarte que ondea al viento. Los pardos leones rampantes de Inglaterra y las flores de lis de Francia se reparten los cuatro cuarteles, los mismos que aparecen en su escudo y en su sobrevesta, así como en el caballo, cuya barda aparece blasonada con los mismos motivos. Si los recursos heráldicos servían al propósito de identificar, Eduardo parece guarecido contra el anonimato por partida cuádruple. Pero su figura se manifiesta gallarda y vistosa, blandiendo la alabarda de mango corto de un

* *Ibid.*, libro I, parte II, epígrafe CCLXXIX, p. 231.

modo que lo representa más como una figura cortés y gallarda (otras de las cualidades acreditadas de un caballero) que alienta a sus vasallos, que como una amenazadora para los franceses que han trabado ya combate cerca del rey, en la otra orilla. Este lienzo constituye una evocación selectiva, aunque no parcial, del modo como veía el mundo a menudo, aunque no siempre, Froissart. Era apropiado también que, tal como dispuso el rey Jorge III, fuera colocado en una pared del castillo de Windsor, donde el rey Eduardo había fundado la orden de la Jarretera, y que, según cuenta Froissart, fue mandado levantar por el rey Arturo (67).

[illegible]

[illegible] Froissart, fue mandado levantar por el rey Arturo [illegible].

> [illegible] armas [illegible] muy apretados [illegible] el paso del río, de modo que cuando los ingleses salían [illegible], se encontraban [illegible]. Los genoveses causaban grandes daños con sus disparos, pero los arqueros de Inglaterra disparaban con mucha fuerza y [illegible], y así [illegible] a los franceses, [illegible] las piezas de armas.[illegible]

Froissart no tiene una palabra de reprobación aquí para los caballeros franceses que desperdiciaron la ventaja táctica que suponía tener dominada la orilla, y entrar en el curso del río buscando mayor honor y distinción, aunque más tarde, al dejar constancia de la derrota de Crécy, culpa al orgullo y la vanidad de los franceses, a su [illegible] indisciplina, [illegible] entre ellos había demasiados grandes nobles, todos dispuestos a hacer alarde de su poder [illegible].

En su lienzo, Benjamin West colocó a Eduardo III en el centro de la escena, en medio del curso del río. En un [illegible] pintado al fondo a la derecha, unos arqueros aportan su grano de arena. No se trata de [illegible] al [illegible] aquí resulta [illegible]. Se trata más bien del mundo [illegible] idealizado de Froissart, aún más idealizado por la distancia y las convenciones de la pintura histórica, desprovista de aquella terrenal llaneza y aquel realismo que de vez en cuando afloran en Froissart. Pero el lienzo refleja movimiento y brillo. El centro de la composición es el propio rey, con el estandarte [illegible] al viento. Los [illegible] leones rampantes de Inglaterra y las flores de lis de Francia se reparten los cuatro cuarteles, los mismos que aparecen en su escudo y en su sobreveste, así como en el caballo, cuya grupa aparece blasonada con los mismos motivos. Si los motivos heráldicos sirven al propósito de identificar, Eduardo parece [illegible] por partida múltiple. Pero su figura es [illegible] gallarda y vistosa, blandiendo la alabarda de mango corto de un

[illegible], tomo I, parte II, capítulo [illegible]

18

DE LAS CRÓNICAS CIVILES A LA HISTORIA HUMANISTA: VILLANI, MAQUIAVELO Y GUICCIARDINI

El remolino de londinenses que se congregó a la entrada del concilio de Winchester fue un augurio.* A medida que las ciudades crecían, en riqueza y en población, y promovían la aparición de instituciones colectivas que las regularan, también creció la conciencia colectiva y, tal como había sucedido en los monasterios, se escribieron documentos en los que se dejaba constancia de hechos, actos y cosas. Hemos examinado las crónicas monásticas, las historias nacionales presentadas como gestas de los reyes y una historia en lengua vernácula como representación de las proezas y actos de valor de una aristocracia guerrera que abrazaba los ideales de la caballería. Las crónicas urbanas, escritas también en lengua vernácula, llegaron a expresar una conciencia similar de la propia identidad, en su caso la de los habitantes de los burgos, los burgueses, en amplia medida indoctos pero instruidos —mercaderes, financieros y patronos que empleaban mano de obra en diferentes ramas de la manufactura de tejidos—, que dominaban la vida de sus comunidades. La manera en que afirmaron su identidad a veces fue polémica y dividida: los ciudadanos de peso quedaron enfrentados a los nobles y los señores feudales, así como a las clases inferiores que formaban los artesanos, quienes tenían sus propios motivos de queja. A fines de la década de 1370 y principios de la de 1380 hubo importantes insurrecciones en los principales centros de población donde había una mayor prosperidad urbana y poder, ciudades

* Véase arriba p. 294.

como París, Londres, Gante y otras plazas de Flandes, y también en Florencia, que fue testigo del primer levantamiento serio de artesanos menos especializados, los *ciompi*.* En la Italia central había florecido la vida urbana, que, a partir de los siglos XI y XII, se expresó en las crónicas urbanas de Florencia.

En el centro y norte de Italia, algunas ciudades se convirtieron en ciudades-estado casi autónomas. Los conflictos entre el papado y el imperio, y ante todo, la inquietud que manifestaron en particular los segundos ante los germanos, hicieron que la soberanía de los emperadores fuera cada vez más nominal. El resultado fue, en algunos casos como Venecia y Florencia, la aparición de una forma republicana de política interna de la ciudad-estado y la fragmentación política de Italia en un mosaico de estados hostiles y recelosos unos de otros. Ambos hechos tuvieron consecuencias para la manera de escribir historia que iba a verse también modelada por el resurgir del saber clásico que denominamos *humanismo*, que del siglo XV en adelante incorporó una detenida atención a la manera, así como al contenido, de los historiadores romanos ejemplares, sobre todo Tito Livio. Pero aquella situación no era la del imperio romano, ni tampoco la de un reino nacional: se trataba más bien de la situación a la que se había enfrentado la Roma republicana, los conflictos que en sus primeros tiempos la enfrentaron a sus vecinos más cercanos y las crecientes luchas internas de clase. Tal como lo expresó el eminente historiador del Renacimiento Denys Hay: «La crónica anglosajona, Malmesbury, los escritores de Saint Albans y Mateo de París escribieron, lo supieran o no, la historia de Inglaterra ... Y así sucedió también, aunque de una manera menos acusada, con Francia. Pero en Italia no se pueden encontrar obras como aquellas».**

Pero las crónicas urbanas proliferaron, y a partir de ellas, en conjunción con el resurgir del saber clásico, apareció en la Florencia del siglo XV un modo de escribir historia mucho más inspirado que antes en el modelo de la práctica romana, así como una nueva manera de reflexionar sobre las lecciones de la historia. No sólo incorporaba las convenciones de la historiografía romana —la forma griega de escribir historia era aún mucho menos conocida, aunque empezaban a hacerse traducciones—, sino también la sustancia de la historia romana y de la Italia de la época como fuente de inspiración republicana de la que sacar lecciones

* Cardadores de lana.

** Denys Hay, *The Italian Renaissance*, 1977.

políticas. Los historiadores clásicos preferidos siguieron siendo aquellos que habían sido más admirados en época medieval, Salustio y Tito Livio, hasta que, a fines del siglo XVI, empezó a ponerse de moda Tácito. Pero la imagen de Roma adoptó una forma diferente respecto a la que fue habitual en la Edad Media, una forma centrada no en la ciudad imperial, en la *urbs aeterna*, sino en la lucha que había marcado los primeros tiempos de la república, a la que los romanos del siglo I a. C. volvieron la mirada como una era ya perdida de patriótica virtud republicana.

Escribir crónicas en lengua vernácula no implica cierto distanciamiento, como más tarde iba a hacer la historia humanista, con un pie en el mundo clásico, sino justo lo contrario: una participación íntima y estrecha en la vida de la ciudad, al igual que las crónicas monásticas la tuvieron en sus propias comunidades, por pequeñas que fuesen en comparación. En algunos casos las crónicas monásticas parecen haber surgido a partir de los almanaques. En cambio, en el caso de una comunidad laica y mercantil, como, por ejemplo, Florencia, existían archivos de familias y archivos mercantiles —que solían ser lo mismo—, en los que los laicos instruidos dejaban constancia de sus asuntos y negocios. Estos archivos, como era lógico, acabaron incluyendo asuntos de carácter público, con listas de los que desempeñaban cargos y la interpolación de reseñas y notas sobre acontecimientos cívicos generales o aun internacionales. En Italia, estas incidencias de lo público eran acontecimientos que, como las guerras, estaban vinculados a las relaciones de la ciudad con una o más repúblicas o principados vecinos. En una escala más amplia, eran de interés las actividades de los pontífices y aun de los reyes, los cruzados, los turcos y los mongoles. En un ámbito más local, existía una suerte de continuidad entre la vida pública y la doméstica y familiar, pues las rencillas y *vendette* habidas entre las familias más importantes eran tema de honda preocupación pública, por ser causa frecuente de tumultos, en tanto que las alianzas entre familias eran, por otra parte, una de las claves que permitía el acceso al poder y su ejercicio. El tiempo de desempeño de los cargos públicos en Florencia era muy breve, de modo que la participación era amplia y la rotación rápida. Tanto para las familias como para los individuos, el haber desempeñado un cargo constituía un importante sello de prestigio.

En Florencia se puede seguir la línea de evolución que lleva desde las memorias e historias de familia hasta las crónicas en lengua vernácula y luego a las historias humanistas del gobierno de la ciudad-estado florentina. La transición entre las dos últimas se parece más a una fractura en

la que la última se superpone a la primera, del modo como la historia que escribe Maquiavelo en italiano incorpora secciones de la *Crónica* que Villani había compuesto dos siglos antes, formando una obra que, en general, tiene un carácter y un conjunto de intereses del todo diferentes y es escrita pensando en lectores distintos y más sofisticados. Esta transición, que representa por igual ruptura y continuidad, tiene una relevancia más que local: estaba cargada de significado para la historiografía europea en general, y representa un momento fundamental en su desarrollo. El historiador humanista, que se distancia de las maneras coloquiales y de los intereses en amplia medida locales aunque promiscuos del cronista, destaca por su educación, de la que es orgullosamente consciente; por el hecho de tener presente de manera constante —y no de forma ocasional— sus modelos clásicos, y por un sentido riguroso de la significación que impone aquello que Guicciardini, contemporáneo de Maquiavelo, denominaba «las leyes de la historia». Mark Phillips, una de las autoridades más destacadas en Guicciardini, ha demostrado cómo las obras inéditas de este autor muestran la transición que venimos considerando hasta ahora en una carrera literaria individual: escribió, entre otras cosas, una historia de familia, de la que surgiría una historia de Florencia, que más tarde complementó con otra, que representaba un intento de escribir una refinada historia humanista, con, por ejemplo, discursos formales inventados, pero incorporando también un amplio corpus de investigación documental. Esta obra quedó en estado de borrador y sin terminar. Guicciardini acabaría por escribir la monumental *Historia de Italia* que lo hizo célebre.

A fin de poder apreciar el cambio de una manera más general, es preciso primero que examinemos con mayor detenimiento aquello que de común acuerdo todos se avienen a considerar como la más gratificante de las crónicas florentinas de época medieval, la que Giovanni Villani escribió en la primera parte del siglo XIV. Villani murió a causa de la peste negra, la hecatombe europea que dominó las décadas centrales de aquel siglo. Pertenecía a una familia mercantil de poca pero acreditada reputación, con intereses en la banca y las actividades de comercio. En el marco general de una historia providencial, que en última instancia derivaba de Orosio,* que encontró en una crónica papal de época medieval, trazó la historia de su ciudad —siempre utiliza el adjetivo posesivo «nuestra»— desde lo que imaginaba que fueron sus orígenes hasta la época en la que

* Véase más arriba p. 237.

vivía. Por las razones obvias de siempre, la *Crónica* se vuelve cada vez más detallada a medida que se acerca al presente. Es un sello del carácter comunitario de aquella empresa suya que a su muerte fuese continuada por su hermano y su sobrino, al igual que, en un monasterio, habría sido continuada por un monje más joven. Al principio Villani fue un hombre próspero que acabó arruinado por la instauración de un régimen más democrático en la ciudad tras el derrocamiento, en 1342-1343, del breve gobierno extranjero del duque de Atenas (título que era un vestigio de las cruzadas), hijo del rey de Nápoles. Antes de todo aquello, Villani había sido en varias ocasiones uno de los ocho cónsules que se sentaban, cada uno por un plazo de dos meses cada vez, en la *Signoria*, el gobierno ejecutivo de la ciudad.

La *Crónica* de Villani no tiene prefacio explicativo, pero en determinado punto de la obra el autor ofrece lo que al fin y al cabo viene a ser uno. El papa Bonifacio VIII había proclamado el año 1300 como año de jubileo —ocasión siempre buena para la prosperidad de Roma—, con indulgencias para los peregrinos que acudieran a la ciudad de san Pedro. Villani, como él mismo cuenta, fue uno de aquellos peregrinos, y rinde homenaje a la admirable organización de las provisiones necesarias para la recepción de los romeros (VIII 36). Al igual que Amiano mil años antes y que Gibbon cuatro siglos y medio después, se sintió profundamente conmovido por la venerable grandeza de la ciudad, y allí le vino la inspiración, nos dice (como lo hará Gibbon), de componer la obra a la que se halla vinculado su nombre (aunque, de nuevo como haría después Gibbon, parece que tardó varias décadas en comenzar a escribirla). Tal vez apenas se diera cuenta del contraste existente entre la Roma de la república y los césares, y la Roma eclesiástica de su época, un contraste en el que Gibbon hace tanto hincapié en su detallada exposición de la concepción de su obra. Al ver la ciudad, Villani dice:

> Y en aquel bendito peregrinaje a la santa ciudad de Roma, al ver las grandes y antiguas cosas que allí había y al leer las historias y grandes hechos de los romanos [cita a Virgilio, Salustio, Lucano, Pablo Orosio, Valerio, Tito Livio...] y otros grandes maestros de historia que escribieron tanto sobre las pequeñas como los grandes hechos de los romanos [una buena autodescripción, aunque es muy poco probable que atrajera a algunos de los autores que menciona] y también de los hechos del universo mundo, y con objeto de preservar la memoria y dar ejemplo a los que vendrán después, hice mío su estilo y su forma, aunque como humilde discípulo suyo no era digno de tal obra. Pero considerando que nuestra ciudad de Florencia, hija nacida de Roma, se

hallaba en ascenso y le aguardaban grandes cosas, mientras Roma decaía y menguaba, me pareció adecuado referir en este volumen y crónica nueva todos los hechos e inicios de la ciudad de Florencia, en la medida que me ha sido posible recogerlos ... Y así, en este año de 1300, después de haber regresado de Roma, empecé a escribir este libro con reverencia a Dios y al bendito Juan, y para encomio de nuestra ciudad de Florencia.*

Esta es hija de Roma porque, según la tradición, había sido fundada por Julio César. Los humanistas, con su comprensión más certera de la historia y la literatura romanas, lo corrigieron más tarde, colocando la fundación con firmeza en la época republicana —para Villani, César era un emperador— algunas décadas antes, como un asentamiento destinado a los veteranos de Sila, tal como Salustio lo describe en su *Conjuración de Catilina*. Pero Villani asimismo da a la fundación un contexto más amplio en el marco de la colonización de Italia. Después de una breve referencia a la torre de Babel y luego a la fundación, debida al rey Attat, de Fiesole, la rival más antigua de Florencia, en la colina que domina el Arno, Villani se adentra con soltura en el territorio virgiliano más conocido y habla de la emigración procedente de Troya. La historia italiana, como siempre, aparece plagada de errantes príncipes troyanos en el exilio. Después de una breve digresión sobre el águila romana y los lirios blancos florentinos como emblemas —Villani siempre mostró interés por este tipo de insignias—, nos presenta a los romanos levantando en el emplazamiento de Florencia a Marte, su dios, un templo con mármol negro y blanco, que Villani entiende claramente que es la catedral de Florencia (que aún se conserva). En 270 d. C., durante una persecución de los cristianos decretada por el emperador, la ciudad consigue su primer mártir: san Miniato, un eremita, hijo del rey de Armenia, que había emigrado a Italia. Tras ser decapitado, el santo volvió a colocarse la cabeza sobre los hombros y subió andando la colina donde en la actualidad se alza su iglesia, antes de expirar y ser luego inhumado. En su debido tiempo, el antiguo templo de Marte fue consagrado y dedicado a san Juan, al igual que la catedral de Florencia, que, debido a la favorable configuración astral que presidió su fundación, sobrevivió al desastre y los estragos causados por los godos (I 32, 35). Villani se cuida mucho de decirnos que las influencias astrales no atan de manera absoluta el destino o el libre albedrío humanos, pero, aun así... (III 1).

* Villani, *Cronica Nouva*, libro IX, capítulo XXXVI.

Aún seguimos en los tiempos míticos, ya que, un poco más adelante, nos enteramos a través de Villani, o mejor dicho, de sus fuentes, como si fuera una noticia que viene del extranjero, del nacimiento de Merlín del vientre de una virgen en Britania («que ahora se llama Inglaterra»). Y Merlín fue quien destinó la Mesa Redonda de caballeros errantes al rey Uther Pendragón, descendiente de Bruto, nieto de Eneas, y la Mesa fue luego restablecida por su hijo Arturo, «tal como refieren los romances de los britanos» (II 4). En otros capítulos (10, 12, 13) nos ofrece una breve exposición fundamentalmente histórica de los francos y su emancipación de Italia y de la iglesia de los lombardos. Siena, la rival principal de Florencia después de Fiesole, fue poblada por primera vez, según nos cuenta, por inválidos que acompañaban al rey de los francos Carlos Martel, ya que el topónimo, según Villani, deriva de *non sana* (que no está bien de salud). Esto nos lleva hasta la coronación y el imperio de Carlomagno, quien, según se afirma, reconstruyó la ciudad de Florencia (III 1). De hecho, Villani ofrece una detallada descripción de la reconstrucción en la que compara los resultados con la ciudad de su época y vuelve a invocar una disposición favorable de los cuerpos planetarios, aunque, por desgracia, hace remontar las disensiones posteriores que se dan en la ciudad a la mezcla de gentes habida en su origen: «nobles romanos y crueles y fieros fiesolanos». La supuesta recepción de las gentes de Fiesole por la ciudad (IV 6) parece análoga a las asimilaciones que jalonaron los primeros tiempos de la historia de Roma tal como los describió Tito Livio. A partir del siglo XII —época a la que llega enseguida después de haber prestado cierta atención a las querellas entre el papado y el imperio en el siglo XI—, la *Crónica* pasa a ser mucho más sustancial y detallada. Desde entonces, las enemistades (y las *vendette*) entre las familias y las disposiciones constitucionales que los florentinos establecen, así como la defensa de sus libertades frente a las amenazas externas, pasan a ocupar el centro de la escena. Sin embargo, Villani aún hará incursiones en otras partes, y dejará constancia de los orígenes de las luchas que enfrentaban en Florencia a güelfos (partidarios del papado) y gibelinos (partidarios del imperio), así como de la causa que abrazaron las diversas grandes familias.[8] Florencia era una ciudad de mayoría güelfa, y las simpatías personales de Villani también iban con quienes abrazaban esta causa.

En el orgullo cívico de Villani y su evidente receptividad a la topografía de la ciudad y a la textura física de la vida urbana hay algo muy

8 Véase, por ejemplo, *Ibid.*, libro V, cap. XXXIX.

atractivo. Acepta —y a veces emplea como explicación— los tópicos que usó Salustio acerca de los peligros que encierra una excesiva tranquilidad y prosperidad, viveros del orgullo desmedido y la proliferación de facciones, aunque Villani tampoco puede por menos de deleitarse con sus manifestaciones. En 1300,

> nuestra ciudad de Florencia se hallaba en el mejor y más feliz estado que nunca había alcanzado desde que fuera reconstruida, ni antes aun, tanto en grandeza y poder como en número de gentes [30.000 es la estimación que da él, con 70.000 hombres en edad militar para el conjunto del territorio toscano controlado por la ciudad] ... el pecado de la ingratitud, con el acicate del enemigo de la raza humana, hizo que aqnella prosperidad pariera soberbia y corrupción, y ambas pusieron fin a las fiestas y el alborozo de los florentinos, que hasta entonces andaban en muchas delicias y refinamientos, en tranquilo y apacible sosiego, siempre entre convites, y cada año, cuando llegaban las calendas de mayo, en casi toda la ciudad se formaban pandillas y compañías de hombres y mujeres, con bailes y esparcimientos. Y sucedió que por mor de las envidias empezaron a aparecer parcialidades entre los ciudadanos ... (VIII 29)*

Hacia 1300, las parcialidades eran ya facciones, y empezaron a denominarse blancos y negros, de modo que podía haber güelfos blancos y güelfos negros. El cambio a categorías nuevas y hueras en apariencia resulta en un reconocimiento de que las enemistades y las *vendette* eran fundamentalmente las de las graudes familias —cuyos nombres, como de costumbre, Villani menciona— y sus adeptos y seguidores: la lucha entre facciones en Florencia tenía dimensiones de clases, de nobles contra ciudadanos y de ricos contra pobres. En los capítulos y libros siguientes, Villani retoma las descripciones de estas facciones, así como las de los tumultos y los derramamientos de sangre a los que dieron lugar (estas luchas también son tratadas en la posterior *Istorie fiorentine* de Maquiavelo, con una curiosidad política, como cabía esperar, más perspicaz y un grado de detalle no menor aunque sí menos «superficial»).

La Florencia de Villani es una ciudad no sólo de bandos y complejidades constitucionales, sino también de estandartes y emblemas bajo los que los ciudadanos se alinean y en torno a los que se unen en momentos de peligro y tumulto, convocados por las campanas de las pa-

* *Ibid.*, libro IX, cap. XXXIX.

rroquias que los emplazan a agruparse en milicias y procesiones.* Como afirma Villani, a fines del siglo XII, a veces la lucha de facciones se suspendía y daba paso a la fraternidad. Los florentiuos llegaron a familiarizarse tanto con sus guerras civiles que un día podían estar luchando entre ellos y el siguiente sentarse juntos a comer y beber mientras se contaban unos a otros las historias de su valor y sus hazañas en aquellas batallas.**

Villani ofrece una detallada relación de los cambios constitucionales realizados por la facción gibelina dominante en 1266 (VII 13). En un esfuerzo por parecer ecuánimes, los gibelinos designaron dos mandatarios (*podestadi*) por un cierto tiempo, aunque no eran candidatos imperiales, sino caballeros de una orden que oficialmente se denominaba de los caballeros de Santa María, bien que sus integrantes eran conocidos por el pueblo como *frati godenti di Bologna.**** Villani describe las vestiduras y las insignias de la orden, si bien puntualiza que como tal duró poco, porque el apodo daba cumplida cuenta del hecho de que «atendían más al goce que a cualquier otra cosa».**** Se fundaron colegios de las diversas artes y oficios (en parte los barrios coincidían con ocupaciones) que luego pasaron a convertirse en un rasgo persistente de la estructura de gobierno de la ciudad, aunque su número varió con el paso del tiempo. Villani los enumera junto con sus emblemas y los colores de sus estandartes: jueces y notarios, mercaderes de telas, cambistas (en cuyo estandarte se representaban florines de oro en campo de gules), los artesanos y mercaderes de la lana (una oveja de argén en campo de gules), médicos y apotecarios, sederos y merceros, y peleteros. Un tiempo después, se incorporaron los oficios menores, así como los mercaderes al por menor, entre ellos los carniceros (una cabra de sable en campo de gules), los maestros canteros y carpinteros (la sierra y el pico) y los herreros (unas tenazas).***** La más memorable de las descripciones de este tipo es la que Villani hace de aquel tótem cívico, el *carroccio*, que, en 1260, los florentinos llevaron consigo a la guerra contra Siena.

> [E]l *carroccio* que llevaban la república y el pueblo de Florencia era un carro de cuatro ruedas pintado de rojo que llevaba encima dos grandes

* Véase, por ejemplo, *ibid.*, libro VI, cap. 39.

** Véase, por ejemplo, *ibid.*, libro V, caps. 2 y ss.

*** O «joviales frailes de Bolonia»; Villani, *op. cit.*, libro VIII, cap. 13.

**** *Ibid.*, libro VIII, cap. 13.

***** *Ibid.*

astas también rojas de las que colgaba y ondeaba el estandarte con el escudo de armas de la república, que era en una mitad de argén y en la otra de gules, y que aún hoy se puede ver en San Giovanni [la catedral]. Tiraban del *carroccio* un par de grandes bueyes cubiertos con un paño rojo, que sólo se destinaban a ese cometido ... Este *carroccio* lo utilizaban nuestros antepasados en entradas triunfales y solemnidades, y cuando salían con los ejércitos, los condes y caballeros vecinos [por lo general excluidos de los asuntos civiles] lo sacaban del arsenal de San Giovanni y lo traían hasta la plaza del mercado nuevo, donde, deteniéndose en un mojón que aún hoy está, con la imagen labrada de un carro, se lo encomendaban al pueblo.*

Era custodiado por una guardia propia formada por los mejores hombres de la ciudad, y marcaba el lugar en el que las fuerzas o la población debían concentrarse. Un mes antes de que fuera colocado a la intemperie, una campana situada en una de las puertas de la ciudad tañía sin cesar día y noche.

> Y esto lo hacían en ostentación de su grandeza para dar ocasión al enemigo ... de prepararse. Algunos la llamaban Martinella, y otros, «la campana de los asnos». Y cuando las huestes florentinas marchaban, bajaban la campana del arco de la puerta y la colocaban en una torre de madera sobre un carro para que con su tañido guiara a las huestes. Gracias a estas dos pompas, el *carroccio* y la campana, se mantuvo el orgullo señorial del pueblo antiguo y de nuestros antepasados en sus empresas militares. (VI 75)

A la vista de este pasaje, la idea que Maquiavelo tiene de la superioridad de la milicia ciudadana frente a las tropas mercenarias, una idea que es presentada como enraizada en un nostálgico republicanismo romano, no resulta particularmente imaginativa en términos visuales. Pero cabe sólo conjeturar acerca de la impresión que este pasaje pudo dejar en la imaginación y la sensibilidad de Maquiavelo.

Otra posesión de la ciudad eran los leones. A diferencia de los leones vivos que se mantenían en la torre de Londres y eran propiedad del rey, los de Florencia eran leones republicanos. Uno de ellos justifica su lugar en la *Crónica* de un modo que la tradición ha consagrado como presagio. «Un joven y hermoso león» que el papa Bonifacio VIII había ofrecido a la municipalidad fue sorprendentemente atacado por un asno cargado de

* *Ibid.*, libro VII, cap. LXXV.

leña que, por miedo o por milagro, lo mató de una coz.* Los entendidos en cosas de mántica afirmaron que aquello no era un buen augurio para el Papa, quien, de hecho, murió al poco (IX 62-63).** La aparición del otro león, cuando Villani describe un acontecimiento excepcional que sucedió en 1258, parece más gratuita. Debido a la negligencia de su cuidador, el animal se escapó, y además de aterrorizar a los vecinos, atrapó a un niño, agarrándolo entre sus zarpas. Pero el caso fue que dejó que la madre del pequeño le arrebatara la presa sin hacer «ningún mal ni a la mujer ni al niño» (que después fue conocido con el nombre de «Orlanduccio del leone di Calfette»), y se quedó mirándolos inmóvil, tal vez debido a la «nobleza» de la naturaleza del león o por pura fortuna (VI 69).*** Había, sin embargo, un comentario político que añadir al margen: cuando uno de los miembros del gobierno supremo de la ciudad, renombrado a la sazón por su arrogancia, «mandó recoger y enviar a su villa una cancela que había pertenecido al lugar donde había estado encerrado el león y se hallaba entonces en el lodo de la plaza de San Juan, fue condenado a pagar mil libras por malversación de los bienes de la República» (VI 65). Se trata de un buen ejemplo de costumbres y convenciones republicanas: resulta difícil imaginarse a Lorenzo de Médici multado por quedarse con los escombros municipales de la plaza o que se considerara tal episodio digno de atención histórica. Sin embargo, el hecho de contar, como hace Villani aquel relato con cierto detenimiento sirve de manera excelente para deslindar y distinguir el tipo de crónica que escribe de la historiografía humanista que en la época de Lorenzo el Magnífico ya había hecho acto de aparición. La cuestión no era que Villani no tuviera puntos de vista amplios y diversos, sino que eran teológicos, astrológicos y apocalípticos, y no cabalmente políticos e historiográficos.

Rara vez se puede percibir la transición de un género a otro —en realidad se puede hablar de ella como la transición de la Edad Media al Renacimiento— de una manera tan relevante y marcada como al pasar, en el plazo de un siglo, de la *Crónica* de Villani a la nueva historiografía escrita en Florencia, lo cual no quiere decir que dejaran de escribirse crónicas. Se trata de una historia presentada en una prosa latina refinada y docta fundada en una perspectiva política neoclásica y un sentido de lo

* *Ibid.*, libro IX, cap. 62.

** Murió un mes después de sufrir el atentado de Anagni.

*** Corresponde al VII.LXIX de la edición crítica de la *Cronica Nuova* a cargo de Giovanni Porta, 3 vol., Fondazione Pietro Bembo, Ugo Guanda Editore, Parma, 1991.

que, emulando a Salustio y Tito Livio, supone en realidad el hecho de escribir historia. A mediados del siglo XX, el historiador alemán Hans Baron aclamó el carácter fundamental que había tenido la obra de Leonardo Bruni, erudito humanista florentino de comienzos del siglo XIII, en esta transición hasta el punto de erigirla en una suerte de «revolución copernicana» en la que el *Historiarium Florentinarum* («Historia del pueblo florentino») de Bruni fue uno de los hitos más importantes.* De esta afirmación deriva la expresión «humanismo cívico» que ha adoptado una serie de especialistas para expresar el tipo de sesgo político republicano y punto de vista moral de corte ciceroniano que consideran que representa la obra de Bruni. El historiador John G. A. Pocock ha examinado con detalle, en *El momento maquiavélico*, el recorrido que ha seguido esta actitud a través de Maquiavelo y luego en los debates de la oposición al poder ejecutivo en la Inglaterra del siglo XVIII y en la constitución de Estados Unidos.** Sin duda, en Italia, y a partir del siglo XVII en otras regiones de Europa, hubo un renacer del interés por el concepto de la antigua virtud romana y una identificación con la idea ciceroniana de una vida pública activa al servicio del estado. En fecha más reciente, el trabajo de los especialistas ha puesto en tela de juicio las afirmaciones que Baron hizo acerca de la originalidad única de Bruni, así como la importancia de lo que aquel consideraba su matriz política, la amenaza que representaba para la independencia de Florencia el poder y los propósitos agresivos del duque de Milán, Giangaleazzo Visconti. Aun en el caso de que no veamos en Bruni aquella figura copernicana excepcionalmente original que era para Baron, hoy se da por sentado que en la región central de Italia arraigó una ideología republicana articulada que halló expresión en los escritos de los humanistas que cambiaron el modo en que se veía la antigua Roma y se apelaba a su ejemplo, y entre ellos de una manera muy destacada en las obras de Maquiavelo.

Leonardo Bruni, al ser uno de los primeros italianos capaces de leer el griego, fue un notable erudito. Logró con mucho éxito recrear el estilo y las maneras de los historiadores antiguos, y era capaz de leer las obras de Tucídides y Polibio en su lengua original cuando hacerlo era una habilidad muy rara. Un siglo después, a Maquiavelo, si bien era un hombre

* Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance: Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of classicism and Tyranny*, Princeton, 1955.

** John Greville Agard Pocock, *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Tecnos, Madrid, 2002 (2008).

que había recibido una buena educación, no se le atribuye conocimiento alguno de dicha lengua. Si bien hace muchas referencias a la historia de Grecia —sabemos que leía a Plutarco—, en cambio, ni Tucídides ni Polibio tienen en su obra la presencia que cabría esperar a la vista de algunas de las afinidades que comparte con ellos en cuanto a talante e intereses. Por su parte, Bruni fue el maestro de Lorenzo Valla, el humanista más importante de Italia y un profundo conocedor de los textos clásicos, que realizó una traducción deficiente al latín de Tucídides, una traducción que comporta dificultades más que considerables.

Bruni estuvo al frente de la cancillería florentina, la secretaría de Estado, en la que, un siglo después, serviría también Maquiavelo. Entre sus responsabilidades figuraba la de mantener correspondencia con otros estados, de modo que en el desempeño de sus funciones fue muy importante su formación humanista en retórica clásica. El término *humanista* procedía de las «humanidades», uno de los componentes del currículo de estudios: en lo fundamental consistía en formación en materia de retórica latina basada en una estrecha proximidad con los modelos antiguos mejor considerados, en especial, Cicerón y Séneca, aunque incluía también a Salustio, Tito Livio y Virgilio. Esta formación contrastaba con la que se recibía al estudiar leyes, teología y dialéctica, las materias del trivio, que habían constituido la columna vertebral de la educación medieval, cuando la gramática y la retórica eran materias consideradas más elementales y a menudo se basaban en la enseñanza de fragmentos extraídos de las obras de autores antiguos. Beda el Venerable, por ejemplo, citaba a Virgilio, pero es más que dudoso que conociera la obra del poeta latino salvo en fragmentos.

La mejora del prestigio de la retórica estuvo fundamentalmente vinculada a lo que llamamos *humanismo*, que trajo consigo el estudio intensivo, la imitación y el intento de recuperar en su estado impoluto los autores clásicos autorizados. Desde la época de Petrarca, a fines del siglo XIV, los eruditos humanistas aspiraron no sólo a aprender de los escritores clásicos, al igual que habían hecho sus predecesores medievales, sino a recrear el espíritu, el estilo y el mundo moral de Cicerón y Séneca. En cierto sentido quisieron *ser* autores clásicos, imitar su elocuencia y adoptar como propios sus valores, y por ello prestaron atención, además de a las composiciones de carácter más público, a las cartas y a otras formas en las que se manifestaba la identidad de los autores clásicos. De Petrarca se decía que trató a Cicerón como su álter ego. La retórica, como arte de la persuasión, fue valorada en el mundo romano como la destreza política esen-

cial. El valor conferido, al menos en principio, a lo largo de toda la Edad Media a la vida ascética y contemplativa, que fue institucionalizada en el monacato y atacada después con vigor por Maquiavelo, fue reemplazado entre los humanistas por una aprobación de índole ciceroniana y republicana de la vida activa al servicio de la *res publica*, con sus cualidades precisas de nervio y voluntad, así como de elocuencia y espíritu cívico. A fines de la Edad Media, la vida de las ciudades-estado italianas constituidas en repúblicas —abierta y polémica, a veces peligrosa, con reveses súbitos y violentos de la fortuna, que en lo posible habían de ser dominados—, requería estas cualidades y, al mismo tiempo, les concedía una amplia libertad de acción.

Bruni y otros, utilizando crónicas anteriores, entre ellas la de Villani, reescribieron la historia de Florencia en latín y a la manera humanista y de Tito Livio, y lo hicieron desde una perspectiva humanista inspirada por la historia de la Roma republicana. No resultaba difícil percibir en las luchas que durante los primeros tiempos enfrentaron a Roma con sus vecinos una clara analogía con las condiciones de Florencia. El hincapié hecho en la historia republicana de Roma y no en la imperial venía en cierto modo a invertir el golpe dado por Eusebio y Orosio un milenio antes, cuando hicieron del imperio de Augusto y Constantino, respectivamente, una parte del relato providencial cristiano, al tratar (y acoger) el imperio como la condición necesaria para la difusión del mensaje y de la Iglesia cristianos. En Oriente, el imperio cristianizado había perdurado, al menos en teoría, desde entonces, y en Occidente Carlomagno lo había renovado, con la autorización papal. Al recurrir a los atribulados primeros tiempos de la república romana como modelo, el humanismo no sólo hizo renacer la ética de la vida pública tal como se había expresado en Cicerón, Salustio y Tito Livio, que hacían del honor y la celebridad los premios al servicio prestado, sino que planteaban, tal como, por ejemplo, defendía en su obra Polibio, la posibilidad de aprender lecciones políticas del éxito que Roma obtuvo al vencer y dominar a sus rivales. La correspondencia explícita que estableció Salustio entre la emulación republicana en la lucha por alcanzar el honor, las instituciones libres y la energía conquistadora de la que dieron muestra los romanos convirtió a Roma no en el eje central de la historia cristiana, sino en un ejemplo y una fuente de inspiración.* El mensaje era en especial adecuado para Florencia, cuya libertad cívica se había afirmado *contra* el poder resi-

* Véanse más arriba pp. 118-119.

dual del emperador, de modo que el sentir antigibelino era, como hemos visto en el caso de Villani, predominante, distaba aún de ser universal.

Maquiavelo iba a ser quien de forma más notoria llevara hasta un extremo la ética humanista de la acción en pos de la gloria, al negarse a pestañear siquiera ante la incompatibilidad, una vez llevada aquella ética a su extremo, con los principios cristianos, a tal punto que parece incluso deleitarse mientras la pone de manifiesto. Maquiavelo también trató de hacer de la historia de la Roma republicana, junto con los ejemplos extraídos de la historia de su tiempo, una base para lecciones de utilidad política permanente. Lo hizo de una manera sistemática en los *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio*, que concluyó en 1519, pero también en otros lugares de sus escritos. En las *Istorie fiorentine*, que publicó en 1532, se hace manifiesta con frecuencia esa misma aspiración. Después de Bruni, varios de sus predecesores en la cancillería habían escrito también este tipo de historias. Maquiavelo presentó la suya a Julio de Médici, que había sido elegido pontífice con el nombre de Clemente VII. La obra significó una rehabilitación parcial de su nombre en la corte medicea, pero nunca pudo reanudar la carrera oficial que había perdido en 1512 cuando los Médici habían vuelto a ejercer el poder en Florencia, una vez derrocado el régimen republicano para el que Maquiavelo había trabajado y a cuyo servicio había llevado a cabo misiones como embajador en Francia, Roma y ante el emperador Maximiliano. Asimismo había dedicado sus esfuerzos a crear una milicia ciudadana con la que Florencia pudiera liberarse de su dependencia de las fuerzas mercenarias que mandaban los *condottieri*. Su amigo e historiador Francesco Guicciardini tenía asimismo experiencia en misiones diplomáticas, que había llevado a cabo en nombre del gobierno florentino. La práctica de vigilar con atención a los estados vecinos mediante embajadores y legados acreditados era una idea nueva, nacida de las tensiones, preocupaciones y afanes generados por la existencia de una serie de estados independientes en estrecha y desconfiada yuxtaposición, con alianzas e intenciones que cambiaban constantemente.

Uno de los resultados de esta situación fue la articulación por parte de Guicciardini de una concepción, ya evidente para muchos, del necesario equilibrio (*contrapeso*) de poder entre los estados, gracias al que se podía preservar la independencia de cada uno y evitar que cualquiera de ellos llegara a ser demasiado poderoso. Entre las importantes obligaciones de un embajador se contaba la de escribir informes —que más adelante se iban a convertir en fuentes importantes para los historiado-

res—* en los que se exponían valoraciones acerca del poder y la preparación, las intenciones y propósitos, las intrigas y las luchas por ejercer influencia, que se estaban dando en el estado anfitrión. Sumada a una formación basada en los clásicos latinos, como instrucción en el arte de la retórica, y el estudio de los historiadores antiguos, estas evaluaciones aquilatadas constituían una preparación muy adecuada para luego escribir una historia contemporánea y reciente de Italia. La experiencia de la diplomacia había fascinado tanto a Maquiavelo como a Guicciardini, aunque el primero fue quien más convencido estaba de formular generalizaciones políticas para un uso futuro. Guicciardini, en cambio, era más escéptico, y ello le llevó a escribir de la misma manera una crítica de los *Discorsi* de Maquiavelo. La historia era el medio ideal para aquella evaluación de las configuraciones únicas de circunstancias que a su entender constituían la política. La *Historia de Italia* de Guicciardini —que en esencia es lo que llegó a conocer bajo la rúbrica «historia diplomática»— es en consecuencia inmensamente larga y detallada. Si bien la empezó a escribir en la década de 1530, concluye en el año de 1527, y fue publicada en 1561 con carácter póstumo.

La obra *Istorie fiorentine*, de Maquiavelo, alterna el tratamiento de los asuntos internos con los exteriores. En sus últimos libros es también muy detallada, pero el politólogo siempre lucha por desenvolverse en máximas generales y comparaciones a gran escala, que ofrece al comienzo de cada libro. Están hechas a la medida apropiada de los temas que, según ponían de manifiesto los acontecimientos principales, se proponía describir, y que se agrupan en la categoría de un problema político particular y se examinan de manera general antes de ser narrados. Estos temas incluyen el motivo por el que podían salvarse, mediante la conciliación, las divisiones internas existentes en Roma —un tema destacado en Tito Livio—, e incluso contribuyeron a alentar el espíritu guerrero de los romanos, mientras que las escisiones entre los florentinos no hacen más que debilitarlos (III); por qué los romanos mantuvieron y conservaron sus instituciones sin efectuar apenas cambios, mientras que los florentinos están transformando constantemente las suyas (IV); por qué los estados oscilan entre el orden y el desorden, a lo que la respuesta, facilitada primero por Salustio, es que «la virtud engendra tranquilidad; la tranquilidad, ocio; el ocio, desorden, y el desorden, ruina. Y de manera análoga, de la ruina nace el orden; del orden, la virtud, y de esta, la gloria y la bue-

* Véase más adelante p. 550.

na fortuna» (V). Esto conduce más adelante a una condena de los efectos peligrosamente seductores y enervantes de los afanes literarios, siguiendo en gran medida el espíritu de Catón el Censor, cuya ley de expulsión de los filósofos es mencionada con aprobación.

El libro VI aprueba los hábitos de rapiña y saqueo de los estados de la Antigüedad. Las guerras modernas, en cambio, son empohrecedoras porque a los vencidos se les perdona la vida y los botines se reparten entre la soldadesca; de ahí, en parte, la campaña de Maquiavelo contra el empleo de mercenarios. El libro VII se inicia con una advertencia contra las facciones que iba a reverberar a lo largo de los siglos y de manera especial en Gran Bretaña y América del Norte durante el siglo XVIII, hasta que en el siglo XIX la oposición constitucional adquirió condición respetable. Maquiavelo observa que cuanto más poderoso es el régimen, más se expresa la oposición sólo como conspiración, tema que, como él mismo reconoce, debería formar el preámbulo al libro VIII, en el que incluye la célebre —y por entonces aún reciente— confabulación de los Pazzi contra los Médici de 1478, aunque Maquiavelo se excusa alegando que ya había tratado de aquella cuestión en otra parte, a saber, en los *Discorsi*. Al dejar constancia más adelante de la conjura infructuosa de resultas de la cual, sin embargo, Lorenzo de Médici resultó herido y su hermano Juliano asesinado, Maquiavelo, en calidad de entendido en política, no puede dejar de desglosar las cualidades que requiere el asesino político: serenidad y sangre fría, valentía y resolución, y ánimo firme gracias a una dilatada experiencia en resolver los asuntos de la vida y la muerte (VIII 5).

En una descripción anterior, cuando expone la importante insurrección de los artesanos más humildes, los *ciompi*, en 1378, Maquiavelo hace gala de su talento y cualidades como experto, así como de su gusto irreprensible por las máximas a la hora de aconsejar un plan de acción, aun cuando no podamos imaginarnos que lo secunde en lo más mínimo. Uno de los cabecillas de la revuelta ofrece a sus compañeros consejo en un discurso que, si bien puede que contenga un elemento paródico de exageración, lleva con fuerza el sello distintivo de su autor:

> En nuestras deliberaciones debemos procurar un doble objetivo, la impunidad para el pasado y una existencia más libre y más feliz para el futuro. A mi entender, para hacernos perdonar las culpas antiguas, hemos de cometer otras nuevas, redoblar los excesos, multiplicar los robos y los incendios, y acrecentar tanto como sea posible el número de nuestros compañeros. De hecho, allí donde los culpables son tan numerosos no es posible castigar a

nadie. Los castigos son para las pequeñas faltas, y las recompensas, para las grandes. (III 13)]

Este es el maquiavelismo para las clases inferiores. El que habla concluye con una reflexión general sobre las virtudes castigadas y los vicios recompensados que nos lleva a sospechar que Maquiavelo se permite aquí parodiarse a sí mismo o quizá atisbar la expresión de su opinión real al seguro abrigo de la ficción que supone un discurso puesto en labios de un malhechor. Los caminos que llevan a la riqueza y el poder en el mundo son la perfidia y la audacia, el fraude y la fuerza. Los perdedores son los que no saben utilizarlos: «languidecen cobardemente en la servidumbre y siempre se ahogan en el fango de la pobreza. Los criados fieles siempre serán servidores, y los hombres honestos, siempre pobres. Y sólo escapan a la servidumbre los pérfidos y los audaces, y a la pobreza, sólo los codiciosos y los defraudadores» (III 13).

En amplia medida la parte anterior de la historia de Maquiavelo es conocida a partir de Villani, pero Maquiavelo realza con mayor claridad los papeles que el papado y los emperadores cumplían al mantener una Italia dividida por sus rivalidades, permitiendo con ello la independencia, de hecho, de las ciudades más grandes. En realidad rinde homenaje a la destreza diplomática gracias a la que los pontífices, que en un principio dependían de los emperadores, lograron situarse en una condición de paridad con ellos (I 9-11). Maquiavelo adoptó la práctica de inventar discursos e introducirlos mediante la cláusula «y así lo dijo».* Uno de los más destacados es el que se supone que fue pronunciado en 1343, durante la resistencia al duque de Atenas, cuando el populacho se alzó y abarrotó la plaza con estandartes que había hecho en sus casas después de que el duque les confiscara los anteriores símbolos de libertad e identidad comunal. Uno de los *podestati*** pronuncia un discurso largo y desafiante sobre la libertad tradicional de la ciudad, cuyos recuerdos son «los palacios públicos, los asientos de los magistrados, las enseñas de los órdenes libres», que impedirán que sea olvidada (II 34). «¿Con qué acciones esperáis contrapesar —interpela al duque— la dulzura del vivir libre, o borrar en el espíritu de los hombres el deseo de volver a su antigua condición?» No se acierta a discernir con qué estado de ánimo, si

* La expresión italiana que utiliza Maquiavelo es *«parló in questa sentenza»*.

** Magistrado que estaba al cargo del común formado por los ciudadanos, ejerciendo el poder jurisdiccional y militar; solía ser un forastero y desempeñaba el cargo por un breve espacio de tiempo.

nostalgia, amarga desazón o esperanza, escribió Maquiavelo este elogio de la libertad cívica.

Después de levantar acta de las luchas de facciones y de los cambios constitucionales experimentados en Florencia, que culminan con el ascenso de los Médici, en el libro V, Maquiavelo se centra en algo que en lo fundamental es historia diplomática contada con gran habilidad, y a la que confiere un sesgo irónico el desprecio que manifiesta hacia los ejércitos mercenarios, a cuyos caudillos y soldadesca sólo les preocupan sus propios intereses y que son capaces de cambiar de bando en cuanto les conviene. El resultado de todo ello es un estado que no es ni de paz ni de guerra, carente de tranquilidad pero también desprovisto de patriotismo o valentía: «Todas las guerras se hacían con tanta molicie que las iniciaban sin temor, las continuaban sin peligro y las terminaban sin pérdidas» (V 1). Después de una narración extensa y muy detallada, a la manera romana, al terminar una batalla muy reñida entre florentinos y las tropas del *condottiero* Niccolò Piccinino, Maquiavelo se deleita a todas luces ofreciéndonos la lista de bajas:

> En medio de aquella derrota tan completa, en un combate tan encarnizado que duró de las ocho de la mañana a las dos de la tarde, no hubo más muertos que un solo hombre, y aun no murió de las heridas o de algún golpe certero recibido en el combate, sino porque se cayó de la montura y, pisoteado por los caballos, expiró. Con cuánta seguridad combatían entonces los hombres. Montados a caballo y enfundados en cotas y armaduras, si veían segura la muerte, se rendían porque no había causa por la que debieran morir. Armas y armaduras les defendían cuando luchaban, y cuando ya no podían hacerlo, rendirse era su salvación. (V 33)

En las *Istorie floretine* de Maquiavelo, si bien se tratan a fondo las relaciones entre Florencia y sus vecinos, y pese a haber escrito unos diálogos sobre el *Arte della guerra*, hay en comparación poca historia estrictamente militar, y sin duda hay menos enfrentamientos reales que en Tito Livio. El tratamiento que Maquiavelo hace de las relaciones externas detalla la pauta continuamente cambiante de las alianzas y los motivos que las mueven. Los *condottieri*, los jefes profesionales de los ejércitos de mercenarios, dan la impresión de trabajar para terceros, aunque, a veces, actúan como si fueran soberanos de estados independientes, condición que muchos ambicionaban y alcanzaron. Maquiavelo aborda con ejemplar lucidez los cálculos y maquinaciones, las amenazas y las demostraciones, las traiciones y las relaciones encubiertas de los diversos gobier-

nos importantes. Se podría colocar todo esto bajo la rúbrica de «historia de un embajador». En el libro VI, por ejemplo, hace una magnifica exposición, aunque demasiado extensa para ser citada aquí, de los puntos de vista enfrentados en Florencia sobre si debían favorecer o no las aspiraciones del *condottiero* Francisco Sforza en el ducado de Milán, y en ella nos muestra cómo estaban condicionados por una interacción compleja de los intereses de Florencia como estado (VI 23). En este sentido, habla de manera admirable de los logros alcanzados por Venecia: «Por un tiempo fue casi su fatal sino que la República de Venecia perdiera en la guerra y que venciera en los pactos; y aquello que en la guerra perdía, después la paz se lo devolvía doce veces multiplicado» (VI 19). Maquiavelo cita Venecia por la estabilidad de las instituciones republicanas de la Serenísima. Como modelo político, la República veneciana iba a ser un legado para el discurso político del siglo XVIII. En la breve digresión que Maquiavelo hace sobre la historia antigua de Venecia, habla de la ciudad como una república que, «tanto por orden como por importancia, merece ser ensalzada por encima de cualquier otro principado de Italia» (I 28), aunque en aquellos últimos tiempos —es decir, en la década de 1520—, los venecianos vivían «a la merced de otros como el resto de príncipes italianos» (I 29).

Maquiavelo admira asimismo la destreza con la que los pontífices, al adoptar cierta política de equilibrio de poderes, lograron mantener a Italia dividida, y reconoce que si bien esta división precisamente es lo que hizo posible el libre desarrollo de las ciudades-estado italianas, en aquel momento, en cambio, las hacía vulnerables a la intervención de los estados transalpinos (los «bárbaros», tal como él y Guicciardini los denominan a veces [I 23, 28]). Muestra también una ambivalencia similar en cuanto a las divisiones internas de Florencia. En la medida en que provienen de la voluntad de emulación y de la avidez de distinción pública, las considera, siguiendo a Salustio, una fuente de vigor y fortaleza. Establece, sin embargo, una distinción entre éstas y la creación de una facción por medio del reparto de favores y el ejercicio de la influencia y el clientelismo, práctica objetable que, siendo un rasgo característico de Florencia, va en perjuicio de la ciudad. Esto sirve de preámbulo (VII) a una consideración acerca del ascenso al poder de Cosme de Médici, y claramente le apunta.

Dado que las *Istorie fiorentine* fueron escritas en cierto modo como apoyo a los Médici, Maquiavelo se muestra menos adulador y más independiente en sus juicios de lo que cabría esperar, algo en lo que, sin duda, influyó el hecho de que los soberanos mediceos fueran oficialmente re-

publicanos. Por ejemplo, en el elogio que hace de Lorenzo de Médici, con cuya muerte concluye el libro, habla favorablemente de la cuidadosa observancia por parte de Lorenzo de la «simplicidad de los usos y costumbres republicanos», pese a la munificencia de su patrocinio, y de su circunspección a la hora de no buscar enlaces matrimoniales con principados extranjeros para sus hijos. Sin embargo, aflora una amarga ironía cuando da cuenta del modo como concluyó la conspiración de los Pazzi contra los Médici. Cuando en la plaza del palacio llaman en su ayuda al pueblo al grito de «Libertad», como se había hecho en el pasado, nadie acudió, porque «uno [el pueblo] se había vuelto sordo por la prosperidad y la liberalidad de los Médici, y la otra, la libertad, en Florencia ya no la conocían» (VIII 8).

La muerte de Lorenzo de Médici en 1492 señala, a los ojos de Maquiavelo, un momento decisivo, porque, tal como lo expresa antes de terminar la obra, «Italia, privada de su consejo, no halló en aquellos que le sobrevivieron recurso con el que saciar ni frenar la ambición de Ludovico Sforza, gobernador del duque de Milán» (VIII 36). La invitación de Ludovico, como bien saben los lectores de Maquiavelo, fue la que condujo a la invasión de Italia en 1494 por Carlos VIII de Francia, a la que tanto Maquiavelo y Guicciardini retrotraen el origen del estado de abyección en el que se hallaba sumida Italia, a merced de las potencias extranjeras. Maquiavelo habla de la invasión como «aquellas malas semillas que desde hace no mucho tiempo arruinaron y aún siguen arruinado Italia» (VIII 38). En lo que a la elaboración e interpretación de estas consecuencias se refiere, los lectores podían dirigir su atención a la *Istoria d'Italia* de Guicciardini, que, publicada en 1561, empezaba allí donde concluía la de Maquiavelo.

Francesco Guicciardini, hombre de una condición social más distinguida que su amigo Maquiavelo, había desempeñado el cargo de embajador en España (1512-1513) ante el rey Fernando el Católico, pero el hecho de proceder de una eminente familia florentina y el estar en buenas relaciones con los Médici hicieron que bajo los pontificados de los dos papas mediceos, León X y Clemente VII, ascendiera muy alto en la jerarquía del gobierno de los estados y posesiones pontificios, como gobernador de la Romaña e intendente general de los ejércitos del Papa, y más tarde, como legado papal en Bolonia. Despues de su caída del poder, cuando se dedicó, en su retiro, como otros muchos antiguos historiadores habían hecho, a escribir su historia, habló con cierta ironía de la grandeza de su antigua condición, refiriéndose a sí mismo, al igual que lo hace en

su historia, en tercera persona; de modo que sus conciudadanos no le hubieran reconocido «con su casa llena de tapices y plata ... rodeado por una guardia de más de un centenar de lansquenetes, con alabarderos y oros soldados de caballería ... sin cabalgar jamás con menos de un centenar o centenar y medio de caballos a su lado; inmerso en el gobierno de organismos, títulos, "muy insignes e ilustres señores ..."». La eminencia que Guicciardini alcanzó al servicio de los papas encerraba cierta paradoja, porque, tal como lo explica en su historia, él despreciaba el estado de abyección en que se hallaban sumidos tanto el papado como la Iglesia en Italia, y llegó a condenar como pernicioso el papel que desempeñaba aquel en los asuntos de Italia. En privado afirmaba: «Si la posición que he desempeñado bajo los pontificados de varios papas no [me hubiera] obligado a desear mi grandeza por mi propio interés ..., hubiera amado a Martín Lutero como a mí mismo». En su dar cuenta por escrito de las políticas y los caracteres de los pontífices —después, por supuesto, de haber caído en desgracia— se muestra implacable, aunque en las referencias que hace a Lutero no se encuentra tampoco huella de aprobación.

La historia de Guicciardini tiene una extensión inmensa aunque sólo cubre cuarenta y cuatro años —el período comprendido entre 1490 y 1534—, lo que la hace ser también inmensamente detallada. Aun así, al centrar su atención por entero en las relaciones de los estados, fue el primero que escribió una obra en la que Italia era considerada como un todo. La caracterización general que Guicciardini hace del cambio histórico, a diferencia de la célebre insistencia de Maquiavelo en la noción de un ciclo de prosperidad seguida de ruina, nos alerta del compromiso de aquel con el análisis fino de los acontecimientos históricos y, por ende, con las explicaciones múltiples, que de hecho ofrece, aunque se ocupan sobre todo de la intersección de múltiples motivos, intenciones, cálculos, ideas falsas, impulsos irracionales y disposiciones psicológicas fugaces o duraderas. Pocas veces Guicciardini ofrece un solo motivo para explicar un acto o una acción, si puede pensar en tres o más. Los asuntos humanos, afirma al principio de su historia, son mutables, no muy diferentes de «un mar que es agitado por los vientos», y el lector de su obra llega a ponderar toda la fuerza de la analogía.

El compromiso de Guicciardini con lo particular, con la singularidad de cada situación, tiene dos consecuencias importantes. La primera, de la que es perfectamente consciente, consiste en una advertencia contra la confianza excesiva en los comentaristas y, lo que es aún más decisivo, en los hombres de estado: la arrogancia es señal de insensatez. La segunda,

que da sentido a toda la historia de Guicciardini, es el compromiso asumido de explicar a través de la narración, a través del relatar la densa particularidad de cada momento histórico importante.* Es indispensable una narración rigurosa y pormenorizada, y él la ofrece. Pero su historia tiene también un tema general. En la historia de Maquiavelo, pese a la atención que dispensa a los asuntos exteriores, el tema central es ante todo la lucha de facciones y la pérdida de libertad cívica, aunque tal vez no resulta tan evidente como lo habría sido si, además de reconocerlos, Maquiavelo hubiera examinado con mayor detalle los métodos que Cosme y Lorenzo de Médici aplicaban para manipular el gobierno y ejercer el poder de manera efectiva bajo una fachada republicana. Guicciardini está preocupado también por la libertad de su ciudad, que aborda como un rico oligarca; pero el tema central de su historia viene determinado por el período que cubre y por la atención que presta a los asuntos exteriores. Dicho con otras palabras, es la tragedia de la dominación extranjera de Italia, que Maquiavelo también sintió pero no detalló, y la reducción de los estados italianos a una condición de sumisión. Gracias a sus facultades extraordinarias de organización y una cantidad a todas luces ingente, aunque apenas si la muestra, de investigación, Guicciardini narra en un episodio tras otro las negociaciones complejas que hicieron posible aquel resultado final. Su obra constituye un hito historiográfico con el que sólo se pueden comparar los estudios de lo que se dio en llamar «el concierto europeo» o «sistema de estados europeos» en los siglos XIX y XX.

Pero la obra de Guicciardini, pese a su precisión, mesura, seriedad y decoro, es también en su totalidad un lamento, un aspecto que a veces aflora en una narración, en la que los «infames» son los gobernantes italianos, entre los que los pontífices romanos ocupan un lugar muy destacado, y cuyas ambiciones insensatas y cortas de miras hicieron posible que sucediera la tragedia. A veces se invoca a la fortuna, pero, aunque los soberanos deben tenerla en cuenta, la exposición de Guicciardini no es determinista: detalla las consecuencias de la locura humana, bajo muchas formas distintas. Y es el sentido de que aquella tragedia no tenía por qué haber sucedido lo que provoca la apasionada crítica que Guicciardini hace del cerril egoísmo de los soberanos de los estados italianos. Sólo la figura de Lorenzo de Médici, que se alza a modo de contraste y recuerdo, es colmada de elogios por la comprensión que alcanzó a tener de la nece-

* Sobre este punto, véase M. Phillips, *Francesco Guicciardini: politics and history in sixteenth-century Florence*.

sidad de un equilibrio de poder dentro de la misma Italia. Surgen hombres potencialmente fuertes, en especial César Borgia (figura central del capítulo VII de *El príncipe* de Maquiavelo) y el papa Julio II; pero ambos intentaron abarcar demasiado y fracasaron. No sólo ninguna de las medidas que toman los italianos está a la altura del peligro que se cierne sobre ellos, sino que, además, lo agravan a veces con su irreflexión, y a veces con su ignorancia. Como político activo y antiguo embajador, Guicciardini comprende a fondo el contraste entre apariencias superficiales y las consideraciones subyacentes, así como la multiplicidad de factores y presiones que deben calcularse y a las que es preciso responder, sin olvidarse de las falsas ideas, errores y rumores que enturbian y ofuscan el juicio.

La primera invasión francesa de 1491 fue en realidad pasajera, y, sin embargo, abrió las puertas de la península y puso de manifiesto la aplastante superioridad militar y la crueldad de las potencias transalpinas. Nada, Guicciardini constataba, volvería a ser ya lo mismo. Los franceses luchaban para vencer, quemaban casas y no hacían prisioneros; además, empleaban nuevas armas aterradoras que tenían un poder irresistible, y entre las que destacaba la artillería de campaña. Si armas como las máquinas de asedio eran bien conocidas y pesadas, el cañón francés, en cambio, disparaba proyectiles de bronce, era rápido y fácil de maniobrar, al ser tirado por caballos y no por bueyes. En consecuencia, «utilizaban esta arma, más diabólica que humana, no sólo en el asedio de las ciudades, sino también en el campo» (I). Este tipo de armas «hacía que todas las armas ofensivas anteriores que habían utilizado los antiguos resultaran ridículas». Guicciardini, de hecho, señala con agudeza aquellos avances de su época que superan el conocimiento y las técnicas del mundo antiguo. Señala tanto la pérdida por parte de Venecia del comercio de las especias frente a los portugueses que navegaban bordeando la costa meridional de África directamente hacia las islas de las Especias, como el ascenso de España al rango de potencia. Aquellos viajes habían puesto de manifiesto «que los antiguos se engañaban en muchos sentidos en lo relativo al conocimiento de la Tierra» (VI).

Resulta apropiado señalar que la historia escrita por Guicciardini, si bien en cierto modo era de raíz humanista, no fue una imitación ciega de los modelos por entonces al uso. Supo cumplir con la convención de preparar discursos, en los que se reconsideraban políticas y alternativas; pero su exposición y explicación de las complejas redes de relaciones diplomáticas son muy originales. El paso de un centro de poder a otro resulta excepcionalmente rápido y a veces, admitámoslo, desconcertante. Allí

donde la historia humanista es en general fluida y sin complicaciones, rozando a veces lo insulso y anodino, la técnica de Guicciardini, en cambio, es irregular, recortada y llena de crestas. La fuerza de la historia de Guicciardini es moral e intelectual; es una tragedia expuesta como una proeza tanto en la organización de masas de material muy detallado como en su compleja narración. Leerla es más un reto que un placer: una antigua leyenda contaba que a un prisionero se le dio a escoger entre ir a galeras o leer la historia de las guerras de Florencia contra Pisa que había escrito Guicciardini, y que tras haber leído unas pocas páginas suplicó que lo hiciesen galeote. Desde Tucídides no se había sometido a un análisis racional tan minucioso y frío la interacción entre una serie de estados pequeños, vulnerables, ambiciosos y temibles, que si bien tenían una lengua y cultura comunes, eran variables en sus respectivas constituciones. No encontramos nada que tenga una complejidad comparable en la explicación que Tito Livio dio de los albores de la República romana en sus luchas por la supervivencia y la expansión, aunque es preciso no olvidar que las descripciones de Livio, a diferencia de las de Tucídides y de Guicciardini, no eran contemporáneas, ni por asomo, a los hechos y acontecimientos que narraba. En general, sin embargo, las dificultades de traducir a Tucídides y la exigencia humanista de modelos latinos de elocuencia —junto con la preocupación de Maquiavelo (derivada de Tito Livio y Salustio) por la moral republicana, los éxitos a los que daba lugar y los peligros que para ella suponían esos éxitos— aseguraron que los historiadores romanos fuesen la principal fuente de inspiración de la historia en la tradición humanista hasta el siglo XVIII.

[illegible]

Resulta apropiado señalar que la historia escrita por Guicciardini, si bien en cierto modo era de raíz humanista, no fue una imitación ciega de los modelos por entonces al uso. Supo cumplir con la convención de presentar discursos, en los que se reconsideraban políticas y alternativas, pero su exposición y explicación de las complejas redes de relaciones diplomáticas son muy originales. El paso de un centro de poder a otro resulta excepcionalmente rápido y a veces, [illegible]

Quinta parte

EL ESTUDIO DEL PASADO

19

EL ANTICUARISMO, LA HISTORIA DEL DERECHO Y EL DESCUBRIMIENTO DEL FEUDALISMO

«El estudio del pasado», el título de este último grupo de capítulos, señala un nuevo comienzo. El uso, a partir del siglo XVI en adelante, de los métodos textuales del humanismo renacentista para revelar y comprender no sólo las obras de los antiguos filósofos y poetas, sino el pasado de Europa, que a partir de fines del siglo XVII empezó a ser designado con el nombre de Edad Media. Esta técnica consistía en la investigación histórica de los archivos, aunque la frase no llegó a ser de uso corriente hasta mucho después, y a través de este medio las investigaciones se podrían remontar en el tiempo más allá de los recuerdos del historiador o de su condición de testigo presencial, y liberar de la dependencia de historiadores y cronistas anteriores. Se trata de una gran transformación que es preciso preguntarnos cómo sucedió. Con posterioridad, su importancia para la historia no se tuvo en cuenta, en parte como resultado del hecho de centrarse en aquello que, a partir del Renacimiento, fue la fórmula dominante para escribir historia: la imitación de los venerados modelos antiguos, lo que significaba ante todo una narración política de la que se pudieran extraer enseñanzas morales. Pero en parte fue también una cuestión de intenciones limitadas y una relativa falta de conciencia de la propia identidad. En un amplio abanico de casos, los eruditos de los siglos XVI y XVIII, a los que por entonces se consideraba anticuarios o estudiosos de la Antigüedad, no adoptaron la investigación de archivos como una herramienta para analizar la historia, sino que la encontraron y ejercieron de manera fortuita, y sus motivos, tal como tendremos oportunidad de ver, a menudo fueron más políticos que «científicos», por utilizar el término con el que en el siglo XIX se designó el ideal de investi-

gación histórica una vez explicitado. En el siglo XVIII, este tipo de trabajo a menudo era menospreciado y era tachado con condescendencia, en comparación con la elegante imitación de los modelos clásicos, como burdo, inútil, pedante y, habida cuenta del estado en que se hallaban los manuscritos, sucio e impropio de caballeros.

El resultado a largo plazo, aun después de que hubieran cambiado las actitudes hacia la investigación de los archivos, fue la minusvaloración de los resultados del trabajo de los anticuarios —poco elegantes o incluso legibles—, y por tanto una perspectiva distorsionada acerca de la historia de los estudios históricos. Esto en particular alentó una visión exagerada —que contó con el pleno respaldo de quienes la protagonizaron— de la aclamada «revolución» en los métodos históricos durante el siglo XIX y, de manera especial, en Alemania. Sin lugar a dudas entonces Alemania se hallaba situada, con el apoyo del Estado, a la cabeza en la creación de instituciones para la implantación de la historia como especialidad y en el establecimiento de la enseñanza para los estudiantes de la emergente profesión de historiador —sobre todo en el célebre seminario de Leopold von Ranke en Berlín— con el uso crítico de las fuentes primarias y de la ética que la definía. Si bien esto tuvo una influencia inmensa, resulta dudoso que equivaliera a una revolución intelectual.* El trabajo de los especialistas durante el último medio siglo ha hecho posible que cambien el énfasis y las prioridades. De ahí que en el presente capítulo sea preciso tener en cuenta la obra y los motivos de los eruditos de los siglos XVI y XVII, aunque su obra no fuera muy distinta de las historias que hemos examinado y debatido en los capítulos anteriores, debido a que se hallaban constituidas no por narraciones disponibles y en potencia agradables, sino de manera característica por comentarios sobre temas filológicos y de la Antigüedad muy específicos. Sin embargo, es fundamental tener alguna idea de sus consecuencias.

Pero antes de ello es preciso que consideremos a fondo el género que en este período parecía el más adecuado para escribir historia: la narración política escrita emulando a los historiadores antiguos. La *Istoria de Italia* (*Historia de Italia*) de Guicciardini, si bien estaba integrada en la tradición humanista, es sumamente original. Después de este hito, la historiografía narrativa humanista durante los dos siglos siguientes se consideró en gran medida exigua en interés y obras, y dejó pocos monumentos, si es que dejó alguno, cuyo atractivo trascienda su período y las inquie-

* Véase el capítulo 25

tudes de los especialistas. Puede que sea un juicio un tanto indolente, aunque no soy el más indicado para contradecirlo. La fórmula que los humanistas prescribían a la hora de escribir historia era la imitación de los mejores modelos de la Antigüedad —y de manera muy especial la imitación de Tito Livio— mediante una fluida elocuencia y un centro de atención exclusivamente político. La historia era un género literario en el que la verdad ocupaba un segundo plano respecto a la efectividad retórica a la hora de proporcionar ejemplos que sirvieran de inspiración para el comportamiento bueno y excepcional. Y, para un lector contemporáneo, no son un conjunto de recetas apetitosas.

El feroz entusiasmo republicano que había dado tensión a la primera historia humanista decayó en la historiografía durante la era del Absolutismo en Europa, si bien continuó modelando las tradiciones europeas de pensamiento político hasta el momento en que se produjeron las revoluciones inglesa, estadounidense y francesa. En Francia, el cargo de historiador del rey —que en Inglaterra fue creado en 1661— fue desempeñado por algunas figuras distinguidas —y subversivas—, desde François Hotman, en el siglo XVI, hasta Voltaire en el siglo XVIII. William Robertson, en quien pronto centraremos nuestra atención, fue el historiador real de Escocia a mediados del siglo XVIII. Pero aquel título era potencialmente un obsequio de doble filo para Clio: por un lado, el patrocinio y el mecenazgo de la Corona, pero también la posibilidad de controlarla. En la Inglaterra de los Tudor y en la Francia de Luis XIV, los historiadores más prudentes recababan de antemano la aprobación de la autoridad cuando se disponían a tratar cuestiones delicadas. El reinado de Ricardo II, que había sido derrocado, era un asunto peliagudo y delicado en tiempos de la reina Isabel. Un historiador francés, Nicolás Fréret, acabó encerrado en la Bastilla en 1714 por sus opiniones e ideas indiscretas sobre el carácter germánico —y, de hecho, tacitiano— de la sociedad francesa y su rechazo rotundo a que sus orígenes fueran troyanos: la *Germania* de Tácito, monografía cuyo texto era de nuevo accesible desde principios del siglo XVI, era conocida por sostener que entre los germanos no había habido monarquías hereditarias. Un profesor de Cambridge, Isaac Dorislaus —sospechosamente holandés y, por tanto, contaminado de republicanismo— vio cómo suspendían sus clases debido a aquel mismo delito en 1627, un siglo antes de la caída en desgracia de Fréret.

El hecho de examinar a fondo este género no nos hará desdeñar en su conjunto la narración histórica humanista como unos ejercicios literarios anodinos de pedagogía o adulación. El autor del estudio más exhaus-

tivo de la historiografía humanista en la Italia del siglo XVI,* la considera relativamente libre de la evidente censura política y alerta contra tomar demasiado al pie de la letra las devociones que se repiten hasta la saciedad en prefacios como una guía de lo que hay más allá de ellos. A fines del siglo XVI y durante todo el siglo XVII, la costumbre cada vez más extensa de admirar los *Anales* y las *Historias* de Tácito como modelo, en lugar de las obras de Tito Livio, introdujo una agradable diversificación, aunque el entusiasmo por Tácito se expresó también en colecciones de máximas acerca del comportamiento político: era mucho más seguro citarlo a él que a Maquiavelo. Algunos historiadores y comentaristas aspiraron a una brevedad epigramática de corte taciteano y a hacer sutiles retratos psicológicos, ámbito en el que, sin embargo, Guicciardini también podía ser una fuente de inspiración.

Había una fascinación particular por el disimulo, tal como a veces se pone de manifiesto en las memorias del período, que, al ser a menudo más disimuladas y secretas resultan más interesantes que las historias. Las *Memorias* del cardenal de Retz, uno de los dirigentes de los parisinos durante los disturbios que jalonaron la minoría de edad de Luis XIV en la década de 1640, son de una candidez maravillosa, como la que muestra, por ejemplo, al contar de qué manera, en su condición de repartidor de limosnas en nombre del arzobispo de París, había aprovechado su posición para forjarse una clientela política. Un interés por los motivos cortesanos y por los contrastes entre la profesión pública y la intención particular eran los más indicados para la época del absolutismo moderno, por otra parte, no tan diferente de la época en que Tácito había vivido, cuando, como el propio escritor romano reconocía, el desempeño del gobierno estaba en manos de la curia y no de la plebe, y se manifestaba en la oratoria. Los *arcana imperii*, los secretos más ocultos de la política despótica, ejercían fascinación precisamente porque estaban vedados. Aun en la Inglaterra parlamentaria del siglo XVIII, el conde Bolingbroke, que había presidido un gobierno, compartía el esnobismo de Polibio hacia los meros eruditos «que rara vez tienen los medios de conocer aquellos pasajes privados de los que todas las transacciones públicas dependen ... No ven el funcionamiento de la mina, pero su industria recoge la materia que es expulsada».** Sin embargo, era asimismo verdad, o al menos lo era en

* E. B. Fryde, *Humanism and Rennaisance Historiography*, Hambledon, Londres, 1983.

** Henry John Bolingbroke, *Letters on the Study and Use of the History*, carta núm 5.

Francia, que los registros y documentos públicos del pasado se estaban organizando mejor a fin de permitir que los examinaran e inspeccionaran eruditos acreditados, que a veces eran también los encargados de cuidarlos y conservarlos. Los soberanos de las casas de Valois y Borbón reconocieron el valor que el pasado tenía como un arsenal potencial de propaganda, así como el de los archivos como un recurso práctico necesario aun cuando fuera preciso tratarlos con sumo cuidado.

Dos de las historias de tipo narrativo taciteanas más interesantes del período fueron escritas a principios del siglo XVII: la *Historia Regni Henria Septimi Angliae Regis* (*Historia del reinado del rey Enrique VII de Inglaterra*) escrita por Francis Bacon y publicada en 1622, y la *Istoria del Concilio Tridentino* (*Historia del concilio de Trento*), la obra que el veneciano Paolo Sarpi publicó en 1619 sobre el gran y dilatado concilio que la Iglesia celebró entre 1545 y 1563, tras la irrupción de la Reforma luterana, y que renovó las armas de la Iglesia católica. Bacon, sin embargo, no abrió nuevos caminos en lo que al empleo de las fuentes inéditas se refiere. Si bien utilizó algunas, su obra en gran parte se apoya en las crónicas disponibles. En cambio, el retrato psicológico que hizo del rey dejó una profunda y tal vez indeleble huella en las generaciones posteriores: nos muestra a Enrique como un ser avaricioso, mezquino, prudente, receloso y reservado —parecen los elementos del retrato que Tácito hizo de Tiberio—, aunque Bacon tiene en cuenta asimismo sus mejores cualidades humanas. El comentarista actual más destacado de Sarpi, David Wootton, nos lo presenta diciendo que fue durante toda su vida un redomado artista del disimulo, ya que siendo fraile fue, según cuenta Wootton, un ateo convencido. En su historia del Concilio, que para mayor consternación de Sarpi vino a sentar los fundamentos de la Contrarreforma católica, Sarpi descuella en la disección de la psicología y los motivos —al estilo de Tácito y Guicciardini—, así como en la descripción de las ironías de una historia que hace que las esperanzas todos los actores acaben quedando frustradas. Wootton percibe una razón más de originalidad en la descripción que Sarpi hace de cómo no sólo los motivos meramente individuales sino también los intereses colectivos que representan gobiernan a los individuos, es decir, de cómo es la necesidad burocrática la que rige sus actos.

La cortesía comedida no siempre fue un rasgo de la historiografía humanista. Las guerras civiles en la Francia de fines del siglo XVI dieron lugar a una abundante corriente de historias contemporáneas muy parciales. Sin embargo, la mayor contribución del humanismo a la historia en

los siglos XVI y XVII no fueron las formulas neoclásicas para la historiografía narrativa, sino la aplicación de los métodos de la erudición crítica humanista al estudio del pasado. Si bien sus efectos, que aún nos acompañan hoy en día, no se dejaron sentir de forma plena hasta el siglo XVIII, supusieron una innovación tan importante que requiere que le prestemos mucha atención, aunque no exista una única obra, y menos aún una fácilmente accesible, del período en la que el lector no especializado pueda hallar compendiados y resumidos sus principios, aplicaciones y logros. Lo que de veras interesa aquí es una tradición de práctica que se halla en expansión y sus aplicaciones cada vez más amplias, y no un corpus de obras imperecederas.

Así, al igual que los primeros siglos del cristianismo, al culminar en el compendio histórico del mundo ofrecido por Orosio, marcaron una nueva época en la concepción que se tenía del pasado y del modo de enfocarlo* —una época que iba a durar más de mil años—, ahora es preciso que examinemos el comienzo de la Edad Moderna en el estudio del pasado. Si bien desde entonces ha habido cambios, en especial cambios relativos a la fundación de una profesión dedicada a la historia, que más adelante examinaremos, no hubo nada que tuviera una influencia transformadora comparable. La principal novedad la expresa la frase «el estudio del pasado» que ya vimos por encima, y cuyo sentido y contenido ahora debemos desvelar.

Los impulsos hacia la historiografía que encontramos en Heródoto derivan de la investigación y la conmemoración, aunque los primeros se hallan al servicio de los segundos. En cierto modo, toda la historia más allá de lo que es mera transcripción tiene que ser en algún sentido investigación, más o menos profunda o superficial, pero tal como hemos visto, durante un largo período de tiempo, y no sólo en las narraciones históricas humanistas, dominó el aspecto de la conmemoración. La historia era la recuperación y presentación de lo que merecía ser recordado, frente al despiadado fluir del tiempo. Que el pasado fuera inerte y potencialmente se pudiera revivir durante mucho tiempo tuvo más bien poco sentido hasta que el investigador y el historiador lo resucitaron en documentos y archivos. De ahí que el acto de dejar constancia y escribir historia pudiera parecer una lucha contra un olvido que de otro modo lo envolvía todo. Ahora bien, si bien iban a transcurrir aún más de dos siglos hasta que se cobrara conciencia de cuál era su pleno potencial, sin embargo, el im-

* Véase más arriba p. 237.

pulso de investigación se fue haciendo inaplazable, guiado y controlado por los métodos que los humanistas habían ideado y desarrollado a partir de fines del siglo XIV en adelante.

En un principio esta característica esencial del oficio del historiador no provenía de un impulso que resulta del todo acertado denominar histórico, sino más bien del impulso de recuperar, admirar e incluso imitar. Es mucho más sencillo, al principio, denominarlo un impulso literario y moral más que histórico, un impulso que se aplicó sobre todo a los documentos pasados —textos— que eran en un sentido amplio literarios, entre ellos las obras de los historiadores clásicos. El método empleado fue filológico y el principal agente purificador en la búsqueda de un texto auténtico era la detección del anacronismo. Y ello sólo lo hacía posible una sensibilidad cultivada, producto de la erudición, capaz de saber aquello que la gramática, el estilo y la dicción del latín de la época (en concreto) republicana tardía hacía posible o, aún más importante, imposible que un maestro literario o un romano culto hubiera escrito o querido decir. (Y por encima de cualquier otro Cicerón era en este sentido el modelo valorado.) La demostración singular y más espectacular del poder de la erudición crítica a la hora de reconsiderar el pasado a través de la detección de anacronismos fue su aplicación no a un texto clásico y literario, sino a un documento de carácter político que resultó ser de época medieval. Se trata de la célebre demostración realizada por Lorenzo Valla, el gran humanista italiano de principios del siglo XV, de que la «Donación de Constantino», el documento por el que el emperador Constantino había conferido la autoridad en Occidente al papa Silvestre I no podía pertenecer al siglo IV d. C. y por tanto era una falsificación de época medieval. A largo plazo, la aplicación de las técnicas del humanismo crítico a los textos fundacionales del cristianismo compilados en el Nuevo Testamento, sobre todo de la pluma de Erasmo de Rotterdam a principios del siglo XVI, tendría efectos aún más trascendentales. Pero en la historiografía general el avance que más influencia ejerció y comportó una transformación más profunda —al principio, durante el siglo XV, en Italia y después durante el siglo XVI en Francia— iba a ser la aplicación de estas técnicas al corpus de jurisprudencia romana, el *Corpus Iuris Civilis*, que había sido compilado en época del reinado del emperador Justiniano y transmitido desde entonces como fuente fidedigna y autorizada.

La erudición humanista era un poderoso disolvente de las ideas y opiniones recibidas del pasado y de las versiones de los textos pasados. Los textos del mundo antiguo que los humanistas tenían en más alta estima y

entre los que se contaban los del derecho romano, eran en sus encarnaciones modernas resultado de siglos de transmisión y trascripción. De ahí que tendieran a estar sobrecargados de comentarios bien intencionados aunque anacrónicos, interpretaciones, interpolaciones y malentendidos así como errores de escribanía y falsificaciones, que a los ojos del erudito humanistas eran como el légamo y las incrustaciones debajo de las que se podía ver el oro impoluto. El método para obtener ese precioso material era la arqueología literaria llevada a cabo con una pasión moral y estética que tenía por meta recuperar y hacer asequible para la imitación los usos y estilos literarios y los valores culturales y políticos de aquel preciado período. Por ello los humanistas desarrollaron un agudo sentido de lo que cabría llamar las «patologías» de la transmisión cultural: las vicisitudes, los infortunios y los maltratos infligidos con buena intención y por burda ignorancia así como las manipulaciones deliberadas —exentas de todo sentimiento de culpa— a que había permanecido sujeto por espacio de más de quince siglos la inestimable sabiduría y herencia literaria de los antiguos.

La aplicación de métodos filológicos a la reconstrucción, en su debido tiempo, no sólo de la literatura romana sino de la historia de Roma y al final del pasado europeo más reciente —aunque a menudo remoto aún— fue en general un proceso de ampliación y transferencia. Los métodos de la erudición humanista se aplicaron de manera natural a los textos legales romanos y a través de ellos a una mejor comprensión de las instituciones romanas a los que aquellas leyes hacían referencia. Entonces, fuera de Italia, sobre todo en la Francia del siglo XVI, y transcurrido medio siglo después en Inglaterra, las prácticas de la erudición histórica jurídica llegaron a aplicarse a los antecedentes bárbaros y medievales de las instituciones y costumbres legales modernas. En lo que queda del presente capítulo nos dedicaremos sobre todo a tratar de cómo fue ello posible, por qué motivos y qué consecuencias finales tuvo para el futuro general de la comprensión del pasado europeo.

A modo de resumen en este punto de la primera parte de la argumentación podemos decir que la arqueología literaria condujo y proporcionó las herramientas para la arqueología jurídica, y el humanismo jurídico condujo a su vez al estudio no de los acontecimientos sino sobre todo de las instituciones, las más importante de las cuales en la Edad Media, a saber, las instituciones feudales, eran tan omnipresentes como para constituir aquello que el siglo XVIII llegaría denominar «el estado de la sociedad». «El estado de la sociedad en la[s] época[s] feudal[es]», por ejem-

plo, es una moneda de uso corriente en el lenguaje del siglo XVIII aunque iban a ser necesarios dos siglos de activa erudición, en su mayor parte jurídica, para hacer inteligible aquello a lo que llega a aludirse de una manera tan despreocupada. Concomitante con esa erudición fueron también, por un lado, la diseminación inmensamente acrecentada de todo tipo de información, incluida la docta y erudita, que siguió a la invención de la imprenta a fines del siglo XV así como, en términos generales, la mejor organización y un mayor acceso a los archivos, aunque siguieran habiendo muchos obstáculos. En estos avances iba a radicar el futuro de los estudios históricos y, en realidad, la posibilidad misma de estudiar de manera sistemática el pasado. Más adelante pasaremos a examinar las consecuencias a largo plazo que tuvo en relación a aquello que, hasta el siglo XVIII, permaneció relativamente inalterado en su carácter humanista, más imitativo que investigador, profundamente impresionado por sus precursores clásicos, nos referimos a la historiografía narrativa.

Empecemos, sin embargo, por la noción de humanismo legal o jurídico. Más adelante, la erudición jurídica iba a verse notablemente envuelta en los conflictos políticos, a la vez que estimulada y arropada por ellos, sobre todo en Inglaterra, pero al principio la aplicación de las técnicas humanistas a los textos jurídicos parece haber sido motivada por el mismo entusiasmo que suscitó la recuperación y purificación de la herencia y el legado del mundo romano que en general había inspirado al humanismo. Pero las consecuencias de esta aplicación en Francia, sobre todo en las décadas centrales y las postrimerías del siglo XVI en la Universidad de Bourges, iban a resultar irónicas. Las investigaciones realizadas para descubrir y aplicar el saber legal de los romanos, purgado de la escoria que suponían los comentarios medievales, que, de hecho, habían formado parte del proceso de la adaptación y aplicación del derecho romano en las sociedades más recientes, terminó con la identificación de un derecho romano tan puro que de hecho era manifiestamente ajeno, un derecho que era el de una sociedad pasada y diferente. Purificar, sin quererlo, produjo un modo desconcertante de hacer historia y poner distancias. Algunos juristas se rebelaron contra aquel hecho de manera rotunda. François Hotman, por ejemplo, en su *Anti Tribonian*, publicado en 1567, proclamó que el derecho romano, al ser el derecho de otro tiempo y de otro lugar, era del todo inútil para la jurisprudencia francesa y centró su atención en el estudio del derecho autóctono, consuetudinario, introducido por la costumbre.

De hecho, el estudio del derecho romano al modo humanista lo convirtió en histórico en un doble sentido: no sólo lo hacía remoto en el tiem-

po, sino que se relativizó en términos históricos. No era un ideal, congelado en el tiempo, sino el producto mismo de una larga historia legal en cuyo transcurso Roma se había modificado profundamente. Como *corpus* había sido recopilado sólo al final por los legistas de Justiniano, que a veces parecían perplejos sin comprender de lo que estaban tratando. Por tanto no hubo un único momento generador de jurisprudencia, disponible de manera permanente, una vez recuperado y devuelto a su condición original, para su uso en el presente.

Había cierto paralelismo en este punto con las disputas entre humanistas acerca de la autoridad que cabía conferir a las obras de Cicerón: ¿el latín de Cicerón era el obligatorio en todo momento? Admitir que debía serlo se consideró una opinión insosteniblemente extrema y en consecuencia fue ridiculizada, pero los problemas de los juristas eran más graves. Al trabajar con un modelo ideal aunque podría alegarse excesivamente restrictivo, era posible escribir prosa latina que pasaría por la que se escribía en el siglo I a. C., aunque a costa de la flexibilidad del latín coloquial que en ciertos círculos era aún una lengua viva, círculos que ahora eran estigmatizados como bárbaros. Pero aun en el caso de que se pudiera identificar el modelo jurídico ideal, los juristas no podían eludir las cuestiones de su aplicabilidad a una realidad contemporánea que se mostraba espinosa e insoluble de tratar. Las alternativas eran o bien relegar el derecho romano a la condición de un estudio puramente académico o bien hacer frente a las necesidades que imponía su adaptación tal y como los glosadores medievales había hecho en su época.

Una de las consecuencias de hacer del derecho romano un fenómeno histórico y no un modelo intemporal, así como de la creciente percepción de realidades espinosas y difíciles, de un origen probablemente más reciente, a las que aquél no podía adecuarse, fue reconocer que en gran medida las leyes, las costumbres y las instituciones características de las naciones modernas tenían que derivar de los antepasados bárbaros de estas naciones, o al menos haber evolucionado a partir de la fundación de los reinos bárbaros, sin que tal vez debieran nada a Roma o a los edictos imperiales. Una conclusión posible era exaltar el derecho consuetudinario local como adecuado al pueblo o los pueblos que vivían conforme al mismo. Y esa fue la solución que adoptó Hotman. Era preciso hacer frente a la acusación de barbarie, en cierto sentido cierta, y la docta atención histórica debía de ser reenfocada, dejando de fijar la atención en Roma y el imperio —podríamos decir— y centrarla en la Alta Edad Media. Al discernir el carácter ajeno y extraño de gran parte de los códigos jurídi-

cos de época romana tardía, los juristas franceses del siglo XVI en cierto modo descubrieron la historia medieval —aunque no aún con ese nombre— y reconocieron la Europa medieval no como un mundo meramente ignorante, bárbaro y lleno de oscuridad, sino también como un mundo creativo. Para los juristas que deseaban discernir los orígenes y los principios rectores de sus propias leyes, la Edad Media era fundamental.

En todo esto había una dimensión patriótica y a veces también populista. El derecho civil romano, en las compilaciones de la antigüedad tardía en las que había sido principalmente heredado, tendía a ser, como es lógico, marcadamente autoritario. Entre las máximas del derecho romano se incluía la notoria «quod principi placuit legis vigorem habet» («lo que place al príncipe tiene valor de ley») y la idea de que el príncipe era «legibus solutus» (estaba por encima de la ley y del derecho). La ley consuetudinaria, en cambio, tendía a aprobar los derechos y privilegios particulares y comunales heredados; a ser, de hecho, de talante feudal. Imperial y consuetudinario era en cierto sentido antítesis al igual que lo eran las versiones rivales troyana y bárbara, de los orígenes de las naciones y de las monarquías europeas. La vinculación troyana, siguiendo el ejemplo establecido por Virgilio, encarnado en Brutus, Francus y otros epónimos de príncipes troyanos emigrados, era halagüeña, al vincular el pueblo o nación de los que se tratara con los romanos, por su relación como primos de Eneas y ser descendientes comunes de Príamo. A principios de la Edad Moderna, cuando la erudición humanista fomentó un escepticismo cada vez mayor y la desestimación final de los legendarios principitos troyanos, que eran desconocidos tanto para la historia como para la literatura antiguas, y a medida que *Germania* la nomografía que Tácito escribió se divulgó más y cobró influencia, la «libertad» original de los germanos empezó a emprender aquella larga carrera que iba a tener en la historiografía europea.

No debemos, sin embargo, presentar una imagen en exceso simplificada de los eruditos humanistas como si pulieran tratando de sacar brillo a la prehistoria de Europa empleando el método filológico como piedra de abrillantar, sus propias obras podían ser fuentes de nuevas confusiones y nuevas falsificaciones. Además no eran sólo los consabidos troyanos los que habían dado reyes y pobladores legendarios a la Europa precristiana y aún no cultivada e instruida. Todos ellos debían, al menos en teoría, tener una genealogía que los hiciera remontar hasta Noé, y algunos eran presentados explícitamente como sus descendientes directos, porque la Biblia, al igual que la obra de Virgilio y el mito clásico, era una de

las principales fuentes para la historia primitiva, a la que aportaba gigantes (que al parecer debieron de ser muy comunes) y casi parientes de Noé como su nieto Gomer, que acabó siendo considerado el padre de los galos. Para el estudioso de la antigüedades del siglo XVI, John Bale, la Britania de época anterior a los troyanos había sido fundada por Samothes, hijo de Jafet, hijo a su vez de Noé, uno de cuyos descendientes, Druys, fundó la orden de los Druidas. Las genealogías imaginarias no fueron abandonadas sin renuencia, en parte porque una comprensión cabal del auténtico canon clásico requería erudición y tiempo, y en parte porque la alternativa, dejando a un lado el descubrimiento de la monografía *Germania*, no eran tanto nuevos conocimientos como el vacío. Con el potencial del ahondar arqueológico aún por reconocer —aunque la importancia de los objetos (en especial los objetos clásicos) en calidad de testigos empezaba a ser apreciada— prácticamente no se podía conocer nada acerca del período anterior a los romanos del pasado de las naciones en la Europa septentrional. Durante la década de 1570, en la historia que sobre Escocia escribió George Buchanan, un consumado humanista escocés de formación francesa, aunque también era un historiador protestante, parcial y poco de fiar, de la época en la que vivió, a saber, el reinado de María Estuardo, elaboró con aparente seguridad una lista de cuarenta reyes escoceses legendarios anteriores a la era cristiana que llevaban nombres como Thereus, Durstan, Mogallus y Athirco. Sólo empezó y aún con cierta renuencia a perder seguridad en esta lista después de que los nombres que había propuesto fueran rechazados por el estudioso galés de las antigüedades, Humphrey Llwyd, que menospreciaba las pretensiones escocesas, aunque con Godofredo de Monmouth sentía colmadas sus aspiraciones.

El mundo del humanismo del siglo XVI era un mundo abundante en el que resultaba a menudo complejo orientarse, aun en el caso de ser un erudito, y de manera particular si nos referimos a obras que se traslapan con la historia narrativa como, por ejemplo, las topografías históricas, las etimologías, las «historias universales» e incluso los inicios de las bibliografías anotadas. Se ha convertido en costumbre entre los especialista modernos distinguir de manera insistente en este período y hasta el siglo XVIII, entre las historias narrativas modeladas a la manera neoclásica y el saber del humanista estudioso de las antigüedades que no aspira a la elegancia. Se trata de una distinción que los propios contemporáneos señalaron y que, del lado de los historiadores, fue reafirmada con un copioso abuso de saber inútil, pedante y burdo. En sus *Letters on the Study and*

Use of the History (*Cartas sobre el estudio y el uso de la historia*), lord Bolingbroke, cuyos modelos historiográficos no eran otros que la trinidad de autores venerados por los humanistas —Salustio, Tito Livio y Tácito— y que postuló que la visión de la historia que tenía un estadista en el exilio era útil por los instructivos ejemplos que podía transmitir, denunciaba a los eruditos que «hacen bellas copias de manuscritos viles, dan la explicación de las palabras difíciles, y se toman otras pesadas atenciones para la corrección de los libros y la exactitud gramatical» porque el carácter inferior y subalterno de su trabajo. Aun en el caso del más eminente entre ellos, y menciona a Scaliger, uno de los eruditos más destacados del Renacimiento, Bolingbroke está preparado para mostrar «un completo menosprecio por todas las ocupaciones de la vida de estos sabios, por todas las investigaciones sobre la Antigüedad, por todos los sistemas de cronología y de historia», y afirma que preferiría antes cometer toda clase de errores y anacronismos «que sacrificar la mitad de mi vida a reunir todos los retazos de saber que llenan la cabeza de un anticuario» [carta I]. Ahora bien, las fórmulas y recetas que los humanistas pensaron para la historia, sin embargo, tendemos a encontrarlas depresivamente imitativas, mientras que parte al menos del trabajo seguramente desordenado y misceláneo de los anticuarios está preñada de reevaluaciones del pasado europeo.

Los antepasados importaban, incluso los más remotos. La Europa medieval era una sociedad legalista en la que los derechos y, por tanto, gran parte de la estructura de obligaciones reconocidas se justificaban por medio de los títulos heredados existentes y no a través de un principio filosófico, salvo específicamente en aquellos contextos en que prevalecían el derecho romano y el derecho canónico. A veces el único testigo de tales derechos era la costumbre, de modo que a falta de un apoyo documental que los respaldara fueron considerados como escasamente fundados, lo qne en realidad fue un acicate para la falsificación, al menos en su forma benigna de garantizar de manera aparente lo que ya era propiedad de alguien y no en la de reivindicar aquello que no lo era.

En el escalafón político más alto, los documentos como, por ejemplo, la falsa «Donación de Constantino» pudieron ser un fuerte apoyo o incluso ser considerados esenciales para una demanda vital. Cuantas veces nos han contado cómo el rey Eduardo I de Inglaterra deambulaba por los monasterios, lugares en los que era más probable que este tipo de «memoria» documental se hubiera preservado, aunque fuera en la forma de una costumbre de la que se había dejado constancia, en busca de pruebas que apo-

yaran sus derechos a ser el señor de toda Escocia y en cuanto tuvo oportunidad, destruyó los archivos escoceses. En los siglos XVI y XVII, la caza de precedentes y la búsqueda de autoridad documental se convirtieron, en algunos contextos, en perentorios al tiempo que apelaban a los recursos de las aptitudes interpretativas modernas y la erudición, que si bien se habían afinado en el estudio del derecho romano, se aplicaban cada vez más a una historia nacional más reciente. Dada la fuerte tendencia a cortar por el mismo patrón legalista las reivindicaciones y las controversias políticas, la apropiación y la posesión de una versión en apariencia fidedigna y autorizada del pasado nacional podía tener una gran importancia. Se puede hallar cierta versión del «constitucionalismo antiguo» como argumento político en una serie de países europeos, entre ellos en Escocia, donde fue aportada por Buchanan, y en los Países Bajos.

Los argumentos histórico legales no fueron, ciertamente, los únicos. También se sondearon y propusieron precedentes bíblicos, sentencias y máximas teológicas, e incluso referencias a la *Política* de Aristóteles, junto con lecciones de la experiencia y la historia. Los ejemplos históricos —de manera especial aunque no exclusiva romanos— podían tratarse al modo en que lo hacía Maquiavelo, como un depósito de ejemplos y no de precedentes y derechos. Pero los siglos XVI y XVII, y de manera especial en Francia y luego, medio siglo más tarde en Inglaterra durante el período que precedió a la guerra civil, fueron la gran época de la invocación de los orígenes, los precedentes y los derechos inmemoriales o desde hacía mucho arraigados en el debate constitucional y político. Este tipo de argumentos eran, como es lógico, el coto de juristas o, al menos, de todos aquellos formados en leyes, como lo era gran parte de la sociedad laica de la época. Si bien este modo de argumentar a veces sólo produciría, con independencia de los contextos históricos, una secuencia de citas bastante carente de sentido, se fue haciendo cada vez más sofisticado en términos históricos. En algunos contextos, además, la pasión jurídica y anticuaria aplicada de manera heterogénea a diversos aspectos del pasado, pasó por encima de los argumentos del debate político para convertirse en una investigación de los orígenes y derivaciones realizada sólo por el gusto investigarlos o por un impulso que a grandes rasgos era patriótico y no inmediatamente político.

Tanto el patriotismo como la política de hecho se hallaban presentes en la erudición histórico jurídica de la Francia del siglo XVI, fusionados en lo que llegó a denominarse «galicanismo», aquella afirmación del carácter histórico distintivo del reino de Francia, independiente tanto

del papado como del Sacro Imperio. Pero el galicanismo también podía dar cabida, aunque en absoluto siempre, a un tipo de populismo antimonárquico, con referencias a la «libertad» tal como la entendían Tácito y los francos, cuyo nombre mismo la encarnaba. Era sin lugar a dudas difícil incorporar los galos, y después los galorromanos, al relato de una Francia independiente, aunque hubo intentos y de ellos surgieron partidarios de un origen celtas y otros que defendían un origen germánico. Las circunstancias que marcaron los años finales del siglo XVI en Francia —sumida en la guerra civil, las masacres, los asesinatos políticos y una crisis de sucesión— dio una relevancia polémica a este tipo de ideas históricas. El conflicto religiosos amenazaba con desgarrar Francia. Unos cuantos juristas entre los que se contaban los más destacados, eran hugonotes o en todo caso moderados atraídos por el partido del patriotismo y el orden, los *politiques*. El partido católico radical, la Santa Liga, liderado por la familia de los Guisa originaria de Lorena y que, en colaboración con España, defendía una posición papista «ultramontana», podría verse como la representante del sometimiento *de facto* de Francia a una potencia extranjera. Aquella fue la gran crisis de la monarquía francesa al igual que la primera mitad del siglo XVII lo sería para la inglesa, cuando los partidarios de los privilegios del parlamento y de la prerrogativa real investigaros los archivos, en Westminster y en la Torre de Londres, en busca de precedentes legales —cuanto más antiguos mejor— para sus respectivas posiciones. Se discutió con insistencia y convencimiento sobre si el Parlamento, incluida la Cámara de los Comunes, que de hecho debía su origen a una orden del rey en el siglo XIII, era contemporáneo de la monarquía o incluso más antiguo. La cuestión de la «libertad» sajona y su supuesta continuidad hasta el presente, inalterada por la conquista normanda, al igual que el equivalente para los pueblos germánicos de los que los sajones eran una rama, inició una carrera histórica que la transportaría hasta bien entrado el siglo XIX. Aun durante el reinado de Isabel, los estudios anglosajones contaron con el patrocinio del arzobispo Parker, que tenía la esperanza de que demostraran que la Iglesia en Inglaterra siempre había sido independiente de Roma. Una preocupación que era análoga a ciertos aspectos del galicanismo francés.

El jurista francés del siglo XVI más capaz de plantar batalla en términos políticos fue François Hotman. En su *Francogallia* (*La Galia francesa*) publicada en 1573, Hotman desplegó precedente tras precedente basándose en cronistas entre ellos Gregorio de Tours y Fredegario, para demostrar que los antiguos reyes de Francia eran elegidos y podían ser

depuestos. Para Hotman, los Estados generales franceses eran descendientes de las antiguas asambleas germánicas. La evolución de las costumbres germánicas también afectó al vínculo feudal que, algunos autores derivaban en última instancia de la institución del clientelismo en el mundo romano, y otros, en cambio, del *comitatus* teutónico del entorno inmediato del jefe, cuya posición luego llegó a quedar asegurada por la titularidad hereditaria de la tierra a condición de prestar servicio militar e instaurando de este modo la relación feudal completa.

Uno de los rasgos del entusiasmo que despertaba la costumbre y la historia del derecho era que, si bien fomentaba un interés por los antecedentes, podía asimismo dar cabida a la idea de una evolución posterior e incluso dejarse acompañar por cierto escepticismo acerca de la posibilidad de remontarse hasta orígenes remotos. Considerada desde este punto de vista, la historia del derecho podía aportar la base para un nuevo tipo de historia nacional y, en realidad, un nuevo tipo de historia comparativa, que abarcara las costumbres, los hábitos e incluso las ideas. Las *Recherches de la France* (*Investigaciones de Francia*) obra escrita por Étienne Pasquier en lengua vernácula —una elección que resulta sorprendente— era supuestamente una búsqueda del *ésprit* [espíritu] distintivo de Francia y respondía a una inspiración muy patriótica. No se trata de una historia narrada sino de una colección de monografías de diferentes aspectos de la cultura francesa, que aplica en lo fundamental el método filológico, con comentarios sobre la historia de las palabras relacionadas con instituciones y costumbres. Los autores franceses del período, y de manera especial Juan Bodino, trataron asimismo de avanzar en el sentido de la historia universal secular, trazando una historia de la civilización desde sus orígenes primitivos. Bodino cita en concreto a Tucídides y ataca la periodización cristiana y medieval de los cuatro imperios que provenía del libro de Daniel y que hacía de Roma el último imperio antes de que el tiempo secular diera paso a la escatología. La palabra «civilización» no se acuñó (en Francia) hasta fines del siglo XVIII, de modo que nos encontramos con una construcción como «el tiempo en que empezó la civilidad».* Se proclamó la necesidad —aunque no se satisfizo— de una historia general secular de la religión, las leyes, las costumbres y los hábitos (*moeurs*) que los historiadores clásicos no habían facilitado.

Una revaloración tan rigurosa del pasado como la que en Francia corrió a cargo del humanismo jurídico no se dio en la Inglaterra del si-

* Loys le Roy, 1575.

glo XVI que hubo de aguardar hasta mediados del siglo XVII y aprovechar aún el acicate que proporcionaba el conflicto entre la Corona y el Parlamento. El saber erudito de la antigüedad fue vigorosamente cultivado en la Inglaterra isabelina hacia fines del siglo XVI, a menudo bajo la influencia de un entusiasmo patriótico, una suerte de devaneo pasional con Inglaterra y lo inglés en el que las historias y crónicas inglesas del siglo XVI desempeñaron un papel importante. Después del ascenso en 1558 al trono inglés de Isabel tras la muerte de su hermana católica María, la historia inglesa fue renovada a fin de hacerla que fuera protestante, patriótica y providencial. La principal influencia de carácter individual parece haber sido la obra de John Foxe publicada en 1570, *Acts and Monuments* (*Hechos y monumentos*), que pasó a través de sucesivas edicioues que ampliaron la obra hasta alcanzar unos ochocientos folios en los que se imprimieron también grabados a modo de ilustraciones. Como Foxe expone en su segunda parte el registro del martirio sufrido por los protestantes bajo el reinado de María, que era en realidad la tarea que le había impulsado a empezar, la obra se hizo célebre como el *Libro de los Mártires*. Pero Foxe sitúa a estos mártires en un contexto más amplio de la historia cristiana e inglesa considerada en su conjunto, que también llegó a ejercer gran influencia. En cuanto a los hechos de esta historia, Foxe se apoyó en gran medida en la *Anglica historia* (*Historia de Inglaterra*) escrita por el humanista italiano Polidoro Virgilio y publicada en 1535, que Foxe adaptó a los propósitos protestantes en términos de una larga lucha en la que la fe cristiana, cimentada en la Biblia y a veces representada por un monarca inglés piadoso (Arturo, Alfredo e Isabel), se enfrentaba al primer paganismo (sajones, daneses) y luego a la autoridad de la Iglesia corrupta de Roma. Después de la traducción de la Biblia a la lengua inglesa en el siglo XVI, el libro de Foxe ha sido considerado como la principal influencia individual en el pensamiento protestante inglés del período final de los Tudor y comienzos del de los Estuardo.

A consecuencia de la Reforma, hubo un fuerte deseo de mostrar que Inglaterra había recibido la revelación del mensaje cristiano de manera independiente de Roma, y esto comportaba una rehabilitación de los britanos cristianos que Beda había despreciado. Los britanos de hecho estaban en boga debido al ascenso de la dinastía galesa de los Tudor y al culto dispensado al rey Arturo. La idea de un origen autónomo del cristianismo inglés fue alentada por el arzobispo Parker (1504-1575) de la reina Isabel, un destacado mecenas de los estudios antiguos. La supuesta visita a Inglaterra de José de Arimatea, uno de los discípulos de Jesucristo,

en el siglo I d. C. y tal vez incluso la del propio Jesucristo, derivada de una leyenda medieval (que formaba parte del ciclo de Santo Grial), resultaba atractiva y aún reverbera en los versos de la *Jerusalem the Emanation of the Giant Albion* (*Jerusalén*) (1804-1820) de William Blake. La historia protestante requería importantes reevaluaciones. Enrique II era el héroe y no el bellaco del conflicto que le enfrentó al arzobispo Thomas Becket, defensor de los principios clericales. Enrique IV no era el simple usurpador del trono de su primo Ricardo II, sino que fue condenado por haber perseguido a los lolardos, el movimiento inglés del siglo XV precursor de la reforma protestante a los que patrióticamente se les atribuía haber desempeñado un papel fundamental en el movimiento de la Reforma europea.

El verdadero cristianismo había triunfado en la época moderna la dinastía de los Tudor que, al haber reconciliado la nación después de la guerra de las Dos Rosas y haber puesto fin a la usurpación lancasteriana de la corona, había tenido en la figura de Enrique VIII al gran vindicador de los derechos de una Iglesia inglesa independiente frente a las espurias pretensiones del papado. El reinado de su hija María (1553-1558), sin embargo, había sido testigo no sólo de la persecución de la verdadera fe protestante, sino también del dominio de extranjeros, el Papa, el esposo de María, el rey Felipe II de España, en los asuntos de los ingleses. El ascenso de Isabel al trono fue por tanto una providencial liberación no sólo para el protestantismo sino para toda la nación, una liberación providencial que se vio confirmada en 1588 con la dispersión y naufragio de la Armada Invencible por «los vientos de Dios». Foxe no sólo comparó a la reina Isabel con el emperador Constantino —que era hijo nacido en Inglaterra de Helena, una reina cristiana britana— como salvador y protector de la Iglesia cristiana, sino que se comparó a sí mismo con el historiador Eusebio. Verdad religiosa e independencia nacional quedaban así unidas una a otra, al tiempo que Inglaterra era la principal potencia protestante en Europa. Era evidente que los ingleses era un pueblo elegido, y la historia de los ingleses un relato providencial de la independencia nacional y religiosa. Los cronistas isabelinos John Stow y Ralph Holinshed (a los que recurrió Shakespeare) divulgaron esta versión del papel y del pasado de la nación en amplia medida ayudados en su labor por ediciones baratas de volúmenes prácticos y fáciles de llevar impresos en octavo. La obra de Stow, *Summary of English Chronicles* (*Resumen de las crónicas inglesas*) (1565) y *The Chronicles of England, Scotland and Ireland* (*Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda*) (1577) de

Holinshed, autor en el que influyó notablemente Foxe, fueron dos operaciones editoriales muy rentables y provechosas.

El anticuarismo patriótico dio solidez y profundidad a la historia patriótica. El arzobispo Parker, lord Burliegh, primer ministro de la reina Isabel, y sir Robert Cotton formaron hermosas bibliotecas privadas y colecciones de manuscritos que, con el tiempo, acabarían constituyendo las bases de las bibliotecas públicas universitarias y de los *colleges*. La Sociedad de Anticuarios isabelina, compuesta en amplia medida por la alta burguesía laica y que tenía, como era habitual, cierta formación jurídica, fue la prueba fehaciente de un espíritu cooperativo que a través de los eruditos que eran sus correligionarios hizo accesibles tales espacios y valores.

Otro aspecto del impulso anticuario patriótico fue la parición de grandes estudios topográficos de Inglaterra, cuyo precursor fue *Itinerary* (*Itinerario*) de John Leland que no se publicaría hasta 1710. El territorio y las evidencias que las tierras mostraban de su historia se convirtieron en objetos de una cálida atención e investigación. Las dos hebras, la historia providencial protestante y el anticuarismo topográfico, no estaban muy separadas. Un discípulo de Leland, John Bale,* se convirtió en un protestante radical y en mentor de Foxe. La obra de topografía más completa y consumada fue *Britannia* (*Britania*), de William Camden, publicada en 1586. Otras publicaciones destacadas en este ámbito fueron *Preambulation of Kent* (*Preámbulo de Kent*) que William Lambarde publicó en 1574 y la primera historia conocida de un condado, así como el sorprendente *Survey of London* (*Estudio de Londres*) de John Stow, publicado entre 1598 y 1603.

El anticuarismo topográfico, como género erudito, había tenido predecesores en Europa, y, en particular, a Florio Biondo, cuya obra, *Italia Illustrata* (*Italia ilustrada*), databa de mediados del siglo XV. Un modelo más inmediato era la cartografía con sus estudios históricos muy eruditos y exhaustivos que, conocidos con el nombre de corografía, habían sido apadrinados por el gran geógrafo y cartógrafo flamenco, Abraham Ortelius quien, además, alentó el trabajo de Camden. Después de Camden, con los escritorios de los monasterios cerrados, los patrocinadores de la historia local en Inglaterra fueron indefectiblemente la alta burguesía y la pequeña nobleza, con su preocupación primordial por las genealogías. Pero también la tenencia, los nombres y las historias de los cargos

* Véase más arriba p. 366.

despertaron interés, y este interés dio lugar al trabajo sobre la historia de las tenencias y los derechos de propiedad realizado por dos de los más grandes anticuarios en los albores de la Inglaterra estuardiana, sir John Selden y sir Henry Spelman, cuya obra iba también a arrojar luz sobre la historia antigua del Parlamento.

El feudalismo despertó especial interés en la Francia del siglo XVI como la posible ruptura crítica entre las costumbres romanas y aquellas otras de los reinos bárbaros, inasimilable al derecho civil romano. François Hotman escribió un tratado, el *Liber de Feudis*, publicado en 1572, sobre los derechos de tenencia feudales. Este tipo de empresas comportaban trabajar de manera retrospectiva, partiendo de las épocas más modernas y examinado en especial los cambios que se producían en la terminología legal al tiempo que intentaban comprender si se trataba de cambios superficiales de nomenclatura o indicaban cambios reales en los usos y las prácticas. Hace medio siglo, John Pocock,* en su ensayo ya clásico sobre los inicios del estudio histórico del derecho en la Inglaterra del siglo XVII y sus consecuencias, mostró cómo la adicción de los juristas ingleses de principios del siglo XVII a las nociones de un derecho consuetudinario y una constitución inmemorial les inhibió, pese a haber puesto toda su atención en los precedentes legales y la documentación, una investigación histórica apropiada como aquella que los juristas franceses habían reivindicado y cultivado de un modo tan efectivo. La situación legal en Francia era compleja, no había un único derecho consuetudinario, con una distinción entre las áreas de la ley consuetudinaria no escrita y la de la ley escrita (el *pays du droit écrit*), y aquellas con una mayor presencia del derecho romano. Esta complejidad de hecho había actuado de acicate para que una investigación histórica sofisticada examinara los orígenes de cada una de las tendencias e incluso para que un enfoque comparativo del derecho diera sus primeros pasos. En cambio, Inglaterra era provinciana y estaba satisfecha de sí misma, y la reverencia legal hacia la autoridad del pasado era en lo fundamental *a*-histórica: el derecho inglés era lo que había sido siempre, un corpus de costumbres perenne y en cierto sentido por tanto atemporal.

El gran paso adelante según la interpretación tan convincente que ofreció Pocock fue sobre todo el dado por sir Henry Spelman en su obra

* John G. A. Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law, a Study of English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

sobre la historia de los derechos de propiedad y tenencia feudales, empezando por su *Glossarium archeologicum* publicado en 1626. Las posesiones feudales que esta obra ponía de manifiesto no sólo eran distantes de las instituciones reconocías en el derecho romano, sino también de aquellas otras de épocas más recientes. El carácter multifacético del feudalismo, por servirnos de un término contemporáneo, hacía que fuera particularmente adecuado para representar el carácter de todo un tipo de sociedad. La relación central del feudalismo era a la vez legal y social, militar y económica, acompañada en su madurez por una ética de la lealtad y el honor, y todo ello se perpetuaba a través de la herencia y la sucesión. Fue a la vez un modo de organizar la fuerza militar, una jerarquía social, un conjunto de valores y actitudes y lo que, más tarde Karl Marx denominó un modo de producción.

Algo de todo esto, sin lugar a dudas, era todavía más implícito que explícitamente conceptualizado. El método que Spelman utilizó era, como siempre, filológico. En cuanto a la forma, como era común para este tipo de investigaciones sobre tiempos antiguos, su obra se presentaba como un diccionario o un glosario de términos para usos, jerarquías, cargos, costumbres, tenencias, posesiones y demás, dispuestos por orden alfabético como en una enciclopedia. Spelman rechazaba de plano tanto la figura de Brutus como los legendarios orígenes troyanos. El derecho inglés, germánico y anglosajón en su origen, y la relación feudal eran el producto de una evolución, de una adaptación de las costumbres y tradiciones bárbaras a las nuevas circunstancias y vicisitudes de asentamiento en aquellas tierras y su transmisión hereditaria. El *feud* o el *feudum* había sido, de hecho, la clave del derecho inglés en su conjunto. El Parlamento, como Cámara de los Lores, fue en su origen el consejo constituido por los principales terratenientes del rey, es decir, aquellos que no tenían a ningún superior feudal entre ellos y la Corona, y que, por tanto, no tenían como obligaciones atender a otro señor feudal. La Cámara de los Comunes, que no aparecía mencionada en la Carta Magna de 1215, no podía por tanto haber existido antes del siglo XIII. Si bien Spelman sabía también que las relaciones feudales había decaído, no dio cuenta de ello. Por decirlo con las palabras que emplea Pocock, «la revolución feudal en la historiografía inglesa iba a imponer a la historia inglesa la división en períodos prefeudal, feudal y posfeudal que desde entonces la ha caracterizado». La gran crisis pública en la época de Spelman, la guerra civil entre el parlamento y el rey, que culminó en el regicidio, confirmaba la concepción de un período posfeudal, moderno, ya que el regicidio no

era un acto realizado por los barones sino dictado por la Cámara de los Comunes, que en esencia se arrogó la soberanía.

Las conclusiones de un orden más general que de ello se desprendían las sacó James Harrington en su obra *Oceana*, publicada en 1656. Republicano convencido, Harrington elaboró una suerte de esquematización republicana optimista de la historia general, cuya parte más moderna se apoyaba en la visión según la cual la monarquía había sido derrocada no por el consejo de los grandes feudatarios sino por la alta burguesía independiente, representada en la Cámara de los Comunes, que era por entonces el poder decisivo en la República de Cromwell. Desde el punto de vista aventajado que eso le proporcionaba, Harrington elaboró un destacado resumen retrospectivo —pero no una narración— de la historia general europea, colocando el republicanismo romano como punto de partida, el republicanismo moderno de los propietarios como su estado presente y en el centro las relaciones feudales basadas en una forma característica de tenencia de la tierra, a la que denomina «el equilibrio gótico» (entre el rey y los barones, con el pueblo como comodín). La clave de su historia es la distribución de la propiedad de la tierra, que es la base de la que emana todo poder. El hecho de que los ricos acapararan tierras sin que los intentos de los Graco por imponer la redistribución de las tierras por medio de las leyes agrarias supusieran para ellos cortapisa alguna, destruyó la república romana al destruir la base de sus ejércitos basados en las milicias de ciudadanos. Los emperadores, en cambio, dependieron de soldados profesionales que de manera paulatina fueron formados por «godos». A su debido tiempo, los beneficios militares repartidos como recompensas por el servicio realizado se volvieron hereditarios y condicionales sobre el servicio futuro a prestar. Ésta fue la esencia de la tenencia feudal de la tierra y del vasallaje militar y, por ello, del equilibrio gótico en el que el pueblo, la plebe no era más que arrendataria subordinada de los señores feudales.

Para Harrington, la decadencia del equilibrio, que al principio se decanta a favor del rey, era una cosa reciente, y cita, basándose en la *Historia* de Bacon, la legislación de Enrique VII, que prohibía la formación y tenencia de ejércitos privados de criados u hombres a sueldo. En su exposición, sin embargo, desempeña también un papel fundamental una difusión de la propiedad de la tierra entre la pequeña nobleza y la alta burguesía después de la disolución de los monasterios, creando con ello una poderosa clase de propietarios, fuera de la jerarquía feudal. A los ojos de Harrington existía, por tanto, la oportunidad de restaurar una república

de propietarios con una milicia de ciudadanos. Pocock cataloga la *Oceana* de Harrington como una «meditación maquiavélica sobre el feudalismo». Si bien es cierto que la explicación dada por Harrington de la decadencia del feudalismo no resulta aceptable para los especialistas modernos, que la terminología empleada difiere de la suya y su esquema monocausal es rudimentario, sin embargo, resulta posible distinguir aquí la caracterización general del curso de la historia europea y algunas de sus causas, de las que, con modificaciones y arrebatos de descontento, han vivido principalmente los historiadores desde entonces. Aunque el plan de la obra de Harrington es menos exhaustivamente ambicioso que los primeros pasos vacilantes dados por los franceses en el sentido de una historia universal secular —que incluyera la historia social y la historia cultural—, es más específico y está más plenamente logrado. La clave había sido al principio la costumbre y la tradición y, después, la concepción de la tenencia feudal de la tierra como una institución que había tenido su origen y su final, aun en el caso que lo uno y lo otro, y en especial lo último, resultarán aún oscuros. Harrington ofreció una perspectiva general basada con firmeza en lo que el siglo XVIII denominaría libremente «el estado de la sociedad», cuyos cambios más importantes —y no la secuencia de los cuatro imperios expuesta en el libro de Daniel— sería los sucesivos momentos decisivos del relato narrado por la historia.

de [illegible] con [illegible] de [illegible] en la Océana de Harrington como una [illegible] Harrington [illegible] de la explicación de la que Harrington de la decadencia [illegible] [illegible]

[illegible] Harrington [illegible]

[illegible]

[illegible] la república romana al destruir la base de sus ejércitos basados en las milicias de ciudadanos. Los emperadores, en cambio, dependían de soldados profesionales que, de manera paulatina, fueron formados por [illegible]. A su debido tiempo, los beneficios militares [illegible] recompensa por el servicio realizado se volvieron hereditarios y [illegible] [illegible]. Ésta fue la esencia de la tenencia feudal de la tierra y del vasallaje militar y, por ello, del equilibrio gótico en el que el partido, la plebe no era más que [illegible] de los señores feudales.

Para Harrington, la decadencia del equilibrio que al principio se [illegible] a favor del rey, era una [illegible], [illegible] Harrington en la Historia de Enrique VII, la legislación de Enrique VII, que prohibía la formación [illegible] de ejércitos privados de criados u hombres [illegible] sin embargo, desempeñó también un papel fundamental [illegible] de la propiedad de la tierra entre la pequeña nobleza y la [illegible] de la disolución de los monasterios [illegible] clase de propietarios, [illegible] de la [illegible] feudal [illegible], por tanto, la [illegible]

20

«HISTORIA DE LA REBELIÓN Y LAS GUERRAS CIVILES EN INGLATERRA» DE CLARENDON: LA TENACIDAD DE LOS HOMBRES CONCRETOS

La exaltación de la monarquía de los Tudor y el culto a la reina Isabel entre los cronistas de su reinado son tan notorios que el tema de «la Gran Rebelión», tal como la tituló el historiador inglés más destacado del siglo XVII, Edward Hyde, conde de Clarendon (1609-1674), tiene casi la apariencia de una paradoja y, no obstante, hay cierta continuidad. Si bien la ruptura de las relaciones entre el monarca y el parlamento entre las décadas de 1620 y 1640 estuvo alimentada por tensiones constitucionales y fiscales, en las que la idea de una revolución religiosa «incompleta» era un tema poderoso subyacente y a menudo manifiesto. La incorporación, por parte de la historiografía isabelina, de la idea de que los ingleses eran el pueblo elegido no era un mero acto de autocomplacencia, sino que, desde un punto de vista implícito, era un llamamiento a la acción, al cumplimiento de un exigente papel que venía impuesto por la divinidad. Pese a su descontento con los compromisos de la curia de la iglesia isabelina, los protestantes más radicales, que empezaban a ser llamados puritanos, nunca se volvieron contra la propia reina, a la que consideraban su salvadora de la persecución católica. El continuado miedo a que la sucesión se produjera en la persona de un monarca católico debió de bastar por sí solo para contener la deslealtad. Pero las aspiraciones de los protestantes radicales, combinadas con lo que se considera como la defensa de los privilegios históricos del Parlamento, acabó por ser pertinaz durante el reinado de Carlos I (1625-1649). La ruptura de relaciones, la formación de dos bandos opuestos en el Parlamento y la

guerra civil que siguió fue lo que dio a Clarendon, que se había visto al principio envuelto en los acontecimientos, el tema para su historia.

La historia de Clarendon proporcionó el lecho de roca sobre el que sustentaron todas las versiones posteriores de la revolución inglesa. Empezó a escribir *The History of the Rebellion and Civil Wars in England* (*La historia de la rebelión y las guerras civiles en Inglaterra*) en la década de 1640, en los momentos más duros de los acontecimientos que en ella se describen, con el apoyo y la ayuda del rey Carlos y contando a todas luces con la ventaja de disponer de muchas versiones de aquellos hechos que dieron otros testigos algunos de ellos presenciales. Clarendon, en quien deberíamos pensar como Edward Hyde hasta el momento en que, durante la Restauración, se produce su nombramiento nobiliario, se halla muy ventajosamente situado, primero como miembro destacado del Parlamento Largo y, luego, como miembro del Consejo Privado del rey y uno de sus principales consejeros. El libro fue completado por el autor, como muchas historias antiguas, cuando éste era un anciano estadista desterrado, después de que, en 1667, hubiera perdido su posición de poder como canciller de Carlos II. Clarendon murió en Francia en 1674, pero la *History* (*Historia*) no se publicó hasta comienzos del siglo XVIII, cuando cosechó un inmenso éxito y fue probablemente la única obra de historia cuya publicación permitió financiar la construcción de un gran edificio, la imprenta Clarendon en Oxford.

La historia de Clarendon es y no es una obra en el estilo clásico de la historiografía, pero no lo es en el sentido que más tarde adquiriría en la Ilustración. Una parte fue escrita originalmente en forma de autobiografía, y conserva cierta informalidad propia de unas memorias, aunque aspira a ser exhaustiva y a tratar los acontecimientos que Clarendon conocía sólo a cierta distancia así como a aquellos que conocía porque los había vivido como consejero privado. Resulta innegable que son estos últimos, sin embargo, los que procuran a su historia sobre todo su sorprendente vitalidad. El estilo es marcadamente más relajado y menos majestuoso que, pongamos por caso, el mostrado por Hume en su historia sobre el período que se publicaría medio siglo después. Hume, por ejemplo, medio se disculpa por repetir algún comportamiento absurdo de Jacobo I que ha sacado de Clarendon porque, nos dice, «si bien es minucioso ... no merece que se le haga un lugar en la historia» (195). El propio Clarendon, sin embargo, no sintió necesidad alguna de justificarse. Su obra se centra, qué duda cabe, en acontecimientos que son públicos, como un intento por comprender una catástrofe. A la manera en que lo hacían los

clásicos y los humanistas, se centra en los personajes y el comportamiento de los hombres públicos a los que ha conocido —entre ellos el rey—, diagnostica sus debilidades, juicios erróneos, ambiciones y preocupaciones que condujeron a la catástrofe. Con frecuencia, Clarendon sopesa las alternativas y discute a fondo por qué se dejó que las cosas empeoraran tanto, y es generoso con los recuerdos personales. Si bien a veces utiliza la primera persona y a veces habla de «Hyde», las referencias que hace a su persona, si bien no sorprenden al lector por vanas u obsesivamente justificadoras de lo que hizo o dijo, no tienen, en cambio, nada de aquella fría austeridad que Tucídides, por ejemplo, reservaba hacia su propio papel en los acontecimientos.

La historia de Clarendon es, lógicamente y sin reparos, parcial: escribe con objeto de juzgar así como para contar. Pero la suya es la parcialidad de una persona moderada que ante todo busca la reconciliación, primero en el Parlamento y, más adelante, durante la guerra. Tenía amigos —y enemigos— en ambos bandos, y en sus juicios es comedido, en absoluto apasionado. El proyecto le fue sugerido por el rey y fue pensado como una justificación de la mayor parte, si no todos, los actos de Carlos. Clarendon cita y comenta muchos de los documentos que elaboraron los dos bandos a principios de la década de 1640, algunos de cuyos borradores él mismo había redactado para el rey: esto es, siendo sinceros, más de lo que el lector general precisa. En cambio, la perspectiva que Clarendon tiene de los acontecimientos una vez estalla la guerra resulta en cierta medida limitada. Conoce mejor el bando de los monárquicos que el de los parlamentarios, y las campañas en el sur, desde su residencia en Oxford, mejor que las que se desarrollan en el norte. Y qué duda cabe, se halla asimismo condicionado por su propia mentalidad, que da la impresión de ser honorable, sagaz y, siempre que ello es posible, conciliadora, aunque, como era de esperar en un parlamentario de las primeras décadas del siglo XVII, es también legalista. Al principio fue una figura destacada entre la oposición parlamentaria, pero sus primeros socios, y de manera especial Pym y Hampden, acabaron adoptado posturas que Hyde estimaba de un extremismo insostenible. Y más que cambiar de bando, se mantuvo fiel a sus principios originales mientras los acontecimientos se movían a su alrededor, y cuando el liderazgo parlamentario se hizo aún más radical e innovador de manera inevitable le hizo lanzarse a ser el portavoz del rey. Puede que, después de los desastres que jalonaron los últimos años de la década de 1640, escribiera la historia desde un [illegible] que retrospectivo, como si hubiera sido más monárquico de lo que en

realidad fue después de entrar al servicio del rey. Estaba lleno de prejuicios contra los escoceses y sentía una profunda aversión hacia sus obsesiones presbiterianas así como por el trato que habían dispensado tanto a Carlos I como a su hijo cuando los dos estuvieron en su poder. Después de haber adoptado al principio el punto de vista de los parlamentario que revindicaban la necesidad de poner freno a las prerrogativas del rey y haber comprendido cómo los radicales parlamentarios temían por su integridad personal y la necesidad que sentían de seguridad, Clarendon pasa a considerar a los parlamentarios más recalcitrantes —el «partido violento» liderado por Pym— como si tuvieran un plan para subvertir a largo plazo la constitución vigente.

La visión general de los acontecimientos de Clarendon estaba muy lejos de la que Hume mostraría tiempo después, aunque ninguno de los dos simpatizaba con el puritanismo o con el gobierno arbitrario. El punto de vista de Clarendon era el de un político estratega que veía los problemas, siempre que no los interpretara en términos legalistas, como una cuestión de colocar a los hombres idóneos en los cargos y lugares indicados, y que atribuía consecuencias muy amplias a la frecuente incapacidad que mostraba el rey para hacer precisamente eso, así como al consejo erróneo que demasiado a menudo recibía y en función del que actuaba, así como del daño hecho por los excluidos a los que sin haber necesidad de ello se les convertía en desafectos. Un caso ejemplar de esto último fue, como sugiere Clarendon, el trato que se dio al conde de Essex, quien, tras haber sido apartado del Consejo Privado, permaneció en Londres cuando el rey trasladó en 1642 la corte a Oxford y se convirtió en general de los ejércitos parlamentarios. En opinión de Clarendon, se le hubiera podido ganar para la causa del rey y eso hubiera tenido unas consecuencias inestimables. De haber permanecido en el ejercicio de su cargo, «nunca se hubiera dejado convencer para asumir el mando de aquel ejército que después se alzaría contra el del rey ... Y ningún hombre que conociera a fondo la naturaleza y los ánimos de aquellos tiempos apenas si dudaría de que a las dos cámaras del Parlamento les hubiera sido del todo imposible reunir un ejército entonces, si el conde de Essex no hubiera accedido a ser el general de ese ejército» [V. 33]. Puede que Clarendon pecara de optimista, pero contaba con una ventaja inestimable sobre los historiadores posteriores como, por ejemplo, David Hume: escribía con pleno conocimiento de causa desde una perspectiva más amplia, al recordar una época en la que nada parecía inevitable en realidad.

La historia de Clarendon, siguiendo el desarrollo de los acontecimientos, se divide de hecho en tres secciones informales: aproximación a la guerra en ciernes, la guerra propiamente dicha y los años de destierro tras la derrota de los monárquicos. Al principio se encontraba en el centro de los debates parlamentarios, aunque cada vez más alejado de los radicales, intervenía en las negociaciones con la Corte, y luego pasó a formar parte del Consejo Privado, y desempeñó un papel destacado en la guerra de palabras, declaraciones, reproches y pruebas de descargo. Después de la ruptura final y el inicio de la guerra, permaneció en Oxford, por entonces convertida en la capital de los monárquicos, como miembro del Consejo y consejero del rey. Era un hombre influyente, pero necesariamente un espectador de la guerra misma, aunque un espectador cabría matizar bien informado. Las versiones que da de las operaciones militares están libres de convencionalismos y de intentos de pintoresquismo. Tienen, por así decirlo, los pies bien puestos en la tierra, y una clara conciencia, que sin lugar a dudas deriva de los participantes en la guerra, de los malentendidos y los planes que fracasan en medio de la bruma de la guerra. Por encima de cualquier otra cosa, hace hincapié en la importancia de la logística y en el problema de la disciplina, en el salario y los pertrechos, y en la artillería, las armas y las municiones así como en el valor que tiene capturarlas. Con meticulosidad anota y a veces lamenta las muertes en acción de nobles importantes y destacados miembros de la pequeña aristocracia. Se trataba de una convención clásica y caballeresca, pero en una guerra en la que el reclutamiento y la disciplina dependían tanto de la condición como del apoyo personal y local se trataba también de una cuestión muy práctica. No sucedía así, como Clarendon señala, en el ejército parlamentario: «Nunca se habla de los oficiales del bando enemigo, ya que en su mayor parte no pertenecen a mejores familias que sus soldados» (VIII.160).

A lo largo de toda la guerra, Clarendon se mostró entusiasta ante cualquier posibilidad de reconciliación. Se dejó atraer por un momento en particular. Si bien al final resultó decepcionante, por un breve espacio de tiempo, sin embargo, le dio a Clarendon gran prominencia personal y el papel para el que estaba hecho: conducir una guerra de palabras, cara a cara una vez más y con la posibilidad de una negociación secreta que comportaba el cultivo de las relaciones personales con los adversarios. Aquel momento se sitúo en febrero de 1645 durante la conferencia de Uxbridge que se celebró con vistas a esbozar posibles artículos de paz. Clarendon fue uno de los comisionados enviados por el rey a la confe-

rencia y describe los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de las tres semanas siguientes con una gran minuciosidad, abarcando más de treinta y cinco páginas (VIII.215-250). Si bien hace plena justicia a los argumentos y debates, la exposición que hace de las negociaciones también evoca un mundo sólido, de sillones cuidadosamente dispuestos y salas de reuniones, y hombres de los dos bandos apiñados alrededor de la lumbre durante las frías noches reviviendo antiguas camaraderías. Según Clarendon, las intenciones de los comisionados del Parlamento fracasaron a causa de sus aliados escoceses que les infundieron miedo a que les vieran a solas con monárquicos, aquellos «viejos amigos a los que querían más que a los nuevos». Los tres principales temas de litigio, a cada uno de los cuales se le asignó un determinado número de días, eran la religión, el control de las milicias y el apaciguamiento de la rebelión irlandesa. Al debatir las cuestiones religiosas —en lo esencial, la exigencia de que se adoptara una forma presbiteriana de gobierno de la Iglesia— los comisionados del rey sacaron partido de las divisiones entre sus adversarios y de las ambigüedades de los términos clave. El conde escocés de Lauderdale, puesto en pie, trató de explicarlo, se hizo un embrollo y los monárquicos exigieron una clarificación por escrito, lo que puso muy furiosos a los comisionados escoceses. En cuanto a los ingleses, se quedaron todos sentados, inmóviles, sin decir palabra, como si aquello no fuera con ellos. Cada bando llevó a diversos clérigos y teólogos para que defendieran sus respectivas posiciones.

Así se fueron consumiendo los días sin que dieran ningún fruto, y la hostilidad de Clarendon hacia los escoceses se fue haciendo cada vez más evidente. Nos presenta un ejemplo de conversación relajada al acabar la sesión Clarendon como si fuera un «agradable accidente».

> Entreteniéndose como solían los comisionados de ambos bandos, tanto antes de la sesión como después de levantarla, dado en extremo frío, al calor de la lumbre, con discursos generales o sin trascendencia, uno de los comisionados del rey preguntó, en voz baja, a uno de los otros, con el que tenía cierta confianza, la razón por la que no se hacía mención alguna al Padrenuestro, el Credo o los Diez Mandamientos en las propuestas religiosas del Parlamento. Como en realidad era así, el conde de Pembroke, que no pudo evitar escuchar lo que decían, respondió en voz alta y con su habitual vehemencia, que él y otros muchos estaban muy apenados porque los hubieran omitido; que ponerlos había llevado muchas horas de debate en la cámara de los Comunes, pero que la final el omitirlos había conseguido la aprobación de ocho o nueve votos ... Escuchar que el Padrenuestro, el

Credo y los Diez Mandamientos habían sido puestos en tela de juicio y rechazados hizo sonreír a muchos. (VIII.232)

Los otros dos temas, el control de las milicias, que concernía a los temores que los parlamentarios abrigaban por su seguridad personal después del tratado, y el fracaso del rey a la hora de sofocar la rebelión irlandesa, una situación tan embarazosa para el bando de los monárquicos como lo era el presbiterianismo para el de los parlamentarios ingleses. En el aspecto privado, las relaciones estuvieron marcadas por la simpatía y Clarendon pudo observar las fisuras que aparecían entre los parlamentarios que, en particular, eran también pares del reino y los miembros más radicales de los Comunes y el ejército. Pero al mismo tiempo afirma que no había depositado ninguna esperanza en los primeros, porque los condes de Pembroke y Salisbury tenían más miedo a los radicales de lo que podían odiarlos y, si bien les hubiera gustado verlos aniquilados en lugar del rey, «prefirieron que el rey y su posteridad fueran sacrificados que Wilton le fuera arrebatado a uno de ellos o Hatfield* [sus propiedades] al otro. Para ambos el hecho de preservar lo uno y lo otro de cualquier peligro era el más alto grado de prudencia y circunspección política» (VIII.245). La conferencia fracasó sin dar resultado alguno. Solían sentarse a negociar de manera regular, afirma Clarendon, hasta la una o las dos de la madrugada, además de preparar las ponencias de modo que «si el tratado hubiera continuado más tiempo es muy probable que muchos de los comisionados hubieran caído enfermos por falta de sueño».

A partir de 1645, la victoria de los parlamentarios condenó a Clarendon a llevar una vida errante en el entorno del príncipe de Gales, donde su principal cometido fue evitar que el príncipe se pusiera en peligro ante los ojos de la opinión inglesa que podía vincularlo a las inclinaciones católicas y francófilas de su madre, la reina. A lo largo de los años de destierro de Carlos II, Clarendon afirma que sobre todo aconsejó que no se hiciera nada aparte de aguardar y resistir, lo que a todas luces era la táctica más acertada. Nada tiene pues de extraño que considerara la Restauración en 1660 como un acto de la Providencia. Pero entre tanto, el dejar constancia como Clarendon hace desde cierta distancia de las vejaciones a las que fue sometido Carlos I, y que debió de conocer a través de terceros, encierra un patetismo que sin duda surge del vínculo personal que Clarendon había formado con el soberano. Encontramos, por

* Wilton era una circunscripción del Parlamento y Hatfield una hacienda.

ejemplo, una descripción de la apariencia física de Carlos I que Hume tomará prestada para su historia: el pelo cano y cortado, las ropas avejentadas, «de modo que su aspecto y apariencia eran muy diferentes de lo que solían ser», aunque señala que se mantenía sorpresivamente alegre [XI.157]. Clarendon rehúsa hacer hincapié en las últimas horas del rey y su ejecución, alegando que una y otra cosa eran demasiado tristes y conocidas de todos.

El principal entreacto que hace mientras deja constancia de los años de destierro y de exilio es la conocida historia de la fuga de Carlos II después de la batalla de Worcester. Basada en testimonios de terceros, Clarendon utiliza sin embargo la mejor de las fuentes posibles, el propio rey. El texto es muy detallado y abarca unas veintidós páginas [XII.84-106]. Clarendon disfruta, como es lógico, al señalar que «una naturaleza bondadosa, caritativa y generosa se daban en aquellas personas míseras y de la más baja extracción y condición» que ayudaron al rey sin conocerlo, aun sabiendo que podían obtener una recompensa por denunciar al fugitivo. Asimismo hace mención de cuando el rey contó que «muchos particulares acerca del brutal trato» que había recibido en Escocia, donde le forzaron a escuchar sermones y le obligaron a firmar el pacto con los presbiterianos que establecía la religión presbiteriana en Inglaterra y Escocia (*Presbyterian convenant*).

Como era inevitable, en general, los años de exilio e incluso el período de la guerra civil no tienen aquel cotidiano interés dramático de los primeros años en el Parlamento Largo, cuando Clarendon, como destacado parlamentario y más tarde consejero del rey, trató por todos los medios de restañar la brecha que condujo a la guerra, y a estos años precisamente sería deseable volver ahora a modo de conclusión para estimar en su justo valor la calidad y el interés de la *History of the Rebellion* (*Historia de la rebelión*). La exposición que Clarendon hace de las sesiones y las conversaciones privadas mantenidas tienen una viveza extraordinaria simplemente por el modo en que sitúa su narración, entre los miembros del Parlamento a menudo cansados, perplejos e inquietos, que suelen reunirse con acalorada indignación en abarrotadas y ruidosas estancias alumbradas por velas. En el debate de 1641 sobre la propuesta de abolición del episcopado,

> se hacía todos los días tan tarde antes de que la Cámara se reanudara —el presidente (el representante de la mayoría) solía dejar su poltrona a las nueve y no reanudaba la sesión hasta las cuatro de la tarde— que su seguimiento

fue muy escaso. Sólo los que proponían la ley permanecían impacientes en el Cámara; los demás que la rechazaban, cansados de aquella asistencia tan tediosa, abandonaban la Cámara a la hora de la cena, y luego se dedicaban en sus más gratos deleites, al punto de que lord Falkland solía decir que aquellos que odiaban a los obispos los odiaban más que el propio diablo, y aquellos otros que decían quererlos no los querían tanto como a su cena. (III.241)

Entre el barullo del público se intercalan confidencias privadas, intentos informales de convencer y juicios acerca de las cualidades e intereses de los hombres, la moneda corriente de la vida parlamentaria en un período de extraordinaria tensión e importancia. Al dejar constancia de los debates, Clarendon, por lo general, resume, con inyecciones de citas literales de cuanto suponía era particularmente digno de recordar. Algunas de las conversaciones privadas de las que Clarendon deja constancia pasaron a formar parte del acervo político y las han citado generaciones de historiadores. Por ejemplo, en el momento en que se produce la recusación del conde de Strafford, el temible lugarteniente del rey en Irlanda,

> El señor Hyde, mientras iba a un lugar llamado Pickadilly (que era una casa de entretenimiento y juegos de azar, y espléndidos paseos de grava bajo frondosas sombras, y donde había un terreno para el juego de los bolos, al que acuden la nobleza y las clases altas de la mejor calidad tanto en busca de ejercicio como de conversación) fue abordado por el conde de Bedford que, según le dijo, el rey no crearía ningún problema si garantizara la vida a Strafford. (I.161)

Pero el escollo era el conde de Essex,* que Bedford confía a Hyde para que lo persuada de que sea menos estricto y riguros. Essex se muestra inflexible, temeroso de que Strafford, una vez perdonado, pueda representar aún un peligro para todos ellos. «Hizo que no con la cabeza y confesó "a muertos y a idos no hay amigos"».

Una batalla en especial amarga fue el debate sobre la *Grand Remonstrance*, el documento en que se consignaron los agravios al Parlamento cometidos por el rey durante su reinado, cuya aprobación en noviembre de 1641, Clarendon consideró un mazazo definitivo a las perspectivas de conciliación:

* Robert Devereux (1591-1646), tercer conde de Essex y general del ejército del Parlamento.

> El debate se había iniciado hacia las nueve en punto de la mañana y prosiguió durante todo aquel día; y después de que, al oscurecer, se pidieran velas (ningún bando tenía muchos deseos de aplazarlo hasta el día siguiente; aunque resultaba evidente que muchos se retiraron de puro desfallecimiento, e incapacidad para estar presentes en la conclusión), el debate prosiguió hasta pasadas las doce de la noche, con mucho acaloramiento.

El documento que consignaba los agravios fue aprobado por sólo nueve votos de diferencia. Cuando al final salieron de la Cámara, Oliver Cromwell «en quien apenas se había reparado en aquella época», le dijo a lord Falkland al oído «que si la lista con los agravios hubiera sido rechazada, hubiera vendido cuanto tenía al día siguiente y no hubiera vuelto a ver Inglaterra. «¡Qué cerca —Clarendon no puede evitar el suspiro estuvo este pobre reino en aquel momento de su liberación!» (IV 52).

Con la ruptura final, con algunos miembros del Parlamento, entre ellos Hyde, siguiendo al rey a Oxford, que iba a ser la capital de su reino durante la guerra, la pregunta por las lealtades de los miembros del Consejo Privado también acabó revistiendo especial importancia. Esto brinda a Clarendon la oportunidad de una serie de estudios de personajes, que cumple con un deliberado virtuosismo. El estilo de su prosa resulta a veces prolijo y enrevesado desde un punto de vista sintáctico, sobre todo cuando se trata de desplegar una argumentación. Tiene las maneras de un orador y no de un escritor, no en el sentido de ser vehemente o recargado de retórica, sino en el hecho de haber sido escrito partiendo del supuesto de que la puntuación era un asunto de entonación, a veces intercalando un revelador «entonces dije que» en medio de una larga secuencia de cláusulas y, luego, a renglón seguido por otras más. Pero los retratos de los hombres públicos, por comedidos y sensatos que a menudo sean, también presentan a veces una áspera economía de palabras y un carácter epigramático que recuerda a Tácito, algo que es casi seguro que pretendían. Tácito es el historiador antiguo citado con más frecuencia, si bien Clarendon cita también a Tito Livio, Plutarco y Tucídides. Este tipo de descripciones y no sólo en la modalidad de los obituarios, que había sido consagrada por una larga tradición, se halla diseminados en toda la *History of the Rebellion* (*Historia de la rebelión*).

Entre las más memorables se halla la del conde de Arundel, nombrado general del ejército destinado a someter a los escoceses. «Se creía que su elección se debía sólo a sus cualidades negativas: no quería a los escoceses, y tampoco quería a los puritanos, cuya buenas cualidades se ha-

llaban ligadas por otra negativa: no quería a nadie más» (II.25). El coronel de dudosa reputación (y más tarde lord) Gorin era tan bueno en el arte del disimulo «que los hombres no se avergonzaban ni, generalmente, perdían su compostura, cuando los engañaba no una sino dos veces» (VII.69). Del general Monck, el principal artífice de la Restauración, Clarendon escribe que «es gloria bastante para su memoria decir que fue un hombre decisivo en hacer que aquellas cosas tremendas pasaran, cosas que no tuvo la sabiduría de prever, ni el valor de intentar, ni el conocimiento de idear» (XVI.115). Sir Arthur Aston, el gobernador de Oxford, preferido por la reina para aquel cago, «tuvo la fortuna de ser muy estimado allí donde no era conocido, y aún mucho más detestado allí donde lo era» (VIII.121). En medio de una valoración más bien larga del conde de Northumberland nos dice «si hubiera creído que el rey estaba tan por encima suyo como él creía estar por encima de otros hombres dignos de consideración, hubiera sido un buen súbdito» (VI.398).

En el caso de otros retratos es preciso citarlos en toda su extensión, como la caracterización que hace del conde de Warwick, comandante de la flota del Parlamento:

> Era un hombre de agradable y cordial tino y conversación, de una jovialidad universal, y de tal licencia tal en sus palabras y en sus actos que no sería posible encontrara a un hombre de menos virtud, al punto que uno pudiera haber creído razonablemente que un varón así capacitado no podría haber contribuido tanto al derrumbamiento de una nación y un reino. Aun y con todos estos defectos gozaba, en cambio, de gran autoridad y crédito entre aquella gente que al empezar los desórdenes, causo tantos daños; y al abrir las puertas de su casa y hacer de ella el lugar en el que se daban cita todos los ministros [de religión] silenciados en la época en que aún había autoridad suficiente para hacer que callaran, y al gastar buena parte de su hacienda, con la que fue muy pródigo, en ellos y al estar presente con ellos en sus rezos y oraciones, al holgar con ellos y ser presentado a aquellos que prescindían [de acudir], se convirtió en la cabeza visible de aquel partido y adoptó el estilo y las maneras de *un hombre religioso*. (VI.404)

El estudio más extenso del carácter de un personaje es el obituario que Clarendon compuso para su amigo lord Falkland, una de las víctimas (1643) de la guerra, que era

> de un encanto y delicia tan inimitables en la conversación, de una humanidad y una bondad hacia el género humano tan fluida y atenta, y de una sim-

plicidad e integridad en la vida tan primordial, que si no hubiera ninguna otra marca de aquella odiosa y maldita guerra civil suya que su sola pérdida, bastaría para que fuera tenida por la más infame y deplorable por toda posteridad. (VII.217)

Mayor interés reviste, debido a que es también más ambigua, la valoración que Clarendon hace del líder parlamentario John Hampden, que cayó en la misma batalla de Chalgrove:

> Era de una extraña afabilidad y temperamento en el debate y de una humildad tan aparente en el juicio, que no parecía ser portador de opinión alguna, sino sólo de un deseo de informar e instruir; y sin embargo tenía un modo tan sutil de interrogar y de insinuar, con tan sólo percibir las dudas, sus objeciones, que dejaba sus opiniones en aquellos de los que pretendía aprender y recibirlas. (VII.83)

Y Clarendon llega a atribuirle los propósitos más profundos de subversión.

Clarendon tenía una clara percepción de qué maneras las diferentes cualidades de los hombres les hacía valiosos de maneras diversas. El conde de Pembroke, por ejemplo, «tenía un cargo apitonado y puntilloso [era lord chambelán] que le daba derecho al ejercicio de cierta grosería y el buen orden de la corte guardaba cierta dependencia de sus descortesías» (VII.399). Era un error, como el que el impaciente y poco político príncipe Rupert fue más que propenso a cometer, el juzgar a un cuerpo como el Consejo Privado por las dolencias y achaques de sus miembros individuales —«la pesadez de este hombre, la frivolidad de aquél, la simplicidad de un tercero»— porque «todas las grandes empresas y designios que han de ser llevados a cabo constan, aun en el momento en que están siendo concebidos, de muchas partes idóneas para el estudio y el riguroso examen de distintas facultades y capacidades, e igualmente para la decisión de interpretaciones más mordaces o más flemáticas» (XV.147-156).

De la manera que iba a ser prácticamente universal hasta el siglo XIX, Clarendon veía a Cromwell como un hipócrita, un taimado intrigante al que sólo le movía su sed de poder. Pero aun así el retrato que hace de él no es del todo desfavorable. No era «un engendro sanguinario», y tenía algunas virtudes. Era asimismo un hombre de una capacidad y fuerza de voluntad inmensas, que hizo que toda Europa le temiera: «Será considerado por la posteridad como un valiente bellaco» (XV.147-156). Para Clarendon era importante hacer distinciones, no fuera que, al contemplar el

naufragio de la suerte y fortuna del rey, uno fuera llevado a «creer que una pravedad universal de los corazones de toda la nación había dado lugar a estos lamentables efectos; los cuales se siguieron sólo de la locura y la nequicia, de la debilidad y la protervidad, el orgullo y la pasión, de personas particulares» (IX.1). Clarendon no dispone de ninguno de los sofisticados conceptos generales de análisis histórico que encontramos, un siglo después, en David Hume y William Robertson. Para él era evidente e incontrovertible que, bajo la providencia, la rebelión la habían hecho individuos, y que no todos fueron malvados. Y merece que se haga caso porque los conocía.

[illegible]

[illegible] y la codicia, de la debilidad y la procacidad, el orgullo y la pasión de personas particulares (IX, 1). Clarendon no dispone de muchos de los [illegible] un siglo después, en David Hume y William Robertson. [illegible] dente e incontrovertible que, bajo la providencia, la rebelión la hicieron [illegible] individuos, y que no todos fueron malvados. Y parece que se hizo caso [illegible]

> [illegible] sidad las apartó en el juicio, que no parecía ser portador de opinión alguna, sino sólo de un deseo de informar e instruir, y su carácter [illegible] un aire de [illegible] y de [illegible], con lo que sólo [illegible] las dudas [illegible] opiniones [illegible] de los que [illegible] (VIII, [illegible]).

Y Clarendon llega a atribuirle los propósitos más profundos de [illegible].

Clarendon tenía una clara percepción de que mientras las diferentes cualidades de los hombres les hacía valiosos de maneras diversas. El conde de Pembroke, por ejemplo, [illegible] un cargo apetecido y pomposo [illegible] lord chambelán, que le daba derecho al ejercicio de cierta [illegible] y el [illegible] todos de la corte, [illegible] dependencia de sus [illegible] (VI, 399). [illegible] que el impaciente y poco político [illegible] Rupert fue más que propenso a [illegible] al juzgar a un cuerpo como el Consejo Privado por las deficiencias y achaques de sus miembros individuales —la grandeza de [illegible] hombre, la frivolidad de aquél, la [illegible] de un tercero—, porque todas las grandes empresas y designios [illegible] han de ser llevados a cabo [illegible], aun en el [illegible] concebidos, de muchos [illegible] para el estudio y el riguroso examen de distintas [illegible] y capacidades, e igualmente para la decisión de intervenciones más [illegible] o más [illegible] (XV, [illegible]).

De la manera que iba a ser prácticamente universal hasta el siglo XIX, Clarendon veía a Cromwell como un hipócrita, un taimado intrigante al que sólo le movía su sed de poder. Pero aun así el retrato que hace de él no es del todo desfavorable. No era sin ingenio [illegible] y tenía algunas virtudes. Era [illegible] un hombre de una capacidad y fuerza de voluntad [illegible], que hizo que toda Europa le temiera [illegible] rado por la posteridad como un valiente [illegible] (XV, [illegible]). Pero Clarendon [illegible]

21

HISTORIA FILOSÓFICA

HUME: ENTUSIASMO Y REGICIDIO

«El progreso de la sociedad», un hecho que llegó a se tenido por indiscutible en la historia de Europa tuvo una importancia decisiva en la aparición de un género propio de la Ilustración como la historia de las costumbres, los hábitos y las opiniones. El desarrollo del comercio y el final de la «anarquía feudal», el «renacer del saber y el superar a los antiguos» con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la invención de la imprenta así como las mejoras en el arte de la guerra (algo que Guicciardini fue uno de los primeros en señalar), todo ello contribuyó a dar esta percepción. A ello es preciso añadir una concepción de la mejora en las «*moeurs*» durante los dos siglos anteriores, que del fervor religioso intolerante, pedante, tosco y temible y las polémicas de la época de la Reforma, habían pasado al cultivo en el siglo XVIII de una sociabilidad cortés y tolerante como sello de una sociedad refinada que era afable, humanitaria y racional.

El espectro en el banquete de la razón y aquella alegre autocomplacencia, al menos en Inglaterra, fue la revolución del siglo XVII, el efímero pero no olvidado reinado de los sectarios bajo la caracterización general de «entusiasmo», y la amenaza de un republicanismo igualitario. En apariencia conjurados, los acontecimientos que acaecieron a partir de fines del siglo XVIII en adelante le darían a veces la apariencia de un precedente así como el de una advertencia. La revolución, en relación con el progreso, llegó a desempeñar algo así como el papel que antes había desempeñado el lujo y la enervación en el paradigma humanista cívico y clásico, el de vehículo de perdición. «La gran causa de las revoluciones

—afirmará Macaulay ante la Cámara de los Comunes durante los debates que precedieron a la aprobación de la primera ley de reforma, la *Reform Act* de 1832— es que mientras las naciones se mueven hacia delante, las constituciones permanecen inmóviles.» Marx iba a decir más o menos lo mismo, aunque desde una posición revolucionaria y David Hume había dicho también algo similar acerca del gobierno de Carlos I.* Tan destacada iba a ser la experiencia revolucionaria, así como el miedo y la esperanza de que se produjera, que es precio que nos ocupemos de cómo los historiadores aceptaron el reto que ello representaba para su arte y su comprensión.

David Hume es hoy un célebre filósofo, pero como historiador a penas si es conocido. En los siglos XVIII y XIX sucedía a la inversa. Entonces era primordialmente el autor de una monumental y seria, aunque muy contestada *Historia de Inglaterra* en seis volúmenes publicados entre 1754 y 1762. Hume fue una de las figuras fundamentales de la Ilustración escocesa y la historia que escribió es un producto característico de aquella época y en ella aplica a un largo tratado de historia política, constitucional y social algunas de sus ideas más básicas como eran la asociación de cambios fundamentales en las costumbres y las opiniones con la decadencia del feudalismo y el desarrollo del comercio, y una consideración de la influencia que la religión ejerció en la vida social y política. William Robertson, uno de sus contemporáneos, aplicó estas ideas al ámbito más seguro de la Europa del siglo XVI, aunque el lugar que asignaba a John Knox y los reformadores escoceses en una edad tosca cuyas características compartían no dejó de suscitar polémica. Hume, en cambio, al tomar el siglo XVII en Inglaterra como su desafío inicial (una de las peculiaridades de la historia que escribió fue que la escribió y se publicó hacia atrás en términos de la cronología histórica), se enfrentaba a algunas de las cuestiones más discutidas de la vida política inglesa moderna. Las etiquetas políticas de «whig» y «tory» procedían de las dos grandes facciones del siglo XVII, y aun las más sofisticadas y modernas como «corte» y «país» eran en una importante medida análogas a las divisiones del siglo XVII. La historia que Hume escribe acerca de la revolución del siglo XVII y que conforma la primera parte de su historia de Inglaterra, fue publicada en 1754. En referencia al ascenso, en 1601, de Jacobo IV de Escocia al trono de Inglaterra como Jacobo I, el título completo fue *The History of Great Britain, containing the Reigns of James I and Char-*

* Véase más abajo, p. 395.

les I (*La historia de Gran Bretaña, que abarca los reinados de Jacobo I y Carlos I*). Por espacio de tres cuartos de siglo llegó a dominar el mercado aunque fue una de las muchas historias acerca de la revolución inglesa que se publicaron durante aquel período desde todos los puntos de vista del espectro político. La vida de Macaulay escrita por G. M. Trevelyan nos muestra a su protagonista satisfecho y divertido de encontrar en el escaparate de una librería la *Historia* de Hume, un siglo después de su publicación, con la etiqueta «una valiosa introducción a Macaulay».

Los ataques de Hume a aquello que sus contemporáneos más firmemente creían fueron diversos, pero el principal fue su negativa a aceptar la noción whig de una «antigua constitución» imperecedera que fue socavada y subvertida por los Estuardo. Para Hume, los precedentes constitucionales ingleses, ya a principios del siglo XVII, eran caóticamente contradictorios dado que reflejaban el equilibrio cambiante entre la Corona y la nobleza durante los siglos precedentes: la constitución era «incomprensible» (111). Los primeros Estuardo pudieron encontrar precedentes para la mayor parte de lo que hicieron, cuando no para todo, en tanto que los Tudor habían gobernado de un modo más absoluto al tiempo que eludían toda pretensión teórica. En lo fundamental fueron los dirigentes del Parlamento en la década de 1640 los innovadores y a los ojos de Hume en principio nada malo había en ello: el país necesitaba un «sistema regular de libertad», que con el tiempo acabó por instaurarse. Pero, si bien Hume estaba preparado a acoger sin más el resultado, ofendió a los whig más radicales por su evidente aversión y falta de admiración hacia los más destacados parlamentarios, que eran también a su juicio poco refinados y fanáticos. Hume caracterizó de intransigente e inflexible al puritanismo inglés y al movimiento de los presbiterianos escoceses del siglo XVII. En ellos, «el genio del fanatismo se desplegaba en toda su amplitud» y su imaginación inflamadas se desahogaba «en discursos enfurecidos e improvisados dirigidos a Dios» (72). Lanzar improperios contra los sectarios del siglo XVII era algo bastante común en la Gran Bretaña del siglo XVIII, pero a muchos les resultaba ofensivo el conocido escepticismo de Hume en materia de religión que le había privado de obtener, al igual que sucediera con Robertson, una cátedra académica en Edimburgo o Glasgow. Con tanto lastre en contra, resultaron sorprendentes la preponderancia ejercida por la *Historia* de Hume y su éxito editorial, ya que le convirtió en un hombre rico.

Con algunas excepciones que veremos, no es una historia pintoresca, su poder es intelectual, radica en la calidad de la reflexión y en la con-

tundencia de la narrativa. Porque, pese a las disquisiciones que se intercalaron —Adam Smith, un tradicionalista en estas cuestiones, puso objeciones a esa obstrucción del flujo lineal de la narración—, no es un ensayo sociológico hijo de la Ilustración sino una historia detallada y con cuerpo, clásica en su sentido del decoro y analística en su disposición. La convención de crear discursos inventados estaba cayendo en el descrédito y Hume prefirió resumir, a menudo representando las opiniones de muchos en lugar de la de un solo individuo. Por lo demás, sin embargo, pese a las disquisiciones —la más extensa de las cuales, dedicada a los cambios en la sociedad, fue en ediciones posteriores relegada a un apéndice—, la historia de Hume se halla evidentemente dentro de una tradición clásica que trata de asuntos públicos y políticos. Sin duda, en el siglo XVIII, los géneros del ensayo sobre las costumbres y la historia de la sociedad civil formaban parte de la inspiración intelectual de aquella obra.

Uno de los rasgos más controvertidos de la *Historia* de Hume parece a primera vista contrario a las inquietudes sociológicas de la Ilustración y la postura imparcial e irónica que habitualmente adopta Hume como autor. Se trata en gran medida de la simpatía hacia las víctimas, hacia los destacados perdedores de la historia y, ante todo, hacia Carlos I. De hecho se da una explotación deliberada del patetismo, lo «sentimental» —un término más técnico que peyorativo—, en la descripción del cautiverio, proceso y ejecución del rey

> Se ha convenido que Carlos, en aquel último período de su vida, hizo gran honor a su memoria y que en todas sus comparecencias ante sus jueces no olvidó nunca lo que debía a su condición de hombre y de príncipe. Firme e intrépido, supo conservar, en todas sus respuestas, en el pensamiento como en la expresión, la mayor claridad y rectitud: afable y ecuánime, no mostró pasión alguna ante aquella autoridad tan insólita a sus ojos que se le habían impuesto. Su alma, sin aparentar afectación, sin esfuerzo, parecía permanecer en la situación que le era familiar y miraba con desdén como si estuviera por debajo de ella, todos los esfuerzos de la iniquidad y la malicia humanas.*

David Hume y su contemporáneo William Robertson, ambos reanudaron el cultivo del sentimiento en la manera de escribir la historia en siglo XVIII, y muy en especial en la forma de tratar la ejecución de María, la

* D. Hume, *History of England*, capítulo LXI, p. 678.

reina de los escoceses.* El patetismo de la narración que Hume hace al dar cuenta del final de Carlos a menudo fue considerado como una prueba fehaciente del carácter tory de Hume. Pero el escocés no era ni tory ni jacobita, a él los principios tradicionales a los que rendían culto los whig le venían grandes, y en sus ensayos puso de manifiesto una posición que no era habitual verla defendida en Gran Bretaña durante el siglo XVIII. Hume había vivido en Francia, y estableció una marcada distinción entre la libertad pública y la libertad privada, basada no sólo en el estudio de las repúblicas antiguas, sino también inspirándose en la posición de un súbdito de la monarquía absoluta francesa. Las repúblicas antiguas no habían entendido en absoluto la libertad privada, pero, una monarquía ordenada, que gobernaba mediante el derecho y la ley, la libertad privada no era incompatible con la ausencia de libertad pública. La vida y los intereses del individuo podrían estar igual de seguros como lo están en un sistema representativo. En realidad, Hume temía para Gran Bretaña la perspectiva de quedar sumida en una anarquía resultante de una división desenfrenada en facciones, y no a una monarquía absoluta, a la que describía como «la muerte más sencilla, la verdadera eutanasia de la constitución británica». Como era de esperar, los disturbios en defensa del radical John Wilkes al comenzar el reinado de Jorge III, le alarmaron más.

Pero la cuestión que planteada la historia «sentimental» no era una cuestión de etiquetas de partido o de la disyunción entre libertad o absolutismo. Uno de los fines por los que Hume escribió su *Historia* era para mitigar el espíritu violento de facción y hacer que para ello una razón ilustrada entrara a discurrir sobre el pasado reciente que era el objeto de discusión. El sentimentalismo, en este contexto, no era partidista sino más bien tranquilizador y pacificador. El sentimiento, en cambio, como punto del repertorio del historiador se desarrolló en relación con las manifestaciones de la exploración a fines del siglo XVIII de la sensibilidad en general, entre ellas el valor cada vez mayor atribuido a la inmediatez de la representación y la empatía en la narración histórica.** Este tipo de ejercicios de empatía e inmediatez concreta en historiografía se han producido de forma más habitual en el siglo XIX (donde sirvieron a veces de pretexto para menospreciar al siglo anterior por carecer de ellos). La primera aparición estuvo relacionada no sólo con el culto dispensado a la sensibilidad,

* Sobre este extremo, véase Phillips, *Society and Sentiment*.
** *Ibid.*

sino con intentos de fomentar un público lector de temas de historia más amplio, en particular entre las mujeres, algo de lo que Hume era sin duda consciente. Los efectos patéticos no son extraños a la imparcialidad objetiva de los ilustrados y a la que Hume también aspiraba, sino que en realidad eran en cierto sentido parte de ella. Y es *porque* Carlos debe ser visto no como un aprendiz de déspota que trataba de usurpar una constitución que había sido establecida y heredada, sino como una víctima de los cambios históricos en las costumbres, en las opiniones y en el equilibrio de poder y pobreza, a los que ni podía comprender ni sabía amoldarse, por ello resultaba plenamente adecuado para el historiador ilustrado, que sí podía comprenderlos, «derramar una generosa lágrima» por él.

En realidad, se trata del mensaje fundamental de la historia anterior de los Estuardo aunque utilizado aquí para los propósitos del patetismo. De Carlos no cabía esperar que tuviera la perspectiva de la larga duración del historiador filosófico, que requiere tanto de visión retrospectiva como de un utillaje conceptual adecuado. Carlos, afirma Hume, «no estaba dotado del genio magistral que le hubiera llevado a descubrir desde sus primeras manifestaciones los cambios que tenían lugar en los hábitos de la nación y a estimar con prudencia el mejor modo de acomodar su conducta a ellos» (381). Era un hombre perdido entre dos mundos y dos papeles: «Si hubiera nacido príncipe absoluto, su humanidad y buen sentido hubieran hecho su reinado feliz y su recuerdo queridísimo: si se hubiera encontrado con límites fijos y determinados a la prerrogativa del monarca, su integridad le hubiera hecho respetar como sagrados los límites de la Constitución» (684). Su fatídico error, venial en términos humanos, aunque desastroso desde el punto de vista político, fue el no haber sabido leer los signos del tiempo.

Hume establece cuáles eran esos signos en una serie de disquisiciones, entre ellas todo el capítulo VI, que, convertido en apéndice en las ediciones posteriores, anticipaba considerablemente el célebre capítulo III de la *Historia* de Maucaulay dedicado a la historia social que despertó las críticas de los más exigentes por el triunfalismo de sus insistentes contrastes entre el «entonces» y el «ahora». El capítulo VI de la obra de Hume utiliza también este mismo recurso, aunque sin exaltar la modernidad. No es demasiado somero y, de manera excepcional, incorpora algunas estadísticas. Pero el tema del que se discute tiene dos aspectos: Hume, al igual que Robertson, percibía cómo, a partir del siglo XVI, se había ido desarrollando un nuevo espíritu de libertad e independencia sobre todo asociado al comercio. (Hume es muy explícito sobre la razón

por la que las grandes ciudades favorecieron al bando de los parlamentarios.) Y al igual que Robertson y los polemistas del «Country Party» a principios del siglo XVIII, en especial Bolingbroke, ve el traspaso del poder de los Lores a los Comunes mientras el feudalismo termina y se difumina la propiedad de los bienes raíces,

> Los primeros avances del comercio y las artes habían contribuido, durante los reinados precedentes, a dispersar aquellas inmensas fortunas de los barones que les habían hecho ser temibles tanto a los ojos del rey como del pueblo. Los progresos ulteriores de estas ventajas comenzaron, durante este reinado, a arruinar a los pequeños propietarios de tierras y, a través de estos dos acontecimientos, la pequeña nobleza o ese orden de súbditos que componía la Cámara de los Comunes vio agrandado su poder y autoridad. La alta nobleza, cuya opulencia la situaba por encima de toda sobriedad o incluso del cálculo, se adueñó con avidez de las nuevas invenciones del lujo y no tardó en disipar sus fortunas en suntuosos placeres.

Los Comunes descubrieron su poder ayudados por la insensatez y la falta de prudencia de los primeros dos monarcas Estuardo que hicieron de sus prerrogativas una cuestión teórica. Desde el punto de vista de Hume, toda autoridad descansaba en última instancia no en el derecho sino en la opinión que, por lo tanto, era imprescindible dirigir y administrar. La costumbre y la tradición eran los principales sostenes de la autoridad establecida. Alentar en los súbitos una inclinación a polemizar con pronunciamientos teóricos relativos a cuestiones políticas o religiosas sólo podía tener consecuencias nefastas.

La situación económica, además, favorecía al Parlamento. De la Corona aún se esperaba que, viviera de sus rentas tradicionales pese al aumento de los gastos. El parlamento si bien fue incapaz de caer en la cuenta de lo que sucedía, se mostró muy dispuesto a procurar aprovecharse de las dificultades económicas del rey para exigir y arrancarle concesiones. El gobierno de Carlos se vio obligado a recurrir a la reanimación de antiguas fuentes de ingresos o a la explotación de otras nuevas, pero en un caso como en el otro sólo le hicieron merecedor de un amargo rencor. En cierto sentido Jacobo I y Carlos I fueron simplemente monarcas desafortunados, aunque de manera insensata avivaron las llamas en lugar de procurar apagarlas. El espíritu de fanatismo religioso, surgido de la Reforma, había alcanzado un momento álgido. Hume se apoyó en un concepto que había elaborado en un ensayo conocido, «De la Superstición y el entusiasmo». El nombre que le dio, que no era original sino resultado de

la conversión de un término peyorativo en una categoría teórica, fue «entusiasmo». El entusiasmo puede surgir en cualquier momento al ser en lo fundamental aleatorio —más o menos como el «carisma» del que hablará Max Weber— poniendo en tela de juicio todos los cálculos de prudencia y las tomas en consideración de los intereses individuales: «el espíritu de fanatismo, al no tener ya freno, confundió todos los motivos consideraciones del bienestar, de la seguridad, del interés y deshizo toda obligación moral y civil» (502). Para Hume lo opuesto al entusiasmo en la dinámica de la creencia religiosa era la superstición. También irracional, la superstición en cambio surgía del impulso de propiciar el favor y congraciarse. De ahí que fuera servil y un sostén para las clases dirigentes religiosas y civiles. El catolicismo era su manifestación histórica. Sin embargo, el entusiasmo, lleno de insinuaciones antinómicas de la posesión única e individual del Espíritu, era audaz, agresivo, ferviente y destructivo. El puritanismo, con sus recuerdos del terrible fanatismo de los sectarios cismáticos del siglo XVII, aún podía hace que la Era de la Razón sintiera un estremecimiento de angustia. Si bien resultaba esperanzador insistir en la distancia histórica que mediaba ya entre el fanatismo del siglo XVII y aquello que Hume denominaba «la afabilidad y humanidad de las costumbres modernas» (98), los ejemplos histórico seguían siendo eran admonitorios. Jacobo I, según afirma Hume, no se equivocó al considerar el fanatismo como una amenaza para la autoridad tanto civil como religiosa, pero erró al desafiarlo y recusarlo directamente.

En sus exposiciones, Hume recurre con frecuencia a la ironía, como, por ejemplo, cuando habla del afán de los escoceses por trasplantar en otros lugares su sistema de gobierno eclesiástico: «Nunca la ingeniosa Atenas estuvo tan exultante por haber extendido las ciencias y las artes liberales en un mundo bárbaro, y nunca la generosa Roma estuvo tan pagada de sí al ver las leyes y el orden establecidos por sus legiones victoriosas, como se regocijan hoy los escoceses de haber facilitado a las naciones vecinas su ciego celo y su fervor teológico» (449). La aversión de Hume disminuía por reconocer que, en una forma a la que el siglo XVIII se iba babituando, la función bistórica del entusiasmo era algo muy distinto de su naturaleza intrínseca. De no haber mediado aquel pernicioso «frenesí epidémico» (446), no se hubiera podido sostener la defensa de las libertades parlamentarias y se habría malogrado el posterior «sistema regular de libertad» (283). Se hubiera consumado un resultado más «natural» del declive del poder de la nobleza feudal, aquello que en el Continente se percibía como ascenso del absolutismo monárquico. En las

circunstancias de la época, sólo un fanatismo piadoso, a pesar de sus consecuencias, pudo preparar a los hombres para los necesarios peligros y sacrificios inevitables que comportaba oponerse a aquello. Detrás de la «única y acertada forma de gobierno de la que hoy disfrutamos» (204), yace una irracionalidad aciaga y torva. Hume, en el caso de los escoceses, es particularmente explícito en cuanto a la disyunción entre la causa y el resultado: «...la nación escocesa fue la primera en ser presa de este frenesí de reforma que tan pernicioso resultó ser mientras duró y que tan saludable ha sido más tarde en sus consecuencias» (145). La causalidad histórica es algo distinto de la cualidad moral, la vinculación entre la virtud y la libertad se halla profundamente matizada. Esta fue una lección que, aplicada por Hume a la Reforma y a la crisis política del siglo XVII, fue, como veremos, aplicada por un joven contemporáneo suyo, Edward Gibbon a la historia del cristianismo como tal y a las relaciones de larga duración que existen entre barbarie y civilización.

La aversión que Hume manifiesta hacia el «entusiasmo» era algo común en su siglo y en sus escritos lo expresó con especial fuerza. En el siglo siguiente iba a serlo de un modo mucho más apagado, a medida que el fanatismo religioso del siglo XVII se alejaba más en el pasado, y a medida que el resurgir religioso le confirió también un mayor respeto. En cambio, la otra gran preocupación de Hume relativa a la revolución inglesa, a saber, el movimiento a largo plazo de la sociedad continuó siendo uno de los principales temas de aquella historia que iba a ser aclamada como su gran sucesora y destinada a sustituirla, la *History of England* (*Historia de Inglaterra*) de Macaulay.

ROBERTSON: «EL ESTADO DE LA SOCIEDAD» Y LA IDEA DE EUROPA

«El estado de la sociedad» iba a ser la piedra angular para la obra de historia más importante del siglo XVIII. Hubo asimismo otras innovaciones. La obra *The History of the Reign of the Emperor Charles V* (*Historia del reinado del emperador Carlos V*), que William Robertson (1721-1793) publicó en 1769, no sólo ilustra algunas de estas innovaciones, sino que tiene el derecho de ser considerada como la primera obra moderna de historia. Si bien no hay duda de que los criterios de modernidad son múltiples y que otros autores señalarían ejemplos diferentes, no obstante aquel derecho es plenamente defendible.

La modernidad es una idea relevante para el libro de Robertson de hecho en un doble sentido: el libro trata de la modernidad —a saber, del surgimiento de la Europa «moderna» en el siglo XVI— y no podría haberse escrito de no ser por otros tipos de modernidad. Desde el punto de vista de Robertson, la modernidad era un cosmopolitismo secular, tanto cultural como político (este último en el sentido que expresa la idea de «equilibrio de poder») que en el siglo XVI estaba haciendo moderna a Europa y asimismo estaba haciendo de ella, por las mismas razones, una entidad cuya historia podía escribirse. Pero el libro de Robertson es también cosmopolita —es decir, europeo—, no sólo en cuanto a su punto de vista sino en su génesis e intención. Diez años antes la publicación de una obra, *History of Scotland* (*Historia de Escocia*) le había hecho conseguir un notable éxito y adquirir cierto renombre. *Carlos V* era en realidad una apuesta deliberada para atraer la atención de un mercado literario más amplio, de hecho a escala europea y, en este sentido, por ejemplo, en cuanto fue publicada Robertson enseguida lo dispuso todo para que fuera traducida al francés.

Resulta difícil pensar en algún precedente para el libro de Robertson. Hasta entonces, los historiadores se habían sentido atraídos a escribir las historias de sus propias naciones o ciudades, lo que no precisa de especial explicación, o por narraciones de acontecimientos en que se habían visto envueltos a título personal o de los que podían al menos afirmar que tenían un especial conocimiento e interés. Si bien podría decirse que la historia del concilio de Trento escrita por Sarpi es una excepción, lo cierto es que en realidad se trataba de investigar el episodio reciente más revelante de la historia de la Iglesia a cuyo clero pertenecía. La *Historia de Inglaterra* de Hume, que Robertson se propuso emular en un primer momento, antes de recapacitar y pensárselo mejor, no es en realidad una excepción pese al punto de vista escocés de Hume. En el caso de Robertson, en cambio, no había nada que le indujera a escribir sobre el imperio de Carlos V... nada, salvo su centralidad para la temprana Europa moderna, así como el interés intrínseco y la importancia de esta época como período histórico, que es cómo Robertson la vio. Pero la obra de Robertson de hecho abarca considerablemente más que los ya de por sí extensos territorios del imperio de Carlos V, llegando a comprender toda la historia de Europa, y fue precisamente la posibilidad de hacerlo lo que le llevó a decantarse por este enfoque.

Esta amplia gama de opciones temáticas de libre elección era nueva y había sido posible de manera exclusiva casi gracias a la avalancha de

libros y documentos publicados en las imprentas durante los dos siglos anteriores, entre ellos los documentos históricos. Robertson mantuvo una red de corresponsales extranjeros, sobre todo en España, mientras se dedicaba a escribir sus libros, unas redes cuyos nombre enumera en el prefacio de su posterior *History of America* (*Historia de América*) que publicó en 1777. En su trato con ellos adoptó el recurso muy moderno de utilizar un cuestionario. Aun en el caso de su *Historia de Escocia*, citó en el prefacio a todos aquellos con los que tenía contraída alguna deuda, así como identifica importantes fuentes en apéndices, tal como un especialista en historia actual lo haría. Viajar aún no formaba parte de la práctica activa del historiador: Gibbon, por ejemplo, nunca regresó a Roma después de su primera y aciaga visita. Robertson, por su parte, nunca viajó al continente, pero las bibliotecas, los libreros y sus amables corresponsales hicieron posible que escribiera una detallada historia del imperio de Carlos V en su casa de Edimburgo, ciudad en la que ejercía como ministro de la Iglesia de Escocia y, por espacio de treinta años, rector de la Universidad de Edimburgo. En su manera de escribir historia no había nada superficial: era un erudito así como un historiador de la literatura.

Pero, además, era posible escribir para el mercado y Robertson lo hizo, obteniendo por su *Carlos V* una suma de su editor que asombró a sus coetáneos. Tuvo por mecenas a lord Bute, el primer ministro escocés del rey Jorge III, que le procuró el cargo que acababa de ser restablecido de historiador real de Escocia, pero su vida clerical fue también importante. Si bien llevaba las riendas de una institución académica, no era ciertamente un historiador «profesional» en el sentido moderno de ganarse el pan enseñando historia. Por entonces la historia aún no formaba y nunca había formado y por espacio de otro siglo más no formaría parte del plan de estudios académicos, aunque se dotaron un reducido número de cátedras. En el sistema escocés era sencillo impartir docencia sobre temas históricos en cátedras de retórica y bellas letras, filosofía moral y derecho tal como Adam Smith y John Millar hicieron a diferencia de Robertson quien, en cambio, no lo hizo. Pero publicar textos divulgativos de historia estaba bien remunerado. La *History of the Rebellion* (*Historia de la rebelión*) le había hecho ganar al conde de Clarendon sumas inauditas y la *Historia de Inglaterra* le había dado a David Hume la recompensas que en vano se había esforzado en obtener de la filosofía. El paso de la dependencia de un mecenas a la independencia, que se logró a través de la producción orientada al mercado, era un tema también del pensamiento escocés del siglo XVIII; y esa misma transición se estaba consumando en

las vidas de los hombres de letras. William Robertson era un clérigo escocés tolerante y consciente de su condición moderna —uno de los que se denominaban a sí mismo «moderados»— y un hombre de letras moderno así como un administrador universitario renovador.

En el hecho de emplear tan libremente el adjetivo «moderno» desde luego no hay afán alguno de parodia sino más bien una voluntad de simplificación al menos semántica. El siglo XVII era más prolijo en su terminología: «elegante», «educado», «cortés», «refinado»; «civil», «civilidad» y civilizado (casi corriente) e incluso expresiones como «nuestra época de progresos e ilustración» que utiliza Gibbon. A fines del siglo XVIII y a través del alemán llega el término «Ilustración», y el de «civilización», que estuvo disponible primero en francés también en la segunda mitad de aquel mismo siglo. Pero si bien nuestro término versátil de «modernidad» no estaba en uso, el concepto sin lugar a dudas lo estaba con sus antítesis: «esa tosca época», «épocas de ignorancia», «épocas de superstición», «barbarie» y «la anarquía feudal». El contraste centró la atención de Robertson al punto que resulta imposible sin invocarlos explicar qué se propuso hacer en *Carlos V* o aun en una gran parte de la *Historia de Escocia*. Las antitesis eran contraposiciones de «costumbres» —en francés, *moeurs*—, otra de las palabras decisivas en la que se incluían, los hábitos, las usanzas y las convenciones así como los valores y la conducta característica. La relación entre una idea de modernidad expresada en estos términos y una idea de Europa es recíproca. La historia de Europa —y, de un modo más amplio, la historia de la humanidad— se podría categorizar en función de costumbres que cambian con el paso del tiempo. Asimismo se podía caracterizar la modernidad en función de aquello que Robertson, utilizando una frase sorprendente por todo lo que anticipaba, denominó en su obra sobre la historia de América, el «modo de subsistencia»: la sustitución del «sistema feudal» por el comercio, que es el sello distintivo de la modernidad, y el reblandecimiento y refinamiento de las costumbres que conlleva en comparación con el espíritu militar del feudalismo. En política —y esto es lo que por encima de cualquier otra cosa centra la atención en *Carlos V*— el feudalismo es sustituido por «un gran sistema» rector de las relaciones de los estados europeos como es «el equilibrio de poder».

La percepción que el siglo XVIII tuvo de que el estado de la sociedad y las costumbres pasaban a través de etapas sucesivas, dio lugar durante aquel siglo a un género característico: la condensación esquemática de la historia humana en «etapas» acompañadas de exposiciones especulati-

vas en las que se trataba de dar cuenta de las razones de las transiciones. En algunos casos, cuando el elemento taxonómico de la ordenación esquemática prevalecía sobre el elemento secuencial, como es el caso del *De l'esprit des lois* (*Del espíritu de las leyes*) que el barón de Montesquieu publicó en 1748, el resultado se parecía más a un conjunto de categorías sociológicas que ni era una narración pormenorizada ni por necesidad erudición abiertamente histórica, pese a que se hiciera mención de hechos y sucesos de diferentes regiones del mundo y de épocas históricas distintas. La historia como una secuencia de etapas o estado de la sociedad y del alma humana, era en cierto sentido la sucesora ilustrada de la longeva historia universal cristiana, cuyos orígenes se hallaban en la Biblia, Agustín de Hipona, Orosio y la secuencia histórica de los cuatro imperios del libro de Daniel. Como ejemplos más palmarios de esta rivalidad hostil entre la historia universal cristiana y la de la Ilustración cabe citar los *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (*Ensayos sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*) que Voltaire publicó en 1756 y, a fines del siglo XVIII, el opúsculo anticlerical del marqués de Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (*Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*) que fue publicado a título póstumo en 1795. Sin abandonar Francia, tenemos también los *Discours sur les origines de l'inégalié parmi les hommes* (*Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres*) que Jean-Jacques Rousseau publicó en 1755. Escocia hizo una notable aportación con algunos de los *Essays* (*Ensayos*) de David Hume, *The History of Civil Society* (*Historia de la sociedad civil*) que Adam Ferguson publicó en 1767; Adam Smith y sus lecciones de jurisprudencia, el *Origin the Distinction of Ranks* (*Origen y distinción de los órdenes sociales*) que John Millar publicó en 1771; los *Sketches of the History of Man* que lord Kames publicó en 1774 y los *Essays on the History of Mankind in Rude and Cultivated Ages* (*Ensayos sobre la historia de la humanidad en épocas toscas y cultivadas*) que James Dumbar escribió y publicó en 1780. Robertson, por su parte, hizo su aportación a este género en aquellas partes de su historia de América en que trató de las costumbres y las creencias de los pueblos indígenas y también aunque de una manera más limitada y estrictamente europea, en el «Cuadro de los progresos de la sociedad en Europa desde la destrucción del imperio romano hasta el inicio del siglo XVI» con el que encabezó su *Charles V*.

Los motivos para la creación de estas visiones esquemáticas de conjunto fueron en cierta media diversos. El más evidente era un deseo gene-

ral de elaborar una historia «filosófica» es decir, que pusiera al descubierto las causas subyacentes e hiciera de ella una base para generalizaciones útiles. La empresa del barón de Montesquieu estuvo en parte condicionada por lo que se ha dado en llamar una «reacción feudal» en Francia contra el absolutismo de Luis XIV. Al identificar «despotismo» —cuyo ejemplo era en especial el Estado otomano— como una categoría diferente de la de monarquía y basada en el principio del miedo, el barón de Montesquieu dejó la vía abierta para una caracterización de la monarquía como arraigada en el imperio de la ley y controlada no menos que apoyada por una vigorosa aristocracia que se movía motivada por el principio del honor. Las obras de Voltaire y las del marqués de Condorcet fueron ataques contra el clericalismo y la superstición. Para los escoceses, en cambio, el centro de sus intereses eran las formas que asumían la sociedad civil y las costumbres, al igual que en Montesquieu, y las formas de tenencia de la propiedad, al igual que en Harrington. En los cursos de derecho que Adam Smith impartió en Glasgow y que, compilados después de su muerte a partir de apuntes, fueron publicados bajo el título de *Lectures on Jurisprudence*, se nos muestra en particular una clara delimitación de las «cuatro etapas» de la sociedad: el estado salvaje de los cazadores-recolectores; el nomadismo de los cuidadores de ganado, con los inicios de los derechos de propiedad; la agricultura —que en Europa después de las invasiones de los bárbaros fue considerada como propiedad a través de la institución del feudo— y, en la etapa más reciente, el comercio.

El hecho que los escoceses centraran su atención en la sociedad civil y no en las formas de la constitución política, como en cierto sentido puede decirse que hizo Montesquieu, era comprensible. Después de la unión con Inglaterra a través de la *Act of Union* de 1707, Escocia ya no era una unidad política y Edimburgo no era ya una capital política. Por otro lado, el aumento de la prosperidad de Escocia y el refinamiento concomitante de las costumbres eran muy evidente. El concepto de una sociedad civil educada que progresaba ofreció otra manera de autoevaluación y posible emulación. Las conversaciones medio jocosas pero no por ello menos competitivas entre Johnson y Boswell sobre los méritos relativos a la sociedad inglesa y a la sociedad escocesa son excelentes ejemplos informales de ello.

Asimismo revestía su importancia, sin embargo, que en el interior de Escocia hubiera vastas diferencias en las formas características de sociedad no sólo en los contrastes entre lo urbano y lo rural que todos los europeos conocían, sino desde un punto de vista regional o geográfico.

Al norte de la línea de las tierras altas, el territorio «indio» (por llamarlo de alguna manera), que durante la rebelión de 1745 había estallado e irrumpido de una manera espeluznante en las calles civilizadas de Edimburgo. Robertson integró la sociedad de clanes de las tierras altas en su cruda imagen del feudalismo escocés como una fuente adicional de fuerza e independencia para los caudillos feudales, lo que resaltaba su carácter ingobernable. No parece que en general durante el siglo XVIII se pusiera cuidado en distinguir la sociedad de clanes como la categoría que sería en el siglo XIX, cuando los marxistas en particular adoptaron el término «sociedad gentil (acuñada a partir del término latino *gens, gentis*) como una etapa anterior y diferente del feudalismo. (Hume estuvo mucho más cerca de reconocer este hecho que Robertson, al haber distinguido de una manera muy nítida entre la versión escocesa que, con la primogenitura, reforzó el feudalismo, y la irlandesa, con una división equitativa de la tierra entre hermanos, que tenía un origen en las tradiciones de los bárbaros.) De manera análoga, allí donde a fines del siglo XIX los antropólogos consideraron que los sistema del parentesco eran el principio que regía la organización de las sociedades primitivas, los comentaristas del siglo XVIII como Robertson tendían a considerar este tipo de sociedades como totalmente promiscuas en sus relaciones sexuales y por ello como meras hordas. Si no había propiedad, ¿por qué razón iban a necesitar saber de quién descendían o identificar a sus parientes?

Por otro lado, la percepción de los modos en que fue reemplazado el feudalismo se sofisticó mucho más —en especial en Adam Smith— si se compara, por ejemplo, con Harrington. Esto marcó más en general un cambio característico e importante en el modo de enfocar la causalidad en historia. La noción de una secuencia de etapas o formas de la sociedad —y no sistemas de gobierno— y de las costumbres tuvo consecuencias para la comprensión de las transiciones de una a otra. Pese al entusiasmo del siglo XVIII inglés por el derecho consuetudinario y la idea de una constitución inmemorial (e inalterable), leyes y constituciones en general se consideraba que formaban parte de aquel tipo de cosas que cabía aprobar y promulgar sólo de forma deliberada. En cambio, parecía poco probable que se pudieran legislar la existencia o no de las costumbres. Se podían retardar de manera artificial sus progresos, pero parecía que cuando cambiaban para mejor lo hacían de modo gradual e «imperceptible», por emplear una de las palabras favoritas de Gibbon, que también utilizaba Robertson. El mítico prestigio de los grandes legisladores —Licurgo, Solón, Numa— finalmente empezaba a ser rechazado. «Las

naciones —escribió en cierta ocasión Adam Ferguson— encuentran instituciones consagradas que si bien son en realidad el fruto de la acción humana, no son la realización de ningún propósito o designo humanos». En *La riqueza de las naciones*,* Adam Smith dio cuenta a la manera clásica de la erosión gradual del feudalismo no a través de la legislación, sino simplemente por la naturaleza humana a la que se le ofrecen las oportunidades del mercado. Dada la creciente disponibilidad de bienes como resultado de la productividad de las ciudades y del comercio, los grandes señores feudales se vieron atraídos a gastar su excedente agrícola en estos bienes en lugar de convertirlo en poder militar y político como hacían al mantener ejércitos a su servicio y al imponer obligaciones militares a cuantos trabajaban sus tierras, obligaciones que cada vez más eran conmutadas por rentas dinerarias.

En su *Escocia*, Robertson ofrecía una exposición del final del feudalismo en Francia e Inglaterra que seguía en amplia media la de Harrington, es decir, había sido el resultado de la política deliberada de Luis XI de Francia, puesta en práctica mediante astuta y maliciosa manipulación; había sido el resultado también de la acción legislativa deliberada de Enrique VII de Inglaterra, y de la disolución por parte de su hijo de los monasterios, que difuminó la posesión de la propiedad de las tierras. El fracaso de Escocia al intentar salir de la era feudal fue, por diversos motivos, un fracaso de los reyes escoceses. En cambio, en su ensayo sobre el «progreso de la sociedad» Robertson propone un conjunto más elaborado de razones entre las que se incluye la exposición de la aristocracia europea a los refinamientos de Constantinopla y de Oriente durante las cruzadas, y el ascenso como repúblicas comerciales de las ciudades-estado de Italia como un modelo social y político concurrente con el dominio ejercido por los señores feudales. La creencia de Robertson en los efectos beneficiosos de las Cruzadas nacidas del fanatismo y la superstición, era un ejemplo de otra sofisticación más en la noción de causalidad en historia: la idea de «consecuencias inopinadas», una idea de la que Adam Smith en la parte III de *La riqueza de las naciones* ofreció un ejemplo particularmente fértil. Si bien los vicios tenían consecuencias deseables, la virtud, en cambio, no podía garantizarlas. Se trataba de una desigualdad, de una falta de equilibrio entre las intenciones y los resultados que en historia lo más natural era tratarla como una ironía, algo de lo que Gibbon iba a sacar profusamente partido.

* *Op. cit.*, III.3 y 4.

Los dos capítulos con estudios introductorios que Robertson incluyó en su *Escocia* para tratar el pernicioso poder que aún tenía la nobleza feudal escocesa y la debilidad de la monarquía, en cierto sentido constituyen un equivalente más restringido y sombrío de la versión optimista, europea, que iba a ofrece diez años después en el preámbulo dedicado al «progreso de la sociedad» de su *Carlos V*. Pero al margen de si estaba afianzado o superado, el feudalismo, desde un punto de vista intelectual, no desaparecería. La erudición seguía centrando su diligente atención en él. Tan sólo dos años antes de la publicación de *Escocia*, en la que Robertson daba al feudalismo un papel tan destacado, sir John Dalrymple, el anticuario escocés con quien Robertson estaba en deuda tal como reconoció en el prefacio, había publicado *An Essay towards a General History of Feudal Property in Great Britain* (*Ensayo encaminado a una historia general de la propiedad feudal en Gran Bretaña*). Además, en su visión tan negativa del papel histórico desempeñado por la nobleza feudal en Escocia, Robertson se opuso de manera decidida a la tradición «constitucional antigua» que, promovida por Buchanan en el siglo XVI, hacía de la nobleza la guardiana de la libertad. Para Robertson, en cambio, la libertad es moderna y no antigua, aunque de la historia antigua de Escocia antes de la época de los romanos no se sabía absolutamente nada. Una vez Robertson completa el estudio introductorio, la parte narrativa de *Escocia* se inicia con el reinado de María, reina de los escoceses, y concluye con el ascenso de su hijo Jacobo VI al trono de Inglaterra tras la muerte de la reina Isabel en 1603. A partir de entonces, en su condición de rey de Inglaterra y de Escocia, Jacobo dispuso de una fuerza y unos recursos que eclipsaban los de la nobleza escocesa, de modo que la historia de Escocia como sociedad moderna, es decir, posfeudal, hubiera podido empezar. En un contexto inglés, Robertson al igual que Hume no era un constitucionalista antiguo sino un whig moderno. El feudalismo había significado anarquía.

En las páginas de *Carlos V*, Robertson supo narrar las consecuencias a una escala europea de la decadencia de la nobleza feudal al tratar el período que eligió para este propósito. De su decadencia y de la resultante concentración de poder en las principales monarquías de Europa, surgió el sistema de estados europeos. Aquí la deuda de Robertson con Guicciardini es más que evidente. Era posible abordar y tratar la historia de Europa en su conjunto en términos narrativos, y no sólo en el marco de un estudio general o como la historia de los estados individuales. Este planteamiento hacía pensar en Polibio y las consecuencias que el ascenso del

poder de Roma como tema unificador habían tenido para la manera de escribir historia. En Robertson, sin embargo, la unificación no venía dada por un imperio que abarcaba ya toda Europa y que, en todo caso, hubiera sido un desastre para la humanidad. (Robertson, al igual que Polibio, invoca la Providencia, aunque no para explicar el ascenso del Sacro Imperio, sino para dar gracias más bien de su actual deterioro.) Para Robertson lo que hacía de Europa una entidad era el equilibrio de poder. De este modo paradójico alcanzada, la unidad de Europa sorprende por la similitud que presenta con la explicación que Adam Smith dio de la creación del mercado cuando afirmó que aunque cada individuo —vendedor, comprador y estadista— buscaba sólo su propio beneficio y seguridad, aún así el resultado era un orden. De manera entusiasta Robertson denomina a esta unidad «una gran familia» y «aquel gran sistema».* Con posterioridad, Edward Gibbon comparará Europa a «una gran república» en las «observaciones generales» de su *Decline and Fall* (*Historia de la decadencia y caída del imperio romano*).

Robertson no sólo generaliza sino que narra de manera densa los cambios incesantes en el poder relativo, los cálculos y las reestimaciones de la ventaja que hacían los reyes de Europa y los príncipes germanos, la constante recomposición de las alianzas, así como los ocasionales embates de una confianza desmedida (en general por parte de Carlos), y de la vanidad que llevaba a buscar antes el honor que el interés (Francisco I). El resentimiento y el deseo de venganza también hicieron mella en el manejo de aquellas sobrias estimaciones de los intereses y las políticas que prescribían. Esto último constituye el rasgo distintivo de la gobernabilidad moderna, de ahí que las nociones caballerescas que el rey Francisco I tenía acerca del honor representaban cierto retraso cultural.

La mayor de las intrusiones, sin embargo, porque implica fervor e intransigencia, fue la distintivamente moderna de la Reforma, que Robertson, adoptando una postura habitual, asocia con el nuevo «espíritu de investigación» y que desbarata las posibilidades que Carlos tenía de consolidar las tierras germanas aún feudales en un estado moderno unificado. El tratamiento que Robertson hace de la Reforma es particularmente político: condena las corrupciones de la Iglesia romana, pero deja de lado las cuestiones teológicas. Si bien la Reforma constituye en cierto sentido un aspecto de la modernidad, es distanciada en términos cul-

* Robertson, *Carlos V*, libro XI.

turales, al igual que en la *Historia de Escocia*, con sumo cuidado de la época en que vive Robertson. Lutero y Knox son figuras que realizaron ambas una tarea necesaria para la que incluso sus defectos en la escala de la civilidad les hacían adecuados (un ejemplo más de vicios privados, públicos beneficios). Pero son también figuras que se hallan firmemente situadas en el pasado, pertenecen a una época más tosca, más encarnizada, más intransigente que aquella en la que Robertson vive. Y en esto presentan algunos de los rasgos de aquellos nobles escoceses que mataron al secretario y valido David Rizzio en presencia de la aterrada y embarazada reina y «que nos llenan de horror ante las costumbres... de aquella época».* Pero «al juzgar los caracteres de los hombres es preciso que los tratemos de acuerdo con los principios y las máximas de su propio tiempo y no según los de otra época».** Si bien aún no hay, en lo que a la obra de Robertson se refiere, una terminología establecida de periodización que distinga, por ejemplo, «moderno temprano» e «Ilustración», el modo en que guarda distancia con el primero reviste un significado que rebasa lo académico. Se ha señalado que al poner en un contexto histórico a los reformadores, los antecesores de los inflexibles calvinistas del siglo XVIII que se oponían al tipo de presbiterianismo tolerante y moderno que defendía, Robertson tácitamente les privó de su derecho a ser en todas sus características los únicos que se mantenían auténticamente fieles a la letra de las Escrituras. Por otra parte, en Robertson hallamos ya presente el concepto de dos períodos por lo menos desde el momento en que tiene lugar el renacer del saber, un hecho que, aun desde un punto de vista académico, era importante. Parte de la experiencia de leer historia está constituida por este distanciamiento cultural, al igual que su opuesto, el sentido que subyace en el otro lado de la separación, se puede hacer inteligible a través de la erudición y la inventiva históricas. Robertson es tan sensible a estas cuestiones como cualquier escritor del siglo XVIII, y su compromiso con el estudio de un período tan cercano a la época en la que vive como era el siglo XVI lo pone particularmente de manifiesto.

El contraste con la «cortesía» que caracteriza al siglo XVIII se establece no sólo mediante la afirmación, sino por el despliegue también de lo que en su época se empezaba a denominar la «sensibilidad» —la simpatía imaginativa o el «sentir» eran tolerados hasta el punto de lo lacri-

* Robertson, *Escocia*, libro IV.

** Robertson, *Escocia*, libro VIII.

moso— y asimismo a través de la elegante y serena ecuanimidad de la prosa que hace valer las interpretaciones y las opiniones de Robertson. Estas cualidades se ponen de manifiesto sobre todo en el trato que dispensa a María, la reina de los escoceses. Equivocada en lo político y débil no sólo en términos morales sino también como mujer, serán las conjeturas que Robertson hace acerca de sus sentimientos las que la harán digna de lástima por sus desgracias como sucede en la escena de su forzosa abdicación: «María, después de haber firmado aquellas actas, se deshizo en lágrimas. El dolor de ver arrancado de su mano el cetro que llevaba desde hacía tanto tiempo, la hizo sentir una punzada de pesar e indignación una de las más terribles que tal vez pueda estremecer al corazón humano».* En cambio un implacable Buchanan que llegó a conocer a la reina María sólo comenta que «aceptó muy a su pesar designar guardianes para su hijo, y que se enviaran procuradores a fin de organizarlo todo para que el rey fuera coronado en Stirling».

Para sopesar el efecto estético y moral de la prosa de Robertson basta con escoger un ejemplo más o menos al azar. Se cuenta que cuado Robertson leía una de las cartas que el mismo había escrito lo hacía con un ritmo tan acompasado que era como estar escuchando una pieza musical. Resulta casi creíble. Examinamos, por ejemplo, este fragmento extraído de *Carlos V*:

> Aun Melanchton, cuyos méritos, de toda índole, le hacía digno de ocupar el primer lugar entre los teólogos protestantes, al hallarse privado por entonces de los valientes consejos de Lutero que de sólito le inspiraban fortaleza y le hacían mantener su firmeza y serenidad en medio de las tempestades y los peligros que se cernía sobre la Iglesia, se sintió tentado a hacer concesiones injustificables debido quizá a la timidez de su talante, a su vano deseo de paz y a su excesiva complacencia hacia las personas de alto rango.**

Si bien cualquier pequeño cambio en las palabras escogidas y el orden en que se combinan como, por ejemplo, al invertir la posición de «timidez de su talante» y «vano deseo», alteraba la calculada eufonía con que Robertson componía sus frases, pero mucho más perniciosa —quizá como la omisión de un compás en una sonata— sería la eliminación,

* Robertson, *Escocia*, Libro V.
** Robertson, *Carlos V*, Libro X.

desde un punto de vista semántico más o menos inocua, de los adjetivos «excesiva», «de toda índole», «viriles» o «injustificables». La sintaxis de Robertson, en lugar de ser sosegadamente comedida y en apariencia inevitable, se volvería insistente y entrecortada (en gran medida, de hecho, como la de Guicciardini). La lectura de Robertson es fluida, sencilla y tranquilizadora. La de Guicciardini es brusca, turbadora y, como experiencia literaria, dura, escabrosa y todo un reto. Gibbon se limitaba a decir sólo la verdad cuando en su *Memoir* (*Memoria*) rendía homenaje a «la perfecta composición, el lenguaje con nervio y el arte de la puntuación del doctor Robertson».

Uno de los discípulos que Robertson tuvo en Edimburgo fue Walter Scott. Este hecho no significa en particular que Robertson influyera en la visión que Scott tenía de la historia en mayor medida en que lo hicieron las ideas históricas de la Ilustración escocesa en general, aunque es innegable que Robertson fue quién más se ocupó de la historia de Escocia. Se trata aquí, sin embargo, de la cuestión más general de saber qué es posible pensar y articular en un momento histórico dado. Scott aprendió a ser sumamente consciente de ello a partir de la interpretación que la Ilustración escocesa hacía de los cambios nacionales en las ideas y las costumbres. La distancia en el tiempo era también una distancia en los ideales y los modos de conducta que son preponderantes. *Waverley*, la novela que Scott publicó en 1814, la primera de una serie, las *Waverley Novels*, ambientada en la rebelión jacobita de 1745, llevaba al principio por subtítulo «O hace cincuenta años» y, una década más tarde, cuando fue reeditada sería corregido «O hace sesenta años» a fin de conservar la exactitud. Cuando el héroe epónimo de la novela viaja hacia el norte, desde Inglaterra hacia Escocia y desde las tierras bajas a las tierras altas, también viaja hacia atrás en el tiempo hasta una participación en cierto modo inadvertida en la rebelión. La casa solariega en la que se crió es, tal como Scott lo deja claro, un anacronismo: monárquico partidario de Carlos I en la guerra civil, tory de la tradicionalista aristocracia rural y jacobita por simpatías. El tío que hizo cargo de la educación de Waverley está obsesionado por la tradición y la genealogía familiar. Cuando Waverley se une al ejército, su tío lamenta que ya no considere adecuado llevarse una mesnada formada por gentes de su hacienda. El tutor de Waverley es un clérigo que se había negado a jurar lealtad al soberano de la casa de Hanover, que escribe tratados ilegibles sobre la tradicionalista alta iglesia jacobita. La tía de Waverley está obsesionada por la visita que Carlos II hizo a la casa en busca de refugio después de la batalla

de Worcester. La casa es una suerte de cápsula del tiempo del siglo XVII con restos de la anterior época feudal.

En las tierras bajas de Escocia, Waverley se aloja en una versión aún anterior del pasado. El barón de Bradwardine da la impresión de ser más o menos un hombre del siglo XV o XIV. Entendido en términos feudales y en heráldica, tiene un profundo apego a los símbolos del feudalismo. Si bien no piensa en la semiindependencia de los señores feudales, es leal —a los Estuardo— al punto de la sumisión, pero al mismo tiempo es un pedante erudito que ha estudiado las antigüedades y que da mucho valor al cargo hereditario de su familia, un hombre en fin que sentía apego por aquella ocupación familiar de sacarle las botas al soberano después una batalla, y que justifica con abundancia de citas pronunciadas un latín de basto acento bárbaro. Pero el genuino hombre feudal presentado como una realidad militar de la época es el jefe de un clan de las tierras altas, llamado Fergus Mac-Ivor a quien Waverley conoce después. Caudillo y jefe de su clan participa en la rebelión no tanto por lealtad como por interés personal, dado que aspira a convertirse en un gran hombre de la corte jacobita restaurada en Inglaterra y está dispuesto a utilizar la lealtad que le tienen los hombres de los clanes para conseguirlo uniéndose al ejército del príncipe Carlos Eduardo. Pero Fergus es una figura escindida y lo sabe. Al representar el papel de jefe en una reunión del clan a la que Waverley asiste y en la que no falta el bardo gaélico, permanece distante e imparcial disculpándose casi ante Waverley por aquella muestra de barbarie. El mundo de los clanes, se nos da a entender, es mucho más antiguo que el feudalismo y Scott realiza varios paralelismos de estilo homérico. Y la comparación con Bradwardine, de quien Fergus se mofa al considerarlo un pedante, no hace más que reforzar esta idea. Pero Fergus es asimismo un gentil caballero moderno que se había educado en la corte de Francia. Scott, sensible como siempre al período, lo caracteriza como un ser sólo posible en aquel momento particular: «Si Fergus Mac-Ivor hubiese vivido sesenta años antes, probablemente habría carecido de aquella cortesía de gentil ademán y aquel conocimiento del mundo que entonces poseía; y si hubiera vivido sesenta años más tarde, su amor por el orden y sus intereses hubiera puesto freno al carácter fogoso que su situación actual le permitía». Los anacronismos de Fergus son calculados y tienen por objeto la manipulación: mantiene la generosa y espléndida hospitalidad de un jefe de clan y llena con foreros y quinteros que en amplia medida no necesita, su heredad como si de un campo de reclutamiento se tratara, todo ello

para conseguir que una dinastía Estuardo restaurada en el trono inglés le conceda el título de nobleza que ambiciona.*

Fergus es moderno sólo en parte, ahora bien en su fuero interno lo es casi plenamente. Pero la modernidad tiene otros dos rostros principales. Uno es el padre de Waverley, un hombre que se ha reconciliado con los hanoverianos y que tras iniciar su carrera parlamentaria es un seguidor de sir Robert Walpole —cuyo nombre era sinónimo de corrupción— con afán de ser recompensado con cargos y beneficios. Al abandonar los principios de familia, parece que se ha desecho de todo principio. En la novela será sólo una presencia entre bastidores. Pero la modernidad tiene también un rostro más honesto, el de un militar: el prisionero inglés de Waverley, el coronel Talhot. Si bien el coronel es capaz, por decirlo con una expresión muy del siglo XVIII, de «mostrar interés» por obtener el indulto de manos de Waverley, se halla entregado en alma y cuerpo al servicio de su país. Su sentido del deher y la percepción perspicaz y lúcida —whig— de que cuáles son los intereses que más convienen a la nación, son comparados tanto a la lealtad irreflexiva y precipitada, maquinal, de los más humildes montañeses de las tierras altas, como a la egoísta independencia, en parte militar, en parte política, de Fergus. Robertson a quien le parecían bien los ejércitos profesionales, seguramente le hubiera gustado Talbot, al igual que hubiera reconocido la caracterización que Scott había hecho en MacIvor.

Pero la cuestión general aquí es que un siglo antes difícilmente se hubiera podido presentar una descripción como la que Scott hace de sus personajes con el sentido de la importancia que confiere a la localización histórica diversa de cada uno de ellos en términos espirituales. Más de un siglo de conciencia y reflexión históricas quedan detrás de la habilidad de Scott para ver a sus personajes del modo en que lo hizo. Scott fue perfectamente consciente de ello. Scott fue un estudioso de las antigüedades que se divertía a costa de los anticuarios como él; fue un tory moderno con un punto de vista fundamentalmente whig acerca de la historia británica, que supo mostrar con imaginación qué significaba ser un jacobita; fue un romántico que supo domesticar su romanticismo, sabedor que el significado de lo sublime, como en el célebre ensayo de Burke, era que solo desde cierta distancia se podía gozar de lo sublime. La historia, al ofrecer

* «Si hubiera desenvainado la claymore —espada tradicional escocesa—, hubiera sido difícil decidir si era porque quería hacer de Jacobo Estuardo un rey o un conde de Fergus». W. Scott, *Waverley*, cap. XXI, «La hermana del jefe».

como hacía, en las representaciones que los modernos se hacen de ella, una galería de ademanes y costumbres o, tal como el contemporáneo de Scott, sir James Mackintosh lo expresó, un museo de la humanidad, permitía entonces una variedad tal de experiencias indirectas e incluso identificaciones parciales que la vida contemporánea no podía igualar. La casa de la familia Scott, Abbotsford, se convirtió en una suerte de museo así. La hermana de Fergus, una ferviente jacobita, de quien Waverley se enamora de manera transitoria, esboza un retrato irónico del futuro de felicidad doméstica y la culta indolencia que aguarda a Waverley. A diferencia de ella, él no está hecho para la crueldad y el heroísmo de una guerra civil:

> Allí decorará la antigua biblioteca del castillo al más exquisito gusto gótico y llenara los anaqueles de los volúmenes más raros y más valiosos; y dibujara planos y paisajes, y escribirá versos, levantará templos y abrirá grutas. En las bellas noches de verano se detendrá bajo la columnata de su portal para contemplar los gamos bajo el claro de luna; o tendido bajo las frondosas ramas de los viejos robles recitará versos a su bella esposa que se apoyará en su brazo; y será un hombre feliz.*

Este era como mínimo un autorretrato en parte irónico hecho por el propio Scott, en el que la historia se ha trasmutado en un anticuarismo, un gusto por el estudio de las antigüedades epicúreo e imaginativo. A los victorianos les encantó este rasgo suyo, aunque seguían sin tener conciencia de que la condición que lo hacía posible era la concepción que la Ilustración escocesa tuvo de la historia de las costumbres.

Gibbon: Roma, barbarie y civilización

Edward Gibbon fascinó a los especialistas de fines del siglo xx como no lo había hecho, al menos en Gran Bretaña durante el siglo xix, y el interés por sus obras no muestra signos de menguar. El bicentenario de la muerte de Gibbon en 1794 fue conmemorado de manera impresionante: entre las celebraciones, que fueron inauguradas como era debido con una nueva y soberbia edición de *The Decline and Fall of the Roman Empire* (*Historia de la decadencia y caída del imperio romano*) a cargo de David Womersley (1994), se incluyeron un congreso en el Magdelen

* W. Scott, *op. cit.*, cap. LII, «Intrigas de sociedad y de amor».

College de Oxford, el mismo *college* al que Gibbon había denunciado porque no le prestó la atención que merecía cuando era universitario. De este modo aquella predicción que Gibbon hizo en las *Memoir* (*Memorias*) de su vida, cuando decía que la Universidad de Oxford renunciaría con alegría a ver en él a uno de sus «hijos» como él deseaba renunciar a ella como «madre» se había demostrado claramente como inexacta. La comprensión contemporánea que tenemos de la rica arqueología de su espíritu se ha visto realzada no sólo por los estudios sobre Gibbon y su obra sino por los prolijos frutos de los estudios sobre la Ilustración, sobre el maquiavelismo y la tradición humanista, sobre la erudición y el anticuarismo de los siglos XVII y XVIII, y de manera especial, habida cuenta de la evidente deuda que en diversos puntos Gibbon tenía hacia ella, sobre la Ilustración escocesa, un movimiento que para el siglo XIX no era ni tan sólo un concepto y mucho menos aún un objeto de estudio. Arnaldo Momigliano en su exposición clásica de la división de la escritura de la historia en los siglos XVII y XVIII en narraciones elegantes pero poco rigurosas y un saber especializado en las antigüedades variado y heterogéneo, hizo de Edward Gibbon una figura de síntesis, el punto culminante y el desenlace de aquel relato, un historiador que era también un erudito y un erudito que era un narrador sin igual.

El propio Gibbon fue consciente de aquella situación que estudió Momigliano y la encaró en su primer ensayo publicado en 1761, que había escrito en francés y que llevaba por título *Essai sur l'étude de la Littérature* (*Ensayo sobre el estudio de la literatura*). Se trataba de una defensa de la literatura en sentido amplio —los saberes del hombre, entre ellos la historia— contra el desprecio que tan de moda estuvo expresar en el siglo XVIII hacia la mera erudición. En la estela dejada por la filosofía de la duda metódica de Descartes, todos los hechos relativos al pasado parecían discutibles y cuanto más trataban los anticuarios, aquellos estudiosos de las antigüedades, de establecer y determinar esos hechos, más desprovistos de ilación y triviales parecían muchos de los hallazgos que habían realizado y más burdo, pedante y ocioso el saber del anticuario cuando se lo juzgaba según los criterios filosóficos de claridad, sistema y utilidad. En el discurso preliminar que escribió para la *Encyclopédie* francesa, el matemático Jean Le Rond d'Alembert relegaba la historia a la facultad de la simple memoria. Las matemáticas y no la erudición humanista constituían el paradigma que era valorado y apreciado. Los antiguos habían sido superados de manera contundente, y era nada o poco lo que aún quedaba por aprender de ellos.

Contra estas ideas Gibbon, consciente ya por entonces de su vocación de historiador, alzó su voz disconforme. Como las notas a pie de página de su posterior obra, *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* dejarían muy claro, le traía sin cuidado que se escarneciera al estudioso de las antigüedades como un mero compilador cuyo pedante y obsesivo esfuerzo es baldío, pero en el *Essai* invocaba la posibilidad de una síntesis en la figura del «historiador filosófico» de los modelos antiguos y modernos de realización intelectual plena: alguien que sería conocedor de la literatura de la antigüedad, ferviente partidario de la exactitud de los hechos, pero asimismo capaz de ver en la historia un tejido de acontecimientos interrelacionados por causas más profundas que las aparentes y capaz de presentarlos de una manera coherente, clara e inteligible. Un modelo era el barón de Montesquieu: erudito pero también sistemático y sagaz en términos intelectuales. De entre todos los antiguos Gibbon invocó la figura de Tácito, «que emplea la fuerza de la retórica sólo para exponer la ilación entre eslabones que forman la cadena de los acontecimientos históricos e instruir al lector a través de reflexiones sensibles y profundas» (*Étude de la Littérature*).

Gibbon no trabajo con fuentes manuscritas, aunque se mostraba agradecido y en deuda con aquellos que si lo hacían, y de una manera especial con los eruditos franceses de la congregación benedictina de Saint-Maur, quienes, a partir de fines del siglo XVII, habían elaborado ediciones críticas impresionantes y profundamente eruditas de las obras de los Padres de la Iglesia —que Gibbon utilizó de manera exhaustiva— y los documentos de las primeras épocas de la historia medieval. Pero si bien Gibbon no trabajó en los archivos era un erudito nato, para el que la erudición era un placer y no sólo un complemento a modo de apéndice de la composición literaria. En *Memoir* describió con júbilo el momento en que por veinte libras adquirió de los veinte volúmenes de las *Mémoires* (*Memorias*) de la Académie des Inscriptions francesa: «Ni hubiera sido sencillo, mediante cualquier otro dispendio, haber obtenido un cúmulo tan grande y duradero de entretenimiento racional». La obra de la Académie era un testimonio de la pasión del anticuario dedicado, en especial, al estudio de los objetos antiguos, como monedas, medallas, inscripciones funerarias y similares, es decir, la clases de materiales en los que aún tanto confían los historiadores del mundo antiguo. El estudio de este material fue una de las vías en las que más tarde Gibbon fue capaz de ir más allá de sus fuentes literarias antiguas, incluidos los historiadores que los humanistas se contentaron de recuperar, imitar y se-

guir. Visto desde un punto de vista superficial, Gibbon podría parecernos sólo su epígono, un ejemplo tardío de aquellos historiadores, dado que su narración en primera instancia depende, al igual que sucedía entre aquellos clásicos, de seguir y a veces criticar o tratar de reconciliar la obra de historiadores anteriores. Gibbon, sin embargo, los trascendió de una manera imponente gracias a la erudición de la época en que vivió y del siglo que le precedió (que en una gran parte fue menospreciada como erudición de anticuario), su propia erudición, sorprendente por extensa y detallada, y el agudísimo enfoque crítico que da a sus fuentes, que superaba con creces las críticas renuentes y las más de las veces ocasionales que los historiadores antiguos hicieron de las obras legadas por sus predecesores.

Hoy resulta difícil reconocer lo innovador que fue Gibbon en la elección que hizo de la obra de su vida. No había práctica de escribir historias del mundo antiguo (aunque Adam Ferguson había escrito una historia de la República romana), porque se consideraba a los historiadores antiguos insuperables, tanto por méritos propios como por el hecho de tener un acceso mejor y más directo a los acontecimientos. En su lugar se escribían comentarios sobre ellos —y Gibbon, como ejercicio, puso a prueba su pluma de aprendiz midiéndose con Salustio y Tito Livio— o en otros períodos fueron imitados. En Inglaterra, al cabo de medio siglo, es decir, a principios del siglo XIX, el interés y la actualidad de la democracia como una cuestión política polémica dio lugar a que William Mitford y George Grote escribieran historias de Grecia enfrentadas. Pero en su época, la obra de Gibbon fue única, y no sólo por su envergadura. Acometerla fue sin duda un paso atrevido que Gibbon sólo dio de una manera paulatina. Resulta revelante señalar que aun cuando ya estaba comprometido en escribirla, optó por empezar a hacerlo con un período situado medio siglo después del punto en que terminaba la obra de Tácito, es decir, a mediados del siglo II d. C. Se sirve de Dión Casio y Amiano, autores hacia los que manifiesta a veces su gratitud y otras su descontento, así como de una serie de otros historiadores o bien menores o cuyas obras fueron compendiadas, pero eludió desafiar de manera directa al autor que consideraba como el más grande de los historiadores antiguos. Con posterioridad, sin duda cuando se adentró en la época cristiana medieval en Occidente y en la bizantina en Oriente —la historia que escribió termina en el siglo XV con la caída de Constantinopla en manos de los turcos—, se hallaba dentro de otro mundo hacia cuyas autoridades a menudo sentía más desdén que respeto. Pero llegar hasta allí no fue su intención

original, puesto que la historia de Gibbon superó con creces lo que fue en su principio.

Si bien es muy conocido y por ello mismo un tanto imaginativo, resulta imposible abstenerse de citar la exposición que Gibbon hace en sus *Memorias* del momento en que concibió la que debía ser su obra, aunque aún tardaría años en hacer que viera la luz: «Fue en Roma, el día 15 de octubre de 1764, mientras estaba sentado meditando entre las ruinas del Capitolio y los frailes descalzos rezaban las vísperas en el templo de Júpiter, cuando empezó a rondarme por primera vez la idea de escribir la decadencia y caída de la ciudad». De inmediato es preciso señalar dos cosas. La primera es que la idea original era escribir la historia de la ciudad —un tipo de empresa muy propia de un estudioso de las antigüedades—, no del imperio; regresará a las ruinas de la ciudad sólo cuando llegue al capítulo final de aquella vasta obra, que tanto llegó a extenderse lejos de los límites de aquella ciudad. La historia se expandió e incluyó Rusia, Persia, Mongolia y China, así como los límites del imperio en el norte de África, Britania y el Cercano Oriente. En sus páginas se incluyen las controversias teológicas cristianas antes y después de la conversión de Constantino, la historia de Bizancio hasta 1453 y la historia temprana de los conquistadores otomanos y, antes de hacerlo, Gibbon deja constancia del ascenso del Islam y de las cruzadas. El otro punto a señalar es que el ánimo de exaltación, el júbilo que Gibbon siente y que resulta manifiesto en las cartas de aquella época sobre esta visita a Roma, la única que realizó, vino suscitado principalmente por la memoria y la evocación de la *república*: «Cada lugar memorable en el que Rómulo estuvo o en el que Tulio [Cicerón] habló, o aquél donde César cayó, de repente se hallaban presentes en mi imaginación». Gibbon no lamentaba la caída del imperio, aunque deploraba algunos de sus aspectos: su lamentación, aunque sólo de vez en cuando se expresa de manera explícita, era por una catástrofe anterior: la liquidación de la república. Gibbon era tan hostil a la idea de un imperio universal como Robertson e igual de entusiasta acerca del equilibrio moderno de poder: el imperio consumía vitalidad que, en cambio, era fomentada por la independencia y la rivalidad. Para Gibbon cuando empieza a escribir su historia, Roma se halla ya en la pendiente que lleva a la decadencia, aún antes de que el cristianismo y los pueblos bárbaros empiecen a hacer su trabajo. En el primer capítulo, volvemos a escuchar, por decirlo así, el canto de los frailes: la Campania, las tierras del interior desde el Tíber hasta los límites de Nápoles, las tierras de los sabinos, los latinos y los volscos fueron el «teatro de las vic-

torias nacientes —un eco de Tito Livio— de la república. Y fue en estas tierras tan célebres, donde los primeros cónsules se hicieron dignos de sus triunfos, allí sus sucesores se dedicaron a embellecer sus villas, y allí *su* posteridad levantó conventos».

La meditación en y sobre las ruinas de aquella antigua grandeza, en la estela dejada por los romanos, fue una experiencia estética clásica muy del gusto de los ingleses del siglo XVIII, y a la que Gibbon siempre fue propenso. Tampoco fue una nota elegiaca que sólo se entonara para los romanos de época clásica, podía reverberar incluso en un contexto por el que Gibbon no tenía especial simpatía. La gran basílica de Santa Sofía en Constantinopla, después de que hubiera sido corrompida, a los ojos de los griegos bizantinos, debido a la introducción del rito latino, permaneció desierta y «un inmenso y lúgubre silencio prevalecía en aquella basílica otrora cubierta por nubes de incienso, iluminada por un sinfín de lámparas y palpitante con la voz de las plegarias y las acciones de gracias».*

Después de una tríada de capítulos en los que se exponen visiones de conjunto de carácter general y en los que hace frecuentes excursiones a las provincias, casi todo el primer volumen de los seis que componen la obra, antes de su conclusión con dos notables capítulos sobre el cristianismo primitivo (XV y XVI), se centra en Roma y su fracaso a la hora de encontrar una solución al problema de una sucesión imperial pacífica, que agravaron la indisciplina y la venalidad del ejército permanente y, en especial, de la guardia pretoriana, que en cierto momento puso a subasta el imperio. En estos docena de capítulos Gibbon se halla muy cerca del mundo moral y la comprensión de la dinámica histórica de Salustio, Tito Livio y Tácito. La idea de que los historiadores del siglo XVIII no tenían capacidad de hacer bincapié en los tiempos pasados o reconocer los talantes morales que los distinguían era un tópico muy manido del siglo XIX, además, de ser un sin sentido. Pero, no obstante, lo que sí era cierto es que, al hablar de Roma antes de la conversión de Constantino, la obra de Gibbon vive en una comunidad de valores nada forzada comunidad con los historiadores de la época republicana tardía y con Tácito, y este hecho a veces es una desventaja a la hora de tratar de la Iglesia cristiana —recordamos el desprecio que le inspiraba a Tácito— y de Bizancio. Reviste menos importancia en aquellos lugares en los que Gibbon trata de los invasores bárbaros —ya que en este contexto el Tácito de

* E. Gibbon, *Decandencia y caída*, cap. LXVII.

Germania era un guía receptivo—, que ya no estaban teñidos por la nostalgia republicana y por el apesadumbrado respeto que Gibbon sentía por la aprobación puramente política de un politeísmo cívico en general tolerante y airoso por parte de las clases cultas.

No es de extrañar que en la presentación que Gibbon hace de la decadencia de Roma en los siglos III, IV y V, se perciban a menudo ecos o aprobaciones explícitas del diagnóstico que Maquiavelo realizó del instrumento de perdición de las conquistas en la forma de corrupción seguida por una pérdida de libertad, un diagnóstico que, dicho sea de paso, tenía sus fundamentos tanto en la sátira como los antiguos moralistas romanos. Pero aquel diagnóstico también lo había adoptado el barón de Montesquieu, uno de los primeros modelos que inspiraron a Gibbon, en sus *Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence des romains* [*Consideración sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*] publicadas en 1734. Algunos elementos centrados en la amenaza que para la libertad suponía la existencia de ejércitos profesionales permanentes y los peligros de la corrupción, pasaron a formar parte en Inglaterra de la retórica de la oposición política al poder ejecutivo desde principios del siglo XVII. Gibbon lo resume en el apéndice (capítulo XXXVIII) del tercer volumen, que en otro tiempo se consideró la conclusión de toda la obra —con la conversión del rey Clodoveo al catolicismo que sienta las bases para el nuevo imperio en occidente de Carlomagno— y al que Gibbon puso por título «Observaciones generales sobre la caída del imperio romano en Occidente»:

> La caída de Roma fue el efecto natural e inevitable del exceso de su grandeza. La prosperidad que alcanzó hizo madurar, por decirlo así, las semillas de la decadencia que llevaba en su seno; las causas de destrucción se multiplicaron con la extensión de sus conquistas; y a partir del momento o los acontecimientos hubieron destruido los apoyos artificiales que lo sostenían, este prodigioso edificio se desplomó bajo su propio peso. La historia de su ruina es sencilla y fácil de concebir. No es la destrucción de Roma, sino la duración de su imperio lo que en realidad nos sorprende. Las legiones victoriosas que contrajeron en guerras remotas los vicios de los extranjeros y de los mercenarios, oprimieron primero la libertad de la república y acto seguido violaron la majestad de la Púrpura. Los emperadores, ocupados en garantizar su seguridad personal y la tranquilidad pública, se vieron obligados a echar mano del funesto recurso de corromper la disciplina, que hizo a los ejércitos temibles tanto para su soberano como para sus enemigos ...

Debemos guardarnos, sin embargo, de considerar estas «Observaciones generales» como una suerte de atajo que nos permite acceder al pensamiento de Gibbon. De hecho presenta una serie de causas para la decadencia y la caída de Roma, aunque lo hace en un marco de referencia cívico humanista qne es aún neoclásico. En el capítulo II nos dice que fue la dilatada paz y el gobierno uniforme lo que minó el espíritu, el temple y la energía de los romanos. En el capítulo VII la causa pasa a ser la mezcla de los romanos con los provincianos serviles y en el capítulo XXVII, de manera inevitable, el lujo y el afeminamiento. Asimismo considera el traslado de la sede del imperio a Constantinopla como el sello de una orientalización definitiva, caracterizada como afeminamiento y servilismo, y por la que siente el mismo desprecio que Catón sentía y que, se remonta a los antiguos griegos, lo cual no deja de ser una ironía. El ritual cortesano de los «esclavos» de los emperadores (una reminiscencia del modelo de despotismo que gobierno a través del ejercicio del miedo del que hablaba Montesquieu y que se identifica con Oriente) pasa a reemplazar la dignidad senatorial que se había observado, al menos en apariencia, por Roma. Todas estas cosas, aparte de la referencia que en el capitulo II se hace a la «larga paz y al uniforme gobierno de los romanos, que introdujeron un veneno secreto, de acción lenta en las tripas del imperio», les hubieran parecido de sentido común a los propios romanos: que la paz presentaba peligros era un pensamiento que se remontaba al menos hasta Salustio, pero el peligro de un «gobierno uniforme» indica la presencia de ideas modernas como era una constitución mixta, gobiernos nacionales y el equilibrio de poder.

Gibbon dio, a diferencia de lo que hizo el barón de Montesquieu en sus *Considérations*, un papel al cristianismo en la decadencia y caída de Roma: los antiguos paganos también, cuando cobraron conciencia de su importancia, culparon al cristianismo aunque acusándolo de impiedad hacia los dioses romanos. Para Gibbon, las controversias teológicas —tema sobre el que llegó a ser todo un experto— fomentaron las luchas y los conflictos civiles, en tanto que la ética cristiana, y sobre todo el ascetismo monacal, detraían valor a las virtudes marciales. La fórmula humanista de la decadencia dejó, aunque no fue lo único, una honda mella en la historia y la actitud de Gibbon que pasa a considerar la fatídica secuencia formada por virtud, conquista, lujo, corrupción, pérdida de la libertad y rendición final ante los audaces conquistadores bárbaros como una suerte de ley universal, dado que los conquistadores bárbaros por su parte, de manera inevitable, se precipitan en esa misma secuencia. Se trataba de algo

que los historiadores romanos habían dado a entender o al menos lo insinuaron como, por ejemplo, Tito Livio cuando dejó constancia del efecto devastador que tuvo el enervante lujo de Capua en las victoriosas tropas de Aníbal. En la obra de Gibbon, godos, vándalos, árabes y aun los conquistadores mongoles de China, sucumben al mismo virus civilizado: «Alarico —el conquistador godo de la ciudad de Roma— se hubiera avergonzado de ver que su indigno sucesor ceñía la cabeza con una diadema de perlas, cargado con un vestido de finos bordados en oro y plata, reclinado en una litera o en un carruaje de marfil tirado por un par de mulas blancas».*

Después de la rebeldía y la venalidad del ejército profesional —la versión que Gibbon da a menudo parece una secuela de las *Historias* de Tácito, en la que no se descuida el uso de la ironía— el siguiente tema de importancia anunciado en los capítulos XV y XVI de *Decadencia y caída* es el cristianismo, aunque se repetirá en los capítulos sucesivos como una presencia continua y muy influyente tanto en Oriente como en Occidente. Si bien Gibbon repudió los más virulentos ataques que los *philosophes* en Francia lanzaron contra la religión —baste recordar que tenía a Voltaire por un fanático—, abordó, no obstante, este tema con la aversión racional y humana propia de su época hacia la ciega superstición y el fervor «entusiasta», aquellos dos polos que Hume había distinguido como los extremos entre los que oscilaba la mentalidad religiosa. Gran parte de la hostilidad del siglo XVIII hacia el fanatismo religioso derivaba de un sentido de hondo agradecimiento por el hecho de que la era de las guerras de religión, de las persecuciones y las masacres que habían caracterizado los dos siglos anteriores parecían haber concluido realmente, aunque quizá sólo se hubiera adormecido, pasado a un estado de latencia. La expresión «nuestra era ilustrada» en Gibbon es, entre otras cosas, un suspiro de alivio y al iniciarse la Revolución en Francia de inmediato vio en los fanáticos «patriotas» franceses, las nubes de monjes cuyo fanatismo tan a menudo había fustigado en las páginas de *Decline and Fall* (*Decadencia y caída*).

Su principal arma contra la religión era, como es notorio, la ironía que adoptaba una serie de formas. A veces nos encontramos con una frase en la que, dependiendo de las preconcepciones que tenga el lector, se puede leer desde un punto de vista creyente o escéptico, como «el progreso desde la razón hacia la fe» en san Agustín o una oración del estilo «las leyes de la naturaleza fueron con frecuencia suspendidas por el bien de la Iglesia». Entre las obras que había producido la erudición en el siglo XVII

* E. Gibbon, *op. cit.*, cap. LI.

había algunos precedentes de esta manera de proceder que Gibbon admiraba como, por ejemplo, el *Dictionnaire historique et critique* (*Diccionario histórico y crítico*) de Pierre Bayle (1697), aunque los ejemplo de Gibbon resultan más refinados y económicos. Gran parte de la fuerza de la ironía, además, se halla en la lengua, sobre todo en el empleo de un vocabulario urbano e incluso mojigato propio del siglo XVIII para hablar del fervor apasionado y a menudo excéntrico de la fe y el ascetismo cristianos primitivos: «prudente», «singular», «experiencia». Orígenes, el padre de la Iglesia del que se decía que había aceptado la castidad hasta el punto de haberse castrado, consideraba la ironía como «lo más prudente para desarmar al Tentador» (XV) Un santo como Simeón el Estilita, que como gesto de retiro vivía con la mayor austeridad en lo alto de una columna, había alcanzado celebridad por «la singular invención de una penitencia aérea» (XXXVII). En la Iglesia primitiva «la influencia de la verdad veía realzada su fuerza por una opinión que si bien merecía respeto por su antigüedad y utilidad, no se justificaba, sin embargo, por los hechos ... Se creía de manera universal que el fin del mundo y el reino de los cielos estaban a punto de llegar» (XV). No era empatía, aunque era espléndido.

El tratamiento que Gibbon hace de la práctica y la teología cristianas o de las controversias cristológicas de los Padres de la Iglesia y los grandes concilios eclesiásticos de la época de Constantino, no tiene nada de somero. Se muestra tan magistral, exacto y detallado sobre estas cuestiones como lo es cuando habla de la política de la corte bizantina o de las conquistas, las costumbres y los nuevos reinos de los pueblos bárbaros invasores. De estos últimos cuenta con algunas monografías publicadas en aquella época, sobre todo francesas, como, por ejemplo, la historia de los hunos que había escrito Joseph de Guingnes (1721-1800), además de los historiadores de la antigüedad tardía y de época medieval como Jordanes, Prisco, Pablo el Diácono y Gregorio de Tours. En una nota a pie de página, Gibbon sale al paso con desaprobación ciceroniana del encanto locuaz y del concepto débil o inexistente de la alta política en Gregorio de Tours: «En una obra prolija, cuyos cinco últimos libros abarcan solo el espacio de tiempo de diez años, ha omitido casi todo lo que puede despertar la curiosidad de las generaciones posteriores. He adquirido tediosamente, a través de una larga y detenida lectura, el derecho a pronunciar este juicio desfavorable».*

* *Decadencia y caída*, cap. XXXVIII, extraído de una nota a pie de página sobre Gregorio de Tours en el epígrafe correspondiente a la «Historia de Átalo».

Desde un punto de vista conceptual, sin embargo, la caracterización que Gibbon hace de lo que en el capítulo XXVI denomina los «usos y costumbres de las naciones de pastores» estaba en deuda sobre todo con las «historias de la sociedad civil» que se escribieron en el marco de la Ilustración escocesa. A partir de estas historias Gibbon derivó un concepto general acerca del modo de vida junto con sus usos y costumbres en los pueblos pastores nómadas como, por ejemplo, los hunos, los árabes, los mongoles y, con ciertas reservas, los germanos. Gibbon muestra la particular aptitud de estos pueblos para la guerra y la conquista. La manera de reunir y poner en orden los pueblos bárbaros a medida que irían barriendo el mundo romano puede hacernos recordar el modo en que Heródoto presentaba a través de sucesivas digresiones geográficas y etnográficas las naciones que el Gran Rey de los persas conquistaba y que luego reuniría (al igual que haría Heródoto en su obra) para invadir Grecia. Sin lugar a dudas Gibbon disfruta y se toma muy en serio el papel de director escénico de las naciones que desempeña como historiador: «dirigiré los árabes a la conquista de Siria, Egipto y África, provincias del imperio romano, y los seguiré en su carrera triunfal hasta que hayan derrocado los tronos de Persia y España» (XXXVIII). Pero las caracterizaciones que hace de los usos y costumbres de los bárbaros nos brindan mucho más que las listas de las costumbre y creencias de los bárbaros que dieron los historiadores antiguos. A través del concepto organizador de «etapas económicas», con sus costumbres correspondientes, desplegado en la historia de la sociedad civil, hace inteligibles estos rasgos como aspectos relacionados de toda una manera de ser. Pero no sólo elabora categorías sociológicas, sigue siendo un historiador que detalla el impacto de los bárbaros sobre los pueblos asentados y la interacción entre ellos, sin dejar de prestar atención a sus características especiales, como la formación de la fe, del conjunto de creencias religiosas del profeta «Mahoma».

Vale la pena prestar por un momento, atención a las relaciones que Gibbon mantuvo con las figuras destacadas de la Ilustración escocesa así como las deudas intelectuales que contrajo, porque la influencia fue también literaria y personal. Para representar los dos polos intelectuales entre los que se halla la obra de Gibbon —la moralización neoclásica y la sofisticación sociológica moderna—, quizá pudiéramos añadir a la célebre meditación en las escaleras del templo de Júpiter, otra cita a juego aunque quizá mucho menos conocida. El 8 de abril de 1776, David Hume escribió al impresor William Strachan una carta en la que le decía que le

había gustado mucho la nueva obra del señor Gibbon que la empresa de Strachan había publicado y añadía «la del doctor Smith es otra obra excelente que ha salido este año de vuestra imprenta». Sin duda haber publicado el mismo año los dos primeros tomos de *Decadencia y caída* y *La riqueza de las naciones* de Adam Smith era un doble premio que merecía la enhorabuena. La conjunción resultaba oportuna, porque aspectos de la obra de Gibbon eran vástagos de la Ilustración escocesa en la misma medida en que la obra de Adam Smith era su monumento literario más célebre. Gibbon mantuvo relaciones cordiales de camaradería intelectual con Adam Smith, Ferguson, Robertson y Hume. De los dos últimos, los dos grandes historiadores, llegó a ser su discípulo. En sus memorias, cuando relata el éxito en la recepción de sus dos primeros volúmenes, era a aquellas dos figuras a las que Gibbon otorgaba un lugar de honor: «La franqueza con que el doctor Robertson abrazaba a su discípulo, una carta del señor Hume pagaban con creces la labor de diez años». La contemplación de lo que uno y otro habían logrado como historiadores en otro tiempo le llenaba, tal como él mismo relata, «de una sensación de placer y desesperación», y eso era, tal como deja luego claro, por la maestría narrativa que ambos tenían. En Robertson y en Hume encontró lo que buscaba en el *Essai sur l'étude de la Littérature* (*Ensayo sobre el estudio de la literatura*): elegancia, soltura y lucidez combinadas con saber despojado de pedantería o torpeza. La prosa de Gibbon si bien se halla claramente relacionada con la de Robertson, por ejemplo, en *Carlos V*, una obra que tal como hemos visto admiraba, es no obstante más afectada, mordaz y memorable. La estrategia favorita es la antítesis y la sintaxis a menudo ingeniosamente equilibrada o acumulativa, como, por ejemplo, cuando una tríada de afirmaciones forma una serie acumulativa, redondeada con un clímax o con el falso clímax que supone la afectada caída de lo sublime en lo prosaico y trivial. Ya hemos visto varios ejemplos de este proceder. Una divertida inversión de aquel afectado paso de lo sublime a lo trivial es la conocida descripción de la conquista romana de Gran Bretaña, en la que tres adjetivos ignominiosos terminan en un auténtico clímax: «Después de una guerra de cerca de cuarenta años emprendida por el más necio, continuada por el más disoluto y concluida por el más ruin de los emperadores, la mayor parte de la isla se sometió al yugo de los romanos».*

* *Decadencia y caída*, cap. I. El texto se acompaña de una referencia a la *Vida de Agrícola* de Tácito y a dos sabios anticuarios, Camden y Horsley.

Otro de los rasgos del estilo en que Gibbon escribe su historia que se ha hecho célebre o al menos conocido son las notas a pie de página, en las que hace mucho más que limitarse sólo a identificar las fuentes. Robertson y Hume había hecho uso de las notas a pie de página como un medio de apoyar con erudición el texto sin recargarlo de documentos. Gibbon convirtió ese recurso en una forma de arte idiosincrásica, en comentarios en los que se permite una intimidad relajada y locuaz con los actos marcando un contrapunto con la formalidad tensamente controlada del texto. Las notas evocan la comunidad de historiadores, eruditos, estudiosos de las antigüedades y anticuarios, antiguos y modernos, en una suerte de camaradería de admiración, desprecio y, a veces, procacidad. Lo mejor será citar unos pocos ejemplos escogidos al azar: «Véase una excelente disertación sobre el origen y la migración de los pueblos en las *Mémoires* de la *Académie des Inscriptions* ... Rara vez se encuentran de una forma tan felizmente reunidos el anticuario y el filósofo» (IX). Sobre la condenación eterna de los paganos: «Los jansenistas, que han estudiado con tanta solicitud las obras de los Padres [de la Iglesia], conservan este sentimiento con un notable celo; y el erudito M. de Tillemont nunca habla de la muerte de un virtuoso emperador sin pronunciar antes su damnación» (XV). «Los griegos modernos [se refiere a los historiadores Zonaro y Cedreno] ... han demostrado tener más inclinación que talento por la ficción» (XXXII). «En algún lugar leí o escuché contar la confesión sincera de un abad de la orden de los benedictinos: "Mi voto de pobreza me ha dado cien mil escudos de renta; mi voto de obediencia me ha elevado al rango de príncipe soberano". No recuerdo qué le valió su voto de castidad» (XXXVII). Sobre la ejecución de un obispo herético: «este obispado [de la vieja Castilla] da 20.000 ducados anuales ... No parece probable que, a la vista de eso, produzca un nuevo heresiarca» (XXVII).

La ironía, sin duda, es un recurso de distanciamiento como, por ejemplo, cuando Gibbon compara la decadencia imperial de Roma con las virtudes de la república, o cuando expone con pinzas las excentricidades de la ascética cristiana a una meditación esclarecedora de la razón. La ironía sin embargo también puede volverse hacia dentro, creando como efecto el equívoco. En general es un rasgo frecuente del estilo inglés neoclásico de escritura así como algo habitual en Gibbon que utiliza el equívoco, por ejemplo, cuando asigna un par de motivos contrapuestos como causa de un acto o acción: «la credulidad o la prudencia», «la codicia o la humanidad», etc. El equívoco también puede convertirse en malestar y paradoja. La secuencia de virtud, conquista, lujo, corrupción

es una frecuente matriz de este tipo de paradojas. Tal vez la virtud o incluso la civilización estaban predestinados a serlo. El malestar así como la valencia positiva que se adscribe a la palabra «civilizado» aparece ya en el primer párrafo de *Decadencia y caída*. El comienzo es imponente. «En el siglo II de la era cristiana, el imperio de Roma abarcaba las regiones más bellas de la tierra y la parte más civilizada del genero humano.»* Pero, ¿qué significa aquí «civilizado»? Tres frases después leemos que «sus habitantes disfrutaban y abusaban, en aquella paz, de las ventajas del lujo y de las riquezas». Tal vez disfrutar *era* abusar. La ironía de Gibbon no sólo se alimenta de la paradoja de la conquista que de manera inexorable se convierte en servidumbre —la paradoja romana y cívico humanista—, sino también de paradojas algo diferentes que vienen generadas por la historia de la sociedad civil y, en especial, por su concepto de «consecuencias inopinadas», que podían ser benignas así como desastrosas, pero aún más equívocas en términos morales dado que dejaban sin castigo la mala conducta o incluso la premiaban. La forma extrema de esta paradoja, que en su formulación fue casi universalmente tanto condenada como aprovechada, se da en la sátira *The Fable of the Bees* (*La fábula de las abejas*) que Bernard de Mandeville publicó en 1714 y cuyo mensaje lo resumía la frase «vicios privados, públicas virtudes». Se trata de un pensamiento muy familiar también a Gibbon que llega incluso a utilizarlo para subvertir el lenguaje de la virtud republica: «El historiador Salustio, que practicaba los vicios que había censurado con elocuencia».** En la presentación que hace del cristianismo, Gibbon invierte la paradoja y la doblega sometiéndola a su propósito de ironizar. Las virtudes cristianas como la piedad y el fervor deben reconocerse como virtudes, aunque sus consecuencias a menudo pedan parecer de lo más lamentables: virtudes privadas, perjuicio público.

Para Gibbon ello no tiene nada de sorprendente, aunque el carácter de doble filo de la civilización era más que inquietante. Encuentra esperanza en el pensamiento «moderno», anunciado por el barón de Montesquieu y promovido por Hume, de que sólo el lujo procurado por las conquistas es lo que enerva, y que, en cambio, la «opulencia» —un término neutro— obtenida a través de la industria es inocua dado que requiere una producción continuada de energía y disciplina.

* *Decadencia y caída*, cap. I, Introducción.
** *Decadencia y caída*, cap. XXXI, nota 105.

Decadencia y caída, de hecho, tiene en cierto sentido dos conclusiones, y una de ellas apunta al menos hacia el optimismo. La más evidentes de las dos es la caída de Bizancio en poder de los turcos y la extinción de los últimos rescoldos del imperio romano por la última de las invasiones bárbaras. Pero ¿es de veras la última? En sus «Observaciones generales», Gibbon había invocado la noción de una revitalización de la civilización europea en el Renacimiento. El otro punto culminante, situado en el capítulo LXX, es el regreso, tal como había prometido, a la ciudad de Roma, aunque lo hace en el contexto del siglo XV, donde asistimos al renacer republicano y la inauguración simbólica del Renacimiento a través de la coronación de Petrarca como poeta laureado. Sin embargo se trata de una falsa aurora. El republicanismo es aplastado. El Renacimiento, más que un nuevo comienzo, se dedicó a imitar tibiamente. Para realmente infundir optimismo a su narración, Gibbon debería de haberla llevado más allá del siglo XV hasta el siglo XVIII. De manera esquemática y sólo en un estudio general, fue lo que Gibbon hizo en las «Observaciones generales». Si este capítulo conclusivo hubiera permanecido como originalmente era el propósito al final del sexto volumen de la obra, la trayectoria optimista hubiera sido clara, ya que la opinión de Gibbon acerca de su propia época, que abarca hasta el inicio de la Revolución Francesa, es de sincera aprobación. Las artes de la vida han mejorado. La uniformidad de funestas consecuencias del imperio romano y la pasividad que fomentaba habían sido sustituidas por una beneficiosa fragmentación en una diversidad de estados-nación y la energía generada por su rivalidad y competencia. Bajo los auspicios del equilibrio de poder, Europa podía ser considerada «una gran república» (un término relevante): tensa, vigorosa, diversa, pero también como una empresa común en las artes de la paz. La civilización no se había limitado a sobrevivir a la ruina del imperio romano que durante tanto tiempo había sido su principal morada, sino que también supo mejorar. Al final de *Decadencia y caída* tal como hoy lo conocemos, se hace alusión por lo menos de una manera indirecta a algo similar a este pensamiento. Las ruinas de la ciudad, que la decadencia y la ruina del imperio dejaron tras de sí y a las que Gibbon se refiere como «la escena, tal vez, de mayor grandeza y la más espantosa de la historia de la humanidad», son entonces «visitadas con devoción por una nueva estirpe de peregrinos venidos de los países remotos del Norte, otrora salvajes» (LXXI). Los peregrinos son civilizados o —de lo contrario— no serían devotos, y su pasado salvaje queda muy lejos de ellos. La caída de Roma puede ser contemplada desde una

balconada, una tribuna desde cuya segura distancia un *connoisseur* de lo sublime en el siglo XVIII podía disfrutar los horrores que su ruina comportó. La historia que Gibbon escribió era aquella tribuna y por ello forma parte de la victoria de la civilización al sobrevivir a la caída de Roma.

Es una empresa inútil buscar, al menos en Gran Bretaña sucesores directos de Gibbon, pues no los hay. En Francia y en Estados Unidos* las cosas fueron diferentes. El gran historiador anglófilo francés del siglo XIX François Guizot anotó y tradujo la obra de Gibbon. En Estados Unidos, Gibbon fue venerado por historiadores de la talla de William Prescott, Francis Parkman y Henry Adams. Pero en Inglaterra en general sólo hubo olvido y hostilidad. Este hecho es sintomático de algo más amplio. Podemos considerar como una regla bastante segura que cualquier pronunciamiento general de época victoriana acerca del sentido histórico o la historiografía del siglo XVIII será despectivo, tenderá a omitir y distorsionar. La mentalidad de aquel siglo que, en mayor medida que cualquier otro, estableció las categorías de la comprensión moderna de la historia de Europa suele ser caracterizado en la Inglaterra del siglo XIX como «ahistórico». Desvelar las razones que subyacen a este disparate sería un buen tema para abordarlo en el marco de la historia de las ideas. Sin embargo, uno tiene la impresión que, al haber sido catalogados de aquel modo, los historiadores del siglo XVIII fueron poco leídos. Los tópicos con los que se expresaba el menosprecio se transmitieron sin ser revisados de una pluma a otra incluso entre especialistas reputados como serios. La pionera *History of English Thought in the Eighteenth Century* (*Historia del pensamiento inglés en el* siglo *XVIII*) que Leslie Stephen publicó en 1876, mostraba notables deficiencias en la apreciación de la historia que se escribió en aquel período. Aún hoy se perciben ecos de este menosprecio y ya va siendo hora de que se extingan.

En parte, este menosprecio parece que proviene del hecho de haber considerado representativas del siglo XVIII las expresiones de hostilidad hacia la historia que Gibbon trató de recusar en su *Essai*. En parte parece que deriva taimen de una interpretación poco sutil, como sucede en el caso de algunos historiadores antiguos, de afirmaciones acerca de la existencia de una naturaleza humana común, haciendo caso omiso del hecho de que tales aseveraciones iban a menudo seguidas de notas en las

* Véanse más adelante pp. 509-511, 534.

que Gibbon recordaba las formas tan diversas y variadas que podía asumir esta naturaleza en circunstancias históricas diferentes. Sin duda una consideración relevante es la línea de falla cultural que creó la Revolución Francesa y que hizo considerar algunos pronunciamientos del siglo XVIII como complacientes beneplácitos y que, retrospectivamente, en Inglaterra, tiñeron la percepción del conjunto de la Ilustración francesa, una época de la que Voltaire, aunque fue criticado por Robertson y Gibbon por su falta de rigor y superficialidad, acabara siendo en mayor medida que el barón de Montesquieu considerado como su epítome. (De hecho, el concepto de Ilustración escocesa no se acuñó hasta finales del siglo XX.) En el siglo XIX, asimismo, las categorías de «raza» y «nación» se convirtieron en objetos y se consideraron con extrema seriedad como portadoras de cualidades precisas y indelebles; el cosmopolitismo del siglo XVIII tal como lo encontramos, por ejemplo, en Hume y Gibbon podía considerarse una prueba más de superficialidad, en tanto que hoy nos inclinaríamos a considerarlo como una muestra de sensible escepticismo. Contra Gibbon asimismo como notorio maestro en el manejo de la burla y la ironía para expresar su menosprecio, se alzó el hierático fervor de los cristianos al igual que lo hizo el grave fervor de los agnósticos. Los victorianos, tal como señaló en cierta ocasión Nietzsche, daban por sentado que los críticos del cristianismo debían dedicarse a su tarea con la solemnidad correcta y apropiada. Para la mayoría era un axioma que la Iglesia católica estaba equivocada. Pero que aquella tarea crítica pudiera ser también una empresa divertida era una idea que no contemplaban. Para que Gibbon recibiera el reconocimiento literario que merecía en Gran Bretaña fue preciso aguardar a principios del siglo XX cuando Lytton Strachey y Winston Churchill (una extraña pareja) no sólo lo admiraron sino que lo imitaron de manera diferentes. En el mundo de la erudición, la venganza de Gibbon ha sido exhaustiva y absoluta, y hoy se halla ya en el panteón de los historiadores, un hecho que supo reflejar la frase «A la sombra de Gibbon» con la que Peter Brown, el extraordinario historiador de la «Antigüedad tardía» —un concepto que en gran medida le debemos—, se refería a sí mismo y a sus colegas.

22

REVOLUCIONES: INGLATERRA Y FRANCIA

Macaulay: la revolución gloriosa

El interés por la crisis constitucional de Inglaterra en el siglo XVII, que había tenido una importancia fundamental para la historiografía inglesa del siglo XVIII siguió siendo teniéndola en el siglo XIX. También es cierto que este último período fue testigo de una renovada apreciación de lo medieval en los contextos culturales, y asimismo que los sajones, en parte debido a los auspicios de sir Walter Scott, disfrutaron de una rejuvenecida popularidad. Además, hacia fines del siglo XIX el entusiasmo imperialista dio lugar a una suerte de culto al reinado de Isabel I. Pero los conflictos entre *cavaliers** y *roundheads*** siguieron proporcionando puntos de referencia políticos y fueron fuente de inspiración de una iconografía popular. Los historiadores que no eran británicos también se interesaron por estos conflictos. Dos de los más destacados historiadores del siglo XIX, François Guizot y Leopold von Ranke, escribieron sobre el período de la guerra civil inglesa. En Inglaterra, Samuel Gardiner y sir Charles Firth, dos destacados defensores de una nueva profesionalización en el estudio de la historia, se dedicaron a poner en orden el registro histórico del siglo XVII y a enmendar los errores de sus poco profesionales predecesores. A partir de mediados del siglo XIX, de lejos la más popular a partir de mediados de siglo entre este tipo de obras históricas fue

* «Caballeros» era el nombre que se dio a los monárquicos partidarios de Carlos I durante la guerra civil inglesa.

** «Cabezas redondas» era el nombre que identificaba a los partidario del Parlamento y de Oliver Cromwell.

de lejos la *History of England from the Accession of James II* (*Historia de Inglaterra desde el ascenso al trono de Jacobo II*) que entre 1848 y 1861 publicó un miembro whig del parlamento y ministro además de oficial retirado del ejército inglés en la India, Thomas Babington —lord— Macaulay (1800-1859).

La *Historia* de Macaulay, que termina con la muerte de Guillermo III en 1702, se centra en la «segunda» revolución del siglo XVII, la «revolución gloriosa» de 1688 que destronó al católico y tiránico Jacobo II y confirió la corona a Guillermo de Orange y su esposa, María, hija de Jacobo. A principios del siglo XIX, tres políticos whigs, entre ellos un posterior primer ministro, escribieron sendas historias sobre esta revolución: Charles James Fox, lord John Russell y sir James Mackintosh (que legó a Macaulay una valiosa colección de documentos, muy buena, en especial, en cuanto a literatura libelista de la época). Un interés que nada tenía de extraño. La reforma parlamentaria pasó a ser la línea política que defendían los whigs desde la oposición y fue la que condujo a la discusión y aprobación de la ley de reforma, la *Reform Act* de 1832. La constitución a reformar era la que, en 1688, había establecido la revolución y la legislación a ella vinculada, que algunos consideraban definitiva e inamovible. La revolución debía situarse de nuevo en el canon whig. Debía de ser cuestión de separar el espíritu de la letra. El mejor modo, según los reformadores, de respetar todo aquello que los hombres de 1688 habían logrado no era consagrar su obra esculpida en el mármol constitucional, sino obrar como ellos habían hecho y llevar a cabo los ajustes constitucionales necesarios para hacer frente a las nuevas circunstancias. Aquella necesaria recolocación fue la tarea que Macaulay llevó a cabo, basándose para ello en la obra del historiador constitucional whig Herny Hallam, con la que obtuvo una extraordinaria aclamación del público ya que allí donde Hallam había sido seco y árido, él en cambio se mostró vital, dramático, elocuente y estimulante.

Dos acontecimientos contemporáneos contribuyeron a dar forma a la *Historia* que escribió Macaulay. La primera fue la ley de reforma, la *Reform Act* de 1832. En la defensa de su probación como portavoz de los whig en el parlamento, Macaulay se apuntó un éxito espectacular como orador. La voz de Macaulay en los discursos sobre el proyecto de ley de reforma aún impresiona al lector. Son discursos de un brío irresistible y en ellos se halla presente de principio a fin el sentido de la historia que les da forma y contenido. Macaulay compara la crisis de su época con la que abordaron Carlos I y el Parlamento Largo, y el diag-

nóstico que hace coincide en lo fundamental con el que hiciera David Hume:

> [Carlos I] Quiso gobernar, no diré mal, no diré como un tirano, sólo diré que quiso gobernar los hombres del siglo XVII como si hubieran sido del siglo XVI, y así sucedió que todos sus talentos y todas sus virtudes no le salvaron de la impopularidad, de la guerra civil, de la prisión, del proceso y del cadalso. Estas cosas se escriben para nuestra enseñanza. Ha habido otra gran revolución intelectual; la suerte nos ha hecho vivir en una época análoga, en muchos aspectos, a la que precedió de manera inmediata a la reunión del Parlamento Largo. La sociedad ha cambiado, y también debe cambiar el gobierno. No somos, ni está en la naturaleza de las cosas que podamos ser, lo que fueron nuestros padres.*

El progreso de la sociedad ha creado una nueva clase próspera que es consciente en términos políticos de su identidad y a la que debía reconocérsele el derecho al voto e incluirla en el seno de la nación política cambiando para ello la constitución o de lo contrario se produciría una revolución, tal como ya había sucedido en la Inglaterra el siglo XVII y al igual que había sucedido en Francia a fines del siglo XVIII. Las reminiscencias históricas y políticas invadían las convicciones políticas de Macaulay. Tenía una especial predilección por las grandes ocasiones parlamentarias que en ellas veía siempre una evocación de aquellas otras del pasado. A los ojos de Macaulay era como si los acontecimientos políticos de su época fueran ya históricos: en una carta dirigida a su hermana, comparaba, por ejemplo el hecho de estar presente en la votación decisiva de la ley de reforma como ver tanto a César en el foro o a Cromwell el momento de sostener entre sus manos el cetro de la mesa de los Comunes y expulsar a los miembros del Parlamento e inaugurar así su gobierno personal.

El segundo acontecimiento reciente que conformó de manera decisiva el juicio y las ideas políticas de Macaulay fue la revolución de 1848 en Francia. La publicación de su *Historia* estuvo precedida de manera inmediata por aquel reguero de revoluciones que, en 1848, se extendieron recorriendo toda la geografía de Europa y a las que alude como una seria advertencia y asimismo un contraste con la revolución gloriosa de 1688 en Inglaterra, que forma el eje sobre el que gravitaba su *Historia*. «Mien-

* Macaulay, *Discursos parlamentarios*, Biblioteca clásica, Luis Navarro Editor, Madrid, 1885, discurso pronunciado el 16 de diciembre de 1831, pp. 88-89.

tras por las capitales más orgullosas de Europa —escribió en el prefacio de esta obra—, corría a torrentes la sangre del pueblo», en Inglaterra, sin embargo, había permanecido sosegada y tranquila. Macaulay no tiene duda alguna de que si Inglaterra se había librado de pasar por los conatos revolucionarios vividos en el continente y sobre todo en Francia, había sido gracias a la revolución de 1688 con su carácter «conservador», y la oportuna y pacífica aprobación en 1832 de la *Reform Act*. Si la *Historia* hubiera podido seguir su curso previsto hasta 1832 en lugar de finalizar a principios del siglo XVIII debido a la muerte del autor, la relación que en el pensamiento de Macaulay establecía entre 1688 y 1832, entre «la revolución que instauró la armonía de la corona con el Parlamento y la revolución que puso al parlamento en armonía con la nación» hubiera quedado más clara. En cierto modo, sin embargo, a través de las colecciones publicadas de sus ensayos, entre ellas los dedicados a los estadistas del siglo XVIII, se presiente tanto la forma como el contenido que podrían haber presentado los volúmenes dedicados al siglo XVIII.

La reconciliación es un tema recurrente de la historia de Inglaterra que escribió Macaulay. El héroe es Guillermo de Orange, el salvador y libertador, que preside la restauración del orden y la libertad tras la huida de Jacobo. Pero la nación, aunque corrompida por los reinados de los dos últimos soberanos de la casa Estuardo, es también cómplice de su propia liberación, no sólo a través de los nobles que ponen en peligro sus cuellos cuando mandan llamar a Guillermo, sino también al fortalecer la determinación constitucional y protestante durante las últimas etapas del reinado de Jacobo. En la exposición de Macaulay hay un repliegue en defensa del derecho y la libertad y de resistencia a la arbitrariedad de Jacobo que prefigura y anuncia el momento de casi unidad —provisional— que se alcanza en la revolución cuando el rey había huido y el príncipe de Orange aún no había asumido el control, tories y whigs por un momento dejan a un lado sus diferencias en defensa del derecho y el orden, en una impresionante demostración de unidad como parte respetable de la nación.

Si bien resulta lógico considerar el ensayo que en 1828 escribió Macaulay sobre la «historia» como su exposición definitiva de lo que era a su entender la tarea del historiador, sin embargo, para hacernos una idea de lo que llevó a cabo puede resultar engañosa. Este ensayo a veces ha sido considerado un llamamiento en favor de la «historia social» (una promesa cumplida sólo en un capítulo —el tercero— de su *Historia*), así como una llamada a los historiadores para que emplearan las técnicas que la

novela y, de manera especial, Walter Scott, había perfeccionado. La historia debía prescindir de parte de su sobria solemnidad y descender a los sitos comunes que los hombres frecuentaban: la bolsa y los cafés. Resulta difícil saber cuán pronunciado debía ser el descenso señalado: es posible rebajarse y desviarse bastante más en uno y otro sentido. Puede que Macaulay creyera cumplir con la regla y precepto que él mismo había formulado, a través de sus frecuentes intentos, al igual que los hechos por Hume, por resumir el estado de la opinión pública. Sin duda consiguió conferir a la narración histórica una viveza y una intensidad tanto dramática como emocional de la que Scott era modelo, pero no fue un «historiador social». Su *Historia* se centró sobre todo en las políticas de la monarquía, los debates parlamentarios y los juicios de estado, así como en la valoración de las intenciones y cualidades de los hombres públicos.

En realidad Macaulay no había nacido en la aristocracia whig en cuyas filas encontraría a sus primeros patronos, sino en la acomodada clase media y también en un ambiente de grandes causas públicas. Sn padre, Zachary Babington, era un miembro distinguido de la liga contra la esclavitud. A principios de la década de 1820, Macaulay destacó en Cambridge como brillante orador y polemista en los debates, despojándose del conservadurismo tory y del cristianismo evangélico de la familia. Se convirtió en un whig de ideas avanzadas y reformista, pero nunca anduvo con los radicales. Después de hacerse una reputación como crítico y ensayista, y una vez alcanzado su triunfo en el Parlamento, ocupó en la década de 1830 un lucrativo cargo en la India, de donde regresó con unas rentas que le permitían vivir con independencia. Más tarde volvió al Parlamento y fue ministro, pero la última parte de su vida estuvo en realidad dedicada a escribir su historia.

De hecho, en muchos sentidos se le puede considerar como el último gran historiador neoclásico que se dedicó a escribir historia después de ejercer una carrera pública jalonada de éxitos. Dado su formación, su cultura fue ante todo clásica, ampliada por una afición a las novelas y las obras de teatro del siglo XVIII, así como por su lectura de Burke, a quien veneraba, y de Walter Scott. Pero fue excepcional no como historiador social, algo que ciertamente no era, sino en el registro y profundidad emocionales, la viveza y la concreción casi pictóricas y la intensidad dramática de su manera de escribir la historia. Nada de todo ello era precisamente nuevo —Robertson y Hume, por ejemplo, se le anticiparon—, pero ningún otro historiador lo desplegó de una forma tan copiosa e incluso extravagante. Tácito y Tucídides fueron sus modelos de his-

toriador, aunque tuvo una persistente aversión hacia Plutarco, al quien dedicó un temprano ensayo, y hacia la tradición —él hablaría de postura— del republicanismo clásico heroico que le hacía recordar tanto la Inglaterra de fines del siglo XVII como, sobre todo, la Revolución Francesa. Si bien no era rotundamente hostil a esta última, convencido de que iba a generar el bien a largo plazo, aborrecía su vena demagógica inspirada en Plutarco.

Si bien la Ilustración escocesa contribuyó en gran medida a modelar esta forma de considerar el progreso de la sociedad, Macaulay era un moderno whig inglés que —a diferencia de Hume— apreciaba y conservaba las devociones de su tradición política con una elocuencia única si exceptuamos la obra de Burke. En el ensayo sobre Plutarco, tras señalar el desarraigo político de sus admiradores franceses, escribió que «el [término] Senado no parece tan venerable a nuestros oídos como [el de] Parlamento. Nosotros respetamos la Carta Magna más que las leyes de Solón. El capitolio y el foro nos inspiran menos respeto que nuestro Westminster Hall y nuestra abadía de Westminster, el lugar donde los grandes hombres de veinte generaciones se enfrentaron y compitieron, el lugar donde juntos descansan». Las frecuentes invocaciones que Macaulay hace de la historia inglesa antigua son más conciliadoras que parciales o partidistas. Un ejemplo característico del capítulo V de la *Historia* es la referencia a la capilla de la Torre de Londres donde fueron enterrados los despojos del duque de Monmouth después de que en 1685 fuera ejecutado tras su fallida rebelión. Macaulay lo describe con detalle:

> La cabeza y el cuerpo fueron colocados en un féretro cubierto por velludillo negro que luego depositaron en secreto bajo la mesa consagrada del altar en la capilla de San Pedro, en la Torre. Al cabo de cuatro años, las losas del templo fueron de nuevo removidas, y los restos de[l Juez] Jeffreys fueron depositados juntos a los de Monmouth. En realidad, en el mundo no hay otro lugar tan lúgubre que este pequeño panteón. La muerte allí no está asociada al genio y la virtud, con la veneración pública y con el prestigio imperecedero como en la abadía de Westminster y la catedral de San Pablo. Ni tampoco, como en las iglesias y camposantos más humildes, con todo lo que más atractivo hay de la vida doméstica y social; sino con todo lo más tenebroso que contienen la naturaleza humana y el destino de los hombres, con el salvaje triunfo de enemigos implacables, con la inconstancia, la ingratitud y la bajeza de amigos, con todas las miserias de la grandeza caída y de la fama arruinado.

Siguen otros ejemplos de muertos ignominiosos otrora insignes que allí yacían.

Si bien esta pieza era todo un ejercicio de obligada melancolía, Macaulay fue un hombre vital, que sabía apreciar sin reparos los oropeles, la energía y el bullicio. Un ejemplo lo ofrece el momento en que, durante su reinado, Jacobo II pretende intimidar la capital emplazando un campamento militar en Hounslow. Pero aquellas intenciones coercitivas no iba a poder con la sociedad civil:

> Los londinenses vieron con gran terror aquella fuerza tan formidable reunida en su vecindad que muy pronto hizo disminuir la confianza. Pronto los habitantes de la ciudad hicieron de las excursiones a Houslow los días festivos su diversión favorita. El campamento presentaba el aspecto de una vasta feria. Entre los mosqueteros y los dragones se podía ver una multitud compuesta de elegantes caballeros y damas de la Soho Square, rateros y mujerzuelas pintarrajeadas de Whitefriars, inválidos que eran llevados en carretones, frailes de largos hábitos y blancas capuchas, lacayos enfundados en ricas libreas, vendedores ambulantes, muchachas pelirrojas, revoltosos aprendices y admirados gañanes que constantemente pasaban y volvía a pasar las largas calles de tiendas. Se escuchaba el bullicio de banquetes y orgías que se celebraban en algunos pabellones, de otros las maldiciones de los jugadores que apostaban. Era, en fin, el campamento un alegre arrabal de la gran ciudad.*

Se trata de una escena al gusto de las que William Hogarth** pintaba, aunque si se prefiere un paralelismo victoriano de mediados del siglo XIX, no cabe duda que lo encontramos en la animación, variedad y pequeñas estampas que William Powell Frith captó en el lienzo *Día de Derby*, de 1852. Pero hay otro significado del que no se puede decir que Macaulay tuviera conciencia cabal. Se trata de una suerte de parodia de un tema conocido que procede de la severa tradición republicana clásica: el ejército sobornado y corrompido por el lujo de la capital.*** Pero Macaulay, aunque tal vez no acostumbraba a aclamar a las mujeres pintarrajeadas como agentes del provecho inopinado de la libertad cons-

* Macaulay, *History*, cap. VI.

** William Hogarth (1697-1764), pintor, grabador y artista satírico inglés, autor, entre otras muchas obras, de una serie de caricaturas satíricas, «Las costumbres morales modernas».

*** Véase más arriba p. 173.

titucional, aprobaba el lujo, fruto de la industria y el comercio pacíficos. El ejército en realidad más que corrompido es absorbido de nuevo por la sociedad civil, asimilada en lo social a la nación aunque aún no se podía decir lo mismo desde una perspectiva constitucional.

La calidad pictórica de las narraciones de Macaulay también se le podía dar un tono más doméstico o melodramático, evocando compasión e intimidad. Contamos, por ejemplo, con la descripción que hace de cómo la reina, la esposa de Jacobo, huye del palacio de Whitehall por el río. El rey Jacobo confía la vida de su esposa y de su hijo benjamín a dos caballeros franceses:

> Lauzon tendió la mano a María. Saint-Victor abrigó con su cálida capa al desventurado heredero de tantos reyes. El pequeño se escabulló sigilosamente por las escaleras posteriores y embarcó en un esquife. Fue un viaje triste y lamentable. La noche lóbrega e inhóspita; caía una lluvia menuda y persistente; el viento bramaba encrespando las olas. Finalmente la embarcación llegó a Lambeth y los fugitivos pusieron pie a tierra cerca de una posada, donde un carruaje y caballos les aguardaban. Transcurrió algún tiempo antes de que se pudiera enjaezar los caballos. María, temerosa de que pudieran reconocer su rostro, no entró en aquella casa y permaneció con su hijo, encogida de miedo buscando refugio de la tormenta bajo el negro campanario de la Iglesia de Lambeth, y sin poder disimular aquella expresión confusa y aturdida por el terror siempre que veía acercarse al mozo de cuadra con el farol.*

Es una escena perfecta de un género victoriano de la «bella en apuros», aunque aquí modelada por la herencia del «sentimentalismo» del siglo XVIII: la procelosa noche, la embarcación sin toldo ni protección y la convulsa oscuridad del río; la joven mujer con su hijo, encogidos de miedo buscando refugio debajo del negro campanario de la iglesia, rehuyendo el farol del mozo de cuadra, fuente de luz de la imagen.

Las dos rebeliones —la encabezada por Monmouth que se saldó con el fracaso, y la invasión culminada con éxito tres años después por Guillermo de Orange— brinda como es lógico otras nuevas oportunidades pictóricas o dramáticas. Para Macaulay, el aplastamiento de la rebelión liderada por Monmouth supuso el final de los aspectos fanáticos y rimbombantes del movimiento whig radical, el republicanismo y el puritanismo, así como una tragedia para el campesinado protestante de la re-

* Macaulay, *op. cit.*, cap. IX.

gión del West Country, la parte suroccidental de Inglaterra que apoyó la rebelión. El peor aspecto de esta tradición lo ilustra Robert Ferguson, el anciano intrigante que escribió el borrador de la declaración en que Monmouth justificaba sus derechos. El estudio del personaje que plasma Macaulay es tan vehemente como solían serlo todos los que escribió:

> Violento y malévolo, ajeno a la verdad, insensible a la vergüenza, insaciable de notoriedad, amante de la maldad, la intriga y el tumulto por sí mismo, trabajó durante muchos años en las maquinaciones más secretas de las facciones. Vivió con libelistas y falsos testigos. Fue el cajero de fondos secretos de los que agentes demasiado viles para se reconocidos por el partido whig, recibían su salario, y el director de una imprenta clandestina de la que salían a diario panfletos sin nombre de autor.*

En 1688 Ferguson trató de unirse a la expedición del príncipe Guillermo de Orange, pero le hacen el vacío. Macaulay utiliza al personaje para establecer el contraste entre la iniciativa de Guillermo y la anterior de Monmouth: «Había sido un gran hombre entre un puñado de proscritos ignorantes y exaltados que impulsaron al débil Monmouth hacia la ruina y la perdición: pero no había lugar para un agitador de cortas luces, medio truhán y medio maniático entre los graves estadistas y generales que eran partícipes de las atenciones del decidido y sagaz Guillermo».**

La rebelión de Monmounth había sido un asunto de aficionados. De la aversión que Macaulay sentía hacia el republicanismo clásico y su renacer a partir del Renacimiento formaba parte también su desprecio hacia el culto que aquel rendía a ala milicia de ciudadanos, una milicia que en la era del comercio y la especialización era un anacronismo. A menudo se refiere al campesinado del suroeste del país que se había alzado en armas, como los «payasos» que no estuvieron a la altura del ejército profesional del rey Jacobo. Como seguidor de la Ilustración escocesa y patriota victoriano, Macaulay podía manifestar sin cortapisas su entusiasmo por los ejércitos profesionales, en la causa adecuada y debidamente sujetos a la autoridad civil. Robertson hubiera coincidido plenamente con ese parecer.*** Macaulay aprovechará el desfile de las tropas de Guillermo de Orange en Exeter, la primera ciudad que quedó en su poder, para subra-

* Macaulay, *op. cit.*, cap. V. Un poco antes de este pasaje, Macaulay lo presenta como el Judas de la sátira de Dryden.

** Macaulay, *op. cit.*, cap. IX.

*** Véase más arriba p. 416.

yar aún más si cabe el contraste con la patética chusma que defendía la causa de Monmounth. El marcado exotismo del ejército de Guillermo recuerda —y es muy probable que así lo quiera Macaulay— la composición multiétnica de la gran hueste del rey persa Jerjes tal como la reseñara Heródoto.* Bárbaro y terrible en potencia, se vuelve benigno así como efectivo, a través de la disciplina y gracias a la mano firme y el control que ejerce Guillermo.

> Desde la puerta occidental hasta el recinto de la catedral, la gente apretujada y el griterío a ambos lados de la calle eran tales que recordaban a los londinenses las multitudes que se agolpan para celebrar el día de lord Mayor. Las casas estaban alegremente engalanadas Puertas, ventanas, balcones y tejados estaban abarrotados de gente que miraba ... El deleite y un reverencial respeto se habían adueñado del pueblo de Devonshire poco o nada acostumbrado en general al esplendor de los campamentos bien ordenados. Las descripciones del desfile marcial circularon por todo el reino y en ellas había mucho de lo que más sacia el apetito del vulgo por lo maravilloso, pues el ejército holandés, compuesto por hombres que habían nacido en diferentes climas y servido bajo varios estandartes, presentaba un aspecto a la vez grotesco, espléndido y terrible a los ojos de los isleños que, en general, tenían una idea muy distinta de lo que eran los extranjeros. Delante montaba a caballo Macclesfield a la cabeza de doscientos caballeros, en su mayoría de sangre inglesa, con sus corazas y yelmos relucientes montados sobre corceles flamencos. Cada uno de ellos era atendido por un negro que había sido traído de las plantaciones de azúcar de la costa de Guinea. Los habitantes de Exeter que no habían visto nunca tantos especimenes juntos de la raza africana, miraban maravillados aquellos rostros negros que resaltaba aún más bajo turbantes bordados y plumas blancas. Luego, con los sables desenvainados, desfiló un escuadrón de jinetes suecos con armaduras negras y capas de cuero. La gente los miró con un extraño interés porque corría el rumor de que eran naturales de una tierra en la que el océano se había helado y en la que la noche se prolongaba a lo largo medio año, y se decía además que ellos mismos habían dado muerte a los enormes osos cuyas pieles ahora les cubrían.**

La última gran escena de 1688 viene de la mano de los debates sobre el acuerdo del Parlamento constituyente, en el que se declaraba la abdicación de Jacobo y, tras muchas disputas, se ofrecía la corona conjunta-

* Véase p. 35.
** Macaulay, *op. cit.*, cap. IX.

mente a María, la hija de Jacobo, y a Guillermo.* La oratoria es uno de los grandes temas de la historia de Macaulay aunque procura presentarla de forma resumida y no de manera literal. Macaulay manifiesta un respeto reverencial hacia las grandes ocasiones parlamentarias, y, tal como hemos visto en la descripción que hace de la aprobación de la ley de reforma (*Reform Act*),** le confiere solemnidad adicional mediante la evocación de la memoria y la perspectiva históricas. Mientras describe el Parlamento constituyente, hace un hueco para explicar la presencia de William Sacheverell, «un orador cuyas grandes aptitudes parlamentarias fueron, muchos años después, un tema favorito entre los ancianos que vivieron para ver los conflictos de Walpole y Pultency». Un aspecto de las instituciones cuando perduran en el tiempo son sus costumbres y tradiciones que Macaulay, en este caso, valora de manera especial al ser como era miembro del club.

Los debates en el Parlamento constituyente dieron la medida de lo que eran capaces. Macaulay recalca lo poco relacionados que estaban con la filosofía política y lo mucho que lo estaban con el derecho consuetudinario inglés y su aplicación a una situación sin precedentes: «Si una máxima legal era que el trono nunca debía quedar vacante, también lo era que un hombre vivo no tendría ningún heredero. Jacobo aún estaba vivo. ¿Cómo podía entonces la princesa de Orange ser su heredera?», etc. En 1828, en un ensayo sobre Hallam, Macaulay había deplorado la mezquindad de los parlamentarios de 1688. En el momento en el que escribe, después de dos revoluciones en Francia, respalda su pragmatismo. La declaración que otorgó el trono a Guillermo y María era ilógica y contraria a los hechos, pero funcionó, y el acuerdo que instauró fue duradero. Adoptando la benévola ficción de que no había tenido lugar ninguna revolución, la obra de la revolución, una vez terminada, continuaba lastrada por el precedente. Dejar constancia del estilo de deliberación en el parlamento no es sólo describir por el gusto de describir, como dejan meridianamente claro las siguientes palabras que son, a la vez una lección y un aval.

> Como nuestra revolución fue una vindicación de antiguos derechos por eso fue conducida prestando estricta atención a las antiguas formalidades. Los estados del reino deliberaron en las antiguas salas y lo hicieron según

* Macaulay, *op. cit.*, cap. X.

** Véase más arriba p. 436.

> las normas y reglas antiguas ... El sargento con su maza condujo los mensajeros de los Lores hasta la mesa de los Comunes; y allí hicieron las tres reverencias debidas. La reunión se celebró con todo el antiguo ceremonial. A un lado de la mesa, en la Sala Pintada, se sentaron los representantes de los lores cubiertos y vestidos con armiño y oro. Los representantes de los comunes se sentaron la cabeza descubierta en el otro lado. Los discursos presentaban un contraste casi ridículo con la oratoria revolucionaria de cualquier otro país. Ambas partes inglesas acordaron tratar con solemne respeto las antiguas tradiciones constitucionales del Estado. La única cuestión era, en qué sentido aquellas tradiciones debían entenderse ... Cuando la disputa hubo sido atendida finalmente de manera conveniente, los nuevos soberanos fueron proclamados con la antigua pompa ... Para nosotros, que hemos vivido el año 1848, puede parecer casi un exceso denominar a aquella reunión, llevada a cabo ... con una atención tan minuciosa por el protocolo preceptivo, con el terrible nombre de revolución. Y sin embargo, esta revolución, la menos violenta de todas las revoluciones, ha sido la más beneficiosa de todas las revoluciones...

Uno de los contemporáneos de Macaulay, Thomas Carlyle, sentía un desprecio puritano hacia todas las farsas y pretensiones, así como un considerable desdén hacia el Parlamento. De ahí que no sea extraño que escogiera ser el historiador de la Revolución Francesa que, para él, significaba la venganza de la historia sobre las formas obsoletas que aún pretendían ser realidades. Las sensibilidades de Carlyle y de Macaulay, una puritana y la otra whig e inspirada por la lectura de Burke respectivamente, representan dos facetas de la mentalidad que a principios del siglo XIX se enfrentaba a la historia.

La «Revolución francesa» de Carlyle: la historia con un centenar de lenguas

Thomas Carlyle nació en 1795, el año que marcó el final de la Revolución Francesa aunque no el de sus efectos: el alzamiento de París contra el nuevo gobierno moderado y corrupto del Directorio fue aplastado por los cañones mandados por el «oficial de artillería Bonaparte», como lo llama Carlyle. Constituye el último episodio del libro que Carlyle escribió sobre la Revolución y que fue publicado cuatro décadas después de los hechos. Cuando el lector diligente alcanza este punto del libro le queda algo de aquel agotamiento emocional que debieron de haber sentido

quienes sobrevivieron a la Revolución cuando se dieron cuenta que todos los ideales y la mayor parte de los principales actores durante los seis años que siguieron a 1789 yacían enterrados con deshonor: «Las personas principales de Francia desaparecieron como las luces de un teatro que van siendo apagadas una tras otra».* Carlyle reconoce de una manera inimitable aquella fatiga compartida: «¡Ánimo!, ¡Oh lector, diviso tierra!».

Carlyle era hijo de una familia humilde, calvinista y ferviente lectora de la Biblia, afincada en el suroeste de Escocia. Recibió una buena educación en la Universidad de Edimburgo, tanto clásica como científica, y la geología, la química y la astronomía le proporcionaron un amplísimo bagaje de metáforas. Al perder su fe cristiana al tiempo que conservaba gran parte de su calvinismo, le fue imposible hacer carrera como ministro de la *Kirk*, la Iglesia presbiteriana escocesa, y tuvo que establecerse como hombre de letras, lo que le llevó a emigrar a Londres. Desplegó por primera vez el estilo literario tan individual —bíblico, germánico, burlesco e intimidante— que le caracterizó en su personal profesión de fe filosófica, *Sartor resartus*, que publicó por entregas en la *Fraser's magazine* entre 1833 y 1834. La gran apuesta para obtener el reconocimiento literario que iba buscando fue *The French Revolution* (*La Revolución Francesa*), que, publicada en 1837, fue todo un éxito. Entre otras muchas cosas, y al igual que sucedería de un modo u otro con todas sus obras, era una exhortación. La Revolución era a su juicio el advenimiento terrible y sublime de la Democracia —siempre en mayúsculas— en el mundo moderno. La Revolución era una demostración de la justicia divina que recae sobre una aristocracia corrupta que ya no creía en nada.

La Revolución fomentó, como es lógico, la especulación de índole apocalíptica. Si bien Carlyle no fue, qué duda cabe, un creyente en la letra del Apocalipsis cristiano, ese a ser amigo personal del predicador milenarista Edward Irwing, siempre tuvo a mano la imaginería del Apocalipsis como conflagración y destrucción tal como se aprecia en la última página con la que concluye el tercer y último volumen de su obra,** así como en la exposición que nos hace de la toma de la Bastilla. El libro fue escrito en los primeros años de la monarquía de julio y del gobierno liberal en Francia, que había surgido de una segunda revolución en 1830. En Gran Bretaña hubo temores de que se produjera una revolución —te-

* Thomas Carlyle, *History of French Revolution*, vol. III, libro VI, cap. III (*Historia de la Revolución Francesa*, trad. castellana de Miguel de Unamuno, Madrid, 1905 p. 139).

** Véase más arriba p. 228.

mores que no eran del todo infundados— no sólo en la década de 1790, sino en el período que siguió a las guerras napoleónicas y a la época de la campaña en favor de la ley de reforma a principios de la década de 1830, la misma en la que Carlyle escribió su historia. La década de 1830 fue también testigo del desarrollo del movimiento cartista que despertó mucha aprensión, y sobre el que Carlyle escribió un extenso ensayo en 1839.

Carlyle reaccionó a la Revolución Francesa con una mezcla de sobrecogimiento, complicidad y solemne entusiasmo, combinados con horror y compasión. En realidad nunca se adaptó a un período de tranquilidad como fueron las décadas de 1850 y 1860, período que, con una suerte de perpleja impaciencia, consideraba como estancamiento. Si bien se mostró condescendiente con sus sensiblerías y consternado por sus atrocidades, la Revolución Francesa atraía sus sensibilidades veterotestamentarias y calvinistas, que le llevaban a interpretarla en el sentido de un azote divino. La ambivalencia de Carlyle se pone de manifiesto de una manera muy clara en el tratamiento que hace de lo que denomina el «sansculottismo», avivado por el hambre y la desesperación, capaz de heroísmo y de una crueldad atroz. En su vertiente más abstracta, Carlyle —y en contadas ocasiones es abstracto durante mucho tiempo—, presentaba la Revolución como la confrontación de este tipo de abstracciones personificadas: «sansculottismo», «patriotismo», «respetabilidad», «filosofismo» y «clubismo». Su retórica, sin embargo, a menudo resulta muy concreta y a veces confiere a estas abstracciones las características físicas que recuerdan la alegoría. Las características del «sansculottismo» —a veces personificado también en el arrabal parisino de Saint-Antoine en el que la pobreza causaba estragos— son casi tangibles: «de múltiples cabezas, lengua de fuego».* El populacho de París es el «Saint-Antoine sucio como el hollín», al igual que los cortesanos son el «Oeil-de-Boeuf» (el salón del palacio de Versalles en que se reunían). Al reintroducir los personajes —con una útil nemotécnica pero también con una deliberada evocación de la convención épica, porque Carlyle contempló la Revolución como una épica—, los marca y codifica mediante el uso reiterado de un mismo adjetivo o frase al estilo homérico: el ujier Maillard, Moreau de Saint-Mery, «el de las tres mil órdenes» (porque de él se decía que las había escrito de puño y letra en el Hôtel de Ville el día en que cayó la Bastilla), «el viejo dragón Drouet». El mariscal De Broglie, en quien la corte confía en vano para que organice un golpe de estado mili-

* T. Carlyle, *op. cit.*, I.VI.I.

tar monárquico, es «el dios de la guerra», mientras que el gran maestro de ceremonias de la corte, Henri Evrad marqués de Dreux-Brézé, es «Mercurio», el que lleva los mensajes y en varias ocasiones una fuente de momentos de una excelente comicidad aunque asimismo simbólica. Es De Brézé quien, por ejemplo, trasmite a la Asamblea Nacional la orden del rey que les conmina a dispersarse y que la asamblea desafía con el juramento del Juego de Pelota. De Brézé que cumple también las funciones de ujier y defiende el *Ancien Régime* y el protocolo conforme a cuyas reglas vive, trata de cerrar la puerta a la historia universal. Brézé tiene su momento simbólico, pero algunas de las reapariciones más frecuentes, memorables y ominosas son las de Jean-Paul Marat —para Carlyle, la sanguijuela o el sucio Marat—, que pronuncia con voz ronca sus mensajes de odio y a cuya entrada, nos dice Carlyle, la gente juraba echando maldiciones.

Marat, el hombre malévolo y miserable, es algo como el genio maligno de la Revolución, responsable de las masacres perpetradas en las prisiones en aquellas jornadas de septiembre de 1792, pero al encarnar el fanatismo y los odios de sus seguidores «sansculottes», tiene para Carlyle cierta autenticidad y poder de los que carece tanto la anglomaniática Asamblea Nacional como, más adelante, la respetable facción republicana formada por los girondinos. Los grandes hombres de la Revolución, Mirabeau y Danton, tiene sus cualidades de autenticidad o, por decirlo con las palabras de Carlyle, «realidad», e incluso Marat, carente de cualquiera de las cualidades más finas, también la tiene. Carlyle respetaba el fanatismo. La «realidad», allí donde se encuentre, es una suerte de emanación divina, en tanto que la frivolidad, las parodias, las farsas y las teorías son los simples escombros de la historia, que los hombres de verdad deben apartar. No siente ninguna simpatía hacia el constitucionalismo respetable de clase media —monárquico o republicano— al que identifica con pedantería y legalismo. Las escenas con muchedumbres en la Revolución, que llevan su retórica hasta un extraordinario grado de intensidad y casi delirio, son sublimes para Carlyle porque son espontáneas, mientras que la conmemoración de la toma de la Bástilla el 14 de julio de 1790, con una inmensa fiesta nacional y a través del juramento hecho en el «altar de patria», es puro teatro sentimental porque ha sido concertada de antemano. Las multitudes, sin embargo, *son* auténticas:

> La masa es una verdadera emanación de la naturaleza, saliendo de las más grandes profundidades de esta o en comunicación con ellas. Mien-

> tras tantas otras cosas no son más que gestos y anas formalidades, cuando bajo tanto trajes no hay más que el latido de un solo corazón, aquí por menos, si no en otras partes, se encuentra la sinceridad y la realidad. Mira, si quiere, temblando, o hasta gimiendo, pero mira con atención. Tal complicación de fuerzas y de individualidades humanas son puestas en movimiento a su modo trascendental para obrar y volver a obrar sobre los hechos exteriores como sobre ellas mismas, para llevar a cabo el trabajo que haye en ellas. Lo que van a hacer no es conocido por ningún hombre y aun menos por ellas mismas. Es un inconmensurable fuego de artificio que engendra la llama y se consume él mismo. Sabe cuáles serán las fases, o cuál será la extensión o el resultado de semejante incendio es algo que desafía a todas las conjeturas que puedan hacer la filosofía y la lógica.*

Las multitudes revolucionarias francesas son un presagio y la revolución misma aún se halla activa en el mundo, «el fenómeno supremo de nuestros tiempos modernos» y una lección para los contemporáneos de Carlyle. La aristocracia feudal estaba siendo reemplazada en todas partes por una aristocracia de las finanzas, pero «aunque no haya un segundo sansculottismo en la Tierra por espacio de un millar de años, entendamos bien que existió el primero y que el pobre y el rico anden y obre de otro modo».** La Revolución Francesa es a la vez la épica de la democracia y una exhortación admonitoria.

Llegados a este punto es evidente que Carlyle no fue un historiador común. John Stuart Mill le consideraba un poeta, aunque vale la pena recordar que lord Acton, un hombre que no se caracterizó por subestimar las responsabilidades propias del historiador, rindió homenaje al libro de Carlyle afirmando que fueron «los volúmenes que liberaron a nuestros padres de la esclavitud de Burke». La obra empieza de una manera muy lenta y el lector debe aprovechar los primeros libros que tratan del *Ancien Régime*, para acostumbrarse al peculiar estilo que Carlyle tiene como autor y a sus experimentos con la dicción y la sintaxis, el uso frecuente de vocativos dirigidos tanto al lector como a los personajes históricos, y el uso ocasional de galicismos para transmitir el aroma de la traducción.*** Describe toda una sociedad decadente al borde de la extinción a través de una suerte de collage de estampas simbólicas, que el

* T. Carlyle, *op. cit.*, I.VII.IV.

** T. Carlyle, *op. cit.*, III.VII.VI.

*** Por ejemplo, «*there to consider himself*» («*s'estimer lui-même*»), «*tremblement du menton*» («*temblor de barbilla*»), etc.

atronador sermón calvinista del autor se mantiene unidas. De vez en cuando encontramos un toque de humor grotesco o un anticlímax que resultan de agradecer. Los vestidos de colores vistosos en una suerte de *fête champêtre* para contemplar las ascensión del globo (en un capítulo significativamente titulado *Windbags* («globos henchidos de aire») son como bancales de flores, así en virtud de una suerte de lógica surrealista, los carruajes en los que sus portadoras se sientan son como macetas:

> Masa múltiple de mil colores relumbrante de oro atravesando el bois de Boulogne en largas filas multicolores con largas avenidas de flores vivas, tulipanes, dalias, lirios del valle todos en sus móviles macetas (carruajes recién dorados), placer de los ojos, orgullo de la vida. Así ronda y danza la procesión, fija con firme asiento, como si rodara sobre diamante, sobre los cimientos del mundo y sobre simple pergamino heráldico bajo el que hierve un lago de fuego. ¡Continuad pues en vuestra danza, insensatos que no habéis buscado la sabiduría, y, por ello, no la habéis encontrado! Vosotros y vuestros padres, que sembrasteis vientos recoged tempestades. ¿Acaso no está escrito desde antiguo que *el salario del pecado es la muerte*?*

La narración en realidad se reanuda con el llamamiento hecho a los Estados Generales para que traten de la bancarrota pública (que Carlyle contempla a pesar de todo con complacencia), que conduce a la elección de una Asamblea Nacional en la que se depositan las esperanzas de toda la nación, esperanzas ciertamente condenadas a ser defraudas. Carlyle, como un narrador de extraordinario poder idiosincrásico, necesita hechos y acontecimientos y, cuanto más rápidos y más trascendentales sean, mejor para dar lo mejor de sí mismo al lector.

Hay que aceptar a Carlyle como historiador, si es posible, por lo que es. De nada sirve suponer que fue algo que no intentó ser a saber, un lúcido veedor que facilita una narración lineal y un análisis cuidado de las causas y los efectos. Estas cosas puede encontrarse en medio de las páginas en las que Carlyle da cuenta de los hechos y acontecimientos, pero los efectos más extraños que conseguía eran por entero el fruto de operaciones deliberadas, elaborados en amplia medida a partir del precedente épico, un estilo de visión veterotestamentario, el ademán y la actitud furibundos del púlpito y una visión del mundo idiosincrásica: una metafísica que el simbolismo hace concreta. El efecto sobre la narración es un rápido pasar de los individuos, a menudo humildes y considerados solo de

* T. Carlyle, *op. cit.*, I.II.VI.

manera pasajera, y situaciones muy particulares, presentadas en una amplia gama de detalles concretos, a una perspectiva cósmica y un punto de vista histórico universal del mundo, con mucho puntos intermediarios en medio.

Carlyle meditó a fondo sobre la manera de escribir historia, tema al que dedicó dos ensayos alcanzando un efecto mucho más agudo y perspicaz que el de las reflexiones paralelas de Macaulay. Dos importantes citas resumen el punto de vista de Carlyle y los efectos que tuvieron en las estrategias retóricas que escogió: «la historia es la esencia de un sinfín de biografías» y «la narración es *lineal*, la acción es *sólida*». La primera cita nos alerta de que no esperemos ninguna restricción impuesta por «la dignidad de la historia». En historia, todo está múltiplemente determinado. Los actores apenas ven más lejos de donde pisan y a cada momento ocurre una inmensidad de acontecimientos diferentes, cada uno de los cuales puede ser tal vez significativo e importante. Nuestras observaciones han de ser sucesivas aunque las cosas cuando se hacen a menudo eran simultáneas, «[un caos del ser] que se configura forma tras forma a partir de innumerables elementos».* La narración, por tanto, aunque lucha contra su naturaleza lineal, debe procurar —por decirlo de alguna forma— moverse hacia los lados, así como hacia delante.

Los recursos retóricos de los que Carlyle dispone para lograrlo son en esencia dos: la selección de ciertos acontecimientos, personajes y actos como representantes simbólicos de realidades más amplias, y unos experimentos extraordinariamente innovadores en lo que se puede denominar narración de múltiples voces, en la que la voz del autor, tan a menudo perentoria, molesta, indiscreta y acosadora, a veces parece quedar suspendida provisionalmente a favor de una cacofonía de otras voces, de las que Carlyle es el director escénico, haciendo un murmullo de frases con latiguillo a partir de citas de periódicos, libelos, carteles y memorias que previamente había consultado. Este murmullo imaginado en medio de la multitud revolucionaria, en el que Carlyle aspira a colocar al lector —siempre en presente de indicativo— es, por decirlo con el propio término que él emplea, combustible. Una palabra concreta o incidente determinado pueden hacer que se inflame entrando en acción y de una manera casi aleatoria determine su dirección: hacia la Bastilla, hacia Versalles, hacia la plaza de la Tullerías y de ahí hacia algunos de los acontecimientos fundamentales de la Revolución. La combustibilidad está hecha de

* T. Carlyle, *On history*, pp. 59-60.

hambre y odio, sospecha y rumor. La sospecha y el recelo, por ejemplo, de que los monárquicos dieran un golpe militar lleva al asalto de la Bastilla. El domingo 12 de julio

> ...las calles muestran grandes carteles encabezados por un enorme *De par le Roi*, que invitan a los ciudadanos más pacíficos a permanecer en sus casas, «sin alarma» y a «evitar toda reunión». ¿Por qué? ¿Qué significan aquellos enormes carteles? Y sobre todo ¿qué significa ese movimiento de militares? Dragones y húsares afluyen de todas las partes del horizonte hacia la plaza de Luis XV con una gravedad acompasada en el rostro ...
>
> ¿Acaso han descendido sobre nosotros los destructores? Desde el puente de Sèvres hasta lo último de Vincennes, de Saint Denis a los campos de Marte estamos sitiados. En todos los corazones hay alarma, vaga y misteriosa ... ¿Esas tropas de veras han venido a combatir contra los bandoleros? ¿Qué misterio flota en el aire? ¡Escuchad! Una voz humana repite con elocuencia las malas noticias: *Han obligado a Necker a dimitir, el ministro del pueblo, el salvador de Francia.* ¡Imposible! ¡Increíble! ¡Sería traicionar la paz pública!*

Carlyle presenta un preámbulo explicativo similar para la marcha hacia Versalles en la que toman parte las mujeres del mercado de París y que en el mes de octubre se llevará de vuelta a la familia real, prácticamente prisionera, a París e inaugura el acto siguiente de la Revolución. Corren rumores de un banquete organizado en Versalles para celebrar la llegada de un nuevo regimiento, en cuyo transcurso la nación fue injuriada y su nueva escarapela tricolor pisoteada:

> ¡Sí, el hambre aquí para nosotros y en Versalles se derrochaba la comida! El patriotismo hace cola mientras... los aristócratas de proyectos sanguinarios, confortados por la mesa regalada, pisotean la escarapela nacional. ¿Puede ser cierta semejante enormidad? Pero mirad esos uniformes verdes forrados de rojo con escarapelas negras, ¡oscuras como la Noche! ¿Acaso además de morir de inanición vamos a sufrir el ataque de los militares?**
>
> En un cuerpo de guardia del barrio de Saint-Eustache, una joven coge el tambor porque cree que los guardias nacionales no abrirían fuego sobre las mujeres, no sobre una joven. La muchacha coge el tambor y se pone en marcha al redoble de «llamada» al tiempo que lanza voz en cuello gritos sobre la

* T. Carlyle, *Historia de la Revolución Francesa*, I.V.IV.
** T. Carlyle, *op. cit.*, I.VII.III.

> escasez de cereales: ¡Bajad, oh madres! ¡Bajad, oh Judits! ¡Venid a buscar el pan y la venganza! Todas las mujeres se reúnen y marchan; las multitudes se agolpan en todas las escaleras y hacen salir a todas las mujeres: aquella fuerza insurrecta femenina, según Camille [Desmoulins], tiene algo de fuerza naval inglesa; es una «multitud de mujeres» universal. Robustas tenderas de las Halles, esbeltas costureras que se levantan con el alba, la vieja virginidad que corre para asistir a los maitines, la criada con su cubo de buena mañana, todas deben ponerse en marcha. ¡En pie, oh mujeres! ¡Los hombres, vagos, no actuarán y nos dicen que nostras lo hagamos!
>
> Y así como el deshielo de las montañas, cada escalera se funde en un arroyo, que se precipita...*

El estilo aquí sin lugar a dudas es el de la épica, pero la técnica narrativa es también una interpretación acertada o errónea.

Las interpretaciones de la Revolución Francesa empezaron casi tan pronto como la propia revolución. La conspiración fue, al principio la explicación preferida y atribuida primero a la manipulación, utilizando su inmensa riqueza, por parte del líder radical perteneciente a la rama más joven de la casa real, Felipe, el duque de Orleáns, que más tarde adoptó el nombre de «Philippe Egalité» («Felipe Igualdad») y votó a favor de la muerte de su primo, Luis XVI. A fines de la década de 1790, los católicos franceses en el exilio, y de forma notable el abad Barruel, elaboraron una versión conspirativa rival que atribuía la revolución a los francmasones. En Gran Bretaña, las explicaciones en términos de causas «más profundas», sobre todo de índole económica, pronto sustituyeron a estas primeras versiones, aunque el punto de vista que la atribuía a una conspiración pervivió durante mucho tiempo por lo menos entre las capas populares. Un buen ejemplo de ello es *A Tale of Two Cities* (*Historia de dos ciudades*)** que Charles Dickens publicó en 1859 y que a menudo se cita como un caso de influencia clara de Carlyle. Puede que sea cierto en lo relativo a las escenas con muchedumbres de la calle, pero en cuanto a las interpretaciones de la Revolución, los dos autores divergían notablemente. Dickens hace hincapié en una red por completo imaginaria de conspiradores, organizados en una sociedad secreta, con signos y santos y señas misteriosos que es permiten reconocerse unos a otros. Esto reflejaba las condiciones que se vivían en la Europa de mediados del si-

* T. Carlyle, *op. cit.*, I.VII.IV.

** Ch. Dickens, *A Tale of Two Cities*, trad. cast. *Historia de dos ciudades*, Alba, Barcelona, 1999.

glo XIX, y de manera especial las de Francia e Italia, pero nada tienen que ver con Carlyle o con la Revolución Francesa real. Carlyle presenta a los franceses como si pasaran de una fase de la Revolución a otra dando traspiés, sin tener intenciones claras, empujados por los acontecimientos, por la sospecha, el recelo y el miedo, así como por el idealismo y el fanatismo, y llegan a un lugar al que nadie había pretendido o tenía previsto llegar. La originalidad de Carlyle consistía sobre todo en la manera que tenía de dramatizar su punto de vista y sus opiniones, y ponerlas en escena, representarlas ante los ojos del lector, y los oídos, porque uno se imagina ante todo a Carlyle como un narrador, como él mismo invita a hacerlo, como una voz que se oye.

Se puede apreciar de manera inmediata el tipo de voz que era el suyo si la comparamos con Macaulay, cuyo modo de dirigirse y hablar a menudo son de una elocuencia oratoria. Consideremos, por ejemplo, la versión que Macaulay da de lo que considera el momento en que la revolución de 1688 podría haberse precipitado en la anarquía, cuando el príncipe Guillermo de Orange no había sido aún coronado, el ejército se había disuelto, Jacobo había huido y la multitud clamaba a gritos por las calles contra el Papa.

> Fue un momento terrible. El rey se había ido. El príncipe aún no había llegado. No se había designado ni nombrado a un regente. El gran sello, esencial para la administración ordinaria de la justifica, había desaparecido. Pronto se supo que Feversham, al recibir la orden real, había licenciado de inmediato a sus fuerzas. ¿Qué respeto por la ley o la propiedad podía darse entre unos soldados armados y congregados, emancipados de las limitaciones que imponía la disciplina y faltos de todo cuanto es necesario para vivir? Por un lado, el populacho de Londres había mostrado, durante algunas semanas, una firme disposición a la turbulencia y la rapiña. La urgencia de la crisis hizo que por un breve espacio de tiempo se unieran todos aquellos que tenían algún interés en la paz de la sociedad.*

Es un informe de la situación escrito por el historiador pero el estilo, tanto en dicción como en la ordenación mesurada de las oraciones, es también el estilo de un parlamentario. Al convertir los verbos al presente, y al introducir a intervalos las figuras «portavoz» y «milores», resulta sencillo imaginarlo como si fuera un discurso que un ministro lee ante el Parlamento (aún no en sesión). «Milores, el rey se ha ido. El príncipe aún no ha

* Macaulay, *History*, X.

llegado. El Gran Sello ha desaparecido. Entendemos que lord Feversham, al acusar recibo de una orden de Su Majestad, ha...», etc. La voz, sea de quien sea, manda, y por tanto, el lector deduce que se trata de la institución a la que representa. En Macaulay no encontramos nada de la sintaxis atormentada y fracturada de Carlyle, la igual que no hay ninguna voz con este tipo de autoridad en *La Revolución Francesa* de Carlyle. A través de Macaulay entendemos que la racionalidad y las respetabilidad, por mucha presión a la que se vean sometidas, son en última instancia las que mandan y las que vencerán. En Carlyle no se percibe esta tranquilidad en nombre de ninguna de las dos.

Tanto Macaulay como Carlyle se hallaban en la cima de un largo movimiento que desde el siglo XVIII y antes de que el profesionalismo austero echara a perder el juego, aspiraba a presentar la historia al lector en toda su inmediatez, con sus circunstancias emocionales y sensuales. Sin embargo sus puntos de vista son diferentes. Las emociones en las que Macaulay implica al rector son sobre todo las de un parlamentario, o al menos podrían haberse expresado en el Parlamento, algo que no le perjudica en nada. Carlyle señaló en cierta ocasión que el gran elemento que no contemplamos en nuestro intento de acceder al pasado es el «miedo» y se propuso recrearlo, algo que hizo extraordinariamente bien. La sintaxis que utiliza está destinada a expresar un enajenado ir a tientas en busca de certezas inmersos en una niebla de rumores y acontecimientos que a lo sumo sólo se comprenden en parte, en unos estados de ánimo de aguda preocupación, cólera enfurecida y, a veces, de peligrosa exaltación.

Los efectos logrados por Carlyle a tal fin no fueron superados hasta el siglo XX y en un medio diferente. Leer a Carlyle en la actualidad es recordar la técnica cinematográfica que Sergei Eisenstein aplicó a las escenas de masas en otra revolución, con la cámara filmando en panorámica desde los momentos más altamente individualizados en primer plano hasta captar las perspectivas más amplias. Por muy eisensteiniana que fuera, no es sólo la intimidad que logra Carlyle, sino también los repentinos cambios de perspectiva de modo que vemos a la muchedumbre como si fuera a través de una cámara colocada en lo más alto como río del que cada senda y escalera es un afluente. Otro repentino cambio de este tipo, aunque en esta ocasión se trata de pasar a un punto de vista cómico, se logra centrándose, de un modo anticipadamente muy cinematográfico, en un testigo imparcial y no humano. A medida que el asedio se recrudece, «el gran reloj de la Bastilla sigue marcando (inaudible) el

paso del tiempo en su patio interior, a su ritmo, hora tras hora como si nada especial, para él o para el mundo, estuviera ocurriendo».* Forma parte de la infinitud de acontecimiento simultáneos en la historia, que son asimismo sucesos en el espacio y tiempo infinitos. La tarde en que es tomada la Bastilla, los rayos del sol de julio «caen oblicuos sobre los segadores en los campos, sobre las viejas que hilan sentadas en sus cabañas, sobre los navíos lejanos, en medio del océano, sobre los bailes de la Orangerie en Versalles, donde las hermosas damas acicaladas bailan con los oficiales de los húsares».** La historia mundial queda empequeñecida por la omnipresencia y la persistencia de las repeticiones de la vida cotidiana y del imperecedero mundo natural. El campesino del cuadro pintado por Peter Brueghel que ara su campo mientras un lejano Ícaro cae del cielo es un emblema muy propio de Carlyle. En el momento más cruento del reinado del Terror en París, veintitrés teatros tenían función todas las noches y sesenta salones estaban abiertos para el baile: «El terror es como un suelo de arena en el que se pintan las escenas más abigarradas en las que se suceden unos a otros en transiciones sorprendentes de colores intentos, lo sublime, lo ridículo, lo horrible; o más bien se acompañan unos a otros en tumulto».*** El historiador, afirma Carlyle, se alegrará de oír aquel «centenar de voces» porque clamaban a menudo los antiguos poetas. A falta de ellas, que el lector «excite su propia imaginación y dejemos sacarle ésta o aquella chispa significativa de las cosas en la mejor secuencia que podamos».****

A diferencia de Macaulay, Carlyle a veces se disculpa por asistir a las tediosas sesiones de la Convención Nacional en las que se elaboró la constitución. Pero la visita, de preferencia, sólo en los momentos en que el decoro parlamentario se quiebra y la Convención se convierte en una especie de muchedumbre, cuando las mujeres de París, las ropas empapadas, desaliñadas, hambrientas y encolerizadas, irrumpen en la ordenada sesión que tiene lugar en Versalles y el presidente se ve obligado a ordenar que traigan comida de las panaderías y tahonas, pastelerías, vinaterías y fondistas..., gesto que Carlyle recibe, después de muchas alusiones, con una cita genuinamente homérica: «a ningún alma le faltó (en igual parte) una buena ración de víveres», como hogazas pan, vino y un «gran

* Thomas Carlyle, *Historia de la Revolución Francesa*, vol I, libro V, cap. VI.
** T. Carlyle, *op. cit.*, I.V.VII.
*** T. Carlyle, *op. cit.*, III.V.I.
**** T. Carlyle, *op. cit.*, III.V.I.

surtido de salchichones».* Los salchichones no suele aparecer en las asambleas nacionales, ni tampoco en la historia. Para Carlyle, la insurrección de las mujeres era a la vez burlesca y sublime. La contraposición del deseo de una constitución al deseo de comer salchichón era una manera de compendiar gran parte de lo que se ventilaba en la Revolución. Lo mundano, lo cotidiano y lo doméstico se reafirman siempre a sí mismos, y Carlyle es tan cómplice de ellos como le lleva a celebrar el momento histórico universal. Aun entonces, en la época de la democracia, los héroes son, sin asomo de duda, hombres comunes y corrientes: «Adelante pues todos vosotros, ¡franceses! Que tenéis corazón en el pecho. Gritad con vuestros cuellos de cartílago y metal, hijos de la libertad. Despertad sobresaltados todas las facultades que haya en vosotros el alma, cuerpo y espíritu porque la hora ha llegado. Pega tú, Louis Tournais, carretero del Marais, antiguo soldado del regimiento del Delfinado, golpea la cadena exterior del puente levadizo en medio del granizo de fuego que silba en torno a ti. Jamás tu hacha ha golpeado de forma semejante cubo ni llanta. Dale fuerte, abajo, abajo, hasta los infiernos que todo el edificio se venga abajo, que toda la tiranía desaparezca para siempre».** La principal fuente de inspiración, como resulta evidente, es Homero. El intento ditirámbico de presentar la inmensa y multitudinaria energía de la masa, en cambio, también insinúa, en lo que al lector moderno se refiere, a Walt Whitman.

El uso que Carlyle hace del anticlímax y de la afectación ridícula de lo sublime no sólo resulta divertido sino que humaniza su narración, que no esta siempre desplegada al máximo. Cuando la diosa Razón, después de haber sido adorada en el altar, regresa a su morada desposeída de su divinidad con su esposo, ¿de qué hablan aquella noche mientras cenan? Es una pregunta que no podemos imaginar que ningún otro historiador formule entonces o quizá desde entonces, y por ello se le puede dispensar buena parte de la retórica de púlpito que emplea (y ha de hacerse). La historia, es algo que nos recuerda con intensidad, es la esencia de innumerables biografías. El anticlímax o esa afectación ridícula se produce también cuando da cuenta de la defensa de las fronteras por parte de los ejércitos revolucionarios que para Carlyle era otra épica de la Revolución. La amenaza de una invasión organizada por las potencias reaccionarias de Europa le lleva a la misma narrativa mimética y apresurada que emplea en el asalto a la Bastilla o en la marcha hacia Versalles, aquella

* T. Carlyle, *op. cit.*, I.VII.VIII.
** T. Carlyle, *op. cit.*, I.V.VI.

rápida concatenación de nombres y sentido común para estar a la altura de la premura del momento:

> ¿No irrumpe la coalición, cual mar de fuego, Prusia por el noreste abierto, Austria e Inglaterra por el noroeste? ... Marsella es inundada ... para apagarla en sangre. Tolón, aterrado, y después de haber ido demasiado lejos para volver, se ha echado en brazos del inglés. ¡Ondea en el arsenal de Tolón una bandera que no lleva la flor de lis de Luis el pretendiente, ondea esa maldita cruza de San Jorge del inglés y almirante Hood! ... Sitiadla, bombardeadla, comisionados Barras, Fréron, Robespierre joven y tú, Cartaux, general Dugommer, y sobre todo, tú, notable capitán de artillería, Napoleón Bonaparte!*

Pero hay patetismo así como un anticlímax cómico en la objeción que la municipalidad de Verdún, localidad célebre entonces por su repostería, esgrime al encontrarse implicada muy a su pesar en la historia universal, al tiempo, que se espera de ella que se comporte de manera heroica: «¿Resistirle a él [el duque de Brunswick] hasta la muerte si es preciso? ¿Cada día de retraso en un tiempo preciso que ganamos? ¿Y cómo, general Beaurepare, vamos a resistirle —pregunta aturdido el municipio— nosotros los concejales de Verdún? ... Retrasar al enemigo, el patriotismo son buenos, pero igualmente lo son el pacífico amasar pastelillos y el dormir a pierna suelta».** Verdún, en una ironía respecto a su posterior condición de icono de la resistencia durante la primera guerra mundial, en esta ocasión capitula dócilmente.

Carlyle, para el lector moderno, es una paradoja, una extraordinaria mezcla de lo arcaico, o, peor aún, lo profundamente pasado de moda, y elementos que consideramos como propiamente modernos. Swift y Rabelais antes que Carlyle sugieren paralelismos, al igual que Whitman en el futuro. Los compañeros de aula de Carlyle le apodaban *el Deán* en reconocimiento de un timbre modulado por la voz de Swift. Las relaciones que pudo mantener con la historiografía anterior son difíciles de aquilatar, aunque Carlyle admiró profundamente a Schiller y su obra floreció al final de un largo período de erosión de la idea de dignidad de la historia. Carlyle tiene en muy alta estima a lo sublime y en poco o en nada a la dignidad. No es de extrañar que los historiadores clásicos republicanos no

* T. Carlyle, *op. cit.*, III.IV.V.
** T. Carlyle, *op. cit.*, III.I.III.

tenga presencia en su obra, pese a la devoción manifiesta de los revolucionarios franceses hacia ellos. El principal empréstito, lo cual no deja de resultar más bien sorprendente, es de Florencia: Carlyle emplea varias veces el *carroccio** como la imagen de un punto simbólico de concentración de las fuerzas. En cuanto a lo demás, no es un humanista ni un *philosophe*, sino un puritano educado en el Antiguo Testamento, que se siente a sus anchas en lo mundano y en lo trascendental. Divertido, intimidante y a veces casi frenético, encontró en el realismo épico de Homero un guía para llevar a cabo su monumental tarea y en todo lo demás siguió su propio rumbo. En sus mejores momentos —y los hay de más de una clase— su historia y su prosa tienen una energía imaginativa enorme, cuyo precio son las degeneraciones en la grandilocuencia que el lector paga.

MICHELET Y TAINE: EL PUEBLO Y EL POPULACHO

En Francia, el estudio en serio de la Revolución de 1789 empezó en la década de 1820 y desde entonces no se ha interrumpido. La interpretación de la Revolución era esencial para las actitudes políticas y los conflictos que jalonaron todo el siglo XIX y parte del XX. Las facciones políticas que lucharon en la arena política, polemizaron y a veces se enfrentaron con violencia por sus diferentes ideas acerca de Francia, encontraron en la Revolución un punto de referencia obligado. El principio de la monarquía hereditaria lo continuaron sosteniendo aquellos que eran calificados de legitimistas o ultras (es decir, ultramonárquicos) y prevaleció durante la época de la restauración de la monarquía borbónica entre 1814 y 1830. La rama menor y liberal de la familia, los Orleáns ascendió al tono en la década de 1830 después de la Revolución de Julio de aquel año en la persona del rey Luis Felipe, cuyo padre votó a favor de la ejecución de su primo el rey Luis XVI. Después de la revolución de 1848, la «monarquía de Julio», que era apoyada por los liberales moderados y, en general, por los constitucionalistas anglófilos como François Guizot,** que fue ministro de Educación y más tarde jefe de gobierno, fue reemplazada por la II República en la que los conflictos de clase no tardaron en producir una segunda insurrección frustrada de la clase trabajadora de París, cuyo líder, Louis Blanc, era asimismo un historiador de la pri-

* Véase p. 335.
** Véase más abajo p. 481.

mera Revolución Francesa. Tal como Karl Marx señalaba con ironía, el derrocamiento en 1851 de la II República por Luis Napoleón, el sobrino del emperador, recapitulaba la suplantación el 18 Brumario de la primera República por Bonaparte. El Segundo imperio duraría hasta 1871, cuando se produjo la derrota militar ante Prusia y la cruenta supresión de la Comuna de París, cuyos métodos habían avivado el recuerdo del Terror revolucionario de 1793-1794. La III República, liberal y anticlerical, pero sobre todo antisocialista, fue liderada por otro historiador de la Revolución de 1789, Louis Adolphe Thiers.

La historia del siglo XIX francés a menudo parecía empeñada en recapitular las diferentes fases de la primera Revolución: un *Ancien Régime* en parte revivido, una fase liberal-constitucionalista evocada en la Monarquía de Julio, la instauración de la República, el Terror termidoriano centrado en París con Bonaparte siempre aguardando entre bastidores. De ahí que la historiografía de la Revolución difícilmente pudiera eludir una fuerte carga política. Todas las facciones políticas podían encontrar correlativos históricos para sus lealtades y temores políticos en los acontecimientos que jalonaron el período revolucionario de 1789 a 1797. Las luchas y conflictos continuados sobre el estatus y el papel que, sobre todo en materia de educación, tenía la Iglesia católica, que había sido uno de los primeros objetivos de la Revolución, habría bastado por sí sólo para mantener las divisiones, que por entonces se habían abierto, en el primer plano de la política. El anticlericalismo era un artículo de fe para la mayoría de republicanos.

La importancia política concedida al pasado garantizó asimismo la importancia y prominencia de los historiadores. Guizot fue un destacado historiador liberal aunque no escribió sobre la Revolución. Thiers publicó una de las primeras historias de la Revolución en la década de 1820 antes de pasar a desempeñar altas responsabilidades bajo la Monarquía de Julio, cuando se convirtió en el rival de Guizot. Con el tiempo acabó siendo elegido presidente provisional de la III República instaurada en 1871. Otro historiador de la primera Revolución, el poeta Alphonse de Laustine, fue uno de los líderes de la II República. Y ya hemos mencionado la enjundiosa historia de la Revolución que escribió Louis Blanc. Bajo la III República, el cabeza de fila de los socialistas, Jean Jaures, escribió la *Histoire Socialiste de la Révolution française* (*Historia socialista de la Revolución Francesa*).

El hecho de que los políticos escribieran historia no era un hecho singular: como hemos tenido oportunidad de ver, en Gran Bretaña, a prin-

cipios de aquel siglo políticos de la talla de Charles James Fox, sir James Mackintosh, lord Macaulay y un futuro primer ministro, lord John Russell, todos ellos escribieron historias sobre la revolución inglesa de 1688. En ningún caso, sin embargo, se atribuyó una influencia política inmediata a sus obras de historia. A principios del siglo XIX, aunque hubo matices en cuanto a su interpretación, la revolución de 1688 se había convertido en Inglaterra en un símbolo de consenso. En el caso de Francia, la aprobación o la denuncia de la actuación de las principales figuras de la Revolución de 1789 —Mirabeau, los girondinos, Danton, Robespierre, la Comuna de París y, en realidad, Napoleón Bonaparte—, sentaba de inmediato la identidad en política contemporánea de quien las manifestaba. El término «jacobino» cayó en desuso en la política de aquella época, probablemente por falta de alguien que lo reivindicara, aunque a los jacobinos no les faltaron admiradores, pero la Revolución siguió proporcionando símbolos de lealtad y un vocabulario político, que incluía los términos «derecha» e «izquierda», que al principio servían para designar las facciones que se sentaban a un lado y otro de la Cámara de Representantes.

Existe la opinión, ampliamente compartida, de que la obra más excepcional de historia escrita en Francia durante la primera mitad, e incluso si nos apuran durante todo el siglo XIX, fue la de Jules Michelet, que con el tiempo llegó a contar con veintitrés volúmenes publicados entre 1833 y 1867. En ella, al margen de la secuencia cronológica, se intercalaron los dos volúmenes de la *Histoire de la Révolution française* (*Historia de la Revolución Francesa*) publicados entre 1847 y 1853. Si bien no siguió la carrera de estadista, el compromiso político de Michelet fue inequívoco. Las lecciones que impartía en el Collège de France fueron suspendidas por orden del ministro Guizot, hasta entonces su valedor y predecesor en la cátedra. No dejaba de ser una doble ironía porque las lecciones que el propio Guizot había dictado desde aquella misma cátedra fueron también suspendidas por orden del gobierno durante la etapa de la Restauración. Bajo el Segundo imperio, Michelet perdió definitivamente la cátedra y su cargo en los Archivos Nacionales que Guizot le había procurado, y se retiró a su exilio de Bretaña, donde prosiguió con su trabajo en los archivos locales al tiempo que continuaba escribiendo su historia y otras obras de gran idiosincrasia.

Antes de que escribiera sobre la Revolución Francesa, Michelet era conocido y admirado por los volúmenes que había escrito en su *Histoire de France* (*Historia de Francia*) dedicados a la Edad Media. El conjunto

de la obra de Michelet es profundamente personal y emotivo, aunque merece la pena destacar una primera influencia de índole intelectual. En 1827, tradujo *La Scienza Nouva** que el pensador napolitano Giambattista Vico había escrito a principios del siglo XVIII y publicado en 1725. No ha sido nunca una tarea fácil aquilatar la influencia que Vico ejerció en el pensamiento alemán de fines del siglo XVIII y, en especial, en una de sus figuras más destacadas, Johann Gottfried Herder, con quien tenía muchas cosas en común y cuyo pensamiento también había causado honda impresión en Michelet. Ello no obstante, la influencia de Vico en Michelet resulta clara. Para Vico la cultura era el producto colectivo de todos los pueblos. La mitología, en concreto, daba la clave para interpretar la mentalidad de las primeras naciones en las que los hombres eran por su naturaleza poetas (352). A través de ella se puede reseguir «la historia de las ideas, las costumbres y los actos de valor del género humano» (368) porque era «la manera de pensar de naciones enteras» (816). Estas naciones, al carecer de la capacidad de formar conceptos abstractos, daban expresión a sus ideas a través de personificaciones (209). A falta de la facultad que les permitiera abstraer, tenían una percepción mucho más intensa, lo que permitía dar cuenta de su sublime mentalidad poética (819). De este modo Vico establece lo que más adelante pasó a ser casi un conjunto de lugares comunes que, sin duda, Michelet suscribió, a saber un conjunto de antitesis no sólo entre tiempos antiguos y modernos sino entre la mentalidad popular y la culta, en la que la primera es poética y sensible y la segunda metafísica y abstracta. El romanticismo populista vigente en Francia durante las décadas de 1830 y 1840, y en el que Michelet se halla inmerso, simpatizaba a fondo con estas ideas, pero en el caso del historiador, la influencia de Vico fue directa. *La Histoire de France*, con su acento en la vida, las experiencias, los pensamientos y sentimientos del pueblo francés, a veces ha sido interpretada como una sólida y descomunal plasmación de las ideas de Vico. El estilo y las actitudes de Michelet como escritor eran, como tendremos oportunidad de ver, declamatorias y exclamativa al modo romántico en boga, aunque llevadas, al igual que sucedía en Carlyle, hasta extremos idiosincrásicos, de un modo que hoy resulta obsoleto. En cambio, las maneras que tiene de centrar la atención como historiador y su pasión por la recreación imaginativa —solía de-

* El título en francés fue *Principes de la philosophie de l'histoire traduits de la «Scienza nuova» de J. B. Vico et précédés d'un Discours sur le système et la vie de l'auteur*, par Jules Michelet, impreso por J. Renouard en París, 1827.

nominar al acto de escribir historia «resurrección»— encuentra eco en los intereses de los historiadores franceses actuales.

En un sentido, aquel imperativo de obrar a través de la escritura la resurrección del pasado sumado a su interés por la mentalidad popular, eclipsaron otras preferencias personales. Michelet era el heredero del anticlericalismo de la Ilustración y de la Revolución Francesa, pero los volúmenes dedicados a la Edad Media de su historia fueron admirados por la derecha católica. El tratamiento que hizo de la figura de Juana de Arco —a la que consideraba la encarnación de la conciencia de la identidad de Francia como nación— fue en particular objeto de amplio elogio. La historia de Michelet tenía una textura densa y espesa así como dramática. Trabajó con asiduidad en los Archivos Nacionales, a los que tenía amplio accesogracias al cargo que desempeñaba en la institución. Considerado el «Victor Hugo de la historia» y comparado por Hippolyte Taine con el pintor Delacroix, la identificación de Michelet con Francia y su pueblo era tan íntima que consideraba la *Histoire* su autobiografía espiritual: «Es a través de sus pesares personales cómo el historiador siente y reproduce los pesares de las naciones». Se alegraba de que, en su vocación, Dios le hubiera dado en la «historia el medio de participar en todo».

El hecho de que se centrara en la Revolución Francesa, un giro prematuro si nos atenemos al plan general que ordenaba su *Histoire*, se debe, sin embargo, a su anticlericalismo republicano y, en especial, a su hostilidad hacia la continuada influencia de los jesuitas en la educación francesa. Asimismo se dedicó a explorar lo que consideraba sus raíces y resucitar los primeros pasos de su vida en una breve monografía titulada *Le peuple* (*El pueblo*) que publicó en 1846. En el prefacio dedicado a su amigo Edgar Quinet, otro historiador de la Revolución, loaba sus orígenes artesanales. Su padre, un impresor sin éxito, procedía del estrato de población cuyos miembros sobre todo habían engrosado las filas de la masa revolucionaria. Durante un tiempo, Michelet había trabajado para él, antes de que la escala educativa creada por la Revolución le abriera perspectivas más amplias. Si bien las guerras de libelos y panfletos durante la Revolución fueron como agua de mayo para el negocio familiar, con la censura napoleónica, en cambio, le fue francamente mal. Antes de escribir sobre la vida reciente y contemporánea del Pueblo (será preciso mantener siempre las mayúsculas), Michelet, como él mismo explica, tuvo que mezclarse y hablar con sus gentes, hacerles preguntas y escuchar lo que le decían. Pero asimismo comenta que halló su material principal en los recuerdos de su juventud

> Para conocer la vida el pueblo, sus trabajos, sus fatigas y sufrimientos, me bastaba con interrogar mis recuerdos. Pues, yo también, amigo mío, he trabajado con mis manos. Y el nombre genuino del hombre moderno, el de *trabajador*, lo merezco en más de un sentido. Antes de hacer libros los *compuse* materialmente y ensamblé letras antes de ensamblar ideas. Las tristezas del taller, no me son ajenas, ni el tedio de las largas jornadas...*

Al dirigir en 1847 su atención hacia la Revolución, Michelet consideraba que se adentraba en el logro histórico más asombroso del Pueblo, que era el héroe colectivo. Al igual que Carlyle, Michelet considera que la Revolución fue la épica de la Democracia. Las grandes figuras políticas individuales eran secundarias y si bien a veces el peso de la culpa recaía sobre ellas, el Pueblo como tal no podía equivocarse: en el período benévolo de la Revolución «el pueblo en su conjunto fue el actor, pero en el período de crueldad sólo lo fueron unos pocos individuos». En la primera crisis de la Revolución, entre el populacho «cada uno sentía de hora en hora la grandeza anidar en su pecho».

Existen considerables similitudes entre Michelet y Carlyle, lo cual hace que las diferencias sean instructivas. Ambos trabajaron de una manera por completo independiente, pero estuvieron sujetos a las mismas influencias culturales, y en sus respectivos temperamentos tenían también algunas semejanzas. Tanto el uno como el otro consideraban que la tarea del historiador era recrear y reconstituir, y ambos entregaron a ello su personalidad como autores, dirigiendo apóstrofes y exhortaciones, con una vehemencia que a veces rayaba la exaltación y casi el arrebato. Michelet decía «luché físicamente contra el clero y el Terror». Carlyle se lamentaba en voz alta de la factura que el escribir historia pasaba a sus nervios porque, como creyente que realizaba aquel esfuerzo, en solitario podía ser rotundamente quejumbroso. Al hablar de los actos de la masa, la lengua francesa permitió a Michelet utilizar el pronombre impersonal. A menudo habla utilizando el *«on»* y de este modo evita sucumbir tanto a los rigores del «yo» como a la indiferencia del «ellos». Carlyle, en cambio, a menudo utiliza *«we»*, el «nosotros». Michelet al hablar de sí mismo como narrador, afirma su propia presencia: «Me hallaba al pie de la Bastilla. Izaba en su torre la bandera inmortal». Ambos autores, sin embargo, eran concientes de que estaban forzando el lenguaje y que luchaban contra sus limitaciones. Carlyle, como hemos tenido ocasión de

* Jules Michelet, *Le peuple*, prefacio, *Oeuvres complètes*, vol. XI, p. [illegible]

ver, deseaba que el historiador tuviera un «centenar de lenguas», mientras Michelet anhelaba «un nuevo lenguaje, el lenguaje de un Rabelais serio y afectuoso». Como era de prever, ambos se sintieron atraídos por las mismas metáforas. Ambos hablan con aversión de lo «mecánico», que representa lo abstracto y desprovisto de alma. Ambos invocaron a los volcanes y describieron la formación del nuevo mundo revolucionario como «fermentación». En la descripción que hace de Danton, figura a la que tanto Michelet como Carlyle admiraron con matices, y del club de los *Cordeliers* [cordeleros] de Danton, rival del club de los *Jacobins* [jacobinos], Michelet apela a ambas imágenes. Debemos ver a los cordeleros, dice Michelet, «hirviendo y fermentando juntos en sus sesiones nocturnas en la base de su Etna». Danton, el rostro demacrado por los estragos causados por la viruela, es un ser espantoso pero sublime: «Su rostro casi sin ojos parece un volcán sin cráter, un volcán de lodo y fuego, dentro de cuya forja cerrada se oyen retumbar los conflictos de la naturaleza». Pero lodo y fuego fueron asimismo dos elementos que Carlyle invocaba a menudo, de modo que sin un recuerdo preciso y basándose sólo en la traducción, aun el lector más experto podría engañarse acerca del autor responsable de haber escrito la cita anterior.

Si bien Carlyle y Michelet eran además propensos a lo apocalíptico, en este punto empiezan a aflorar las diferencias. Las visiones de Michelet eran más dulces, tal vez al ser fruto de algún vestigio de su interpretación del filósofo y místico medieval, Joaquín de Fiore,* para quien la tercera edad del mundo iba a ser la de la libertad, el amor y la armonía. Las manifestaciones apocalípticas de Carlyle estaban tejidas con la hebra más dura y severa del Antiguo Testamento: conflagraciones que son a la vez castigos y flagelos de la ira de Dios. La sensibilidad de Carlyle era protestante y judaica, en tanto que la de Michelet tenía un toque de misticismo hindú. Nunca, por ejemplo, hubiera hablado de Dios como lo hizo Carlyle al llamarle «el severo todopoderoso». La naturaleza llega a adquirir en Michelet un cromatismo panteísta. Si bien, bajo la influencia de la metafísica alemana, a Carlyle le gustaba también hablar de la interrelación de todas las cosas, al igual que Karl Marx, concebía la naturaleza física como algo contra lo que el hombre debía luchar y arrancarle el sustento.

Queda espacio sólo para dos comparaciones concretas del tratamiento que Michelet y Carlyle hacen respectivamente de los episodios decisivos de la Revolución. El primero es el banquete que los monárquicos

* Véase más arriba p. 227.

celebran en Versalles para recibir a los oficiales del regimiento recién creado y leal a la Corona. Los rumores de aquel festín atizaron la indignación revolucionaria y los temores a una contrarrevolución en París que finalmente desembocaron en la marcha encabezada por las mujeres del mercado, hacia Versalles para traer de vuelta la familia real a la capital. Carlyle hace un tratamiento del episodio tan inusitadamente libre y sin empachos que es casi divertido. Los jóvenes se emborrachan y fanfarronean, haciendo y diciendo estupideces

> Y ahora supóngase terminada la parte sólida de se banquete y vaciada ya la primera botella. Supongamos los brindis acostumbrados, a la salud del Rey, a la salud de la Reina, entre vivas ensordecedores, omitiéndose o quizá rechazándose el brindis por la nación. Suponed las olas de champaña con discursos de bien comidos y bebidos en medio de músicas; las cabezas de chorlito, vacías y bullangueras, cada vez más huecas en su común alboroto... La Reina, que este día parece más triste que de costumbre —el Rey sentado, está cansado de la jornada de caza—, desliza que este espectáculo pude que la reanimara. ¡Vedla! Entra, pasando por las salas de recepción y aparece como la Luna, libre de nubes, bella y desdichada Reina de Corazones. Su real esposo está a su lado y lleva al delfín en brazos. Baja de sus aposentos entre esplendores y aclamaciones, pasa por detrás de las mesas, graciosamente escoltada, haciendo graciosamente saludos; sus ojos se muestran angustiados y, sin embargo, se ve en ellos el reconocimiento y la audacia con la esperanza de Francia en su seno maternal. Y ahora que la música militar toca a gran orquesta: *Ô Richard! Ô mon roi! L'Univers t'abandonne!** ¿Cómo no han de sentirse exaltados los corazones hasta el mayor grado de compasión de eutusiasta lealtad? ¿Cómo los jóvenes oficiales de cabeza hueca iban a hacer otra cosa que testimoniar el estado tormentoso y el vacío de su espíritu por los juramentos prestados sobre las escarapelas blancas que les distribuyen bellas manos y sobre las espadas que ha blandido en honor de la Reina? Después vienen los insultos a la escarapela nacional pisoteada; se incomunican los gabinetes de donde podrían venir murmullos de intrusión; gritos, bailes, furia y locura en la sala y fuera de ella, hasta que el champaña y el baile hayan hecho su efecto y todos yazcan dormidos, callados, soñando pasivamente con hechos heroicos y recompensas militares.**

* «¡Oh Ricardo! ¡Oh mi rey! ¡El universo te abandona!»

** Thomas Carlyle, *History of French Revolution* vol I, *Bastille* (*Bastilla*), libro VII, *The insurrection of women* (*La insurrección de las mujeres*), cap. II «*O Richard, o my king!*» («*¡Oh Ricardo!, ¡oh mi rey!*»), trad. cast. de Miguel de Unamuno, pp. 314-315.

El comentario de Carlyle es atípicamente indulgente: «Era tan natural y, sin embargo, tan imprudente».*

Michelet, en cambio, trata el episodio con una enorme seriedad y lo considera un atropello. El acontecimiento en su conjunto, y la narración que de él hace, es de una intensidad febril, irracional y casi diabólica, así como operística. Los oficiales no sólo están bebidos sino deslumbrados y desorientados cuando el Rey y la Reina entran en el Teatro Real, «donde los palcos, cubiertos con vidrios azogados reflejan un derroche de luz en todas direcciones». Los oficiales se arrancan sus escarapelas de cintas rojas y blancas y azuladas, la nueva divisa nacional, y las pisotean. Michelet fue siempre sensible al simbolismo, y el mismo lo emplea: en la *Histoire de France*, los ingleses, al sacrificar a Juana la doncella de Orleáns, «creían que desfloraban a Francia». En Versalles,

> la música continuaba, cada vez más apasionada, ardiente, interpretando la marcha de los ulanos, y cuando interpretan la carga tártara ... todos se levantan buscando al enemigo ... Y al no ver a enemigo alguno, escalan los palcos. Salen en tropel a la *Cour de Marbre* ... El arrebato enajenado de aquella insensata bacanal parecía que se había adueñado de toda la corte.**

Las diferencias aparecen de una manera más marcada, sin embargo, en el tratamiento que Michelet da a la primera «fiesta de la Federación», el 14 de julio de 1790, el aniversario de la toma de la Bastilla. La versión de Carlyle es ante todo irónica: las profesiones de fe de buena voluntad universal están a punto de dar paso a las masacres y a la guillotina. Pero, en todo caso, el género humano no persevera por mucho tiempo en la fraternidad. Si bien Carlyle reconoce que el movimiento de la Federación empezó de manera espontánea en las provincias y llegó a levantar el entusiasmo popular en toda Francia, lo trata como una suerte de embriaguez contagiosa y la más grande las fiestas organizadas, en el Campo de Marte de París, resulta manifiestamente artificial y orquestada, lo que no hay duda que así fue. A los ojos de Carlye, aquella buena nueva era tan sólo sentimental: tenía, como hemos visto, un resentimiento presbiteriano hacia todo lo que fuera ritual, aunque podía mostrarse indulgente con la violencia espontánea (como en el caso de la Reforma escocesa).

* *Ibid.*

** J. Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, vol. I, libro II, cap. VII.

En cambio, para Michelet, la Federación es el punto culminante de su historia y de la conciencia nacional francesa, y señalaba el camino hacia un futuro mejor. En cierta ocasión dijo que escribir sobre aquel acontecimiento marcó uno de los grandes momentos de su vida. La descripción que hace tiene un elemento ominoso: en el momento sacramental, el juramente de la fraternidad, el arisco porte de la familia real pone una nota discordante. La ironía, no obstante, se halla prácticamente ausente. Aunque Michelet pasará a deplorar el contraste de su aciago futuro. El momento de la Federación fue la época sagrada en la que toda la nación «marchó bajo una sola bandera fraternal». Compara las marchas hacia París con las de los participantes de toda Francia en las Cruzadas: «¿Qué Jerusalén atrae así a toda una nación? ... El Jerusalén de los corazones, la sagrada unidad de la Fraternidad, la gran ciudad viva formada por los hombres...». Y su nombre es *patria*. En el juramento en el campo de Marte,

> Doscientos músicos tocaban sin que apenas les oyeran, pero se hizo un silencio: cuarenta piezas de artillería hicieron temblar la tierra. Al oír aquel estallido de la pólvora todos se levantan, todos señalan con la mano el cielo ... ¡Oh rey! Oh pueblo! Aguardad ... El cielo escucha, el sol se abre paso por casualidad a través de una nnbe ... Tened cuidado con vuestros juramentos. ¡Ah con que corazón jura este pueblo! ¡Ah qué crédulo que es aún! ... ¿Por qué el rey entonces no le concede la felicidad de verle jurar en el altar? ¿Por qué jura a cubierto, a la sombra, medio oculto? Sir, por la gracia de Dios, levantad vuestra man● de modo que todos puedan verla.*

Transcurrido un cuarto de siglo, Hippolyte Taine ofrecía su propia versión del juramento de la Federación y de la propia revolución, en su *Histoire de la Révolution française* (*Historia de la Revolución Francesa*) que formaba la segunda parte de una obra más amplia titulada *Les origines de la France contémporaine* (*Los orígenes de la Francia contemporánea*), que fue publica entre 1875 y 1895. La explicación que Taine hace de la Revolución es casi en todos los sentidos lo opuesto de la de Michelet. El contraste entre los dos sugiere que es mejor considerarlo arquetípico. Para lord Acton ambas obras estaban tan emparejadas que la lectura de las dos marcaba una época en la vida de quien las leía: «Nadie siente la grandeza de la Revolución hasta que lee a Michelet ni el ho-

* J. Michelet, *op. cit.*, libro III, cap. XII.

rror que causó sin leer a Taine». Georges Rudé, el analista moderno de la composición de la masa revolucionaria, distinguía entre los historiadores que, al tratar de la masa, seguían las tradiciones instauradas respectivamente por Taine y Michelet, y pasaban a denominarla en consonancia como «pueblo» o «populacho». Si bien Rudé se muestra muy crítico con el uso que Taine hizo de las fuentes documentales para caracterizar la composición de la masa, el hecho de que expusiera su propia versión, tres cuartos de siglo después, en la forma de una polémica con Taine no deja de ser un claro homenaje. La investigación llevada a cabo fue rigurosa, aunque no fue lo suficientemente crítica con los documentos en los que sustentaba su argumentación, y su retórica tiene una imperecedera capacidad de impresionar y despertar la inquietud. Allí donde Michelet consideraba que la esencia de la Revolución, el papel del pueblo era benigno, fraternal y ejemplar, y echaba la culpa de sus horrores sólo a aquellos que rechazaron el abrazo fraternal, Taine consideraba que la Revolución fue desde su comienzo un fenómeno social patológico. El pueblo, en forma de turba, liberado del comedimiento y la circunspección normales, se convirtió en una masa irracional, no sujeta a control alguno y muy peligrosa. Taine escribió a la sombra de la Comuna de París en 1871, que revivió los recuerdos de los excesos —y para algunos el heroísmo— de la revolución de 1789, y ello se hace patente.

Taine consideró de manera similar a los dirigentes revolucionarios como individuos fuera de control, obnubilados por ideas generales que les inspiraban un exceso de confianza que la inexperiencia política no hizo más que exacerbar. Prácticamente el único punto que las actitudes de Michelet y Taine compartían era que ninguno de ellos estaba en absoluto dispuesto a idealizar, como algunos habían hecho, el liderazgo constitucionalista anglófilo y, en especial, el de Mirabeau, en la primera etapa de la Revolución. Sin embargo las razones de uno y otro para no hacerlo eran distintas. Michelet, republicano de clara convicción anglófoba, no tenía ninguna simpatía hacia la monarquía constitucional y la política de término medio (*juste milieu*), en tanto que Taine negaba que en algún momento la Revolución hubiera sido algo más que insensata y temerariamente utópica. En concreto, Taine sostuvo que a partir del mes julio de 1789, cuando la Asamblea utilizó al pueblo como sus tropas de asalto y aceptó que se distribuyeran armas entre la población, la Revolución quedó encauzada en un curso predeterminado.

Taine era un constitucionalista liberal, atraído lógicamente por la Monarquía de Julio, que acabó el mismo año que, con veinte años, entró

en la École Normale Superièure de París. Lector de las obras de Macaulay como fuente de saber político, Taine envidiaba la estabilidad constitucional de Inglaterra así como su clase gobernante responsable y experta. No tomó parte en la Revolución de 1848 en la que destacaron los estudiantes e hizo de manera consciente de la «ciencia», muy alejada de la lucha política, su vocación. Liberal convencido creía firmemente en la liberad de pensamiento y de expresión. Sospechoso a los ojos del clero que tan influyente fue en materia de enseñanza durante la II República, pese a sus méritos y brillante expediente académico fue obligado a marchar a una especie de exilio en provincias durante un tiempo. En la década de 1860, sus escritos sobre cultura, arte y psicología le hicieron merecedor de fama y prestigio, y entre las décadas de 1860 y 1880, se convirtió en una figura dominante en la vida intelectual francesa.

Taine defendió, sobre todo, un enfoque científico —término que a menudo para él significaba psicológico— de las cuestiones del arte, la literatura y el carácter nacional, un tema que revestía especial interés. En biología, fue un seguidor entre otras de las ideas de Jean Baptiste Lamarck acerca de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, y su «*race, milieu, moment*», eslogan destinado a facilitar un marco para la explicación de todos los fenómenos culturales y psicologías colectiva, podría traducirse más o menos como «herencia, circunstancias y época». Creía que cada medio cultural y época tenía su idea o disposición maestra que determina todas sus manifestaciones, aunque la mentalidad francesa del siglo XVIII, que a su entender había proporcionado el motor de la Revolución, se caracterizaba por una confianza primordial y absoluta. Para Taine aquella confianza, ilustrada ante todo por Jean-Jacques Rousseau, tuvo como resultado la aplicación de ideas abstractas simples de racionalidad universal (el *ésprit classique* expresado durante la Revolución en la idea de soberanía popular y encarnado en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano).

Pero hasta la década de 1870, mientras Taine se comportaba con altivez intelectual hacia el gobierno y el pueblo, sus intereses se dirigían sobre todo a la psicología. *De l'Intelligence* (*La Inteligencia*),* ensayo publicado en 1870, fue considerada su obra maestra, el resultado de años de estudio que incluyeron la presencia en disecciones y la observación de los enfermos mentales. Esta obra abría una concepción de la mente que, de un modo más bien vacilante, trataba de combinar la filosofía de la mente

* *La inteligencia*, Biblioteca científico-filosófica, Ambrosio Pérez, Madrid, 1904.

con la neurología, y en la que se prescindía de la idea de un ego estable. La locura estaba más cerca de la superficie del espíritu humano de lo que los optimistas creían. La psicología de Taine, como se percibe, tenía una clara orientación hacia lo patológico.

Taine explícitamente entendía que su obra dedicada al estudio de la cultura y del carácter nacional, y más tarde de la historia de Francia, era psicología aplicada, de modo que es importante captar el perfil de su punto de vista característico y diferenciador. Taine consideraba la Revolución como aquello que marcó el comienzo de una enfermedad que Francia aún padecía y que en una carta comparó con los efectos a largo plazo causados por la sífilis. Con su teoría psicológica establecida y la III República inaugurada, en *Les Origines de la France Contémporaine* (*Los orígenes de la Francia contemporánea*) Taine, impelido por una reacción de consternado horror ante la Comuna, se propuso examinar paso a paso su patología y de manera particular en los volúmenes dedicados a la Revolución.

La teoría psicológica de Taine era una modificación de aquella tradición en la filosofía del espíritu que a veces denominamos empirista aunque quizá es más conveniente caracterizar como sensualista. Nuestro conocimiento del mundo se origina en las sensaciones, que la mente combina como imágenes que permanecen en la mente después de que cese el *input* sensorial que las ha causado. Por ello, en cierto sentido se trata de ilusiones y, en un estado de sensata cordura, sabemos que lo son. Taine las denomina «verdaderas alucinaciones». Pero dado que la mente alberga sólo sus propias imágenes, la línea que separa aquellas que continúan transportando información útil, y que son confirmadas por las sensaciones actuales, y las que simplemente, por decirlo así, flotan libremente, es preocupantemente poco clara y definida. Las imágenes se disputan la atención en la mente, y Taine utiliza una analogía explícitamente darwinista para caracterizar esa «competencia». A veces, animadas por ciertas reacciones de memoria o emocionales, sobre todo si se dan en estados de ensoñación o de mucha excitación, aquellas imágenes que han dejado de ser confirmadas como reales por las sensaciones, son activadas y llegan a dominarlo todo.

La capitulación ante la irrealidad es de dos tipos opuestos. (Esta línea de pensamiento fue desarrollada de una forma más completa por el amigo y discípulo de Taine, Théodule Ribot.) Por un lado hay un revoltijo de imágenes, ninguna de las cuales está fija ni relacionada con otras, ese es el estado de confusión mental, que avanza hacia la inestabilidad y con el

tiempo el delirio. Del otro lado está la posibilidad de que una imagen, quizá bastante inadecuada, llegue a fijarse, suplante a todas las demás y llegue a ser incorregible. Esta es la *idée fixe*, la idea fija y el estado que produce es la obsesión o monomanía. (Existe una analogía evidente con la oposición entre anarquía y despotismo.) El aplomo mental que puede corregir y controlar las imágenes alucinatorias y caminar por la cuerda floja entre el delirio y la obsesión es precario. La pérdida de adherencia a la realidad —demencia— siempre esta a punto de producirse. Taine consideraba la Revolución Francesa una demencia colectiva. La distinción entre los dos tipos corresponde ampliamente a la que diferencia a la masa y los dirigentes. En privado comentaba que desde 1789 Francia había caído en el infantilismo o la locura.

Puede que la explicación que Taine hizo de la Revolnción hubiera sido decisivamente modelada por la teoría —o, si se prefiere, por el prejuicio— pero era también el producto de una investigación exhaustiva y muy documentada, aunque se pueda objetar que no siempre fue todo lo crítica que debía. En la década de 1790, Francia quedó atenazada por una *idée fixe*: la idea de la soberanía del pueblo plasmada en el *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau y en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.* Esta idea fue fanáticamente divulgada por algunos, que la emplearon para manipular o coaccionar a otros, que debieron someterse a ella so pena de destierro o aun de muerte. Aquella idea había envenenado las mentes de los dirigentes revolucionarios. La turba revolucionaria, sin especiales facultades críticas, quedó obnubilada por el contagio del entusiasmo y la excitación mutuos que generaba el hecho de saberse tantos, y sólo la guiaban la necesidad, el miedo y el odio.** (La obra de Taine fue la precursora de estudios posteriores sobre la psicología y del comportamiento de las masas, en especial del ya clásico *La psychologie des foules**** que Gustave Le Bon publicó en 1895 en cuyas páginas las ideas de Taine se aplican y desarrollan.) Y los elementos del populacho, Taine hace hincapié en ello, también son sobornados.

* H. Taine, *Les origines de la France contémporaine*, vol. 3, Hachette, París, 1904, *La Révolution fraçaise*, I.IV.III; VI.I.I.

** Taine, *op. cit.*, I.IV.V.

*** Traducida al inglés con el título *The Crowd. A Study of popular mind*. En castellano se publicó en 1903 con el título *Psicología de las multitudes* en la Biblioteca científico-filosófica.

La aparente soberanía política, la Asamblea y más tarde la Convención Nacional, se hallan en realidad a merced del populacho y de los clubes políticos como los jacobinos desde los que los dirigentes revolucionarios divulgan y hacen manifiestas sus demandas. La Asamblea misma es prácticamente como una multitud (Le Bon también recalca este hecho), en constante estado de barullo y alborotadora confusión, fácil de distraer y enajenar, haciendo de sus debates una mera exposición de consignas, que buscan el aplauso de las galerías llenas de espectadores que, como representan la soberanía del pueblo, se muestran incorregibles. Espectadores que se suman al barullo, intimidan a quienes manifiestan públicamente opiniones impopulares y son de hecho participantes más que espectadores.* En tales circunstancias no es extraño que la Asamblea sea proclive a repentinos accesos de entusiasmo poco meditado cuyo resultado último es la promulgación de leyes apresuradas y confusas. La exaltación desmedida se convierte en una especie de droga y la Asamblea deja de ser un lugar para la discusión mesurada de los asuntos y se convierte en una especie de teatro de la ópera patriótica.** Los hombres con experiencia los *intenants* (gobernadores) de las provincias de Francia, los miembros de los *parlamentos* locales, las autoridades eclesiásticas de las grandes diócesis, son por regla general excluidos.*** El desmedido orgullo que en la inexperiencia engendran las ideas a priori no conoce barreras. También prosperan la desconfianza y el recelo, y se alienta la denuncia. (Taine siempre habla como si cualquier trama o conspiración contrarrevolucionarios fueran simples fantasías.) El miedo y la teoría son los «malos consejeros» de la Asamblea. Las ideas abstractas y el engreimiento entre los dirigentes, la necesidad del tumulto y el derramamiento de sangre se alimentan unos de otros. El gobierno abre paso a un despotismo intermitente, para facciones impulsadas ciegamente por el entusiasmo, la credulidad, el sufrimiento y el temor.**** De ahora en adelante, más allá del Rey «inerte y desarmado», más allá de la Asamblea, se percibe

> al monarca verdadero, el pueblo, es decir, la aglomeración (*attroupement*) de cien, mil o diez mil individuos agolpados al azar, por una moción, por

* H. Taine, *op. cit.*, II.I.I.
** H. Taine, *op. cit.*, III.I.I.
*** H. Taine, *op. cit.*, III.II.III.
**** H. Taine, *op. cit.*, I.II.VI.

una voz de alarma, y de pronto, irresistiblemente, legisladores, jueces y verdugos … Poder formidable, destructivo e impreciso, sobre la que ninguna mano tiene ascendencia y que, con su madre, la Libertad vocinglera y monstruosa, toma asiento en el seno de la Revolución como los dos espectros de Milton en las puertas del Infierno.*

Michelet, tal como hemos visto, tenía una fuerte simpatía por lo que podemos denominar los elementos populares de la Revolución de 1789: los bailes, las canciones, los comediantes en las calles y el carnaval. Taine, como era de esperar, considera estos elementos ominosos así como orgiásticos y patológicos. El juramento de la Federación celebrado el 4 de julio de 1790 en París y los arrebatos de entusiasmo federativo en toda Francia que lo precedieron son a los ojos de Taine delirios masivos: «Nunca se ha hecho tanto para enajenar todos los sentidos, para hacer vibrar la máquina nerviosa más allá de lo que es capaz de resistir … En este estado de exaltación no se distingue ya la afectación de la sinceridad, lo verdadero de lo falso, la palabra de la acción». Toda una nación perdía contacto con la realidad en una suerte de delirio que se confunde con la fraternidad. Pero también hay manipulación, aunque no se reconozca como tal. Los niños pequeños de nueve años, declaman oraciones patrióticas: «A nadie se le ocurre que son como muñecos» a los que las palabras les son puestas en la boca. Pero la gente sigue siendo tal como era: evitan pagar sus deudas, si tienen oportunidad ponen sus manos en lo que es propiedad pública, «en todas partes hay filantropía en las palabras y simetría en las leyes; en todas partes hay violencia en los actos y desorden en todo».** Taine no establece el paralelismo, pero el lector de Tucídides difícilmente pasará por alto la similitud con la anarquía y el fanatismo político de Corcira, donde las palabras pierden o trastocan sus significados, y en la exposición que Taine hace del Terror se perciben los ecos de la descripción que Tácito hace del ojo omnipotente y receloso del déspota y de las miserias de las proscripciones romanas.*** Allí donde Michelet veía en 1790 una nación en proceso de formación, Taine vio una sociedad en estado de desintegración.

A menudo Taine no narra acontecimientos, sino que más bien hace sondeos del estado de la sociedad francesa, de los agentes y quienes su-

* H. Taine, *op. cit.*, I.II.VIII.

** H. Taine, *op. cit.*, II.I.I.

*** Véanse más arriba pp. 112, 153.

fren sus actos, a lo largo de todo el espectro social e institucional: en la Asamblea y en la Convención; en la psicología de los dirigentes, y en los clubes políticos que aportan las bases en las que se sustenta su poder; en el populacho parisino, en la Comuna de París y sus secciones; en los tribunales revolucionarios y en sus víctimas; y en las provincias adonde se desplazan los representantes del gobierno, los temidos *representants en mission*, enviados desde París con poderes despóticos para hacer cumplir la voluntad del gobierno y a menudo la suya propia. En lugar de una narración, aunque hay muchas anécdotas interpoladas, Taine presenta una acumulación constante de pruebas, sacadas de documentos, de observadores, de los comentarios citados de los principales actores políticos, y de memorias. No escribe una narración sino que más bien compila pruebas para una acusación que presenta tanto con la debida importancia y habilidad como con vehemencia.

El tiempo y la energía exigidos por «la «ciudadanía activa» tienden a hacer que, según afirma Taine, hagan acto de presencia los peores elementos de la población, aquellos que tienen tanto tiempo como energías de sobra y el impulso de agitar y dominar. Controlan la política de las unidades de pequeña escala, las secciones. «La política se convierte en una profesión». La capital era más febril que las provincias, las ciudades más que los pueblos y aldeas. Taine propone aquí el símil de un absceso. La inocencia de la legislación producida por la Asamblea, sin posibilidad de revisión por parte del poder judicial, queda en manos de los dirigentes locales, que la interpretan y la ponen o no en práctica, según su parecer.* El club político se convierte en «el paladín, el juez, el intérprete y el administrador de los derechos del hombres».**

El Libro IV nos presenta el análisis que hace Taine de la psicología y la táctica de los jacobinos, en lo fundamental se trata de una interpretación de lo que ya ha expuesto al tratar de la mentalidad revolucionaria. A veces la ilustra en analogía con los puritanos. El revolucionario es una antinomia característica, convencido de su rectitud, sin contacto con la realidad. Se considera como ejecutor legítimo de la voluntad común. «Marchará con seguridad en el cortejo que le forma este pueblo imaginario, los millones de voluntades metafísicas que ha fabricado a imagen y semejanza de la suya propia, le apoyarán con su unánime asentimiento y proyectará en el exterior como un coro de aclamaciones

* H. Taine, *op. cit.*, II.III.IV.
** H. Taine, *op. cit.*, II.III.V.

triunfales, el eco interior de su propia voz.»* De ahí que sea un caso patológico. «Ese hombre es un poseído. Algo que no es él, un parásito monstruoso, un pensamiento extraño y desproporcionado vive en él, se desarrolla en su interior y engendra caprichos y antojos perjudiciales y maléficos que lleva en gestado.»** El vínculo con la argumentación desplegada en *La inteligencia* resulta particularmente evidente aquí.

En los tres libros siguientes, Taine pasará a examinar por extenso cómo se estableció y ejerció el poder de los jacobinos. Dedica el libro VIII a los «gobernados», nobles, clero, burguesía y populacho, y cómo les fue durante la Revolución. La historia de Taine termina con la llegada de Bonaparte. La dictadura jacobina no podía durar porque carecía de la característica esencial de una sociedad política, el respeto mutuo, particularmente entre gobernantes y gobernados, y por tanto era incapaz de instaurar la confianza y la seguridad mutuad. En la sociedad civil francesa de 1797, «no había nadie entre los tres mil legisladores que había ocupado un escaño en las asambleas soberanas que pudiera contar con la deferencia y la lealtad de un centenar de franceses». En el ejército, sin embargo —la «Francia militar»—, era distinto.*** Taine hizo caso omiso ampliamente de las guerras en las fronteras: siempre habla del liderazgo revolucionario como autónomo, guiado de manera determinista por su propia vanidad y obsesión, haciendo caso omiso de las presiones a las que los dirigentes revolucionarios estaban sujetos. La acusación que presenta tiene una fuerza inmensa, pero adolece de las debilidades de una demostración determinista.

Ahora bien, las fronteras y el ejército que las había tomado y expandió, se hicieron relevantes. No era sólo un asunto de disciplina. En el ejército habían surgido la dependencia mutua, el respeto y la simpatía. De ahí que el ejército fuera una sociedad y que, con su consentimiento, su comandante pudiera ejercer el poder, en tanto que la «Francia civil» le recibirá como su libertador y restaurador. El resultado es un despotismo. La Revolución no había dejado alternativa a aquella omnipotencia del Estado hacia la que había tendido, aunque de manera incoherente desde un principio. Del caos revolucionario quedó la omnipresencia del gobierno como resultado de «la ausencia de iniciativa local

* H. Taine, *op. cit.*, IV.I.III.

** H. Taine, *op. cit.*, la referencia de 1807 corresponde la segunda edición editada por Armand Collin, la primera según la Británica es 1901.

*** H. Taine, *op. cit.*, IX.I.X.

y privada, de la suspensión de las asociaciones libres y voluntarias, la dispersión gradual de los grupos pequeños y espontáneos, la prohibición preventiva de cargos hereditarios de larga duración, la extinción de sentimientos a través de los que el individuo vive más allá de sí mismo en el pasado o en el futuro».* A partir de este pasaje se podría decir que Taine admiraba a Burke y a Tocqueville. Para hablar del estado de Francia utiliza la metáfora de los barracones: limpios, bien construidos, simétricos y «mejor adaptados a la disciplina del término medio y los elementos más bajos de la naturaleza humana ... En estos barracones filosóficos hemos vivido durante ochenta años».

La obra de Taine, como cabía esperar fue objeto de fuertes críticas por su determinismo monocausal, sus simplificaciones, la indulgencia hacía fuentes discutibles que convenían a su exposición. Una de las críticas más persistentes fue la vertida en el libro *Taine, historien de la Révolution française* que, en 1901, publicó François Victor Adolphe Aulard, quien en 1886 había sido nombrado titular de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa recién fundada en la Sorbona con el patrocinio del Consejo Municipal de París. Aulard, al anunciar sus credenciales, se presentaba como un «hijo respetuoso y agradecido de la Revolución que ha emancipado la humanidad y a la ciencia» y afirmaba que para comprender la revolución era obligado amarla. Las actitudes de Aulard no eran muy distintas de las de Michelet, aunque su estilo fue mucho más sobrio, si bien sería más adecuado empelar el adjetivo «soso». Como Michelet consideró que el Pueblo era el héroe de la Revolución, aunque insistía en que la conducta de los dirigentes revolucionarios debía juzgarse a la luz de las circunstancias en que vivieron y los miedos razonables que aquéllas engendraron. Asimismo parecía que en gran medida contribuyó a justificar el Terror al sostener que era necesario para la supervivencia y la preservación de los triunfos alcanzados por la Revolución, un argumento que otros, más tarde, aplicarían también a Stalin.

Puede que la valoración de Taine mejore aunque sea mediante un enfoque a posteriori, si tomamos en cuenta los rasgos más nefastos de la historia del siglo XX. Taine, admitámoslo, exagera y su obra dista mucho y no aspira a lo que iba a ser el idea de una historia desinteresada, pero lo mismo sucede con todos los demás historiadores de la Revolución durante aquel período. Sin embargo, cuando se descuentan la exageración,

* H. Taine, *op. cit.*, IX.I.X.

la visión monocular de Taine y sus obsesiones con Rousseau y los efectos del *ésprit classique,* lo cierto es que aquella acusación sigue siendo extraordinaria además de *tour de force* retórico y un potente psicodrama. El hecho que aceptara algunas fuentes que eran poco fiables no invalida en absoluto las demás. En la década de 1870, Taine describió la aparición de las características que, en el siglo xx, llegaron a denominarse «totalitarias».

[illegible]

[illegible] de los [illegible] de los burgueses, bien con [illegible] [illegible] y [illegible] adaptados a [illegible] del término medio y los elementos más bajos de la naturaleza humana... En estos barracones filosóficos hemos vivido durante [illegible] años».

El caso de Taine, como cabía esperar fue objeto de fuertes críticas por su [illegible] conceptual, sus simplificaciones, la indulgencia hacia [illegible] que convenían a su exposición. Uno de los [illegible] fue la vertida en el libro *Taine, historien de la Révolution française*, que, en 1907, publicó François Victor Alphonse Aulard, quien en 1886 había sido nombrado titular de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa recién fundada en la Sorbona con el patrocinio del Consejo Municipal de París. Aulard, al [illegible] sus credenciales, se presentaba como un [illegible] respetuoso y agradecido de la Revolución que ha emancipado la humanidad y a la ciencia y afirmaba que para comprender la revolución era obligado amarla. Las actitudes de Aulard no eran muy distintas de las de Michelet, aunque su estilo fue mucho más sobrio, si bien sería más adecuado emplear el adjetivo somero. Como Michelet consideró que el Pueblo era el héroe de la Revolución aunque insistía en que la conducta de los dirigentes revolucionarios debía juzgarse a la luz de las circunstancias en que vivieron y los medios razonables que aquéllas engendraron. Asimismo parecía que en gran medida contribuyó a justificar el Terror al sostener que era necesario para la supervivencia y la preservación de los objetivos alcanzados por la Revolución, un argumento que otros, más tarde, aplicarían también a Stalin.

Puede que la valoración de Taine [illegible] aunque sea mediante un [illegible] [illegible], el [illegible] en cuenta los rasgos más nefastos de la [illegible] [illegible], simplificando, exagera y su obra [illegible] mucho [illegible] a lo que [illegible] el área de una historia desinteresada, pero [illegible] con todos los demás historiadores de la Revolución durante aquel período. Sin embargo, cuando se desconecta la exageración,

[illegible] Taine, *op. cit.*, [illegible]

23

LA HISTORIA COMO RELATO DE LIBERTAD: LIBERTAD CONSTITUCIONAL Y AUTONOMÍA INDIVIDUAL

«Historia constitucional» de Stubbs: del municipio al Parlamento

«No tenemos ningún otro hilo con el que deslizarnos por la enorme e intrincada complejidad de la política moderna, salvo con la idea de progreso hacia una libertad más perfecta y segura», dijo, en 1895, a sus estudiantes lord Acton, por entonces recién nombrado titular de la cátedra Regius de historia en Cambridge. De haber añadido «historia» a «política» muchos historiadores del siglo XIX en diversos países europeos hubieran estado de acuerdo con lo que decía. François Guizot (1787-1874), por ejemplo, el historiador constitucional más grande de Francia en el siglo XIX, dedicó en la década de 1829 a este tema su tesis doctoral en la Sorbona que fue publicada bajo el título de *Histoire de la civilization en Europe* en 1828 y traducida al inglés en 1846.* En aquellas páginas sostenía que si bien otras civilizaciones habían sido teocráticas, despóticas, democráticas o reguladas por castas, en Europa ningún principio había prevalecido nunca por encima de los demás. El dinamismo de Europa era el resultado de la libertad y la diversidad que ella había preservado, una consecuencia de la multiplicidad de influencias —romanos, cris-

* El título completo sería *Histoire de la civilization en Europe depuis de la chute de l'empire romain jusqu'à la Révolution française*, obra que fue traducida al castellano por Francisco Oliveras i Gasarri y publicada en Barcelona en 1839.

tianismo y pueblos bárbaros— que habían dado forma a la civilización europea.

La importancia de Roma y la herencia del republicanismo cívico que en el mundo antiguo había defendido la libertad era una cuestión debatible. Sobre todo en Gran Bretaña, era habitual resaltar que la antigua ciudad-estado, era algo en esencia arcaico y por consiguiente un modelo inapropiado para el mundo moderno, cuyos peligros habían sido puestos de manifiesto por el entusiasmo que llegó a suscitar en la época de la Revolución Francesa. La libertad europea moderna en lo fundamental descendía de aquella libertad que Tácito describió como característica de los bosques de Germania y que trajeron consigo los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano.* En cambio, al insistir en el reconocimiento del carácter romanizado de la Galia y sobre todo en las tierras meridionales donde había nacido Guizot fue más moderado. En la *Histoire de la civilisation en France* cuyos cuatro volúmenes se publicaron entre 1829 y 1832, hizo hincapié en que las instituciones municipales de la Galia romana habían perdurado en la Alta Edad Media fusionándose con el gobierno de las comunidades cristianas urbanas por parte de los obispos que era al mismo tiempo magistrados y pastores de almas. Pero Guizot se vio en la necesidad de admitir que no podía establecerse ninguna continuidad directa entre ellas y las comunas locales de la Baja Edad Media. La burguesía francesa era el producto de la recuperación de la vida comercial y del desarrollo y expansión de las profesiones urbanas.

De todos modos, la semiindependencia de las ciudades de época tardomedieval había sido aplastada por el absolutismo centralizador del cardenal Richelieu y de Luis XIV. En gran medida había sucedido lo mismo entre las ciudades-estado tardomedievales del norte de Italia que, como Guicciardini lo había descrito, sucumbieron salvo en el caso de Venencia, a sus propias divisiones internas y al poder militar de Francia y del imperio de los Habsburgo. La explicación histórica clásica de estos hechos fue la proporcionada durante el siglo XIX por el historiador suizo Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842), cuya *Histoire des républiques italiennes du Moyen Âge* (*Historia de las repúblicas italianas*)** empezó a publicarse en 1807. Liberal, Sismondi describió

* Véase más arriba p. 365.

** *Historia de las repúblicas de Italia, o del origen, progresos y ruina de la libertad italiana*, París, Librería de Rosa, 1837.

la vida de las comunas libres italianas con entusiasmo, pero el tema que narraba era, en realidad, el de su fracaso que el historiador explica principalmente a través de la quiebra del carácter y la pérdida de la virtud cívica, es decir, al modo tradicional de los humanistas y de hecho del republicanismo romano. Todo parecía indicar que la ciudad-estado como república-estado había demostrado ser, en su condición de forma política, un callejón sin salida.

Pero Inglaterra parecía demostrar, como mínimo, que la libertad en los bosques de Germania había logrado perdurar y que su futuro radicaba en un constitucionalismo parlamentario liberal y una monarquía de poderes limitados. En el caso de Francia, sin embargo, había un escollo. La cuestión de la monarquía no sólo era un motivo de profunda división desde la época de la Revolución de 1789, sino que, precisamente como el modelo republicano había quedado, sobre todo entre los británicos, desacreditado por aquella primera revolución, la noción de un legado teutónico estaba contaminada en Francia por su asociación con la dominación aristocrática. Desde fines del siglo XVII, los escritores franceses pertenecientes a la aristocracia habían reivindicado que la nobleza francesa descendía de los francos, los conquistadores teutónicos de las Galias. Se trataba en esencia de rebatir las pretensiones del absolutismo monárquico: desde Tácito era un axioma que los reyes germanos eran elegidos y que tenían sólo poderes limitados. Hemos visto cómo Hotman, en el siglo XVII, planteaba este argumento.* Pero de ello se seguía también que el pueblo llano de Francia —el llamado «tercer estado», es decir, aquella parte que no era ni noble ni pertenecía al clero—, al ser el descendiente de los galos, era un pueblo conquistado. Hubo, como era lógico, algo así como una reacción plebeya que, en la época de la Revolución, se expresó de forma más influyente en el opúsculo del abad Emmanuel-Joseph Sièyes (1748-1836) *Qu'est-ce que le Tiers-Etat?* [*¿Qué es el tercer estado?*] publicado en 1789. Si la nobleza en lo fundamental era o procedía de invasores germánicos, entonces era foránea, sus títulos nobiliarios derivaban de un acto de usurpación violenta y había llegado ya la hora de que los descendientes de los galos recuperaran sus derechos soberanos como nación de la que la nobleza no formaba parte.

En Gran Bretaña ninguna hostilidad de este tipo ofuscaba la comprensión de la invasión y la colonización teutónica de la Britania posromana como un proceso que en esencia fue libre e incluso democrático,

* Véase más arriba p. 363.

En las obras de John Mitchell Kemble (*The Saxons in England*,* 1849), de Edward Freeman (*The History of the Norman Conquest*, 1867-1879) y William Stubbs (*The Constitutional History of England in its Origin and Development*, 1873-1878), la colonización teutónica de Inglaterra era celebrada como el origen de la tradición nacional de libertad. Sobre todo fue Stubbs quien dejó impresa su autoridad durante varias generaciones sobre la historia constitucional de la Inglaterra medieval y quien le dio un lugar central en las recién fundadas facultades de historia en las universidades que, a partir de la década de 1860 en adelante permitieron a los estudiantes examinarse y graduarse en historia.** Para Stubbs, aunque no así para Freeman, la herencia de Roma se identificaba con la tiranía y no con la civilización, y era para él un hecho gratificante que en Inglaterra las evidencias de ese legado fueran tan escasas. Los invasores teutónicos de Inglaterra fueron colonos y pioneros. No se había establecido, como sucedió en las Galias, como una aristocracia terrateniente —y como más tarde hicieron los normandos— que era servida por una clase marginada formada por nativos de origen britanorromano. Estas poblaciones romanizadas, se afirmaba con segura confianza, habían sido exterminadas o expulsadas hacia los márgenes de las montañas galesas, pero no fueron esclavizadas ni se cruzaron sexualmente con ellas.

Por un tiempo, sobre esta base, hubieron estrechas relaciones entre los historiadores ingleses y alemanes. Kemble había sido discípulo del gran lingüista alemán, folclorista y también estudioso de las antigüedades jurídicas Jacob Grimm. Al igual que los historiadores franceses del derecho habían hecho en el siglo XVI, a partir de fines del siglo XVIII, en Europa los especialistas alemanes iban en cabeza de la exploración especializada de las raíces consuetudinarias del derecho en las antiguas sociedades griega, romana y teutónica, sobre todo con la obra de Barthold Niebuhr sobre la Roma temprana,*** de Karl von Savigny, que era también un historiador del derecho en los romanos, y de Grimm, cuya obra se centraba en el ámbito del lenguaje, los mitos y las costumbres alemanas antiguas. La escuela alemana en este período estuvo inspirada e influida por una concepción populista de la unidad y la creatividad de cada *Volk* primordial, que había sido expuesta con sumo detalle por Johann Gott-

* El título completo es *The saxons in England. A history of the English commonwealth till the period of the Norman conquest.*

** Vénse más abajo p. 527.

*** Vénse más arribo p. 147.

fried Herder (1744-1803), aunque no es del todo clara la relación posible que existe entre las ideas de Herder y las de Vico.* El espíritu del *Volk* se manifestaba en todos los aspecto de la vida: lengua, mito y ley e instituciones consuetudinarias. Existía un comprensible entusiasmo entre un pueblo cada vez más consciente de su identidad nacional pero carente de un estado-nación que fuera el protagonista de su historia.

Lo más relevante de aquellas investigaciones es, para nuestro propósito, el intento de reconstrucción que llevaron a cabo los especialistas alemanes sobre las costumbres teutónicas antiguas, y en especial las del supuesto núcleo primitivo de la sociedad teutónica antigua, la aldea o la comunidad de la *Marca*. Desde mediados de siglo XIX, los especialistas ingleses les secundaron en este intento, aunque en caso de Stubbs no sin ciertas reservas, aunque para sus admiradores y críticos posteriores no fueron las suficientes. Había distinguidos expertos alemanes en la historia constitucional de Inglaterra, a los que Stubbs rindió homenaje. Cada país parecía tener algo que ofrecer al otro. Además, era en Alemania y de una forma especial en Schleswig, donde pervivían ciertas pruebas de índole consuetudinaria que podían arrojar cierta luz acerca de las ideas y prácticas institucionales que los sajones había llevado consigo. Pero en Inglaterra, las tradiciones teutónicas podían, al parecer, mostrar aquello que Alemania no podía mostrar: un linaje ininterrumpido desde la instituciones germanas hasta una constitución parlamentaria nacional plenamente desarrollada.

William Stubbs (1825-1901) empezó su carrera académica como editor de manuscritos medievales. El hecho de haber alcanzado a distinguir y comprender a partir de estos manuscritos los usos, prácticas y concepciones a las que aludían y que, en muchos casos, plasmaban, fue la piedra angular de su obra y de su reputación que, en 1866, le llevó a ser escogido para ocupar la cátedra de historia medieval en Oxford. A través de estos usos prácticas y concepciones es posible registrar los temblores de los lentos cambios sociales e institucionales que de manera característica ninguna legislación había llevado a cabo pero que eran registrados, para quienes estaban en condiciones de detectarlos, en los términos técnicos y las formas de procedimiento, en los recursos y dispositivos administrativos, fiscales y judiciales, en el desarrollo y la mengua de los privilegios y exacciones, en el aumento y la limitación de las funciones. En la Inglaterra anglosajona, escribió Stubbs, «no hay revoluciones consti-

* Véase más arriba p. 463.

tucionales, no hay revocaciones violentas de la legislación: la costumbre es mucho más potente que la ley, y la costumbre se modifica de manera infinitesimal día a día. Una alteración de la ley es a menudo una simple manera de dejar constancia de una costumbre, cuando los hombres han reconocido su carácter modificado. Los nombres de los cargos y las asambleas son permanente, mientras que su carácter ha sufrido de manera imperceptible un cambio esencial».* Un ejemplo de los cambios a los que alude Stubbs es la mutación en las funciones de cargos vinculados a la monarquía como, por ejemplo, los de camarlengo y de chambelán: de ser en origen sirvientes de la casa del rey, se convirtieron en los primeros grandes cargos del Estado para luego menguar hasta convertirse en meros títulos honoríficos de la corte.

Desde el trabajo de los historiadores del derecho en los siglos XVI y XVII, siempre había existido la posibilidad de un tipo de historia que fuera impersonal, técnica, que apenas cabida al dramatismo, una historia más preocupada por los cambios a largo plazo que por políticas que eran puestas deliberadamente en práctica. Hasta entonces este tipo de historia se había expuesto principalmente en monografías que los estudiosos de las antigüedades dedicaron a instituciones particulares y a menudo muy específicas. El concepto ilustrado de «consecuencias inopinada» había fomentado esa posibilidad desde otro ángulo, el de examinar los orígenes y el desarrollo de cambios sociales imprevistos a gran escala, aquello que Edward Gibbon denominó «revoluciones imperceptibles», aunque en general se hizo en forma de ensayos y no de monografías, como, por ejemplo, en las brillantes páginas del volumen tercero de *La riqueza de las naciones* que Adam Smith dedica al ascenso y decadencia del feudalismo. Ahora bien, la nueva teoría constitucional, en las manos de Stubbs, en parte inducida por las ideas germánicas de cultura y costumbre como producciones del colectivo y anónimo *Volk*, unía los dos enfoques. La *Historia* de Stubbs tenía el carácter de una investigación minuciosa y académica, aunque también era una investigación a gran escala, en la que el tema rector era la noción —de nuevo proveniente del siglo XVI— de un legado formado por la libertad teutónica que había sido transmitido históricamente. Stubbs llevó la tradición anticuaria de investigación a un nuevo nivel de compacto rigor erudito y sintetizó sus resultados en un estudio general en tres volúmenes que terminaba en el siglo XV y que exponía la historia medieval inglesa como el relato de la preservación y

* W. Stubbs, *Constitutional history*, p. 69.

el desarrollo de la libertad constitucional, desde su origen en las unidades más pequeñas de autogobierno local hasta culminar en un parlamento nacional.

Stubbs era consciente y tenía plena confianza en el tipo de historia que podía hacerlo. Sabía que implicaba sacrificar los episodios dramáticos y el choque de personalidades, la celebración de gestas heroicas —o dicho de una manera sucinta, la identificación comprensiva con las figuras del pasado y la inspiración de los caracteres nobles—, que tal vez fuera lo que atraía a la mayoría de lectores a la historia. En el prefacio afirmaba:

> La historia de las instituciones da poco espacio al interés romántico o a los pintorescos agrupamientos que constituyen el encanto de la Historia en general y apenas si tiene algo con que tentar al espíritu que precisa ser tentado para estudiar la Verdad. Pero reviste un valor profundo y un interés duradero para quienes tienen la valentía de investigarla. Presenta, en cada una de las ramas, una serie de causas y consecuencias desarrollada de manera regular, y abunda en ejemplos de aquella continuidad de vida, cuya realización es necesaria para dar al lector un dominio personal del pasado y un juicio adecuado acerca del presente. Porque las raíces del presente se hallan profundamente hundidas en el pasado y, para el hombre que aprende a saber cómo el presente ha llegado a ser lo que es, nada en el pasado está muerto ... La historia constitucional tiene un punto de vista, una perspicacia y un lenguaje que le son propios. Interpreta las gestas y los caracteres de los hombres bajo una luz diferente de la que vierte el falso resplandor de las armas, e interpreta posturas y hechos en palabras que parecen no tener voz para aquellos que sólo tienen oídos para los clarines de la fama.

Si bien en esta historia los reyes, los barones y magnates desempeñan sus papeles, los principales agentes de la historia de Stubbs son múltiples, oscuros e incluso anónimos. Ellos han constituido la estructura de las instituciones inglesas a lo largo del tiempo, gracias a un sinfín de actos imperceptibles, del mismo modo que Charles Darwin, el contemporáneo de Stubbs, vio que los arrecifes de corales eran creados por «miríadas de diminutos arquitectos». El protagonista de la *Historia constitucional* que escribe Stubbs es el pueblo inglés, que de una manera confusa y vaga hacen funcionar y lentamente transforman, mediante innovaciones y adaptaciones espontáneas, las instituciones a través de las que vive. La lectura de Stubbs a menudo de la impresión que uno se halla ante una exposición académica que ilustra el pensamiento de Edmund Burke y su elabo-

ración histórica: un crecimiento tan lento y acumulativo, y una adaptación constante eran un signo de vida. La continuidad en la historia de las instituciones inglesas no era meramente la guardiana de la libertad inglesa, *era* la libertad inglesa en acción constante y espontánea. Y dado que era espontánea, abundaban las anomalías. Método y sustancia son en última instancia lo mismo: «La complejidad es un signo de crecimiento; la simplicidad del detalle significa en términos históricos la extinción de un marco anterior. Y el que brota y surge, tal como todo nuestro sistema ha hecho, sobre el principio de adaptar los medios presentes a los fineses presentes, puede que sea complejo e inconveniente y empírico, pero es natural, espontáneo y una prueba decisiva de la libertad fundamental».*

En la exposición que Stubbs hace de la historia medieval inglesa sigue aún viva la antigua dialéctica y tensión percibidas entre civilización y progreso por un lado y la supervivencia de la libertad por otro. La amenaza a la libertad era el marco necesario de ley y orden impuesto por una poderosa monarquía. «En general —escribió Stubbs en sus *Lectures on Early English History*, publicadas en 1906— las probabilidades están a favor de la tiranía, resultante de la destrucción de las antiguas bases; sólo Inglaterra tiene una historia en la que la antigua libertad se abrió paso y hizo uso de todo cuanto de bueno había en el feudalismo, ensanchándose de precedente en precedente hasta convertirse en una libertad política perfecta.»** La gran amenaza para las libertades inglesas heredadas fue la conquista normanda. La supervivencia de las instituciones teutónicas básicas a las que, por la Conquista, les fueron impuestas tanto una monarquía fuerte como las concepciones feudales, fue muy reñida. Según Stubbs sobrevivieron en las formas más nimias y oscuras de autogobierno local, la asamblea y el jurado:

> En la preservación de las formas antiguas —la exculpación o demostración de inocencia del acusado a partir del juramento prestado por testigos [*compurgatio*], la responsabilidad por la pena impuesta [*compensatio*], la representación de la aldea en la corte de los cien, y la de los cien en la corte del condado rural; la elección de testigos; la delegación a los comités escogidos de los derechos judiciales comunes de los demandantes de las asambleas del pueblo; la necesidad de veedores para proceder al traslado de bienes muebles y pertenencias; y las pruebas de los cien y de la corte del condado en cuanto a los criminales y el deber de su presentación y castigo,

* W. Stubbs, *Lectures on early English History*, p. 326.
** W. Stubbs, *op. cit.*, p. 265.

y la incontable diversidad de costumbres en que las diferentes comunidades acabaron basándose para cumplir el mandamiento general de la ley, y en estas formas pervivieron las semillas de las libertades futuras ... Eran la humilde disciplina a través de la que se enseñaba a un pueblo oprimido a actuar conjuntamente en las pequeñas cosas hasta que llegara el momento en que pudieran actuar todos juntos para otras mayores.*

Las libertades teutónicas sobrevivieron a través de estas vías tan imperceptibles. Stubbs no aceptaba toda la teoría de la *Mark* (*Marca*), como se la ha dado en llamar, de una aldea original que comparte la propiedad de la tierra. Algunos polemistas del siglo XIX vieron en la teoría de la copropiedad o propiedad comunal una justificación para el socialismo moderno y una demostración de que la propiedad privada representaba una usurpación de los derechos comunales. Stubbs, un tory conservador en política y al final de su carrera obispo anglicano de Oxford, no era uno de ellos. Desde su punto de vista, la libertad teutónica original había permanecido en la libre tenencia de las tierras, lo que se denomina régimen alodial. Puede que los pueblos celtas tuvieran las tierras en régimen de propiedad compartida o comunal, como lo haría un grupo de parientes —había algunas pruebas que apuntaban en esta dirección— pero las pruebas teutónicas apuntaban hacia el pequeño propietario individual, miembro de la comunidad formada por la aldea que se autorregulaba y en la que cada hombre libre tenía voz: «el sistema alodial es la semilla de todas las instituciones de la libertad».** La historia de la libertad inglesa, sin embargo, en parte debido a la conquista normanda, no fue un simple avance de victoria en victoria, sino más bien fue como el avance de un peregrino hace en su camino, acosado por muchas amenazas y pasando por muchas vicisitudes hasta que los clarines pudieran anunciar su transformación en una soberanía nacional parlamentaria. Si bien el linaje que unía al pequeño propietario teutónico con el votante y el miembro del jurado modernos supuestamente no se había roto, la opinión general era que había pasado por épocas en que casi fue subterráneo, invisible salvo a la mirada minuciosa de los eruditos.

El hecho que la Inglaterra del siglo XIX se jactara de esa herencia podría parecer algo más que petulante. Lord Acton, hombre cosmopolita y católico, vio en ello una mentalidad pueblerina y una falta de atención

* W. Stubbs, *op. cit.*, p. 80.

** W. Stubbs, *Lectures on early English History*, p. 204.

por el principio universal. Aun en el caso de las mejores instituciones sólo son valiosas cuando proporcionan seguridad en aras de un interés superior: la libertad del individuo y el uso que de ella hace. Para Acton, había un tipo más importante aún de historia y era la historia intelectual, moral y religiosa. Como les decía a cuantos asistieron en 1895 a su lección inaugural de la cátedra Regius de historia en Cambridge: «Un alegato de Antígona, una simple sentencia de Sócrates, unas líneas de lo que se inscribió en una piedra de la India antes de la segunda guerra púnica, las huellas de gente de vida callada y palabra profética que moraba junto al mar Muerto y perecieron en la destrucción de Jerusalén, acaban estando más cerca de nuestras vida que la ancestral sabiduría de los bárbaros que alimentaban a sus cerdos con las bellotas de los bosques de Hercynia».

Aquel altivo rechazo de los criadores de cerdos bárbaros se acentuaba con el empleo del nombre clásico dado por César a los bosques germanos al norte del Danubio. Una «historia —general— de la libertad» era el proyecto anhelado que debía de haber sido la culminación de la vida académica de lord Acton, pero nunca llegó a escribirla y sólo dejó algunas pistas fragmentarias acerca de la naturaleza que tendría. Resulta evidente que la libertad como principio moral y su reconocimiento final como tal habrían sido el centro del relato. En cambio, para Acton la tradición inglesa estaba en exceso preocupada por los derechos de propiedad y, en los últimos tiempos, por la raza. La revolución de 1688 había sido un tibio embrollo fomentado por el interés. Sólo con la reivindicación de los puritanos independientes en la década de 1650, la tradición inglesa alcanzó el nivel de principio general y sólo en América del norte llegó a cobrar plena conciencia de sí y a comprender, por decirlo de este modo, su identidad más alta, en la formulación del concepto de derechos humanos universales.

Guizot había distinguido en la historia de la libertad dos tipos, la institucional y la intelectual: «No propongo estudiar con ustedes la historia del interior del alma humana, es la historia ... del mundo visible y social de la que me voy a ocupar». Las lecciones de lord Acton en Cambridge tenían un ademán similar. Como la tradición y el plan de estudios sugerían, siguieron un curso predecible de historia sobre todo política: Felipe II, la guerra de los Treinta Años, Luis XIV antes de culminar en la revolución americana. (Hubo otra serie dedicada por entero a la Revolución Francesa.) Pero Acton no dejó de indicar de todos los modos posibles que el interior del alma humana era su verdadero tema aunque lo hubiera pospuesto: la religión era para él prácticamente lo mismo que

la historia de la libertad, dado que ambas se preocupaban en última instancia de la conciencia. Asimismo en más de una ocasión señaló hacia el «movimiento de las ideas que no son el efecto sino la causa de los acontecimiento públicos». La «historia de la libertad», podemos aventurarnos a conjeturar, hubiera sido una historia de las ideas de amplio alcance, que dejaría la evolución de instituciones libres en segundo plano respecto al desarrollo de una conciencia plena y lúcida de la libertad y de sus responsabilidades morales como autorrealización del género humano. Pero, tal vez debido a lo fragmentario de las indicaciones dejadas, la impresión es que el tipo de historia de las ideas propuesta por lord Acton adolecía de un carácter alarmantemente discontinuo e irregular —una serie de epifanías infraexplicadas. El espíritu parecía soplar donde se le antojaba entre una colección históricamente variopinta y heterogénea de teólogos católicos, fundamentalistas puritanos y hacendados norteamericanos. A lord Acton no le avergonzaba decir el día y la hora en que la revelación descendía. De este modo en una lección posterior pronunciada en Cambridge diría que fue en América del Norte donde la ley de la naturaleza, a la que a veces aludía como la ley más alta, se encarnó: «En aquella noche del 16 de diciembre de 1773 se convirtió por primera vez en la fuerza invencible de la historia».

Pero habían sido las luchas de religión durante la Reforma las que de manera inopinada —dado que los reformadores destacados no eran hombres tolerantes—, dieron a luz a la libertad religiosa y a la idea de libertad de conciencia. Pero las reflexiones de lord Acton sobre la historia de la conciencia que el hombre tiene de sí también dieron cabida al Renacimiento, aunque no había desempeñado papel alguno en inculcar el respeto por los derechos políticos y humanos. En la caracterización que Acton hizo del Renacimiento durante las lecciones que dictó en Cambridge no parece haber rastro del excepcional tratamiento que en el siglo XIX, el suizo Jacob Burckhardt hizo de aquella época —y en realidad de la cultura de cualquier época— en *La civilisation de la Renaissance en Italie* (*La civilización del Renacimiento en Italia*) publicada en 1860. Lord Acton habló de esta obra en una reseña de un libro que trataba acerca de los Borgia, como «el tratado más penetrante y sutil de la historia de la civilización que se ha publicado». En su lecciones hizo referencia a «la individualidad refinada del Renacimiento, preparada para apremios y urgencias, sabiendo estar a la altura de toda fortuna y sino, sin apoyarse en nada heredado salvo en sus propios recursos ... poco preocupada por los derechos de los demás, poco interesada por el carácter sagrado de la

vida». Se trata de un retrato identificable para quien haya leído a Burckhardt y forma otro capítulo, en ciertos aspectos, morboso en la preocupación del siglo XIX por la historia de la libertad.

El primogénito de la modernidad: el hombre del Renacimiento de Burckhardt

El libro de Burckhardt forma parte de la concepción que el siglo XIX tenía de la historia de la libertad, aunque la enfoca desde otro ángulo. Si bien en la obra de Burckhardt hay complicidad emocional suficiente para que no la consideremos una crítica irónica de aquella concepción, lo cierto es que la lleva a un territorio moral agreste e inquietante. Sería erróneo pensar que las ideas de modernidad contemporáneas a Burckhardt eran simplemente manifestaciones de una profunda satisfacción: muchas de ellas eran muy críticas y, a medida que el siglo avanzaba, se centraron en el filisteísmo y la conformidad, aspectos frente a los que Burckhardt también reaccionó. Había otros tipos de crítica que hacían hincapié en la atomización y el egoísmo. El libro de Burckhardt abrió, sin embargo, un nuevo camino en su manera de presentar los orígenes de la modernidad y del hombre europeo recién emancipado en la Italia del Renacimiento, un ser considerado implacablemente amoral, pero fascinante y susceptible de grandeza. A partir del concepto maquiaveliano de *virtú* —vigor y destreza— y rasgos procedentes del romanticismo europeo, Burckhardt compuso un arquetipo duradero, al igual que su joven colega en la Universidad de Basilea, Friedrich Nietzsche, con la ayuda de la idea de lo dionisiaco, iba a crear una nueva imagen del griego antiguo. La lectura de uno y otro autor es estimulante. El hombre del Renacimiento del que habla Burckhardt es el héroe liberal que no tiene a su alrededor el decoro de los principios: «el espíritu de libertad» se convierte en antinomia, que da razón plena de sí y se halla libre de toda compostura.

La obra de Burckhardt tiene un interés imperecedero tanto por su método, muy original, como por la coherencia y la intensidad de su interpretación, de la que lo menos que se puede decir es que era una exageración, consigue alojarse de manera duradera en el espíritu. Burckhardt hablaba de «una» civilización, no sólo de la civilización como tal, aunque de una civilización que era un momento en un largo desarrollo, de una civilización «que es la madre de la nuestra». En Burckhardt, la narrativa prácticamente ha desaparecido, si bien abundan las anécdotas ilustrativas

y constituye, de hecho, una parte importante del método: era como si nos dieran a leer las historias contadas por Gregorio de Tours en una concepción claramente enfocada y tenazmente realizada de la moralidad y las costumbres contemporáneas. Pese a que la tarea de Burckhardt fue más amplia y las pruebas que aportó menos tangibles y, por tanto, más difíciles de tratar, encontramos a algunos de sus predecesores en los intentos que se hicieron, a partir de la publicación un siglo antes de los estudios sobre el mundo griego del historiador del arte Johann Winckelmann, para considerar el carácter de un estilo de arte o de arquitectura como el producto de todo un pueblo y discernir a partir de ello su carácter y aspiraciones íntimas. Por ejemplo, John Ruskin, inmediatamente antes de Burckhardt, en sus obras *The Seven Lamps of Architecture* (*Las siete lámparas de la arquitectura*),* publicada en 1849, y en *The Stones of Venice* (*Las piedras de Venecia*)** cuyos volúmenes vieron la luz entre 1851 y 1853, moralizó de manera obsesiva (y, en el caso del Renacimiento, inmoralizó) las características formales de la arquitectura. El arte y la vida eran inseparables, y el arte revelaba el alma de una sociedad, en su elevación o bajeza. Burckhardt por su parte era muy sensible en términos visuales: enseñó historia del arte en Basilea, escribió una guía del arte italiano (el *Cicerone*) y si dejó fuera al arte de su libro sobre el Renacimiento fue sólo porque tenía el propósito de tratarlo en otra obra por separado.

En Alemania la idea del arte como expresión del espíritu está relacionada, en especial, con Hegel, al igual que más tarde en Francia lo está con Taine. Burckhardt tiende a rehuir el significado teológico que Hegel dio a su concepción del *Weltgeist* [*espíritu del mundo*] cuyos momentos forman la historia moral e intelectual de la humanidad, pero sin lugar a dudas parece que le ayudó a ver una unidad en el momento particular de civilización que el Renacimiento italiano representó. En lugar de limitarse a categorizar y catalogar este momento, se propuso ilustrarlo de manera abundante y, al hacerlo, explicarlo. El *Renacimiento en Italia* vive sobre todo, aparte de las anécdotas, en sus adjetivos. Los orígenes de la historia del arte yacen en la erudición del entendido y estudioso —*connoisseur*—

* J. Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectura: el sacrificio, la verdad, la fuerza, la belleza, la vida, el recuerdo, la obediencia*, Biblioteca España Moderna, Madrid, 1901.

** *Las piedras de Venecia*, por un lado el artista como «hombre total» de Schiller y el retorno a Grecia.

de las antigüedades. Burckhardt era un entendido en las manifestaciones de la personalidad humana, situada en una perspectiva histórica y geográfica. Pero se trataba también de una preocupación alemana: desde la época de Goethe y de Schiller, la estética de la personalidad era una cuestión de profundo interés moral y cultural, y las categorías que se tomaban prestadas a la valoración del arte forman uno de sus aspectos principales.

El concepto de Renacimiento como período se había ampliado notablemente desde que la conciencia de sus propios logros se había expresado en la pretensión de ser un renacer del arte y de las letras. Este hecho a veces había relegado de manera explícita los mil años precedentes a la condición de hiato o intervalo de barbarie, a una edad «media». El honor de haber sido el primero en emplear de manera sistemática la hoy consabida división tripartida de antiguo, medieval y moderno se le atribuye al erudito alemán de fines del siglo XVII, Christoph Keller —*Cellarius*—. El concepto de modernidad, en cambio, necesitaba aún de una mayor diferenciación, a medida que la era de los humanistas se perdía en las galerías del pasado. En Guicciardini hemos visto un modo de dejar constancia y dar cuenta de los acontecimientos —imprenta, descubrimiento del nuevo mundo y la artillería moderna— que sobrepasaban a los de los antiguos, y que, por tanto, hacía la noción de renacer inadecuada. En David Hume y en William Robertson hemos visto cómo la era de la Reforma, asimismo burda y fanática, se desvinculaba de la ilustrada y cortés actual. Sin embargo la nomenclatura ya consolidada de los períodos aún era precaria. Con anterioridad, en *Le siècle de Louis XIV* (*El siglo de Luis XIV*), publicado en 1751, Voltaire amplió su concepto de la época más allá del reinado, al incluir logros culturales así como hitos políticos y al extender el alcance de la época tanto literal como cronológicamente, de modo que los logros culturales fueran los de la Europa del siglo XVII: Galileo, Bacon, Locke y Newton, así como Descartes y las grandes figuras literarias del *Grand siècle*. Pero el método empleado seguía siendo en esta obra básicamente el de un catálogo o inventario de logros e hitos. Posiblemente, el siglo XVII aún carece de una etiqueta satisfactoria que lo identifique como período; Carl J. Friedrich, a mediados del siglo XX, tomó prestado, como por otra parte era lógico, el término a la historia del arte y escogió *The Age of the Baroque* (*La era del Barroco*) como título para el estudio general de la historia y la cultura europeas que publicó en 1952. Sin embargo, fue en la década de 1830 cuando se utilizó por primera vez el término «Renacimiento» en el exhaustivo sentido moderno de período por Michelet cuando le dedicó un volumen entero de su *His-*

toire de France (*Historia de Francia*). «Moderno temprano» es una expresión acuñada en el siglo XX.

Lord Acton estaba en lo cierto al reconocer la sutileza de Burckhardt: el suyo es un libro que insinúa los temas y el pensamiento que les subyace. De entrada uno puede sentirse sobrepasado por la secuencia de anécdotas, crónicas, biografías y memorias. Pero a medida que sigue leyendo sus páginas, los contornos se vuelven más nítidos y surge una imagen coherente, explicativa aunque sin ser nunca reduccionista.

La primera parte se titula «El Estado como obra de arte», un concepto que obviamente debe algo a Maquiavelo, aunque Burckhardt cuenta con muchas otras evidencias. La figura clave resulta ser el *condottiere*. Burckhardt al tiempo que reconoce la crueldad y la traición como elementos esenciales en el negocio de los capitanes de mercenarios y su implacable ambición de fundar dinastías propias, los trata sin embargo con mayor respeto que Maquiavelo, bajo cuya mirada a veces resultan hilarantes. En Burckhardt, el *condottiere* muestra siempre una *virtù* maquiavélica, pero separada del patriotismo cívico: audacia y resolución coexisten con el frío cálculo racional y una determinación despiadada a no dejar que nadie, ningún principio o lealtad, se interponga en el camino que lleva a su grandeza. El *condottiere* es un emprendedor militar y un aventurero político, que actúan por completo para sí mismo y se basa sólo en su propia destreza, habilidad y previsión para su supervivencia y éxito. La red de clase, código caballeresco (incluida la lealtad) y la jerarquía social basada en l abolengo que rodea a la nobleza guerrera del norte de Europa no significa nada para él, el más libre de entre los que trabajan por libre, a él que no pertenece a ningún estado, que no tiene posición social fija, que aguza siempre su ingenio, valor y determinación contra los avatares de la fortuna en aras de lo mucho que está en juego: riquezas, un ducado o incluso un principado. Aun en el caso de que llegue a ser soberano, su poder sigue siendo personal y no dinástico, y carente de legitimidad en lo fundamental; sólo el sobrecogimiento, el esplendor, la popularidad o el miedo pueden sustentarlo, pero siempre es inseguro.

Burckhardt coloca a este personaje y al tipo de personalidad que integra y lo sostiene, en el centro conceptual de su libro porque las otras habilidades y papeles que ve característicos de la civilización italiana sólo son en cierto sentido versiones civiles del aventurero militar, y quienes las poseen y representan —artistas y arquitectos, humanistas y hombres de letras— son también los portadores de la civilización renacentista. Ellos también son los emprendedores de sus propios talentos y perso-

nalidades. Libres y sin compromiso, pasan de un cliente o patrocinador a otro, en busca del modo de mejorar su posición o como consecuencia de discrepancias y riñas. A veces afirman con orgullo, como Miguel Ángel, su propio valor incluso ante los hombres de más alto rango, como el pontífice de Roma. Al igual que los *condottieri* y los pequeños soberanos, ellos se benefician de la multiplicidad de estados autónomos que el conflicto irresuelto por el dominio de Italia entre el papado y el imperio ha hecho posible que proliferaran. La frontera está siempre útilmente cerca, más allá de la que otro cliente o patrocinador, con suerte, se mostrará complaciente. Ellos también en la imagen que elabora Burckhardt carecen de forma característica de los apoyos y las obligaciones de las instituciones tradicionales —sean gremios o universidades— o sólo están unidos a ellas de una forma más bien poco rígida y flexible. Habitan lugares como las cortes y las ciudades, donde se conseguían las mejores oportunidades y premios —y con igual facilidad se perdían—, y una necesidad recíproca los vincula a los soberanos: en ellos la necesidad de recompensas y prestigio; en el caso de los déspotas, la legitimidad que confieren los talentos y las destrezas de los artistas y los humanistas. Los soberanos advenedizos necesitaban rodearse de esplendor a fin de ser representados y admirados en las cortes extrajeras y en las ocasiones públicas, haciendo, por ejemplo, que de la recepción de embajadores se encargaran elegantes latinistas; necesitaban ser ensalzados, loados y cantados en elegías, y alabados como munificentes mecenas.

Si bien los riesgos a los que se enfrentaba un soldado de fortuna eran más que evidentes, Burckhardt se esmera en hacer hincapié en que se aplicaban en una más que considerable medida a aquello que podría parecernos probablemente la vida tranquila de eruditos y artesanos:

> Para un joven ambicioso, la celebridad y la brillante posición de los humanistas era una tentación peligrosa ... De este modo era conducido a sumergirse en una vida de excitación y vicisitudes, en la que estudios agotadores, tutorías, secretarías, cátedras, cargos en las casas de los príncipes, enemistades mortales y peligros, lujo y mendicidad, la admiración sin límites y el desprecio ilimitado, se seguían de manera confusa unos a otros. (Parte III)

El humanista típico carece de residencia fija. Burckhardt establece un paralelismo con los sofistas griegos, «pero el erudito del Renacimiento estaba obligado —nos dice— a combinar el gran saber con el poder

de resistir a la influencia siempre mudable de los afanes y situaciones». Un orgullo desmedido era necesario para sobrevivir: los humanistas son «los ejemplos más sorprendentes de una subjetividad desbocada y sus víctimas». Burckhardt recurrirá a una obra de principios del siglo XVI, *De la infelicidad del hombre de letras* de Pierio Valeriano. Las vidas que Valeriano describe son de hecho escabrosas. En esta obra nos son presentados, dice Burckhardt, hombres que

> en tiempos de turbación pierden, primero sus ingresos, luego sus cargos ... hombres que son avaros insociables, cuyo dinero llevan cosido entre sus ropas y enloquecen cuando les son robadas; otros, que aceptan cargos bien pagados, se hunden luego en la melancolía anhelando la libertad que han perdido. Nos advierte cómo algunos murieron jóvenes a causa de una plaga o de fiebres, y cómo los escritos que les habían costado un esfuerzo tan duro eran quemados junto con sus ropas y su lecho; o de cómo otros vivían amedrentados por las amenazas homicidas de sus colegas; o de cómo uno fue muerto por un criado codicioso y otro cayó en manos de bandoleros durante un viaje y luego le dejaron languidecer en una mazmorra... (Parte III)

Valeriano sin duda tenía un oído agudo para las quejas académicas, pero la imagen, como imagen. Tiene un poder extraordinario. Esto era la libertad, pero es una libertad picaresca, de riesgos extremos y una implacable exigencia de independencia. Asimismo era compatible con el éxito extraordinario e incluso un acicate para conseguirlo.

Burckhardt concede mucha importancia a la erosión de las barreras de clase en las ciudades italianas, al libre trato que se da entre nobles, eruditos, artistas y soberanos. La cuna, el abolengo según parece cuenta poco, la destreza y la habilidad lo es casi todo. Hablar en términos modernos de una «carrera abierta a los talentos» parece casi una burla, al implicar jerarquías regulares por las que ascender. El mundo que Burckhardt evoca es un mundo en el que el sujeto arriesga sus talentos y voluntad cada vez que la rueda de la fortuna gira. A veces el hombre renacentista de Burckhardt parece una suerte de víctima de la modernidad: es el primero que experimenta, en una forma ilimitada y desprotegida, la ordalía espiritual de la condición moderna y lo hace solo y sosteniéndose a solas con sus propios recursos: «La Italia del Renacimiento tuvo que resistir el primer y poderoso envite de la nueva era» (Parte IV).

Las tres primeras partes de la obra, dominadas como están por la figura del *condottiere* como su imagen arquetípica, son las más tonificantes por su brío y entusiasmo. La segunda parte, que lleva por título «El de-

sarrollo del individuo», es la central, pues trata de la intensa conciencia e interés que, tanto en la biografía como en los retratos, despiertan las cualidades de la personalidad individual. La contraposición que Burckhardt establece entre la condición medieval en este aspecto y la del Renacimiento atrajo inevitablemente numerosas críticas que la tildaban de exagerada:

> En la Edad Media ambos lados de la conciencia humana —el que estaba vuelto hacia dentro así como el que lo estaba hacia fuera— permanecen dormidos o medio despiertos, bajo un velo común. Un velo tejido de fe, ilusión y prevenciones pueriles, a través de la que el mundo y la historia se ven bajo colores extraños. El hombre era conciente de sí sólo como miembro de una raza, de un pueblo, de un partido, una familia o una corporación, esto es, sólo a través de alguna categoría general. Fue en Italia donde este velo se desvaneció en el aire; se hizo entonces posible un tratamiento y consideración *objetivos* del estado y de todas las cosas de este mundo. El lado *subjetivo* al mismo tiempo se afirmó con el énfasis correspondiente. El hombre se hizo *individuo* espiritual, y se reconocío a sí mismo como tal.

En la tercera parte, que lleva por título «El renacer de la Antigüedad» si bien contiene la vistosa exposición de las vidas de los humanistas que antes hemos citado, resulta como es lógico algo más predecible. Entonces, «El descubrimiento del mundo y del hombre» recoge el tema de la objetividad, que es presentado como otra característica del individuo renacentista que se ve obligado por necesidad a utilizar el frío cálculo racional y a entender el mundo tal como es y no como podría o debería de ser. Pero la contemplación lúcida del mundo exterior es también una fuente de deleite para él.

Si bien el libro de Burckhardt hace hincapié en la amoralidad pagana del Renacimiento y apenas reconoce el carácter de la piedad renacentista, en la parte final que titula «Moralidad y religión», muestra su toma de conciencia de las dificultades que conlleva hacer el sorprendente balance moral de toda una sociedad. Al presentar el Renacimiento italiano como un ejemplo refinado de sensualidad y crueldad, adicta a lo elegantemente macabro, sobre todo cuando se trata de tomar venganza, no era ninguna novedad. Descansaba en la fama que los Borja tenían de envenenar a sus víctimas; en Maquiavelo y en las tragedias de venganza en la Inglaterra jacobita, por lo general ambientadas en Italia; en los recuerdos de las historias narradas por Dante ... Todas ellas fomentaron esta reputación, a la que se sumó la novela gótica del siglo XVIII, asimismo ambientada a menudo en paisajes italianos, y la poesías de Byron y de Brow-

ning. En Alemania, el movimiento literario del *Sturm und Drang* (*Entusiasmo e ímpetu*) a veces recurría a Italia en busca de escenas de violencia y honor, mientras que la «pasión» alemana por Italia, ejemplifica en el *Italianische Reise* (*Viaje a Italia*) de Goethe en 1816, hacía hincapié en la seducción pagana que ejercía el país. Burckhardt, si bien llegaba después de todo esto, logró crear aún una impresión indeleble y, aunque a veces hacía hincapié en los rasgos distintivos italianos, lo que atrae su atención es ante todo el Renacimiento como algo moderno, como una protomodernidad. El Renacimiento italiano era «el primogénito de los hijos de la Europa moderna».

Lord Acton matiza el elogio que hizo del libro de Burckhardt afirmando que su mérito radica en la originalidad con la que el autor utiliza libros conocidos y no en dedicarse activamente a nuevas investigaciones». Se trataba de un acto de condescendencia típico de lord Acton: al autor no le vendría nada mal pasar un período más prolongado en los archivos. Si bien era más que dudable, no obstante encerraba parte de verdad, aunque la condescendencia sobraba. Pese al despliegue de referencias que hace Burckhardt y aunque no haga explícita denotación del hecho, cabe ver en su concepción general de la personalidad del Renacimiento y sus circunstancias, y por ende en el tratamiento original que hace de ellas, una síntesis de unas pocas obras notables y personajes que dominan el libro, a saber, *Las vidas de los artistas* de Vasari (habilidad, técnica, orgullo); la *Autobiografía* de Benvenuto Cellini (la vida picaresca y amoral que llevó un artista maestro, sostenida por una confianza en sí mismo rallante en el descaro y la impudencia); Aertino (la pluma como arma de afirmación personal, crueldad y venganza); sin duda, Maquiavelo; Francesco Sforza, el más poderoso de todos los *condottieri*, que llegó a ser duque de Milán; Petrarca, el pionero de una intensa toma de conciencia personal así como de la pasión por la Antigüedad; *El cortesano* de Castiglione, el más célebre de los libros catálogo para el hombre «completo», en todo caso uno de los desvelos de las inquietudes culturales filosóficas y la moral neohelénica alemana recientes. Pero decir todo esto no es restarle mérito a la originalidad de Burckhardt, sino más bien admirar el modo en que supo tejer estos temas unos con otros formando una síntesis plausible y fascinante que, la maticemos como la maticemos, continúa siendo un reto y un punto de referencia para los historiadores del Renacimiento, que se conserva en un libro aún muy ameno.

Resulta difícil imaginar que a Burckhardt le lleguen a faltar lectores, al menos mientras una versión nietzscheana del héroe liberado continúe

fascinándonos. En general las historias de la liberad en el siglo XIX han pasado a la historia. La trilogía sobre el *Risorgimento* italiano escrita por G. M. Travelyan y publicada entre 1907 y 1911, centrada en Garibaldi, fue quizá la última de las obras de historia importantes que fue concebida como una narración épica nacionalista además de liberal democrática. Trevelyan por su parte, que era sobrino-nieto de Macaulay y libró una larga lucha contra el nuevo desprecio de la profesión histórica hacia la narración pintoresca, hablaba en el prefacio a *Garibaldi's Defence of the Roman Republic* (1907) de «la sintonía entre poesía y novela» en la vida de Garibaldi, pero se preguntaba «si su memoria atraerá hoy en día a los ingleses de una generación ... [de la que] se ha dicho que es más sofisticada y menos idealista que la victoriana». Si bien resultaba demasiado pesimista para la época, sin duda no le faltaba razón a largo plazo. En general, el nuevo clima intelectual de los últimos años del siglo XIX, atenazado por miedos a un socialismo que recibía el apoyo de masas con derecho a voto, a menudo daban lugar a reevaluaciones abatidas de la democracia y desalentaban el entusiasmo por rastrear los orígenes de las instituciones parlamentarias. Así lo hizo también el culto a la «ciencia» y a la objetividad en historia relacionado con el ascenso de una profesión que se dedicaba a su estudio y docencia. Charles Petit-Dutaillis, en el prefacio que escribió al *Suplemento* de 1908 a la obra de Stubbs, hablaba con condescendencia del origen intelectual de Stubbs en la erudición liberal nacionalista alemana de la que el historiador constitucionalista inglés derivó su «concepción optimista y patriótica de la historia inglesa». «En la actualidad —proseguía diciendo el prefacio—, cuado tantas ilusiones se han disipado, cuando las instituciones parlamentarias establecidas por casi toda nación civilizada han revelado de una forma más abierta conforme se desarrollaban su inevitable pequeñez, y cuando la formación de nacionalidades ha convertido Europa en un campamento militar, la historia se escribe con menos entusiasmo.» Estaba en lo cierto al afirmar que el nacionalismo, durante tanto tiempo vinculado a las versiones románticas y liberales de la historia, estaba encontrando por entonces su santo y seña en la *Realpolitik*, el nuevo término acuñado para designar la «razón de estado», la prosecución del éxito por cualquier medio y, a menudo, la dominación y no la mera independencia. De las consecuencias que el «nuevo» nacionalismo iba a tener para la historiografía nos ocuparemos en un capítulo posterior, en concreto el veinticinco. Pero antes queda un nuevo mundo por descubrir.

24

UN NUEVO MUNDO: EXPERIENCIAS AMERICANAS

LAS SALAS DE MOCTEZUMA: DÍAZ, PRESCOTT Y LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA

La formación de los Estados Unidos de América podría considerarse un relato de libertad en el marco geográfico más amplio posible. Para el primer historiador de Estados Unidos, George Bancroft (1800-1891), la libertad americana era una extensión democrática de la libertad nacida en los bosques teutónicos. Otros, y de forma especial, Frederick Jackson Turner (1861-1934), la consideraron en términos más independientes como una libertad que había sido modelada por la propia tierra, por la frontera que había dejado de existir en la época en la que Jackson vivió. La concepción puritana y Tudor que hacía de la nación inglesa el pueblo elegido y que en el siglo XVII llevaron los colonos a Nueva Inglaterra también acabó siendo una de las hebras que tejieron la conciencia de la identidad estadounidense.

Pero la historia de América se puede contar también como un relato de desposeimiento, subyugación y esclavización, empezando por la primera incursión europea en el continente, la conquista española de México. Los españoles fueron también los primeros historiadores del Nuevo Mundo y contaron el relato de la conquista naturalmente como un hito épico que la concepción de una cruzada embelleció. Cuando los colonos de la plantación Plymonth de Nueva Inglaterra lucharon, en la década de 1620, por la estricta supervivencia, bajo los ojos de su Dios, hacía ya un centenar de años que Hernán Cortés al frente de los soldados españoles habían derrocado el imperio azteca de Moctezuma y fundado

sobre sus ruinas el virreinato de «Nueva España». Había transcurrido más de medio siglo desde que los españoles habían empezado a levantar la catedral barroca de Ciudad de México donde antes se alzaba el gran templo azteca en el que se había realizado sacrificios de seres humanos a una escala casi industrial. La historia de la conquista, que sólo llevó dos años (1519-1521), es una de las más extraordinarias de las que la historia tiene constancia. La *Anábasis,* la «expedición persa» de Jenofonte, que comparte algunas de las características con la de Cortés, no dio lugar a la fundación de ninguna nueva *polis*. Las expediciones de Alejandro se realizaron a una escala aún más grande, pero consideradas sólo como relato no tienen la cohesión dramática de la conquista española, cuando Alejandro y su ejército, después de conquistar el imperio «bárbaro», avanzaron hacia Oriente.

Puede que, para el público general, los historiadores españoles que fueron llamados a relatar la épica aventura de unos compatriotas y sus secuelas sólo sean nombres. Una excepción, sin embargo, es fray Bartolomé de las Casas, cuya defensa de la causa de los *indios*, los indígenas conquistados, le encomendó a la posteridad. Otro de los cronistas de Indias es Bernal Díaz del Castillo, uno de los compañeros de Hernán Cortés en la marcha que protagonizaron desde la costa del Caribe hasta la capital de los aztecas y participó en la dura lucha que precedió a la toma de la ciudad. La crónica que escribió siendo ya un anciano es una narración intensa y vigorosa, libre de tropos convencionales y florituras retóricas. *La conquista de Nueva España* abarca desde el desembarco de unos cuatrocientos soldados españoles, con sesenta caballos y diez cañones, en la costa del Yucatán, hasta el sangriento asedio, destrucción y conquista de Tenochtitlán, la capital azteca, que señaló la consecución de la victoria española.*

La otra narración clásica en inglés es *The Conquest of México* (*La conquista de México*) escrita por William Hickling Prescott (1796-1859). Prescott, al igual que los notables historiadores norteamericanos que escribieron a mediados del siglo XIX, había nacido en Nueva Inglaterra y se había formado en Harvard. Empezó su considerable corpus de obras —todo un triunfo sobre la casi ceguera que padecía— con una historia de España, escrita en 1838, dedicada al período de fines del siglo XV y

* La conquista escrita por Bernal Díaz del Castillo es el relato de un testigo presencial de los hechos, y gracias a sus cualidades se ha traducido a diferentes idiomas, entre ellos el inglés.

principios del siglo XVI cuando los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, unificaron los dos reinos bajo una misma corona y patrocinaron los viajes de Colón. Más tarde completó *The Conquest of Mexico* (*La conquista de México*) con otra obra, *The Conquest of Perú* (*La conquista del Perú*), publicada en 1847, y una historia inacabada del reinado de Felipe II de España. En la elaboración de la obra sobre la conquista de México utilizó a fondo la crónica de Bernal Díaz del Castillo, de quien diría que era «la principal autoridad para mí» en sus *Notebooks* (*Cuadernos*) recién publicados, aunque se mostraba condescendiente con sus escasos méritos literarios y la «textura casera» de su estilo.* Bernal Díaz no reclama más para sí. Prescott era considerado un docto especialista que había trabajado en los archivos españoles, lo que le hacía ser menos dependiente de la versión de la conquista dada por Bernal Díaz de lo que, tres cuartos de siglo antes, Robertson había sido en relación la parte dedicada a la conquista de su *History of America* (*Historia de América*). Además Prescott escribió un prefacio en el que hizo expresa mención de sus agradecimientos y dio cuenta de una diversidad de fuentes en un cuerpo importante de notas a pie de página.

Tanto Bernal Díaz como Prescott son aún hoy de lectura amena y sus méritos son a la vez opuestos y complementarios. Su relato empieza básicamente con el nombramiento de Hernán Cortés, un joven aventurero con un pasado algo proceloso, narrado por Prescott, como comandante de una expedición financiada por el gobernador de Cuba, Velázquez, para explorar la península del Yucatán. Aquella región mesoamericana había sido descubierta por los españoles en el curso de una expedición dos años antes, en 1517. Bernal Díaz los había acompañado y narró las experiencias por las que pasaron. El gobernador no tardó en lamentar el nombramiento de Cortés y trató de detenerlo, pero Cortés, logró eludirle. Velázquez mandaría luego una gran flota para perseguirle, pero Cortés, gracias a una táctica magistral, primero la derrotó y luego la incorporó a la suya. El relato de la expedición es de una campaña militar en la que Cortés, a la vez lucha y gana sobre los pueblos que viven sometidos al imperio de los aztecas y a través de cuyas tierras el ejército avanza. El conquistador es capaz de sacar partido tanto del descontento de aquellos pueblos hacia el dominio ejercido por el emperador azteca Moctezuma como del respeto que inspiran entre los indígenas los soldados españoles: hombres barbudos con armaduras y armas de fuego, unos cuantos caballos, todo

* Mexico, V, nota final.

resultaba profundamente ajeno a la experiencia de los indígenas. Cortés se hace pasar por su libertador y salvador. Díaz no comenta la duplicidad que ello comportaba, pero Prescott es explícito

> ¡Ay! No podían leer el futuro, de otra manera no hubieran encontrado ninguna razón para el gozo en este presagio de una revolución mucho más tremenda que cualquiera de las predichas por sus bardos y profetas. No era el buen Quetzalcóatl el que había vuelto para reclamar lo suyo, trayendo la paz, la libertad y la civilización consigo. Ciertamente rompería sus cadenas y vengaría ampliamente las afrentas sobre la orgullosa cabeza del azteca. Pero ello sería gracias a ese fuerte brazo que doblegarían tanto al opresor como al oprimido. La luz de la civilización se derramaría sobre la tierra, pero sería la luz de un fuego devorador, ante el que la gloria de los bárbaros, sus instituciones, su misma existencia y su nombre como nación se marchitarían y dejarían de existir. Su maldición estaba sellada cuando el hombre blanco puso pie en su tierra.*

Los españoles tuvieron a su favor desde un principio la influencia que ejercieron en el espíritu del emperador Moctezuma, al encarnar el mito de los aztecas en el que el dios Quetzalcóatl profetizó que llegaría para gobernarles una raza de semi dioses de tez blanca.

El carácter extraño del terreno a través del que los españoles avanzaban y su paulatino conocimiento cada vez más profundo de la civilización mexicana hacen de este relato una de las narraciones de campañas más fascinantes. Los españoles quedaron maravillados al ver las habilidades tecnológicas de los aztecas, su manera artesanal de labrar la plata y el oro, la forma de tejer el algodón y las plumas, y el consumado urbanismo de sus extensas ciudades y la arquitectura de piedra. Pero asimismo se horrorizaron al constatar con frecuencia la práctica de sacrificios humanos copiosos y muy ritualizados. La revelación culminante fue la ciudad de Tenochtitlán, que se alzaba en medio de la laguna, cruzada por canales, que formaban unos con otros ángulos rectos, y calzadas. El ingente número de sus habitantes —en comparación con los niveles europeos de la época—, el inmenso mercado, las grandes torres piramidales en las que se realizaban los sacrificios, que se hallaban unas frente a otras a lo largo de las avenidas, y el palacio de Moctezuma, con sus jardines, la colección de animales salvajes y un sofisticado ritual cortesano, no tenían parangón con lo que hasta entonces habían visto en el Nuevo

* W. Prescott, *The Conquest of Mexico*, libro II, cap. VII.

Mundo que Colón había descubierto casi tres décadas antes. De ahí que sea comprensible que, como dice Bernal Díaz, los soldados españoles se sintieran como si vivieran en el interior de fantásticas novelas de caballerías, que a principios del siglo XVI eran los grandes relatos populares.

Díaz, como él mismo reconoce, no era un docto erudito, y a veces se pone de manifiesto cierta insuficiencia cuando trata de expresar sus reacciones y las de sus compañeros. Menciona el asombro maravillado, y aunque lo intenta sabe que no puede expresarlo de manera adecuada. Pero su honestidad pedestre puede que sea una ventaja a los ojos del lector moderno, como lo fue para Prescott, ya que le evitan caer en metáforas convencionales ya inventadas y en una estilo de lenguaje estilizado. Hace referencia, sin duda, a las novelas de caballerías, y compara acertadamente el asedio y destrucción de la gran ciudad azteca sobre la laguna con la caída de Jerusalén. Asimismo menciona que Cortés, en las arengas a la topa, comparó sus gestas con las de los romanos,* pero en la historia que escribe, Bernal Díaz es inmune a la conciencia de su propio quehacer literario: le cuenta al lector, sirviéndose de frases modernas, cómo sucedió todo aquello. Prescott, que solía llamarle «un hijo simple de la naturaleza», también rindió homenaje a las cualidades de la narración del castellano. En lo que si duda fue uno de los primeros ejemplos de este tipo de comparación literaria, Prescott lo compara con la fotografía, o mejor dicho, con la técnica del daguerrotipo: «Retrata las escenas de la vida real. [Bernal Díaz] es a los cronistas, lo que el autor del Robinson Crusoe es a los novelistas. Nos lleva al interior del campamento, nos apiñamos junto a los soldados alrededor del fuego de campaña, les seguimos en sus duras y penosas marchas, escuchamos lo que cuentan y sus murmuraciones, escuchamos sus planes de conquista, sus esperanzas, triunfos y decepciones».**

No es más que precisamente eso. Díaz no sólo nos cuenta bien su extraordinaria relato (con todas sus digresiones y repeticiones); humaniza a los conquistadores, al referirse de vez en cuando a ellos por su nombre o diciendo «no atino a recordar su nombre», y los individualiza de manera informal. Cortés es un caudillo ejemplar aunque taimado. Fray Olmedo, el sacerdote humanitario que acompaña a la expedición, a veces sabe contener con sensatez el afán iconoclasta de los soldados. Pero en

* Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, pp. 405, 131.

** Prescott, *The Conquest of Mexico*, libro IV

la crónica de Bernal Díaz aparecen también figuras más humildes: un mosquetero, el vizcaíno Heredia, que tenía tan «mal gestado» que, según Cortés, los aztecas le iban a tomar por uno de sus ídolos;* el español que encuentran en la costa de Yucatán convertido en un nativo más y que se negaba a regresar con su propia gente y sobre el que Bernal Díaz se despacha sin censura.** El incompetente nigromante y astrólogo que hace aflorar en Díaz un toque homérico inusitado y sin duda inconsciente: «Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología que también allí murió con su caballo».*** Luego nos habla del soldado, un hombre gentil, aunque «no se le entendía mucho», que al serle ordenado que montara la guardia del emperador encarcelado, gritó «¡oh pesia tal con este perro!, que por verle a la continua estoy muy malo del estómago, para me morir».**** Luego está el propio Moctezuma, a quien describe con respeto y simpatía, y entre los aztecas corrientes están el gordo cacique y su fea sobrina —Bernal Díaz, sin embargo, describió a menudo a las mujeres mexicas como hermosas y tomó a una de ellas por compañera— que Cortés tuvo que recibir como un obsequio «con alegre semblante».***** Vale la pena señalar que los hijos de raza mestiza nacidos para ser los dirigentes, entre ellos los hijos de Cortés, fueron afiliados, tal como Prescott no se olvida de señalar, a la aristocracia española.

Díaz sorprende al lector tanto por insensible como por su humanidad. Da la impresión de ser un hombre tolerante que aceptaba a los seres humanos tal como los encontraba, que se compadecía de Moctezuma, y que se sentía consternado como todos los demás españoles, al ver los sacrificios de seres humanos ofrecidos a los «ídolos» de los aztecas. Es un sello de la munificencia y la dignidad de Moctezuma, que Díaz transmitió, que el lector como el propio emperador se escandalice cuando Cortés le pone los grilletes. Cuando lo matan —Díaz lo cuenta de pasada, en medio de una insurrección del pueblo azteca contra los invasores—, los españoles lamentan la pérdida de una manera natural y sencilla: «Y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados; e hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llo-

* Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de Miguel León Portilla, 2 vols., Dastin, Madrid, 2000, vol. 1, cap. XLIX, p. 190.

** *Op. cit.*, vol. 1, caps., XXVII-XXIX.

*** *Op. cit.*, vol. 1, cap., CXXVIII, pp. 463, 470.

**** *Op. cit.*, vol. 1, cap., XCVII, p. 358.

***** *Op. cit.*, vol. 1, cap., LI, p. 196.

rado fue como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era; y decían que había diez y siete años que reinaba, y que fue el mejor rey que en México había habido y que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó».* Por otro lado, Díaz no se arrepiente, y rebate la posterior condena pronunciada por Bartolomé de las Casas acerca de la masacre perpetrada sobre un gran número de indígenas que quizá no sin razón eran sospechosos de traición a los ojos de los españoles. El argumento de Díaz es doble: la conquista estaba justificada —de hecho, era una cruzada— y la masacre fue fundamental para la supervivencia del ejército, pues sin ella no habría habido conquista. Prescott insiste de una manera coherente en que esto debía juzgarse en función de los criterios y las ideas del siglo XVI y no aplicando los del siglo XIX, al tiempo que admite que hubiera bastado una represalia más selectiva y comedida.**

Prescott, si bien ofendió de manera inevitable a los descendientes de los dos pueblos, sorprende al lector por su encomiable sensatez. Prescott no era un puritano. Había aprendido durante sus viajes por el sur de Europa a respetar el catolicismo. Y ello le salva de caer en el insistente y agresivo provincialismo (pese a recibir en parte una educación en Alemania y ejercer una carrera diplomática) que desfigura *The Rise and Fall of the Dutch Republic* la obra que otro historiador, estudioso del siglo XVI y formado en Harvard, John Lothrop Motley había publicado en 1855. En la tolerancia caballeresca de Prescott se percibe el sabor de la Ilustración del siglo XVIII desprovista de su fervor iconoclasta: utiliza, por ejemplo, libre y abundantemente el término «filosófico». Su propia postura hacia la conquista es equidistante del triunfalismo cristiano, del anticatolicismo instintivo de los protestantes, de la arrogancia racial del siglo XIX y de la oposición contemporánea por principios al imperialismo. A aquellos que consideraban como una falta que su obra no esté escrita con una fiera parcialidad en nombre de cualquiera de aquellas cosas, Prescott tenía una respuesta a punto, aunque se la dirige a sí mismo, en sus *Notebooks* (*Cuadernos*) «Nunca invoques grandes palabras; es ahistórico, afilosófico y acaballeroso». Los tres adjetivos, devueltos a su forma positiva sirven para caracterizar a Prescott. Para él la conquista es un logro extraordinario y una aventura a la que no duda en calificar de «épica» y «novela de caballerías», pero que al mismo tiempo significa la destruc-

* *Op. cit.*, vol. I, cap. CXXVI, p. 460

** W. Prescott, *The Conquest of Mexico*, libro III, cap. VII

ción de toda una cultura y un pueblo, aunque se preocupa de no valorar más de la cuenta lo alcanzado en la escala de las civilizaciones por los pueblos de México.

Prescott, sin embargo, no tiene aversión a juzgar: era del riguroso culto a la «objetividad», con su práctica de no juzgar y suspender el juicio, aún no había llegado al mundo de la historiografía. Tal como hemos visto, considera los criterios del siglo XVI como los más relevantes cuando se trata de valorar y enjuiciar la conducta de los hombres en el siglo XVI. Pero, por otro lado, tampoco deja que los horrores de los sacrificios humanos le cieguen cuando contempla las creencias que los provocaban o ante el hecho de que cientos de miles de los súbditos de Moctezuma llevaran vidas en apariencia tradicionales, pacíficas y confiadas, que la conquista española iba a aniquilar y que hubieran sido muy preferibles para el futuro, tanto para ellos mismos como para sus descendientes, como súbditos sin querer católicos de Carlos V y Felipe II. Los valientes aliados mexicas de Cortés en la campaña que le lleva a enfrentarse contra el imperio azteca son inocentones patéticos, que colaboran sin saberlo en la destrucción de su autonomía relativa y su cultura.

La ecuanimidad o la tolerante imparcialidad de Prescott se halla unida con otra cualidad que ha resultado ser aún más controvertida, muy admirada en el siglo XIX, pero a veces menospreciada con severo rigor en el siglo XX: la conciencia de la calidad y las reglas literarias de su escritura, precisamente aquella calidad de la que la crónica de Bernal Díaz estaba del todo desprovista. Las notas de Prescott dejan ver que para él la manera importaba tanto como la sustancia, y que, si bien se había sentido atraído de manera natural por la conquista como tema a través de la obra anterior que había escrito sobre la historia de España, lo cierto es que también le atrajo porque era un tema de grandes posibilidades épicas y pintorescas. Al comparar su propia obra con la que Washington Irwing escribió sobre Cristóbal Colón, dijo de su propio proyecto que era «el tema más poético que nunca hasta entonces se había ofrecido a la pluma de un historiador». No tenía intereses personales creados, pero la lectura de la autobiografía de Gibbon le había inspirado la idea de ser historiador y en su prosa abundan los ecos que recuerdan la pluma del autor *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*. Asimismo le encontramos pensando y dándole vueltas al modo en que Livio narró la travesía de los Alpes por Aníbal, que también parece reverberar en *The Conquest of Mexico* (*La conquista de México*). Recuerda la necesidad de diversificar la historia militar con

la descripción del magnífico y pintoresco paisaje a través del que avanzaban los españoles; descripciones fidedignas de los diversos restos arquitectónicos, de los productos vegetales, las montañas, las ciudades, etc., comparados, además, con su situación actual, permitiendo una variedad amena e instructiva, y dando vida y color a la imagen; la descripción del palacio de Moctezuma, las ceremonias de la corte, el modo de vida, los jardines del emperador, las colecciones de historia natural, etc.; la ciudad de México, sus edificios, mercados, las costumbres de su población, etc.

El lector moderno, conocedor del hecho que la historia de Prescott fue escrita casi a mediados del siglo XIX, es bastante probable que detecte algo que parece anticuado, propio del «siglo XVIII», en el estilo de Prescott (por ejemplo, «ameno e instructivo»). Hay indicios de que era consciente de ello, de manera especial en lo referente a William Robertson, el que fuera su gran predecesor en la narración de la conquista (aunque lo hizo de un modo mucho más sucinto). En su dietario anotará «Cuidado con Robertson» para tenerlo en cuenta. «Nunca mirarlo hasta que haya modelado el tema en mi mente y lo haya vertido en el lenguaje. No debo heredar de él mi modo de escribir.» La admonición, sin embargo, no obtuvo quizá todo el éxito que esperaba. Prescott había nacido en el siglo XVIII, y en las primeras décadas del siglo XIX la literatura estadounidense aún estaba bastante adocenada por los modelos ingleses —y escoceses— del siglo XVIII. Los comentaristas del siglo XX no se lo pasaron por alto sin exponer enérgicamente sus objeciones. En realidad no queda claro, sin embargo, por qué debería preocuparnos que un autor que escribió hace siglo y medio se parezca a veces a uno que lo hizo hace dos siglos; será porque tal vez parece poco americano.

Prescott hace un uso de la conjunción *«or»* muy al estilo de Gibbon tanto para señalar una antítesis como para introducir una duda o una matización: «La religión, o para decirlo correctamente la superstición de Moctezuma...».* La cursiva, asimismo, aparece como de forma característica lo hace Gibbon para insinuar la duda: «Seis mil víctimas *dicen* que eran ofrecidas cada año en aquellos sanguinarios templos».** El comentario que Prescott hace de la religión de los aztecas se evidencia cierta altivez muy al estilo de Gibbon. En un principio, los españoles la consideraron como adoración al diablo, pero

* W. Prescott, *op. cit.*, libro II, cap. VI.
** *Ibid.*

antes de que hubiera transcurrido un siglo, los descendientes de aquellos mismos españoles discernieron en los misterios de la religión azteca los rasgos, en realidad oscurecidos y desfigurados, de las revelaciones judía y cristiana. Tales eran las conclusión opuestas a las que llegaron el soldado inculto y el erudito. Un filósofo no contaminado por la superstición, puede que dudara bastante antes de decidir cuál de las dos era la más extraordinaria.*

El que escribía estas líneas era aún el «historiador filosófico» cuyo arqueo de cejas al verter las últimas palabras es un gesto directamente heredado del siglo XVIII. En otros lugares, Prescott parece hacer variaciones sobre una célebre antitesis de Gibbon («resistir era fatal, y huir era imposible»):** al contar cómo el ejército de Cortés parecía haber quedado atrapado de modo «que luchar o huir parecían cosas igual de difíciles».***

La majestuosidad neoclásica de la prosa de Prescott la hace adecuada para dejar constancia del esplendor y grandiosidad de la capital de los aztecas así como del refinamiento, el lujo y el ceremonial que rodeaba a Moctezuma. Prescott no dejará, sin duda, pasar la oportunidad de establecer analogías con Oriente, y entre ellas la referencia clásica al «afeminamiento»:

> Alrededor de los edificios se extendían vastos jardines llenos de arbustos de olorosas fragancias, flores y sobre todo plantas medicinales ... En este laberinto de flores de suaves perfumes, se distinguían unas fuentes de agua fresca que lanzaban al aire sus caños relumbrantes y extendían sobre las flores su almo rocío. Diez grandes estanques de agua, llenos de peces, ofrecían en sus bordes un lugar de retiro a diversas especies de aves acuáticas cuyos hábitos eran tan cuidadosamente consultados que algunos de los estanques contenían agua salada ya que era la que más gustaban de frecuentar. Una calzada embaldosada de mármol rodeaba aquellos espaciosos estanques de los que sobresalían unos pabellones ligeros y fantásticos que dejaban entrar las perfumadas brisas de los jardines y que ofrecían un delicioso refugio al monarca y sus amantes en los calores sofocantes del verano.
>
> Este lugar, con una antigüedad de varios siglos en la época de la conquista, hoy no es más que una jungla enmarañada que un espeso manto de arbustos silvestres en el que el mirto mezcla sus satinadas hojas de un color verde oscuro con las moras rojas y con el follaje delicado del pimentero. Qué otro lugar habrá más adecuado para evocar los recuerdos del pasado

* W. Prescott, *op. cit.*, libro IV, cap. III.
** Edward Gibbon, *Decadencia y caída...*, cap. III.
*** W. Prescott, *op. cit.*, libro III, cap. VI.

que aquel donde el viajero, sentado bajo estos majestuosos cipreses revestidos de un musgo secular, puede meditar sobre los tristes destinos de las razas indias y del monarca que antaño se entregaba a sus deleites cortesanos bajo la sombra de sus ramas.*

Para los aztecas eran los españoles quienes resultaban maravillosos, y Prescott sabe captar el sobrecogimiento y asombro que aquellos inspiraban como, por ejemplo, cuando construyen naves de vela para asediar Tenochtitlán y son avistadas por primera vez deslizándose por la laguna que rodea la ciudad: «Era un espectáculo nuevo para los simples nativos que miraban maravillados aquellas naves gallardas, que agitando sus velas cual aves acuáticas sus albas alas, parecían saltar levemente sobre las aguas».**

Si en algún momento el gusto por los tropos y la dicción al estilo del siglo XVIII resultan innegablemente tediosos es cuando Prescott se sirve de ellos para describir la batalla y el derramamiento de sangre, un momento en que el peso de las convenciones pasadas recae en la narración. En cambio, como era previsible, Bernal Díaz precisamente es bueno —minucioso, realista, marcial— cuando se trata de hacerlo. Y lo hace especialmente bien cuando se trata de expresar el agotamiento provocado por un combate prolongado así como el terror que le precede. En otros aspectos, el nivel de Prescott incluye efectos que no se hallan al alcance o dentro de lo que Bernal Díaz podía aspirar.

Uno de estos efectos, como ya hemos tenido oportunidad de ver, es la perspectiva histórica y en su seno un sentido más pleno del patetismo de la situación de los aztecas, de la que Díaz sólo deja constancia, cuando bajo sus propios ojos, afecta a un individuo y a un monarca, Moctezuma. Asimismo, la sensibilidad hacia las cualidades sublimes y pintorescas del paisaje que forma el marco es, tal como también hemos visto, una cualidad que Prescott cultiva a propósito, pero asimismo marca cambios en la sensibilidad europea en los trescientos años transcurridos entre la época en que Díaz vivía y la de Prescott. Por su parte, Prescott trabajaba con las categorías de lo sublime y lo pintoresco, que habían sido elaboradas durante el siglo XVIII. Díaz responde a los jardines y las flores, a la abundancia y la vida holgada y al hacerlo no es sólo un soldado, con ojo para el confort, sino un hombre de su época. Un paisaje sublime es desapacible y

* W. Prescott, *op. cit.*, libro IV, cap. I.

** W. Prescott, *op. cit.*, libro VI, cap. IV.

peligroso, y su apreciación, que empezó en el mundo antiguo, es fundamentalmente hipercivilizada. Prescott se deleita, de un modo en que Díaz no lo hace, mostrando los paisajes que poco a poco se abren ante los hombres de Cortés: la vegetación característica, o la ausencia de la misma, de los diversos microclimas creados por diferencias de altitud y precipicios que permiten entrever la profusa vegetación del fondo de los valles. (Prescott se inspiró en la reciente obra del geólogo y geógrafo Alexander von Humboldt para algunas de las descripciones de paisajes.) En su marcha el ejército cruza los áridos vestigios de actividad volcánica:

> Abriéndose paso por este paraje de desolación, el camino a menudo los conducía por los bordes de los precipicios, en cuyas profundidades de seiscientos o novecientos metros, cortadas a pico, con la mirada encogida se puede contemplar otro clima y ver la vegetación de los trópicos con sus colores encendidos calzando el fondo de los barrancos.*

Luego estaban las vistas panorámicas, sobre todo la que los conquistadores tuvieron al divisar por primera vez la capital de los aztecas. Cuando se aproximan a Tenochtitlán, Bernal Díaz no puede por más que expresar su propia sensación de incapacidad para describirlo y echa mano de una analogía de la popular novela *Amadís de Gaula*:

> ...nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro del agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que aquí si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas como vimos.**

Para Prescott, lo maravilloso empieza con la vista panorámica de la ciudad a lo lejos

> Se elevaba la hermosa ciudad de México, con sus blancas torres y templos piramidales —la «Venecia de los aztecas»—, descansando como si dijéramos en el seno de las aguas. Por encima de todos estos monumentos, se alzaba la colina real de Chapultepec, la residencia de los monarcas mexica-

* W. Prescott, *op. cit.*, libro III, cap. I.

** Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, cap. LXXXVII, pp. 310-311.

> nos, coronada por el mismo cipresal cuyos gigantes cipreses que aún hoy proyectan sus alargadas sombras sobre la tierra plana. A lo lejos, más allá de las aguas azules de la laguna y casi tapada por la fronda de en medio, se columbraba en un punto brillante la capital rival de Tezcuco, y aun más lejos, el oscuro cinturón de pórfido que ciñéndolo rodeaba todo el valle...*

Prescott es prolífico en el uso de este tipo de efectos y, como pretendía, estos efectos dieron a la historia que escribió sobre la conquista de México parte de su carácter y atractivo. Otro paisaje, las tierras inexploradas de América del Norte, cuyo conocimiento en los siglos XVII y XVIII se hallaba prácticamente limitado por el río Mississippi, iba a convertirse en el escenario predilecto de las historias escritas por el otro gran historiador americano del siglo XIX.

Puestos avanzados en las tierras inexploradas: historia del Gran Oeste de Parkman

La tierra misma, aquello que a menudo se designa sencillamente como «el bosque», fue la principal fuente de inspiración de Francis Parkman, el joven contemporáneo de Prescott que también había nacido en Nueva Inglaterra. La tierra era más dominante que en Prescott porque en las vastas inmensidades del Norte no había ninguna civilización indígena inesperada en la que la atención del historiador y la del lector pudieran centrarse. En cambio los bosques estaban poblados tanto por nativos como por europeos o medio europeos: cazadores y tramperos, los *coureurs de bois* que en su mayoría eran de origen francés. Tal como Parkman deja claro, desde los años de su infancia que pasó en los bosques se sintió fascinando tanto por ambas cosas. Entre aquellos moradores de los bosques estaban los nativos y los misionero católicos, así como los comerciantes franceses que fueron los primeros en explorar el territorio siguiendo sus sistemas fluviales, desde el río San Lorenzo y los Grandes Lagos al norte hasta el golfo de México al sur. Parkman reconoció que los granjeros pioneros descendientes de ingleses en el oeste de Pensilvania, Nueva York y Virginia como colonos llevaban más tiempo y representaban el futuro de aquella tierra. Pero Parkman era un romántico y no un propagandista de las virtudes anglosajonas, y mostraba un interés mucho menor por ellos. Sa-

* W. Prescott, *op. cit.*, libro III, cap. VIII.

bía que su presencia significaba la destrucción de los bosques y del modo de vida de los indios, de una manera tan inexorable como Hernán Cortés y sus hombres lo había representado para la antigua civilización de México, y ello hacía que su sentir hacia los colonos fuera como mucho fatalista pero nunca entusiasta.

El intenso romance de Parkman con los bosques de América del Norte empezó en época temprana. Durante los períodos de vacaciones escolares en Nueva Inglaterra, y como estudiante universitario en Harvard, Parkman leía a los historiadores antiguos y pasaba tanto tiempo como podía en los campos de New Hampshire y Maine. La primera obra que publicó en 1849, muy distinguida, fue una crónica escrita en primera persona de la prolongada visita, físicamente agotadora, que realizó al Lejano Oeste, *The California and Oregon Trail,* habitualmente conocida como *The Oregon Trail* (*El camino de Oregón*)* (la referencia a California era un toque de actualidad en la época de la fiebre del oro). Esta obra fue uno de los libros de viajes más excepcionales del siglo XIX junto con los *Travels in Arabia Deserta* que C. M. Doughty publicó en 1888, obra con la que presenta algunas analogías. Parkman, pese a tener una mala salud crónica que le perseguía —y, al igual que Prescott, tenía entre sus males problemas de vista graves— vivió durante algunas semanas entre los indios, que aún conservaban su modo tradicional de vida.

En sus obras históricas, deja claro que a menudo se basó en esta experiencia, aunque los indios que describe no eran los jinetes cazadores de búfalos de las padreas que había visto en persona, sino los moradores de los bosques en la región de los Grandes Lagos así como en los valles de los ríos Ohio y Mississippi. En *El camino de Oregón* el lector llega a conocer a fondo a Parkman y sus actitudes: su concepción de la vida como lucha (antes de que hiciera su aparición el darwinismo, aunque a veces se percibe su posterior influencia). Su atracción por lo pintoresco aunque también por la miserable vida de los indios y sus características combinadas con una determinación a no idealizarlos; su propio estoicismo y la admiración por la valentía y la independencia en otros; la completa certeza de la deslealtad de los indios y su falta de determinación y metas fijas.

La *oeuvre* de Parkman empezó, si se nos permite la expresión, al revés. Su primer libro histórico, *The Conspiracy of Pontiac* (*La conspiración de Pontiac*) y fue publicada en 1851 y trataba de la insurrección in-

* F. Parkman, *El camino de Oregón*, Siete Noches, Barcelona, 2007.

dia contra los británicos, tras la victoria final que estos obtuvieron sobre sus rivales franceses en América del Norte durante la década de 1760. Después de una parte introductoria en la que describe el modo de vida de los indígenas y los caracteres de las diversas tribus, la páginas de *Pontiac* —nombre del jefe de los Ottawa de excepcional habilidad que lideró aquel levantamiento— pasan a considerar las dos potencias europeas que se habían enfrentado en América del Norte a lo largo de dos siglos, y las relaciones que cada una de ellas mantuvo con los pueblos indígenas: buenas en el caso de los franceses que en el oeste eran misioneros, tramperos y comerciantes y que se mezclaron libremente con los indígenas; y malas en el caso de los colonos británicos y del gobierno de la Corona, que, tras derrotar a los franceses, se mostraron arrogantes y carentes del mínimo tacto, lo cual fue le causa directa del levantamiento de la confederación de tribus indias que organizó Pontiac.

Los tres capítulos en los que Parkman hace un examen general de las relaciones franco-británicas durante el siglo anterior son una declaración inicial de intereses que condujo a la publicación de los posteriores siete volúmenes sobre la presencia de los franceses y los ingleses —pero sobre todo de los primeros— en América del Norte, desde el siglo XVI hasta la resolución final a mediados del siglo XVIII del conflicto que enfrentaba a las dos potencias. Estos volúmenes, excepto el dedicado a Pontiac y el último, fueron publicados en orden cronológico hasta 1892, un año antes de la muerte de Parkman. Entre medias publicó dos novelas y un libro sobre las rosas, flores en las que era todo un experto. Los títulos de cada uno de sus libros da cumplida cuenta de la naturaleza de la *oeuvre* histórica de Parkman: *Pioneers of France in the New World* (*Pioneros de Francia en el Nuevo Mundo*) publicada en 1865; *The Jesuits in North America* (*Los jesuitas en América del Norte*), publicada en 1867; *La Salle and the Discovery of the Great West* (*La Salle y el descubrimiento del Gran Oeste*), publicada dos años más tarde, en 1869; *The Old Regime in Canada* (*El Antiguo Régimen en Canadá*), que apareció en 1874; *Count Frontenac and New France under Luis XIV* (*El conde Frontenac y la Nueva Francia bajo Luis XIV*), publicada en 1877; *Montcalm and Wolfe* (*Montcalm y Wolfe*) publicada en 1884 y *A Half Century of Conflict 1700-1750* (*Medio siglo de conflicto, 1700-1750*) que apareció en 1892. El predominio de Francia entre los intereses de Parkman es evidente. A su entender, la magia de la historia americana, en la medida en que no moraba en los bosques ni en su pobladores indios, que seguían llevado su modo de vida inmemorial condenado a la extinción, era de los franceses, de los *coure-*

reurs de bois, que a veces se convertían casi en nativos y a los heroicos misioneros jesuitas, que fundaron puestos avanzados aislados en las tierras salvajes más remotas de las que fueron de los primeros europeos en explorarlas y en las que a menudo hallaron el martirio que buscaban, y cuya obra resultó ser a largo plazo tan frágil como los modos de vida tradicionales de los nativos. Parkman, sin embargo, no descuida la lucha entre las potencias europeas, que trata en especial desde el punto de vista de los gobernadores franceses de Québec.

Quizá el más interesante de los exploradores, ya que también fue el más ambicioso, Cavelier La Salle (1643-1687) no fue un sacerdote sino que al principio era un comerciante. Nacido en el seno de una familia burguesa de Francia, La Salle fue el primero en viajar desde los Grandes Lagos y seguir el curso del Missssissippi hasta el golfo de México, y soñó también con crear un vasto imperio francés en el oeste, unido por el río y con su puerto meridional en el Golfo, desafiando de este modo tanto a Gran Bretaña como a España. Sin duda es uno de los héroes de Parkman junto con los dos aristócratas gobernadores —y autocrátas— franceses, Champlain, a fines del siglo XVI, y Frontenac, a fines del siglo XVII, que establecieron una cadena de puestos avanzados a lo largo de los Grandes Lagos, así como los dos grandes soldados, Montcalm y Wolfe. Uno se sentiría tentado a añadir en esta lista a Pontiac porque, aunque no consigue su aprobación incondicional, Parkman admira en el nativo la fortaleza y las cualidades de estadista al tiempo que comprende la desesperación que le lleva a rebelarse. La conquista del Québec por los británicos y la capitulación ante ellos de toda la Nueva Francia fue para los nativos, tal como lo afirma Parkman, un «desastre rotundo y completo».

En sus comentarios sobre los colonos británicos y alemanes, que de manera lenta y esforzada fueron extendiendo los límites de las tierras cultivadas en el oeste de Pensilvania, Nueva York y Virginia, hacen evidente el respeto que tenía tanto hacia el espíritu de independencia de los colonos, en el que superan de lejos a los dóciles campesinos de la provincia del Québec con sus señores feudales, como hacia su obstinada perseverancia, algo que contrasta con la libertad sin compromisos de los *coureurs de bois*. Pero aquellos colonos carecen de poesía: «En cualquier aspecto de eficacia y resistencia, el canadiense se sentían lamentablemente inferior a su rival; en cambio, en todo lo que complace a la mirada e interesa a la imaginación le superaba con creces».* Entre los británicos no

* F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. III.

hay una gran visión como la del gobernador Champlain, ni sueños imperiales para todo un continente como los de La Salle. Y la imaginación de Parkman se siente estimulada por este tipo de héroes individuales y no por los colones, como sucede, por ejemplo, en aquel momento culminante en que, descendiendo en canoa por el río Mississippi, La Salle y sus compañeros notan no sólo cómo se acerca la primavera sino también la proximidad de un clima más cálido y meridional y, aun más, después de recorrer un millar largo de kilómetros y sufrir duras privaciones, sienten —al igual que los hombres de Jenofonte— la proximidad del mar:

> A cada etapa de su audaz y aventurado periplo, más se descubría el misterio de este inmenso Nuevo Mundo y más se adentraban en los dominios de la primavera. La luz brumosa, el aire cálido que invita al letargo, el tierno follaje, las flores que eclosionan, dejaban presagiar la vuelta de la vida de la naturaleza. Durante varios días más siguieron las contorsiones del gran río, en su tortuoso curso por las inmensidades de marismas y cañaverales hasta que el 13 de marzo [de 1682] se encontraron envueltos en una espesa niebla. No se distinguía ninguna de las orillas pero a la derecha escuchaban el retumbar de un tambor indio y los estridentes gritos de una danza de guerra.

Después de encontrar por primera vez indios que vivían en casas de barro cocido y tenían un templo en el que adoraban al Sol con sacrificios humanos, sabe que el final de su viaje está cerca.

> Mientras bajaba a la deriva por la turbia corriente, entre las orillas cajas y pantanosas, el agua a penas salobre se volvió agua salda y la brisa se fue haciendo más fresca con el aliento salino del mar. Entonces ante sus ojos se abrió el amplio seno del gran Golfo que sin parar lanzaba sus inquietas olas, ilimitadas, sordas, solitarias como si hubiera surgido del caos, sin una sola vela, sin algún signo de vida.

La Salle planta una columna que lleva las armas de Francia y una cruz, y proclama la soberanía de Luis XIV sobre aquellas tierras. El comentario de Parkman nos da a entender el carácter evanescente del sueño.

> Aquel día el reino de Francia recibió en pergamino una formidable adquisición. Las fértiles llanuras de Texas; la vasta cuenca del Mississippi, desde sus gélidas fuente en el norte hasta los bochornosos límites en el Golfo. Desde las frondosas sierras de las montañas Allegheny hasta los picos desnudos de las Rocosas, una región de sabanas y bosques, desiertos

resquebrajados por el sol y praderas cubiertas de hierba, avenadas por un millar de ríos, guardadas por un millar de tribus guerreras, pasaron bajo el cetro del sultán de Versalles; y todo en virtud de una débil voz humana, inaudible a media legua». (*La Salle*, XX)

Aun dentro de sus estrechas fronteras, el estado de la Luisiana no iba a seguir siendo francés a largo plazo. El río Missssissippi no se convertiría, como La Salle lo había bautizado en honor al gran estadista francés, en el río Colbert.

Parkman disfruta a todas luces con estas referencias al viejo mundo de Europa, al que La Salle regresa para equipar una expedición al Golfo por mar, que, al no encontrar la desembocaduras del Mississippi, se malogra lamentablemente en una costa inhóspita, donde el propio La Salle muere a manos de los amotinados. El frecuente recuerdo de la extraña conjunción de aquella tierra inmensa del oeste y las intrigas y formalidades de la corte francesa atrajeron la imaginación de Parkman. «Más de un galante caballero, más de un noble de Francia, pisó el negro mantillo y los musgos empapados del bosque con los mismos pies que habían andado apresurados por las alfombras de Versalles».* Parkman trabajó en los archivos de Inglaterra y Francia así como de América del Norte. Los libros como el suyo debían elaborarse en gran medida partiendo de fuentes primarias (cartas, memorias, despachos). En cierto modo Parkman fue también una suerte de pionero, una analogía que él mismo admitía. La estima hacia los franceses, aunque reconoce las conjunciones incoherentes de lo antiguo y lo nuevo, hace hincapié no sólo en la rigidez de la estructura social que trajeron consigo al Québec, sino también en su flexibilidad en las relaciones que mantienen con los indios y que se hace extensible al propio gobernador. El conde Frontenac (1620-1698) trató a los indios como un *grand seigneur* paternal y afable, y «tocado con las plumas y las pinturas de jefe indio, bailaba la danza de la guerra y entonaba voz en cuello la canción de guerra en las fogatas de sus aliados que se sentían encantados».** Entre los ingleses, William Penn disfrutaba de unas relaciones excepcionalmente buenas con los indios pero es difícil imaginarle en una situación similar. Los misioneros jesuitas se hallaban de una manera aún más sorprendente con un pie en cada uno de los dos mundos:

* F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. II.
** F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. III.

> Los vemos entre los helados bosques de Acadia, pasando apuros calzados con sus raquetas en la nieve, con alguna horda algonquina sin rumbo fijo, o agazapados en una cabaña de caza atestada, medio ahogados en aquel cubil cargado de humo y peleando con una jauría de perros por el bocado que les procura el sustento. De nuevo vemos al sacerdote vestido de negro vadeando los rápidos nevados del Ottawa, trabajando sin denuedo con sus salvajes compañeros para arrastrar la canoa contra las aguas bravas. De nuevo, radiante con sus vestiduras de su oficio sacerdotal, administra el pan del sacramento a las arrodilladas multitudes de prosélitos con sus caras pintadas y las plumas en la cabeza en los negros bosques de los hurones…*

Pero las tierras quebequesas del interior de Nueva Francia no había «ningún principio de aumento» de la población, en tanto que en los bosques «los salvajes no se hacían franceses, sino que los franceses se volvían salvajes». Entretanto, más al sur, los asentamiento británicos de manera lenta pero ininterrumpida fueron minando y socavando las inmensidades inexploradas, los «bosques en los que retumbaba el golpe de las hachas, negras agujas oscuras de humo ascendían de los incendios del otoño, anunciaban la multitud que avanzaba». En el valle del río San Lorenzo y a lo largo de la costa del Atlántico, «el feudalismo no tardó en formar contra la democracia, la propiedad contra el protestantismo, la espada contra el arado».** Pero, a mediados del siglo XVIII, los colonos británicos no habían más que empezado a franquear la barrera de las montañas Allegheny, de modo que las campañas del ejército británico en el oeste contra los franceses y los indios se liberaban apenas un poco más allá de los límites de Pensilvania y Virginia Occidental. Después de la victoria británica fueron los colonos de allí quienes, a parte de las reducidas guarniciones en los remotos puestos avanzados arrebatados a los franceses, fueron los más castigados por el levantamiento indio que instigó Pontiac, y los que más sufrieron sus horrores.

La situación más compleja se dio en Pensilvania, y Parkman la trata con una especie de humor macabro y una simpatía no carente de límites. Los hombres de las fronteras empujados por el destino que iban a correr sus familias y amigos, volvieron su ira y su odio contra los indios domesticados que habían sido convertidos al cristianismo y que vivían pacíficamente en la colonia. Cuando se llevó a estos indios a Filadelfia, bajo custodia para su propia seguridad, los hombres duros e indisciplinados

* F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. II.
** F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. II.

de la frontera provocaron un motín y trataron de tomar por asalto la prisión. Los cuáqueros fueron los que protegieron a los indios y en la historia de Parkman ocupan un lugar menos destacado porque son unos sentimentales que se muestran escépticos acerca de los relatos de las atrocidades que llegan de la frontera, y pacifistas que se muestran renuentes a organizar una fuerza de defensa contra el levantamiento indio. Los exasperados hombres de la frontera eran en amplia medida descendientes de los protestantes emigrados del Ulster cuyas combativas invocaciones de la Biblia, en las que clamaban por el castigo de los malvados, se enfrentan de manera descarnada con la interpretación rival que hacían los cuáqueros de las Sagradas Escrituras. Parkman adopta la actitud imparcial de «un estudioso de la naturaleza humana» (Prescott la hubiera calificado de actitud «filosófica») y deplora tanto «las atrocidades de la barbarie de los blancos», que a veces superan a las de los indios, y la absurdidad, a su juicio, del pacifismo (que a veces queda en entredicho) frente a las partes que contienden en la guerra india.*

Pero el relato del levantamiento al que Parkman puso el nombre de Pontiac —que es una figura, aunque impresionante, en amplia medida vaga y enigmática— es sobre todo el de los pequeños fuertes diseminados a lo largo de los Grandes Lagos que fueron inmediatamente asediados. Todos ellos fueron asaltados y las guarniciones que los defendían masacradas o hechas prisioneras, salvo el fuerte de Detroit que, abastecido desde la otra orilla del lago, resistió durante más de un año. Algunos de los prisioneros escaparon o fueron liberados más tarde y es a partir de sus relatos cómo Parkman obtiene gran parte de la información que utiliza, aunque el relato de la Detroit no conquistada es lógicamente más extenso y completo. Parkman pone su inconfundible talento descriptivo en relatar la difícil situación de aquellos pequeños grupos de soldados asediados —en su mayoría escoceses—, aislados y sin comunicación alguna con la civilización, así como en relatar la terrible experiencia por la que pasaron los soldados que fueron hechos prisioneros. El que escapaba se enfrentaba a la soledad, el terror, el hambre y la perplejidad, y Parkman sin duda se sirve de su propia experiencia a la hora de evocar lo difícil de aquella situación, rodeado por «miles de dificultades e impedimentos del bosque», que aún son más imponentes y tremendos en la oscuridad:

* F. Parkman, *Pontiac*, libro II, cap. VIII.

> Por fin, escucha el gorgojeo de un arroyo cercano y al volverse hacia él, se adentra en el canal lleno de guijarros, por miedo de que el blando fango y la madera podrida del bosque retengan los rastros suficientes para orientar el instinto de sabueso de los que le persiguen. Cuando el día amanece neblinoso y nublado, y él aún sigue adelante, su atención es atraída por la figura espectral de un antiguo abedul que, con su corteza blanca colgando a su alrededor, le resulta tristemente familiar. Entre los arbustos vecinos, un humo azul serpentea débilmente hacia lo alto y, para su horror y asombro, reconoce el mismo fuego del que había huido unas pocas horas antes.

Parkman prosigue entonces con la reconstrucción de las experiencias características del que se adentra sin conocerlo en el bosque, con la muerte y la tortura acechándole hasta que por suerte llega a un puesto fronterizo o «perece desesperado, siendo un magro banquete para los lobos».*

El bosque es para el indio su morada y sustento. «No aprenderá las artes de la civilización, y tanto él como su bosque perecerán juntos. Los rasgos adustos e inmutables de su espíritu suscitan nuestra admiración por su misma inmutabilidad».** Algunas de las referencias que Parkman hace al carácter y la apariencia de los indios crispan las susceptibilidades poscoloniales (le gustan, por ejemplo, «los ojos de serpiente»), pero vistas a la luz de los criterios de su época sus actitudes son complejas. Parkman hubiera dicho que se ajustaban a las inconsistencias del carácter indio, que deberían ponerse en la misma clase que «los otros enigmas del insondable corazón humano». Admira la «altiva independencia», la dignidad y la fortaleza de los indios. El indio no siempre se halla en primer plano, pero parece que para Parkman es la diana de todas las miradas: «describirlo es el propósito de la historia que sigue a continuación».***

No es posible ponderar la actitud de Parkman hacia el indio por separado y de manera independiente de la actitud que muestra hacia la civilización, y tanto una con otra parecen equívocas, incluso trágicas. Toda la vida es una mezcla de bueno y malo; la belleza y lo pintoresco a menudo entran en conflicto con la utilidad. Parkman habla, en una frase llena de elocuencia, de la «detestable belleza» de la serpiente del algodón. Las raíces culturales no se hallan en la historiografía anterior sino en la literatura del romanticismo europeo y norteamericano: en Byron y Scott,

* F. Parkman, *Pontiac*, libro II, cap. V.

** F. Parkman, *Pontiac*, libro I, cap. I.

*** *Ibid.*

que a menudo proporcionan los epígrafes para los capítulos de (*El camino de Oregón*), así como en Fenimore Cooper, aunque también consultó a Henry Schoolcraft, la autoridad académica en materia de los indios americanos. Sin embargo igual de poderoso es lo que uno se inclinaría a denominar darwinismo prospectivo. Se trata de una cuestión de sensibilidad así como de opinión. En *El camino de Oregón*, es decir, diez años antes de la publicación de *The origin of Species* (*El origen de las especies*), encontramos una estampa que lo confirma:

> Fui a tumbarme junto a un profundo y claro estanque que formaba el agua de la fuente. Un banco de pequeños peces del tamaño del alfiler jugueteaban en ella, unos con otros, amicalmente en apariencia, aunque observando con mayor atención, vi que se comían y devoraban entre ellos. Aquí y allá un pequeño ejemplar resultaba muerto, desapareciendo de inmediato en el estómago de su voraz vencedor. De vez en cuando, sin embargo, el déspota del estanque, un monstruo de cerca de tres pulgadas de largo, con ojos fijos y saltones y trémulas aletas y cola, salía lentamente de debajo del declive lateral. La lucha entre los otros cesaba entonces, dispersándose todos presas del pánico ... «Filántropos de blando corazón —pensé—. Podéis suspirar lo que queráis por vuestro anhelado pacífico milenio que, desde los más diminutos pececillos hasta el hombre, la vida no es sino un incesante combate»...*

No sorprende descubrir que Parkman no tenía ninguna simpatía por los abolicionistas de Boston que luchaban contra la esclavitud, y que era notablemente hostil a la campaña en favor del sufragio de las mujeres. Sus actitudes parecen tener mucho en común con las de Basil Ransom, aquel inflexible conservador oriundo de las tierras del Mississippi y personaje de la novela *The Bostonians* (*Las bostonianas*) de Henry James. Los lamentos y pesares cuya expresión Parkman en general reprimía con estoicismo, encontraban desahogo en la ironía. Al describir un afloramiento volcánico en el curso del Mississippi que antaño lucía adornado con una pintura india de lo que a los ojos de un jesuita que lo había visto era un «monstruo», Parkman añade en una nota a pie de página: «En 1867, cuando pasé por aquel lugar, una parte de la roca se había desplomado y en lugar del monstruo del que hablaba el padre Marquette, habían colocado un enorme cartel con una botella del estomacal "Plan-

* F. Parkman, cap. XIX, trad. cast.: *El camino de Oregón*, Siete Noches, Barcelona, 2008, pp. 379-380.

tation Bitters"».* En otras partes, al comentar los lamentables efectos estéticos de la erosión geológica en las inmediaciones de Minneapolis, habla de «los otros cambios igual de desastrosos, desde el punto de vista artístico» en la forma de la ciudad de Minneapolis, «que, en 1867, contaba con diez mil habitantes, dos bancos nacionales y un teatro de la ópera», mientras que la ciudad rival en la otra orilla alardeaba «de un recinto de aguas medicinales y una universidad estatal» y había dejado de ser pintoresca.** La civilización y el cambio geológico son igual de irresistibles. La primera tan a menudo percibida en el siglo XVIII como un precioso y a la vez frágil legado, ahora, según parece, pasa a ser una especie de fuerza gigantesca, cuyo rumbo viene marcado por la banalidad y cuyo mensaje es adaptarse o morir.

Si bien es estoico, Parkman no es ni mucho menos un escritor triste y deprimente. Algunos comentaristas del siglo XX, austeramente exigentes, encuentran que es un escritor en exceso exuberante. De hecho es un sensible artista literario, un maestro de la prosa evocadora y sensual. Como es lógico fue moldeado por el período en el que vivió, al igual que lo fueron Macaulay y Michelet, que transgredieron también las nociones posteriores y más adulteradas de la circunspecta moderación literaria. Las tierras inexploradas de América del Norte ya habían sido alabadas y celebradas. En las historias de Parkman son omnipresentes y esencial, y proporciona, más que cualquier otra cosa, la poderosa dinámica imaginativa de su obra.

HENRY ADAMS: DE LA REPÚBLICA A LA NACIÓN

La historia que se escribe en América sigue un curso conocido: desde la historia como una forma de composición muy literaria, escrita por hombres que son aficionados a las letras, hacia una creciente profesionalización y un compromiso con la objetividad a veces será calificado de «científico». La distancia que separa la obra de Prescott en la década de 1840 de la de Henry Adams en la de 1890 marca asimismo el camino recorrido en aquella dirección. También hay otra diferencia. Prescott escribió sobre la historia de un continente como si aun no hubiera sido colonizado por los europeos, Parkman de un continente en el que las colonias inglesas

* F. Parkman, *La Salle*, cap. V.
** F. Parkman, *La Salle*, cap. XVIII.

aún no se habían fusionado formando una unión política, en tanto que Adams escribiría sobre la historia inicial de la nueva república.

La historia escrita en inglés sobre la experiencia del Nuevo Mundo había empezado en el siglo XVII, en la época del primer asentamiento inglés. William Bradford, el primer historiador de la colonia de Nueva Inglaterra era asimismo uno de los que mandaban a los colonos cuando, en 1620, desembarcaron en el cabo Cod. Se trataba de un grupo de puritanos ingleses separatistas que habían huido de su país para vivir como una congregación piadosa y devota, que rezaba a Dios sólo de la manera que creían que Él había prescrito, sin que hubiera lugar para las corrupciones del mundo. Que fuera en América era casual, un último recurso: en un principio se había trasladado como congregación a Leiden, en los Países Bajos, pero si bien allí no eran perseguidos por causa de sus creencias religiosas, encontraron que les resultaba muy difícil procurarse sustento y evitar, en especial en el caso de los jóvenes, que fueran atraídos por la vida impía del mundo. Después de divisar finalmente tierra en América del Norte, Bradford se convirtió en su gobernador, aunque no, desde luego, en el sentido que después, cuando pasó a ser concedido por designación de la Corona, tendría ese cargo. Hombre poco docto pero no inculto, era un individuo claramente de talento y uno de sus talentos era ser historiador. Como es comprensible la conciencia que tenía de su identidad una comunidad como la suya, asentada en aquellas tierras por la voluntad colectiva de sus miembros, inspiraba un deseo a dejar constancia de las vicisitudes por las que pasaba y, sobre todo y pese a sus debilidades, de los actos de misericordia de Dios para con ella. Si bien *History of Plymouth Plantation 1620-1647* (*Historia de la plantación de Plymouth, 1620-1647*) de Bradford, fue consultada en forma de manuscrito por historiadores posteriores, de hecho no se publicó hasta 1912. El diario de John Winthrop, el primer gobernador de la colonia de Massachusetts Bay, que permaneció también mucho tiempo en forma de manuscrito, fue sin embargo publicado a fines del siglo XVIII bajo el título de *The History of New England from 1630 to 1649* (*La historia de Nueva Inglaterra desde 1630 a 1649*). El capitán John Smith escribió crónicas de la colonia anterior de Jamestown, Virginia, con el propósito de pregonar los atractivos de una colonización de América.

En cambio, *La historia de Nueva Inglaterra desde 1630 hasta 1649* es inequívocamente un historia o quizá sería preferible llamarla crónica, porque la obra de Bradford presentaba por fuerza de necesidad, algunas de las características de las crónicas monásticas de la Edad Media, debido a

su localismo y al estar obligado a centrar la atención en una comunidad estrictamente delimitada a la que una piedad que todo lo abarca le confiere una dimensión universal. Peter Gay la ha considerado «una genuina obra maestra». Después de dejar constancia del desembarco y de la desolación que aguardaban a los colonos, el libro de Bradford se vierte en los anales bien escritos de los asuntos de la colonia. Bradford escribe con elocuencia sobre las dificultades, cuya crudeza no hace más que acentuar la bondad de la providencia que preserva a sus santos: «Al haber cruzado así el vasto océano ... no tenían amigos que les saliera a recibir, ni hosterías en las que guarecer o refrescar sus curtidos cuerpos, ni casas ni mucho menos ciudades en las que retirarse en busca de socorro ... Además, todo cuanto podían ver era sólo una vasta tierra desolada y horrible, llena de fieras y hombres salvajes». Bradford quiere que los hijos de los colonos sepan «las dificultades con las que sus padres lucharon».

La colonia iba a ser la de un pueblo que vive conforme a la alianza con Dios. «Por los aquí presentes solemne y mutuamente en presencia de Dios, y unos de otros, [nosotros] convenimos y nos unimos todos juntos en un cuerpo político civil». Pero no se trataba de norteamericanos sino de ingleses, que tenían conciencia de ser un «pueblo reunido» piadoso y devoto. Cuando Winthrop esbozó aquella imagen que iba a convertirse en célebre, invocó esta concepción: «Porque debemos considerar que seremos como una ciudad en una montaña en la que se fijarán las miradas de todos los pueblos». Es decir, iban a ser ejemplares, pero lo sería como una comunidad de santos de Dios, que voluntariamente se había apartado y distinguido de los demás, pero aún no como habitantes ante todo de una nueva tierra. Hace más de medio siglo, en su estudio pionero *The New England Mind* publicado en 1953, Perry Miller demostró que hicieron falta varias generaciones para que esa conciencia de la propia identidad se convirtiera en una conciencia particular de la identidad americana. Con las inevitables desilusiones vino también la adopción de una dinámica histórica repetida, extraída del Antiguo Testamento, y aplicada a la historia de la colonia, en lo que Miller denomina las «jeremiadas». El pueblo se apartaba constantemente de la gracia y era azotada con igual constancia por la cólera de Dios. Este fue el modelo que, en cierto contarste con el providencialismo práctico y realista de Bradford, conformó la historia general de Nueva Inglaterra que, en 1702, escribió Cotton Mather el más prominente de los ministros calvinistas de la época.

En general se considera que la mejor historia sobre las crisis políticas de las décadas de 1760 y 1770 es *History of the Colony and Province of Massachusetts Bay* (*Historia de la colonia y provincia de Massachusetts Bay*) que escribió el gobernador del estado y destacado monárquico, leal a la corona británica, Thomas Hutchinson, que terminó su obra en su exilio de Gran Bretaña, como tantos otros hombres públicos que antes que él se convirtieron en historiadores. Este hecho es asimismo un recordatorio de que la guerra de Independencia tuvo algunos de los rasgos característicos de una guerra civil. Entre los que ensalzaron el período de la Independencia es más destacado habría de ser el ministro de la Iglesia Unitaria y profesor (y más parte rector) de la Universidad de Harvard, Jared Sparks (1789-1866). De su pluma salió una obra en doce volúmenes dedicada a la vida de George Washington que, en lo fundamental, era una edición de las cartas escritas por Washington. A partir de 1839, Sparks ostentó la primera cátedra de historia de Estados Unidos. Su trabajo no fue el de un historiador sino que más bien se decantó de manera necesaria por la acumulación de documentos y en servir de fuente inspiración y patrocinio de la historia que se escribía. Uno de sus discípulos fue Francis Parkman, que le dedicó su obra *Pontiac*.

El primer historiador de Estados Unidos, George Bancroft (1800-1891), fue un protegido de Sparks. A diferencia de Prescott y Parkman, Bancroft no era un hombre con una buena posición económica y durante su carrera ejerció un tiempo como profesor de historia en Harvard, después de haber estudiado en las universidades alemanas de Gotinga y Berlín, donde obtuvo un doctorado. Al igual que Motley, fue también representante diplomático del gobierno estadounidense en Londres y, más tarde, entre 1867 y 1874, en Berlín. Tuvo una carrera política como secretario de Marina. La historia que escribió llegó a abarcar finalmente un total de doce volúmenes que, publicados entre 1834 y 1882, gozaron de una impresionante popularidad. En términos políticos, Bancroft era un demócrata jeffersionano y su historia era un canto encomiástico de América como la tierra de libertad y democracia. Su máxima de según la que «la organización de la sociedad debe conformarse cada vez más al principio de la libertad» lo coloca firmemente entre los historiadores liberales que examinamos en el capítulo precedente. Sin embargo, Bancroft era un demócrata entusiasta, algo que en absoluto se podía decir de todos sus homólogos europeos. Para él era cierto que la voz del pueblo era la voz de Dios. El enfoque algo ingenuo, provincial y acrítico que dio a la historia norteamericana, si bien puede que le asegurara su popu-

laridad en el siglo XIX, produjo una inevitable reacción y su obra, aunque no estaba mal escrita, no tiene la eminencia literaria que le hubiera permitido estar por encima de las corrientes cambiantes de la moda ideológica y también de la historiográfica. Doce volúmenes —los historiadores estadounidenses del siglo XIX eran muy prolijos— son también más bien muchos para sus simpatizantes. La historia de Bancroft es sin lugar a dudas un monumento, aunque da la impresión que en un futuro inmediato seguirá siendo muy poco visitado.

En el caso del detallado estudio de Henry Adams, *The History of the United States of America During the Administrations of Jefferson and Madison* (*La historia de Estados Unidos de América durante las administraciones de Jefferson y Madison*) publicado originalmente en nueve volúmenes entre 1889 y 1891, y dedicado a la tercera y cuarta presidencias, sucede algo muy diferente y aún hoy es tenido en muy alta estima. Adams es un historiador de historiadores, y no lo decimos con ánimo de elogiar ni denigrar, sino simplemente como el reconocimiento de un hecho evidente. En un comentario que él mismo, con su característica ironía, hizo sobre el reducido número de copias que había vendido, señalaba que la historia se había convertido en una actividad aristocrática por la escasez de sus recompensas materiales. De hecho, el propio Adams se hallaba lo más cerca que en América se podía estar de ser un aristócrata hereditario: bisnieto bostoniano del segundo presidente de Estados Unidos y nieto de otro. La postura de exigente desilusión, presente en su autobiográfica *The Education of Henry Adams* (*La educación de Henry Adams*), confirmaban aquella imagen de sus orígenes patricios. Se ajustaba a la norma en el hecho de que su carrera incluía Harvard (formación y con posterioridad docencia), el paso por universidades alemanas y cuando su padre era allí embajador pasó un período en la embajada de Londres, aquel imán que atraía a los historiadores estadounidenses.

Adams empezó su carrera de historiador como medievalista y colaboró primero en un libro sobre la ley y las instituciones anglosajonas. El hecho de que escogiera la década de 1800 para centrar su magna obra en Estados Unidos ha llevado a pensar que requería cierta explicación. La idea de que lo hizo porque el período salía mal parado si se comparaba con la presidencia de su bisabuelo John Adams (1797-1801) ha sido, no obstante; rechazada. Se convirtió en un experto en el período a través de la edición de los artículos y escritos de un estadista al que admiraba mucho,

Albert Gallatin, que fue secretario del Tesoro con Jefferson y Madison, y que había desempeñado un papel importante en la negociación del tratado de Gante en 1814 que puso fin a la guerra con Gran Bretaña y que marca una suerte de punto culminante en la historia de Adams. A medida que Adams explora los principales episodios durante las dos presidencias, sobre todo la compra de la Louisiana a los franceses y el inicio de la guerra con Gran Bretaña, la narración se hace densa, intrincada y de largo alcance. En la parte narrativa principal del texto trata sobre todo de los temas tradicionales de una historia: la legislación y las luchas de los partidos, la diplomacia y la guerra. Al igual que hicieron Prescott y Parkman, trabajó en los archivos de Europa así como de Estados Unidos y la envergadura de los temas que escogió tratar le hicieron evaluar los motivos y las maniobras de figuras como Talleyrand, Napoleón y el primer ministro británico, Spencer Perceval, así como de los presidentes norteamericanos y de otros políticos. Trata de un modo tan experto las reuniones y disensiones en la Cámara de los Comunes británica como aquellas otras que tienen lugar en el Congreso estadounidense. El tono de su historia es de manera predominante ecuánime —no tiene nada que ver con Bancroft—, pero resulta innegablemente patriótico: establece una antítesis entre, por un lado, la energía estadounidense y la cada vez mayor voluntad de innovar, y, del otro, el conservadurismo y la rigidez de los europeos, una antitesis que se encarna en el símil de un socorrista británico con botas y coraza, mientras el estadounidense se asemeja a un boxeador profesional que sólo con lo esencial se encamina al cuadrilátero.

Para el lector no profesional, sin embargo, la parte más atractiva de la obra de Adams no es la narración que, con frecuencia ofrece de la experiencia de navegar por una complejidad impresionante aunque desalentadora, sino el largo prólogo, seguido por un epílogo más breve del mismo talante, en el que Adams examina en general el estado de la civilización norteamericana en 1800 cuya lectura aún resulta amena y provechosa. Presenta una analogía con el célebre capítulo en el que Macaulay trata del estado de Inglaterra durante el reinado de Carlos II, aunque en la comparación sale beneficiado Adams. El estudio general es mejor al estar exento del triunfalismo declamatorio en el que Macaulay envolvía de manera incongruente su ensayo de historia social. Asimismo recuerda a veces, aunque no de una manera por completo fortuita, la fórmula que Taine dio para la explicación cultural: *«race, milieu, momemnt»* [*«herencia, circunstancias y época»*], que en el caso de Adams sería herencia, tierra y oportunidad y desafío histórico actual. Adams compartía el deseo de Taine de ver

la historia como una ciencia determinista de la evolución tanto social como cultural. La sección conclusiva del prólogo, dedicada a los «Ideales estadounidenses» y la conclusión del epílogo que, bajo el título de «El carácter estadounidense» trataba de sopesar los avances realizados entre 1800 y 1817, a todas luces representan para Adams el broche y gran parte de la razón que había motivado todo aquel ejercicio: una vez caracterizados, los ideales y el carácter representan aquello que debe explicarse a través del estudio general y la historia. Se trataba de un esfuerzo, obligado es reconocerlo, difícil que no llegaría a consumarse del todo, pero el prólogo considerado en su conjunto —que se divide en una soberbia sección dedicada a las «Condiciones físicas y económicas», otra sobre las «Características populares» y tres más sobre el «Espíritu» respectivamente de Nueva Inglaterra, el Sur y los estados del centro— es, sin embargo, un genuino *tour de force*. Al principio la geografía domina las impresiones del lector, ya que según Adams la orografía no solo modelaba sino que interponía barreras impresionantes al progreso de la unidad nacional y la civilización estadounidense. Adams considera la tierra no desde un punto de vista romántico como haría Parkman, salvo en la medida en que existe cierto encanto en llegar a dominarla, sino como un abanico de formidables obstáculos, de los que encuentra múltiples ejemplos, que se oponen a la intercomunicación en el seno de la república recién fundada.

Adams hace hincapié en el carácter primitivo y provinciano de gran parte de la vida estadounidense. Basándose en su conocimiento de la Europa medieval, compara la situación de los colonos en los estados del oeste (tal como eran entonces) con la de los anglos y jutos en la Inglaterra antigua, mientras «incluso en Nueva Inglaterra, la alquería del granjero común apenas si estaba tan bien construida, era tan espaciosa o tan acogedora como la de un magnate coetáneo de Carlomagno». Si para Parkman la civilización a veces se presentaba como una especie de fuerza gigantesca o avasalladora, para Adams en 1800 parece más a un carro que traquetea por el basto suelo y cuyas ruedas a menudo se quedan clavadas en el barro. Estados Unidos, unificado desde un punto de vista político, era una sociedad sin pulir, cuyos elementos diseminados hacían que su carácter dispar resultara más evidente que su unidad. Incluso en el Este poblado desde hacía mucho más tiempo, las demoras, los riesgos y las dificultades del viaje entre las principales ciudades eran tremendos y la duración media de los viajes resultaba desalentadora: de Maine a Georgia siguiendo la ruta del correo regular más rápida se solía tardar veinte días. El «héroe» de esta parte del libro de Adams, e incluso, desde un punto de vista simbó-

lico, de la obra en su conjunto, era el barco a vapor que había diseñado Robert Fulton y que, en 1807, hizo su viaje inaugural. El barco a vapor traía consigo la promesa de un viaje cómodo y regular tanto para los pasajeros como para la carga a través de las grandes vías fluviales, los ríos y los lagos, de América del Norte. Por tanto conllevó unificación, la explotación eficiente de los recursos del continente en sus cubiertas. Adams no pudo abstenerse de prorrumpir en una carcajada triunfal: comparados con todo aquello «las barbaries medievales de Napoleón y Spencer Perceval tenían poca más importancia que las pendencias de Aquiles y Agamenón».

Sólo el final del prólogo y el de la sección dedicada al «Carácter americano» y situada al final de la obra son los únicos fiascos relativos en estos admirables estudios, a la vez minuciosos y fundamentales para la economía imaginativa del libro de Adams y las comparaciones y contrastes que establece. Como ensayista que trata de captar este fenómeno seductor pero escurridizo, Adams es resueltamente inferior a contemporáneos suyos como Walter Bagehot e Hyppolite A. Taine (por ejemplo, en sus *Notes sur l'Anglaterre* publicadas en 1862). Resulta sorprendente que no mencione en ninguna parte *De la démocracie en Amérique* (*De la democracia en América*), cuyos dos volúmenes Alexis de Tocqueville publicó en 1835 y 1840. En un intento por preservar una actitud de objetividad, Adams la mayor parte del tiempo se esconde detrás de las opiniones positivas y negativas de terceros, que yuxtapone pero apenas si consigue componer en una imagen satisfactoria. De él tenemos juicios diseminados pero no algo que guarde parecido con una síntesis o una interpretación nueva y coherente.

A la hora de considerar un logro tan extenso y en muchos sentidos tan impresionante como es la historia que Henry Adams escribió, puede que nos parezca perverso e injusto que nos basemos en una debilidad particular. Y en parte es cierto, pero hay pruebas de que estas secciones, relativamente breves y sucintas, lejos de ser marginales o periféricas era precisamente las más importantes para Adams. Son, por así decirlo, el campo de pruebas —como no podían serlo las estratagemas y las maniobras de los políticos a los que dedicó tanto más espacio— para una explicación histórica científica del desarrollo y evolución social a la que aspiraba pero de la que habló más de lo que la practicó. El entusiasmo de Adams por esta posibilidad y por el concepto en general de «ciencia», tuvo al parecer una serie de fuentes: el darwinismo, sin duda, pero a menudo también lo fueron Spencer y Taine, así como los intentos de Auguste Comte y de G. T. Buckle por elaborar una ciencia de la historia. Todo

ello redunda a veces en pronunciamientos solemnes aunque no especialmente lúcidos que no le caracterizan como historiador. A un amigo le escribiría «[la] historia es sencillamente el desarrollo social siguiendo la ley del mínimo esfuerzo». La «línea del mínimo esfuerzo» forma parte de la formulación general que Herbert Spencer hacía de la idea de evolución, pero no de la de Darwin. En su *History* (*Historia*), Adams, escribió que los grandes hombres de una época contribuían «de un modo más o menos inconsciente a alcanzar el nuevo nivel que esa sociedad estaba buscando». Para Adams había una relación conceptual entre «la historia científica» y las actividades del «hombre medio» lo que hacía de la historia de América del Norte un ámbito especialmente prometedor. Pese a su falta de entusiasmo por la democracia como forma política, escribió a Parkman que «el pueblo» era el único tema de la historia; que la psicología, la fisiología y la historia iban a poner de manifiesto su «necesario y fijo desarrollo» (esto mismo expresado, sin embargo, en un orden diferente resulta ser de nuevo la fórmula *«race, milieu, moment»* [*«herencia, circunstancias y época»*] de Taine).

Adams hizo una declaración más completa en el epílogo de su historia: «Si la historia debe convertirse en una verdadera ciencia tiene que aspirar a establecer sus leyes no a partir del complejo relato del renacer de las nacionalidades europeas, sino a partir de la evolución económica de una gran democracia». América del Norte ofrecía las mejores perspectivas para «la difusión de una sociedad tan grande, uniforme y aislada que respondiera a los propósitos de la ciencia». En ella el historiador científico podría estudiar «una sola sociedad homogénea... en condiciones de crecimiento no perturbado». Aparte de señalar que no es muy propio de una ciencia histórica evitar «la compleja historia del renacer de las nacionalidades europeas» (cuando constituye en gran medida su contenido moderno), reconocemos aquí una inclinación recurrente del siglo XIX a establecer una nacionalidad particular como norma —en este punto sería provechoso aplicar el concepto posterior de Max Weber de «tipo ideal»—, cuya historia constituiría el eje del desarrollo histórico y en relación con el que se pudieran identificar las desviaciones. Por ejemplo, encontramos precisamente esto en la *Histoire de la civilisation en Europe* (*Historia de la civilización en Europa*)[*] de Guizot y en la

[*] François Guizot, *Historia de la civilización en Europa desde la caída del imperio Romano hasta la Revolución Francesa*, F. Oliveres i Gasart, Barcelona, 1839; *Revista de Occidente*, Madrid, 1935; Alianza Editorial, Madrid, 1968.

History of Civilization in England (Historia de la civilización en Inglaterra) que Buckle publicó entre 1857 y 1861. En el caso de Buckle, no olvidemos que fue él quien trazó la analogía con la media estadística, es presentada específicamente como una base para la explicación científica histórica. Adams, en cambio, propuso Estados Unidos porque presentaba «el crecimiento constante de una vasta población sin las distinciones sociales que complicaban a otras naciones». («complicaban» parece aquí un término cuajado de contenido.) El resultado iba a ser «definir el carácter nacional», aunque no se puede decir que Adams llegara muy lejos por ese camino, aunque eso no significa que sus interpretaciones adolecieran de falta de buen juicio o de una estimación adecuada, sino sólo que no se hallaban en consonancia con el propósito más amplio y científico que proclamaba.

A partir de la década de 1880 en adelante la retórica de la «ciencia» se fue convirtiendo en un tópico de la historia. No todos los historiadores fueron más allá de definir la noción de «objetividad» hasta abarcar la de «leyes», como a todas luces Henry Adams quería hacerlo y lord Acton, en cambio, no. Pero el compromiso de Adams con la objetividad se estaba convirtiendo en una convención. El historiador, afirmaba Adams, «debería estudiar su propia historia con el mismo espíritu y mediante los mismos métodos con los que se estudia la formación de un cristal», con lo que quería decir por medio del examen detenido y objetivo de los documentos, tal y como hacían muchos de sus contemporáneos y también los más jóvenes. En realidad, si bien Adams, en general, adoptó una postura ecuánime y analítica y escribió una prosa comedida e incluso austera comparada con las de Prescott o Parkman, su *Historia* se halla lejos de la neutralidad objetiva de la cristalografía y puede que debamos alegrarnos de que así sea. Adams tiene una visión de los nuevos Estados Unidos, de sus dificultades y de sus potenciales, al igual que Parkman tiene una visión de los bosques norteamericanos. La compra de la Louisiana y la guerra con Gran Bretaña no son sólo los acontecimientos destacados en las dos presidencias cuya historia se propone contarnos, representan el futuro de Estados Unidos en el continente y una etapa vital en su unificación como nación.

La compra de la Louisiana, la negociación que Adams nos presenta como un tenso drama con aspectos entretenidos, dirimió al final la cuestión de quién —España, Francia o Estados Unidos— iba a dominar el continente en los territorios más allá del curso el Mississippi. La guerra con Gran Bretaña es para Adams la primera gran prueba de la identidad

como nación de Estados Unidos (aunque no es tanto la guerra en sí como la voluntad de aceptar la guerra antes que ceder a las pretensiones británicas de detener e inspeccionar los barcos norteamericanos y confiscar las cargas). Las medidas adoptadas contra Gran Bretaña, que de una manera selectiva y severa había dañado el comercio norteamericano, cuyo principal perdedor fue Nueva Inglaterra, situó a la Unión bajo una grandísima presión. (Adams, dicho sea de paso, escribió su obra después de la prueba, aún más severa, de la guerra civil.) Las negociaciones con Gran Bretaña fueron largas y tortuosas, y Adams las trata desde el punto de vista de ambos bandos. La resistencia de América del Norte y la guerra eran para el historiador la demostración que la nación existía y que la Unión podía actuar en defensa de su honor nacional y sus intereses vitales. Menos que eso hubiera sido vergonzoso y hubiera venido a demostrar que la república aún no había alcanzado la identidad como nación. En la caracterización de las actitudes estadounidenses a la hora de abordar la guerra, la neutralidad de Adams decía basta a cuantos anteponían el interés comercial de grupo al patriotismo. A todas luces se regodeó en todos triunfos que la guerra deparó, en especial con las acciones navales, y se mostró muy cáustico y mordaz sobre el modo de conseguirlos de los militares. Desde su punto de vista, la guerra era la culminación del proceso de no sentirse un inglés en América del Norte, de no sentirse miembros de un grupo de estados asociados, sino norteamericanos. El patriotismo, ni cándido ni descarado, si como un sentido de tener un destino continental, y un fuerte sentir la integridad de la Unión, son los grandes temas de fondo que subyacen a la historia que Adams escribió.

La atracción de Adams por la noción de «historia científica» como hemos visto, era sólo una aspiración que él compartía con algunos otros. Adams había nacido para ser un jerarca —aunque sería mejor decir un brahmán—, pero el mundo estaba cambiando y también su papel. Al final de su carrera docente en Harvard se comportó como un historiador «profesional». Se dedicaba a formar, por decirlo con una frase muy de moda —aunque Adams decía de una forma mucho más vistosa «hornada»— a los futuros historiadores.* Por entonces el número de profesores de historia en las universidades norteamericanas estaba creciendo con rapidez. En 1895 se empezó a publicar la *American Historical Review* y,

* Véase más arriba p. 527.

en 1893, Adams fue elegido presidente de la American Historical Association, cuando Frederick Jackson Turner señalaba que la frontera abierta había quedado ya cerrada y afirmaba la importancia central que había tenido en e proceso de conformación de la sociedad norteamericana. Pero Harvard estaba perdiendo su casi monopolio y la Johns Hopkins se convirtió otro vivero del nuevo profesionalismo. El propio Turner había crecido en Wisconsin y su célebre «tesis de la frontera» fue un reto socioeconómico a la noción anglocéntrica de que la democracia estadounidense había sido modelada por su herencia germánica e inglesa. Otro paso en el mismo sentido general lo daría Charles A. Beard con su herético *An Economic Interpretation of the American Constitution* publicado en 1913, en el que se interpretaba el movimiento hacia la independencia como una lucha contra la política económica mercantilista de los británicos y consideraba a los Padres Fundadores como hombres que en lo fundamental estaban preocupados por garantizar la propiedad privada contra las tendencias «igualadoras». A partir de la década de 1880 —una de las que marca el surgir de una profesión histórica— fue una época de «tesis». Una de las más destacadas fue *The Influence of Sea Power on History, 1660-1783*, que A. T. Mahan publicó en 1889 y que, de manera insólita en lo que a una obra de historia se refiere, iba a ejercer una funesta influencia para muchos casi imperceptible en la política europea del poder dado que alentó la determinación del káiser Guillermo II de dotar a Alemania con una marina de guerra capaz de desafiar a la de Gran Bretaña.

Las vidas de Prescott, Parkman y Adams cubren un siglo y medio (Prescott había nacido en 1796 y Adams murió en 1918). La secuencia que forman sus obra nos ha permitido examinar sucesivamente la conquista de México por los primeros colonizadores europeos (españoles); luego las tierras vírgenes de América del Norte, sus pobladores indígenas y los primeros exploradores europeos (franceses), y por último la aparición —lenta, parcial y a veces dolorosa— de una conciencia nacional estadounidense que Adams contempló aún en estado de gestación a principios del siglo XIX. Pero hay otra secuencia, en esta ocasión cultural, que afecta a las maneras en que la historia fue escrita. La obra de Prescott, más próxima al siglo XVIII, se puede describir de manera acertada como «neogibboniana» (Adams también admiraba mucho a Gibbon, pero la influencia resulta imperceptible). La obra de Parkman forma parte de manera inequívoca de la literatura del romanticismo, junto a Wordsworth, Scott, Byron y Lermontov, y en América del Norte en com-

pañía de Fenimore Cooper y Thoreau. Adams, el único profesor universitario de los tres, forma parte, con sus pronunciamientos acerca de la historia y en su carrera posterior, de la rápida profesionalización de la historia tanto en Europa como en América del Norte, que tiene lugar a fines del siglo XIX. Y es precisamente este rápido movimiento el que ahora debemos examinar de un modo más general, como la principal influencia que a partir de entonces se ejercería sobre el modo de escribir la historia.

[illegible]

[illegible] la tradición anglocéntrica de que la democracia estadounidense había sido moldeada por su herencia germánica e inglesa. Otro paso en el mismo sentido general lo daría Charles A. Beard con su famoso *An Economic Interpretation of the American Constitution* publicado en 1913, en el que se interpretaba el movimiento hacia la independencia como una lucha contra la política económica mercantilista de los británicos y consideraba a los Padres Fundadores como hombres que en lo fundamental estaban preocupados por garantizar la propiedad privada contra las tendencias igualitarias. A partir de la década de 1880 —una de las que vieron el auge de una profesión historiadora— fue una época de [illegible]. Una de las más destacadas fue *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, que A. T. Mahan publicó en 1890 y que, de manera insólita en lo que a una obra de historia se refiere, tuvo e ejerció una influencia [illegible] en la política europea del poder dado que alentó la determinación del káiser Guillermo II de dotar a Alemania con una marina de guerra capaz de desafiar a la de Gran Bretaña.

Las vidas de Prescott, Parkman y Adams cubren un siglo y medio (Prescott había nacido en 1796 y Adams murió en 1918). La secuencia que forman sus obras nos ha permitido examinar sucesivamente la conquista de México por los primeros colonizadores europeos (españoles), luego las tierras vírgenes de América del Norte, sus pobladores indígenas y los primeros exploradores europeos (franceses), y por último la aparición —lenta, parcial y a veces dolorosa— de una conciencia nacional estadounidense que Adams contempló aún en estado de gestación a principios del siglo XIX. Pero hay otra secuencia, en esta ocasión cultural, que afecta a la manera en que la historia fue escrita. La obra de Prescott, más próxima al siglo XVIII, se puede describir de manera acertada como neoclásica. (Adams también admiraba mucho a Gibbon, pero la influencia resulta imperceptible). La obra de Parkman forma parte de un [illegible] de la literatura del romanticismo, junto a Wordsworth, Scott, Byron y Lamartine y [illegible]

25

UN CONSENSO PROFESIONAL: LA INFLUENCIA ALEMANA

PROFESIONALIZACIÓN

En 1902 se inició la publicación de la obra colectiva en múltiples volúmenes *Cambridge Modern History*. El folleto informativo que escribiera lord Acton (1834-1902), en su condición de primer director de la obra, se hizo célebre por el compromiso que expresaba con la objetividad y el carácter impersonal a la hora de escribir historia: «Los autores de esta obra colectiva entenderán que … nuestro Waterloo deba satisfacer por un igual a franceses e ingleses, alemanes y holandeses; que nadie pueda decir, sin examinar antes la lista de los autores, dónde el obispo de Oxford [aludiendo a Stubbs] levantó su pluma y si Fairbairn o Gasquet —un cardenal católico—, Libermann o Harrison la retomaron». Los lectores puede que disfruten con esta evocación —de una ironía no deliberada— del anonimato y las colaboraciones en serie propias de los cronistas medievales, pero para los contemporáneos de Acton estas palabras significaban el súmmum de la modernidad en la escritura de la historia y la ética de la profesión histórica. (Lord Acton, dicho sea de paso, no fue un profesional en el sentido estricto, sino un aristócrata con medios propios que sólo al final de su vida enseñó en una universidad.) Pero aún más elocuente que el folleto fue la propia empresa, un compendio de la especialidad que contó con la participación de múltiples autores y dio testimonio de una fe en el carácter de colaboración y acumulativo, propio de una ciencia, que la historia había llegado a tener. En este sentido el ciclo de volúmenes era el resultado de varias décadas de una toma de conciencia creciente en Europa —y también en América del Norte— de los requisitos de rigor

y objetividad que se exigían y eran necesarios en la práctica especializada de la historia. Parecía que había llegado el momento oportuno de acometer aquel proyecto y que lord Acton era el editor ideal. Y lo era por su cosmopolitismo, por la amplitud y la profundidad reconocidas de su erudición así como por su hincapié a menudo manifestado en el tratamiento crítico de las fuentes como la característica distintiva de un historiador.

A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el desarrollo de una profesión dedicada a la historia en los países más avanzados formaba parte de un proceso más general de profesionalización y especialización a medida que se fue expandiendo la formación educativa de la clase media que, sin duda, creó también mayores oportunidades para las carreras docentes. La especialización era una reacción evidente e inevitable, aunque a veces deplorada, frente al rápido desarrollo del saber y el conocimiento, que asimismo eran una causa y una consecuencia del ideal de investigación. En las ciencias naturales revestía en ciertos casos una utilidad evidente que otras profesiones académicas especializadas llegaron a envidiar y reclamar una parte para sí, así como otras veces fue también repudiada con altivez. La historia, si bien era una práctica intelectual desde la antigüedad, careció hasta principios del siglo XIX, con la salvedad de unas pocas cátedras adjudicadas, de una firme base docente universitaria (y la Universidad de Gotinga fue la precursora). Se benefició de su estrecha vinculación, aunque a veces tuvo que luchar por su independencia, con disciplinas académicas más antiguas como eran los estudios clásicos y el derecho, y de este modo estuvo bien posicionada, comparada por ejemplo con la literatura moderna, la sociología o la antropología, para desempeñar un papel activo e importante en aquel mundo académico en expansión. La antigua tradición de la «historia pragmática», tal como la había promulgado Polibio,* podía ser renovada a fin de apoyar la idea de que la historia era útil en la educación de funcionarios, políticos y estadistas. Asimismo podía ser de utilidad como estimuladora del patriotismo, de la conciencia y el consenso nacionales, al oponerse las tendencias ultrarradicales y socialistas.

A fines del siglo XIX, el carácter de los estados industrializados más avanzados era cada vez más burocrático y, con variaciones locales, la organización de la enseñanza e incluso de la investigación formaba parte de esa tendencia. Con anterioridad en el siglo XIX, los gobiernos habían considerado un acto patriótico auspiciar y subvencionar la impresión y

* Véase más arriba p. 101.

publicación de manuscritos medievales que tuvieran relevancia nacional (hubo asimismo algunas publicaciones comerciales y privadas, como la edición que la Camden Society hizo de la crónica de Jocelin que Carlyle había empleado). La *Monumenta Germaniae Historica* fue el precursor reconocido y a veces envidiado, cuya publicación se inició en 1821, patrocinada por el estadista prusiano Karl von Stein (1757-1831). François Guizot, cuando fue nombrado en ministro en la década de 1830, estuvo en condiciones de impulsar una empresa similar en Francia. Las series de este tipo pasaron a ser en cierto modo escuelas de investigación y —no siempre exentas de dificultades— en forjadoras de criterios académicos comunes. Stubbs, por ejemplo, adquirió su formación académica trabajando como editor de documentos para un proyecto editorial inglés eqnivalente al prusiano, que conocemos como las *Rolls Series*.*

En Alemania el desarrollo y el prestigio de la historia como profesión docente y de investigación se hallaba más avanzado. Cambridge y en especial Oxford, donde se mantenía dominante la noción más antigua de la titularidad académica individual, análoga a la vida del clero, en la que muchos de los miembros del cuerpo docente de los *colleges* descollaron, fueron las que durante más tiempo se resistieron a la organización de las facultades de historia como jerarquías burocráticas en miniatura. Estas tensiones asimismo tendieron a coincidir, aunque no de manera absoluta, con las existentes entre modelos pedagógicos y de investigación para la profesión de la historia. En el continente así como de manera creciente en Estados Unidos y en las nuevas universidades provinciales inglesas, las relaciones entre profesores y estudiantes de investigación, es decir, con la siguiente generación de historiadores, tendían a ser más estrechas y más fundamentales para la propia imagen y la práctica de la profesión, aunque conservaban en una estructura por lo demás burocrática un elemento de clientelismo.

Si bien había asimismo profesionales auxiliares como archiveros, el núcleo de la profesionalización era el crecimiento del número de puestos retribuidos con un sueldo en las universidades y que combinaban docencia e investigación. Surgieron facultades de historia (en Oxford y Cambridge, a principios de la década de 1870, con un cuerpo docente inde-

* El título de esta colección era *The Chronicles and Memorials of Great Britain and Ireland during the Middle Ages*, recopilación monumental de las fuentes primarias y materiales históricos de las islas Británicas que fueron publicados en 255 volúmenes duante la segunda mitad del siglo XIX.

pendiente) más o menos autónomas —a veces, obre todo al principio, vinculadas a otras disciplinas— que cubrían la formación para la investigación. En Inglaterra, los exámenes escritos para poder obtener la licenciatura, con listas confidenciales de candidatos, permitieron controlar el plan de estudios a quienes los habían establecido. La existencia de este tipo de facultades universitarias de historia a la vez alimentaban y en cierto sentido presuponían un consenso profesional tanto sobre los criterios de investigación (requeridos para acceder al nombramiento de puestos) como sobre su presentación, con el mantenimiento de la sobriedad —algunos preferían decir grisura— y haciendo que fuera de rigor el uso del tono neutro. Los resultados de investigación eran presentados, por lo menos al principio, en las publicaciones académicas especializadas recién fundadas para tal fin, cuyos director estaban en condiciones de hacer que aquellos criterios se respetaran. De nuevo Alemania fue la precursora: la *Historische Zeitschrift* empezó a publicarse en 1859 y entre 1830 y 1892 se editó una publicación fundada en fecha anterior, el *Historisches Taschenbuch*. En 1876 se fundó la *Revue Historique* (después de 1870, la historiografía francesa estuvo profundamente influida por el ejemplo de Alemania). La *English Historical Review* empezó a publicarse en 1886 y, en 1884, se creó la American Historical Association y, un año más tarde, en 1895, aparecía el primer número de la *American Historical Review*.

El consenso no sólo acerca de cómo debía de escribirse la historia sino sobre qué trataba la historia no era precisamente fruto del entusiasmo, sino una norma de estricto cumplimiento para qnien aspiraba a ser profesional. A fines del siglo XIX y principios del XX, «historia» significaba ante todo historia política e incluía, en particular, la atención, en historia moderna, a las relaciones de los estados en el sistema internacional europeo. Asimismo incluía los orígenes jurídicos y constitucionales y, a medida que aumentó su prestigio, la historia económica. En este sentido, el historiador económico Wilhelm Roscher (1871-1894) fue el único historiador alemán a quien lord Acton atribuyó una importancia equivalente a la de Leopold von Ranke en el artículo sobre las «Escuelas alemanas de historia» que escribió para el primer número de la *English Historical Review*, y un especialista en historia económica, William Cunningham (1849-1919) fue uno entre el puñado de profesores universitarios de historia nombrados en Cambridge en la misma década con la tarea de preparar a los alumnos para los exámenes finales (Tripos) de historia de la facultad recién emancipada en 1872. Pese al ejemplo de Burckhardt, las relaciones entre la historia cultural y la social eran decididamente malas.

Para la mayoría de historiadores estas prioridades sin duda parecían evidentes por sí mismas, al igual que lo parecía que la historia, al adquirir reconocimiento y organización como profesión, había hallado su identidad. La larga historia de la investigación y la escritura de la historia que se había iniciado con Heródoto había llegado al final de su recorido: Clío se había dado a conocer y detentaba ahora una cátedra, probablemente en Alemania.

La retórica que en aquel período se empleó para expresar esto fue la de la «ciencia»: la historia, si se practicaba de la manera adecuada, era una forma objetiva y acumulativa de conocimiento, la acumulación de resultados de la laboriosidad y diligencia de muchos profesionales entregados a su quehacer. Sin duda muchos más sería doctos eruditos, pero la práctica histórica moderna era, como a veces se llegó a afirmar, el fruto de una «revolución copernicana» en la difusión de los criterios obligatorios para el examen crítico de las fuentes. Entraba dentro de lo razonable esperar que no hubiera nuevas revoluciones: no se podía ser más científico que la ciencia. Más allá de la exhortación generalizada al rigor crítico, la historia era demasiado ajena a los encantos de las teorías que pretendían abarcarlo todo como para que los resultados de la investigación produjeran consecuencias sísmicas en la teoría como las que, en cambio, si empezaban a notarse en la física a partir de Maxwell y hasta Einstein. ¿Cómo había llegado a instaurarse este consenso, esta opinión general compartida acerca del modo de estudiar la historia y, lo que era más problemático, acerca de lo que trataba específica la historia? No se produjo de manera parecida, después de todo, a cómo se alcanzaron los avances recientes que hemos considerado en el capítulo veintidós, con sus narraciones cargadas de dramatismo y una atención cada vez más centrada en «el pueblo» como protagonista de la historia. Para empezar a hilar una respuesta a aquella pregunta debemos centrar nuestra atención en Alemania.

El historicismo alemán: Ranke, Dios y Maquiavelo

A partir de los primeros años del siglo XIX, la erudición alemana y, en especial, la erudición histórica, disfrutó de un inmenso prestigio. La organización académica alemana y las obras a las que dio lugar fueron envidiadas y en cierta medida imitadas en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Vinculado de manera especial a este prestigio se hallaba la reputación de Leopold von Ranke (1795-1886), considerado el patriarca de la

profesión histórica alemana por su longevidad, su posición estratégica como catedrático de historia en Berlín, la distinción de sus alumnos y la impresionante calidad y volumen de su obra histórica (un total de sesenta volúmenes, en la edición completa). Su vida acabó abarcando prácticamente todo el siglo XIX, y cuando llegó al final de sus días, sus alumnos, aunque algunos se desviaron en cierto modo de los preceptos e intereses de Ranke, dominaban la profesión de la historia en Alemania.

La historiografía alemana estuvo modelada desde época medieval por el hecho de que, como en Italia, Alemania era considerada una nación pero no era un estado, pese a la base germánica del Sacro Imperio: en comparación con Italia, sin embargo, el poder del emperador y de los príncipes era mayor que el de las «ciudades libres». Alemania nunca fue sometida en su conjunto al poder de Roma, de modo que por aquellas dos razones el antiguo republicanismo cívico romano no podía tener las mismas resonancias que tuvo, en cambio, en Italia. La explicación que Tácito hizo de las tribus germánicas y sus aldeas se convirtió en la fuente documental antigua para la historia alemana. Los resultados son comprensibles: por un lado, una perspectiva imperial, la del cristianismo o de la historia universal, y, por el otro, un interés por lo local, que incluía otras cosas además de las ciudades: el principado o las instituciones básicas de la sociedad rural local en la que se creía que radicaban los vestigios de aquella libertad de los bosques germanos que Tácito había descrito.

Entonces, a mediados del siglo XIX, se produjo un hito decisivo, la crisis del liberalismo alemán después de que se hiciera evidente a partir del fracaso del parlamento pangermánico reunido en Frankfurt en 1848 que la unificación de Alemania, deseada con un ardor cada vez mayor, sólo se podría alcanzar a través del poder de Prusia o de Austria. La idea en primer lugar y luego, después de 1871, el hecho de la creación de un estado-nación alemán tuvieron una fuerza fascinante. El particularismo local era menos apreciado o, en algunos casos, menospreciado; se desecharon el universalismo del siglo XVIII y la Ilustración, así como la noción de un derecho natural que lo abarcaba todo y obligaba incluso a los estados soberanos. Un nuevo maquiavelismo y la *Realpolitk* —término que había sido acuñado en 1851 para expresar la idea de unificación por medio solo del poder, pero que llegó a legitimar la prosecución de metas nacionales a través de cualquier medio— pasaron a estar al orden del día. En la «escuela prusiana», que incluía a los discípulos de Ranke, Heinrich von Sybel (1817-1895) y Heinrich von Treitschke (1834-1896), la historia alemana pasó a ser considerada desde una perspectiva teleológi-

ca (como los liberales ingleses veían la historia de su parlamento), en la que la dinastía reinante en Prusia, los Hohenzollern, era el predestinado instrumento de la unificación. (Al canon de la escuela prusiana se debería probablemente añadir Carlyle, aunque sus criterios de erudición eran más irregulares y variables. En 1945, en el búnker bajo la Cancillería en Berlín, Goebbels leyó al *führer* su biografía del más destacado de los Hohenzollern, Federico el Grande.) Lord Acton hablaba de la escuela prusiana como «aquella guarnición de historiadores distinguidos que preparaban la supremacía tanto de Prusia como la suya propia, y que hoy por hoy —1886— han hecho de Berlín su fortaleza». Sin embargo, no todos los discípulos de Ranke siguieron este camino. Entre ellos se contaba figuras como los historiadores constitucionalistas medievales Georg Waitz (1813-1886), Rudolf von Gneist (1816-1895) y Reinhold Pauli (1823-1882), de una convicción y opiniones mucho más antiguas, en tanto que Burckhardt también fue un discípulo de Ranke aunque de los que se desviaron de la recta vía.

En el siglo XIX, después de la invasión napoleónica de 1806 en la que el estado prusiano se desmoronó, y luego del llamado «despertar nacional» de 1813 y la reanudación de la guerra contra Napoleón, la concepción del Estado pasó a ocupar un lugar central, aunque sin desplazar a la nación. Los eruditos *Volkish** habían considerado la idea de Estado con cierta aversión, al entenderla como una máquina desprovista de vida destinada a poner freno a la espontánea creatividad del *Volk* (pueblo). Las cortes germánicas del siglo XVIII tenían una clara orientación francesa en su cultura y los estados «ilustrados» considerados modélicos eran despóticos y muy racionalizados. No es de extrañar que los primeros en analizar la burocracia fueran pues los alemanes. Aun los admiradores del Estado se centraron en su artificio y eficiencia mecánicos. Sin embargo cuando, después de la «guerra de liberación» de 1813-1814, el concepto de nación se fue politizando cada vez más, la «idea de Estado» se recogió en el mundo del pensamiento romántico; el Estado tal y como lo concibieron Fichte y Hegel —encarnación de una vida ética del pueblo, un agente espiritual— se convirtió utilizando el término metafísico derivado de Herder no ya en una máquina sino una «Individualidad» histórica, el complemento del concepto herderiano de Nación, también una Individualidad única. Los dos conceptos alcanzaron una suerte de fusión en la idea de estado-nación.

* Véase más arriba p. 484.

La participación en el estado-nación no comportaba democracia o nada que se le asemejara, sino una intensificación de la conciencia de pertenecer a una entidad espiritual de orden superior, y la identificación con ella. El Estado representaba la identidad superior del individuo. De ahí que el Estado no fuera una mera pieza instrumental sino una realidad espiritual, una idea que cobraba conciencia de sí, que en el sistema europeo de estados, al competir y rivalizar con otros estados, con otras individualidades, en su búsqueda de la supervivencia y la consumación plena de su ser e identidad, se vigorizaba al tiempo que se adiestraba a través de aquellas relaciones de rivalidad. En ello hay ecos aún de la noción romana y maquiaveliana de los efectos vigorizadores del conflicto y de los peligros que comportaba la paz y la calma*. En lo que a Hegel respecta, en la última parte de la *Filosofía del derecho,* ** obra que publicó en 1821, era fundamental que el Estado, en la guerra, pudiera pedir a los ciudadanos el sacrificio de sus vidas. La guerra no era ya, como había sido en el siglo XVIII, un asunto de tropas mercenarias. El derecho del Estado a exigir la vida de los individuos era, según sostenía Hegel, la demostración definitiva de que el Estado no era sólo en un instrumento para su protección —la teoría del contrato— o para la producción de bienestar —despotismo ilustrado—, sino una entidad espiritual de orden superior al individuo. El hecho de exigirle la vida no era un acto de tiranía sino un sacrificio de sí, la sumisión a una voluntad superior a la propia y la participación en la vida de una entidad más alta, superior.

La fragmentación política de Alemania en una multiplicidad de estados era un hecho que fue irritando cada vez más a los intelectuales alemanes de credo liberal de la primera mitad del siglo XIX que aguardaban, con creciente impaciencia, el momento de la unificación. Heinrich von Treitschke (1834-1896), por ejemplo, llegó a contemplar en un determinado momento una invasión por Prusia de los estados principescos a fin de unificar Alemania mediante el uso de la fuerza. El concepto del estado-nación que lucha por hacerse plenamente realidad, como la suprema idea histórica de la modernidad pasó a ocupar un lugar fundamental en la concepción que los nacionalistas se hacía de la historia moderna de Europa. Muchos liberales alemanes habían hecho suya la etiqueta «nacional e Liberal» un importante adjetivo que daba nuevo sentido al nombre. La historia europea era el encuentro y la interacción de individuali-

* Véanse más arriba pp. 115, 341.

** Georg Wilhelm Friederich Hegel, *Filosofía del Derecho*, pp. 324, 325.

dades espirituales autónomas dotadas de vida propia. Alemania, sostenían —aunque no Ranke—, no podría convertirse en un actor pleno hasta que la nación estuviera políticamente encarnada en un único estado, cuya necesidad de realización estaba por encima tanto de los intereses de los ciudadanos individuales como de los dictados de un derecho internacional que se fundamentaba en el derecho natural.

Desde mediados del siglo XIX en adelante, en la obra de Ranke y de sus discípulos se percibía una renovada fascinación por la idea, formulada en la Italia del siglo XVI y desde entonces repetida, de la interacción de los estados europeos como un equilibrio inestable de potencias que llegó a ser considerada la tónica de la historia moderna de Europa. Gran parte de la obra de Ranke estuvo dedicada a examinarlo a partir del siglo XVI en adelante, empezando por su *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten* (*Historia de los papas en la era moderna*), publicada entre 1834 y 1837, y centrada en el período moderno temprano. Los estados considerados como individualidades en la historia eran para Ranke pensamientos en el espíritu de Dios, cuya presencia era percibida continuamente. Los pensamientos de Dios se detenían en «las grandes potencias», título que Ranke dio a uno de sus ensayos. Sin embargo Ranke no sólo no era filósofo, sino que afirmó la superioridad de la historia sobre la filosofía. No encontramos la metafísica que a todas luces en cierto sentido envuelve su escritura dispuesta de manera sistemática: «los planes del gobierno divino» a los que alude en la *Historia de los papas* permanecen implícitos nunca son expuestos en detalle, y son sólo vislumbrados por el historiador sin que nunca sean resumidos de manera abstracta como hizo Hegel en su filosofía de la historia. Y, sin embargo, a veces no puede hacerse caso omiso de ellos como sucede, por ejemplo, con una idea rectora como la de la existencia de individualidades históricas únicas. La labor de Ranke dedicada a reconstruir, sobre una base documental escrupulosamente investigada, aquellos que a su entender fueron los temas fundamentales de la historia europea se sostiene y apoya en la fe en estos puntos de acceso a la mente divina. El historiador, y sólo él, podía percibir la mano de Dios en configuraciones históricas únicas de acontecimientos y fuerzas. Este es el núcleo de lo que a veces se ha dado en llamar «historicismo» (*Historismus*). Ranke repudió de la teología hegeliana que encarnaba la idea de etapas sucesivas hacia una consumación final en la historia, que sólo la filosofía podía captar y discernir. Sin embargo, no disintió de la razón fundamental que según Hegel daba cuenta de la relación de poder entre estados; sin duda no reprobó la guerra.

El vínculo entre el compromiso con la erudición exacta y exhaustiva y la metafísica subyacente era la noción que afirmaba que el historiador no debía de preocuparse de las abstracciones sino de las entidades espirituales únicas, las individualidades concentradas como estados, que son los protagonistas de la historia de Ranke, y prestar atención a la textura densa de las relaciones que mantienen unos con otros. La comprensión de la historia no podía ser teleológica, orientada a un fin como pretendía Hegel, porque en cada época, como el célebre aforismo de Ranke afirmaba, era igualmente «inmediata a Dios» y por tanto requería una detallada investigación objetiva y no ser puesta en una secuencia (aunque la idea de «historia universal», a la que dedicó sus últimos años, fue siempre una presencia inquietante en la obra de Ranke). Este rechazo de la teleología histórica le hizo acercarse más a las ideas modernas que algunos de sus contemporáneos. En cambio no sucede así con la confianza, por entonces habitual, que Ranke depositaba en la posibilidad de la objetividad, de ver, según afirma en otro célebre aforismo, «*wie es eigentlich gewesen*» («cómo sucedió en realidad»).

Ranke dejó una *oeuvre* inmensa (que en su mayor parte no ha sido traducida al inglés) y si resulta difícil de resumir una opinión general actual sobre su figura y su obra, es porque quizá no la haya. Casi todos los aspectos de su obra parecen estar impugnados: su dedicación casi exclusiva a la historia política y, sobre todo, «diplomática»; el alcance real de su influencia; la importancia que tuvieron para él las nociones e ideas metafísicas o místicas; incluso la calidad de su prosa, que era muy apreciada por su distanciamiento casi olímpico. Lord Acton la calificaba de «*coulourless*», y tal vez al hacerlo en realidad le estaba haciendo un elogio. «Ranke es el representante —escribió en cierta ocasión— de la época que instituyó el estudio contemporáneo de la historia. Le enseñó a ser crítica, a ser imparcial (*coulourless*) y a ser novedosa. Nos lo encontramos a cada paso y ha hecho por nosotros más que cualquier otro hombre.» Aunque difícilmente podía ser un elogio cuando, en la reseña que publicó en 1867 de la obra de Ranke sobre la historia de Inglaterra, Acton afirmaba: «Escenas que Macaulay había hecho que fuera tan intensas como la poesía épica, son descritas con minuciosa insipidez», o decía de las últimas obras de Ranke que eran «insulsas y gélidas».

El alcance que Ranke da a su preocupación primordial por los asuntos de estado ha suscitado el desacuerdo más grave sobre su obra y persona, sobre todo porque afecta a la argumentación general que aquí nos ocupa. No es muy aconsejable pontificar sobre una obra que abarca sesenta vo-

lúmenes y resulta preferible decir sólo, con una pincelada impresionista, que así era (los contraargumentos adolecen de acabar dando mucha importancia a cosas casuales). Asimismo, lord Acton solía decir que Ranke había escrito más obras excelentes de historia que nadie más pero que no tenía ninguna obra maestra. Éste tal vez sea el camino seguro que le llevó a la estima e influencia entre sus contemporáneos; en cambio, es menos recomendable cuando lo que se quiere es cautivar a quienes lo leen un siglo y medio después. Para la mayoría de estos lectores, sobre todos los ingleses y estadounidenses, parece más realista tratar de comprender a Ranke como una influencia, como un modelo y un prodigio, y no como un autor aún vivo. Hacerlo es quizá, en cualquier caso, una consecuencia directa de la idea de una profesión histórica y su cuerpo de conocimientos acumulativos.

Una revolución no del todo copernicana

En la lección inaugural que pronunció en Cambridge, lord Acton presentaba a sus oyentes la nueva era cuyo defensor arquetípico era Ranke: «El ascenso del crítico en el lugar que antes ocupaba el infatigable compilador, del artista de narración sesgada, del hábil retratista del personaje, del convincente defensor del bien o de otras causas, equivale a un cambio de dinastía en el reino de la historia. Pues el crítico es tal que cuando encuentra una afirmación interesante, empieza a poner en tela de juicio su valor». La nueva dinastía eran los profesionales de la historia, con su habilidad de delimitación y distinción, el examen crítico de las fuentes y Ranke (Acton había asistido a sus lecciones en Berlín) era su decano.

La lección inaugural era una ocasión retórica que requería piedad y exhortación y no disensión. Nueve años antes, en el artículo que publicó en la recién fundada *English Historical Review* sobre las «Escuelas alemanas de historia», Acton expresó una opinión mucho más matizada sobre Ranke. Entonces simplificó y en consecuencia exageró en algo la novedad de la revolución historiográfica en la erudición crítica que atribuía al siglo XIX. Reconocía que sus principios habían sido perfectamente comprendidos en épocas anteriores. Pisaba un terreno más sólido cuando afirmaba que era una novedad aplicarlos a las narraciones escritas de la historia moderna, que asimismo dependía de la apertura a la investigación de los archivos estatales, pero se trataba de una salvedad que fácilmente se olvidaba. Asimismo era importante aplicarlos de manera exhaustiva y bus-

car las fuentes manuscritas de manera sistemática, no esporádica, algo que Acton acusaba a Ranke haberlo hecho cuando era joven. Consultar *todas* las fuentes relevantes es un buen consejo, pero difícilmente se puede decir que sea una revolución copernicana. Decir que deben preferirse las fuentes primarias a las secundarias y que el falsear los hechos, la ignorancia e incluso la falsificación son siempre posibilidades abiertas; decir que las fuentes secundarias deben en consecuencia ser examinadas de manera rigurosa en busca de motivos posibles de distorsión y del acceso a la verdad, todo esto era, como Acton admitía, no un misterio sino más bien una cuestión de sentido común.

La distinción entre fuentes primarias y secundarias es sin lugar a dudas decisiva para los historiadores. Se trata en esencia de la distinción entre un documento con el que se ha hecho algo como, por ejemplo, una orden, un nombramiento, una escritura o un contrato, y un comentario o narración. La verdad y la falsedad en las fuentes primarias no son la cuestión, salvo en el caso de que se trate de una falsificación, aunque la buena fe y la intención pueden serlo como desde luego lo es el significado. «La crónica —decía lord Acton— es una mezcla de memoria, imaginación y deseo. Un contrato o un documento de escritura es la realidad misma.» Otras fuentes primarias son los documentos en los que los agentes tratan de influir en los acontecimientos, y que en consecuencia forman parte de lo que el historiador investiga. La cuestión de saber si el agente decía la verdad es probablemente secundaria con respecto a las cuestiones relativas a sus intenciones y eficiencia. En las fuentes secundarias —de manera típica relatos y comentarios— sucede justo lo contrario. La pregunta más evidente y decisiva es saber si son verdaderos o no. Asimismo, al evaluarlos existe una distinción entre testimonio presencial y testimonio de oídas. Existe una analogía entre la práctica del historiador crítico y la pasión de los humanistas del siglo XV por recuperar la versión más pura, menos contaminada de un texto clásico: el recelo con el que un historiador como Ranke consideraba a los cronistas e historiadores de épocas anteriores es análogo al menosprecio que los humanistas sentían hacia los comentaristas medievales.

La distinción entre primero y secundario, sin embargo, es flexible. El mismo documento puede ser primario y secundario, al igual que un comentario puede escribirse como un acto político. Un documento que es secundario en un tipo de investigación puede que sea primario en otra. Según parece, a Ranke le gustaba formarse una semblanza de la personalidad de la fuente de un documento, y esa semblanza formaba parte de

la evaluación de su veracidad. Los perjuicios del cronista eran como una pantalla que se levantaba entre el historiador y la verdad. Pero en Alemania en concreto, en el estudio de los períodos más antiguos se había admitido que el mito podía tratarse como si formara parte de la historia. Esta consideración fomentó cierta erudición y especulación muy influyentes, entre la que se incluye, por ejemplo, una de las obras fundamentales del siglo XIX, la *Das Leben Jesu* (*Vida de Jesús*) escrita por David Friedrich Strauss (1808-1874) y publicada entre 1835-1836, en la que se descartaba que los Evangelios fueran historia, pero en cambio los rehabilitaba como testimonios de la mentalidad judía del siglo I. En cambio, al buscar la verdad de la historia principalmente moderna parece que a Ranke no se le ocurrió —aunque lord Acton era en principio consciente de ello— que las lentes a través de las que los cronistas contemplaban el mundo eran también un material para la historia, que formaban parte de las épocas en las que habían escrito y en ese sentido eran fuentes primarias en potencia. Que así fuera no deja de ser un reflejo tanto del primado que en el mundo de Ranke tenía la alta política —los cronistas al fin y al cabo eran una bagatela, servidores útiles o poco fidedignos— como de la suposición según la que hechos y acontecimientos eran de lo que la historia estaba en esencia constituía. Los cronistas eran meros veedores de hechos y acontecimientos, y no formaban parte de la historia. Encontramos esa misma actitud en un medievalista tan distinguido como V. H. Galbraith, que al escribir en la década de 1950 sobre los cronistas medievales ingleses los consideraba unos colegas «molestos». Cualquier historiador que haya entrado ya en la senectud se habrá encontrado probablemente con esta actitud… o la comparte.

Gran parte de la influencia de Ranke se ejerció de un modo personal y en su célebre seminario de Berlín, a través del modo sistemático en que formaba a sus discípulos en la practica del uso crítico de las fuentes con el debate de ejemplos documentales. En esto, como lord Acton sabía, se le habían anticipado los filólogos clásicos que también enseñaban de este modo. Un estudiante norteamericano al evocar sus días en Berlín en aquella época dejó un entusiasta recuerdo de la experiencia que tuvo en aquel seminario: «Aparecía el estudiante, fortalecido con los libros y documentos que había sacado en préstamo de la biblioteca de la universidad, y preparado con sus apuntes de temas y citas, como un abogado a punto de defender un caso ante la sala de un tribunal … Las autoridades son debatidas, se citan fuentes paralelas; se saca partido de las opiniones antiguas, y la crítica acribillaba las historias clásicas». En este

entusiasmo por un sistema que hoy nos resulta familiar —aunque no genera siempre este tipo de vertiginosa exaltación— se oye cómo se abrían las puertas de una nueva experiencia pedagógica. Henry Adams, quien, como la mayoría de los historiadores estadounidenses más destacados, se había formado en Alemania, fue el introductor en 1871 de este tipo de seminarios en la Universidad de Harvard (en la Johns Hopkins había otro) y dirigió varias de los primeras tesis doctorales de Harvard a principios de la década de 1870, medio siglo antes de que seminarios de este tipo empezaran a introducirse en Inglaterra.

Ranke y sus discípulos escribieron una historia muy característica. Al hacerlo, el tipo de historia en el que principalmente se centraron acabo siendo casi el definitivo de la historia moderna. El imperativo profesional de poner a prueba los tipos particulares de fuentes para dilucidar la verdad de los acontecimientos, junto con los intereses y las presiones políticas contemporáneas que antes hemos examinado, potenciaron como tarea fundamental del historiador la de centrar la atención en el descubrimiento y la disección de los documentos de estado, algunos de los cuales hacía poco tiempo que eran accesibles. Otros tipos de historia que, además de la constitucional, contaban con su propia base firme entre los medievalistas, fueron dejados de lado, aunque el énfasis puesto en la historia política y diplomática era una continuación de la concepción que antiguos y humanistas se habían hecho de lo que era propio de la dignidad de la historia. Asimismo, en el siglo XIX había una relación recíproca entre el supuesto papel del historiador que hurgaba y descubría secretos y una historia preocupada por las intenciones de los estadistas, como la política secreta del siglo XVI y del *Ancien Régime*, o la diplomacia encubierta (el adjetivo resulta casi redundante). Sobre todo ello Ranke escribió extensamente. Cuanto más encubiertas, más secretas eran las políticas y mayor era el desafío al que se enfrentaba el historiador profesional para ponerlas al descubierto a través de la investigación de los archivos. El primer libro de documentos sobre el que Ranke trabajó a fondo era una colección de informes que entre los siglos XVI y XVIII habían escrito los embajadores venecianos, documentos que se convirtieron en algo así como un fetiche y un paradigma para él. Incluso sus contemporáneos a veces se quejaban de que la historia de Ranke fuera tan excesivamente principesca.

Pero ello comportaba costes y riesgos, como Peter Burke señalaba al afirmar que Ranke volvió a retirar la historia de la amplia «historia civil» del siglo XVIII, y la devolvió a la historia humanista de contenido más

restringido. Burke asimismo señala que la amplitud de intereses de la escuela de Gotinga a fines del siglo XVIII, «quedó truncada por la revolución vinculada a Ranke», aunque admite que los intereses de Ranke era más eclécticos de lo que a veces se tiende a reconocer.

Se puede ampliar aún más la cuestión. Existe un fuerte contraste con los tratamientos «sentimentales» y dramáticos de los acontecimientos que había cultivado el siglo XVIII, así como con aquel tipo «popular» de historia de la Revolución Francesa que escribieron Carlyle y Michelet. Con anterioridad hemos señalado que escribir historia pensando en el mercado suponía también escribir para las mujeres.* La profesión emergente, sin embargo, era independiente del mercado y era masculina tanto en sus valores y actitudes como, en buena medida, en su composición. Aún en la década de 1950 llevaba pegado aquel olor a tabaco de pipa. Sus prejuicios iban a ser duraderos y restrictivos, atenuando el tipo de esclarecimiento que el estudio del pasado podía aportar a la cultura. En general, las versiones abiertamente triunfales de la «revolución» del siglo XIX en los estudios históricos era un aspecto de lo que ya hemos señalado y contribuyeron a alimentar: el desconocimiento patente por parte de aquel siglo de las innovaciones intelectuales de los siglos XVI y XVII y su sistemático menosprecio de la historiografía del siglo XVIII. La noción de uua «revolución copernicana» del siglo XIX reforzaba una versión distorsionada de manera persistente de la historia de la historiografía, cuya balanza se decantaba por el siglo XIX y Alemania, y que en las páginas de este libro hemos procurado corregir. El consenso profesional de la que esta noción formaba una parte importante y restrictiva iba a ser correoso y duradero llegando a perdurar hasta bien entrado el siglo XX. Los métodos de examen de los documentos siguen sin duda siendo los mismo ahora que entonces y tal como eran antes aún.

La retórica de la objetividad y la ciencia con el tiempo enmudecería o sería abandonada en el siglo XX, con una mayor conciencia de la complejidad de las cuestiones que los términos planteaban y cierta toma de conciencia del coste y los riesgos que suponía a la hora de escribir historia. La jerarquía de la estima que merecían los diversos tipos de historia, sin embargo, resultó ser más firme y tenaz, con la historia política y diplomática compartido parte de su prestigio sólo con la historia constitucional, sobre todo medieval. La historia social y la cultural quedaron un poco marginadas. La historia intelectual, si tal cosa existía, en todo caso era un

* Véase capítulo 21.

asunto de otros. Sin embargo, la metafísica del idealismo alemán y el pragmatismo inglés coincidían en aceptar, lo que no dejaba de ser una ironía, la primacía durante el período moderno de la historia política. Los ingleses daban por sentada la centralidad del Parlamento —y con anterioridad la de sus reyes— porque había ocupada esa posición durante mucho tiempo en la vida inglesa. Los alemanes exaltaban el estado porque sólo en fecha reciente les había llegado en forma de estado-nación. (Esto sucedía en una época en la que, en la especialidad histórica, Francia y Estados Unidos, cuyas tradiciones intelectuales eran diferentes, se convirtieron en algo parecido a clientes de los alemanes.) En el siguiente capítulo examinaremos la manera en que ese consenso de la profesión acerca del primado de la historia política y la entrega al ideal «científico» de objetividad empezaron a desintegrarse.

26
EL SIGLO XX

PROFESIONALIDAD Y LA CRÍTICA DE LA «HISTORIA WHIG». LA HISTORIA COMO CIENCIA Y LA HISTORIA COMO ARTE

En este capítulo final he intentado hacer una exposición, necesariamente breve, de los principales avances innovadores del siglo XX de entre los muchos que se han dado en la forma de escribir historia, procurando mostrar lo que tienen de interesante o valioso. Existe un evidente peligro, que he procurado evitar de manera deliberada, de que un intento algo más exhaustivo acabara creciendo de manera desproporcionada con respecto al resto del libro, aunque sólo fuera porque durante el siglo XX se ha escrito más historia que en cualquier otro siglo anterior, y porque un estudio general incluso de las obras de historia más impresionantes que ha producido el siglo XX sólo podría presentarse en una suerte de bibliografía completa e incuestionable. Una lista con los historiadores importantes y originales del siglo XX que no aparecen mencionados en estas páginas sería en consecuencia tan distinguida como larga. En ella entrarían casi todos aquellos que hicieron aportaciones —aun las más originales— a los géneros que habían sido establecidos y eran familiares a fines del siglo XIX, entre ellos el estudio de la alta política y la historia constitucional, diplomática y militar. La atención que, sin embargo, merece en este capítulo la historia económica y social, que adquirió mucha relevancia a mediados y finales del siglo XX, no significa que no hubieran destacados ejemplos anteriores como los hubo en el caso de la historia cultural, que también alcanzó asimismo gran prominencia en el siglo XX. Entre los precedentes, tal como se han señalado en capítulos anteriores, se incluían, por ejemplo, los franceses que en el siglo XVI defendieron la historia «per-

fecta» (total o exhaustiva); el interés de los ilustrados por la «historia de la sociedad civil» o civilización y el estudio de la «historia universal», floreciente en Alemania y, en especial, en Gotinga a fines del siglo XVIII; las ideas pioneras de Giambattista Vico (1668-1744) sobre la historia cultural, y más adelante el pensamiento influyente de Johan Gottfried Herder (1744-1803) y la obra de Jules Michelet. En una aún mayor medida que en los capítulos anteriores, por tanto, no he pretendido abarcarlo todo, sino que me he consolado con el pensamiento de que los lectores probablemente estarán más familiarizados con la historia que ha sido escrita en el siglo XX que con la de épocas anteriores.

De entrada es importante admitir que al distinguir entre tipos de historia nuevos o relativamente nuevos y más tradicionales no se pretendía establecer una comparación en términos de calidad. No toda obra innovadora es buena y todo el trabajo que se hace siguiendo los géneros bien establecidos dista mucho de ser rutinario. Si en el último tercio más o menos del siglo XX, en particular, eclosionaron un centenar de flores historiográficas, algunas también se marchitaron muy pronto. De ahí que en este capítulo haya procurado examinar sólo los ejemplos de novedad que tuvieron influencia o fueron representativos, así como algunos que considero particularmente admirables. No concibo en absoluto que mi cometido sea decir a mis compañeros historiadores cómo deben hacer su trabajo ni reprender o premiar, dictar prescripciones o hacer predicciones, aspectos cualquiera de ellos que habrían dado al libro al final un carácter polémico que es del todo ajeno a sus propósitos. Entretanto persisten los géneros antiguos, a veces bajo nuevos disfraces, y deberíamos estar agradecidos de que así sea, aunque no tengo espacio aquí para expresar el adecuado reconocimiento que merecen.

Al examinar la historia de manera de escribir la historia en el siglo XX resulta tentador establecer una relación entre las diversas formas que adoptó en los diversos países de Europa y en Estados Unidos con las experiencias historias recientes de esos mismos países. Si bien cualquier sugerencia de este estilo seguro que ha de ser matizada, parece no obstante posible distinguir algunas líneas generales. Como veremos, los tipos de historia particularmente innovadores elaborados en Francia han comportado que la atención dejara de centrarse en el estado-nación y pasara a fijarse en la vida cotidiana así como en una escala de magnitud descendente, en las regiones y las aldeas, y hacia el exterior, en la historia del mundo. Esto puede considerarse un reflejo del declive de Francia como gran potencia, que se produjo antes que Gran Bretaña o Alemania pasa-

ran por lo mismo, y también como una muestra de desilusión hacia las tendencias particularmente centralistas del estado francés heredado de Richelieu, Luis XIV y la Revolución. Los historiadores en Estados Unidos fueron lógicamente atraídos por el estudio de la creación de su nación y su prueba de fuego en la terrible experiencia que fue la guerra civil, y han tenido que enfrentarse con las etapas que llevaron a su país a ser la superpotencia mundial que es en la actualidad; esto significa hacer acopio de los recursos de los géneros tradicionales de la historia política, incluida la historia de la política exterior o diplomática, en la que Estados Unidos disfrutó de una excepcional libertad de elección. La opinión general compartida por muchos ha sido que América [del Norte] representa el futuro del mundo, de modo que escribir sobre América era comprometerse con la historia del mundo.

En Alemania, la atención dispensada a las etapas que condujeron al estado-nación y que habían fascinado a los historiadores alemanes del siglo XIX, acabo dando paso de forma obligada a los intentos por comprender sus dos grandes debacles en el siglo XX, la de 1914 y la de 1933, proporcionando explicaciones a largo y corto plazo, que de nuevo hacían uso predominante de los géneros bien consolidados de la historia política, diplomática, militar y, en cierta medida, de la historia de la cultura nacional. Si bien esto y sus razones en amplia medida institucionales constituye un tema demasiado amplio para abordarlo en este capítulo, es preciso tener en cuenta que gran parte del pensamiento que ha tenido un peso y una influencia internacional sobre las principales transformaciones culturales y sociales de Europa desde el período moderno temprano se han llevado a cabo en Alemania y en el campo de la sociología no en el de la historia. Baste mencionar los nombres de Max Weber, Werner Sombart, Georg Simmel, Theodor Adorno, Norbert Elias y Jürgen Habermas.

A partir de la década de 1970, Gran Bretaña se mostró receptiva hacia los avances realizados en otros lugares, de forma especial en Francia, y ha destacado asimismo en cuanto a la amplitud de la atención dispensada a las historias de otros países. Se podía dar por descontado en aquella época el interés por Alemania y Rusia, al igual que cabía hacerlo con la atención prestada a Asia y África, continentes en los que Gran Bretaña había dominado tanto. Si bien parecía que ningún imperativo histórico ha impuesto que los historiadores ingleses se convirtieran en las autoridades más destacados —e incluso en esos países mismos— sobre la historia de España, Italia, Polonia y Suecia, sin embargo, así ha sido. En este sentido, por ejemplo, uno de los historiadores más destacados de su ge-

neración, Richard Cobb, que dedicó su vida a estudiar la historia de Francia durante el período revolucionario, mereció del rotativo parisino *Le Monde* el elogioso apelativo de «*l'étonnant Cobb*».

A principios del siglo XX, lo que he dado en llamar el consenso de la profesión era en lo esencial inquebrantable, pero estaba empezando a ser crítico con lo que en el capítulo 23 denominamos la concepción liberal de la historia como relato de un aumento continuado de la libertad. El nuevo talante profesional era más frío y ya vimos un ejemplo de ello en las observaciones preliminares de Charles Petit-Dutaillis a su *Supplement to Stubb's Constitutional History* publicado en 1908.* Esto señala de manera conveniente la diferencia de período entre la obra de Stubbs, con su entusiasmo por la libertad de los bosques de Germania y las continuidades de la historia parlamentaria en Inglaterra, y su revisión y complementación una generación después. La secularización fue un aspecto de la transición. Stubhs era un hombre devoto. Frederic William Maitland (1850-1906), el excepcional historiador inglés del derecho y las instituciones de principios de siglo XX, un escéptico agudo, en cambio, no lo era. Stubb, un clérigo que pasó con facilidad de una cátedra en Oxford a hacerse cargo de la diócesis como obispo de Oxford en 1884, declaró en la lección inaugural que pronunció en 1866 que el estudio de la historia era en lo esencial religioso, una pretensión que aún entonces hizo a más de uno arquear las cejas de puro asombro. Pero no todas las historias de la libertad confiaban o estaban tan seguras como lo estaba Stubbs de hallar en ella la presencia de la divina providencia. Pero aquel Dios había querido que la constitución inglesa o la libertad de Estados Unidos fueran un pensamiento nada extraño a mediados del siglo XIX.

Cierto era que el secularismo militante había tendido a abrir una brecha en Francia entre religión y libertad —aunque no era así en el caso de Guizot—, mientras que en la Alemania de la época de Ranke, el Dios que dominaba la historia tenía preocupaciones más de estado y aprobaba la *Realpolitik*. Pero a fines del siglo XIX, el liberalismo como doctrina política empezaba a adentrare en las aguas de una mar arbolada. El sufragio universal y las posibilidades de «socialismo» que generó —un término vago en aquella época que significa cualquier tipo de legislación que favoreciera el colectivismo o el bienestar— fueron ampliamente percibidas como amenazadores. El proteccionismo económico al servicio del nacionalismo erosionó el libre comercio, el fundamento de la ortodoxia liberal,

* Véase más arriba p. 500.

al tiempo que servía de motivo para la codicia imperial. Todos ellos fueron importantes y poderosos desafíos para el optimismo liberal al que la primera guerra mundial iba a hacerle sufrir una sacudida aún más grave.

El triunfalismo de la historia liberal fue en esencia una narración. El celo profesional por la exactitud, la exhaustividad y la explicación causal lógicamente tendieron a inclinar hacia el análisis la balanza que hasta entonces se había decantado por la narración. La tensión entre los dos iba a ser particularmente evidente tanto en Gran Bretaña como en Francia a partir de fines de la década de 1920, aunque ya se hallaba presente en el siglo XVIII, con explicaciones presentadas en forma de disquisiciones o digresiones. Tal como hemos visto,* David Hume hizo uso de ellas, para mayor desaprobación de Adam Smith. Los historiadores profesionales de mediados del siglo XX, fueron atraídos en especial por la explicación técnica y la búsqueda de causas a largo plazo de un modo que, lógicamente, desvió bastante la atención de la narración de los acontecimientos mismos. Esta tendencia llegó cristalizar de forma plena con una creciente aportación de la sociología, la antropología y el marxismo (que de manera inevitable hacían hincapié en los cambios «subyacentes», que era de lo que se ocupaban los historiadores tanto económicos como sociales). En comparación, la narración de los acontecimiento parecía superficial. Los franceses la llamaban *histoire événentielle* y la contraponían a la *longue durée* del cambio estructural. Los marxistas la consideraban que detallaba sólo los cambios que tenían lugar en la «superestructura» política, a diferencia de los «reales» de las fuerzas económicas y la formación de clases. La nueva consigna en ambos casos era el término «estructura». En 1929, Lewis Namier, en su *The Structure of Politics at the Accession of George III* (*La estructura de la política en el ascenso al trono de Jorge III*), asestó un fuerte golpe a los aspectos decisivos de la gran narración de la libertad liberal de los dos grandes partidos políticos ingleses, los whigs (defensores de la libertad) y los tories, y a la noción de que la política inglesa de fines del siglo XVIII estuvo dominada por la defensa whig de los principios constitucionales contra un monarca, Jorge III, inclinado a restaurar el poder del rey.

Lewis Namier era un emigrante polaco de origen judío que anglicanizó de manera drástica su nombre y apellido. Llegó a Inglaterra en 1908, y fue lo bastante joven para pasar años como estudiante en la London School of Economics y en el Balliol College de Oxford. Namier aca-

* Véase más arriba p. 395.

bó dedicándose al estudio de la política de la Inglaterra del siglo XVIII, al parecer casi como una suerte de consuelo respecto a las ilusiones ideológicas del liberalismo del siglo XIX y la caótica política del siglo XX en Europa, y halló cierto respiro en un patriotismo inglés adoptivo y un período de la historia que optó por ver desprovisto de presiones ideológicas. En la época en que Namier lo dejó, el principio de partido había quedado prácticamente eliminado de la política inglesa del siglo XVIII, dejando sólo los motivos y las maniobras del eterno hombre político que se movía en un vacío ideológico. De Namier se decía que había vaciado de ideas la historia. Y al hacerlo, con una inmensa erudición en el dominio que había escogido, también vació la historia de sí misma, es decir, de gran parte de aquello que es históricamente específico.

La devoción de Namier por las bandas temporales más estrechas puede que hay sido exagerada por su fracaso, al igual que el de la práctica totalidad de los historiadores, a la hora de llevar a cabo todos sus proyectos, pero parece harto improbable que en ellos no se hubiera plasmado sus imperecederas aversiones, su inclinación académica hacia el miniaturismo y su desdén por la narración evocativa y por la historia de las ideas. Namier tenía el axioma de que las consideraciones reales en juego debían buscarse en la correspondencia privada de ministros y miembros del parlamento, donde era poco probable encontrar declaraciones acerca de principios compartidos. De este modo, la elección particular de las fuentes garantizaba más o menos de manera circular que motivos y cálculos individuales dictaban el movimiento de los acontecimientos y que las ideas políticas eran sólo banalidad, pura espuma retórica. Las declaraciones y manifestaciones públicas quedaban prima facie desacreditadas porque eran públicas. Namier era el ejemplo extremo de la tendencia que defendía la fidelidad ante todo a las fuentes manuscritas para predeterminar qué iba a contar como historia real.

El método característico de Namier —en 1976 el *The Oxford English Dictionary* daba su plácet al verbo «*to Namierize*»— consistía en el examen detenido y exhaustivo de las vidas y los vínculos políticos de los miembros individuales del parlamento, método que, cuando se aplica de un modo más general, se conoce también con el nombre de «prosopografía» y fue en particular empleado por sir Ronald Syme en 1939 para estudiar el imperio. La iniciativa de Namier cristalizó en la obra colectiva *History of Parliament* (*Historia del Parlamento*) —en la actualidad diríamos de la Cámara de los Comunes— emprendida con el patrocinio del gobierno, por un grupo de historiadores entre los que se hallaba el pro-

pio Namier. El significado del verbo *«Namierize»* era precisamente lo que la «Historia del Parlamento» *significaba*: en ella no había lugar para nada parecido a la libertad de Stubbs «que crece y se ensancha de precedente en precedente».* La influencia que Namier ejerció sohre la profesión en Inglaterra —aunque lo cierto es que quedaría circunscrita a este marco— fue muy fuerte y tremendamente limitante. Jorge III fue, sin embargo, rehabilitado y el concepto de la continuidad de partidos, que en 1926 G. M. Trevelyan acababa de declarar el «mayor acontecimiento de la historia inglesa», quedó muy maltrecho, aunque en manos de otros especialistas más jóvenes resultó posihle rehabilitar el concepto mismo de partido en el siglo XVIII.

Un ataque paralelo al que Namier hiciera a la tradición de la historia liberal fue el protagonizado por Hebert Butterfield cuyo ensayo —ya que era sólo eso un ensayo—, *The Whig Interpretation of History* (*La interpretación whig de la historia*), fue publicado en 1931. Los dos historiadores trabajaron de forma independiente uno de otro, aunque las relaciones de Butterfield con Namier siempre fueron tensas llegando a veces a ser abiertamente hostiles, de modo que el hecho de que los dos apuntaran en la misma dirección parece más que relevante. El ensayo de Butterfield era un ataque al triunfalismo liberal en historia para el que escogió de manera poco afortunada el término provinciano inglés un tanto limitativo de «whig». A su juicio la historia liberal era anacrónica y ahistórica, o aun anti histórica. La historia whig, según la definición que de ella hacía Butterfield —casi no había puesto ejemplos que la ilustraran— convertía el progreso en el tema central de la historia inglesa, al tiempo que dividía a los agentes históricos en antepasados debidamente canonizados y meros obstáculos, privando a estos últimos de cualquier beneficio que pudiera aportar una comprensión histórica de sus intenciones y apuros, y parodiando incluso a los «ganadores» atribuyéndoles tácitamente cierto oscuro conocimiento anticipado de ideas, necesidades y prácticas posteriores. Estas anticipaciones tenían su importancia para la historia. De este modo, el pasado, que había sido en algún momento su propio «presente», con sus propios intereses, preocupaciones y premuras, era sacrificado a las inquietudes modernas y convertido en una anticipación anodina e inocua del presente. De manera retrospectiva cabría apostillar que quienes creían como Stubbs en la providencia pisaban de hecho un terreno más firme que sus sucesores cuando suponían un significado a largo plazo

* Véanse más arriba pp. 448-489.

para la historia cuyos agentes eran las figuras históricas. Atribuir previsión histórica a la providencia es bastante apropiado y en cierto sentido no es anacrónico. No así a los hombres. Butterfield en realidad tenía su propia concepción aunque no explícita del papel de la providencia en la historia, pero la providencia se manifestaba sobre todo en una capacidad de ironía, la de jugar con las consecuencias inopinadas y confundir lo que son meras anticipaciones de los hombres con nociones progresistas.

Tal como el uso que hace del término «whig» indica, la polémica de Butterfield se centraba en las deficiencias de la versión partidista y parcial de la historia inglesa, pero la lógica de su argumentación, tal como más tarde llegó a reconocerse ampliamente, no sólo es capaz de una aplicación más extensa sino que en cierto sentido la requiere. Entre historiadores era ya habitual hablar de la «historia whig» —el uso de las minúsculas es un medio útil de indicar el sentido más amplio— para cualquier sometimiento de la historia a lo que en esencia es una visión teleológica del proceso histórico. Se trata de una descripción que a menudo emplearemos en este capítulo. En este sentido, dado que la historia tiene supuestamente un punto final del que deriva su sentido moral y político, la historia marxista es de manera característica whig, al igual que lo eran las versiones más antiguas y simples de la historia de la ciencia. El avance de la ciencia podía verse como una serie de victorias sobre el pensamiento precientífico en la que sólo revestían interés los puntos de vista y las opiniones de los científicos genuinos y por ende progresistas (o incluso sólo aquellas partes de sus puntos de vista que eran auténticamente científicos, ya que algunos lamentablemente eran eclécticos). Esta era una postura comprensible en un científico moderno, pero en un historiador era una surte de contrasentido. Podía ser magnífico pero no era historia.

La trayectoria posterior de Butterfield sería más errática y en algunos sentidos escurridiza de lo que cabía suponer. Durante la segunda guerra mundial, publicó un ensayo —*The Englishman and His History* (*El inglés y su historia*)— en el que, aunque la interpretación whig —y «no whig»— aún era mantenida en cuarentena como historia, afirmaba que había tenido consecuencias políticas deseables: «Con independencia de lo que pueda haberle hecho a nuestra historia —decía Bufferfield—, ha tenido un efecto maravilloso sobre nuestra política». El ensayo en cuestión puede considerarse una *pièce d'occasion*, una obra de patriotismo bajo presión, pero Butterfield reconoce asimismo una fuerza emocional perdurable: «Todo inglés tiene oculto algo de whig que parece tocarle las fibras sensibles». Butterfield fue uno de los críticos más acérrimos de la

obra de Namier que denunciaba por haber expulsado el principio de partido de la política del siglo XVIII, y expurgado de la escritura de la historia la narración y el trazo amplio y comprehensivo. Cabe argüir que en su propia obra, Butterfield no apuntó ninguna reconciliación satisfactoria de la escritura de la historia con lo que daba en llamar la «historia técnica», a la que, si bien era preciso hacerle sitio, sin embargo no habría que dejar que lo dominara todo. Sin embargo, era evidente cierto malestar.

Y no es de extrañar. Un relato es de manera intrínseca whig y cuanto más amplia es la escala temporal, más marcadamente lo será, al exigir un protagonista artificial que perdure más allá de la duración de las vidas individuales y, en consecuencia, de los propósitos individuales en general. Un relato es selectivo, al anticipar sus episodios posteriores o su resultado final en función de sus criterios de relevancia. Cierta percepción de este ardid llevó a que algunos autores de ficción modernos jugaran con las expectativas narrativas a fin de llamar la atención sobre este hecho. En las páginas de este libro, he procurado resistir a la urgencia narrativa de imponer un relato unitario. Ceder y hacerlo hubiera sido convertir el libro en una suerte de teleología.* Aquella advertencia que Butterfield expresara en su ensayo, pese a ser una obra menor y en cierto sentido insatisfactoria, proyecta aún aquí su alargada sombra. El impulso que lleva a escribir historia ha alentado una narración bastante efectiva, y la narrativa —sobre todo en Homero— fue una de las fuentes de la historia como género. Sería pues una extraña paradoja si narrativa e historia resultaran incompatibles. El ejemplo de Homero, sin embargo, puede ayudarnos a no tomar la paradoja demasiado trágicamente. La *Íliada* tiene un clímax, la caída de Toya, pero tiene muchas perspectivas o puntos de vista, y hacer que todo se resuma en una explicación de la caída de Troya sería de hecho una lectura drásticamente empobrecedora de la épica de Homero. El concepto de relato es en esencia simple, pero eso no equivale a decir que todos los narradores sean simples o que sólo tengan una sola y única meta. La narración puede ser amplia y holgada así como direccional. ¿De qué tratan *Guerra y paz* o Tucídides?

La tensión señalada aunque no resuelta por Butterfield entre exponer los resultados de la erudición técnica y la presentación narrativa literaria era muy antigua en Inglaterra. El mismo hecho de reconocerla había sido causa de controversias y aún iba a seguir produciéndolas. La vemos por ejemplo en la determinación de los fundadores de la *English Historical*

* Véase más arriba el Prólogo

Review en 1886 para hacer de su publicación el coto privado de la historia «científica» y dejar fuera a los hombres de letras. En Oxford y en Cambridge, durante las últimas décadas del siglo XIX, la creación de planes de estudios y exámenes había dividido a los nuevos cuerpos docentes entre defensores de partidarios de una enseñanza amplia de la historia (en su mayoría los tutores de los colleges) y en los que abogaban por una «formación en investigación» (en su mayoría los catedráticos). En Oxford, por ejemplo, la lección inaugural que en 1904 pronunció el nuevo titular de la cátedra Regius, Charles Firth, llegó a concretar y dar color local a sus críticas lo que le hizo merecedora de la indignación colectiva de los tutores que creían que había puesto en entredicho su especialidad. En Cambridge, la lección inaugural que J. B. Bury pronunció en 1903 bajo el título de «*Historia as a Sciencie*» («*La historia como ciencia*»), tenía un tenor similar aunque no descendió del nivel de las generalidades. Contenía el por entonces habitual elogio de la erudición alemana y fue polémica por el rechazado que Bury manifestó hacia la historia «literaria» y por su conocida conclusión de que la historia es «sencillamente una ciencia, ni más ni menos». El sobrino nieto de Maucaulay, G. M. Trevelyan se apresuró a escribir de inmediato una réplica que publicaría en 1913 con algunos cambios en su obra *Clio: a Muse* (*Clío, una musa*). En aquella réplica, Trevelyan además de criticar de manera efectiva la analogía establecida con las ciencias físicas, defendió la función educativa de la historia y la vinculó a la efectividad de su presentación literaria. Lamentándose del hecho de que «dos generaciones antes, la historia formaba parte de nuestra literatura nacional» y de que ahora se hubiera convertido en mero tema «de conversación mutua entre eruditos», declaraba que «el arte de la historia siempre será el arte de la narración». Trevelyan iba a alcanzar personalmente un norme éxito popular con su obra *English Social History* (*Historia social de Inglaterra*), publicada en 1944.

En la siguiente generación, John Harold Plumb (1915-2001) sería el principal defensor de la receta que su maestro y mentor, Trevelyan había elahorado y que hacía de la historia parte de la cultura nacional. Si bien Plumb, en su condición de historiador del siglo XVIII, iba a demostrar que dominaba las técnicas del método de Namier en lo relativo a la historia parlamentaria tan en boga entre las décadas de 1930 y 1950, la lealtad emocional le seguía vinculando a Trevelyan, y en su obra *The Making of an Historian*, conjunto de reflexiones en parte autobiográficas y retrospectivas que fue publicado en 1988, fue para él un gesto natural hacer de Namier y Trevelyan las dos figuras representativas de sendas tradiciones

rivales, el primero de la docta introversión académica y el segundo la de una literatura humana con responsabilidades ante un público más amplio que el formado por los simples miembros de la profesión. Cabría objetar que el término «tradiciones» tiene un sentido excesivamente rígido. Si bien puede que sea difícil combinar las responsabilidades duales del historiador en una sola obra, muchos historiadores, y Plumb entre ellos, las han combinado en sus carreras. Para Plumb, Geoffrey R. Elton (1921-1994) su rival en Cambridge e historiador de la época Tudor, era entre sus contemporáneos el que mejor representaba la entrega a una especialización exhaustivamente técnica. Es decir, Elton cumplió al menos en parte el papel que se le había asignado, aunque en cierta medida fuera una exageración. A veces Elton logró dirigirse a un público lector más amplio, al menos en las facultades, pero sus puntos de vista sobre las responsabilidades del historiador, que expresó en un estilo tan combativo como el utilizado por Plumb, eran marcadamente diferentes.* Elton había ganado prestigio como historiador de la administración, con su obra *The Tudor Revolution in Government* (*La revolución Tudor en el gobierno*), publicada en 1953. Para Elton, aunque sería tentador decir en la tradición de Ranke, la formación de estudiantes investigadores era una parte esencial de su función como historiador. Era capaz de hablar de los archivos nacionales el Public Record Office como si del jardín de las delicias se tratara.

Al igual que Namier, Elton era un emigrante, aunque él era natural de Alemania, y tenía una orientación anglófila similar aunque se había adaptado mucho mejor. Se opuso con gesto adusto y severo a las modas pasajeras venidas del extranjero como el freudismo —de Namier, en cambio, no podía decirse lo mismo—, el marxismo y la sociología: el historiador había de guardar las distancias no sólo con los circunloquios literarios, sino también con la teoría. Sin embargo, al examinar una carrera tan entregada al estudio de la burocracia, aquella auténtica sala de máquinas de la monarquía Tudor, resulta difícil no ver una predilección muy alemana por el estado y no por el parlamento, el rasgo distintivo de la historia inglesa. En Alemania fue donde, a fines del siglo XVIII, se distinguió por primera vez la burocracia como categoría, mientras que los conceptos para analizar sus tendencias y efectividad recibían a principios del siglo XX y gracias a Max Weber su forma clásica. Elton, sin embargo, se referiría a Weber sólo en relación con la obra *Die protestantis-*

* Elton, G., *The Practice of History*, 1967.

che Ethik und der «Geist» des Kapitalismus (*La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*), de la que, con su mordacidad característica, diría que era un «disparate histórico».

Plumb además, aunque de joven se sintió atraído por el marxismo, no hacía uso de la teoría. En un principio había querido escribir novelas, como su amigo y antiguo mecenas, Charles Percy Snow (1905-1980). En su conversación se notaban algunas de las cualidades que Balzac describiera en *La Comédie humaine* (*La comedia humana*) y las versiones que Thackeray y Rowlandson habían escrito de la Inglaterra de la regencia. Tal como él mismo nos contaba, consideraba apropiado que un historiador como él escritor hubiera empezado su carrera como escritor en un hotel de Brighton con su *England in the Eighteenth Century* (*Inglaterra en el siglo XVIII*) que publicaría en 1950. Disfrutó del amplio prestigio que le habían hecho merecer sus escritos y alentó a sus discípulos a ser arriesgados. En una época y un lugar cuyos tonos preferidos inclinaban a ser seco —«gris» era el adjetivo que Plumb escogió—, tuvo un gusto especial por la grandeza y el exceso, que sólo moderaba su sentido de lo cómico y lo grotesco. Las clases que impartía eran, tal como pretendía, intimidantes, estimulantes pero nunca aburridas.

Coincidencia o no, es destacable el papel prominente que, durante las dos últimas décadas, desempeñaron los discípulos de Plumb y sus jóvenes colegas en el Christ's College de Cambridge en la tarea de hacer que la historia llegara a un público más amplio. Un ejemplo fue Roy Porter (1946-2002), un prolífico historiador de la medicina y sobre todo el estudio de la locura en el siglo XVIII. David Cannadine (1950), además de analizar con elegancia las estratagemas de la aristocracia y la monarquía británicas en el mundo moderno, es el autor de un estudio sobre Trevelyan,* en cuyas páginas replanteó el enfoque defendido por el sobrino nieto de Macaulay cuando afirmó que la historia se debería escribir como si formara parte de la cultura nacional. La televisión es un medio que permite llegar a públicos más amplios, como lo hizo Niall Ferguson con sus programas, que en 2003 se publicaron bajo el título *Empire: How Britain made the Modern World*, y la serie *History of Britain*, escrita y presentada con un interesante estilo por Simon Schama, que fue publicada en tres volúmenes entre 2000 y 2003. El éxito de la serie de Schama, en especial, se debe sin duda en parte al contraste que presenta su amplia perspectiva general con la enseñanza de la historia en las es-

* Cannadine, D., *G. M. Trevelyan: A life in history*, 1992.

cuelas como un conjunto de «proyectos» inconexos, sin ilación. Esto parece reflejar una prioridad del «método» sobre la comprensión exhaustiva, y una imitación a una edad temprana de un rasgo de la profesión histórica: la especialización. Ni siquiera en sus momentos más pesimistas, hubiera podido Trevelyan imaginar que Bury triunfaría incluso entre los colegiales.

«ESTRUCTURAS»: HISTORIA CULTURAL Y LA ESCUELA DE LOS «ANNALES»

Namier tenía interés no sólo por el funcionamiento de los impulsos y disposiciones psicológicos individuales, como resulta evidente en sus estudios de la política del siglo XVIII, sino también, y de una manera casi inevitable para un judío centroeuropeo de su generación, por la psicología freudiana, que en cambio no se trasluce en sus obras. En Francia, sin embargo, las deudas con la psicología y las peticiones cursadas para aprovechar la ayuda que pudiera prestar al historiador fueron mucho más manifiestas y, de manera muy especial, en la obra de Lucien Febvre (1878-1956). Junto al medievalista Marc Bloch, Febvre fue el otro fundador de la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, más conocida como los *Annales*, nombre que abreviado de este modo sirvió para designar también a toda una escuela de historiadores franceses, la más influyente entre este tipo de escuelas de la historiografía del siglo XX. La «escuela de los Annales», si bien abarca una serie de complejidades, es hoy un símbolo de referencia indispensable para los historiadores.

Pero antes de avanzar hasta Febvre y examinar en particular la aportación que hizo a la historia cultural es preciso que examinemos la obra del historiador cultural más destacado que publicó inmediatamente después de la primera guerra mundial y siguió en esencia la tradición alemana de historia cultural: el holandés Johan Huizinga. A Huizinga, cuya importancia supo reconocer Febvre, lo conocemos sobre todo por su obra ya clásica *Herfsttij der Middeleeuwen* (*El otoño de la Edad Media*), que fue publicada por primera vez en 1919. Asimismo estaba interesado por la psicología y había estudiado con el célebre psicólogo alemán Wilhelm Wundt (1832-1920). Huizinga concebía la cultura como una especie de juego inventivo que los seres humanos juegan, y en el que intervienen las máscaras que llevan en épocas diferentes, por medio del que los hombres se presentaban y reconocían y establecían su sentido de identidad. «Representaciones», el término que empleara en sociología y antropología

Émile Durkheim, se convirtió más adelante en la palabra de moda para las imágenes conceptuales por medio de las que las personas estructuraban su percepción del mundo y de su sociedad, así como la imagen que tenían de sí mismos y las creencias que compartían como parte de un acervo cultural común. Estas representaciones eran claramente variables desde un punto de vista histórico y, en consecuencia, los historiadores podían tratarlas, aunque al igual que las estructuras económicas y sociales no eran susceptibles de ser abordadas con el tratamiento narrativo tradicional. Aquello que Burckhardt había logrado en *Die Kultur der Renaissance in Italien* (*La cultura del Renacimiento en Italia*), el precursor más evidente de la obra de Huizinga, había sido en esencia algo de tipo no narrativo. La obra de Huizinga, que se centró en la Baja Edad Media del mismo modo que la de Burckhardt se había centrado en el Renacimiento, presenta en nuestros días algunos rasgos arcaicos como, por ejemplo, sin ir más lejos, el título y el recurso periódico a metáforas organicistas. No obstante, ha continuado gozando de una imperecedera popularidad y tiene un claro derecho a ser considerada tanto la obra más extraordinaria de historia cultural de la primera mitad del siglo XX como una destacada predecesora de gran parte de lo que vino después.

Huizinga fue un historiador muy conciente de su identidad, y en algunos de sus ensayos,* se propuso caracterizar la historia cultural, que a su entender debía centrarse en los «temas generales más profundos».** La cultura existe sólo como una «configuración», de modo que «sólo puede hablarse de una cuestión de historia cultural cuando el especialista tiene que determinar el modelo conjunto de la vida, el arte y el pensamiento». En otras partes trataría de los objetos de la historia cultural como «las formas y las funciones de la civilización ... tal como se consolida en figuras culturales, motivos, temas, símbolos, conceptos, ideales, estilos y sentimientos». «Forma y función» era una frase vigente por entonces en el estudio de la morfología de los animales y las plantas.

Huizinga está claramente influido —como iba a ser un rasgo de la historiografía de vanguardia— por influencias procedentes del campo de la psicología, la sociología y la antropología que le eran contemporáneas, así como de la biología. Menciona como relevante, por ejemplo, al sociólogo alemán Max Scheler y al antropólogo francés Marcel Mauss,

* Compilados por Holmes, J. S. y H. Van Marle (eds.) en *Men and Ideas*, 1970.

** *Cultuurhistorische verkenningen* (*La tarea de la historia cultural*), escrito en 1926.

un discípulo de Durkheim. Por tanto no es de extrañar verle esbozar concepciones que iban a convertirse en las aspiraciones de la escuela de los *Annales*, o ver su obra reconocida por un historiador como Febvre que iba a pedir una «historia de las emociones». Huizinga habló de la posibilidad de una «historia de la vanidad» y afirmó que los siete pecados capitales eran los siete capítulos de la historia de la cultura pendientes de tratar. Asimismo evidenció una actitud antiliberal (anti whig) en el sentido más general de Butterfield. Al hacer de alguien un precursor, afirmaba Huizinga en «Los ideales históricos de vida», «lo elevamos por encima del marco y del contexto de su propia época, y al hacerlo distorsionamos la historia». Huizinga elogió la obra de Burckhardt por haber sido el primero en tratar el Renacimiento prescindiendo de la preocupación por el progreso y la ilustración, y considerándolo no sólo como un preludio sino como un período sui géneris.

En *El otoño de la Edad Media*, Huizinga se propuso examinar sobre todo las configuraciones de la cultura cortesana de las tierras de Borgoña a fines del período medieval, y se centró en las actitudes hacia el nacimiento, el amor, el matrimonio, la muerte y la condición de caballero, que a menudo se expresaban en aspectos ceremoniales y artísticos de la vida. Mostró especial interés por los rituales y los símbolos que son expresiones de las formas ideales de vida, religiosa y caballeresca. Al igual que Burckhardt, Huizinga fue sensible al mundo de las imágenes, consciente de que el arte era una fuente para descubrir ideas una vez que se han descifrado su sentido. En las evocaciones que hace de la vida en burgos y pueblos en todos sus aspectos, incluyendo las experiencias cotidianas y las fiestas especiales, como, por ejemplo, los relacionados con las entradas reales, esponsales y torneos, el libro es de una sensibilidad extraordinaria. Huizinga considera el pensamiento mediante imágenes y personificaciones como algo particularmente característico del período que estudia, un aspecto que es desarrollado y sistematizado hasta el punto de decadencia. En este tipo de pensamiento, los objetos naturales nunca son lo que parecen ser y nunca son vistos como tales (la percepción de los objetos es un tema al que Burckhardt dedicó todo un capítulo), pero siempre son los portadores, los transmisores de significados específicos, a menudo múltiples en el interior de un código simbólico de conjunto que es en general comprendido. El mundo se estructura como una jerarquía de estos significados simbólicos, en la que los colores, las plantas y las flores, los animales, los minerales, los planetas y los relatos bíblicos el orden estamental de la sociedad, desempeñan sus papeles y se evocan de

manera constante unos a otros así como las cualidades morales a las que están vinculados. Las semejanzas, del tipo que sean, constituyen relaciones simbólicas, y configuran un mundo no tanto de causalidades como de correspondencias, que relacionan así los objetos, y no como un posterior mundo de pensamiento en función de la causalidad o según la taxonomía.

Para Huizinga se trata pues de un tipo de juego, aunque un juego «serio», porque para él el hombre es un animal que juega, tema al que dedicará otra de sus obras, *Homo ludens*, publicada en 1938. Quienes participan en el juego —que en cierta medida Huizinga considera que es todo el mundo, dado que la distinción entre alta cultura y cultura popular no es tan marcada (en el otoño de la Edad Media) como llegará a ser más tarde— constituyen su mundo y condiciona cómo serán sus reacciones a este mundo. Huizinga hace especial hincapié en la melancolía como el estado de ánimo dominante, un aspecto que contrasta con el sentido de renovación vinculado al Renacimiento. Es un mundo en otoño, y «mucho tiempo después de que la nobleza y el feudalismo hubieran dejado de ser los factores realmente esenciales en el estado y en la sociedad, seguían impresionando el espíritu como formas dominantes de vida». Comprender una época significa entender no sólo las fuerzas que la transforman sino también sus ilusiones.

Huizinga, si bien escribió en su lengua natal, el holandés, pertenecía a la tradición alemana de la historiografía cultural, la *Kulturgeschichte*. Como resultado de la diáspora provocada por el nazismo, una corriente de esta tradición iba a trasladarse a Londres con la biblioteca del historiador del arte y la mitología Aby Warburg (1866-1929), que fue el núcleo a partir del que luego se organizaría el Warburg Institute. Esta corriente estaba vinculada en especial al estudio de la iconografía como instrumento tanto de la historia del arte como de la historia de las ideas, y de la Baja Edad Media y el Renacimiento. Las afinidades con Huizinga son en este punto evidentes pero, tal como hemos comentado antes, indican un ámbito asimismo de coincidencia entre el historiador holandés y Febvre en Francia, y por ende con la escuela de los *Annales*, aunque esta escuela ponía mayor énfasis en la historia social. Marc Blocb (1886-1944), el principal colaborador de Febvre, era un medievalista cuyo interés por la historia de las mentalidades le llevó a escribir un estudio* que con el

* M. Bloch, *Les Rois thaumaturges*, Gallimard, 1924 (trad. cast.: *Los reyes taumaturgos*, FCE, México, 1988).

tiempo iba a ejercer una gran influencia y hoy ya es un clásico. En él trató los poderes curativos atribuidos a los reyes en la Edad Media como un aspecto de su carácter sagrado. Pese al interés declarado de los *Annales* por la historia económica, las influencias de la psicología y la antropología fueron fuertes. Tanto Febvre como Bloch se habían formado en la École Normale Supérieure con el antropólogo Lucien Lévy-Bruhl, quien, en 1922, había publicado su obra *La mentalité primitive.** Detrás de Lévi-Bruhl en la tradición de la École Normale estaba Durkheim y antes aún el que fuera su maestro y director de la École, el distinguido historiador de las ideas y las instituciones, Numa Denis Fustel de Coulanges, autor de un estudio clásico sobre los rituales que a su juicio eran constitutivos de la casa antigua y que finalmente quedaron subsumidos en *La cité antique*,** obra que publicó en 1864.

En 1938 Febvre publicó en los *Annales* un artículo titulado «Histoire et psychologie», en el que después de hacer una referencia a Huizinga proclamaba la necesidad de reconstruir el conjunto del universo físico, intelectual y moral de cada generación sucesiva. Como no era de extrañar, Michelet fue otro de los predecesores venerados. En un posterior artículo titulado «Sensibilité et histoire», publicado en 1941, Febvre habló tal como lo había hecho Huizinga de la necesidad de recuperar la vida emocional del pasado. De este modo, Febvre quedó vinculado a un aspecto de los intereses de los *Annales* que con el tiempo llegaría conocerse como el estudio de las mentalidades (*mentalités*) históricas: el estudio de la manera en que las sociedades concretas y las épocas particulares estructuran y representan la visión del mundo y la vida humana. Se hacía hincapié en los supuestos inconscientes y no en las teorías articuladas, expresadas en símbolos, metáforas habituales así como en las distinciones categoriales que se expresaban a través de los ritos y rituales. La similitud era evidente con la manera en que se había desarrollado la antropología durkheimiana a principios del siglo xx y en especial a partir de la última obra de Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse.****

* Traducida al castellano primero en Argentina por Gregorio Weinberg con el título *La mentalidad primitiva*, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, y luego en España por Eugenio Trias como *El alma primitiva*, Península, Barcelona, 1974.

** El título completo era *La cité antique: étude sur le culte, le droit, les institutions de la Grèce et de Rome*, traducida al castellano a partir de la quinta edición por Pablo de Santiago y Perminión en 1876.

*** El título completo era *Les formes élémentaires de la vie religieuse: le système totémique en Australie*, F. Alcan, 1912.

publicada en 1912. En esta obra, al identificar la religión como un fenómeno esencialmente público y social, de modo que las afirmaciones de fe habían de ser consideradas sólo como una aducción de razones que justificaban las prácticas establecidas, Durkheim había pasado a hablar de las sociedades que se reconocían y en cierto sentido se constituían por tanto a través de rituales públicos que manifestaban «representaciones colectivas», por medio de las que, para utilizar el término que había acuñado con anterioridad, se construía una «conciencia colectiva» (*conscience collective*). El estudio de Durkheim se basaba empíricamente en descripciones del totemismo entre los aborígenes australianos, aunque desde un punto de vista conceptual quedaba sólo a un paso del interés por las mentalidades y la cultura del campesinado europeo medieval y de los inicios de la época moderna.

El enfoque de los *Annales* era antropológico. El estudio de las «mentalidades» como forma de hacer historia de la cultura llegó a acarrear desventajas e inconvenientes vinculados tanto a la antropología de mediados del siglo XX como a las metáforas y modelos anteriores, a menudo organicistas, empleados por los historiadores de la cultura. Las concepciones holistas e históricas de la cultura se remontaban a principios del siglo XIX y aún más atrás en el tiempo, siendo el término alemán *Zeitgeist*, el «espíritu de la época», uno de los primeros signos de su presencia. Otros términos, aparte de «ideología» de claro cuño marxista y que pasó a primer plano en el siglo XX, se encontraban el de *Weltanschauung*, cosmovisión o visión del mundo, que el sociólogo alemán Karl Mannheim extrapoló del campo de la astronomía y el de *epistème* de Michel Foucault. El problema que suponía tratar las culturas como totalidades integradas era que parecía implicar una visión de ellas como si fueran estáticas e impermeables al cambio. Tanto los antropólogos como los historiadores de la cultura llegaron finalmente a reconocer que era necesario abordar las cosas con un mayor grado de complejidad (aunque los marxistas con la fuerza mayor de la explicación materialista y al trabajar en la escala económica para dar cuenta del cambio, fueron menos sensibles a aquel impulso). Pero llevó mucho tiempo. Febvre, por ejemplo, declaraba en su obra principal *Le Problème de l'incroyance au XVI^e^ siècle: la religion de Rabelais*, publicada en 1942, que el ateísmo era imposible en el siglo XVI, lo que simplemente resulta ser falso. (Además, contradijo aquella memorable declaración, en alguna otra parte.) La «cultura popular», además, llega a parecer más difícil de circunscribir que la frase que advertía de ella. Los problemas que las concepciones

globales de los mundos de pensamientos tenían a la hora de explicar el cambio fueron reconocidos también indirectamente como insolubles por Michel Foucault en *L'archéologie du savoir*, obra que publicó en 1969. En sus páginas, Foucault se despidió de aquellos problemas restándoles importancia y anunció que no hacía historia intelectual sino arqueología del saber: los arqueólogos, al parecer, no precisaban preocuparse por esas cosas. El rechazo de la narración o de aquello para cuyo tratamiento la narración existía, a saber, el cambio, dejaron un espacio vacío perceptible cuando la narración fue reemplazada por el análisis de las estructuras y las mentalidades.

La siguiente generación de especialistas vinculados a los *Annales* estuvo dominada por la figura de Fernand Braudel (1902-1985). Con él los *Annales* regresaron a sus antiguas raíces en la historia económica y social, y asimismo desarrollaron un interés por contar cosas; a veces parecía que por contarlo más o menos todo. El gran y clásico estudio que Braudel dedicó a la región del Mediterráneo en el siglo XVI se enraizaba en la geografía (más importante en el enseñanza francesa que en cualquier otra parte) y en la economía, aunque también las trascendía.* *La Méditerranée* llegó a abarcar dos volúmenes, el primero de los cuales es un enorme estudio panorámico de la interacción entre la geografía física y «humana» del área mediterránea en lo que Braudel denomina *la longue durée*, un estudio que el hecho de ser el fruto directo de la consulta de los archivos del siglo XVI, le convierte en uno de los grandes estudios históricos escritos en el siglo XX. Hito de imaginación y trabajo intelectual de primer orden, si bien al principio fue considerado una idea adicional al segundo volumen dedicado a la historia política del siglo XVI, Braudel llegó a considerarlo como su preámbulo esencial.

La última parte del primer volumen es en una amplia medida un estudio ortodoxo (aunque impresionante) de historia económica que pone el acento en la moneda, los precios, la demografía y los medios de transportes. La primera parte es un estudio inmenso de la vida en la costa del Mediterráneo y en las tierras de su interior durante el siglo XVI, estructurada por distancias, recursos naturales y sus imperativos y oportunidades; por las configuraciones del territorio y del mar y las islas, las variedades del terreno y de las poblaciones, y la interacción entre estas últimas. Braudel consideró las influencias que dan forma a las montañas, con sus implan-

* F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, 1949.

bles suelos rocosos y su nomadismo estacional entre las tierras altas y las tierras bajas, las llanuras, a menudo pantanosas e infestadas de paludismo así como cultivadas; penínsulas, islas y puertos, ciudades, pueblos y aldeas y el comercio que había entre ellos, a gran y pequeña escala. Entonces pasaba a estudiar los sistemas fluviales, las rutas comerciales sobre todo hacia el norte a Ruán, Hamburgo y Danzig, y al mar Negro y Rusia.

Braudel insiste en que, pese a su diversidad, el Mediterráneo es también una unidad, el mar que cruzan las naves comerciales, de cabo a cabo, de isla a isla. La población flotante de marinos era mixta y políglota; los marinos pasaban de un servicio a otro, de modo que en una misma tripulación podían incluirse gentes de todos los lugares del Mediterráneo de España a Grecia. En *la longue durée*, pautas regulares, las repeticiones casi inalterables condicionadas por la topografía y el hábitat, se recreaban constantemente en diferentes lugares como, por ejemplo, «la guerra eterna entre el campesino y el pastor». Las economías locales se expanden y contraen, las ciudades florecen y caen en el olvido, pero las necesidades que abastecían permanecen, para ser más ampliamente satisfechas en otros lugares. Es un mundo implacable el que Braudel describe, sin ninguna idealización, que con una simpatía humana que parece tangible, aunque no sea expresada explícitamente, al detallar la información de los archivos. El lector se queda con una sensación intensa del rigor y los riesgos de la vida: el trabajo de sol a sol, las epidemias (sobre todo en las ciudades), las oportunidades de comercio, las incursiones de piratas y los raptos de poblaciones enteras para convertirlas en esclavos (como sucedía en el mundo antiguo), a veces la casi inanición a la que se enfrentaban los pobres en su subsistencia, el suelo pedregoso. «No se terminaron de desbrozar de piedras —escribía Braudel— los campos de la llanura de Mahón en la isla de Menorca hasta el siglo XVIII». Las islas en general eran «tierras de hambruna», que dependían de las importaciones y estaban empobrecidas por el monocultivo con destino a la exportación. A veces eran sitiadas, mientras las montañas de su interior eran «una tierra de nadie, el refugio de pobres, bandidos y forajidos del Mediterráneo».

En la generación posterior a Braudel, la de 1970 en adelante, las influencias del grupo de los *Annales* se hicieron más amplias y también más difusas, al tiempo que empezaba a aflorar también en Estados Unidos y Gran Bretaña. Bajo su influencia se elaboraron estudios regionales, de escala mucho más modesta que los de Braudel, que en lo fundamental eran una manera de hacer historia local en Francia con un preámbulo geográfico. Tal como se mencionó con anterioridad, la escuela de los *Annales*

se dio a conocer por adoptar métodos cuantitativos. De modo que era inevitable que el uso de ordenadores acabara impactando en los estudios históricos. En Estados Unidos y en Gran Bretaña también, la cuantificación se convirtió en una técnica reconocida para el estudio de la historia y el término que irónicamente se acuñó para designarla fue el de «cliométrica». Su aplicación a la cuestión del balance económico la esclavitud la hicieron ser en Estados Unidos muy controvertida y quienes la aplicaban parecían tener la misma insensibilidad que aquel filósofo capaz «de mirar de reojo y herborizar sobre la tumba de su propia madre»,* o sobre cualquier otra.

En Gran Bretaña fue la demografía histórica la que mejor respondió al impulso cuantitativo que personificó el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure.** Peter Laslett (1915-2001), su padrino, presentó los rimeros resultados del grupo de forma divulgativa en su obra *The World We Have Lost* (*El mundo que hemos perdido*) publicada en 1965. Basada en el estudio de los archivos parroquiales, la conclusión más sorprendente a la que llegaba Laslett, refutando las ideas recibidas, era que la familia nuclear había sido la norme tanto en la Inglaterra premoderna como en la moderna. Las nuevas familias fundaban nuevos hogares; la gente aguardaba a casarse hasta que pudieran hacerlo; las viudas se mudaban de casa. La imagen recibida de una «tradicional familia extensa» premoderna, en la que bajo un mismo techo convivían tres generaciones y algunos parientes colaterales, resultaba que era un mito.

En Francia, a partir de la década de 1970 se produjeron novedades allí donde la muerte le había impedido a Febvre ir más lejos. En la época de Braudel el estudio de las mentalidades y la cultura popular era algo que en cierto modo había caído en desuso y Braudel no prestó atención en sus obras a la noción de una cultura distintiva mediterránea basada en el honor, la vergüenza, la castidad y la *vendetta*. A partir de la década de 1970 se empezaron a elaborar estudios de historia antigua, medieval y moderna que abordaban la historia de las emociones y los sentidos, y las concepciones de los universales de la vida y la muerte así como las actitudes hacia unos universales cuyas dimensiones históricas eran exploradas cada vez más a fondo. Philippe Ariès (1914-1984), pionero de la historia de la infancia, declaraba que la infancia no había sido un concepto

* Por decirlo con un verso del poema *Epitafio de un poeta* de William Wordsworth.

** Grupo de Cambridge para la Historia de la Población y la Estructura Social

hasta el siglo XVII. La experiencia de la muerte, el sexo, el cuerpo, la limpieza y la suciedad, e incluso los olores, todos recibieron un tratamiento histórico.

En un sentido, parte de todo esto tiene su origen en las digresiones etnográficas de la historiografía antigua desde Heródoto en adelante, pero es transformado, como, por ejemplo, el folclore que fue convertido en «cultura popular», por el giro antropológico e histórico. Los rasgos imperecederos de la vida y la muerte podían ser estudiados desde una perspectiva histórica porque eran percibidos y conceptualizados a través de «representaciones», en términos históricos tan variables como lo eran otras muchas cosas. Tal como Huizinga había afirmado, por ejemplo, los espacios asignados a la vida publica y privada variaban de una sociedad a otra: en la Edad Media la esfera de lo público era mucho más amplia, y lo particular y lo privado prácticamente no existían. Antes de la segunda guerra mundial, el sociólogo alemán Norbert Elias supo establecer la identidad de la historia de la «esfera de lo público» de un modo que desde entonces ha ejercido una gran influencia.

Pero antes de continuar con algunos de estos temas hasta los últimos años del siglo XX, es preciso que antes nos detengamos en las décadas centrales de aquel siglo y en alguna medida puede que sea preciso retorcer algo más en el tiempo, para tomar en consideración el marxismo, que ejerció su influencia, una de las más potentes sobre la historiografía de ese período. En concreto entre las décadas de 1920 y 1950, se hicieron intentos para aplicar las categorías explicativas del marxismo a las dos grandes revoluciones, la guerra civil inglesa —en lo sucesivo la «revolución inglesa»—, y la Revolución Francesa.

EL MARXISMO: ¿LA ÚLTIMA GRAN NARRACIÓN?

Hasta mediados del siglo XX el marxismo no logró incorporarse de manera sustancial a la historia. En 1883, el año de su muerte, la reputación de Marx era la de un escritor de economía que había pronosticado el hundimiento del capitalismo a través de una serie sucesiva de crisis cada vez más severas de subconsumo. En Estados Unidos, precisamente antes y después de la primera guerra mundial, fue como si por un momento algunos historiadores, al centrar sus intereses en el ámbito de la historia social, estuvieran asimismo a punto de adoptar el esquema explicativo marxista para aquella rama de la historia, la «New History» de James

Harvey Robinson (1863-1936) y Charles Beard (1874-1948). Pero la historia marxista estadounidense, como el proletariado estadounidense y el partido socialista estadounidense, no se materializaron. En la década de 1950, el historiador marxista de la Grecia antigua, Moses Finley (1912-1986), se trasladó a vivir a Gran Bretaña. En Europa, sin embargo, la revolución rusa, la crisis de 1929 y la Depresión, en la medida en que parecían ser signos del colapso del capitalismo que había pronosticado Marx, ayudaron a impulsar una visión marxista de la historia contemporánea y, como corolario, también del pasado. En la década de 1930, el ascenso del fascismo, además, parecía anunciar la cercanía de la confrontación final, quizá militar, entre comunismo y capitalismo, después de haber sepultado el «liberalismo burgués».

A partir de la década de 1930 en adelante en particular la atención pasó a centrarse en la revolución inglesa y en la Revolución Francesa como casos de prueba para la concepción marxista de la historia en lo que se convirtió, en el siglo XX, la línea de partido. Si estas revoluciones se ajustaban a la categoría marxista de «revolución burguesa», al haber barrido y recogido los escombros del feudalismo y haber allanando el camino para el advenimiento del capitalismo como preámbulo necesario para su propio desmoronamiento final, entonces era aún más las razones para esperar ese desmoronamiento y, por tanto, la victoria final del proletariado, que la revolución bolchevique parecía presagiar.

En Inglaterra, la interpretación marxista hundía sus raíces, aunque no sistemáticamente marxistas, en épocas anteriores del siglo XX e incluso de fines del siglo XIX. El giro que en aquellas fechas se había iniciado hacia una historia económica considerada como la moldeadora del cambio social tuvo desde fecha muy temprana un sesgo de izquierdas, aunque no fue así en absoluto entre todos los historiadores económicos. Esta inclinación era comprensible dado que los orígenes de la historia económica a fines del siglo XIX se debieron en gran medida al impulso de pasar de la teoría económica pura, a medir las consecuencias e implicaciones sociales del funcionamiento de sus leyes así como de los costes sociales del capitalismo industrial. Este tipo de impulso promovió a fines del siglo XIX de manera significativa las actividades de la alemana Verein für Sozialwissenchaft (Asociación para la ciencia social) y el trabajo en el ámbito de la historia económica de los llamados «socialistas de cátedra» en Alemania, Wilhelm Roscher (1817-1894) y Gustav Schmoller (1938-1917). La religión, al igual que la ética, era en algunos casos uno de sus componentes. En Inglaterra, los escritos de John Ruskin (1819-

1900) a menudo se encuentran entre los antecedentes intelectuales. Lo mismo vale para Arnold Toynbee (1852-1883), tío del autor de la grandiosa filosofía de la historia que tanto revuelo causó en las décadas de 1940 y 1950. A Arnold Toynbee se le atribuye el haber acuñado el término «revolución industrial» en las clases que dictó en la universidad de Oxford durante la década de 1880. Solía iniciar sus clases diciendo que la economía política se había separado demasiado de la historia. No resultaba difícil descifrar su significado. A Toynbee le siguieron, en la siguiente generación, Richard Henry Tawney (1880-1962), que fue uno de los primeros en abrir fuego en lo que iba a convertirse en la batalla académica sobre las causas de la guerra civil inglesa, en un artículo titulado «The Rise of Gentry, 1588-1649» que publicó en 1941 en la *Economic History Review*.

Cristiano anglicano, Tawney en aquel momento era el autor de dos importantes libros, unidos entre sí por un socialismo ético y una profunda aversión del capitalismo. Su obra más conocida, *Religion and the Rise of Capitalism* antes de ser publicada en 1926 fue leída en las clases de teología que impartía en la cátedra Gifford de la universidad de Glasgow. En el título se reconocía la influencia de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* que Max Weber había publicado entre 1904 y 1905, y del que se derivaba su tesis fundamental que en manos de Tawney se convirtió en algo notablemente distinto. El libro de Weber era un estudio sobre la aptitud de una psicología religiosa particular, la del calvinismo del siglo XVI, para fomentar el espíritu de la empresa capitalista y una sobria disciplina que alentaba la reinversión y maximizar los beneficios. Weber, que de hecho aprobaba tanto aquel espíritu emprendedor como la disciplina que comportaba, consideraba que la burguesía alemana de su época tenía muy poco de lo uno y lo otro. Weber tenía un modo de enfocar las cosas fríamente analítico y su tendencia ideológica era nacionalista. Tawney, en cambio, con una formidable capacidad para la indignación cristiana y, nada partidario de las virtudes empresariales, convirtió la tesis weberiana en un estudio de la relajación de los tradicionales intentos clericales para moderar la competición económica durante el decurso de la Reforma inglesa.

La otra obra importante de Tawney, *The Agrarian Problem of the Sixteenth Century*, publicada en 1912, tomó como tema de historia económica analítica, las protestas del siglo XVI contra el cercado de las tierras y la conversión de los campos de cultivo en pastos, con las consecuencias de privación de tierras y desempleo. Este estudio marcó el inicio del interés

de Tawney por la historia agraria, en la que se basaba su artículo sobre la «Gentry». El artículo revivía la tesis formulada por Harrintong en el siglo XVII en el que atribuía el derrocamiento de la monarquía a la decadencia del sistema feudal de baronías, que había sido uno de los objetivos de la política de Enrique VII y al ascenso económico de la *gentry* —pequeña nobleza y alta burguesía— que se vio acelerado por la disolución de los monasterios y el reparto de sus tierras. En términos políticos, esta pequeña nobleza y alta burguesía dominaba la Cámara de los Comunes. Tawney trató de demostrar su ascenso en términos económicos. Si bien luego sobrevino la segunda guerra mundial, el debate, que llegó a adoptar una acritud excepcional, fue retomando en las páginas de la *Economic History Review* por Lawrence Stone (1948) en apoyo de la tesis de Tawney, y Hugh Trevor-Roper (1950), criticándolo. La controversia terminó sin que la tesis de Tawney se hubiera acercado más a quedar establecida y sin que se presentaran fundamentos más firmes para afirmar ni el declinar económico de la aristocracia ni el ascenso relativo de la *gentry*.

Tawney era un socialista inglés, pero no un comunista. Además, tenía demasiados años como para abrazar en la década de 1930 la corriente del comunismo intelectual. En gran medida un producto de aquel mismo entusiasmo fue Christopher Hill (1912-2003), el otro historiador que en la década de 1940 se centró en los presuntos orígenes socioeconómicos de la guerra civil inglesa y cuyas credenciales marxistas quedaron expuestas en su primer libro, *The English Revolution* (*La revolución inglesa*) publicado en 1940, donde se afirma con audacia que la guerra civil había sido una revolución burguesa de tipo marxista clásico. Hill, que tiempo después se convirtió en el director de Balliol, el *college* que era también el de Toynbee y Tawney, había sido un estudiante comunista antes de la guerra, algo habitual en aquel período, y más insólitamente, había viajado a la Unión Soviética durante un año para aprender de los historiadores soviéticos que estudiaban el siglos XVII inglés. El resultado fue *La revolución inglesa*. Hill dejaría la militancia en el partido comunista después de la invasión soviética de Hungría en 1956 y modificó su tesis fundamental en diferentes ocasiones aunque nunca la abandonó. «La revolución inglesa» fue a su juicio la obra de una clase burguesa emprendedora, en la que se halla incluida la *gentry*, cuyo principal efecto fue romper las limitaciones que coartaban el ulterior desarrollo del capitalismo.

Una generación después, la opinión general de los historiadores del período se había vuelto decisivamente contra esta interpretación. Algu-

nos aristócratas, así como parte de la *gentry*, se habían comportado de un modo emprendedor, pero no había ninguna correlación discernible de esto o de actitudes económicas más tradicionales con las inclinaciones políticas. Aun las fidelidades políticas de los ciudadanos más destacados de las ciudades no permitían hacerse una imagen sencilla de la conciencia de clase de la burguesía. En la obra de los «revisionistas» más radicales, tal como se les conocía, incluso la guerra civil parecía disolverse en una serie de conflictos entre las elites locales, desatados por el colapso de la autoridad en el centro, donde la religión la había dividido.

Siempre a partir de principios del siglo XIX, el radicalismo inglés, al menos con el relajamiento y moderación —muy graduales— de las quejas de los disidentes contra la Iglesia establecida, ha tendido a centrarse en dos rasgos característicos de la historia inglesa. El primero, tal como hiciera Tawney en el *Agrarian Problem* (*Problema agrario*), era el desposeer a los pobres en el campo de sus derechos a la tierra, proceso que alcanzó su punto crítico con el movimiento de vallado y cercado de los cambos en el siglo XVIII. El segundo fueron las consecuencias sociales de la industrialización a partir de fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Estas preocupaciones llegaron a combinarse, entre las décadas de 1820 y 1840, en el debate conocido por entonces como la cuestión de «la condición de Inglaterra», en el que Macaulay y Carlyle tomaron parte de manera destacada en bandos opuestos. La historiografía posterior tendió a hacerse eco de los términos de este debate, sobre todo en el tratamiento socialista que Toynbee y Tawney dieron a la historia social y económica de Inglaterra, promovido por los escritos de Carlyle, Ruskin y William Morris, los grandes críticos sociales y profetas de la era victoriana.

Un vástago tardío de esta última tradición fue Edward P. Thompson, cuya primera obra consistió en un impresionante estudio de la figura de William Morris. La influyente *The Making of the English Working Class*, obra también suya, publicada en 1963, tenía evidentes rasgos marxistas, aunque no concedía excesivo rigor a las nociones marxistas de lo históricamente correcto y, en especial, al determinismo económico. El período que Thompson había escogido abarcaba desde el radicalismo inglés en la época de la Revolución Francesa hasta el movimiento del cartismo en la década de 1840. Pero su libro era mucho más que un estudio del pensamiento y de las actividades de los radicales ingleses, trataba también del descontento rural y de la resistencia activa contra la mecaniza-

ción en la agricultura; de las experiencias de la creciente masa de trabajadores manuales sin empleo y de otras diversas categorías de trabajadores; de las ideas éticas y de las tradiciones de organización en las comunidades de clase trabajadora. El hilo conductor, sin embargo, era la noción de la fusión y creciente articulación de los pobres con trabajo en una conciencia nacional de pertenecer a la misma clase trabajadora. El propio Marx había dedicado gran parte de su vida en Inglaterra a la causa de formar a los trabajadores del país en sus intereses de clase y fomentar su organización en sindicatos. Pero los marxistas, tanto los que teorizaban como los historiadores, había prestado escasa atención a *cómo* en realidad la conciencia de clase se había formado: tendía a suponerse que se seguía casi de manera automática de la concentración de trabajadores por parte del sistema de producción en fábricas; de la negociación de salarios y de condiciones que les hizo unirse y disciplinarse en una acción colectiva, y quizá los expertos marxistas de la clase media les ayudaron a articular sus intereses y su papel histórico. La exposición de Thompson fue más al fondo e hizo hincapié en la preexistencia de las ideas de justicia y derechos así como en las múltiples formas de asociacionismo obrero. Aceptó la importancia del cambiar las condiciones «objetivas» de existencia, pero repudió el determinismo económico.

En la medida en que, sin embargo, es un estudio de la formación del sentido de la identidad de una clase (que entonces, por tanto, cabe suponer, está en condiciones de convertirse en un agente histórico, aunque no llegaremos tan lejos), la historia de Thompson al igual que las historias marxistas, apenas puede evitar ser un tipo de relato whig, una especie de *Pilgrim's Progress* (*El progreso del peregrino*),* en el que el protagonista, la clase trabajadora, en su camino histórico hacia la autorrealización se enfrenta a diversos obstáculos, que Thompson identifica. La fe en la constitución inglesa contribuye a fomentar el radicalismo político que asimismo desde un buen comienzo es mal encauzado. El metodismo enseñaba métodos de autoorganización, pero su quietismo político era pernicioso y el acento que ponía en la salvación personal, una desviación. Las promesas de la ideología de los patronos de una mayor prosperidad para todos procedente de la actividad empresarial y de la producción in-

* El título completo era *The Pilgrim's Progress from This World to That Which Is to Come* (*El progreso del peregrino de este mundo al que está por venir*), obra escrita por el predicador John Buyan (1628-1688) y publicada en dos partes, una en 1678 y la otra en 1684.

dustrial, eran ilusiones seductoramente engañosas. Las acusaciones que lanza Thompson son tremendas y a veces las expresa, como bien sabía, con algo de aquella vehemencia que utilizara William Cobbett, el publicista radical de principios del siglo XIX, al que no duda en imitar como, por ejemplo, al hablar de la trinidad no sagrada que formaban «magistrados, propietarios y metodistas». No resulta difícil imaginar las diversas trampas que amenazaban a la clase trabajadora ocupada en ese reconocimiento de sí misma como clase en alegóricas letras mayúsculas. Al peregrino cristiano de John Buyan, acosado por la «culpa introspectiva», la «odiosa sumisión» y el «onanismo emocional», le habría sido preciso pensar rápido. Como si fuera un tratado de templanza interpretado al revés, a un hombre educado como el radical Francis Place su imposibilidad de beber en las tabernas le acaba metiendo en malas compañías que le hacen confraternizar con las doctrinas «utilitaristas y malthusianas». El lector sólo podía sacudir la cabeza al ver cómo aquel buen hombre se echaba a perder. Las metáforas, además, que describen los estados de conciencia de una clase emergente pero aún no consumada son significativas y sugieren un maligno hechizo: está «paralizado» por las ideas de Tom Paine, que incluían el respeto por los beneficios de la actividad empresarial, y «enredada» en el debate constitucional.

De la interpretación marxista de la Revolución Francesa se puede decir que se inició en la década de 1920 con la obra de Albert Mathiez (1874-1932), aunque no era un marxista sino un discípulo de Victor A. Aulard (1849-1928), de quien hemos hablado como crítico de Taine,* y fue continuada por Albert Soboul (1911-1982) y, a un nivel más alto de erudición y sofisticación, por Georges Lefebvre (1874-1959) a mediados de siglo. Lefebre fue quien dijo que «la Revolución es sólo la cima de una larga evolución económica y social que ha hecho de la burguesía la dueña del mundo». Soboul explicó la Revolución en términos rotundamente marxistas como el resultado de «una contradicción entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas». Dicho con otras palabras, las contradicciones en la infraestructura producían cada vez con mayores penas y fatigas las consecuencias habituales para las disposiciones de la superestructura. En ese nivel «la burguesía comercial ... guió, con una segura conciencia de sus interés, la Revolución hasta su objetivo».

* Se trata de un lapsus del editor. Véase el texto de la p. 477 comparándolo con el de la p. 576 del original.

De hecho el primero en lanzar sus críticas contra esta interpretación fue el inglés Alfred Cobban (1901-1968), especialista en historia de Francia, a través de las páginas de su *The Social Interpretation of the French Revolution* (*La interpretación social de la Revolución Francesa*), obra que publicó en 1964. En ella señalaba que la demolición de la apropiación marxista de la «Revolución inglesa» ya había comenzado. Había «hecho añicos la supuesta revolución burguesa, dejando a la aristocracia y la *gentry*, a los funcionarios reales, los juristas, a los mercaderes, el pueblo, las clases en ascenso y en decadencia, la sociedad feudal y burguesa, trabajadores y campesinos, diseminados en fragmentos por manuales y monografías». La sociedad del *Ancien Régime* francés no había sido menos compleja e inextricable. Ninguna fórmula sencilla basta para expresar la posición social de un individuo, o la «clase» representada por un conjunto de estos individuos. Era una sociedad de papeles múltiples y diversas maneras de estimar el prestigio y la condición: los criterios sociales, económicos y jurídicos se entrecruzaban de manera que definían una simple categorización de clase. Para Cobban, al igual que para los revisionistas de la guerra civil inglesa, la Revolución fue en lo fundamental política y no ejemplificaba ningún mecanismo subyacente. Asimismo, en un grado significativo, fue una revuelta *contra* la modernidad.

François Furet (1927-1997), el destacado crítico francés de la interpretación marxista, sostenía, en especial en su libro *Penser la Révolution française* publicado en 1978, un efecto similar aunque presentaba más atención a los motivos y al modo de pensar de los que defendían aquella interpretación. Señalaba asimismo que la Revolución Francesa había seguido siendo parte de la política en lugar de ser aceptada como historia, y hacía un llamamiento para que fuera finalmente resituada. Después de baber modelado durante más de siglo y medio la vida política de Francia, «la Revolución Francesa ha terminado». En lugar de seguir siendo un objeto de conmemoración, necesitaba ser emancipada de aquella servidumbre por una investigación histórica imparcial y abierta. Tras señalar que en el siglo XIX ya se pensó la Revolución como un estado destinado a ser superado y no tanto como un acontecimiento político hechos realidad, Furet sostenía que la interpretación de la Revolución estaba destinada a seguir politizada mientras siguiera siendo considerada un presagio de una revolución proletaria aún por venir, cuyo primer acto se había identificado en la revolución bolchevique de 1917, algo que había llevado a Mathiez, por ejemplo, a establecer una correspondencia entre los jacobinos y los bolcheviques.

El héroe de la polémica de Furet era en cierto modo Alexis de Tocqueville (1805-1859) quien, en su libro *L'Ancien Régime et la Révolution* (*El Antiguo Régimen y la Revolución*) publicado en 1850, había establecido una continuidad administrativa entre el impulso centralizador de la monarquía a partir del siglo XVI en adelante y el que había caracterizado a la Revolución. Según Furet, era preciso mirar detrás de la conciencia de los revolucionarios para ver la obra de la Revolución como una paulatina toma del poder por parte del estado centralizador a partir de las instituciones de la sociedad civil y de las comunidades locales. La Revolución sin duda fue un acontecimiento importante (Cobban en cierta ocasión se preguntaba si hubo una Revolución Francesa), pero fue una revolución política e ideológica que centralizó el poder y difundió los valores y las actitudes del espíritu democrático al tiempo los consagraba. La interpretación marxista, en cambio, abarcaba una serie de confusiones categoriales a la hora de describirla, al combinar monarquía y aristocracia, aristocracia y feudalismo burguesía y capitalismo. Las actitudes de la burguesía hacia la actividad empresarial fueron complejas y la aristocracia no estaba en absoluto exenta de intereses emprendedores.

En la naturaleza de la revisión histórica está que no pueda tener un final: sin duda ahora mismo deben estar produciéndose revisiones de las revisiones. Esa es la norma para la profesión histórica. Sin embargo, puede que las interpretaciones estrictamente marxistas de las dos revoluciones —interpretaciones cuyo desmoronamiento, sea dicho de paso, fue anterior al desplome del comunismo soviético— sean hoy ya sólo episodios del pasado. La sencilla terminología de clase ya no cautiva con su canto de sirena los oídos del historiador y resulta difícil imaginar que un futuro aspirante a Hill o Soboul, si es que llega a haberlo, pudiera de nuevo ver una aurora alegre y segura mientras aclama el ascenso de la burguesía.

ANTROPOLOGÍA E HISTORIA: LENGUAJES Y PARADIGMAS

En 1963, Keith Thomas publicó un sorprendente artículo en la revista de izquierdas *Past and Present*, fundada en 1952 y especializada en historia social. El artículo, que llevaba por título «History and Anthropology», era una protesta contra la especialización histórica por temas, a la que contraponía el modo en que los antropólogos estudiaban las sociedades de pequeñas escala en su totalidad. Asimismo señalaba importantes coincidencias entre los temas a los que los antropólogos solían prestar aten-

ción en las sociedades sin alfabetizar que estudiaban, fenómenos como la brujería, la venganza de sangre, mitos y genealogías, y algunos de los fenómenos de las sociedades europeas aún sin alfabetizar que estudiaban los historiadores. La plausibilidad de la argumentación expuesta por Thomas cuando indicó que la antropología es una posible fuente de prácticas rectoras para los historiadores, en realidad dependía, aparte del ejemplo francés, de la revolución que había tenido lugar en la antropología británica a partir de la década de 1920, resultado en parte de la influencia que habían ejercido las ideas durkheimianas, alejadas del evolucionismo y orientadas a la comprensión conceptual de pequeñas sociedades exóticas a través de los términos clave de estructura y función.

El más célebre de todos los antropólogos británicos de principios del siglo XX, sir James Frazer (1854-1941) vio las posibilidades que tenía combinar el estudio de sociedades exóticas o «primitivas» con el estudio de las creencias y prácticas populares europeas premodernas, por entonces descritas como «folclore». Pero tanto Frazer como sus coetáneos habían trabajado bajo la tutela de una perspectiva evolucionista que relegaba las supersticiones del folclore, las creencias mágicas y los rituales recurrentes de las sociedades agrarias a la categoría de «vestigios», de fragmentos de estadios anteriores de la sociedad humana, que el progreso evolutivo había dejado abandonados tras de sí. De la concepción que hacía de ellos vestigios no se podía hacer nada a parte de dejar constancia de ellos como un anticuario y confirmar que la sociedad había sido una vez, tal como el evolucionismo dictaba, una sociedad salvaje. La adopción de la «función» como el concepto fundamental de carácter explicativo ofrecía una alternativa, primero en el estudio de las sociedades no europeas, pero también en el estudio del pasado europeo. La atención de los antropólogos siguió en su mayor parte centrada en las primeras, aunque el antropólogo y profesor de Oxford, Edward Even Evans-Pritchard (1902-1973), excepcionalmente, escribió un ensayo sobre «Antropología e Historia».*

El concepto de función tuvo la misma capacidad de transformar el folclore y el estudio de los mundos de pensamiento de las sociedades europeas premodernas y sobre todo agrarias, que había tenido en antropología. Tal como Thomas lo vio, al preguntar por el significado que tenían, para aquellos que los pensaron, los pensamientos que hasta entonces se habían conceptualizado como vestigios, y qué significado tenían

* Ensayo que fue publicado en su *Essays in Social Anthropology*, 1962.

para aquellas gentes del pasado los rituales y otras prácticas, sería posible ver cómo estos fenómenos se ajustaban a las vidas y a las concepciones del mundo que se hacían, abriendo de este modo al estudio de las sociedades premodernas un nuevo camino, junto con lo que Thomas describía como especialización temática (los consabidos estudios de la historia política, constitucional y eclesiástica y el análisis de las estructuras y condiciones socioeconómicas). El folclore se podría resituar como el estudio de la cultura y las mentalidades populares, del modo que se había defendido con anterioridad en Francia.

Quizá sea importante que el equivalente más claro en Estados Unidos del artículo de Thomas, que después sería reforzado por su obra clásica *Religion and the Decline of Magic* publicada en 1971, llevara por título *Sociology and History: Methods* y fuera publicado en 1968 bajo la dirección de Richard Hofstadter y Martin Seymour Lipset. Si bien es cierto que apuntaban en direcciones algo distintas, hacían, no obstante, un llamamiento análogo a que la historia se abriera a las influencias de las ciencias sociales. La sociología se estaba convirtiendo en una disciplina que interesaba también a los historiadores británicos, aunque en Estados Unidos gozaba de una posición más firme y segura. La tradición norteamericana en antropología se centraba en los rasgos distintivos de círculos culturales particulares (del alemán *Kulturkrise*) o en el desarrollo psicológico individual, como en el estudio sobre la sociedad samoana llevado a cabo por Margaret Mead, y no en la dinámica de sociedades a gran escala. Hofstadter, en el prefacio que escribió para su libro *Sociology and History*, mencionaba, como temas capaces de atraer la atención de los historiadores, la estructura ocupacional, la estratificación social, los métodos cuantitativos (las encuestas de opinión), los «estilos religiosos», la emigración y «el papel social de las ideologías». Como se deduce perfectamente de esta lista, al no estar ya de moda la libertad de los bosques germanos, la Edad Media no era considerada ya parte de la historia estadounidense que ahora empezaba con el puritanismo. En América del Norte, Max Weber ejercía una influencia mucho más fuerte que Émile Durkheim, y mientras Weber es rotundamente protestante en su pensamiento social, Durkheim permanece fiel a la tradición neocatólica dominante en el pensamiento sociológico francés desde la época de Auguste Comte y Fustel de Coulanges a mediados del siglo XIX, con su interés por las funciones sociales de la religión y el ritual.

A partir de la década de 1970, en Europa, donde Marc Bloch fue su precursor indiscutible, los historiadores de la Edad Media y de la Edad

Moderna temprana fueron prestando mayor atención a lo que siempre habían sabido y que ahora empezaban a discernir modos nuevos de enfocarlo: el mundo que estudiaban estaba poblado de espíritus y demonios y exorcismos, e imbuido de ideas de lo sagrado, con rituales de iniciación, purificaciones, milagros, cultos y sacramentos que eran otros tantos puntos de acceso situados entre el mundo visible y el invisible. «Superstición» era un término acuñado por la Ilustración, «fe» uno acuñado por el cristianismo, en tanto que una frase del estilo «sistema de creencias» relativizaba y situaba en un marco histórico lo uno y lo otro, al tiempo que lo hacía desde una perspectiva implícitamente comparativa. En sus estudios sobre el cristianismo primitivo, Peter Brown, el eminente historiador de la Antigüedad tardía (una categoría cuya necesidad se encargó de hacernos ver), empleó una concepción en esencia antropológica de lo sagrado alcanzando un contundente efecto, por ejemplo, al estudiar el culto del cristianismo de Oriente al sacerdote, a quien sus prácticas ascéticas capacitaban para cumplir ese papel y estaba armado con los poderes del exorcismo. El cristianismo de los siglos IV y V, al igual que muchos historiadores contemporáneos, se preocupó mucho por las actitudes relativas al cuerpo y la carne.

Puede parecernos que un largo trecho separa el estudio de las mentalidades, en gran parte realizado a través de las imágenes, las prácticas rituales, los símbolos y suposiciones, de la historia intelectual creada por las elites muy cultivadas. A partir de las décadas de 1960 y 1970, sin embargo, estuvo también influida por un giro hacia la antropología y cuando no hacia una red de lenguaje compartida. La «historia de las ideas», en el nivel más alto de abstracción, encontró al principio un lugar en el que asentarse durante el período de entreguerras, sobre todo en Estados Unidos. El *Journal of the History of Ideas,* se fundó en 1941 gracias a la influencia de Arthur O. Lovejoy, cuya sorprendente obra *The Great Chain of Being** publicada en 1936, defendía la noción de que había un acervo limitado de lo que denominaba «ideas de unidad» (estableciendo una analogía con el número supuestamente finito de tramas disponibles en la novela), que podrían encontrarse en la historia. «La gran cadena del ser» era una de ellas, aunque resultaba difícil encontrar otras. La «gran cadena» era la concepción de una jerarquía de formas del ser, desde lo más material hasta lo más espiritual. Las ramificaciones de esta idea, tal como demostró Lovejoy, se extendieron por la filosofía, la teología, las cien-

* A. O. Lovejoy, *La gran cadena del ser,* Icaria, Barcelona, 1983.

cias y la literatura desde época griega hasta el siglo XVIII. El libro de Lovejoy fue el fruto de un innegable *tour de force*, pero no estableció, como su autor había aspirado, el modelo a seguir para trabajos posteriores. Una de las cosas que tendió a generar esta fórmula de la «historia de las ideas» fueron historias de una *palabra*, como por ejemplo, «gótico», que si bien se ramificaban en diferentes campos intelectuales, no respondían a lo que en principio se había pretendido.

Considerada desde un punto de vista histórico, la obra de Lovejoy supuso cuanto menos un avance al centrarse simplemente en las ideas de los grandes pensadores, tratadas de manera aislada pero dispuestas en una secuencia cronológica. Esta concepción de la historia de las ideas, si se puede denominar concepción, fue totalmente desbancada entre fines de la década de 1950 y la de 1970 por dos especialistas formados como historiadores, John Pocock y Quentin Skinner. El género dominante aquí, sobre todo por razones institucionales —aunque resulta difícil considerar que hubiera otras— fue, y en una medida importante lo sigue siendo, la historia del pensamiento político. Cursos sobre este tema se hallaban y aún hoy se están presentes en los planes de estudio de los departamentos y facultades de historia y ciencias políticas. En cambio, con los cursos de historia intelectual como tal, al menos como una práctica que mereciera ser llamada con ese nombre, en general no sucedía lo mismo. (Aclaremos que hablar aquí indistintamente de historia intelectual o historia de las ideas no reviste especial importancia.) La lógica, sin embargo, de estudiar, pongamos por caso, el *Contrato social* de J.-J. Rousseau pero no otra de sus obras como el *Emilio*, o bien estudiar la teoría de Locke sobre el gobierno civil pero no así la de Adam Smith sobre los sentimientos morales, es cuanto menos escurridiza. En aquellos años, las principales aportaciones especializadas de Pocock fueron *The Ancient Constitution and the Feudal Law*, publicada en 1957 y *The Machiavellian Moment*, publicada en 1975, y en cuanto a Skinner había publicado en 1978 *The Foundations of Modern Political Thought*, además de publicar una serie de brillantes artículos polémicos en la década de 1960 en los que atacaba el tratamiento «whig» ahistórico del canon de pensadores político.*

Las primeras reflexiones metodológicas de Pocock dejaban constancia de un giro lingüístico. Considerar la red de la vida intelectual como una red de significados que socialmente transmitidos (lo que para nada significa reducir su estudio al de la historia social) ha pasado a ser co-

* Artículos que fueron reeditados en el primer volumen de su *Visions of Politics*.

mún en historia de las ideas. Pocock hablaba de los «lenguajes» rivales en los que se elaboraban los debates sociales y políticos. En el prefacio a la edición que dirigió de las obras de Harrington, distinguía en la Inglaterra del siglo XVII tres de estos lenguajes relevantes: el lenguaje de la tradición del derecho consuetudinario, el del milenarismo puritano y el de la virtud republicana y la corrupción. A diferencia de otros autores que mostraban ese mismo giro lingüístico —Foucault, por ejemplo, que parece considerar el lenguaje como una especie de prisión—, Pocock considera esos lenguajes a la vez como múltiples, y por ende maleables, y habilitadores. Skinner, por su parte, ha hecho hincapié en la necesidad de interpretar los textos, sobre todo a partir del Renacimiento (incluido el pictórico) y el siglo XVII, estableciendo «léxicos», vocabularios en la red de significados que les eran contemporáneos y en los que se basaban y sin los cuales no hubieran resultado inteligibles en su época. Si bien es algo que no suele hacerse, podría parece incluso apropiado hablar de las «mentalidades» de lo aprendido, cultivado y culto, con tal que se entienda claramente que análisis no es psicológico.

Los recuerdos de las influencias intelectuales que han intervenido en esta revolución académica varían según los participantes. No se trataba tanto de preceptos o modelos como de indicadores convergentes, más o menos destacados en función de cada individuo, de un clima intelectual relevante en las décadas de 1950 y 1960. En los míos ocupan un lugar especial la metáfora de Michael Oakeshott de la vida intelectual como «conversación», y los lemas wittggensteinianos, quizá no del todo comprendidos, de que el lenguaje es una forma de vida* y que «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo».** Otros quizá mencionarían la historia de la filosofía propuesta por R. G. Collingwood y el concepto de «enunciados preformativos» de J. L. Austin,*** el lenguaje como hacer, que fue utilizado de hecho por Skinner. Asimismo es importante que Duncan Forbes —que fue mi director de tesis en Cambridge durante 1956— estuviera por entonces creando y exponiendo en solitario la concepción, hoy indispensable, de Ilustración escocesa.**** Más adelante Pocock hablaba, al menos en la exposición de sus ideas

* L. Wittgenstein, *Philosophische Untersuchungen*, 1953.

** L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, 1921, § 5.6.

*** J. L. Austin, *How to do things with words*, 1955.

**** Recuerdo haber oído que otro historiador de Cambridge, cuando le preguntaron en qué trabajaba Forbes, dijo: «Creo que en algo escocés».

sobre los «lenguajes», del uso que Thomas Kuhn hizo de la noción de «paradigmas» en la historia de la ciencia.*

La tesis de Kuhn era una atrevida extrapolación realizada a partir del conocido concepto de revolución copernicana. Un paradigma, en la acepción que le da Kuhn, establece un modo particular de explicar los fenómenos que es de uso obligado por la comunidad científica o filosófica. Su significado es más amplio que una teoría ya que especifica los criterios que una teoría fecunda debe satisfacer. La evolución, a menudo tratada como una teoría, sería para Kuhn un ejemplo de paradigma, dado que establece todo un modo de explicación, al principio en contraposición al creacionismo o el «argumento del diseño», que había sido el paradigma anterior. A partir de un paradigma se pueden generar teorías y explicaciones subordinadas. Explicar la estructura del ojo haciendo referencia a sus funciones podría ser compatible tanto con el paradigma del diseño como con el de la evolución por selección natural. Pero un paradigma puede también tener espacio para el debate que genera investigación. Las dos teorías rivales, por ejemplo, sobre cuál es linaje de homínidos que culmina en el *Homo sapiens* tendrían que aceptar el paradigma de la evolución.

Los paradigmas son fenómenos históricos. Un «cambio de paradigma», según sostiene Kuhn, se produce cuando el conjunto de la tendencia explicativa cambia o es invertida: el creacionismo habla —en general— del mundo como adaptado al hombres; la evolución darwinista por selección natural presenta a un hombre que es el más apto para poder sobrevivir en el mundo. El caso clásico de este cambio, o literalmente de esa transposición de paradigma, fue la revolución copernicana que puso al Sol en el centro del sistema que antes se creía que giraba alrededor de la Tierra. Los cambios de paradigma se producen cuando la acumulación de anomalías generadas por el paradigma vigente requieren tanto esfuerzo explicativo y en realidad de tantas explicaciones que la simplicidad ofrecida por un nuevo paradigma pasa a ser más atractiva. ¿Por qué, se había preguntado Darwin, los picos de los pinzones del archipiélago de las Galápagos eran algo diferentes de una isla a otra? ¿Por qué Dios lo había hecho así? (Ejemplos que en su mayoría no son de Kuhn.) Un paradigma, como expresión establecida de un consenso o una opinión general compartida, cuenta con una base social e intelectual que lo sostiene y apoya, y se impone de manera especial a los aprendices, que

* T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 1962, trad. cast. *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Madrid, 2005.

en lo sucesivo tendrán un interés personal en mantenerlo. De ahí que una comunidad científica, el tribunal que determina lo que es o no explicación, sea en esencia conservadora, aunque se halle sujeta de vez en cuando a drásticas sacudidas. La historia de la ciencia sólo es en parte una historia de acumulación, es también periódicamente revolucionaria.

El libro de Kuhn causó el efecto de uno de esos drásticos cambios al sacudir una manera de ver la historia de la ciencia como la acumulación progresiva de la verdad a través de la utilización del método científico. Como era de esperar, su tesis fue recusada en especial por su aparente relativismo a la hora de hacer que paradigmas históricamente variables determinaran lo que era válido como explicación. Pero, por muchos defectos que pudiera tener, la importancia de la tesis de Kuhn para nuestro propósito se cifra en que identificó la ciencia como una práctica humana de colaboración, y caracterizó en parte una comunidad científica madura en término del ejercicio del poder. Al hacerlo abrió la posibilidad de un tipo diferente de historia de la ciencia que reserva más de un papel a los historiadores. Se han llevado a cabo un notable número de estudios, por ejemplo, acerca de la formación del consenso sobre la evolución y sus variedades en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX, al tiempo que se han estudiado las similitudes entre el cambio de paradigma y la revolución política.

De manera simultánea pero independiente, surgida de la tradición del estudio de la iconografía y la historia cultural encarnada por la tradición de Warhurg,* la obra, en particular, de la especialista en el Renacimiento, Frances Yates (1899-1981) rechazaba de otra manera el progresismo científico. La historia whig de la ciencia, que supeditaba el pasado al presente, no sólo había dividido a sus personajes en precursores ilustrados y sus oponentes, sino que utilizaba a los últimos y, por ende, aplicaba criterios anacrónicos a la hora de distinguir qué era interesante. Y lo hacía incluso en el interior del pensamiento de los precursores de la ciencia, al descartar como morralla que no era incumbencia de la historia de la *ciencia* las creencias religiosas, astrológicas y alquímicas con las que a veces había cargado y que le habían impedidos su avance. Dependiendo del significado de la frase, sin embargo, podía ser coherente hacerlo, pero en todo caso no era lo que los historiadores entendían por historia. Empezando por su *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*** publicado

* Véase más arriba p. 566.

** F. A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, trad. cast. Ariel, Barcelona, 1983.

en 1964, Frances Yates, dejó de centrar su atención en la identificación y evaluación de los prodigios de la modernidad para fijarla en el mundo del pensamiento total de sus protagonistas, que en gran medida sería después dejado de lado al considerar que sólo revestía un interés de anticuario.* La obra de Yates hizo en un sentido lo equivalente para la alta cultura intelectual de lo que había representado considerar en serio las creencias y las prácticas de la brujería de una sociedad agraria, es decir, la consideró como un fenómeno histórico.

IDENTIDADES SUPRIMIDAS Y PERSPECTIVAS GLOBALES: HISTORIA UNIVERSAL Y MICROHISTORIA

La obra *The Making of the English Working Class*** que E. P. Thompson publicó en 1963, tiene dos caras, como Jano: una mira hacia sus orígenes marxistas y también hacia delante, a la historiografía del último cuarto del siglo XX. La «clase trabajadora» de la que habla Thompson era el proletariado en estado aún incipiente. Pero la formación de la conciencia de la clase trabajadora, como Thompson la describe con todo detalle, es también la formación de aquello que utilizando un lenguaje sociológico más neutro se denomina una «subcultura», de la que el historiador necesita ocuparse por su propio bien. La célebre declaración de intenciones que Thompson hacía en el prefacio, convertían su libro en el precursor de las nuevas actitudes históricas en las décadas de 1970 y 1980, mientras que los orígenes del concepto de conciencia de la clase trabajadora se remontaban a la ortodoxia marxista: «Trato de rescatar al humilde calcetero, al trabajador del campo "ludita", al "obsoleto" tejedor del telar de mano, al artesano "utopista"» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott —una profeta milenarista— de la enorme condescendencia de la posterioridad».

Aquello estaba en sintonía con el estado de ánimo vigente a partir de la década de 1970. Reconstruir el mundo de pensamiento de gentes que no sabían ni leer ni escribir o que apenas si sabían o que tenían dificulta-

* «Anticuario», empleado en sentido peyorativo por los whighs históricos o no historiadores, significa «histórico». Los historiadores del pensamiento político a veces han sido acusados por los filósofos políticos o los politólogos de ser estudiosos de las antigüedades, anticuarios, en fin en el sentido de ser historiadores.

** E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (3 vols.), Laia, 1989.

des de expresión (si bien algunas mentalidades radiales de Thompson sabían leer y escribir y se expresaban muy bien) llegó a parecer una tarea digna del historiador. Y la manera en que explica el título, también iba a ponerse de moda: «"*making*" ["formación"], porque es un estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento».

Encontramos el mismo verbo y las mismas razones para utilizarlo en una de las obras más destacadas escritas en Estados Unidos en la década de 1970, en *Roll Jordan, Roll: The World the Slaves Made* que Eugene Genovese publicó en 1974. «*Made*» aquí tiene quizá incluso una fuerza activa aún más llamativa que el «*making*» de Thompson. Genovese hizo un uso exhaustivo de la correspondencia a fin de rendir justicia a la diversidad de experiencias en que la esclavitud fue sufrida, y estudió a fondo la cultura que los esclavos crearon ellos mismos en las condiciones más adversas, a partir de la Biblia, en contacto con la sociedad blanca y las influencias africanas, como una cultura nueva y única, y no como algo sólo tradicional o imitativo. La obra de Genovese es muy impresionante y planteaba una importante observación general. La noción de identidad colectiva, forjada culturalmente, como creación autónoma cautivó la imaginación del público durante la última parte del siglo XX. Significaba ver y considerar como agentes y artífices a grupos que hasta entonces habían tendido a figurar en las explicaciones de carácter histórico sólo como aquellos que habían sufrido sus aciagos destinos o, para la opinión administrativa o gubernamental (reflejadas en algunos historiadores), como problemas e incluso fastidios.

Quizá será mejor ilustrarlo con una comparación que si bien se remonta a fines del siglo XIX, el modo de pensar que euuncia siguió siendo poderoso, incluso ortodoxo, a lo largo de otros tres cuartos de siglos. En 1886, la nota introductoria al primer número de la *English Historical Review* anónima pero en realidad escrita por James Bryce, anunciaba, de una forma que en aquella época se podría haber considerado más o menos redundante, que «los estados y las naciones serán la parte principal del tema que tratará [la *Review*]». Pero más interesantes que la declaración misma son las razones que Bryce aduce y que ahora son relevantes. Tras rechazar por demasiado vago el punto de vista que entendía la historia como proporcionar «una imagen del conjunto del pasado», Bryce definía su significado como el de ser «el registro de la acción humana», y añadía que «los actos de las naciones y de los individuos que han desempeñado un gran papel en los asuntos de las naciones han sido, en general, más importantes que los actos de los ciudadanos particulares». El

uso del adjetivo «importantes» en lugar de un más matizado como «dignos de atención» hace que la afirmación resulte tautológica.

Tres cuartos de siglo más tarde, E. H. Carr al exponer en su *What is History?* (*¿Qué es la historia?*)* publicado en 1961, las razones contra la *Whig Interpretation* de Butterfield, se hacía eco de las razones expuestas por Bryce. El punto de vista de Carr era rotundamente whig: «la historia propiamente dicha la pueden escribir solo quienes perciben y aceptan un sentido de dirección en la historia misma» («historia propiamente dicha» parece ser la frase que requiere un análisis más serio y detallado). «La historia es en general —prosigue Carr— un recuento de lo que se hizo, no de lo que no se logró hacer; en esta medida es inevitablemente la narración de un éxito» (¿o bien una inevitable historia de éxito?). Se percibe un eco, aunque algo mitigado, del «han desempeñado un gran papel». Con el pretexto de hacer una observación general sobre la historia, Bryce y Carr formulaban una receta acerca del tipo de historia que valía la pena escribir; en realidad, de lo que valía como historia. Todos los historiadores escogen qué historia les interesa, pero la elección no es preciso universalizarla y hacerla obligatoria; aquí se dejaba oír la voz de un consenso muy seguro de sí.

De hecho los argumentos son totalmente frágiles. La antítesis a la que Bryce se refiere, «una imagen del pasado en su conjunto», resulta vaga sólo debido al grado de generalidad en que es presentada, y que hace que parezca absurda como un prescripción. Reformularla reduciendo su generalidad, como una afirmación de que *cualquier* aspecto del pasado *puede* ser el tema de la investigación histórica, no la hace ni vaga ni absurda. Vale la pena reflexionar por un momento en qué Bryce debía de estar pensando y rechazaba para la *EHR*. Lo más probable es pensar que eran las publicaciones de las sociedades locales de anticuarios y arqueológicas que eran las rivales oficiales a escala provincial de la nueva revista de historia constitucional y política que se editaba para el ámbito nacional. El contraste no era, entonces, sólo entre lo antiguo y lo nuevo, lo político y lo nacional, sino entre lo metropolitano (londinense) y lo local. La historia local era en un sentido la predecesora del género moderno, en lo que pronto centraremos nuestra atención, de la «microhistoria», y por tanto requiere que le dispensemos un momento nuestra atención.

El problema de las publicaciones de anticuarios y de las sociedades arqueológicas no era que fueran vagas como pudiéramos pensar y cómo

* E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1981.

puede que pensar Bryce, al igual que otros lo hicieron, sino que todas ellas eran, de una manera heterogénea, demasiado específicas. John Richard Green, otro de los fundadores de la *English Historical Review,* describió con altivez los intereses arqueológicos de estas sociedades como «la arquitectura eclesiástica un poco atemperada gracias a un entusiasmo por los campamentos romanos y los viejos yelmos», y decía que sus miembros eran «párrocos rurales y ancianas doncellas». Las publicaciones de anticuario solían dedicarse a elaborar inventarios de hechos sobre indumentaria, edificios, armas y otros objetos, aspectos de la vida doméstica y de las familias notables de los lugares, tradiciones locales y selecciones aleatorias procedentes de archivos locales. Eran sin duda eclécticos y en ese sentido hacía del «pasado en su conjunto» la esfera de su competencia. Sin lugar a dudas no eran productos de la especialización disciplinada y, por tanto, eran en el sentido en que le da Bryce al término «vagos». Se puede expresar mejor su textura mediante una serie de títulos, que resultan bastante claros y fáciles de entender e incluso de una franqueza que desarma. Veamos a continuación algunos extraídos del primer volumen de las *Transactions of the Royal Historical Society* publicadas en 1875. Pese a su nombre solemne y su sede londinense, la Society, fundada en 1868, tenía sus orígenes en el mundo de las sociedades que editaban publicaciones de anticuarios y, en 1871, aún se percibía aquel sello característico. Los artículos eran sobre todo locales aunque variopintos: «The Personal Expenses of Charles II in the City of Worcester»; «The Mounds at Dunblade and the Roman station at Alauna»; «Tudor princes in Kent, chiefly in 1577».* A todas luces, hombres con acceso a archivos locales particulares de los que tal vez eran sus conservadores fueron los responsables de los títulos de listas similares a aquella. El archivo se consultaba porque estaba allí, aunque es preciso señalar que en los artículos de la década de 1950 de la *English Historical Review,* que había sido fundada en 1929, tampoco se caracterizaban por estar siempre relacionados con cuestiones históricas más amplias y apasionantes.

A mediados del siglo XX, sin embargo, tal como Keith Thomas supo ver, la historia aparte de la que se ocupaba de los «asuntos de las naciones» tuvo la oportunidad de reconciliar exhaustividad y coherencia. Los antropólogos habían aprendido el modo de hacerlo. En realidad, eran efi-

* «Los gastos personales de Carlos II en la Ciudad de Worcester»; «Los túmulos de Dunblade y la estación romana de Alauna»; «Los príncipes Tudor en Kent, sobre todo en 1577».

ticos con los mundos estáticos que había presentado la antropología británica, hubo acusaciones de trivialidad y no faltaron tampoco las referencias que tachaban a las monografías antropológicas sobre pequeñas sociedades concretas de «hacer filatelia», pero en las décadas de 1960 y 1970 «pequeño» había ya dejado de significar «trivial». Thomas escogió bien su momento. Para la joven e incipiente sensibilidad histórica, las culturas y las identidades colectivas que aquellas contribuían a constituir era «hechas» por sus participantes, sobre todo de manera anónima, al sostener y apoyar un particular modo colectivo de vida. La práctica mayoría de adultos eran en ese sentido agentes e incluso boyantes, participantes activos en las relaciones sociales mediadas por la participación en un lenguaje: transmitir recuerdos y preceptos de una generación a otra; recibir, remodelar y transmitir, a menudo de manera confusa, ideas acerca del mundo y la vida humana. Difícil es no evocar aquí aquel aforismo de Carlyle según el que la «historia es la esencial de innumerables biografías», un pensamiento que subyace al género contemporáneo de la «historia oral». Los historiadores «orales» dejan constancia de los recuerdos individuales mientras quienes poseen esos recuerdos, y a los que les sería imposible ponerlos por escrito, aún son capaces de trasmitirlos a través de la palabra hablada. Se trata del renacer de una de las más antiguas prácticas de los historiadores, el interrogar a los testigos directos. Ampliamente reemplazada en el ínterin por la profusión de documentación escrita, la invención de la grabadora magnetofónica la hizo resucitar.

Las concepciones contemporáneas de la cultura y su valor se hallan visiblemente relacionadas con las Vico, Herder y Michelet, aunque quedaron marginadas en la época de Ranke y de la *Realpolitik*. El impulso es a veces análogo al deseo de Herder de despertar en los alemanes un sentido de su identidad que por entonces se halla subestimada, por medio de una cultivada toma en consideración de la creación y transmisión anónimas al presente de una cultura nacional común. Si bien esto pudiera parecer en desacuerdo con la preocupación moderna por las subculturas, de hecho da cabida también a todo intento de centrar la atención en los modos tradicionales de vida de las comunidades locales. Este hecho dejó una huella importante en la historiografía, tal como hemos visto,* a través de la antaño en boga concepción de la comunidad aldeana de copropietarios teutónicos como la supuesta roca firme de toda sociedad teutónica (en la que se incluían tanto la inglesa como la escandinava). Se anticipaba así el interés

* Véase más arriba p. 486.

contemporáneo por la pequeña escala, que, no obstante, no era pensada como algo forzosamente germinativo. Aun así, *Volk*, si bien es prácticamente una palabra proscrita, sigue siendo un concepto influyente, aunque prefiramos por delicadeza hablar de «historia del pueblo».

El renacer en las últimas décadas del siglo XX de la historia de la cultura, de la que fueron precursores algunos de los intereses de la escuela de los *Annales*, vino a coincidir y fusionarse de una forma característica con el despertar de una conciencia o toma en consideración de la identidad propia que se expresaba en los grupos que hasta entonces se habían considerado desplazados, ignorados o marginados. A menudo no eran «naciones» en el sentido de Herder, aunque de algunos cabía pensarlo como, por ejemplo, en los contextos poscoloniales». Pero aún lo eran menos en el de Bryce. Las concepciones del siglo XIX acerca de la nacionalidad podían a veces abarcar algo que fuera menos exhaustivo que la «cultura alemana». Una figura como Augustin Thierry, autor de *The History of the Conquest of England by the Normans*, obra que, publicada en 1825, abrazaba la causa de los sajones subyugados, mostró un especial interés en suprimir aquellas nacionalidades —bretones, aquitanos y provenzales— que muchos de sus contemporáneos podrían haberse negado a reconocer como tales (como lo hizo el estado francés). Las ideas de Thierry, arraigadas en la corriente populista del romanticismo europeo, también pueden parecernos proféticas, hoy cuando el sentido de la identidad no está monopolizado ya por el estado-nación. La conciencia de una multiplicidad de protagonistas históricos posibles se ha vuelto mucho más aguda, común y positiva.

Por poner un ejemplo que me queda cerca, el Reino Unido parece una creación histórica más problemática de lo que parecía en el momento del apogeo del pensamiento whig.* Las minorías étnicas encuentran su voz al igual que las poblaciones que antes habían sido colonizadas e incorporadas al sueño imperial de alguien. Emancipadas de aquel sueño, la creación de la identidad y conseguir que sea aprohada puede ser una cuestión de vida o muerte no sólo en términos políticos sino literales. (Un estudiante de la región del África Occidental que tuve en cierta ocasión me dijo «lo que mi país necesita no es mucha más historia Whig; pensé que era una evocación tan profunda como ocurrente de la distinción que Butterfield hizo entre deméritos históricos y ventajas po-

* Véase Linda Colley otro de los discípulos de Plumb, su obra *Britons: Forging the nation 1707-1837*, Yale University Press, Londres-New Haven, 1992. (*N. del t.*)

líticas de la ideología whig.) Porque no hay duda de que las características de la historia whig no deben ser rechazadas sino sencillamente recolocadas, dotadas de un protagonista diferente. El destino manifiesto es un juego en el que todos pueden jugar. De este modo, a partir de la década de 1970 se produjo una proliferación de identidades reconocidas y otorgadas por los historiadores: la historia de las nacionalidades antes reprimidas; la historia de las mujeres; la historia de los negros; la historia de la clase trabajadora; la historia de las etnias; la historia agraria así como la historia de las inclinaciones sexuales de las minorías; historia del bandolerismo, de los rebeldes y de las sectas religiosas pasadas de moda. Desde un punto de vista colectivo, en su gran parte han quedado designadas, aunque no siempre con exactitud y precisión, como «historia vista desde abajo». El desplazamiento parcial del estado-nación como protagonista esencial de la historia ha alentado no sólo un interés por las categorías sino a través de ellas, al igual que las de las identidades étnica y de género, sino también un movimiento hacia el exterior y hacia abajo, hacia la historia del mundo en una dirección y, en la otra, a la historia de las pequeñas comunidades como el taller y, más a menudo, la parroquia o la aldea.

La historia mundial, que aún es más una aspiración que un corpus de obras de historia consolidado, cuenta con muchos precedentes. El término más antiguo, que se remonta a Polibio, era el de «historia universal» y las crónicas medievales solían empezar con la historia universal antes de reducir su alcance a inquietudes a menudo muy locales. «Universal» es un término que es preciso entender de manera relativa. Polibio centró su atención en el ascenso de Roma como potencia en el Mediterráneo y las tierras del interior, pero aún en la época en que vivió sería fácil reconocer que en esa historia no figuraba el imperio persa. La historia universal durante la Edad Media, cuyo origen se remonta a las obras de Orosio, Jerónimo e Isidoro de Sevilla, surgió de los intentos de mezclar la historia bíblica judeo-cristiana con la historia del mundo grecorromano.* A partir del siglo XII aparecieron nuevas versiones. Alemania e Italia, al carecer de un centro de atención como sería un estado-nación, fueron particularmente receptivas a las versiones esquematizadas y apocalípticas de la historia universal, que incluían las profecías, como, por ejemplo, en la obra de fuerte inspiración agustiniana de Otto de Freising (1114-1158), un miembro de la familia imperial, y en los escritos del místico

* Véase más arriba p. 230.

franciscano Joaquín de Fiore,* que ejerció una influencia duradera sobre ideas apocalípticas posteriores.

La más conocida historia universal del período del Renacimiento, al menos en Inglaterra, la *History of the World* de sir Walter Raleigh publicada en 1614, era una historia categóricamente bíblica. La Ilustración del siglo XVIII,** produjo lo que, de hecho aunque no de nombre, eran historias universales de carácter tan claramente secular que a veces llegaba a ser incluso polémico. El *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations**** que Voltaire publicó en 1756, y en el que exaltaba a los egipcios rente a los hebreos, fue escrita contra el *Discours sur l'Histoire Universelle***** que el obispo católico J.-B. Bossuet había escrito en 1681. El nuevo concepto de civilización proporcionaba un especie de clave y la historia de la humanidad era presentada, de una manera muy esquemática y conjetural en dos tipos de relato: como historia del espíritu humano, en la que la superación de la superstición era esencial, y como la historia de las etapas socioeconómicas de la sociedad civil. Los escritos de Marx y de Engels, en su dimensión histórica, pueden considerare una continuación de la tradición de la «sociedad civil», en la que la organización económica de la sociedad civil era considerada como determinante del orden político y de las ideas de cada una de sus etapas.

Alemania siguió siendo receptiva a la idea de historia universal. A fines del siglo XVIII, fue un tema muy importe en el florecimiento de la escuela de historia de Gotinga. Si bien fue sustituida y reemplazada en el siglo XIX, tal como hemos mostrado en el capítulo 25, por la escuela de Ranke, cuya atención se centraba sobre todo en la historia política y diplomática de la Europa a principios de la era moderna, el propio Ranke, en su senectud, volvió a retomar su interés inicial por la historia universal de la que escribió una obra sobre la historia mundial en diecisiete volúmenes que serían publicados entre 1880 y 1886.

Considerados a la luz de los criterios más estrictos de las cuatro últimas décadas del siglo XX, en plena era poscolonial, todas estas incursiones en lo universal no fueron ni de lejos tan universales como creían y parecían viciadas por un punto de vista fundamentalmente europeo. Lo

* Véase más arriba p. 227.

** Véase más arriba el capítulo 21.

*** Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, Compañía General de Ediciones, Hachette, 1959.

**** J. B. Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*, Valencia, 1766.

mismo podía decirse, en diferentes grados, de las historias mundiales más conocidas que fueron escritas en el mismo siglo XX y sobre todo en el período de entreguerras: *Der Untergang des Abendlandes** que Oswald Spengler publicó entre 1918 y 1922; la *Outline of History*** de H. G. Wells, imbuida de la idea de un progreso evolutivo, que fue publicada en 1920, y la obra de enormes proporciones de *A Study of History**** de Arnold J. Toynbee, cuyos diez volúmenes fueron publicados entre 1934 y 1954. La fama de Toynbee, siempre controvertida, se atenuó mucho y su preocupación especial por la historia de la religión no tuvo una influencia visible a largo plazo, aunque al principio abrió todo un camino. Uno de los especialistas contemporáneos en historia mundial más estimados, el canadiense William McNeill, empezó su carrera como colaborador de Toynbee. El principal abanderado de la historia mundial entre los historiadores ingleses, Geoffrey Barraclough sucedió a Toynbee en la cátedra del Royal Institute of International Affaris, la Chatham House de Londres en 1956. Entre las obras inglesas más recientes y destacadas en este ámbito destaca la *History of the World* que J. M. Roberts publicó en 1995 y la obra *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, comprometida con el período moderno de la «historia global» —una frase cada vez más en boga—, que C. A. Bayly publicó en 2004.

Entre los estímulos para adoptar una perspectiva global se cuenta el marxismo, en el que, desde el principio, el capitalismo ha sido considerado una fuerza internacional y el motor de la historia mundial contemporánea. En *El manifiesto comunista* que publicaron en 1848, Marx y Engels afirmaban que «la burguesía al explotar el mercado mundial da la producción y al consumo de cada país un sello cosmopolita ... Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones».**** Eric Hobsbawm es el historiador contemporáneo que ha desarrollado

* O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes Umrisse einer Morphologie der Weltgeschicht*, vol. 1, *Berlín* (1918), vol. 2, *Munich* (1922). Edición castellana: *La decadencia de Occidente, bosquejo de una morfología de la historia universal*, trad. M. García Morente, Espasa-Calpe, Madrid, 1923.

** H. G. Wells, *Esquema de la historia (historia sencilla de la vida y la humanidad)*, Atenea, Madrid, 1925.

*** A. J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

**** K. Marx y F. Engels, *El manifiesto comunista*, trad. del alemán por W. Roces, Editorial Ayuso, Madrid 1975. Cap. I. «Burgueses y Proletarios», p. 76.

este pensamiento a lo largo de una serie de cuatro volúmenes que abracan el período comprendido desde la Revolución Francesa hasta fines del siglo XX, una serie que se ha ido convirtiendo de forma paulatina en una historia del mundo y no sólo de Europa como cuna del capitalismo. La última entrega, *The Age of Extremes: The short twentieth century, 1914-1991*,* publicada en 1994, es en lo fundamental una historia reciente del mundo. El marxismo de Hobsbawm se ha despojado como es comprensible de utopismo, pero se percibe, sin embargo, un irónico deleite en su observación de que el desmoronamiento del sistema ejemplifica una verdad marxista: «Rara vez ha habido un ejemplo más claro de las fuerzas de producción de las que Marx habla entrando en conflicto con la superestructura social, institucional e ideológica que había transformado las atrasadas economías agrarias en economías industriales avanzadas, hasta el punto de que a su vez se convirtieron de fuerzas en cadenas de producción».**

Comparada con Estados Unidos, donde la historia mundial ha encontrado un lugar más seguro en el plan de estudios universitario, Gran Bretaña no se ha mostrado desde el punto de vista académico especialmente hospitalaria con ella. Sin embargo, el historiador más célebre de las últimas décadas del siglo XX que se sintió atraído por la historia mundial fue Braudel. Después de su estudio del mundo del Mediterráneo en el siglo XVI, pasó a escribir obras de un alcance aún mayor: en 1963 publicó una historia de las civilizaciones*** y luego un estudio en tres volúmenes sobre la civilización material y el capitalismo entre los siglos XV y XVIII.**** Los intereses de Braudel por la geografía y la economía y sus inclinaciones hacia un enfoque interdisciplinar apuntaban lógicamente hacia la perspectiva de la historia mundial. De manera característica, estaba ansioso por crear una base para la investigación histórica empírica en este campo, aunque su legado en Francia en este sentido no ha sido tan vigoroso como el propio Braudel debía de esperar.

La relación de la historia mundial con los conceptos y los temas de las ciencias sociales no es accidental. En sus épocas evolucionistas, a fines del siglo XIX, la sociología era a menudo, como en el caso de Herbert

* E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 2001.

** E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, p. 497.

*** F. Braudel y M. Aymard, *Grammaire des civilisations*, Flammarion, 1963.

**** F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècles)*, 3 vols., Armand Colin, París, 1967-1979.

Spencer, una historia muy abstracta y esquematizada del desarrollo social del género humano, mientras que la obra de Max Weber, más sustancial en términos empíricos y mejor enraizada en la historia también apuntaba hacia las sociedades no europeas, y de manera muy especial a China, que podrían ser utilizada para la aplicación de conceptos tan propiamente weberianos como «burocracia», «autoridad tradicional» y «carisma».

Una historia global o mundial plantea forzosamente cuestiones de definición como las que se debaten de manera muy práctica y útil en *Writing World History 1800-2000*, obra editada con el patrocinio del German Historical Institute de Londres, por B. Stuchtey y E. Fuchs y publicada en 2003. En la introducción se trata de las experiencias pasadas y recientes de escribir historia tanto en Occidente como fuera del mundo occidental. La historia mundial, al ser en lo fundamental comparativa y preocupada por aquello que Braudel definía como *la longue durée*, precisa de categorías de organización a gran escala que no son de manera distintiva nacionales o específicas de un período definido en sentido restringido, y por eso mismo puede que las comparta con otras disciplinas. Las historias de las sociedades que se han emancipado en fecha reciente del gobierno extranjero, escritas desde su propio punto de vista y no del de quienes antes las gobernaron, tal vez hagan aportaciones a la historia mundial, pero en sí mismas son perfectas candidatas para el género de las historias nacionales con una larga tradición detrás y que, a veces, incluyen referencias a la emancipación de la opresión o dominación extranjeras. La *Constitutional History* de Stubbs, en la que los normandos eran la potencia colonial, se puede describir en estos términos al igual que la *The Conquest of England* de Thierry además de gran parte de la historia alemana. Pero al tratar temas más amplios y aspirar a la exhaustividad, las historias mundiales necesariamente se centran en temas que son también de interés en otras disciplinas como, por ejemplo, el contacto e intercambio culturales, el despegue económico, y la economía mundial, la colonización y la descolonización, la esclavitud, las migraciones, el proceso de asentamiento en ciudades, la industrialización y otras experiencias que quedan vagamente agrupadas bajo el concepto de modernización. La arqueología, la antropología, la geografía, la sociología y la economía son todas ellas disciplinas pertinentes.

El hecho de alejarnos de lo global y cercarnos a la aldea o a otra comunidad pequeña similar en un lugar y tiempo concretos nos lleva al ámbito de la microhistoria. Tiene afinidades con la antropología, de la que ha derivado ideas acerca de la vida de las sociedades pequeñas, pero

asimismo con la novela y la biografía, aunque aquí se trata de la biografía de lo oscuro y a veces no expresado. Los tres ejemplos que presentaré a continuación, uno italiano, otro francés y un tercero inglés, no forman una conclusión o clímax, sino más bien un apropiado colofón para este libro. Se trata de ejemplos más orientados a la investigación que a la teoría, o lo que es lo mismo, provienen de un archivo o texto concretos y de un historiador con la imaginación necesaria para ver sus potencialidades.

Entre los rasgos característico de la microhistoria se cuentan el ceñirse a áreas pequeñas, a una franja de tiempo limitada, y quizá a un protagonista, aunque éste presenta diversos grados de predomino, así como a una comunidad también pequeña. Si bien ilustra algo que es mucho más general que ella misma, no es necesario pensarla como una suerte de «prueba» de algún tipo, un simple ladrillo que añadir a un edificio de generalización construido sobre la acumulación de casos, aunque con el tiempo podría acabar siendo utilizada de este modo. A veces el tema del que trata es un único acontecimiento central, o una secuencia de ellos, la comprensión de cuyo significado requiere una erudición meticulosa y concienzuda y quizá cierto recurso a generalizaciones disponibles en otros lugares. A veces estos acontecimientos son más difusos, aunque centrados de algún modo. Dicho con otras palabras, puede que haya unidad de personajes y trama o algo más vago: un área, un momento particular, un patrón de conducta o de creencias. Otra de sus características es que hay una única y principal fuente documental, en la que los registros parroquiales, de la corte o de la santa Inquisición desempeñan un papel importante.

Un primer ejemplo popular y bien conocido fue *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, que Emmanuel Le Roy-Ladurie publicó en 1975. Se trataba de un estudio de la mentalidad de los campesinos en una aldea del Languedoc a principios del siglo XIV filtrada a través de los documentos y las actas de los interrogatorios llevados a cabo por la Inquisición que investigaba la herejía cátara, muy extendida por el lugar. En cierto sentido este estudio derivaba del género de estudios de áreas típico de los *Annales*, y en este sentido conviene recordar que Le Roy-Ladurie ya había publicado, en 1966, un libro, *Les Paysans de Languedoc*, más general sobre el tema. Una obra posterior, también inscrita en la tradición de los *Annales*, fue *Le Carnaval de Romans, 1579-1580*, publicada en 1980. Por su parte, Natalie Zemon Davis publicó en 1983 *The Return of Martin Guerre* (*El regreso de Martin Guerre*), una estampa de la vida

rural centrada en las relaciones maritales en la Francia del siglo XVII. Esta obra sería llevada al cine. *The Great Cat Massacre* (*La gran matanza de los gatos*), la obra que, en 1984, publicó Robert Darnton, un distinguido historiador estadounidense especializado en la Francia del siglo XVIII, según el propio autor contaba se basaba en una clase que impartió en Princeton conjuntamente con el antropólogo Clifford Geertz: el título del ensayo arroja luz sobre un curioso acto de hostilidad llevado a cabo por los empleados de un imprenta parisina en la década de 1730.

La obra que en 1976 publicó Carlo Guinzburg, *Il formaggio e i vermi, Il cosmo di un mugnaio del '500*,* se basa, al igual que el *Montaillou* en los documentos y actas de un proceso inquisitorial. El protagonista del libro de Guinzburg es un molinero autodidacta conocido por el nombre de Menocchio, que había nacido en el norte de Italia en 1533 y fue quemado en la hoguera en 1599 acusado de ser un hereje, después de que las autoridades eclesiásticas, como era habitual, le hubieran dado una segunda oportunidad. Menocchio fue denunciado, algo que no era del todo sorprendente, por el párroco de la iglesia, con el que discutía y cuya autoridad por tanto puso en tela de juicio. Pagó las consecuencias de un impulso al parecer incontenible que le llevaba a discutir y compartir sus ideas un tanto idiosincrásicas sobre la religión con sus perplejos vecinos. Aquella inveterada disposición, que ejercía sin el concurso de otros y al parecer sin otra razón que su propia satisfacción y porque no podía remediarlo, fue lo que al final acabó agotando la paciencia de la Inquisición. Le sentenciaron a cumplir una condena y fue llevado a prisión. Allí permaneció hasta que cumplido el debido tiempo fue puesto en libertad, pero la franqueza absoluta de su lengua sobrevivió a aquella dura experiencia y acabó llevándole a la hoguera donde murió. Nada había de entusiasmo en sus opiniones heréticas, aunque eran peculiarmente suyas y tampoco guardaban relación con ninguna secta. Menocchio era un hombre firme, al parecer popular, que había engendrado once hijos y había sido alcalde de su pueblo, pero, si bien sus opiniones resultan fascinantes cuando su historiador las examina y analiza con minuciosidad, el lector empieza a tener la sensación de que era un hombre al que mejor evitar en una taberna.

Las opiniones del molinero eran muy poco ortodoxas. La concepción del mundo como un queso habitado por gusanos —para un molinero, los

* Carlo Guinzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI*, Muchnik, Barcelona, 1981.

gusanos era algo con lo que estaba familiarizado y parecían que surgía por generación espontánea— fue solo el principio. Según Menocchio, los gusanos eran ángeles y Dios fue creado al mismo tiempo que ellos. Además, y eso la Inquisición lo consideraba una peligrosa falsedad, «todo lo que vemos es Dios, y nosotros somos como dioses». Jesús era un hombre común —el parto de la Virgen es descartado por motivos de sentido común— y estaba por debajo del Espíritu Santo, que se hallaba presente en todos los hombres aun en los infieles. Las Escrituras eran en parte ciertas y en parte no, y la ordenación de sacerdotes no tenía ningún valor. Casi la única opinión corriente de Menochhio parece haber sido su desaprobación de la brecha abierta entre los clérigos ricos y los pobres. Guinzburg es muy consciente de la posibilidad de que las opiniones de Menocchio hayan sido distorsionadas o bien mientras eran consignadas en las actas por sus escandalizados y a veces también perplejos interrogadores o bien por el hecho de provenir de un hombre cuya vida dependía de sus respuestas. En general, la honestidad de Menocchio parece haber sido tan acusada como su verborragia. Decía en todo momento lo que pensaba, y lo que decía resultaba en realidad muy extraño. Lo que pensaba y decía no se habían formado, sin embargo, por entero a partir de su propia inteligencia.

Porque Menochhio, que sabía leer y escribir, era un ávido lector de los libros que el azar ponía en su camino. Su persona y sus opiniones habían sido posibles sólo gracias a los libros y porque sabía leerlos. Guinzburg explora el caso de Menocchio para demostrar lo inadecuado que era estudiar la historia de la alfabetización sólo a través de los títulos y las estadísticas de libros impresos. Es preciso que entendamos *cómo* se leían los libros y lo que se hacía, lo que hacía alguien como, por ejemplo, Menocchio, con lo que leía. A través de la inducción de manera ingeniosa de los indicios que aportan las respuestas que da a sus inquisidores y basándose en su propia erudición acerca de la cultura literaria del Renacimiento, Guinzburg descubre la arqueología de las sorprendentes opiniones de Menocchio y trata de entenderlas y darles sentido.

Resulta evidente que Menocchio dista mucho de reproducir meramente las opiniones que ha leído. Había leído poco, pero se centraba con tanta intensidad exclusivamente en lo que había encontrado que le daba una nueva expresión con los términos de su propio mundo social y mental. Esto era lo que daba lugar a las opiniones que tanto sobresaltaron y alarmaron al tribunal que le juzgaba. Tomaba parte activa en lo que leía, aportando sus propios acentos e interpretaciones. Leía como lee un autodidacta, haciendo caso omiso de muchas cosas, centrándose en lo que le

llama la atención y elaborándolo con todo detalle. Sin lugar a dudas no era una persona fanática: la lectura y la indiscreción labraron su perdición, no el fervor religioso. Menocchio había aprendido una especie de relativismo religioso y una tolerancia general a través de la lectura de cuantas exposiciones de otras religiones y creencias halló en los viajes de sir John Mandeville. Llegó incluso a adentrarse en la herejía de Boccaccio. Los autores que leía no hubieran sido tan indiscretos como él. Aquello era demasiado.

En las manos de Ginzburg, el caso de Menocchio recusa una comprensión demasiado simple de la idea de cultura popular y también una concepción demasiado simple de la difusión tanto de las habilidades de lectura y escritura como de los libros, así como sus consecuencias y repercusiones. Menocchio tuvo una muerte horrible, en parte porque se hallaba situado en la intersección entre dos mundos: sabía leer y escribir, pero era un hombre inculto.

Bryce había dejado pasar una categoría adicional digna de la *English History Review*, la de aquellos que, como Martín Lutero, habían cambiado las opiniones del mundo. Menocchio, un hereje pero no un heresiarca, apenas si lo había cambiado alguna opinión, aunque las suyas son precisamente lo que le hacen ser interesante. Y aun así, muy pocos negarían que el estudio que Ginzburg hace del molinero es historia «propiamente dicha», tal como la entendía Carr y, además, un ejemplo de historia destacado. Este hecho nos da una idea de la distancia intelectual recorrida, no sólo desde la década de 1880 sino desde la de 1960. Aunque no queda claro si Menocchio «hizo» algo más que leer y hablar demasiado, en todo caso más de lo que le convenía, pero esto seguro que no es la cuestión.

Otro caso, en esta ocasión francés. Alain Corbin investiga en su libro *Le Village des «cannibales»* publicado en 1990, la tortura pública y el asesinato por parte de una serie de agresores de un joven aristócrata en una aldea de la región de Dordoña durante los días de agonía del Segundo imperio de Napoleón III. La obra de Corbin, que es también autor de una historia de los olores,* se inscribe de manera clara en la tradición de los *Annales*. *Le Village des «cannibales»* es un estudio centrado en el odio de clase, el rumor y las actitudes políticas. Para cuantos fueron ajenos a la si-

* A. Corbin, *Le miasme et la jonquille: L'odorat et l'imaginaire social (XVIII^e et XIX^e siècles)*, Flammarion, París, 1982. Traducción castellana, *El perfume o el miasma: el olfato y lo imaginario social siglos XVIII y XIX*, FCE, Ciudad de México, 1987.

tuación aquellos individuos parecían turbados y confusos, pero Corbin nos los hace comprensibles. El asesinato era el resultado inmediato de la aguda y mal encauzada preocupación colectiva por encontrar una salida a una situación angustiosa. Los recuerdos de las anteriores invasiones prusianas de 1793, cuando amenazaba con la contrarrevolución, y la de 1815, que fue decisiva en la restauración de la monarquía borbónica, hacían que las derrotas francesas en las fronteras por las tropas prusianas no dejaran presagiar nada bueno. La contrarrevolución significaba para los campesinos el más que posible restablecimiento de las obligaciones feudales. De ahí la equivalencia «aristócrata "igual a" prusiano», y que los asesinos y torturadores de aquel joven desventurado —una persona popular entre las gentes y para nada un cruel hacendado ni alguien políticamente activo— lo describen como un prusiano. Además alegan falsamente —y uno se inclinaría a creer que sin coherencia— que le oyeron gritar «¡Larga vida a la República!». La hostilidad hacia los republicanos parece remontarse a dos décadas antes, cuando durante la II República se aprobó una serie de impuestos impopulares.

Los asesinos bonapartistas no era vecinos directos de la víctima, en tanto que sus vecinos, por otra parte, presenciaron al parecer los hechos o, en el caso del alcalde, protestaron con más bien escaso entusiasmo. Provenían de los alrededores de la aldea a la que había bajado para acudir a la feria, y no conocían al joven personalmente. Durante aquella tarde, por espacio de varias horas, le golpearon hasta matarle, de un modo casi ritual, en el que cada uno había participado, con aperos del campo, haciendo su parte como si estuvieran trillando, y luego quemaron el cuerpo, un acto que describen como si de asar a un cerdo se tratara. No hubo canibalismo al pie de la letra: fue un término que expresaba el horror y que se adoptó al comentar con evidente congoja aquel hecho que consternó al público en general sin distinciones de orientaciones políticas.

Corbin transforma esto en un ejemplo de las actitudes cambiantes ante la violencia y la mutilación del cuerpo. A los campesinos que perpetraron aquel acto, acostumbrados a matar animales, lo que hicieron les parecía natural así como virtuoso en términos político. Lo hicieron, además, abiertamente, como un acto patriótico y esperaban ser felicitados y recompensados. Pero no hacía mucho, como afirma Corbin, se había producido un notable cambio en las actitudes hacia el cuerpo y el dolor. Los cabecillas, que posteriormente fueron juzgados y ejecutados, habían quedado atrapados en un intervalo de desfase temporal entre dos tipos históricos de sensibilidad. Corbin narra con dramatismo este relato, y a

través de él consigue desvelar gran parte de la política y los sentimientos de la época y el lugar que de otro modo serían desconcertantes.

Y por último, un caso inglés: Eamon Duffy describe una remota parroquia de Exmoor en el suroeste de Inglaterra en la época de la Reforma en *The Voices of Morebath*, publicada en 2001. Morebath se hallaba en una región conservadora del país y parece que la parroquia se sale de lo que era común y habitual porque las cuentas parroquiales, de las que se encargaba el sacerdote, sir* Christopher Trychay, eran muy completas y solían ser presentadas con gran viveza.

El mandato de sir Christopher se prolongó durante todo el curso de la Reforma, desde los años iniciales de sólido fervor católico del reinado de Enrique VIII, en 1520, hasta 1574, bajo el reinado de Isabel I. En consecuencia era el párroco no sólo cuando se dejaron sentir las primeras sacudidas después de que Enrique abriera una profunda brecha en las relaciones con Roma, sino también a lo largo de los vigorosos años de Reforma del reinado de Eduardo VI y el retorno del catolicismo con la reina María y una ulterior, aunque más bien suave, reintroducción del culto protestante tras el ascenso de Isabel al trono. No hay duda de que a Duffy le gusta sir Christopher y trata con simpatía su sumisión, sin lugar a dudas renuente a cada envite de la ola de fervor reformador: leal en su corazón al antiguo régimen católico, su compromiso principal y más fuerte era con la parroquia. Duffy no saca partido del patetismo de la situación, pero la conmovedora situación de sir Christopher le resulta evidente a todo lector, mientras que, pese a la compostura que guarda el autor, aun los más profundamente protestantes puede que terminen detestando al deán de Exeter, un afanoso y diligente partidario de la Reforma, la fuente más cercana de la emanaba la forzosa innovación y el representante del lejano y temible Consejo Privado. El deán Heynes, al ofender al conservador capítulo de la catedral de Exeter con su desprecio hacia la tradición, hace pensar en el reverendo Obadiah Slope de las *Crónicas de Barchester* de Trollope, aunque en este caso despojado de toda hipocresía.

Duffy se sirve de las cuentas del párroco, que cita por extenso y «traduce», a fin de reconstruir la rica y compleja vida de la parroquia que tiene por centro la iglesia y su culto en el período previo a la Reforma. Se centra en amplia medida en la devoción a los diversos santos en iglesia parroquial, de los que se encargaban de atender diversos grupos de

* Se utilizaba el trato de sir (señor) de forma corriente para dirigirse al clero secular.

aldeanos, representados de manera rotativa por diferentes coadjutores o «guardianes». Dado que el deber de los guardianes era informar de su administración financiera a la parroquia, sus informes figuran ampliamente en los libros de contabilidad del párroco. Resulta evidente que sir Christopher pasaba a limpio todos los informes que recibía de sus coadjutores. La rotación significaba que la coadjutoría podía recaer en menores y hombres pobres, de modo que hacerlo así posiblemente fuera muy necesario, y según parece el párroco presentaba las cuentas leyéndolas en voz alta. Las entradas tienen las características propias del lenguaje hablado, y el sacerdote sin duda aprovechaba las reuniones públicas en las que eran leídas para alentar la devoción y para conciliar, cuando afloraban, las disputas y discusiones. En conjunto presenta una imagen muy amplia de la participación social de los feligreses de la parroquia así como del valor vinculado al consenso así como a la contabilidad. Tal como lo expresa Duffy, «las cuentas están saturadas de una retórica de la identidad colectiva y la responsabilidad compartida».

Los cultos a los santos de la iglesia parroquial desempeñaban un papel fundamental en todo esto y su extinción, por orden de una lejana autoridad, tiene un efecto devastador en las interacciones sociales de los feligreses de la parroquia: la participación decayó de manera apreciable y en consecuencia se redujo. La responsabilidad del dinero utilizado para el adorno y mantenimiento de las imágenes y altares de los santos, así como para alumbrarlos, al haber sido asignada a grupos concretos, los fondos de este modo establecidos pasaron a denominarse «reservas» y a ser designados con el nombre del santo. Los papeles que desempeñaban los jóvenes de ambos sexos, organizados en corporaciones con sus propios «guardianes» (que en algunos casos eran los cabeza de familia quienes acaban por asumirlos) resultan en especial sorprendentes. Había una reserva de los Muchachos y una reserva de las Doncellas. Los muchachos eran asimismo responsables de la gestión de las «Church Ales», las festividades periódicas en las que se vendía cerveza hecha en casa con ánimo de sacar algún beneficio. Este beneficio era un recurso importante y la prohibición de celebrar esas fiestas impuesta por celo puritano resultó muy gravosa en términos económicos. Por otro lado, la riqueza colectiva de la parroquia residía en sus ovejas, que se le asignaron para sustentar las diversas reservas a fin de mantener las capillas de sus santos patronos, de modo que se podía hablar de las «ovejas de la Virgen», «ovejas de san Antonio» u ovejas de santa Sidwell (que era el único personaje de santidad natural de Exeter).

La destrucción de gran parte de todo esto es a pequeña escala lo mismo que ocurrió a gran escala durante la Reforma inglesa, e hizo que el fiel de la balanza dejara de inclinarse hacia la comunidad y pasara a decantarse por el individuo. Duffy muestra, a partir de una entrada oscura y medio borrada, anteriormente malinterpretada, que cinco jóvenes muchachos fueron equipados por cuenta de la parroquia para unirse a la rebelión del West Country de 1549 contra los cambios religiosos, y que varios de ellos posiblemente murieron. Duffy es una de las autoridades más destacadas en materia de la Reforma inglesa. Entre sus obras más conocidas figura un estudio general, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England* c. *1400*-c. *1580*, publicado en 1992. El estudio que realizó de Morebath no lo hubiera podido completar ni hacerlo de una manera tan esclarecedora sin esa erudición general, pero asimismo haber reconstruido la vida de la parroquia y la personalidad de sir Christopher Trychay, a partir de una única fuente y en apariencia poco prometedora es un *tour de force* sorprendente. Dar ida al personaje del párroco, además, exigió una imaginación y una sensibilidad, así como erudición excepcionales.

Existe cierta analogía, sin duda, con la manera que los cronistas monásticos medievales tenían de dejar constancia de la vida de su comunidad, poniendo especial atención en las «buenas obras», que era preciso tanto recordar en las oraciones como dejar constancia escrita. Existe también un paralelismo con lo que, en el prólogo, describimos como uno de los primeros impulsos que llevan a dejar constancia documental y a emprender la narración histórica: los obsequios que el soberano hace a la divinidad que reside en el templo. Resulta fascinante ver, con la orientación dada por Duffy, cómo las listas se convierten de un modo similar en narraciones, y las ocasiones son las mismas: contar y dejar constancia de las ofrendas a la divinidad, en este caso Cristo y los santos. Las narraciones son breves, pero inmensamente diferentes desde un punto de vista retórico del simple recitado de las listas. En ellas se explica cómo llegaban a hacerse los obsequios y cómo se pagaban, y lo que se hacía con ellos «la pieza de 6/8 peniques para la tumba de Roger Budd con otros legados ... se asegura que Agnes Budd vendrá en breve y la pagará».* El pasado vuelve a la vida en una frase, y de manera más plena en

* En el texto de Duffy el lenguaje aparece en toda su rigor histórico, la frase anterior se lee «*wylbe here schortly and pays hyt*».

...item que recibimos por la muerte de Agnes at Hayne —un apellido— un vestido y un anillo con un valor de 12 chelines, dinero que Nicholas at Hayne se satisface en enviarlos a Londres con William Hurley, cuando él vuelva aquí la próxima vez, y comprarnos un estandarte de seda y así traerlo a esta iglesia [«*this*» indica el lugar donde era presentado el informe]; y si el estandarte no costa todos los 12 chelines dijo que vosotros os quedéis con lo que sobre cuando el estandarte venga a la esta iglesia.

En 1904, un anticuario de Devonshire publicó por primera vez, con algunos errores, las cuentas de Morebath. Debemos agradecer que de este modo fueran preservadas y no podemos por más que celebrar el interés que dio lugar a la tarea de editarlas. Pero si bien aquí hay cierta continuidad, no es menos evidente que nos separa una gran distancia intelectual. Dejando a un lado toda cuestión relativa al talento y a la imaginación individuales, el hecho de tratarse de un período tan antiguo hubiera ciertamente al primer editor escribir nada comparable a *The Voices of Morebath*. Pero ¿por qué? Duffy no especula ni está obligado a hacerlo. No es una responsabilidad de los ocupados historiadores hacer la vida más fácil a un historiador de su oficio, que a lo sumo es una figura marginal. Pero quizá esa misma renuncia metodológica, que dicho sea de paso, Alain Corbin, con una actitud francesa hacia las cuestiones de método, no comparte, sea de por sí importante. No hay ninguna referencia general a la solución de conflictos en sociedades de pequeña escala o a las funciones sociales de lo ritual, algo que, en términos generales, un católico puede asumir de todos modos. Pero, además, al no ver la necesidad de todo ello, Duffy está a través de la omisión dejando tal vez constancia, aparte de la inclinación personal, de un consenso imaginativo muy acentuado entre los historiadores acerca de qué resulta posible hacer.

Este libro no tienen ninguna conclusión: el estudio de la historia y el escribirla siguen adelante. Puede que las innovaciones tecnológicas ya estén apuntando hacia una nueva era. A partir de la década de 1970, el microfilm permitió a los historiadores el acceso a distancia a los manuscritos, así como a las obras publicadas. Internet abre hoy posibilidades aún mayores a la investigación, cuyos límites y consecuencias aún no podemos calcular. De momento, la mayor innovación tecnológica en lo que a la escritura de la historia se refiere sigue siendo la imprenta, que garantizó de manera inmediata la supervivencia de obras que, en el pasado, podrían haberse perdido. Debemos recordar, tal como señalábamos en el capítulo 21, la manera gradual en la que se absorbieron las conse-

cuencias de la imprenta, al permitir, por ejemplo, que Robertson, en el siglo XVIII —con alguna que otra ayuda de España— escribiera una historia erudita del reinado del emperador Carlos V sin salir de Edimburgo. Puede que sea cierto afirmar que Internet hará que se escriba *más* historia, aunque sólo sea porque reduce el tiempo de investigación; pero lo que queda por ver es si esa historia será diferente o mejor durante algún tiempo.

En la presentación de la historia, el nuevo medio que tiene mayor importancia es la televisión. El acceso a los archivos cinematográficos y de imágenes es un aspecto importante, pero ha sido una bendición sólo en parte, dado que ha concentrado la atención en el siglo XX y en lo que las agencias de noticias, cámaras y cineastas así como la propaganda gubernamental consideraban digno de ser registrado. Los programas de televisión, aparte de eso, son a menudo ampliaciones, para un público inmenso, de la vieja fórmula de la clase con filminas y transparencias: un presentador o un comentarista que se apoya en imágenes. Pueden estar bien hechos como algunos de los ejemplos citados antes en este capítulo, o mal hechos, de los que existe hoy toda una plétora de casos. Pero las nuevas posibilidades están siendo también exploradas, como, por ejemplo, con gran distinción en la extraordinaria serie que Ken Bruns hizo sobre la guerra civil estadounidense. El comentario comedido pero informativo, una edición hecha con sensibilidad, fotografías, música y lectura en *off* de cartas y dietarios hicieron de esta serie una producción profundamente conmovedora, a la altura de los acontecimientos que narraba de un modo que ningún libro impreso podría hacerlo. Considerada como presentación de un tema épico a una gran escala tiene derecho a ser considerada la obra de historia más excepcional de lo que llevamos de siglo XXI.

Así pues no hay conclusión, sólo prolongaciones de las posibilidades ya existentes, y sólo el final de un libro. Confío en que se considere más una muestra de confianza que de engreimiento si termino con una nota puramente personal. He tenido dos propósitos. El primero era transmitir las cualidades de las historias tratadas y en especial lo que puedan resultar ameno de leer a personas no especialistas en historia. Al hacerlo he tratado asimismo expresar las intenciones que los autores tenían al escribirlas. En segundo lugar, he procurado, como en la mayor parte de este último capítulo, examinar los orígenes y cuando ha sido posible explicar los cambios principales en las formas y maneras en que la atención se dirigía y aplicaba al pasado. Pero siempre he sido consciente de aquello

que los historiadores comparten. De la noción que forman una suerte de comunidad ya había dejado constancia, hacia muchos siglos, Polibio, en su creencia, puede que cierta, de que si moría antes de completar la historia que tenía entre manos, otro historiador la proseguiría y terminaría.* Los cronistas medievales eran intrínsecamente colaboradores, aunque de modo secuencial. Huelga casi hacer hincapié en que hoy existe una comunidad profesional —o quizá sería más realista decir un conjunto de ellas que se traslapan unas a otras— y, si bien no siempre se admite, la historiografía pasada horma parte de ella. Al fin y al cabo, a los historiadores lo que les interesa es el pasado. No se puede afirmar cuándo y cómo la obra de un historiador fallecido parecerá de repente relevante o evocará irritación o afinidad, como sucede con un compañero o colega. Contamos con la ventaja de poder mirar hacia atrás, con la sabiduría que da la experiencia, pero los historiadores hemos aprendido a ser cautelosos y no explotar este recurso en exceso. En general basta con pronunciar la temida palabra «whig» para inducir una súbita modestia. Una de las ventajas de mirar hacia atrás es haber aprendido a no abusar de ello.

Siempre he sido consciente en estas páginas de estar escribiendo sobre una práctica cuyo origen se remonta a hace más de dos mil quinientos años, y haber escrito de los que la ejercieron como una suerte de comunidad. Para todos ellos, vivos y muertos, el pasado importaba: valía la pena investigarlo y dejar constancia y mantener su recuerdo vivo para las generaciones futuras. Y ha sido con el mismo respeto e interés, y a menudo con admiración, como he escrito sobre ellos. A unos pocos les habré hecho justicia, aunque escasa, pero a un vasto sinfín de otros, y en algunos de cuyos casos soy culpablemente consciente, no he sido capaz de hacerles ninguna.

* Véase más arriba p. 96.

que los historiadores consumados. De la noción que forman una suerte de comunidad ya había dejado constancia hace muchos siglos. Polibio [illegible] de que el único modo de completar la [illegible] entre [illegible] [illegible] [illegible] de que hoy existe una co[illegible] — quizá sería más realista decir un conjunto de [illegible] que se traslapan unas a otras — y, si bien no siempre se admite, la [illegible] forma parte de ella. Al fin y al cabo, a los historia[illegible] lo que les interesa es el pasado. [illegible]

[illegible]

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

Para las fuentes primarias he utilizado mayoritariamente las ediciones publicadas por Penguin Books. Ocasionalmente damos una versión alternativa de algún pasaje en particular. Estoy en deuda con las introducciones de estas ediciones. Las citas de los textos de los historiadores antiguos están en libros y subsecciones tal como fueron divididos originalmente, y no en páginas. De esta forma las referencias sirven para cualquier edición. Lo mismo para la numeración de las secciones de Vico, Hegel y Stubbs. Las fechas proporcionadas en esta bibliografía son de las ediciones utilizadas y no de la primera publicación, que normalmente se cita en el texto principal. La lista de trabajos secundarios no es necesariamente exhaustiva, he seleccionado los que particularmente he encontrado más útiles y espero que sus autores acepten este reconocimento general de mi deuda hacia ellos. De manera ocasional, cuando alguna situación particular lo requería, he citado algún autor moderno en mi propio texto, aunque era consciente que seguía una interpretación personal.

GENERAL

Boyd, K. (ed.), *Encyclopaedia of Historians and Historical Writing*, 2 vols., Londres, 1999.

Cameron, J., *et al.* (eds.), *The Blackwell Dictionary of Historians*, Oxford, 1988.

Hay, D., *Annalists and Historians: Western Historiography from the VIIIth to the XVIIIth Century*, Londres, 1977. (Tiene un campo más limitado, pero continúa siendo útil.)

Kelly, D. R., *Faces of History: Historical Writing from Herodotus to Herder*, New Haven y Londres, 1988.
Momigliano, A., *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, 1977.
Thompson, J. W., *A History of Historical Writing*, 2 vols., Nueva York, 1942. (Continúa siendo utilizada como referencia.)
Woolf, D. R. (ed.), *A Global Encyclopaedia of Historical Writing*, Nueva York y Londres, 1998.

Dos clásicos de los que frecuentemente discrepo, pero que siguen siendo fuente de inspiración son E. Auerbach, *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, trad. de W. R. Trask, Princeton, 1953 (hay trad. cast.: *Mimesis*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1983); y R. G. Collingwood, *The Idea of History*, Oxford, 1946.

PRÓLOGO

Butterfield, H., *The Origins of History*, Londres, 1981.
Gardiner, A., *Egypt and the Pharaohs*, Oxford, 1961 (hay trad. cast.: *El Egipto de los faraones*, Laertes, Barcelona, 1994).
Gurney, O. R., *The Hittites*, edición revisada, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Los hititas,* Laertes, Barcelona, 1995).
Staggs, H. W. F., *The Babylonians*, Londres, 1998².

GRECIA

Textos

Arriano, *The Campaigns of Alexander*, trad. de A. de Sélincourt, introducción y notas de J. R. Hamilton, Penguin, 1971 (hay trad. cast.: *Anábasis de Alejandro Magno*, Gredos, Madrid).
Heródoto, *The Histories*, trad. de A. de Sélincourt, revisión., introducción y notas de J. Marincola, Penguin, 2003 (hay trad. cast.: *Historia*, Cátedra, Madrid, 1999).
Jenofonte, *The Persian Expedition*, trad. de R. Warner, introducción y notas de G. Cawkwell, Penguin, 1972 (hay trad. cast.: *Anábasis*, Alianza Editorial, Madrid, 2006).

Quinto Curcio Rufo, *The History of Alexander*, trad. de J. Yardley, introducción y notas de W. Heckel, Penguin, 1984 (hay trad. cast.: *Historia de Alejandro Magno*, Gredos, Madrid, 2006).

Tucídides, *History of the Peloponnesian War*, trad. de R. Warner, introducción y notas de M. I. Finley, Penguin, 1972 (hay trad. cast.: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid, 2002).

Secundarias

Adcock, F., *Thucydides and his History*, Cambridge, 1963.

Bengtson, H., *et al.*, *The Greeks and the Persians: From the Sixth to the Fourth Century*, Londres, 1968.

Connor, W. R., *Thucydides*, Princeton, 1984.

Fornara, C. W., *Herodotus: An Interpretative Essay*, Oxford, 1971.

—, *The Nature of History in Ancient Greece and Rome*, Berkeley y Londres, 1983.

Gould, J., *Herodotus*, Londres, 1989.

Hornblower, S., *Thucydides*, Londres, 1987.

Marincola, J., *Authority and Tradition in Ancient Historiography*, Cambridge, 1997.

Moxon, I. S., *et al.* (eds.), *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge, 1986.

Murray, O., *Early Greece*, Londres y Cambridge, Mass., 1993 (hay trad. cast.: *Grecia arcaica*, Taurus, Madrid, 1998).

Pearson, L., *Early Ionian Historians*, Oxford, 1939.

Thomas, R., *Herodotus in Context: Ethnography, Science and the Art of Persuasion*, Cambridge, 2000.

Usher, S., *The Historians of Greece and Rome*, Bristol, 1985.

Para Jenofonte, Arriano y Curcio Rufo, consultar las introducciones de las ediciones Penguin.

ROMA

Textos

Amiano Marcelino, *The Later Roman Empire AD 354-378*, selección y traducción de W. Hamilton, introducción y notas de A. Wallace-Hadrill, Penguin, 1976.

Apiano, *The Civil Wars*, traducción e introducción de J. Carter, Penguin, 1996 (hay trad. cast.: *Historia de las guerras civiles*, Gredos, Madrid, 1984).

Casio, Dión, *The Roman History: The Reign of Augustus*, traducción de I. Scott-Kilvert, introducción de J. Carter, Penguin, 1987 (hay trad. cast.: *Historia romana*, Gredos, Madrid).

Josefo, Flavio, *The Jewish War*, traducción de G. A. Williamson, edición e introducción de E. M. Smallwood, Penguin, 1981 (hay trad. cast.: *La guerra de los judíos*, Gredos, Madrid).

Livio, Tito, *The History of Rome from its Foundation* (hay. trad. cast.: *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, Madrid):

(I-V) *The Early History of Rome*, traducción de A. de Sélincourt, introducción de R. M. Ogilvie, Penguin, 1971.

(VI-X) *Rome and Italy*, traducción de B. Radice, introducción de R. M. Ogilvie, Penguin, 1982.

(XXI-XXX) *The War with Hannibal*, traducción de A de Sélincourt, edición e introducción de B. Radice, Penguin, 1965.

(XXXI-XLV) *Rome and the Mediterranean*, traducción de H. Bettenson, introducción de A. H. McDonald, Penguin, 1976.

Plutarco, *Makers of Rome*, traducción e introducción de I. Scott-Kilvert, Penguin, 1985.

Polibio, *The Rise of the Roman Empire*, traducción de I. Scott-Kilvert, selección e introducción de F. Walbank, Penguin, 1979.

Salustio, *The Jugurthine War. The Conspiracy of Catiline*, traducción e introducción de S. A. Handford, Penguin, 1963 (hay trad. cast.: *La guerra de Yugurta*, Alpha, Barcelona, 2008).

Suetonio, *The Twelve Caesars*, traducción de R. Graves, edición e introducción de J. B. Rives, Penguin, 2007 (hay trad. cast.: *La vida de los doce césares*, Espasa-Calpe, Madrid, 2007).

Tácito, *The Annals of Imperial Rome*, traducción e introducción de M. Grant, Penguin, 1959 (hay trad. cast.: *Anales*, Alianza Editorial, Madrid, 2008).

—, *The Histories*, traducción e introducción de K. Wellesley, Penguin, 1975 (hay trad. cast.: *Historias*, Cátedra, Madrid, 2006).
—, *The Agricola and the Germania*, traducción e introducción de H. Mattingly, Penguin, 1970 (hay trad. cast.: *Agrícola, Germania, diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid, 2001).

Secundarias

Barnes, T. D., *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality*, Ithaca, Nueva York, 1998.
Barrow, R. H., *Plutarch and his Times*, Londres, 1967.
Dorey, T. A. (ed.), *Latin Historians*, Londres, 1966.
—, *Tacitus*, Londres, 1969.
Earl, D. C., *The Political Thought of Sallust*, Cambridge, 1961.
Grieve, E. S., *The Image of Rome*, Princeton, 1969.
Jones, C. P., *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.
Luce, T. J., *Livy: The Composition of his History*, Princeton, 1977.
Martin, R., *Tacitus*, Londres, 1981.
Millar, F., *A Study of Cassius Dio*, Oxford, 1964.
Wallace-Hadrill, A., *Suetonius: The Scholar and his Caesars*, Londres, 1983.
Wiseman, T. P., *Historiography and Imagination: Eight Essays on Roman Culture*, Exeter, 1994.
Woodman, A. J., y Luce, T. J. (eds.), *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton, 1993.

También Fornara, *The Nature of History*; Marincola, *Authority and Tradition*, y Usher, *The Historians of Greece and Rome*, todos citados más arriba.

CRISTIANDAD Y BÁRBAROS

Textos

Eusebio, *The History of the Church*, traducción de G. A. Williamson, revisión, edición e introducción de A. Louth, Penguin, 1989 (hay trad. cast.: *Historia eclesiástica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2008).

Gregorio de Tours, *The History of the Franks*, traducción e introducción de L. Thorpe, Penguin, 1974.

Munz, A., *From Roman to Merovingian Gaul: A Reader*, Peterborough, Ontario, 1999. *The Fourth Book of the Chronicle of Fredegar with its Continuations*, traducción de J. M. Wallace-Hadrill, Londres, 1960.

Secundarias

Barnes, A. T. D., *Constantine and Eusebius*, Londres, 1981.

Brown, P., *The Cult of the Saints: Its Rise and Function in Western Christianity*, Londres, 1988.

—, *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity AD 200-1000*, Oxford, 1996.

Chadwick, H., *The Early Church*, Londres, 1960.

Dahmus, J., *Seven Medieval Historians*, Chicago, 1982.

Markus, R. A., *Saeculum: History and Society in the Theology of St Augustine*, Cambridge, 1970.

Smalley, B., *The Study of the Bible in the Early Middle Ages*, Londres, 1974.

Wallace-Hadrill, D. S., *Eusebius of Caesarea*, Londres, 1960.

Wallace-Hadrill, J. M, *The Long-Haired Kings*, Londres, 1962.

—, *The Barbarian West 400-1000*, Londres, 1967.

Wormald, P., *et al.* (eds.), *Ideal and Reality in Frankish and Anglo-Saxon Society*, Oxford, 1983.

Young, F., *From Nicaea to Chalcedon*, Londres, 1983.

Para interpretaciones de la Biblia la fuente clásica es E. Auerbach, *Scenes from the Drama of European Literature*, Gloucester, 1973.

BEDA Y LA INGLATERRA ANGLOSAJONA

Textos

Beda, *A History of the English Church and People*, traducción e introducción de L. Shirley-Price, edición revisada por R. E. Latham, Penguin, 1968.

English Historical Documents, vol. I: *c. 500-1042*, edición de D. Whitelock, Londres, 1968.

The Anglo-Saxon Chronicle, edición de D. C. Douglas y D. Whitelock, Norwich, 1961.

Secundarias

Bonner, G. (ed.), *Famulus Christi: Essays in Commemoration of the Thirteenth Centenary of the Venerable Bede*, Londres, 1976.
Campbell, J., *Essays in Anglo-Saxon History*, Londres, 1986.
Mayr-Harting, H., *The Coming of Christianity to Anglo-Saxon England*, Londres, 1991[3].

HISTORIA BRITÁNICA

Textos

Gildas, *The Ruin of Britain and other Works*, edición y traducción de M. Winterbottom, Londres, 1978.
Nennius, *History of the Britons*, edición de J. A. Giles en *Six Old English Chronicles*, Londres, 1848.

Secundarias

Hanning, R. W., *The Vision of History in Early Britain: From Gildas to Geoffrey of Monmouth*, Londres, 1966.
Leckie, R. W., Jr., *The Passage of Dominion: Geoffrey of Monmouth and the Periodization of Insular History in the Twelfth Century*, Toronto, Buffalo y Londres, 1981.

INGLATERRA MEDIEVAL

Textos

Chronicles of Matthew Paris, edición y traducción de A. Vaughan, Gloucester, 1984, las citas de *Deeds of the Abbots* son de esta edición.
English Historical Documents, vol. 2: *1042-1189*, edición de D. C. Douglas y G. W. Greenaway, Londres, 1953.

Godofredo de Monmouth, *The History of the Kings of Britain*, traducción e introducción de L. Thorpe, Penguin, 1966 (hay trad. cast.: *Historia de los reyes de Britania*, Editora Nacional, Madrid, 1984).

The Chronicle of Jocelyn of Brakelonde, traducción de H. F. Butler, Londres, 1949.

The Ecclesiastical History of Ordericus Vitalis (IV.vii-viii), edición y traducción de M. Chibnall, Oxford, 1975.

The Illustrated Chronicles of Matthew Paris, edición y traducción de A. Vaughan, Stroud, 1993; las citas de *Greater Chronicle* son de esta edición.

William de Malmesbury, *The Kings of England*, traducción de J. A. Giles, Londres, 1847.

—, *Historia Novella: The Contemporary History*, edición de E. King, traducción de K. R. Potter, Oxford, 1998.

Secundarias

Galbraith, V. H., *Kings and Chroniclers: Essays in English Medieval History*, Londres, 1982.

Gransden, A., *Historical Writing in England, c. 550-1307*, Londres, 1974.

Hay, *Annalists and Historians*, citado anteriormente, es utilizado aquí.

CRUZADOS E HISTORIA CABALLERESCA

Textos

Froissart, Jean, *Chronicles*, selección, traducción y edición de G. Brereton, Penguin, 1968 (hay trad. cast.: *Crónicas*, Siruela, Madrid, 1988).

Joinville y Villehardouin, *Chronicles of the Crusades*, traducción e introducción de M. R. B. Shaw, Penguin, 1963.

The Alexiad of Anna Comnena, traducción de E. R. A. Sewter, Penguin, 1969.

Secundarias

Barber, R., *The Knight and Chivalry*, Londres, 1970.
Keen, M., *Chivalry*, New Haven y Londres, 1984 (hay trad. cast.: *La caballería*, Ariel, Barcelona, 1986).
Riley-Smith, L. y J., *The Crusades: Ideas and Reality 1095-1292*, Londres, 1981.

DE LAS CRÓNICAS CIVILES A LA HISTORIA HUMANISTA. EL RENACIMIENTO

Textos

Giucciardini, F., *History of Italy*, traducción de S. Alexander, Nueva York y Londres, 1972.
Maquiavelo, Nicolás, *The Florentine History*, traducción de N. H. Thomson, 2 vols., Londres, 1906 (hay trad. cast.: *Historia de Florencia*, Alfaguara, Madrid, 1978).
Villani, Giovanni, *Florentine Chronicle: Selections*, edición de P. H. Wicksteed, Londres, 1906.

Secundarias

Baron, H., *In Search of Florentine Civic Humanism*, Princeton, 1988.
Fryde, E. B., *Humanism and Renaissance Historiography*, Londres, 1983.
Gilbert, F., *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence*, Princeton, 1965.
Grafton, A., y Blair, A., *The Transmission of Culture in Early Modern Europe*, Filadelfia, 1990.
Green, L., *Chronicle into History: An Essay on the Interpretation of History in Florentine Fourteenth-Century Chronicles*, Cambridge, 1972.
Phillips, M., *Francesco Guicciardini: The Historian's Craft*, Toronto, 1977.
—, *Marco Parenti: A Life in Medici Florence*, Londres, 1989. (Original estudio sobre la vida civil y la historia intelectual basado en documentos de ciudadanos florentinos del siglo XV.)

Reynolds, L. D., y Wilson, N. G., *Scribes and Scholars: A Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature*, Oxford, 1974 (hay trad. cast.: *Copistas y filólogos: las vías de transmission de las literaturas griega y latina*, Gredos, Madrid, 1995). Útil también para la herencia clásica en la Edad Media.
Skinner, Q., *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols., Cambridge, 1978, vol. I.
—, *Machiavelli*, Oxford, 1981.
—, *Visions of Politics*, 3 vols., Cambridge, 2002, vol. 2.

Los siglos XVI y XVII

Textos

Bacon, Francis, *The History of the Reign of King Henry VII*, Cambridge, 1998.
Buchanan, George, *The Tyrannous Reign of Mary Stewart*, Edimburgo, 1958.
Clarendon, Lord (Edward Hyde), *The History of the Rebellion and Civil Wars in England*, 6 vols., Oxford, 1961.
Hotman, F., *Franco-Gallia* en *Constitutionalism and Resistance in the Sixteenth Century*, edición de J. Franklin, Nueva York, 1969.
The Political Works of James Harrington, ed., de J. Pocock, Cambridge, 1977.

Secundarias

Douglas, D. C., *English Scholars 1660-1730*, Londres, 1951.
Ford, F. L., *Robe and Sword: The Regrouping of the French Aristocracy after Louis XIV*, Cambridge, Mass., 1962. (Trata la continuación de los argumentos del antiguo constitucionalismo en el siglo XVIII.)
Grafton, A., *The Footnote: A Curious History*, Londres, 1997.
Hale, J. R., *The Evolution of British Historiography from Bacon to Namier*, Londres, 1967.
Haller, W., *Foxe's Book of Martyrs and the Elect Nation*, Londres, 1963.
Huppert, G., *The Idea of Perfect History: Historical Erudition and Historical Philosophy in Renaissance France*, Urbana, 1970.

Kelley, D. R., *Foundations of Modern Historical Scholarship in Language, Law and History in the French Renaissance*, Nueva York y Londres, 1970.
Kendrick, T. D., *British Antiquity*, Londres, 1970.
Levy, F. J., *Tudor Historical Thought*, San Marino, Cal., 1967.
McKisack, M., *Medieval History in the Tudor Age*, Oxford, 1961.
Phillipson, N. y Skinner, Q. (eds.), *Political Discourse in Early Modern Britain*, Cambridge, 1993.
Piggott, S., *Ruins in a Landscape*, Edimburgo, 1976.
Pocock, J. G. A., *The Ancient Constitution and the Feudal Law: A Study in English Historical Thought in the Seventeenth Century*, Cambridge, 1957.
—, *Politics, Language and Time: Essays in Political Thought and History*, Cambridge, 1971.
Ranum, O., (ed.), *National Consciousness, History and Political Culture in Early Modern Europe*, Baltimore, 1975.
Skinner, Q., *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols., Cambridge, 1978, vol. 2.
—, *Visions of Politics*, 3 vols., Cambridge, 2002, vol. 3.
Smith Fussner, F., *The Historical Revolution: English Historical Writing and Thought, 1580-1640*, Londres, 1962.
Wootton, D., *Paolo Sarpi: Between Renaissance and Enlightenment*, Cambridge, 1983.
Worden, B., *Roundhead Reputations: The English Civil Wars and the Passions of Posterity*, Londres, 2002. (Indispensable para comprender el lugar que ocupa el período de la guerra civil en la memoria histórica inglesa.)
Wormald, B. M. G., *Clarendon: Politics, Historiography and Religion 1640-1660*, Cambridge, 1951.

El siglo XVIII: el siglo de las luces

Textos

Bolingbroke, *Historical Writings*, edición de I. Kramnick, Chicago, 1972.
Gibbon, Edward, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, edición de D. Womersley, 3 vols., Penguin, 1994 (hay trad. cast.:

Historia de la decadencia y caída del imperio romano, RBA, Barcelona, 2005).
Hume, David, *The History of Great Britain: The Reigns of James I and Charles I*, edición de D. Forbes, Londres, 1970.
Lehmann, W. C., *John Millar of Glasgow*, Cambridge, 1960, incorpora el *Origin of the Distinction of Ranks* de Millar, 1871[3].
The Works of William Robertson, 10 vols., Londres, 1821.
Voltaire, *The Age of Louis XIV and Other Selected Writings*, edición y resumen de J. H. Brumfitt, Londres, 1966 (hay trad. cast.: *El siglo de Luis XIV*, Planeta-De Agostini, Barcelona).

Secundarias

Brown, S. J. (ed.), *William Robertson and the Experience of Empire*, Cambridge, 1997.
Burrow, J. W., *Gibbon*, Oxford, 1985.
Forbes, D., *Hume's Philosophical Politics*, Cambridge, 1975.
Hont, I. e Ignatieff, M. (eds.), *Wealth and Virtue: The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*, Cambridge, 1983.
Kidd, C., *Subverting Scotland's Past: Scottish Whig Historians and the Creation of an Anglo-British Identity*, Cambridge, 1993.
Kramnick, I., *Bolingbroke and his Circle: The Politics of Nostalgia in the Age of Walpole*, Cambridge, Mass., 1968.
McKitterick, R. y Quinault, R. (eds.), *Edward Gibbon and Empire*, Cambridge, 1997.
Meek, R. L., *Social Science and the Ignoble Savage*, Cambridge, 1971.
Momigliano, A., *Studies in Historiography*, Londres, 1966. (Estudio clásico sobre la relación de Gibbon con la tradición erudita. Para un aspecto sobre esta última, véase D. Knowles, *Great Historical Enterprises*, Londres, 1963, sobre la erudición benedictina.)
O'Brien, K., *Narratives of Enlightenment*, Cambridge, 1977.
Phillips, M., *Society and Sentiment: Genres of Historical Writing in Britain, 1740-1820*. Princeton, 2000. Debo mucho a este innovador libro y a las conversaciones con su autor.
Phillipson, N., *Hume*, Londres, 1989.
Pocock, J. G. A., *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, 1975 (hay trad. cast.: *El momento maquiavélico: el pensamiento político*

florentino y la tradición republicana atlántica, Tecnos, Madrid, 2008).

—, *Barbarism and Religion*, Cambridge, 1999-. Se han publicado cuatro volúmenes de este monumental estudio de Gibbon y su contexto intelectual

Womersley, D. (ed.), *Edward Gibbon: Bicentenary Essays*, Oxford, 1997.

Revoluciones

Textos

Carlyle, Thomas, *The French Revolution*, Londres, 1902.

Macaulay, T. B., *The History of England from the Accession of James II*, 2 vols., Londres, 1903.

Michelet, Jules, *History of the French Revolution*, edición resumida por G. Wright, traducción de C. Cocks, Chicago y Londres, 1967 (hay trad. cast.: *Historia de la Revolución Francesa*, Editora de los Amigos del Círculo del Bibliófilo, Madrid, 1982).

—, La epístola dedicatoria de Michelet a *The People* está traducida en F. Stern, *The Varieties of History from Voltaire to the Present*, Cleveland, 1956.

Taine, Hippolyte, *The French Revolution*, traducción de J. Durand, 3 vols., Indiannapolis, 2002.

The New Science of Giambattista Vico, traducción de T. G. Bergin y M. H. Fisch, Ithaca, Nueva York y Londres, 1968. (Considerada aquí en conexión con Michelet.)

Secundarias

Burrow, J. W., *A Liberal Descent: Victorian Historians and the English Past*, Cambridge, 1981.

Clive, J., *Macaulay: The Shaping of the Historian*, Nueva York, 1973.

Mitzman, A., *Michelet, Historian: Rebirth and Romanticism in Nineteenth-Century France*, New Haven, 1990. (Utilizado para la biografía de Michelet, aunque su insistencia freudiana puede distraer al lector.)

Rosenberg, J. D., *Carlyle and the Burden of History*, Oxford, 1985.
Weinstein, L., *Hippolyte Taine*, Nueva York, 1972. (Es bastante útil la introducción de Taine, aunque demasiado general.)

La historia de la libertad

Textos

Burckhardt, Jacob, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, traducción de S. G. C. Middlemore, Londres, 1951 (hay trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Akal, Madrid, 2004).
Guizot, F., *History of Civilization in Europe*, traducción de W. Hazlitt, edición de L. Siedentop, Londres, 1997 (hay trad. cast.: *Historia de la civilización en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1968). (La discusión sobre el contexto en la introducción del editor está más desarrollada en Siedentrop, *Tocqueville*, Oxford, 1994, cap. 2.)
Selected Writings of Lord Acton, edición de Rufus J. Fears, 3 vols., Indianapolis, 1985.
Stubbs, William, *The Constitutional History of England in its Origin and Development*, 3 vols., Oxford, 1873-1878. (Para una versión más popular véase Edward Freeman, *The Growth of the English Constitution from the Earliest Times*, Londres, 1872.)

Secundarias

Burrow, J. W., *A Liberal Descent* (véase arriba) Partes II y III para Stubbs y Freeman.
Gooch, G. P., *History and Historians in the Nineteenth Century*, Londres, 1962[2] y J. W. Thompson, *A History of Historical Writing* (citado arriba) son aún utilizadas como referencia.
McClelland, C. E., *The German Historians in England*, Cambridge, 1971.

AMÉRICA

Textos

Adams, Henry, *The History of the United States of America during the Administrations of Jefferson and Madison*, edición resumida de E. Samuels, Chicago, 1967.

Bradford, William, *History of Plymouth Plantation, 1620-1647*, edición de S. E. Morison, Nueva York, 1966 (hay trad. cast.: *De la plantación a Plymouth*, Universidad de León, León, 1994).

Díaz, Bernal, *The Conquest of New Spain*, traducción de J. M. Cohen, Penguin, 1963 (hay trad. cast.: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Dastin, Madrid, 2000).

Parkman, Francis, *La Salle and the Discovery of the Great West*, Bristol, 1962.

—, *The Conspiracy of Pontiac and the Indian War after the Conquest of Caroda*, 2 vols., Londres, 1899.

Prescott, William H., *History of the Conquest of Mexico*, edición revisada, Londres, 1887 (hay trad. cast.: *Historia de la conquista de México*, Ediciones de Aguilera, Madrid, 1991).

The Literary Remains of William Hickling Prescott, Norman, Okla., 1961.

Secundarias

Bishop, F., *Henry Adams*, Boston, 1979.

Gale, R. L., *Francis Parkman*, Nueva York, 1973.

Gay, P., *A Loss of Mastery: Puritan Historians of Colonial America*, Berkeley y Los Ángeles, 1966.

Kraus, M., *A History of American History*, Nueva York, 1937.

Levin, D., *History as Romantic Art: Bancroft, Prescott, Motley and Parkman*, Stanford, Cal., 1954.

Miller, P., *The New England Mind*, 2 vols., Boston, 1953.

Vitzthum, R. C., *The American Compromise: Theme and Method in the Histories of Bancroft, Parkman and Adams*, Norman, Okla., 1974.

Wills, G., *Henry Adams and the Making of America*, Boston y Nueva York, 2005.

PROFESIONALIZACIÓN

Heyck, T. W., *The Transformation of Intellectual Life in Britain*, Londres, 1982.

Kenyon, J. P., *The History Men: The Historical Profession in England since the Renaissance*, Londres, 1983.

Levine, P., *The Amateur and the Professional: Antiquarians, Historians and Archaeologist in Victorian England 1838-1886*, Cambridge, 1986.

Novik, P., *That Noble Dream: The «Objectivity» Question and the American Historical Profession*, Cambridge, 1988.

Ringer, F., *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community 1890-1933*, Cambridge, Mass., 1969 (hay trad. cast.: *El ocaso de los mandarines alemanes: la comunidad académica alemana desde 1890-1933*, Ediciones Pomares-Corredor, Gerona, 1995).

Rothblatt, S., *Tradition and Change in English Liberal Education: An Essay in History and Culture*, Londres, 1976.

—, *The Revolution of the Dons: Cambridge and Society in Victorian England*, Cambridge, 1981.

Slee, P. R. H., *Learning and a Liberal Education: The Study of Modern History in the Universities of Oxford, Cambridge and Manchester, 1800-1914*, Manchester, 1986.

Soffer, R., *Discipline and Power: The University, History and the Making of an English Elite 1870-1930*, Stanford, Cal., 1994.

ALEMANIA

Barnard, F. M., *Herder's Social and Political Thought: From Enlightenment to Nationalism*, Oxford, 1965.

Butterfield, H., *Man on his Past: The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, 1969. (Sobre la erudición alemana antes de Ranke, la escuela Göttingen.)

Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century* (citado arriba) resulta útil para la escuela prusiana.

Grafton, *The Footnote* (citado arriba) proporciona un brillante informe sobre los métodos de Ranke en la perspectiva del Renacimiento y el siglo XVIII.

Iggers, G., *The German Conception of History: The National Trend of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Conn., 1968.
Iggers, G., y Powell, J. M. (eds.), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Syracuse, NY, 1990.
Krieger, L., *Ranke : The Meaning of History*, Chicago, 1977.
Laue, H. von, *Leopold Ranke: The Formative Years*, Princeton, 1950.
Meinecke, F., *Cosmopolitanism and the National State*, traducción de R. B. Kimber, Princeton, 1970.
—, *Historism: The Rise of a New Historical Outlook*, traducción de J. E. Anderson, Londres, 1972. (Historicismo es la traducción habitual del alemán *Historismus*. Meinecke fue a su vez comentador y participante del historicismo alemán.)
Ranum, O. (ed.), *National Consciousness, History and Political Culture in Early Modern Europe*, Baltimore, 1975.
Reill, P. H., *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*, Berkeley, 1975.
Stuchtey, B. y Wende, P. (eds.), *British and German Historiography 1750-1950*, Oxford, 2000.

EL SIGLO XX

Las citas de los principales textos en este capítulo se explican por sí mismas. Sin embargo, doy al final de la publicación detalles de los tres últimos trabajos para analizarlos con más detalle.

LA CRÍTICA DE LA HISTORIA WHIG: LA HISTORIA COMO CIENCIA Y ARTE

Bentley, M., *Modernising England's Past: English Historiography in the Age of Modernism 1870-1970*, Cambridge, 2005. (Persistencia e innovación se reparten a partes iguales. Particularmente bueno sobre Butterfield y Namier.)
—, *Modern Historiography: An Introduction*, Londres, 1999.
—, (ed.), *Companion to Historiography*, Londres, 1997.
Cannadine, D., *G. M. Trevelyan: A Life in History*, Londres, 1992.
Colley, L., *Namier*, Londres, 1989.
Collini, S., *English Pasts: Essays in History and Culture*, Oxford, 1999.

(Relevante también para la sección sobre el «Marxismo», véase más abajo, para Tawney.)
Elton, G. R., *Modern Historians of Britain 1485-1945: A Critical Bibliography 1945-1969*, Londres, 1970.
Lamont, W. (ed.), *Historical Controversies and Histories*, Londres, 1998.

HUIZINGA Y LA ESCUELA DE LOS *ANNALES*

Textos

Huizinga, J., *The Waning of the Middle Ages*, traducción de F. Hopman, Penguin, 1955.
—, *Men and Ideas: History, the Middle Ages, the Renaissance*, traducción de James S. Holmes y Hans van Marle, Londres, 1960. *A New Kind of History from the Writings of Febvre*, edición de P. Burke, traducción de K. Folca, Londres, 1973.

Secundarias

Burke, P., *The French Historical Revolution: The Annales School 1929-1989*, Londres, 1990.
—, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, NY, 1997. (Relevante también para la sección «Historia cultural», véase más abajo.)

MARXISMO

Coleman, D. C., *History and the Economic Past: The Rise and Decline of Economic History in Britain*, Londres, 1987.
Eley, G. y Hunt, W. (eds.), *Revising the English Revolution: Reflections and Elaboration on the Work of Christopher Hill*, Londres, 1988.
Furet, F., *Interpreting the French Revolution*, traducción de E. Foerster, Cambridge, 1981 (hay trad. cast.: *Pensar la Revolución Francesa*, Petrel, Barcelona, 1980).
Hofstader, R., *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968.

Kaye, H. J., *The British Marxist Historians*, Cambridge, 1984 (hay trad. cast.: *Los historiadores marxistas británicos*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989).
Lucas, C. (ed.), *Rewriting the French Revolution*, Oxford, 1991.

HISTORIA CULTURAL, «HISTORY FROM BELOW» E HISTORIA MUNDIAL

Bryce, su «Nota preliminar» anónima para la primera *English Historical Review* es reimpresa en F. Stern, *The Varieties of History*, citado arriba.
Burke, P. (ed.), *New Perspectives in English historical Writing*, 2 vols., Cambridge, 2001.
—, (ed.), *History and Social Theory*, Cambridge, 1992.
Stuchtey, B. y Fuchs, E. (eds.), *Writing World History 1800-2000*, Oxford University Press, para el Instituto Histórico Alemán, Londres, 2003.

MICROHISTORIA

Textos

Corbin, A., *The Village of Cannibals: Rage and Murder in France, 1870*, traducción de Goldhamer, Cambridge, 1992.
Duffy, E., *The Voices of Morebath: Reformation and Rebellion in an English Village*, New Haven y Londres, 2001.
Guinzburg, C., *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, traducción de J. y A. Tedeschi, Londres, 1980 (hay trad. cast.: *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1981).

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE

TERCERA PARTE. LA CRISTIANDAD

CUARTA PARTE. EL RENACER DE LA HISTORIA SECULAR

QUINTA PARTE. EL ESTUDIO DEL PASADO